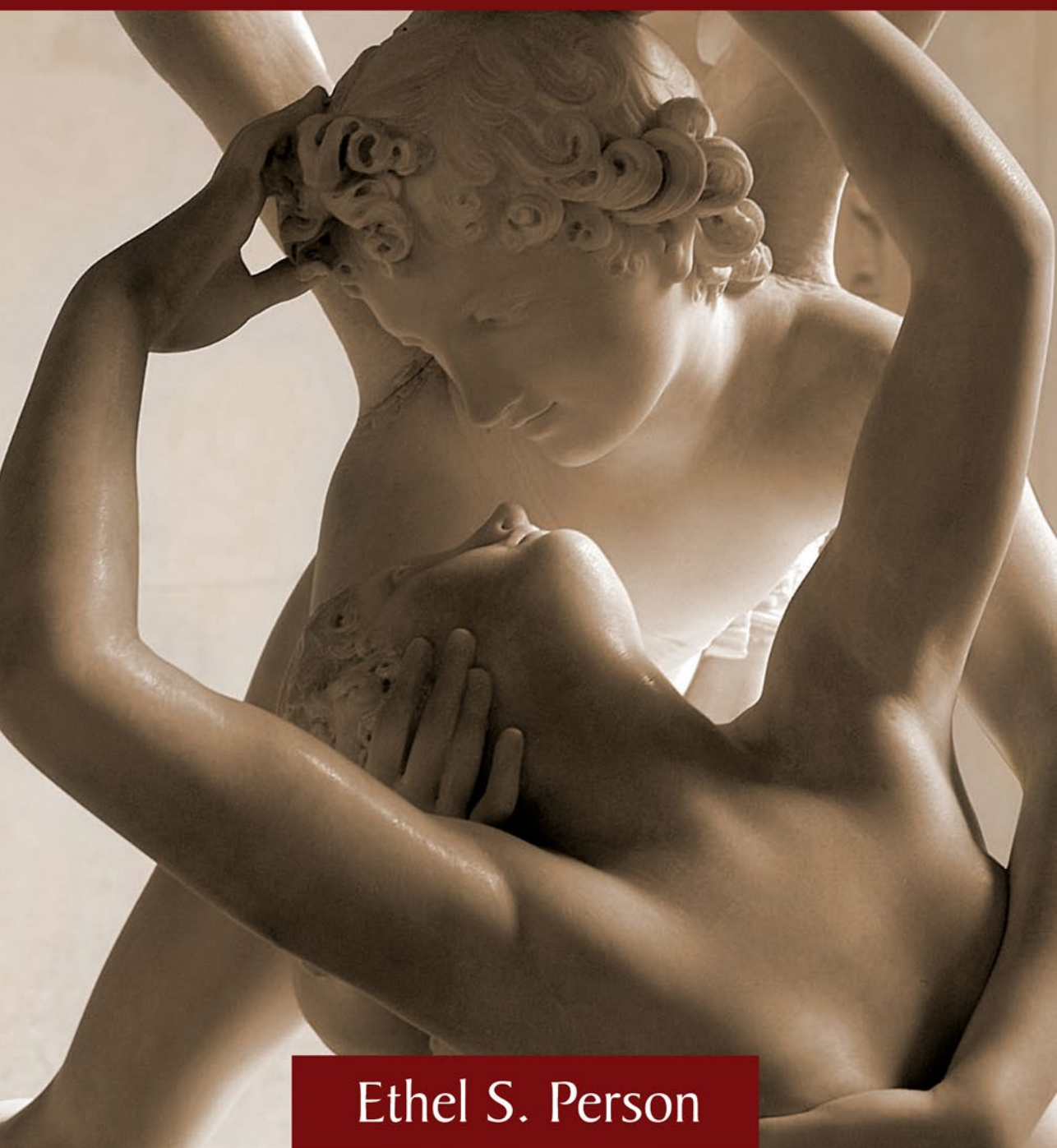


# SUEÑOS DE AMOR Y ENCUENTROS DECISIVOS

EL PODER DE LA PASIÓN ROMÁNTICA



Ethel S. Person



SUEÑOS DE AMOR Y ENCUENTROS DECISIVOS  
EL PODER DE LA PASIÓN ROMÁNTICA



ETHEL S. PERSON

Sueños de amor y encuentros decisivos  
El poder de la pasión romántica

Spp BIBLIOTECA PERUANA DE PSICOANALISIS



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Sueños de amor y encuentros decisivos*  
*El poder de la pasión romántica*  
Primera edición en castellano: agosto de 2008

Título original: *Dreams of Love and Fateful Encounters:*  
*The Power of Romantic Passion*

Publicado originalmente en los Estados Unidos de América por American Psychiatric Publishing, Inc., Washington D.C. y Londres, UK.

© 2007, todos los derechos reservados.

*First published in the United States by American Psychiatric Publishing, Inc., Washington D.C. and London, UK.*

*Copyright 2007. All rights reserved.*

© Ethel S. Person, 2008

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (511) 626-2650

Fax: (511) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

© Sociedad Peruana de Psicoanálisis

Julio Becerra 235, Lima 18 - Perú

Teléfono: (511) 447-8568

Fax: (511) 446-7714

administracion@spp.com.pe

www.spp.com.pe

Traducción: Rosario Yori

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN: 978-9972-42-860-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008-11228

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Para Stanley, con gratitud y amor,  
y para mis hijos, Louis y Lloyd Sherman





## ÍNDICE

Prefacio a la edición en español	11
Prefacio a la segunda edición	13
Introducción	15
<b>PRIMERA PARTE</b>	
La experiencia del amor romántico	33
Capítulo 1	
Enamorándose	35
Capítulo 2	
El amor realizado: la fase idílica	59
Capítulo 3	
La naturaleza dividida del amor: el placer y el dolor del amor romántico	83
<b>SEGUNDA PARTE</b>	
Los objetivos del amor	101
Capítulo 4	
Cómo se desarrolla el amor: diálogos de amor y el ciclo de la vida	103
Capítulo 5	
La síntesis creativa en el amor	127
<b>TERCERA PARTE</b>	
Las paradojas y las luchas inherentes al amor	149
Capítulo 6	
Sometimiento: trascendencia versus esclavitud	151

Capítulo 7	
El vínculo entre el amor y el poder	179
Capítulo 8	
Desilusión	203
Capítulo 9	
Triángulos	233
<b>CUARTA PARTE</b>	
La diferencia de género en el amor	261
Capítulo 10	
Amor de transferencia y amor romántico	263
Capítulo 11	
Modos de autorrealización: las mujeres y el romance, los hombres y el poder	291
<b>QUINTA PARTE</b>	
El destino del amor	317
Capítulo 12	
Amor desdichado: experiencia y consecuencias	319
Capítulo 13	
Amor que enriquece, amor que perdura	353
<b>REFLEXIONES FINALES</b>	
El amor romántico como un agente del cambio	381
Referencias	387
Índice analítico	401

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

En marzo del 2007 le propuse a Ethel Person la aventura de traducir y editar su libro al español. Su aceptación fue inmediata y resultó el punto de partida para la puesta en movimiento de la ejecución del proyecto que está hoy en nuestras manos convertido en libro. Cuando las cosas vienen bien, los pasos se dan y las decisiones se toman como producto de un desenlace natural. El primer agradecimiento es para la doctora Person, quien se comprometió con nosotros aun antes de conocernos, en un acto de confianza, dejando volar su obra para que continuara el camino que se inició con su creación.

La Sociedad de Psicoanálisis, a través del Comité Editorial de su Biblioteca, creado para favorecer la publicación de textos de psicoanálisis, también aprobó la moción. El Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica, a través de su directora, Patricia Arévalo, se aunó al proyecto haciéndolo posible.

La concepción de un libro es algo grandioso, contundente y al mismo tiempo muy maleable y casi minúsculo, pues el texto es transformado por traductores, editores y luego por los propios lectores. Se convierte en muchos libros, se ve arrastrado a un incesante juego de repeticiones, diversos dobles que lo alejan de sí mismo, circulan fragmentos de su ser que se hacen pasar por él, comentarios que lo desdoblan, discursos donde finalmente debe aparecer él mismo.

Es así que este libro puede ser leído según los apremios y necesidades de cada lector. Tiene la rara virtud de interesar a personas de muy diversas profesiones y actividades. Se apoya en las producciones culturales de poetas, escritores, cineastas y en los sentimientos y experiencias cotidianas, así como en los aportes de los psicoanalistas, filósofos y humanistas. Puede ser mirado desde un punto de vista académico, psicoanalítico y sociológico o desde los sentimientos que todo ser humano ha vivido en relación al amor apasionado.

Cada capítulo contempla alguno de los aspectos de la pasión amorosa. En tal sentido puede ser leído independientemente, según el momento, según la inquietud vital o científica. ¿El amor apasionado es una regresión a etapas infantiles?, ¿es una

enajenación, una locura o una oportunidad de cambio psíquico? ¿La desilusión es parte de la inevitable naturaleza transitoria de la fase pasional del amor? ¿Qué mueve al ser humano: el amor o el poder? ¿Los hombres prefieren el poder al amor y las mujeres adquieren poder a través del amor? ¿La palabra amor significa lo mismo para hombres que para mujeres? Las paradojas y las luchas inherentes del amor: los deseos de fusión y la necesidad de separación. La naturaleza dividida del amor: placer y dolor. ¿Existe el amor «verdadero» o el «amor de verdad»? ¿Qué se puede decir de las «canas al aire» y de las variedades de amores incompletos o atrofiados, quizá los más frecuentes?

Todos podemos sentirnos identificados, encontrados y descubiertos en estas páginas. Para todos hay un guiño de complicidad.

En este emprendimiento hay personas que merecen un agradecimiento especial por su apoyo incondicional. Estas son Adela Escardó, Rosario de Cárdenas, Ilse Rehder, Moisés Lemlij y la Junta Directiva de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis: Juan Manuel Yori, Jorge Kantor, Matilde Ureta de Caplansky y Julia Velaochaga.

Algunos colegas de la SPP tuvieron la generosidad de leer algunos capítulos traducidos y dar su opinión al respecto: María Pía Costa, Ilse Rehder, Jennifer Shaw, Jorge Bruce, Carmen Labarthe, Elena Piazzón, Alida Chocano, Clelia Trelancia.

Deseo a aquellos que lean este libro, que se apasionen por él y encuentren una inspiración para vivir enamorándose, recordando amores o anhelándolos.

María Paz de la Puente

Vicepresidenta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis

## PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Agradezco que la American Psychiatric Publishing (APPI) haya asumido la segunda edición de *Sueños de amor y encuentros decisivos. El poder de la pasión romántica*, publicado por primera vez en 1988. Lo he modificado para destacar la relevancia del amor no solo para los amantes, sino también para psiquiatras, psicoanalistas y otros profesionales de la salud mental, cuyos pacientes con frecuencia empiezan una terapia debido a asuntos relacionados con el amor.

*Sueños de amor y encuentros decisivos. El poder de la pasión romántica* fue concebido como un libro transdisciplinario que trata temas de amor pertinentes tanto a los amantes como a la comunidad profesional, cuyos miembros encuentran diariamente a pacientes con problemas y conflictos, relacionados principalmente, con la incapacidad para amar, la capacidad para amar pero no para comprometerse, el amor extramarital, la enfermedad de amor o la pérdida de un amor. Fundamentalmente, el libro fue escrito para aquellos, como yo, que han luchado por entender la importancia y, en ocasiones, el poder avasallador del amor romántico en nuestras propias vidas.

El amor romántico requiere frecuentemente reorganizar valores y prioridades y además presenta los contenidos y condiciones que se requieren para tales cambios. El amor crea una situación en la cual el *self* es expuesto a nuevos riesgos y mayores posibilidades; es uno de los desafíos más significativos para el crecimiento. El amor romántico adquiere significado y provee una sensación subjetiva de liberación en la medida en que crea una flexibilidad en la personalidad que le permite romper barreras psicológicas internas y tabúes y, en ocasiones, también barreras externas. Crea una fluidez en la personalidad, la posibilidad de cambiar y el ímpetu para empezar nuevas fases en la vida y emprender nuevos retos. Así, puede ser considerado como un paradigma para cualquier reorganización significativa de la personalidad y valores; en este sentido, se parece a las grandes experiencias de conversión religiosa.

Mis deudas a la literatura psicoanalítica y al trabajo de Freud son evidentes. Entre las principales contribuciones a la literatura psicoanalítica sobre el amor, me influenciaron en primer lugar los aportes de Otto Kernberg y el ensayo de Eva Lester

sobre la transferencia erótica. Sin embargo, me he apoyado en muchas fuentes de diferentes disciplinas, en la literatura y en el cine. Las notas del texto detallan mi deuda intelectual.

Estoy particularmente agradecida con el Dr. Robert Hales, jefe de edición de la APPI, y con John McDuffie, su director editorial, por el privilegio de haber publicado *Sueños de amor y encuentros decisivos. El poder de la pasión romántica* con el auspicio de la APPI. También quiero agradecer a Linda Healey, quien fue editora de la primera edición de este libro.

Y, como siempre, le debo más que a nadie a mi esposo, quien es un apoyo constante y me demuestra su amor permanentemente, incluso cuando me distrae el amor por un nuevo proyecto. Agradezco también a mis hijos, Louis y Lloyd Sherman, quienes continúan apoyándome en todos los modos posibles. Por último, agradezco especialmente a mi asistente, Jay Birdwell, quien me ayudó a actualizar partes del libro.

## INTRODUCCIÓN

El amor ha sido uno de los intereses más profundos de mi vida desde que tenía apenas doce años. Siento que no conozco bien a las personas si no sé algo sobre el relato de sus amores; del mismo modo, creo que nadie puede conocerme sin saber algo acerca de esa parte de mi vida. Y, como psicoanalista practicante, he encontrado que el amor romántico parece ser tan importante para muchas personas —si bien no para todas— como para mí. En la novela de Scott Spencer, *Amor sin fin*, el joven amante, David, hace la siguiente reflexión: «Si el amor interminable era un sueño, entonces era un sueño que todos compartíamos, incluso más de lo que compartíamos el sueño de no morir nunca o viajar en el tiempo».<sup>1</sup> Si bien no concuerdo con David en que el anhelo del amor sea unánime, pienso que el amor y su experiencia nos abren las posibilidades más enriquecedoras y liberadoras que la vida puede ofrecer.

Existen, sin embargo, muchas personas que son desdeñosas y temerosas frente al amor. El amor siempre ha tenido entusiastas, así como detractores, y cada grupo puede aportar amplia evidencia para sustentar su propio punto de vista: que el amor es una experiencia que nos transforma y trasciende o, alternativamente, que nos engaña y es autodestructiva. No obstante, esta misma división en la valoración del amor romántico y el fervor con que las personas declaran ser partidarias de una u otra postura nos dice algo acerca de su poder. Pocos aspectos de nuestra vida emocional son capaces de evocar sentimientos tan fuertes y conflictivos. Cuando los amantes se encuentran en las fases inaugurales del amor se regodean en él y creen que va a durar para siempre. Cuando termina, como por desgracia a menudo sucede, lo maldicen y sienten que han sido fulminados por una tormenta sangrienta o un caprichoso Cupido, a quien juran evadir la siguiente vez que les dirija sus ponzoñosas flechas. Aquellos que no hayan sentido nunca estos dardos, pueden anhelarlos, temerles o darles poca importancia; pero cualquiera que haya sido alcanzado por sus flechas,

---

<sup>1</sup> Scott Spencer, *Endless Love* [*Amor sin fin*] (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1979), 162.

no podrá negar que el amor, rara vez eterno y nunca perfecto, es una fuerza extremadamente poderosa, tan llena de alegrías como de penas. Más aún, es una fuerza capaz de cambiar al amante de manera profunda, para bien y para mal, y estos cambios suelen ser con frecuencia más duraderos que aquel amor que los engendró.

El tema de este libro es el amor romántico y apasionado: su origen en el inicio de nuestras vidas, su relación con la imaginación y la creatividad, su capacidad para transformar al amante y permitirle trascender al *self*.<sup>2</sup> Al explorar el tema del amor romántico, me he visto influenciada por la advertencia de William James, que afirma que para estudiar la religión uno debe observar al hombre más religioso en su ánimo más enérgicamente creyente.<sup>3</sup> Para describir la experiencia del amor, me he apoyado en los testimonios de amantes y de observadores, los cuales se encuentran en novelas, películas, autobiografías, biografías y cartas. También he hecho uso pleno de las historias de personas que conozco. Aquellas que son contadas aquí sin alteración son utilizadas con el consentimiento expreso y por escrito de sus protagonistas. Otras han sido alteradas y, en algunas ocasiones, combinadas de tal manera que los hechos no son ya exactos en cada caso, pero las líneas básicas son fieles al contenido emocional central de la experiencia.

A pesar de que lo que sé sobre el amor está indudablemente basado en parte en mi experiencia como analista, no existe material de la práctica clínica con mis pacientes en estas páginas, y esto se debe a dos razones. En primer lugar, a que el material es confidencial. Menos importante, aunque relevante, es el hecho de que muchas personas pueden desestimar el material del paciente como distorsionado y neurótico. Yo no me encuentro influenciada por esta crítica, común a las teorías que se desarrollan a partir de la práctica clínica, ya que generalmente encuentro a mis pacientes tan «normales» como cualquier otra persona; pero quizá el testimonio sobre el amor de personas que no están en tratamiento sea mejor para convencer a los escépticos de que el amor apasionado es un acontecimiento humano normal —y con frecuencia deseable—. Sea como fuere, no he dudado en hacer uso de historiales médicos particularmente interesantes de otros terapeutas si estos ya han sido publicados.

El psicoanálisis tiene mucho que decir acerca del amor y de su relación con el sexo, el desarrollo psicológico, el vínculo y el apego, la identificación y el ideal del yo. Aun así, el psicoanálisis no puede ser la única herramienta con la cual se examine el tema.

---

<sup>2</sup> Nota del traductor: *self* puede ser traducido como el «sí mismo», pero he preferido mantener el término original.

<sup>3</sup> James plantea este punto en varios momentos en las conferencias I y II de *Varieties of Religious Experience: A Study in Human Nature* [1902] (Nueva York: New American Library, 1958).



El amor no puede ser comunicado y entendido por medio del lenguaje de una disciplina única. Para entender los dilemas existenciales inherentes al amor, uno debe verlo desde una perspectiva filosófica; para entender su variabilidad cultural, uno debe utilizar una perspectiva cultural. En este libro he transmitido lo que sé sobre ambas perspectivas.

Quiero también referirme a una percepción comúnmente errada: la creencia de que las mujeres son más propensas —o capaces— a enamorarse y se encuentran más influenciadas por el amor que los hombres, los cuales viven su vida de acuerdo a los dictados de lo que consideramos la razón. La capacidad para el amor romántico es inherente a la naturaleza humana. Tanto hombres como mujeres están en su búsqueda. El amor puede darse o no darse en cada individuo, puede recibir una valoración mayor en algunas culturas que en otras y puede tomar distintas formas de acuerdo al sexo. Mientras que los hombres y las mujeres pueden estar interesados en el amor en diferentes momentos durante el ciclo de la vida, o pueden ser más vulnerables a ciertas distorsiones del amor, su poder no afecta por naturaleza a ningún sexo más que al otro. El amor es una experiencia exclusivamente humana y no discrimina entre sexos.

\*\*\*\*\*

Por encima de todo, los amantes quieren estar juntos. Si eso no es posible, pueden disfrutar mucho de otros dos pasatiempos: pensar, soñar despiertos o recordar melancólicamente a la persona amada; y también hacer confidencias, confesiones o hablar obsesivamente sobre el amor a un amigo íntimo —o terapeuta—. En consecuencia, la mayor parte de romances amorosos, incluso los secretos, se encuentran siempre bajo el escrutinio de observadores externos. Los amantes y los observadores, desde perspectivas distintas, discreparán casi inevitablemente en torno a la seriedad, la propiedad y el valor del romance.

Para el amante, dos aspectos de su experiencia subjetiva son de capital importancia. El primero es la centralidad de su pasión. El amante está perdido en la contemplación del *otro* y obsesionado con los cambios minuto a minuto, los altos y bajos de su relación; el amor se entromete en cada momento de vigilia —y en muchos del sueño—. El segundo es el «hecho» de la superioridad de la persona amada. Ella es usualmente idealizada, dotada de poderes y atributos casi sobrenaturales, percibida como la criatura más maravillosa en el mundo. El amante se regodea en la gloria reflejada por el objeto amado, y cree —o teme— que la vida no merecerá ser vivida si este se marchara. La *raison d'être* del amante y su autoestima se encuentran inextricablemente ligadas a la reciprocidad continua del amor.

Los amantes saborean el conocimiento secreto que les pertenece. En su experiencia, nunca ha existido tal éxtasis, tal transporte, tal trascendencia ni tal felicidad. La piel de durazno, la luminosidad de la madrugada, el sonido distante de las campanas de una iglesia: el placer que el amante siente en todas estas pequeñas experiencias se encuentra intensificado por el amor, recubierto de un significado especial. Los amantes creen que sus amigos jamás podrán entender, ya que solo ellos —o quizá, en compañía de algunas legendarias parejas del pasado— han sido iniciados en los misterios divinos del amor verdadero.

No obstante, los amigos, con frecuencia, sienten dudas. Los de ella dirán —aunque no en su presencia— «No vale la pena. ¿Qué es lo que ve en él? Solo la lastimará, no es de confianza». Los de él, «No es muy atractiva, ni tan lista. Me pregunto qué le verá. Debe ser buena en la cama». Si la persona amada tiene algo de fama o dinero, sus amigos pueden admitir, aunque con sorna, «Bueno, para ella, él es una estrella». Los amigos pueden incluso pensar que los amantes están locos u obsesionados.

En algunas ocasiones, por supuesto, los padres y amigos pueden estar tan deslumbrados como el amante, idealizando la relación amorosa junto con los amantes. Pero generalmente existe una diferencia muy marcada entre la experiencia subjetiva —rica, resonante, prometedora— y la observación «objetiva» por parte de los amigos —calibrada, calmada y juiciosa—. La diferencia en la percepción es racionalizada por ambas partes. Los confidentes del romance invocan el cliché «el amor es ciego», mientras que los amantes se dicen a sí mismos y el uno al otro que sus amigos tan solo están celosos. Hay algo de verdad en ambos reclamos, pero la disonancia de la percepción de los amantes y los observadores va más allá de esto, directamente a la misma esencia de la experiencia del amor.

Es precisamente el salto del amante fuera de la objetividad y dentro de la subjetividad lo que señala la liberación del amor. Si es cierto que la brecha más amplia en la naturaleza se da entre dos mentes —como lo sugirió William James—, entonces debemos reconocer la magnitud de la emoción que nos permite tender un puente sobre tal abismo.<sup>4</sup> Una vez que perdemos la sensación psicológica de unidad con la madre, la cual permanece —si alguna vez— solo durante la infancia, nos convertimos en seres cada vez más aislados. En algunas ocasiones este aislamiento es tan profundo que llega a ser doloroso, apareciendo el terrible espectro de que uno debe existir con una conciencia de absoluta soledad en el universo. Solo compartiendo con otros las realidades subjetivas podemos mitigar este aislamiento. Mientras que la

---

<sup>4</sup> William James, *The Principles of Psychology* [1891], Cap. 9, reimpresso en el Vol. 53 de *The Great Books* (Chicago: Encyclopaedia Britannica, 1952), 147.

empatía, la intuición y la identificación ayudan, el amor romántico va mucho más lejos: niega las barreras que nos separan ofreciendo esperanza para una concordancia de dos almas o, por lo menos, para un libre fluir entre ellas; esto ha sido llamado «telepatía emocional».<sup>5</sup>

El amor romántico, experimentado subjetivamente, es una emoción de extraordinaria intensidad. La experiencia del amor puede detener el tiempo, de ahí que le dé a uno la rara oportunidad de vivir en el presente y de escapar momentáneamente de las persistentes abstracciones del pasado y el futuro. El amor puede conferir una sensación de paz y riqueza interior; o puede ser un modo de transformar el *self*. Más allá de engrandecer y cambiar al *self*, el amor también hace capaces a los amantes de romper los sofocantes límites del *self*. Por lo tanto, es un modo de trascendencia, frecuentemente designado como una religión de dos.

Si bien es cierto que el amor puede ser un medio para el crecimiento personal y el cambio, también puede ser un tiro al aire en cuanto a los asuntos humanos. Debido a su intensidad, el amor tiene la capacidad de alterar las normas y convenciones sociales, otorgando a los amantes motivo y licencia para escapar al orden establecido. En este sentido, la pasión romántica es la expresión de la individualidad —o de dos individualidades unidas—, que algunas veces ha actuado en contra de las restricciones de lo convencional. El amor romántico es la celebración del individuo y de la pareja, no de unidades sociales más grandes, y es así que puede encontrarse en conflicto directo con el orden de la sociedad. No sorprende, entonces, que sea visto con sobrecogimiento y sospecha por aquellos que no están a su servicio.

Los amantes también tienen razones para temer al amor: la pasión puede devorarlos. En el amor no correspondido, e incluso en el amor mutuo, cuando su satisfacción amenaza con destruir compromisos previos, el amante es atormentado. En estos casos, el amor es experimentado como involuntario, no sujeto a ningún control conciente y, por eso, se toma como una afrenta al honor, la voluntad y la razón, y a veces como un camino directo hacia la locura. Incluso en el amor que es satisfecho bajo las circunstancias más favorables, existe un riesgo para los amantes. El amor mutuo puede extinguirse lentamente, desapareciendo simplemente, o puede tornarse amargo. Peor aun: el amor puede terminar en hastío y sensación de vacío.

No obstante, en defensa del amor como el elemento que mantiene la sociedad unida y no el explosivo que la vuela, debe señalarse que si bien puede empezar como una religión de dos amantes aislados del resto del mundo, evoluciona hacia una

---

<sup>5</sup> Milan Kundera, *The Unbearable Lightness of Being* [*La insoportable levedad del ser*] (Nueva York: Harper & Row, Colophon Books, 1985), 20.

fuerza social integradora que, frecuentemente, es escogida conjuntamente para la perpetuación de las generaciones. El amor puede separar a la pareja del grupo y de ese modo amenazarlo, pero es también el medio para su supervivencia.

Y aun si el amor romántico con frecuencia es efímero, cuán errado es pensar que su fugacidad lo prive de significación. Un punto de vista como este revela una manera de pensar mezquina y reduccionista, como si el amor fuese un objeto para ser adquirido y retenido por si llegara a tener algún valor. Pensar de esta manera es glorificar la posesión por encima de la experiencia. El amor no es un objeto, es un sentimiento y una intención, del corazón, los sentidos y la imaginación. Ya sea que el amor romántico esté necesariamente condenado o no, es la experiencia por sí misma y la diferencia que otorga a una vida lo que lo hace valioso.

\*\*\*\*\*

La divergencia entre la valoración del amor romántico de los amantes y de los observadores es exactamente similar a la oposición entre la cultura popular y el discurso científico e intelectual: el amor es típicamente celebrado por la primera y deplorado por el segundo. Esto refleja la profunda escisión en nuestra cultura entre el sentimiento y el conocimiento. Nuestra valoración contemporánea del amor pasional se encuentra dividida entre dos tradiciones coexistentes y contradictorias: la romántica y la racional.

Los «racionalistas» consideran al amor romántico como una ilusión insensata, si no absolutamente peligrosa, la cual crea expectativas imposibles en las personas y las vuelve incapaces de tan solo aceptar lo bueno y lo posible en las relaciones. Ellos asocian al amor pasional con «heroínas tísicas, héroes consumiéndose en un febril deseo y despedidas en el lecho de muerte; con la alterada y poco saludable música de Wagner, Strauss y Puccini».<sup>6</sup> Los amantes románticos son criticados por su insegura insistencia en la monogamia y la exclusividad, por incentivar la dependencia mutua, por confundir el amor y la posesión, por sus celos y necesidad de controlar al otro y por su tendencia hacia la autodestrucción.

La mayor parte de disciplinas académicas o bien ignoran al amor, o lo tratan de acuerdo a la tradición racionalista. Muchas personas sienten que tratar al amor con seriedad implicaría traicionar la ingenuidad propia —considerando el anhelo del amor como la versión adulta de creer en Papa Noel—. En la medida en que el amor recibe atención de todos ellos, la predilección de los racionalistas es desacreditarlo

---

<sup>6</sup> Christopher Lasch, *Haven in a Heartless World: The Family Besieged* (Nueva York: Basic Books, 1977), 11-12. Como señala Lasch, el amor romántico es atacado tanto por radicales como por conservadores, ya sea como parte de una defensa al matrimonio o como una crítica a él.

como una insensatez de las más grandes, generada por debilidad personal y neurosis. Aquellos que lo desacreditan lo ven como un mareo temporal, una aflicción, o incluso una especie de enfermedad o locura. El modo racionalista de reflexionar acerca del amor romántico prevalece en nuestra literatura profesional, ya sea de psicología, sociología o filosofía. Se ha dicho que los tres grandes lenguajes de la cultura occidental contemporánea —el cristiano, el psicoanalítico y el marxista— han conspirado para devaluar al amor.<sup>7</sup> Una visión más reciente, la de las neurociencias, contribuye a la valoración negativa del amor, reduciéndolo a una mera excitación bioquímica.

La crítica literaria es la única forma de discurso intelectual proclive a prestar atención seria y respetada al amor, y esto únicamente porque el tema de los críticos literarios es la ficción. En la ficción, si el novelista es exitoso, se le permite al lector sentir *con* el personaje. En la ficción, como en el amor, existe la posibilidad de ingresar a la subjetividad del otro. Por eso en la ficción, donde el mandato del escritor es transmitir el contenido emocional de la experiencia, el amor es un tema natural y se es justo con él. En la mayor parte de las otras formas de discurso, sin embargo, las metas son la descripción y el análisis de la experiencia —con frecuencia, por medio de una cuantificación—, y no la aprehensión imaginativa y la recreación. El intelecto debe, entonces, reemplazar a la imaginación como un medio para alcanzar el fin. No obstante, sin la cálida luz de la imaginación para atemperar la fría linealidad de la razón, el intelecto estaría condenado a una visión reduccionista, si no completamente hostil del amor.

En consecuencia, el amor permanece en la esfera de poetas, músicos, novelistas y directores de cine. Es en trabajos de la imaginación que el amor romántico es tratado y celebrado. Pueden tratarlo con reverencia o con temor, pero no se puede negar su centralidad. Y es porque reconocen el poder del amor que son tan populares. Como observó Emerson: «¿Qué libros circulan en las librerías ambulantes? ¡Cómo ardemos ante estas novelas de pasión, cuando una historia es contada con una pizca de verdad y realidad!».<sup>8</sup>

No hay una sola postura sobre si el amor romántico es una predisposición básica de la naturaleza humana o simplemente un fenómeno culturalmente inducido. Morton Hunt incluso llega a sugerir que es una ficción: «Se cree en él, pero no se practica».<sup>9</sup> Otros sienten que en realidad es practicado, pero como producto de una

<sup>7</sup> Ver Philip Thody, *Roland Barthes: A Conservative Estimate* (Chicago: University of Chicago Press, 1983), 152.

<sup>8</sup> Ralph Waldo Emerson, «Love», en *Emerson's Essays* (Nueva York, Harper & Row, Colophon Books, 1951), 123.

<sup>9</sup> Morton Hunt citado en Dorothy Tennov, *Love and Limerence* (Nueva York, Stein & Day, 1979), 167.

enfermedad casi exclusivamente femenina. La crítica feminista, empezando por Simone de Beauvoir, con frecuencia caracteriza al amor romántico como una racionalización para la subordinación y dependencia femenina, como la trampa glamorosa que camufla la prisión a la que el matrimonio condena a las mujeres.

Como un antídoto a esta enfermedad, cualquiera sea su causa, los racionalistas —incluyendo ejércitos de psicoterapeutas, consejeros matrimoniales y terapeutas familiares, ayudados y alentados por libertarios del sexo y defensores de matrimonios «abiertos»— aconsejan una aproximación fría a la creación de relaciones estables y afectuosas. En cuanto a si los psicoanalistas contemporáneos, y particularmente los llamados analistas revisionistas, abordan siquiera el tema del amor, se puede decir que ellos pretenden distinguir entre amor «maduro» y amor romántico, entre amar y estar enamorado: el primero sería el saludable; el último, el neurótico o —incluso peor— inconsecuente, o tan solo una fase adolescente.<sup>10</sup> La mayor parte de los tratamientos de salud mental del amor son trasnochados, antisépticos y precarios; estos generalmente denigran la experiencia de enamorarse. Básicamente, degradan al amor romántico y promocionan alguna especie de «amor» no apasionado, el cual se basa en una decisión racional de comprometerse con una persona o situación. Conciben un tipo de amor despojado de «excesos» —como si fuera maduro— y basado en el respeto mutuo, valores compartidos e intereses comunes. El deber y la responsabilidad son valorados por encima del placer emocional y la pasión sexual. Su esperanza es que, domesticado, el amor mutuo sea menos desordenado que el amor romántico.

Los «románticos», por otro lado, perciben el punto de vista racionalista como un amor descorazonado. Ellos tienden a considerar a los racionalistas como emocionalmente superficiales o inhibidos, temerosos de sus pasiones y prisioneros de la seguridad.

Sin embargo, con suficiente ironía, los racionalistas y los «románticos» con frecuencia cruzan al campo del otro. Un realista puede ser encontrado con la guardia baja por una gran pasión. Y con bastante frecuencia un romántico llega a entender las traiciones de la pasión romántica, si no intelectualmente, al menos experimentalmente.

De ahí que, ya sea por razones de ideología o experiencia, muchos de nosotros nos remitamos al amor con una conciencia dividida o alternada: argumentamos que la mayor parte del amor es una forma de autoengaño o incluso de autodestrucción;

---

<sup>10</sup> El fundamento de este punto de vista se encuentra en el trabajo de Philip Slater, *The Pursuit of Loneliness: American Culture at the Breaking Point* (Boston: Beacon Press, 1976) y en el de Erich Fromm, *Escape from Freedom* (Nueva York: Avon Press, 1967), entre otros.

sin embargo, lo anhelamos y lo buscamos. Podemos denigrar al amor con nuestras palabras, pero lo consagramos con nuestros corazones. Es por eso que, a pesar de la polaridad de sus valoraciones, los puntos de vista románticos y racionalistas pueden frecuentemente ser observados por una sola conciencia, ya sea de manera simultánea o alternándose. El protagonista de la novela *Años luz*, de James Salter, recuerda al amor apasionado como «aquel amor suntuoso que emborracha, que es añorado, envidiado, en el cual se cree [...] La había abandonado por completo el conocimiento que ella alguna vez estuvo segura mantendría para siempre: el gusto, la exaltación de los días iluminados por el amor —con eso, uno lo tenía todo. “Esa es una ilusión”, dijo ella».<sup>11</sup> Consideremos también el sentimiento relacionado tal como es expresado por Lily Briescoe en la novela *Al faro*, de Virginia Woolf: «Aun así, se dijo a sí misma, desde el comienzo del tiempo, las odas han sido cantadas al amor; las coronas de flores y las rosas amontonadas; y si preguntas a nueve personas de diez, ellas dirán que no quieren más que esto: amor; mientras que las mujeres, juzgando desde su propia experiencia, estarán sintiendo todo el tiempo: esto no es lo que queremos; no existe nada más tedioso, pueril e inhumano que esto; aun así es hermoso y necesario. ¿Y entonces, y entonces?».<sup>12</sup>

Por supuesto, tal ambivalencia en la valoración del amor no es accidental. Como ya he sugerido, su causa yace dentro de la misma naturaleza del amor. Es precisamente porque el amor es tan poderoso, tan cercano a nuestros anhelos y sueños más hondos, que puede ser glorioso e incluso transformar y engrandecer al *self*. Sin embargo, por la misma razón, el dolor al que el amante se torna vulnerable por amor puede convertir al amor en una experiencia sospechosa, e incluso terrorífica.

\*\*\*\*\*

El conflicto entre apreciaciones «románticas» y «racionales» en la cultura contemporánea no es nuevo. Corresponde a una bifurcación de larga data en las actitudes occidentales acerca del amor. Ambas actitudes pueden, de hecho, ser rastreadas por lo menos hasta la época de Platón, quien nos lega el concepto occidental original del amor: a través del amor uno busca la otra mitad de su alma para formar una unión que lo convertirá, nuevamente, en una unidad.<sup>13</sup> Pero es también en Platón que encontramos la amonestación cautelosa de Sócrates: «Así como los lobos aman a

<sup>11</sup> James Salter, *Light Years* [*Años luz*] (San Francisco: North Point Press, 1982), 300-301.

<sup>12</sup> Virginia Woolf, *To the Lighthouse* [*Al faro*] [c. 1927] (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, Harvest Books, 1964), 155.

<sup>13</sup> Por medio del mito de Aristófanes contado en *The Symposium* [*El Banquete*], en el Vol. 4 de *The Works of Plato*, Traducido por Benjamín Jowett (Nueva York: Dial Press, ND).

las ovejas, los amantes aman a sus amores».<sup>14</sup> La ambivalencia en torno al amor tiene raíces ancestrales y honorables.

Lo que es único de nuestro siglo no es la doble valoración del amor, sino la medida en que el amor no es ya ni siquiera considerado merecedor de análisis intelectual. Los discursos sobre el amor han desaparecido virtualmente de nuestras empresas intelectuales. El interés en el amor ha sido relegado casi exclusivamente a preocupaciones privadas y a la cultura popular. Esto distingue a nuestro siglo de los muchos que lo han precedido.

El declive en la cantidad de atención seria prestada al amor puede ser atribuido en parte al hecho de que muchos de los grandes discursos sobre él pertenecen a la literatura religiosa, y la nuestra es una era secular. En parte, se debe a que la filosofía —el último gran santuario de preguntas relacionadas al «alma» y la única disciplina en donde se considera al amor con seriedad— ha sido transformada enormemente y ahora considera preguntas analíticas y lingüísticas más que preocupaciones metafísicas y trascendentales. Y quizá la respuesta del siglo XX en torno al amor como un tema digno de discusión y reflexión tenga que ver con nuestro rechazo a lo que vemos como el sentimentalismo del siglo XIX y su animosidad hacia la sexualidad. De hecho, hemos llegado a pensar en el amor apasionado como sintomático del siglo XIX y como corolario sentimental de su actitud represiva hacia la sexualidad.<sup>15</sup> Debido a eso, cuando celebramos nuestra propia sexualidad permisiva, restamos importancia al amor, demostrando una vez más lo que es tan evidente en nuestra cultura: la tendencia a aislar la sexualidad, a reducir su importancia contextual, incluso mientras reconocemos nuestra fascinación por ella.

La razón principal para la desaparición virtual del discurso sobre el amor, sin embargo, es el enorme prestigio de la ciencia en nuestra era y su propensión para valorar solo lo que puede ser explicado. Pero el rechazo de lo que no parece susceptible a ser probado, cuantificado, verificado y replicado, de lo que se juzga sentimental o basado en el sentimiento, es con frecuencia pseudocientífico, irracional. Niega lo que *conocemos* acerca de los límites de la razón y de su fácil corrupción por fuerzas inconcientes, e ignora la caducidad de lo que *conocemos* o podemos llegar a conocer. Aun así, el punto de vista pseudocientífico sigue siendo muy poderoso y tiende a desacreditar la inmensa importancia de las pasiones y sentimientos en nuestras vidas.

---

<sup>14</sup> *Phaedrus* [*Fedro*], en *The Works of Plato*, Vol. 3, p. 397. Sócrates le dice a Fedro: «Considera esto, joven justo, y conoce que en la amistad del amante no existe una bondad verdadera, él tiene un apetito y quiere saciarse de ti. Así como los lobos aman a las ovejas, los amantes aman a sus amores».

<sup>15</sup> Este es uno de los temas principales del libro de Rollo May, *Love and Will* (Nueva York: W. W. Norton, 1969).



Esta tendencia de la actitud científica puede estar relacionada a otra predisposición del espíritu humano. «La especie humana no puede soportar mucha realidad»,<sup>16</sup> remarca T.S. Eliot en *Four Quartets*, y es de conocimiento común que la búsqueda de la «verdad» privada de la vida psíquica individual evoca resistencia. Es muy fácil alejarnos de la verdad, la realidad, de nuestra experiencia interior, la cual puede parecer frecuentemente más allá de la comunicación y, por lo tanto, más allá del respeto y el valor. Con demasiada facilidad, en nombre de la bondad, o lo racional, o lo moral, o lo cristiano, o lo democrático, o incluso lo socialmente aceptable, parpadeamos ante las realidades de nuestra condición: sentimientos, instintos, sueños y deseos que expresan, con dolorosa aproximación, las profundidades en las cuales *vivimos* realmente. No debemos vivir en lo que pensamos o imaginamos, o donde la sociedad nos recomienda vivir, sino donde nuestras vidas sean impulsadas y nuestras más hondas satisfacciones, experimentadas —esto es lo que descuidamos—. Nos permitimos con demasiada frecuencia vivir vidas de segunda mano y ampliamente teóricas, dedicadas a bienes que no deseamos verdaderamente, a dioses en los cuales no creemos realmente.

Nuestra necesidad por la autenticidad, claro, no debe negar otra necesidad opuesta: aquella de creer y pertenecer a alguna realidad que es más grande que nosotros y que nuestro mundo de experiencia subjetiva. Debemos, en efecto, reconciliar estas necesidades aparentemente conflictivas y, en alguna medida, y para algunas personas, debo argüir que esto es justamente lo que se logra con el amor apasionado. Pero para todos nosotros es necesario reconocer la existencia de estos campos contrarios y encontrar la manera de vivir —y sentir— dentro de ambos.

Para hacerlo, debemos reconsiderar algunos de los conocimientos descartados de los «románticos» de siglo XIX. El impulso de este siglo por el romanticismo estaba destinado a responder al legado unilateral de la Ilustración: el sobrecogedor respeto por la razón. Víctor Hugo expresó la impaciencia de los «románticos» con la camisa de fuerza de la sola razón: «Qué extraño que luego de dieciocho siglos de progreso, la libertad de pensamiento sea proclamada, la libertad del corazón sea negada».<sup>17</sup>

En la tradición romántica, el hecho de que un sentimiento exista es suficiente justificación para su validación. Keats, escribiendo una carta sobre su creencia en la autenticidad de la imaginación, se expresó con igual fervor sobre el valor del amor, y sobre la correspondencia esencial entre el amor y la imaginación: «No estoy seguro de nada, sino de lo sagrado de las afecciones del Corazón y de la verdad de la Imaginación.

<sup>16</sup> T. S. Eliot, *Four Quartets, en Complete Poems and Plays* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1952), 118.

<sup>17</sup> Citado en *Victor Hugo* de Matthew Josephson (Garden City, N.Y.: Doubleday Doran, 1942), 205.

Lo que la Imaginación toma por Belleza, debe ser verdad —ya sea que haya existido antes o no, dado que tengo la misma Idea de todas nuestras pasiones así como del Amor— y todas son, en lo más sublime, creadoras de Belleza esencial». Y pasa a analizar el fracaso de la razón e imaginación para encontrar puntos de coincidencia: «Nunca, hasta ahora, he sido capaz de percibir cómo algo puede ser conocido de verdad por el razonamiento causal».<sup>18</sup>

\*\*\*\*\*

El amor es un acto de la imaginación. Para algunos de nosotros, será el mayor triunfo creativo de nuestras vidas. La fuente de su poder está en su naturaleza imaginativa, tanto para bien como para mal, pues puede tanto explotar las ilusiones o desengaños del amante como conducirlo a verdades trascendentes.

Quizá la enorme atracción que ejercen la ficción, el cine y la psicoterapia en nuestros tiempos se deba a que son casi el único canal permisible culturalmente para la subjetividad irrestricta y los sentimientos. Ellos aceptan, aprueban y validan la inmensa importancia de lo que la ciencia descarta con una actitud condescendiente y enfatizan la importancia de la experiencia interior, de la subjetividad. Tienen en común la habilidad de servir como ventanas hacia la subjetividad del otro.

El psicoanálisis, como la ficción, debe estar preparado para retratar al amor, recurriendo, como lo hace, tanto al inconsciente como a la imaginación. A pesar de la larga vacilación de los analistas para tratar al amor teóricamente, el psicoanálisis, entre todas las otras ciencias humanas, es quizá la única que esté bien equipada para hacerlo. Es su deber profesional, por supuesto, en tanto reclama a los deseos humanos como su área de especial estudio. Pero más importante aun, el psicoanálisis se caracteriza precisamente por la dialéctica entre lo subjetivo y lo objetivo, la cual haría posible entender al amor y comunicarlo por medio de métodos discursivos.

La importancia del amor romántico puede difícilmente escapar de la atención de un psiquiatra o psicoanalista. Es el foco principal en muchas terapias psicoanalíticas. En algunas ocasiones, el paciente concentra en su anhelo del amor romántico la búsqueda de su alma gemela; en otras, menos grandiosas, la búsqueda de una relación comprometida y profunda. Muchos pacientes llegan a la terapia específicamente por problemas relacionados al amor, aunque los problemas amorosos son muy diferentes dependiendo de la historia y la situación del paciente. Los pacientes hablan sobre el declive de la pasión y la pérdida de intimidad real —o el temor a ella—; la tortura de los

---

<sup>18</sup> En una carta escrita a Benjamin Bailey, 22 de noviembre de 1817, *The Norton Anthology of English Literature*, 5ta. Ed., Vol. 2, editado por M. H. Abrams (Nueva York: W. W. Norton, 1986), 861.

celos constantes; la incapacidad para enamorarse o la imposibilidad para encontrar una pareja apropiada; el luto y la depresión que acompañan la ruptura de un romance o un matrimonio; la tendencia a persistir demasiado tiempo en vínculos afectivos intensos, pero idealizados; el sentimiento de sentirse atrapados en desesperanzados romances no correspondidos, o la añoranza por un amor cuando no aparece ningún prospecto en el horizonte. Y, con frecuencia, los sentimientos eróticos del paciente hacia el analista, eventualmente, también se vuelven parte del diálogo analítico en curso.

Sin embargo, a pesar de que el debate en torno al amor constituye una gran parte del diálogo psicoanalítico —terapéutico—, las discusiones teóricas sobre el amor se encuentran notablemente ausentes de la literatura psicoanalítica. Existen algunas excepciones, y todas comienzan señalando la falta de estudios psicoanalíticos sobre el amor. El psicoanálisis ciertamente da luz verde en dirección del amor en tanto que la salud mental es definida como la habilidad para amar y trabajar, pero a lo que se refiere es generalmente a la forma «madura» del amor comprometido. Muchos analistas, entre otros, han considerado al amor romántico y la idealización del objeto amado como expresión de neurosis, un esfuerzo mal adaptado para solucionar un problema de dependencia o una fijación adolescente.

Es a la vez extraño y desalentador que el tema del amor en el discurso psicoanalítico haya sido relegado a la periferia. Esta omisión es especialmente estremecedora cuando la escasez de material sobre el amor es comparada con la abundancia —posiblemente en demasía— de trabajos en asuntos de sexualidad —inhibida, aberrante o compulsiva—.

Parte de la renuencia a teorizar sobre el amor puede remontarse a los orígenes del psicoanálisis. Mientras trataba de establecer al psicoanálisis como una ciencia respetable, Freud insistía en presentar sus teorías bajo la apariencia de ciencia «objetiva» para hacerlas aceptables y admisibles. Freud, en el intento de lograr una ciencia de la mente, era en gran medida un «biólogo de la mente».<sup>19</sup> Se concentraba en las fuerzas y no en los sentimientos como los mediadores del comportamiento. A pesar de que existe, de hecho, una teoría psicológica del amor a lo largo de sus escritos, la mayor parte de analistas se han adherido a su formulación más esquemática del amor, en la cual se lo caracteriza meramente como una libido excepcional —una energía sexual—. En las formulaciones psicoanalíticas clásicas, la libido, en lugar de la pasión, es vista como la fuerza central en la formación de la personalidad. Una teoría de la libido es sin embargo más adecuada para explicar al sexo que al amor.

---

<sup>19</sup> Para tomar prestada la designación de Sulloway para Freud en *Freud, Biologist of the Mind: Beyond the Psychoanalytic Legend* (Nueva York: Basic Books, 1979).

Además, los analistas se han sentido más cómodos teorizando en áreas que consideraban fundamentales para la naturaleza humana y no tan culturalmente variables como el amor romántico. Evidentemente, el amor romántico no goza de la misma prioridad y valor en todas las culturas. Mientras que el amor recurre a tendencias humanas fundamentales —en particular al deseo de algunas formas de trascendencia como medio para aliviar el aislamiento básico de la condición humana—, diferentes culturas promueven diferentes medios para trascender. La socialización de los valores de una cultura en particular cumple un papel importante en determinar si el amor romántico será buscado como la ruta para la autoafirmación y la trascendencia o no. La socialización también promueve diferentes estrategias para la satisfacción del sexo y la necesidad de ternura. Algunas culturas, por ejemplo, sancionan la separación de amistades apasionadas y el sexo. Más aún, en casi todas las culturas los hombres y las mujeres son socializados frecuentemente de acuerdo a roles, valores y modos de trascendencia diferentes. La experiencia del amor, por lo tanto, varía de acuerdo a la época, cultura, clase y casta, e incluso al género. Sin embargo, como reconocen los propios psicoanalistas, algunas veces a su pesar muy poco del interés fundamental de los analistas es ahistórico —ni siquiera las expresiones del comportamiento sexual—. Es importante recuperar al amor romántico como un tema digno del escrutinio y teorización psicoanalítica.

Sin embargo, aun si eso fuera admitido, parte de la reserva psicoanalítica para abordar el tema del amor tiene que ver con el amor mismo, no con la dificultad para teorizar en torno a él. El amor romántico ha sido tan problemático para los terapeutas como para los propios amantes. Algunos psicoanalistas han desarrollado reservas acerca del amor romántico, no sobre bases teóricas o por alguna adherencia a un *ethos* científico, sino debido a su experiencia clínica. Los vínculos pasionales reportados por los pacientes están frecuentemente impregnados de elementos patológicos. Algunos terapeutas ven estos problemas clínicos como una evidencia de las limitaciones del amor romántico en general.

No obstante, es un hecho que los vínculos pasionales pueden ir de saludables a no saludables. En conjunto, los vínculos pasionales pertenecen al campo de la psicología normal, mientras que unos cuantos casos están impregnados por derivaciones de conflictos intrapsíquicos. Sin embargo, aquellos no contaminados por patologías personales están sujetos a problemas existenciales inherentes a todo vínculo pasional. A pesar de esto, no se sugiere que el amor no valga el dolor, así como nadie sugeriría que las limitaciones existenciales de la vida hacen que la vida no merezca ser vivida. Una valoración como esta desatiende los beneficios que puede producir el amor romántico y también fracasa en tomar en cuenta aquellos impulsos fundamentales por medio de los cuales el amor se vuelve tan importante para nuestros pacientes y para nosotros mismos.

\*\*\*\*\*

Este libro rompe con los supuestos intelectuales y filosóficos contemporáneos acerca del amor romántico. En lugar de repetir el punto de vista negativo y desdeñoso que hoy predomina en la academia, me pondré del lado de la evaluación que hace de él la cultura popular, la cual reconoce la vital importancia del amor y su poder. Mientras que ha sido propuesto que el amor no es más que una combinación de «placer físico con una relación dichosa»,<sup>20</sup> la experiencia subjetiva del amor pasional contradice esta sobresimplificada definición. Dicho reduccionismo solamente expone la ingenua y sobreracionalizada comprensión moderna del amor. Ignora su atracción magnética, su perentoriedad y poder imaginativo.

Mi tesis central es que el amor cumple una importante función no solo para el individuo, sino también para la cultura. Es el hilo narrativo no solo de las novelas, sino también de la vida. El amor determina nuestro propio sentido de obligaciones y tiempo, o los transforma. El amor romántico no solo ofrece la excitación del momento, sino la posibilidad de un cambio dramático en el *self*. Es, en efecto, un agente del cambio.

El amor romántico demanda frecuentemente una reorganización significativa de valores y prioridades y presenta el contenido y condiciones que se requieren para tal cambio. Crea una situación en la cual el *self* es expuesto a nuevos riesgos y mayores posibilidades; es uno de los desafíos más significativos para el crecimiento. El amor romántico adquiere significado y provee una sensación subjetiva de liberación en la medida en que crea flexibilidad en la personalidad, la cual permite romper barreras psicológicas internas y tabúes y, en ocasiones, barreras externas también.<sup>21</sup> Crea una fluidez en la personalidad, la posibilidad para cambiar, y el ímpetu por empezar nuevas fases en la vida y emprender nuevos retos. Así, puede ser considerado como un paradigma para cualquier reorganización significativa de la personalidad y valores. En este sentido, se parece a las grandes experiencias de conversión religiosa.

---

<sup>20</sup> Robert Waelder, «The Principle of Multiple Function: Observations on Over-Determination», *Psychoanalytic Quarterly* 5 (1936), 45-62, 50. A pesar de que Waelder ve al amor como una acción integrada bastante compleja, parece que para él pasan desapercibidos sus aspectos transformacionales trascendentes.

<sup>21</sup> Otto Kernberg ha escrito sobre sobrepasar los límites del *self* como una «base para la experiencia subjetiva de trascendencia». Ver: «Boundaries and Structures in Love Relations», en *Internal World and External Reality: Object Relations Theory Applied* (Nueva York: Jason Aronson, 1985). La manera en que yo estoy utilizando el término «*breakthrough of internal psychological barriers*» [la ruptura de barreras psicológicas internas] está relacionado, pero ampliamente, y será discutido con mayor profundidad en el quinto capítulo.

Aun así, no es mi propósito simplemente ensalzar el amor romántico y señalar sus valores como medio para la transformación y trascendencia del *self*. Me referiré no solo a los propósitos o proyectos del amor y su poder para liberar el alma, sino también a sus paradojas inherentes y conflictos y a su propensión a desintegrar y causar daño.

Existe una crisis inevitable o lucha en el amor mutuo, la cual pondrá a prueba al amor y bien lo fortalecerá o lo romperá. En consecuencia, el destino del amor es diverso: puede ser no correspondido y el amante puede ser rechazado; puede decaer y morir, o puede modularse y transformarse en afecto. No a menudo, la intensidad y la pasión de la fase inicial pueden persistir y encontrar un lugar dentro del amor comprometido y sostenido. A pesar de sus glorias, el amor romántico es notorio por su brevedad y —por el mismo hecho de ser efímero— por el dolor y sufrimiento que lo pueden acompañar. Pero incluso en el amor fracasado, el amante puede resultar beneficiado y retener esos beneficios mucho después de que el amor haya terminado. De cualquier modo, a pesar de que el amante puede redimirse en el amor, también es cierto que puede ser destruido por él.

Todos estos resultados son consecuencias naturales de los objetivos del amor, los cuales no solo son complejos y diversos, sino paradójicos y, por momentos, completamente contradictorios. El amor es una afirmación de lo que uno ya es, pero, a la vez, uno lo puede usar en la búsqueda de un nuevo *self* (de la misma manera en que el niño usa la seguridad en su madre como un trampolín para el cambio). Más aún, el amor puede desencadenar fuerzas destructivas. Puede ser devorador, o generar abnegación. O puede estar a menudo acompañado con dominación o servilismo. Es inherente al amor romántico, sin duda, un potencial para traicionarse a sí mismo y a los otros. La interrogante que obsesiona a todos los que desean el amor y lo buscan, es cómo conciliar sus objetivos contradictorios, cómo facilitar que triunfen sus cualidades que realzan la vida.

Además de los problemas existenciales que le son inherentes, el amor romántico puede también ser alterado o desfigurado por neurosis individuales. Debido a que el amor se nutre tanto de nuestra personalidad, está sujeto a ser distorsionado por nuestro pasado, por las historias de nuestras relaciones y otras pasiones que nos habitan.

Sin embargo, el amor romántico permanece como una de las experiencias humanas más valiosas y trascendentes; a pesar de sus dilemas propios y el hecho de que sirve como un imán de psicopatología. A pesar de las advertencias generales de la sabiduría tradicional y la teoría psicoanalítica, tengo la certeza de que el amor romántico es generalmente más enriquecedor que devastador. Es una condición

magníficamente humana, y aun así no todos podrán experimentarla. A pesar de su naturaleza —usualmente— transitoria, ofrece acceso al inconsciente, ilumina la vida emocional y genera tal cambio interno que a menudo sobrevive a la experiencia misma. El amor romántico es la reserva de la imaginación y la añoranza imaginaria; es una de las pasiones que nos mueven, que inician los largos viajes y aventuras de nuestras vidas. Así como muchos otros dones humanos, el amor romántico tiene el potencial para la bondad y la maldad, pero no debe ser juzgado por sus formas corruptas, o descartado debido a su fugacidad.

### UNA NOTA

A pesar de que el amante, así como el amado, evidentemente pueden pertenecer a cualquiera de los sexos, es muy engorroso referirse a ellos siempre como «él» o «ella». Por ello, por lo general he denominado al amante «él» y al amado «ella». Lo he hecho así por dos razones: primero (aunque es lo menos importante), esta costumbre es convencional en los trabajos sobre el amor; segundo, porque parece existir un prejuicio de que «él» ya no se enamora, dado que tiene razón y sentimientos más nobles que el mero amor romántico. Mi designación del amante como «él» es un voto de confianza en que el varón sigue siendo amante. Pero definitivamente no intento implicar que «ella» no lo sea, o que «él», como amante, sea activo y «ella», como amada, pasiva. «Él» puede ser el amante y puede amarla —o a él—; «ella» puede ser el amante y amarlo —o a ella—. También debo enfatizar que el amante y la persona amada pueden compartir un mismo sexo. Y en cualquiera de estas alteraciones, el destino del amor depende no solo de la actividad del amante, sino también de la de la persona amada, más aún podrá afirmarse que en la medida en que haya una parte «pasiva», esta es el amante, que tanto necesita la reafirmación de la amada. El amante es aquel que se siente abrumado y embelesado, que necesita del cuidado de la persona amada.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Roland Barthes es esclarecedor en este punto: «El Lenguaje (vocabulario) ha propuesto hace mucho la equivalencia entre el amor y la guerra: en ambos casos, es un asunto de *conquistar, violar, capturar*, etc. [...]. Sin embargo, existe un extraño giro aquí: en el mito ancestral, el violador es activo, él quiere atrapar a su presa, él es el sujeto de la violación (en la cual el sujeto es una mujer, como sabemos, invariablemente pasiva); en el mito moderno (aquel del amor como pasión), el caso es contrario: el violador no quiere nada, no hace nada; no tiene movimiento (como una imagen), y es el objeto violado quien es el verdadero sujeto de la violación; el objeto capturado se convierte en el sujeto del amor. (No obstante, recuerda un vestigio público del modelo arcaico: el amante —aquel que ha sido violado— es siempre implícitamente feminizado)». *A Lover's Discourse: Fragments*, traducido por Richard Howard (Nueva York: Hill & Wang, 1985), 188-189.





PRIMERA PARTE  
La experiencia del amor romántico



## CAPÍTULO 1

### Enamorándose

En la novela *Amor sin fin*, Arthur, al preparar a su hijo David para presentarle a la mujer que ama, le explica cómo se desencantó de su madre (Rose) y cómo llegó a enamorarse nuevamente.

– Fuiste mi inspiración —verte enamorado me hizo acordar.

– ¿De qué?

– De lo que sentí alguna vez por Rose y de lo que ella nunca sintió por mí, hasta que yo tampoco lo sentí por ella. Me has hecho acordar de lo que se siente. Muchos no han tenido jamás ese sentimiento, ni una vez siquiera. Lo sabes, ¿no? Sin embargo, tú lo tuviste.

– Con Jade.

– Y me hiciste acordar que alguna vez lo tuve y que nunca me sentí tan grande e importante como cuando estar enamorado lo era todo. Te vi caminando un metro por encima de la tierra y recordé que allí es donde yo solía caminar, por unos meses.

Aunque Rose no estaba enamorada de él, Arthur se había adaptado a su matrimonio y había aceptado lo que le tocó en esta vida, hasta el momento en que su hijo se enamoró y le recordó lo que se estaba perdiendo.

Me había olvidado. Me hiciste recordar y después Bárbara me hizo ver que todavía tenía una oportunidad. Fue como despertar veinte años más joven [...].<sup>1</sup>

Muchos de nosotros, que no estamos enamorados, anhelamos estarlo. Conocemos muy bien las glorias que nos estamos perdiendo. Podemos gozar de vidas plenas, ricas y estar orgullosos de nuestros logros, pero, aun así, sentirnos solos y aislados. Los amigos y la familia no nos protegen de esa soledad. A avanzada edad, Helene Deutsch observó que la soledad era el resultado de no ser lo primero para alguien.<sup>2</sup> A excepción de los breves momentos de la infancia y la niñez —cuando probablemente

---

<sup>1</sup> Spencer, *Endless Love* [*Amor sin fin*], 119.

<sup>2</sup> Helene Deutsch, *Confrontations with Myself* (Nueva York: W. W. Norton, 1973).

ni nos percatamos de ello—, casi nunca somos lo primero. Pero el amor nos devuelve a ese estado de dicha. Ser la persona más importante en la vida de alguien más es una de las premisas que define al amor apasionado.

A veces caemos en cuenta de que la amistad, por más profunda e íntima que sea, no puede darnos ese lugar prioritario que anhelamos. Una mujer me relató una vez un incidente sobrecogedor que había tenido lugar mucho tiempo atrás, cuando estaba en su primer año de universidad. En esa época tenía una amistad apasionada con su compañera de habitación; era la primera relación de esa naturaleza en su vida porque fue la primera que integró la profundidad intelectual y la resonancia emocional. Al llegar a casa una noche, encontró a su compañera abrazando a un enamorado. En ese momento, súbitamente se dio cuenta de que no ocupaba —ni podría nunca ocupar— el primer lugar para su amiga. Desprovista de impulsos homosexuales, tanto en ese momento como en la actualidad, estaba asombrada de la profundidad de su dolor y del sentimiento de traición. Desde ese momento, en un intento por protegerse de resultar herida en el futuro, para ahuyentar la certeza de que nunca lograría tener prioridad en relaciones como esa, devaluó la amistad con mujeres.

Anhelamos la intimidad, la prioridad, la exaltación del amor. Pero por más que aprendamos a resguardarnos del amor —en cualquiera de sus muchas formas— no podemos hacer lo contrario y enamorarnos con solo desearlo. Se dice que es tan fácil enamorarse de un hombre rico como de uno pobre. Esto quiere decir que uno puede y debe casarse con un rico; pero se ama o no se ama. Si bien seguir ese consejo —casarse con un rico— puede ser provechoso en ciertas circunstancias, los mandatos para enamorarse son imposibles de obedecer. Esto es lo que Lady Capuleto descubre después de su consejo a Julieta, quien se declara dispuesta a seguir el consejo pero se muestra incapaz de hacerlo. En una de las primeras escenas de *Romeo y Julieta*, Lady Capuleto insta a su hija a amar «al valiente Paris» diciéndole: «Participaréis de todo lo que es suyo» y le exige: «Sed breve, ¿aceptaréis el amor de Paris?». La obediente Julieta responde: «Veré de amarle si para amar vale el ver».<sup>3</sup> Pero Julieta, al igual que todo el que haya pronunciado las palabras *quisiera amarlo*, fracasa porque la emoción del amor no puede existir por mera voluntad. Paradójicamente, es la propia inmunidad del amor a la presión social y la legislación la que lo hace libre, aunque involuntario. La conveniencia puede dictar las órdenes, pero el amor no obedece. El amor está libre de conveniencia y por lo tanto es libre en sí mismo.

<sup>3</sup> *Romeo and Juliet* [*Romeo y Julieta*], I:iii, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc. 1952), 290.

Incluso cuando el amante potencial desea intensamente y sin presión de un consejero externo enamorarse de una persona en particular, ello está fuera de su control. Lillian Hellman, escribiendo sobre su amigo Arthur Cowan, quien la había declarado muy vieja para él, adivinó finalmente la verdadera reticencia de Cowan con respecto a ella: «Yo era lo que él quería querer pero nunca podrá querer y eso debe haber terminado con su viejo sueño sobre la vida que él tendría ahora, porque en realidad no la quería».<sup>4</sup> En efecto, Cowan parecía preferir a las modelos. Por muy buenas razones, Cupido es conocido como obstinado, travieso y, a veces, hasta perverso.

El amor llega cuando llega. En vez de *desearlo*, nos *alcanza* como un rayo. Los amantes lo experimentan como algo completamente espontáneo, autónomo, independiente de la necesidad: un don, un sentimiento inspirado por las virtudes de la persona amada, no por una búsqueda ni necesidad interna —aunque ocasionalmente el amante *desdichado* pueda sentirse movido por estas—. La opinión del amante refleja su experiencia subjetiva. Él comienza a enamorarse poco después de conocer a la persona amada, es por ello que atribuye sus sentimientos a un agente externo: a los encantos irresistibles de la persona amada. El amor siempre se ha experimentado como una respuesta provocada por algo que se encuentra fuera de nosotros, si no los atributos de la persona amada —como tendemos a creer hoy en día—, los rayos, las flechas de Cupido o las pócimas de amor.

Sin embargo, su verdadera dinámica es lo opuesto a nuestra experiencia subjetiva. No son las flechas de Cupido ni la perfección de la persona amada lo que da lugar al amor. Este surge dentro de nosotros mismos como un acto de la imaginación, una síntesis creadora que busca satisfacer nuestros anhelos más profundos y nuestros sueños más antiguos, que nos permite tanto renovarnos como transformarnos. Existen dos grandes misterios sin resolver acerca del enamoramiento —el amor en sí mismo está lleno de misterio—. El primero, por qué nos enamoramos cuando lo hacemos; el segundo, por qué *elegimos* a quien elegimos.

Tenemos algunas pistas acerca del manejo de los tiempos en el amor. A veces, particularmente en la adolescencia, aunque también posteriormente, uno puede creer estar enamorado de dos personas casi simultáneamente. En este caso, el amante potencial admira a dos candidatos posibles de sus afectos y tiene la fantasía de que, en las circunstancias apropiadas, una u otra relación puede devenir en amor. Esta capacidad para el encaprichamiento simultáneo o secuencial apunta a la cuestión de cuándo nos enamoramos, sugiriendo que hay momentos psicológicos en que uno está listo, independientemente de si se cuenta o no con un objeto de amor apropiado. Si bien un amante como este puede parecer, a simple vista, inconstante, es posible

---

<sup>4</sup> Lillian Hellman, *Pentimento* (Boston: Little, Brown, 1973), 237.

que sea solamente su anhelo de tener una persona amada que le corresponda el que lo haga parecer así. Romeo es el ejemplo por excelencia. Si bien murió de amor por Julieta, solo cinco días antes de conocerla estaba perdidamente enamorado de Rosaline. Sin embargo, Rosaline no le correspondió. Esto puede ser el motivo por el que, segundos después de ver por primera vez a Julieta, abandona su antiguo amor por uno nuevo. «¿Ha amado antes de ahora mi corazón? No, juradlo, ojos míos; pues nunca, hasta esta noche, visteis la belleza verdadera».<sup>5</sup> Cuando Julieta corresponde a su amor, él se transforma en el más puro de los amantes verdaderos.

Ciertamente, los momentos especiales en el desarrollo individual y las circunstancias particulares de la vida parecen propiciar el amor. Es frecuente enamorarse inmediatamente después de una separación y pérdida prevista o real, de ahí los romances y los matrimonios que tienen lugar hacia el fin de los años universitarios, o cuando los soldados se están movilizando para ir a la guerra o incluso al término de un análisis. En una familia muy unida en la que la madre murió cuando tenía alrededor de 45 años, dejando atrás no solo a un esposo afectuoso, sino a cuatro hijos, unos en los últimos años de la adolescencia y otros de poco más de veinte años, tres de los hijos se involucraron en relaciones amorosas serias a los seis meses de su muerte; y su esposo, al año. La facilidad con que algunas viudas y viudos se enamoran después de la muerte del cónyuge no revela su insensibilidad, sino la propia magnitud de su pérdida. La creencia de algunas familias de que es un homenaje al cónyuge fallecido que el que le sobrevive se case nuevamente, es un reconocimiento del anhelo de reconexión que emana de la pérdida de alguien a quien se amó profundamente.

A veces, estar lejos del hogar actúa como un estímulo del amor, no tanto porque ocasione un sentimiento de pérdida como porque disipa las inhibiciones internas. Por consiguiente, la separación puede promover nuevas posibilidades. Es como si una carga insostenible de conciencia y rectitud desapareciera, y una parte de la personalidad se liberara. Es así que abundan los amoríos a bordo de barcos; viudas, solteras y mujeres maduras y solitarias buscan sus «primaveras romanas», y las aventuras amorosas florecen en el plató de filmación y en conferencias de negocios. Uno piensa también en la facilidad con que estudiantes o profesores se enamoran durante un año sabático, cuando están lejos de la comodidad y de las limitaciones del hogar. Como veremos más adelante, la separación de los factores limitantes de la vida «real» facilita el amor en un sinnúmero de otras formas. Por ejemplo, cuando parece que una relación será necesariamente limitada por el tiempo, el miedo a dejarse ir en caída libre puede ser mitigado por convenientes límites externos en lugar de una ruptura interna.

<sup>5</sup> *Romeo and Juliet* [*Romeo y Julieta*], I:v, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc. 1952), 292.

Los frecuentes romances entre soldados apostados en el extranjero y las mujeres que conocen en tierras extrañas ofrecen soluciones a problemas fundamentalmente distintos: para el soldado, que está lejos del mundo que conoce, ofrece consuelo contra el dolor de la soledad; para la mujer, la esperanza de un nuevo comienzo en un mundo mejor que el que conoce tan bien. Pero esas relaciones amorosas son con frecuencia sumamente complejas, ya que invocan elementos tan diversos como la emoción de derribar tabúes, la libertad de hacer elecciones antiedípicas, el glamour de lo exótico, las alegrías agridulces de un romance desarrollado en contra de la amenaza de muerte, y así sucesivamente. La persistencia de este tipo de romances es obvia por su popularidad inextinguible como tema de libros y películas: uno piensa en hombres y sus «novias de guerra»: el teniente Frederick Henry y Catherine Barclay en *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway; Dirk Struyan y May-May en la novela *Tai-Pan*, de James Clavell; Michael Corleone (Al Pacino) escondido en Sicilia y la bella muchacha italiana de la que se enamora y con la que se casa en la película *El Padrino*, de Francis Ford Coppola. Encontramos algo de esta dinámica también en la relación ambivalente entre Charlie y su control israelí en *La chica del tambor*, de John Le Carré.

En muchos otros casos, parece que lo que desencadena el enamoramiento no es una pérdida ni un peligro real o inminente, sino lo contrario: una situación que se experimenta como atrofiante, estática y por demás prolongada. Del mismo modo que el primer amor facilita la separación de los adolescentes y adultos jóvenes de sus familias —y de cualquier amenaza potencial de incesto—, enamorarse más tarde en la vida puede brindar consuelo o escape a cónyuges con matrimonios infelices.

Sin embargo, con frecuencia las circunstancias psicológicas que mueven a un amante a enamorarse suelen ser desconocidas —quizá no puedan ser conocidas— tanto para el amante como para el observador. Se dice que, entre los veinte y treinta años, W.H. Auden perdió la esperanza de encontrar alguna vez el amor. Escribió al respecto en un tono humorístico a la vez que agudo:

Cuando llegue, ¿vendrá sin avisar  
mientras estoy hurgándome la nariz?  
¿Llamará a la puerta en la mañana  
o me pisará los pies en el autobús?  
¿Vendrá como un cambio en el clima?  
Su saludo, ¿será cortés o rudo?  
¿Cambiará mi vida por completo?  
Oh, dime la verdad sobre el amor.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> W. H. Auden, «Twelve Songs: XII», en *Collected Poems* (Nueva York: Random House, 1976), 121-122.

Y en efecto, cuando por fin hizo su tan deseada aparición, el amor llegó a la vida de Auden de manera más bien fortuita.<sup>7</sup> Un relato del encuentro de Auden con su amante y compañero de toda la vida, Chester Kallman, sugiere la forma en que las circunstancias pueden conspirar —si es el momento justo y hay uno o más candidatos posibles— para potenciar la síntesis mágica del amor. Auden se encontraba en una conferencia para un grupo de estudiantes universitarios. «Venía buscando por buen tiempo ya al amado mítico en muchos objetos de amor, pero se había frustrado. Entonces, repentinamente, durante su primer mes en los Estados Unidos, encontró lo que había estado buscando, sentado en la primera fila de una sala de conferencias mal ventilada».<sup>8</sup> Sí y no. Le había atraído alguien del público, pero no era Kallman. Se sintió atraído a otro joven: «Miller, alto, rubio, anglosajón y heterosexual, probablemente le hizo acordar a Auden a los amigos de la escuela por los que había suspirado durante los años en el internado».<sup>9</sup> Auden aceptó una entrevista con Kallman, pensando que Miller lo acompañaría, pero Kallman vino solo. Dicen que Christopher Isherwood, quien hizo pasar a Kallman, le dijo a Auden: «Se han equivocado de rubio». Después de un comienzo coloquial, Kallman y Auden descubrieron un interés compartido en un poeta renacentista y Auden «reconoció un alma gemela». De modo que, «si bien en un principio pareció que Chester era el rubio equivocado, al final de la tarde era el único correcto».<sup>10</sup>

Si bien suele ser difícil juzgar cuándo uno está listo para enamorarse, salvo después del hecho, es aun más difícil explicar la «elección» de la persona amada. En sus últimos años, en su intento por comprender lo que había sido una las preocupaciones de toda su vida, H.G. Wells escribió un análisis del anhelo de amor que todos sentimos —en grados distintos— y trató de entender la cuestión de por qué amamos a quien amamos:

Creo que en toda mente humana, posiblemente desde una edad muy temprana, existe un conjunto de expectativa y esperanza que crece continuamente y es también cada vez más sutil; una suma de pensamientos bellos y excitantes; ideas de encuentro y reacción provenientes de la observación, descripciones, drama; ensoñaciones de deleites sensuales y éxtasis; ensoñaciones de comprensión y reciprocidad; al que llamaré el amante-sombra [...] Considero que es casi tan esencial en nuestras vidas como la conciencia de nosotros mismos. Es *otra* conciencia [...] Es el correlato inseparable de la *persona*, en la dirección de nuestras vidas [...].

<sup>7</sup> Dorothy J. Farnan, *Auden in Love: The Intimate Story of a Lifelong Love Affair* (Nueva York: New American Library, 1984), 17-18.

<sup>8</sup> *Ibid*, 17.

<sup>9</sup> *Ibid*, 19.

<sup>10</sup> *Ibid*, 20.



Cuando hacemos el amor, estamos tratando de que otro ser humano represente para nosotros una encarnación, o por lo menos un símbolo, del de nuestra mente; y cuando estamos enamorados significa que hemos encontrado en alguien la presentación de la promesa de, por lo menos, algunos de los atributos principales de nuestro. Se identifica por un tiempo a la persona amada con el sueño; adquiere tal intensidad que consigue el papel, y parece dejar todo lo que esté fuera de él en la penumbra.<sup>11</sup>

Wells tiene claro que la elección de nuestros amores tiene que ver con nuestros procesos intrapsíquicos; en pocas palabras, con la imaginación. Primero, creamos en nuestra mente el conjunto de atributos que para nosotros constituye el amor ideal. Pero todos tenemos prioridades distintas, generalmente inconcientes, de los atributos indispensables de nuestras imágenes del amante-sombra. Cualquiera sea la forma que tenga el amante-sombra que hemos creado, a continuación transformamos, por medio de otro acto de la imaginación, a algún ser viviente en la encarnación de este producto de nuestra mente: «tratamos [...] de hacer que otro ser humano [sea] una encarnación [...] del amante-sombra [...]». Wells no explica, porque nadie puede explicarlo, cómo realiza la imaginación esta alquimia.

En casos extremos, el amante puede enamorarse a primera vista; lo que esto significa es que encuentra a alguien que parece corresponder a la imagen ya bien desarrollada del amante-sombra. Y es así que uno se enamora a través de una mesa de comedor, o en una habitación llena de gente. Si bien algunas relaciones que surgen del amor a primera vista evolucionan y perduran, otras resultan ser vulnerables hasta el punto de la desilusión, para ambas partes. El amante se horroriza ante la menor desviación de la persona amada de su temperamento, la persona amada se aterra de lo poco que el amor con que la colman tiene que ver con quién es ella. Rita Hayworth, que se hizo mundialmente famosa como «Gilda», se quejó ante muchos entrevistadores que los hombres se acostaban con Gilda solo para despertar frustrados con Rita, lo que inevitablemente la hería. Quizá sea una suerte que la mayoría de nosotros no nos enamoremos a primera vista, sino por un proceso paulatino que sucede intermitentemente mientras el amante-sombra y la persona real se van alineando.

A veces, sucede exactamente lo contrario del amor a primera vista: uno se enamora de alguien que ha conocido por largo tiempo. La historia clásica del amor a segunda vista es quizá la que tiene lugar entre dos viejos amigos cuando su situación cambia notablemente; por ejemplo, cuando uno o el otro —o ambos— enviuda o se

---

<sup>11</sup> *H. G. Wells in Love: Postscript to an Experiment in Autobiography*, editado por G. P. Wells (Boston: Little, Brown, 1984), 53-55.

divorcia, y el contexto de la vida crea la necesidad o bien el espacio psíquico para un nuevo amor. Este fue el antecedente de la relación entre Aldous Huxley y su segunda esposa, Laura Archera. Huxley y su primera esposa, María, tuvieron una amistad afectuosa, aunque esporádica, de seis años con Laura. Entre otras cosas, estaban interesados en sus técnicas psicoterapéuticas. Laura le escribió a Huxley tras la muerte de María y comenzó a visitarlo con frecuencia. Según el biógrafo de Huxley, la segunda esposa «no era candidata a una vida de servicio»; fue una novia más bien renuente, temerosa de perder la libertad que le había costado tanto ganar, pero lo que le trajo a Huxley fue juventud, estímulo y renovación.<sup>12</sup>

Más dramáticos aún son los casos en que no hay ningún cambio dramático en el contexto, sino en el interior. Por ejemplo, un soltero que se acercaba a la madurez había tenido un noviazgo prolongado pero poco emocionante con una mujer que quería casarse con él. Él terminó la relación porque no estaba enamorado de ella; pero, un año después, la llamó nuevamente para decirle que había cometido un gran error y que se daba cuenta ahora de cuánto la quería. Su temor era que ella estuviera comprometida con otro. Pero no lo estaba, y se casaron, y siguen casados, años después, y son bastante felices. Él todavía tiembla al pensar lo cerca que estuvo de perderla.

En los casos en que un amante se enamora de alguien a quien conoce muy bien desde hace tiempo, este debe reconocer que algún cambio psicológico interno ha tenido lugar y le permite finalmente apreciar los encantos de la persona amada, los que sus propias limitaciones le impidieron ver anteriormente. «No estaba listo», «Era muy inmaduro» es lo que escuchamos de tal amante como explicación. Este amante intuye que el amor está relacionado con un estado psicológico interno, vinculado a la disposición y la necesidad, así como a la disponibilidad de una persona que se acerque a la imagen idealizada del amante-sombra.

Pero el proceso por el que damos forma a la imagen de nuestro amante-sombra y «seleccionamos» un objeto de amor en particular es esquivo. Incluso una vez que hemos «elegido», podemos sentir que la elección no ha sido acertada. Puede desconcertarnos, objetivamente, lo poco apropiados que pueden ser aquellos de quienes nos enamoramos, aunque por lo general nuestro desconcierto tenga un matiz de asombro. Sin embargo, para quienes son ajenos a la situación, la perplejidad por nuestra elección del objeto amado puede tener más un matiz de humor o de horror que de asombro. La elección puede parecer a veces tan extraña como para dejar estupefactos a los «observadores» del amor. Carson McCullers escribió desde

<sup>12</sup> Sybille Bedford, *Aldous Huxley: A Biography* [c. 1973] (Nueva York: Carroll & Graf, 1985), 599.

el punto de vista de uno de tales observadores objetivos del amor: «Las personas más extravagantes pueden ser el estímulo para el amor. Un hombre puede ser un viejo chocho y seguir amando a una desconocida que vio en las calles de Cheehaw una tarde, dos décadas atrás. El predicador puede amar a una mujer perdida. La persona amada puede ser traicionera, tener el pelo grasiento y malas costumbres. Sí, y el amante puede ver esto con tanta claridad como el resto, pero no afecta un ápice la evolución de su amor. Una persona absolutamente mediocre puede ser el objeto de un amor salvaje, extravagante y hermoso como los lirios venenosos de la ciénaga. Un buen hombre puede ser el estímulo de un amor violento y denigrante, o un loco delirante puede provocar en el alma de alguien un idilio tierno y simple».<sup>13</sup>

En la Biblia hebrea, el hombre no elige si amaré o no, solamente lo que amaré. Sin embargo, el supuesto tácito es que el objeto de nuestro amor determina la dirección de nuestros actos. Por lo tanto, la elección de qué amar es crucial en la vida de un hombre; determina lo que hará y en lo que se convertirá. Esto enfatiza algo que ciertamente sabemos acerca del amor romántico: que nuestra «elección» amorosa se convierte en parte importante de nuestro destino.<sup>14</sup>

Se puede ver que las elecciones están íntimamente relacionadas con la materia misma del *self*. La persona amada es la pantalla adecuada para la proyección de algo interno. Para algunos, la persona amada debe ser alguien envidiado y que pueda ser ensalzado; para otros, alguien que necesita ser rescatado o alguien al que se considera protector;<sup>15</sup> o bien la persona amada tiene algo que nosotros no tenemos y deseamos inconscientemente. Con mucha frecuencia, alojado en el inconsciente, el amante-sombra evoca el recuerdo remoto de nuestro primer amor; una especie de reencuentro; pero para algunos se parece a un padre o madre malo o problemático. Y en ocasiones, parecería que el amante-sombra representa una parte oculta o no expresada del *self*, más que un amor anterior.

A veces, la dinámica de la elección es parcialmente obvia. Si volvemos a la historia de la vida de Aldous Huxley, descubrimos que, aunque tuvo dos matrimonios excelentes, su experiencia más apasionada de «enamoramiento» —durante su primer matrimonio— se dirigió a otra persona, Nancy Cunard, de quien él no tenía buen

<sup>13</sup> Carson McCullers, *The Ballad of the Sad Café* (Nueva York: Bantam Books, 1971), 26-27.

<sup>14</sup> Volveré a este tema cuando intente abordar los problemas para comprender el amor desdichado o masoquista.

<sup>15</sup> Nota del traductor: *nurturance* se refiere al acto de brindar protección, cuidado y nutrición tanto física como emocional. En ocasiones, se traduce como «madre nutricia». Dependiendo del contexto, he utilizado para su traducción (y sus derivados) los términos «protección», «cuidado» o «nutrición».

concepto. Su biógrafo describe así el intenso episodio de mal de amores que Huxley experimentó:

Nancy había tenido muchos amantes; tenía el tipo de mala reputación, aquella aura de lascivia casual que puede constituir un atractivo adicional. Para Aldous, fue el punto máximo de su huida pendular del puritanismo [...]. Pero si Nancy era promiscua, también era voluble, y era selectiva. Lo que quería eran hombres que fueran más que una buena pareja: hombres fuertes, bestias. Aldous sencillamente no era su tipo. Era demasiado delicado, muy poco desahogado y, con ella, demasiado apegado, demasiado enamorado. Desafortunadamente para él, a ella le gustaba él y disfrutaba de su compañía. Si bien no lo engatusaba, tampoco lo dejaba ir. No obstante, Huxley siguió deseando a Nancy, como él decía, a pesar de sus principios, ideales y razón, y hasta de sus propios sentimientos.<sup>16</sup>

Por esto, todo parece indicar que a él ni siquiera le gustaba.

La dinámica de la elección, como la del manejo de los tiempos, echa luz a la naturaleza del amor como un proceso que nace de la necesidad psíquica interna y culmina en un acto de la imaginación. Sin embargo, dado que el amor es un acto de la imaginación, nuestra comprensión debe quedar incompleta. Al final, al amante solo le queda la explicación que dio Montaigne de su amor por su querido amigo: «Porque eso era él, porque eso era yo».<sup>17</sup>

## LA EXPERIENCIA Y EL PROCESO DE ENAMORARSE

Aunque los detalles de nuestra experiencia personal al enamorarnos sean únicos y específicos, ciertas características generales le son inherentes. A menudo el enamoramiento va acompañado de sensaciones físicas: pérdida del apetito, dificultad para respirar e insomnio. Los amantes sienten el crecimiento del amor en sus corazones palpitantes y también en otros sitios menos tradicionales, o menos poéticos: el estómago, los brazos, la ingle y los pulmones. El amor se vuelve un delirio y se le describe como una fiebre. Estas son las manifestaciones físicas de la excitación y el temor que acompañan al enamoramiento. Y no es extraño que nos asustemos. Enamorarse es arriesgarse a abrirse, a revelar el verdadero ser interior y luego ser rechazado. El amante más locuaz se siente enmudecido ante la persona amada, avergonzado y, sin embargo, ansioso de complacerla. El amante, preparándose para encontrarse con la

<sup>16</sup> Sybille Bedford, *Aldous Huxley*, 136. Se presume que Nancy Cunard sirvió como modelo para *Mrs. Vivash en Antic Hay*.

<sup>17</sup> Michel de Montaigne, «On Friendship» en *Essays*, traducción e introducción de J. M. Cohen (Nueva York: Penguin Books, 1958), 97.

persona amada, se preocupa de cómo huele, de su vestimenta, su pelo, sus planes para la noche y, en definitiva, de su valía. Enamorarse es una agitación, una mezcla de esperanza, ansiedad y emoción.

Los amantes siempre tienen el temor de que tal vez *en realidad* no estén enamorados o de no ser correspondidos verdaderamente. El amante pasa de ensalzar a la persona amada a preguntarse si ha hecho la elección correcta; este tiene miedo de entregarse al amor, y ese temor puede transformarse en un cuestionamiento de su propia elección, de sus propios sentimientos.

Cuando no está dudando de su propio criterio, el amante duda de los sentimientos de la persona amada. La pregunta de si uno es correspondido consume los sesos: «¿Me ama? Si no es así, ¿por qué no me ama? ¿Y qué puedo hacer para que me ame?». Para los amantes muy jóvenes, el ritual medio en broma, medio en serio de deshojar los pétalos de una margarita expresa el deseo de obtener esa certeza: «Me ama, no me ama». Cuando un amante pregunta: «¿Qué estás pensando?», generalmente quiere estar seguro de que la persona amada está pensando en él y en el amor que siente por él. Pero aunque esta le corresponda, no existe ninguna garantía de que lo seguirá amando. Así como alguien se puede enamorar tanto, también puede desenamorarse. Los amantes constantemente pasan de los temores a los anhelos, del tormento a la esperanza.

A medida que el amante comienza a enamorarse, sus pensamientos y fantasías se dirigen involuntariamente a la persona amada. Al comienzo, y siempre que el cortejo prospere, muy a menudo esta preocupación se experimenta como euforia, liberación, el máximo placer. El amante se siente atrapado en una gran emoción, literalmente arrastrado por ella, y monta la cresta de esa ola de emoción con un sentimiento de exultación mientras exista una esperanza de reciprocidad o una señal clara del amor de la persona amada. Cuando las cosas marchan bien, la exaltación del amor parece ofrecer una especie de libertad; esta sensación de libertad no es totalmente ilusoria. Enamorarse otorga una de las mayores libertades: aquella de los límites del *self*. Por un momento, uno intercambia la preocupación en sí mismo por un interés insaciable en el *otro*. El amante está unido a la persona amada, pero paradójicamente está liberado de sí mismo. Tiene la sensación de que alguien ha ingresado a su mundo subjetivo, y él, en el de ese alguien.

Enamorarse es una obsesión mayor, y pensar reiteradamente en la persona amada es parte integral de la experiencia, casi tan característica como su estado emocional. En parte, enamorarse es gratificante precisamente por ser tan devorador en el plano mental y emocional. Por eso, en *Como gustéis*, Rosalinda, en el comienzo de su amor por Orlando, habla por todos los amantes cuando le pide a su amiga Celia que describa cada detalle de su reciente encuentro con Orlando: «¿Qué hizo cuando lo viste?

¿Qué dijo él? ¿Preguntó por mí? ¿Cómo se despidieron? ¿Y cuándo lo volverás a ver? Respóndeme con una sola palabra».<sup>18</sup> Aunque en otros pasajes ella es capaz de burlarse del amor, la sofisticada Rosalinda está tan preocupada por este como una simple pastora. Pensar en el ser amado a menudo puede interferir con las otras actividades de la vida, pero estas parecen entrometerse en el asunto realmente importante en ese momento: las estrategias e intentos para hacer realidad el amor mutuo. Naturalmente, hay excepciones. Algunos amantes se descubren capaces de entregarse al trabajo con un abandono sin precedentes.

La pasión del amor llega a convertirse en la cosa más importante en el mundo del amante. Ha encontrado su búsqueda apasionada y aunque a veces pueda resultar tormentosa, también lo conforta. El amor erradica todas las incertidumbres, menos aquella de si uno podría ser, es o seguirá siendo amado por la persona amada. El amor da un propósito, un significado a la vida.

Debido a su ferviente naturaleza devoradora y a su inmediata capacidad para conferir significado, el amor se ha comparado con una religión de dos. En el amor, como en la religión, existe un objeto de adoración, un medio de comunión, un camino a la trascendencia. Quizá la expresión más elocuente de los límites inciertos entre el amor y la religión y el vehemente deseo de una unión común a los dos, se encuentra en los poemas sagrados y profanos de John Donne. En la poesía amorosa, la persona amada es venerada como una divinidad, los amantes son canonizados y las señales de su amor se transforman en reliquias de santos. Por eso quizá sea inevitable que, en un poema religioso que comienza «Azota mi corazón, Dios de la Trinidad», se debe hacer mención a la deidad como un amante apasionado: «Llévame a ti, enciérrame, porque yo, / a menos que me cautives, nunca seré libre, / y nunca pura, a menos que me violentes».<sup>19</sup> La paradoja de libertad en cautiverio es tan verdadera en el amor como en la religión, si no más.

En retrospectiva, uno recuerda haberse enamorado como si todo estuviera cortado por el mismo patrón: puro éxtasis, pura dicha. Pero, de hecho, se gana experiencia de a pocos. Esta calidad errática puede muy bien tener que ver con el trabajo inconsciente de alinear la imagen del amante-sombra con la realidad de la persona amada. El estado de enamoramiento se caracteriza por arranques de deseo y exaltación, seguidos de sentimientos de retraimiento y aburrimiento, dudas sobre la valía y lealtad de la

<sup>18</sup> *As You Like It* [Como gustéis], III: ii, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952), 611.

<sup>19</sup> John Donne, «Batter my heart, three-personed God», en *The Norton Anthology of English Literature*, 5ta edición, Vol. 1, editado por M. H. Abrams (Nueva York: W. W. Norton, 1986), 1100.

persona amada, luego un renacer de añoranza conjuntamente con un miedo abyecto de que la persona amada se haya cansado de tanta espera e indecisión. Toda esta vacilación ocurre y se repite hasta que los amantes se prometen amor —o hasta que uno o el otro finalmente pierde su esperanza—.

El amor realizado —después de que los amantes se han comprometido el uno con el otro— no es *per se* un estado emocional continuo; es una serie de momentos felices. Incluso cuando la fusión deseada parece, en momentos mágicos de unión, haberse alcanzado, la sensación de unión es inestable y delicada. Como el agua, el amor puede evaporarse y aparenta desaparecer, pero luego se condensa y es nuevamente visible.

### EL AMOR COMO CRISTALIZACIÓN<sup>20</sup>

Entre los teóricos del amor, Stendhal (1783-1842) es su principal entusiasta.<sup>21</sup> Era conciente de sus detractores, los escépticos del amor, y perdió las esperanzas de explicar a alguien que nunca lo había sentido cómo era la experiencia del amor. ¿Cómo se puede describir el color a alguien que es daltónico? Como lo manifestó Stendhal: «Imagínense una figura geométrica medianamente complicada trazada con tiza blanca en una pizarra (negra): ¡Bueno! Voy a explicar esta figura geométrica; pero para hacerlo, es imprescindible que la figura exista en la pizarra; no puedo trazarla yo mismo».<sup>22</sup> Stendhal exigía cierta experiencia en asuntos amorosos de sus lectores. Como un pequeño ejemplo de lo que podría ser suficiente que sepa un lector, sugirió que un hombre debería ser capaz, «al entrar a una habitación donde está la mujer de la cual él piensa estar enamorado, de no tener ningún otro pensamiento que no sea el de leer en los ojos de la amada lo que ella está pensando de él en ese momento, sin ninguna intención de poner amor en su propia mirada».<sup>23</sup>

A diferencia de otros teóricos del amor, Stendhal se centró en la anatomía del amor, no en sus razones, sino en sus componentes, su centro emocional y su curso. No trata muchas preguntas, como cuándo uno se enamora, de quién o incluso por qué. Su tarea, como él lo veía, era describir «de manera simple, racional y matemática, por así decirlo, las diferentes emociones que se suceden entre sí y que, en conjunto, se denominan la pasión del Amor».<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Esta sección utiliza *On Love* de Stendhal (Nueva York: Liveright, 1974), Matthew Josephson, *Stendhal* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1971).

<sup>21</sup> La alusión es a la descripción de Paul Robinson de varios investigadores sexuales como entusiastas del sexo en *The Modernization of Sex* (Nueva York: Harper & Row, 1976).

<sup>22</sup> Stendhal, *On Love*, xv.

<sup>23</sup> *Ibid*, xv.

<sup>24</sup> *Ibid*, xv.

La metáfora sobre la cual Stendhal modela su concepción del nacimiento del amor es la de una rama despojada de sus hojas en invierno y lanzada a una mina de sal abandonada. Meses después, la rama es recuperada y cubierta con cristales brillantes. Se cristaliza, por así decirlo. Incluso las ramitas más pequeñas están salpicadas con diamantes brillantes y relucientes y la rama desnuda es ahora irreconocible.

Para Stendhal, el amor es un acto de la imaginación. La fiebre de la imaginación hace por la persona amada lo que la sal hizo por la rama; la persona amada, al igual que la rama, se transforma en un objeto de gran belleza. La «cristalización» en el amor es ese proceso mediante el cual la mente idealiza la persona amada y descubre nuevas perfecciones en ella. Este proceso de cristalización imaginativa del amor sigue leyes y tiene una secuencia.

Stendhal trató el proceso de cristalización con cierto detalle. Al principio, uno siente únicamente admiración por alguna cualidad de la posible persona amada. Seguidamente, uno cavila o se imagina fugazmente la posibilidad de cierta reciprocidad. Ese comienzo auspicioso deviene en amor solo si hay esperanzas, y la esperanza necesita alguna señal de posible reciprocidad por parte de la persona admirada. Con esperanza, el amor nace y la primera cristalización comienza. Ahora el amante ve a la persona amada de un modo distinto de cómo los demás la ven. Para el amante, la belleza, el alma y la personalidad de la persona amada son intachables. Pero para que la cristalización total tenga lugar, debe existir alguna duda sobre si ella es suya. Mientras el amante oscila entre la esperanza y la duda, el segundo escenario de la cristalización ocurre y el amante es exaltado o atormentado de manera simultánea o secuencial por varias alternativas: que la persona amada es —o no— perfecta, que esta le corresponde —o no— y que se debe exigir —o no— alguna prueba. Este es un momento de fluctuante esperanza y desesperanza, dulce tormento y anhelo sin límites.

Según Stendhal, para enamorarse, para sentir la fuerza plena de la pasión, uno debe primero admirar, luego fantasear y por último recibir por lo menos una mínima esperanza que debe ir seguida de una dosis de duda. Si se es afortunado, surgirá el amor mutuo.

Naturalmente, existen excepciones a la descripción del proceso de Stendhal. Dos personas pueden conocerse y desde el momento de su encuentro nunca separarse. Para ellos, el amor a primera vista es una realidad. Ellos parecen hacer realidad las fantasías preexistentes del otro en carne y hueso, y no es necesario que existan dudas sobre la reciprocidad para que tenga lugar la «cristalización». Pero ellos representan solo a una minoría. Para la mayoría, enamorarse es un proceso, como describe Stendhal, tanto para aquellos que se enamoran primero como para los que se sienten recíprocamente atraídos.



Sin embargo, si vamos a examinar la metáfora de «cristalización» debemos notar una discrepancia obvia entre la rama y el ser amado. La rama está de hecho cubierta de cristales; sin embargo, el ser amado, sin importar que él o ella sean transformados por el poder del amor, nunca podrá ser tan perfecto ante los demás como ante el amante. La «idealización» es un término de la psicología contemporánea para describir ese fenómeno que Stendhal llamó «cristalización».

## IDEALIZACIÓN

Para el amante, la experiencia de enamorarse es una respuesta directa a las cualidades especiales de la persona amada. Al insistir en que es este hombre especial o esa mujer única quien ha provocado el amor, el amante rechaza la noción de que las personas sean intercambiables. Lo que se aprecia es la singularidad del ser amado. De este modo, el amor se vuelve una celebración de la individualidad. Debido a su insistencia en la singularidad de la persona amada, el amor romántico es la antítesis de la promiscuidad sexual, en la que se pone de relieve el carácter intercambiable de los «objetos sexuales».

El amante piensa que su amor es provocado exclusivamente por las virtudes de la persona amada. No servirá de nada decirle que esta es una ilusión, que es él quien le ha conferido tanto valor. Quienes son ajenos a la situación dicen que todo depende del cristal con que se mire, que el amor es una proyección, pero el amante se siente cautivado por lo que él cree son los atributos verdaderos de la persona amada. El amante —ignorando el concepto del amante-sombra— atribuye invariablemente su amor a lo especial de la persona amada, no a los poderes creativos de su imaginación. Pero Shakespeare, por su lado, percibió la ilusión con gran lucidez: «El lunático, el amante y el poeta / todos tienen una imaginación compacta».<sup>25</sup> Al decir eso, su Duque Teseo celebra y se burla del acto de la imaginación que nosotros llamamos enamoramiento. Hay algunos amores famosos que revelan la magnitud del rol de la imaginación en su génesis. Un caso extremo es el de Dante, quien nunca intentó hacer realidad su amor en forma prosaica. Dante inmortalizó su amor por Beatriz en *Vita Nuova* y *La Divina Comedia*, pero en realidad solo la vio tres veces en su vida, la primera vez cuando ambos tenían nueve años, y nunca la conoció. Sabemos poco de la vida del poeta, pero sí sabemos que lloró su temprana muerte y que su recuerdo se transformó en la inspiración de su vida. Sin embargo, su amor idealizado y extasiado

<sup>25</sup> *A Midsummer Night's Dream* [Sueño de una noche de verano], V: i, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1, editado por W. G. Clarke and W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952), 370.

no le impidió casarse posteriormente con alguien más y tener hijos. Pero todos los amantes, inclusive aquellos resueltos en la realización de su anhelo erótico, infunden a las imágenes que tienen de la persona amada coloraciones y dramatizaciones imaginativas, aunque sus valoraciones se mezclen con percepciones realistas también. Y tal como ya se ha sugerido, el amor puede marchar bien en el largo plazo si se intercala con percepciones ajustadas a la realidad.

Por lo general, el amante llega a valorar *todas* las características de la persona amada. Esto no necesariamente significa que el amor es ciego, como algunos afirman, pero sí a menudo significa que la valoración de la persona amada diferirá considerablemente de aquella que tienen las personas conocidas «objetivas». Otras mujeres pueden ser más bellas, sí, pero la amada tiene un rostro más interesante, el cual revela su alma. Otros hombres pueden ser más inteligentes, pero él es más sensible, que es lo que cuenta. Y así sucesivamente. De hecho, amar puede hacernos sentir tan bien por ser tan creativos.

A menudo es algún detalle más bien intrascendente lo que desencadena el ensueño romántico inicial. Puede ser la forma en que alguien enciende un cigarrillo en el viento, se recoge el cabello o habla por teléfono —personalmente, pienso que tales gestos «dicen» mucho, si no todo, sobre la personalidad y aspiraciones de la persona a quien se observa—. Son señales para aquellos que las interpretan sobre la forma en que la persona se ve a sí misma y, particularmente para los hombres, esos detonadores tienden a ser visuales. Muy frecuentemente, uno recuerda el gesto o el detalle como el principio del proceso de enamorarse solo después de que el amor se ha materializado, como cuando Borges afirma que un autor crea sus «predecesores» literarios por lo que ha escrito, después de que lo ha escrito.<sup>26</sup> El significado emocional del presente determina la importancia emocional vinculada a los recuerdos del pasado.

Sin embargo, la idealización por sí sola no puede explicar la génesis del amor. La idealización en el amor romántico es muy parecida a la de otras formas de culto. El ateo que desea ser un católico devoto es un alma en busca de idealización, trascendencia, romance. Algunas personas tienen el don de idealizar incluso los momentos más simples de la vida cotidiana. Yo siempre envidié a un viejo amigo mío alemán. Cuando caminábamos juntos por la calle, él se las ingeniaba para encontrar belleza donde yo veía fealdad. Gozaba con la clientela del restaurante donde almorzábamos; para él ellos siempre eran un grupo fino, culto y distinguido. Yo vivía en un mundo ordinario y almorzaba en un restaurante de la avenida Madison, frecuentado por clientes bien vestidos de la clase media alta y algunos comerciantes de arte. Mi amigo llevaba

<sup>26</sup> Jorge Luis Borges, *Labyrinths* [*Laberinto*] (Nueva York: New Directions, 1964).

consigo una imagen idealizada de la Rue St. Honoré que tanto le encantaba. Aunque comíamos juntos, sus almuerzos siempre eran mucho más glamorosos y elegantes que los míos (retrospectivamente, ahora que él está muerto, comparto su experiencia).

La diferencia entre la experiencia de enamorarse y la simple admiración o idealización es esta: en el amor, se desea y se busca con urgencia algo más. Se necesita algo más. El aspirante a amante siente el poder potencial que la persona amada ejerce sobre él; siente que esta puede tocarlo, satisfacerlo, complacerlo en alguna forma única. La persona amada provoca un anhelo, alguna necesidad en el amante que él cree que solo ella será capaz de satisfacer.

También, según Stendhal, la idealización es crucial para que se inicie el amor, pero por sí misma no es suficiente. Aunque el amor comienza con la admiración y la idealización, se desarrolla solo cuando hay esperanza de reciprocidad y, a la larga, la necesidad de ella. El siguiente paso exige que la persona amada responda al cariño y admiración del amante. Solo entonces las fantasías más profundas del amante pueden llegar a algún tipo de realización y sus deseos ser cumplidos.

Como lo manifestó Sartre, el propósito de amar debe ser el de ser amado. El amante, a través de su amor, *exige* ser amado. Aunque el amante insiste que ama únicamente debido a lo especial de la persona amada, no obstante, en última instancia, él insiste en la satisfacción de sus propios deseos. De lo contrario, sin una esperanza de reciprocidad, permanecerá como un simple admirador, y no como un amante. Simone Weil expone el asunto más crudamente:

En vez de amar a un ser humano por su hambre, lo amamos como alimento para nuestro apetito. Amamos como si fuéramos caníbales. Amar puramente es amar el hambre en un ser humano... Pero la forma en que realmente amamos es muy diferente. Gracias a su compañerismo, sus palabras o sus cartas, obtenemos consuelo, energía y estimulación de las personas que amamos. Ellas nos afectan en la misma forma en que una buena comida después de una dura jornada de trabajo. Por eso los amamos como si fueran un alimento. En efecto, es un amor antropófago.<sup>27</sup>

En el amor, el amante concentra todo su deseo en el único objeto de su pasión. Él la desea con su alma y con su cuerpo. Es la resolución, la pura intensidad de su deseo, su poder y aparente fijación lo que alarma a sus amigos. Ha destruido simbólicamente al resto de su mundo. Su resolución es como la del niño que llora por su madre, que no aceptará a nadie más que ella. Y como el niño, el amante puede pensar que la pura fuerza de su deseo debe ser suficiente para satisfacer su demanda.

---

<sup>27</sup> Simone Weil, *First and Last Notebooks*, traducido por Richard Rees (Oxford University Press, 1970), 284.

Es por ello que la persona amada puede resistirse; ella siente la naturaleza consumidora del deseo del amante y teme su voracidad. El amante está tratando de poseerla, de reclamar todas y cada una de las relaciones con ella, independientemente del efecto que tenga en ella. La persona amada siente que, a pesar del sobrecogimiento con el que el amante la contempla, ella no es más que pasto amoroso para él.

### **EL PERÍODO VULNERABLE DE LA «APERTURA»**

La evolución de la admiración a la esperanza y exigencia de reciprocidad y, finalmente, la realización del amor es un viaje lleno de incertidumbres, especialmente en sus primeras etapas. El lenguaje del cortejo es indeciso aunque intermitentemente insistente, burlón y esperanzador. Al igual que las miradas prolongadas anuncian la etapa exaltada del amor mutuo realizado, el emblema del cortejo es la mirada de soslayo; el abanico, la utilería ideal.

Enamorarse, por su propia naturaleza, se basa en asumir riesgos. Con la finalidad de alcanzar el amor mutuo, uno debe apostar por abrirse psíquicamente para lograr verdadera intimidad y reciprocidad. Pero al revelarse al *otro*, uno se vuelve vulnerable. Por lo tanto, enamorarse, y el logro final del amor verdadero, requieren de la capacidad de confiar en uno mismo y en el *otro*, de revelar las propias debilidades y flaquezas y arriesgarse a ser objeto de miedo y odio, de condescendencia, humillación o rechazo.

En el mismo principio del amor, cuando todavía se caracteriza por la excitación o la infatuación, en los primeros momentos de esperanza pero no después, la pasión puede cortarse de raíz. Esto sucede si la esperanza es debilitada porque el amante se entera de que la persona amada es mala o su reputación peligrosa, ya que sin confianza no existe una esperanza real de reciprocidad verdadera —obviamente hay algunos amantes que necesitan un poco de maldad en la persona amada—. El amante también puede renunciar a la posibilidad de amar si ha sido herido gravemente antes, o puede renunciar al amor adúltero si se identifica totalmente con sus hijos (o los de la persona amada) y recuerda el dolor que le causó su propia madre o padre al abandonarlo.

Al principio, cuando el amante recién está comenzando a enamorarse, puede temer que su amor no sea correspondido. Por consiguiente, trata de tomar la iniciativa y persuadir o coaccionar a la persona amada para que acepte su forma de sentir; es muy vulnerable porque existen necesidades y carencias solo de su parte. Este amante dirige todos sus poderes de seducción a cumplir la tarea. Es por ello que muy a menudo el cortejo se conoce como una «campana», organizada con flores y cenas gourmet,

detalles especiales y promesas. El amante temeroso o que se protege intenta persuadir a la persona amada para que lo ame *primero*, antes de que él se arriesgue a abrirse. Puede ser motivado por el temor, normalmente producto de sentimientos de falta de valía e inferioridad. Pero, cualquiera que sean sus motivos, al recurrir a la manipulación, el amante está intentando controlar al *otro*. Las manipulaciones del amante pueden resultar exitosas para conseguir amor, pero quienes las emplean reducen sus propias probabilidades de enamorarse. En la medida en que el amante se sienta subordinado e impotente frente al *otro*, incluso cuando intenta manipular la relación, no podrá experimentar totalmente el amor. La emoción y la manipulación de esa emoción tienden a excluirse mutuamente. Cuando se le pregunta si preferiría estar enamorado o ser amado, el amante inseguro o tímido responde que escogería lo segundo.

La persona amada, a su vez, también puede estar asustada, temiendo las necesidades voraces del amante. Aunque esté lista para correr el riesgo de ser consumida, puede ser que desconfíe de las palabras del amante, quizá al haber aprendido de experiencias pasadas que el pretendiente tal vez no sea sincero. La persona amada teme que el amante solo simule intimidad y afecto para camuflar otras necesidades. A menudo se acusa a los hombres de fingir cariño y admiración con el fin de alcanzar sus objetivos sexuales, pero ambos sexos se permiten esta duplicidad con el propósito de conseguir sus objetivos: compañerismo, ventaja a corto plazo, la gratificación de la vanidad o lujuria.

Y el amante puede estar persiguiendo objetivos más bajos. Puede tratarse de un donjuán disfrazado de Romeo o una Jezabel con el atuendo de Julieta. Para estos «amantes», el objetivo principal es uno hostil: seducir y abandonar o controlar y humillar. Por el motivo que fuere, son gánsters emocionales, impulsados no solo por el deseo de amar, sino por el poder, el odio y hasta el sadismo. Atrapados por su necesidad de dominar, estos seductores están constantemente hambrientos y son rapaces, incapaces de experimentar una satisfacción duradera. Naturalmente, sus necesidades preferenciales comprometen seriamente su capacidad de apertura. Para ellos, la exposición del *self* es una farsa, una suplantación; pueden tener, como Clement Greenberg dijo de James Agee, «la habilidad de ser sinceros sin ser honestos».<sup>28</sup> Su franqueza es, en última instancia, poco auténtica y se usa únicamente como un medio para alcanzar un fin. La seducción es una vil versión, o perversión, del cortejo (quizá se podría decir que la dominación, la seducción y el cortejo conforman una especie de continuidad).

---

<sup>28</sup> Clement Greenberg citado en Laurence Bergreen, *James Agee: A Life* (Nueva York: Penguin Books, 1984), 272.

Sin embargo, incluso el candidato a seductor puede volverse un amante. Un marido latinoamericano apartado de su esposa, que era bella pero demasiado exigente, se enamoró de su secretaria. Consternado por el afán de venganza de su esposa y su negativa a darle el divorcio, se sintió cercado y fantaseó con contratar a alguien para matarla o para seducirla hasta que se enamorara. Dados los círculos que frecuentaba, un mundo de jugadores empedernidos y estafadores, ambas fantasías eran potencialmente realizables; la fantasía del asesino aparentemente era menos propensa a errores. Sin embargo, el esposo, motivado por las restricciones de la conciencia o por sentimientos residuales por su esposa, o por la casualidad de haber conocido a un seductor de fama local, optó por el improbable plan de contratar a alguien para seducir a su esposa, con la intención de que ella luego insistiera en el divorcio. Una cuantiosa suma de dinero cambió de manos, y el seductor local se marchó a cumplir la tarea encomendada. Sin embargo, aunque parezca extraño, el seductor vio en la esposa desechada a la mujer que siempre había buscado, y cumplió su trabajo entusiastamente (además de cuestiones de culpa y redención que algunas veces están presentes en la génesis de los romances de este género, siempre he pensado que este seductor en particular estaba interpretando un papel inconsciente, tan relacionado con el esposo como con los méritos indudables de la esposa). En este cuento «inspirador» quizá era adecuado que el esposo, recuperado de su capricho, tratara de reconciliarse, pero ya era demasiado tarde. El seductor y la esposa se casaron y, con los años, les fue tan bien como a la mayoría. La historia de enamorarse en una relación iniciada por motivos meramente utilitarios es naturalmente un tema que perdura en la imaginación; es la trama de *Ninotchka* y de innumerables películas en las que un espía deserta por amor. Tales historias retratan la realidad de un puñado de romances de la vida real; más importante aun, parecen hacer realidad la muy difundida fantasía de que cada uno de nosotros puede inspirar amor incluso en contra de los intereses personales o el propósito del posible amante.

En la vida real, a los donjuanes —con mayor frecuencia que los timadores— los puede sorprender el amor. En *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera, la caracterización de Tomás como un Tristán latente, viviendo como un donjuán, es convincente. Sintiendo liberado y festivo después de su divorcio, Tomás pasó diez años conociendo a muchas mujeres, pero nunca se comprometió con ninguna de ellas hasta el punto de quedarse a pasar la noche. Impactado al descubrir que se había enamorado de Teresa, finalmente se entusiasmó tanto con ella que la siguió a una vida miserable en Checoslovaquia, en lugar de quedarse en Suiza sin ella. A veces, un donjuán es simplemente alguien que fue herido de amor, cuyo refugio en una postura defensiva se oculta detrás de una apariencia agresiva de mujeriego que permanece hasta que se vuelve a enamorar.

Algunas personas que se protegen de esta manera no pueden permitirse comenzar a enamorarse hasta que el amante se les haya declarado. Aparentan estar desvinculadas de la emotividad normal de la experiencia de enamorarse, pero pueden liberarse una vez que escuchan pronunciar las palabras «Te amo». En *Las dos señoras Grenville*, Junior Grenville y Alice Arden tienen una apasionada aventura sexual y ella comenta que él nunca expresa sus sentimientos y se pregunta si está esperando que ella lo haga primero.

Cautivado, él la miró fijamente y no dijo nada.

“Te amo”, dijo ella.

Se sintió liberado. Un sinfín de sentimientos bloqueados manaron de él, una vida entera de emoción reprimida. “Te amo”, le susurró a ella, repitiendo una y otra vez las palabras. No podía dejar de decirlas.<sup>29</sup>

A veces, el amor no existe de antemano. No obstante, sentirse el objeto de la idealización de un amante puede despertar gradualmente nuevas posibilidades. Contemplándolas, la persona amada puede ser arrastrada a un proceso imaginativo recíproco. Del mismo modo en que otras emociones son contagiosas, el amor puede provocar amor. Como receptora del amor, o el objeto de la cristalización, la persona amada comienza deleitándose con la admiración del amante. Los halagos de verse como el objeto de una pasión pueden por sí mismos ser el incentivo que se necesita para enamorarse. No obstante, ser amado, en última instancia, confiere cariño y confirma valía solo si la persona amada también llega a idealizar al amante, porque ser idealizado tiene valor solo si el admirador de uno es considerado valioso. Por lo tanto, la verdadera dicha de la persona amada al ser idealizada es que ella misma pueda despertar al amor.

Si uno espera ser amado, el riesgo de ser rechazado parece disminuir. Pero esa seguridad es falsa. Incluso cuando el amante es sincero y honorable en sus intenciones, nunca se pueden obtener garantías de seguridad en el amor. Es más, algunos hombres —y algunas mujeres también— son expertos en provocar amor, pero son conocidos por su incapacidad para mantenerlo. En *Mi vida*, Isadora Duncan escribe sobre uno de los maestros legendarios en provocar amor:

Quizá una de las personalidades más maravillosas de nuestro tiempo sea Gabriel D’Annunzio, y, sin embargo, es pequeño y, salvo cuando su rostro se ilumina, no se puede decir que sea precisamente bello. Pero cuando habla a alguien que ama, se transforma en el vivo retrato de Febo Apolo, y ha ganado el amor de algunas de las mujeres más hermosas y magníficas de nuestro tiempo. Cuando D’Annunzio ama a una mujer, eleva el espíritu

<sup>29</sup> Dominick Dunne, *The Two Mrs. Grenvilles* [*Las dos señoras Grenville*] (Nueva York: Bantman Books, 1986), 62.

[de la amada] de esta tierra a la región divina donde Beatriz transita y brilla. A su vez, él transforma a cada mujer en una parte de la esencia divina, la lleva volando hasta que ella cree estar realmente con Beatriz, de la cual Dante ha cantado en estrofas inmortales [...]. En ese momento, él lanza sobre cada favorita un velo brillante. Ella se elevó sobre las cabezas de mortales ordinarios y caminó rodeada de un extraño resplandor. Pero cuando el capricho del poeta termina, este velo desaparece, el resplandor se eclipsa y la mujer se convierte nuevamente en arcilla común.<sup>30</sup>

Las amantes de D'Annunzio fueron inspiradas inicialmente solo por sus halagos, pero al final ellas sintieron estar enamoradas. Isadora Duncan pasa a describir el destino de esas mujeres, uno común al amante rechazado: «Ella misma no sabía qué le había sucedido, pero estaba conciente de un descenso repentino a la tierra, y recordando su transformación cuando era adorada por D'Annunzio, se dio cuenta de que en toda su vida nunca encontraría nuevamente a este genio del amor».<sup>31</sup> Enamorarse para estas mujeres fue una *respuesta* a ser amada, la respuesta imaginativa al acto creativo de alguien más.

¿Cómo uno puede llegar a saber si su pretendiente es sincero? Para algunos existe la perfecta fantasía de lo que el amante ardiente podría hacer para disipar la inseguridad de la persona amada. Este declararía su amor y se pondría totalmente a disposición de la persona amada. Esto le daría a la persona amada la libertad para fijar el ritmo de la relación con la convicción final del compromiso pleno del amante. En la versión cinematográfica original de *El cartero llama dos veces*, Cora pone a prueba a su amante. Ella y su amante nadan tan lejos que ella termina agotada y sabe que nunca podrá regresar a la orilla sin su ayuda. Ahora ella puede probar la sinceridad de su amante —él no tiene ningún escrúpulo para matar; ya lo ha hecho—. Si él la ama, salvará su vida. Si no lo hace, ella está dispuesta a morir, pues no tendría nada más por qué vivir.

La mayoría de nosotros no considera necesario ni importante someter a nuestros amantes a una prueba tan dramática. Pero incluso en circunstancias menos extremas, los noviazgos a menudo implican una serie de pruebas de amor; un amante le pide al otro pruebas de su sinceridad. En la mitología, el héroe debe probar su valor venciendo un obstáculo antes de poder reclamar a la heroína. Su valor será medido en combate o contienda, su sinceridad en su compromiso de realizar la tarea hercúlea.

En casos extremos, el temor al rechazo puede inhibir la experiencia plena de amar hasta después de la muerte de la persona amada, cuando uno finalmente se siente a

<sup>30</sup> Isadora Duncan, *My Life [Mi vida]* [c. 1927] (Nueva York: Liveright, 1955), 5.

<sup>31</sup> *Ibid*, 5.



salvo de la posibilidad, aunque remota, del abandono y la humillación. Una mujer que siempre habló de su esposo con un tono desdeñoso y que solía ridiculizarlo, temía secretamente que la fuera a dejar por su querida ocasional. Cuando él murió, su esposa experimentó un profundo cambio en sus sentimientos hacia él. Se encontró con el corazón destrozado, pero aliviada de que su esposo hubiera permanecido con ella. Repentinamente valoró sus virtudes y lo idealizó, se deshizo en llanto por su muerte y llevó a todas partes una fotografía del difunto en un marco de plata. Una relación tibia y endeble se convirtió retroactivamente en un amor apasionado.

Algunos amantes, aterrados no por la falsa seducción sino por la verdadera recompensa del amor, la *reciprocidad*, a la que consideran canibalismo, o un embelesamiento al que podrían sucumbir, restringen sus intereses al cortejo. Con frecuencia, se dice que ellos prefieren la caza a la presa. El entusiasmo lo es todo; la realización, nada; pueden volverse adictos al amor, y sus vidas son una sucesión rápida de excitación erótica y decepción.

Dada la autoprotección casi universal y la desconfianza instintiva que los futuros amantes llevan al cortejo, no hay duda de que muchos terminan frustrados o en matrimonios que no tienen nada que ver con la verdadera franqueza y reciprocidad. Sin embargo, algunos amantes avanzan intuitivamente hacia la libertad del amor mutuo y a la trascendencia y transformación que este puede catalizar. En la medida que se llegue a la reciprocidad, el amor se hará realidad y su fase idílica continuará.



## CAPÍTULO 2

### El amor realizado: la fase idílica

Parte de lo que parece amor es mucho menos que eso, de ahí la preocupación por decidir si una relación afectiva es amor «verdadero» o un capricho pasajero, el «amor de verdad», o una cana al aire. Hay variedades de amores incompletos o atrofiados. En realidad, las versiones trucas son mucho más comunes, ya que nacen como respuesta a un sinnúmero de necesidades. Ya sea que uno busque salir del aburrimiento, un paliativo al despecho que sobreviene a una decepción amorosa, la gratificación del ego, la validación social o los placeres de la carne, el nombre del amor se invoca para racionalizar e idealizar la necesidad. Sobre todo, se usa para negar la existencia de las penas y los problemas que de hecho precipitaron la relación y para ensalzar los resultados de una buena elección. En consecuencia, mucha gente que se encuentra en relaciones de cierta intensidad simplemente da por sentado que debe estar enamorada.

El amor se ha subdividido en diversas formas: el amor religioso separado del amor romántico; el amor fraternal, del patriotismo, entre otros ejemplos; pero el «amor romántico» es todavía una categoría demasiado amplia. En su forma más pura, el amor apasionado debe distinguirse de tres otras formas de amor con las que se le confunde, y a las que puede superponerse: el amor carnal, la vinculación afectiva y el amor que enaltece al *self*.<sup>1</sup> Y, como veremos, cada una de estas formas de amor tiene sus partidarios, para quienes una u otra es la forma predilecta.

El amor mutuo apasionado es la forma más completa de amor romántico. Es evidente hacia dónde se dirige: lo que se busca es la unión con el *otro*. Lo que distingue al amor apasionado es su intensidad, la fuerte identificación mutua que sienten los amantes y su deseo de unión con los consecuentes objetivos trascendentales que

---

<sup>1</sup> Stendhal fue el primero en intentar una clasificación del amor romántico. Aunque no es exhaustiva, su clasificación sigue siendo útil, pues describe admirablemente la mayor parte de las variantes con las que estamos familiarizados. A pesar de que reclamó que él podía distinguir mil variaciones del amor, Stendhal describió solo cuatro categorías: amor pasión (*passion-love*), amor vanidad (*vanity-love*), amor físico (*physical-love*) y amor placer (*mannered-love*). El primero, el amor pasión, al que he llamado amor mutuo, es el tipo que Stendhal consideró como auténtico y el que más alto valoró. Ver: *On Love [Sobre el amor]*.

comporta. La considero la forma más completa porque es la que permite, mejor que ninguna, la autotransformación y trascendencia. Mientras que muchos observadores pensarían que el vínculo afectivo es un componente necesario del amor apasionado, no podrían estar más lejos de la verdad. A veces el amor apasionado parece estar basado en vínculos de destructividad mutua.

Por el contrario, el amor carnal —o sexual—, aunque muy auténtico, se asienta en las muchas veces efímera pasión de la atracción física, que se experimenta como la necesidad urgente de poseer sexualmente al *otro*. Ocasionalmente, una sola noche de pasión sexual basta para convencer a alguien de que está enamorado; pero generalmente cuando hablamos de amor carnal nos referimos a algo más duradero y de significado más profundo. Esta clase de amor, que a veces levanta vuelo hasta convertirse en lo que Salter llamó los «grandes dúos carnales»,<sup>2</sup> es el más proclive a ser confundido con el amor apasionado. Podemos vislumbrar a muchos de estos dúos intensos y poco duraderos en novelas y películas, por ejemplo, la pareja de náufragos en *Arrastrados por un insólito destino*, de Lina Wertmuller, cuyo amor no sobrevive a su rescate; o los tórridos amantes de *El último tango en París*.

En su apogeo, la pasión sexual es un apetito físico casi insaciable centrado exclusivamente en el *otro*, una fijación de intensidad erótica en una persona. Con frecuencia, es como una borrasca de verano que desaparece tan rápido como llegó. Pero mientras dura, el apetito va más allá del sexo, de otro modo ningún objeto podría ser tan absorbente. El amante suele obsesionarse física y mentalmente con la persona amada, quien parece desaparecer incluso mientras es poseída; incluso mientras la tiene en sus brazos, el amante considera que esta es esquiva. El deseo es perpetuado por lo esquivo de su objeto. El amante se obsiona con atravesar las barreras de la *otredad*. No obstante, paradójicamente, en la lujuria desvinculada del amor, el amante no busca conocer el *self* subjetivo de la persona amada, sino principalmente su *self* sexual. Esto es lo que distingue a la pasión carnal del amor apasionado: en la primera, se busca exclusivamente la posesión sexual; mientras que en este último, se busca conocer y envolver al *otro* en cuerpo y alma. Cuando se experimenta al margen del amor apasionado, el amor carnal, no obstante lo intenso que pueda parecer, es en última instancia limitante para el *self*, destinado a desvanecerse una vez logrado el sentimiento de posesión —de conocimiento carnal completo—. Sin embargo, la pasión carnal es el tipo de amor máspreciado para quienes la liberación sexual representa el gran avance en las relaciones entre los sexos. En nuestra cultura, si bien la pasión carnal puede existir por sí sola, casi siempre forma parte del amor mutuo apasionado.

<sup>2</sup> James Salter, *A Sport and a Pastime [Juego y distracción]* [c. 1967] (San Francisco: North Point Press, 1985), 65.

En el vínculo afectivo, la forma de amor que los profesionales de la salud mental suelen recomendar especialmente, una pareja forma paulatinamente lazos profundos y estables de cariño, intereses y lealtad mutuos. Llegan a creer uno en el otro y a sentirse seguros de la continuidad de su relación en el tiempo. No son Romeo y Julieta, sino Ma y Pa Kettle el ejemplo de pareja. Este tipo de amor puede o no estar asociado a una sexualidad intensa; a veces puede existir sin componente sexual alguno. Puede ser el producto final de lo que comenzó como un amor apasionado o puede haberse formado como un vínculo afectivo desde el primer momento, sin ningún preámbulo emocional intenso. Pero se lo ensalza por su estabilidad, previsibilidad, seguridad y cariño, y por las apreciaciones realistas de uno respecto al otro, a diferencia de la idealización mutua de los amantes apasionados.

En el amor que enaltece al *self*—o amor por vanidad—, el amante establece un apego principalmente como medio para un fin, sea con miras a lograr algo específico, como dinero o algo menos tangible como una ventaja social, o para apuntalar su vanidad o su ego. El amor por vanidad es una forma muy común de vínculo y en algunos medios parece predominar. En el siglo XIX, Stendhal describió la sensibilidad que caracterizaba al ambiente social de ese entonces: «Una duquesa no tiene nunca más de treinta años para un burgués, decía la duquesa de Chaulnes; y los que frecuentaron la corte de aquel hombre justo que fue el rey Luis de Holanda, se divierten aún recordando a una hermosa mujer de La Haya que no podía encontrar menos que encantador a un hombre que fuera duque o príncipe».<sup>3</sup>

Sin embargo, el amor que enaltece al *self* es hoy tan común como lo fue en épocas más aristocráticas. Era verdaderamente obvio en mi escuela secundaria en Kentucky, la cual transcurría entre el terreno del básquetbol y el bíblico. Esta forma de amor a veces tienta y puede incluso derrocar un amor previo, como sucedió en mi clase. Teníamos una linda pareja, famosa en toda la escuela, idolatrada y envidiada como ciertas parejas de enamorados escolares a veces lo son. «Él» era un basquetbolista eximio, y en mi secundaria eso lo convertía en un gran héroe. Todos los viernes por la mañana, en la asamblea, se bajaban las luces y los miembros del equipo del momento —fútbol, básquetbol o el que estuviera en temporada— desfilaban por el pasadizo para recibir el aplauso u otra forma de reconocimiento. «Ella» era amigable, cálida y recatada. Y, como acostumbraban las parejas de una misma clase, él la visitaba en el aula del curso todas las mañanas para hablar con ella por unos minutos antes del inicio de las clases. Almorzaban juntos, caminaban tomados de la mano y su relación parecía el prototipo mismo del cariño y la intimidad.

---

<sup>3</sup> Stendhal, *On Love* [*Sobre el amor*], 2.

Parecían destinados a ser de esas parejas que se enamoran en la juventud temprana y viven juntos por el resto de su vida.

Pero no sería así. Durante la temporada de básquetbol, cuando abundaban las proezas basquetbolísticas, él captó la atención de una de las porristas principales. Por cierto, las porristas eran las únicas muchachas a las que se concedía un prestigio y adoración comparables a los que se concedía a los atletas (masculinos). El basquetbolista flaqueó en su lealtad; se podía trazar un mapa de su lucha interna por el patrón de sus visitas al salón de clase temprano en las mañanas. La novia acabó dándole un ultimátum que él no aceptó y optó por la porrista. La nueva pareja duró solamente dos temporadas; e incluso, para esta observadora, el basquetbolista nunca logró con la porrista la clase de cercanía que había tenido con la novia anterior; el pavoneo de ambos en público era aparentemente más importante para la relación que la intimidad personal. (Algunos de los que fueron conmigo a la secundaria aparentemente alcanzaron su apogeo *en ese entonces*, en los campos deportivos, y es *mi fantasía* que el basquetbolista, como uno de los fracasados de John O'Hara, se acuerda mejor de los puntos que le dio al equipo e hicieron de nuestra secundaria campeona de la ciudad, así como del antiguo amor que abandonó.)

Un ejemplo típico de amor por vanidad es la relación que hombres ricos poco atractivos o inseguros buscan con mujeres hermosas. Se busca a la mujer no por sus atributos, sino por el orgullo viril que confiere; es más una posesión preciada que un alma gemela. No obstante lo burdo de las motivaciones, estas relaciones de hecho pueden evolucionar en una forma de amor. El hombre rico y feo que usa a la mujer hermosa como un medio de realce personal, puede no obstante sentir algo intenso que *él* experimenta como amor —a consecuencia del cual puede terminar herido—, y puede sentir un gran placer o pasión. Del mismo modo, la mujer hermosa que usa al hombre rico como un medio para sus fines puede sentirse enamorada. La línea que separa a cada clase de amor es borrosa y oscilante.

En su intento por salir adelante en la sociedad neoyorquina de fines de siglo, Lily Bart, la heroína de *La casa de la alegría* (Edith Wharton), se ve intrigada por Selden y se pregunta sobre la vivacidad de su ánimo: «¿Era amor?, se preguntaba, ¿o una combinación más fortuita de pensamientos y sensaciones de felicidad? [...] Se había enamorado varias veces de fortunas o carreras, pero solo una de un hombre». <sup>4</sup> Lily es lo suficientemente perspicaz para saber que hay diferentes clases de amor y darse cuenta, *a posteriori*, que había experimentado por lo menos dos, pero no está segura de qué clase es el amor que siente en ese momento. Su dilema da a entender

<sup>4</sup> Edith Wharton, *The House of Mirth* [*La casa de la alegría*] [c. 1905] (Nueva York: Berkeley, 1984), 65.

lo difícil que es hacer estas distinciones acerca del amor cuando estamos *enamorado*s, y lo intenso que puede ser, cualquiera que sea su fuente.

Además de las cuatro categorías principales de amor que acabo de describir, hay algunas más que vale la pena mencionar. Hay un amor menos entusiasta que los anteriores, con poca pasión auténtica, cariño o incluso lujuria. Stendhal lo llamó el amor por simpatía —o amor por costumbre— y su atributo principal es el convencionalismo. Si bien a los amantes y a su medio social les puede parecer que constituye un vínculo emocional auténtico, no tiene la materia de este, siendo esencialmente conformista o conveniente. Este amor podría haber sido el destino de Lady Violet Effingham si hubiera cumplido con lo que dijo sardónicamente:

Voy a aceptar al primero que venga una vez que me haya decidido. Pensarás que es horrible, pero es exactamente lo que haré. Después de todo, un esposo se parece mucho a una casa o a un caballo. No se escoge una casa porque sea la mejor del mundo, sino porque en ese momento uno quiere una casa. Uno va a ver una casa, y si le parece fea no la acepta. Pero si uno piensa que le va a servir relativamente bien, y está cansado de buscar casas, definitivamente se queda con ella. Así se compran caballos y esposos.<sup>5</sup>

Desde luego, pocos son tan concientes de sus propias acciones como Lady Violet, lo que posiblemente explique por qué, después de todo, se casó por amor, y le fue muy bien. Muchos de los que tienen relaciones íntimas limitadas a lo esencialmente convencional no son concientes de cuánto se están perdiendo y, definitivamente, no se propusieron de manera calculadora acabar en una relación puramente práctica.

Existe una categoría a la que algunos observadores se referirían como sumamente común: el amor neurótico. El amor neurótico, análogo al amor por vanidad, busca satisfacer una necesidad real, pero no de la misma clase de la que se satisface con el amor mutuo y recíproco. Muchas relaciones neuróticas se basan en necesidades de dependencia o miedo de estar solo. Me sorprendió cuando alguien que conozco, y que siempre estaba en algún punto de la trayectoria del amor, me confesó que nunca había llegado al punto más alto, porque estaba completamente abocada a proteger su seguridad emocional y preocupada por el temor al rechazo. Cuando no estaba en una relación intensa con un hombre, se sentía vacía y atravesaba una depresión menor.

Mary McCarthy presenta un ejemplo de amor neurótico en su novela *La compañía*. Esclava del amor, la heroína recurre a un psicoanalista para que le ayude a comprender lo que ha ocurrido y llega al siguiente descubrimiento asombroso:

<sup>5</sup> Anthony Trollope, *Phineas Finn* (Nueva York: Penguin Books, 1985), 132.

Ahora vio por primera vez su propia dificultad, se dio cuenta de que algún defecto en el amor propio la obligaba a arrancar ciegamente el amor de otros, con la esperanza de llegar a amarse a sí misma a través de ellos, tomando prestados sus sentimientos, como la luna tomaba prestada la luz. Ella misma era un planeta muerto.<sup>6</sup>

McCarthy piensa en este caso que el amor se origina en una falla en la integración del *self*. En la medida que uno pudiera generalizar a partir de este ejemplo, el mal de amores perpetuo parece ser un remedio equivocado para una deficiencia del amor propio.

Al categorizar el amor se debe también admitir que estas diversas formas de amor casi nunca se encuentran en estado puro. Se encuentran mezclas de todos los tipos descritos, y un tipo de amor puede evolucionar hacia otro. Por ejemplo, el amor por vanidad puede a veces convertirse en amor apasionado y, tristemente, el amor pasión puede marchitarse hasta devenir amor convencional. El tema tampoco se agota, de ninguna manera, en estas categorías. Hay aun más maneras de clasificar las formas infinitas y trucas del amor. El amor mutuo depende tanto de la satisfacción de necesidades como de la idealización, pero se encuentran formas fallidas que muestran un desequilibrio entre estas dos esferas. El amor hambriento busca alimento solo para sí; el amante puede exigir que la persona amada le sea útil e incluso así no tener un verdadero interés en ella. Por el contrario, la idealización puede existir en forma de admiración sin ninguna relación de apego concomitante. Y el amor que es meramente una forma de admiración no es más que una variante del amor por vanidad. Esto es lo que el personaje de Katharine Hepburn en *Pecadora equivocada* debe haber intuitido cuando rechazó al devoto enamorado Jimmy Stewart, quien la consideraba una diosa a la que había que poner en un pedestal en favor de Cary Grant, a quien le gustaba recordar uno de los pocos momentos en que ella cayó del pedestal: una noche de ebriedad en la que se subió a la azotea y, completamente desnuda, le aulló a la luna.

Los adictos al amor, esos individuos que se enamoran con mucha frecuencia, regularidad e intensidad, suelen estar involucrados en una u otra forma de amor trunco. El «loco de amor» está casi siempre engañándose acerca de sus verdaderos motivos. Con frecuencia necesita la emoción intensa de episodios reiterados de «enamoramamiento» —como otra persona podría usar una droga para contrarrestar la depresión o la vacuidad—, pero como resultado es incapaz de lograr el placer del amor mutuo estable. El autoengaño del adicto al amor puede ser contagioso e inducir a la

<sup>6</sup> Mary McCarthy, *The Company She Keeps* [*La compañía*] (Nueva York: Avon Books, 1981), 222.



persona de la que parece estar enamorándose a corresponder ese amor. Los amantes decepcionados que son las víctimas del adicto al amor expresan, como reza una canción: «Tú estabas solo jugando, mientras yo me enamoraba».

Muchas de las formas trucas del amor se experimentan durante un tiempo como amor verdadero, y tienen un sentido y un significado. No deberían desdenarse ni tomarse a la ligera, pero en última instancia no tienen la misma intensidad, profundidad ni capacidad para expandir y transformar al *self* como lo hace el amor pasión auténtico.

### LA EXPERIENCIA DEL AMOR MUTUO

El amor puede durar o no. Puede ser relativamente fácil, como el primer amor, o enmarañado con la historia de vidas anteriores: hijos, esposos, esposas y amantes. Pero cuando es mutuo, por un tiempo o por toda una vida, anual o perenne, florece con una forma, un olor y un color que lo hace particular y general a la vez, imposible de expresarse en su integridad, pero factible de caracterizarse con precisión. Los amantes a menudo consideran que su amor es único y es justamente esta cualidad una de las características universales que definen al amor.

Independientemente de su duración, el amor apasionado no es solo exaltador sino trascendente y transformador. Cambia el pensamiento, el sentimiento, la percepción e incluso el propio sentido del *self*.

### Obsesión y posesión

En el amor mutuo, los amantes tienen una necesidad urgente e incesante de hacerse sentir —y confirmarse— la plenitud de su amor. Cuando están juntos, buscan el rostro del otro para ver el efecto de una palabra, un pensamiento, una idea, una mirada. Si no están juntos, no pueden pensar en otra cosa que en el otro, y quieren saber en todo momento lo que el otro está haciendo. La ponderación obsesiva parece casi una posesión, como si pensar en el otro equivaliera a abrazarse.

Si están separados, los amantes viven en dos horarios: el propio y el del otro. Ella advierte la hora en que él suele levantarse y cuándo se va a dormir. Ella se deleita imaginando que están comiendo o yéndose a dormir o mirando el cielo nocturno a la misma hora. Con amigos, cada uno conduce la conversación —sutilmente, según ellos— a hablar de la persona amada. Se aburren e impacientan cuando hablan de cualquier otra cosa. Cuando no están juntos, los amantes se sienten incompletos y antinaturales; se les hace difícil respirar, pierden el apetito y sienten un vacío en el pecho. Ambos tienen terror de que algo esté yendo mal y se imaginan lo peor cuando

no están en su mutua compañía. Entran en pánico cuando no llegan las cartas, la llamada se interrumpe, el fin de semana se cancela. Los amantes alternan entre la necesidad de recibir atención y el deseo de proteger al *otro*.

Las promesas se hacen para establecer el pacto de amor. El pacto es una garantía de seguridad: al prometer continuidad, el riesgo de abrirse parece menor. Se intercambian objetos físicos como expresiones concretas de la promesa de que los amantes pertenecen el uno al otro, hoy y siempre. El anillo y el prendedor son la prueba circunstancial de la buena fe y la promesa de unión eterna. A veces, se pueden intercambiar artículos de vestir: ella usará un suéter viejo de él, él colgará su bata donde la pueda ver desde su cama. Estos son los fetiches del amor, los tótemes del ser amado. Son los objetos transicionales de los adultos, afines a la cobija o el oso de peluche del niño en tanto que ellos, también, protegen de la angustia de separación y proveen un sustituto temporal a la carne, a la persona amada.

En el amor hay un deseo de generar el tiempo infinito. Los amantes se entregan al lujo de tomarse todo el tiempo del mundo, y nada más parece tener tanto valor. Uno rescata el tiempo presente; solo el presente importa, el pasado y el futuro son prescindibles, irrelevantes. El amor es valioso por el sentimiento que evoca en el presente, no para ser usado en cosechas futuras. El tiempo se calcula con el calendario del amor, en el que solo existe *el antes y el desde el momento que*.

Los momentos en que los amantes están juntos se viven como intemporales, pero cuando están separados parecen interminables. Uno está dispuesto a desembarazarse de la propia vida —¡con tal que pase el tiempo!— para estar juntos nuevamente. Como suplica la Cleopatra de Shakespeare:

Dadme a beber mandrágora, para que pueda dormir este largo tiempo en que está ausente mi Antonio.<sup>7</sup>

Incluso cuando los amantes están juntos, existe una obsesión no solo con el otro, sino con el tiempo. Se hacen promesas como garantías futuras de que el amor durará para siempre. El espectro que ensombrece el amor es el miedo a que termine.

Cuando el amor se interrumpe por la muerte, el amante que sobrevive puede temerle al propio transcurso del tiempo que los amigos consideran como un bálsamo para el dolor. El tiempo puede ciertamente curar, pero para el amante el tiempo es como un tren terrorífico que lo aleja rápidamente del último momento con la persona amada. El tiempo se vuelve espacio y separa inexorablemente.

---

<sup>7</sup> *Antony and Cleopatra* [*Antonio y Cleopatra*], I:v, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 2, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952), 316.

Quizá sea en las cartas que el extraño puede intuir mejor el deseo del amante de poseer y ser poseído. Incluso los pronombres reflejan esa urgencia. En una de sus cartas a Milena, Kafka firma —como suelen hacer los amantes— «Tuyo», y luego agrega una glosa entre paréntesis sobre la palabra: «he perdido ya hasta mi nombre; se ha ido acortando cada vez más y ahora es: Tuyo».<sup>8</sup>

\*\*\*\*\*

Desde luego, es el propio sello distintivo del amor —su obsesividad— lo que torna a los extraños tan críticos de él, tan prestos a declararlo una especie de locura. ¿Y quién puede culparlos? El amante está completamente abstraído, ajeno a influencias externas y obligaciones. Pero esta obsesividad no es un simple complemento del amor, es el meollo mismo de este: es lo que permite que actúe como un agente de cambio. Trabajar una y otra vez el mismo contenido ideacional es análogo a la «re-elaboración» que tiene lugar en las terapias psicoanalíticas. El amante está grabado, por decirlo así, en toda experiencia y sueño concebible. Estas «obsesiones» son signos de que un desplazamiento psíquico importante está ocurriendo, con cambios en las lealtades, valores, percepciones, metas y la conciencia de sí mismo.

### Exaltación

En los brazos de la persona amada, los límites del mundo del amante se expanden y su vida se recubre de un sentido de drama. La emoción transforma —y expulsa— lo trivial, llena cada momento de significado, cautiva el cuerpo y agranda el espíritu. El amor cataliza una especie de euforia orgánica: la idea de que la parte verdadera, más animada, más llena de vida del *self*, que estuvo dormida largo tiempo, ha despertado.

Al amar, el amante se siente como un rey; ahora tiene su propio dominio. Los amantes, regocijándose en sus sentimientos sublimes, saben que los verdaderos santos son quienes han trascendido los ejercicios del intelecto y han vuelto a la fe por medio del sentimiento. Solo los sentimientos conducen a la verdad; los cuerpos no mienten. En el amor, los momentos más ordinarios pueden parecer extraordinarios: «A veces, viendo a Elgin caminar desnudo por la habitación, Carolina perdía el aliento y no estaba conciente siquiera de su jadeo ni de que él la había oído».<sup>9</sup>

Los amantes piensan que su amor es el inicio de un viaje maravilloso: simplemente se están preparando para él y anticipan todo lo que vendrá, la vida que se

<sup>8</sup> Franz Kafka, *Letters to Milena*, editado por Willi Hoas, traducido por Tania y James Stern (Nueva York: Schocken Books, 1962), 67.

<sup>9</sup> Harold Brodkey, «Sentimental Education», en *First Love and Other Sorrows* (Nueva York: Dial Press, 1957), 145.

vivirá a la par. Si bien los amantes pueden tener desilusiones periódicas, creen que su exaltación no va a perder intensidad, que su amor no va a morir prematuramente, sino que tendrá una vida plena y dichosa.

Los amantes tienen un sentimiento profundo de afinidad, que los «románticos» llamaron «afinidades electivas», a veces espiritual, a veces «carne de mi carne», o con frecuencia ambos. Sus deseos coinciden; piensan que la forma en que sus anhelos y ritmos concuerdan debe ser única. Nada de lo que el *otro* quiere se siente como una obligación o imposición. Estar solos, juntos y sentirse uno es experimentar una armonía más perfecta de lo que ninguno de los dos creyó posible. El amante exclama sorprendido: «Nunca me aburres». Y lo que es aun más sorprendente: «Creo que no soy aburrido en tu compañía». Juntos, los amantes se deleitan descubriendo que reaccionan de la misma manera a las experiencias y que comparten los mismos gustos. Este sentimiento de armonía es tan intrínseco al amor que los amantes quieren experimentarlo exclusivamente en el contexto de su amor.

Aunque Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre se consagraron a un credo de libertad sexual, y en gran medida ella no se sintió amenazada por sus amoríos, llegó un momento en que de Beauvoir temió que otra mujer fuera más importante que ella, y no solo una aventura romántica. Su temor no tenía nada que ver con los encantos de la otra mujer, ni con la inseguridad acerca de los suyos: surgió cuando Sartre le describió justamente una armonía tan perfecta como la que he referido. «Por la forma en que [Sartre] describió a Dolores, ella compartía totalmente sus emociones, sus exasperaciones y sus deseos. Cuando salían, ella siempre quería detenerse o seguir caminando en el mismo instante que él, y Simone se preguntó si ello quería decir que Dolores y Sartre tenían juntos una profundidad que ella nunca había logrado con él».<sup>10</sup> De Beauvoir lo entendió perfectamente: la exaltación y la comodidad son ciertamente los distintivos emocionales del amor apasionado.

### **Autovalidación y narrativas conjuntas**

En el amor mutuo, los amantes confirman la cualidad única y la valía del otro. Literalmente, confirman la existencia y valía de la subjetividad del otro. En el amor, los amantes tienen la oportunidad de conocerse completamente, aceptarse sin juzgar y amarse a pesar de todas las deficiencias. El amante piensa: «Nunca pensé que alguien podría conocerme completamente y aun así amarme».

Aquí el caso del Kyo de Malraux al contemplar el amor que comparte con May: «Una alianza asentida, conquistada, elegida [...] Los hombres no son de mi misma

<sup>10</sup> Axel Madsen, *Hearts and Minds* (Nueva York: William Morrow, 1977), 99.

especie, son los que me miran y me juzgan; los de mi especie son los que me aman y no me miran, los que me aman a pesar de todo, de la degradación, la baja, la traición —a *mí* y no lo que he hecho, ni lo que haré— los que me amarían siempre que me ame a mí mismo [...] solo con ella tengo en común este amor».<sup>11</sup>

En el amor, se desea conocer y ser conocido por la persona amada. Para algunos, es la primera oportunidad para un interés profundo en la interioridad de otro. No solo los hitos principales de la vida del *otro*, sino los rasgos más insignificantes de las costumbres y los gustos adquieren importancia y significado. Si ella usa o no perfume, y de qué tipo, puede ser tan importante para el amante como quiénes han sido sus otros amantes. Ambos son parte de lo que ella es: su esencia única e indefinible, cuya definición es el deseo y la ambición constante del amante. Incluso la propia idiosincrasia adquiere significado por la actitud del amante respecto de la persona amada. Su preferencia por el rojo se torna interesante para ella porque *él* la nota. Él se da cuenta de sus propias manías solo porque *ella* los observa con cariño. Lo que de otro modo sería insignificante acerca de uno mismo y de la persona amada se vuelve precioso y asume importancia. Hay validación en el amor porque se repara en todas las cualidades y son de interés para la persona amada. Únicamente cuando nos convertimos en el objeto de amor nos curamos de nuestras inseguridades y nuestra importancia está garantizada.

Los amantes quieren compartir no solo su presente, sino también su pasado. Tienen celos del pasado del otro porque no estuvieron ahí. Cada uno quiere saber los recuerdos del otro, quieren reformular sus vidas de modo que sus historias estén evidentemente destinadas a conducir únicamente al presente. Si su encuentro fue verdaderamente fortuito, mitifican todas las eventualidades que condujeron a él, se maravillan de lo cerca que estuvieron de no encontrarse. Todo lo que ha habido antes sirve de prehistoria y los amantes tratan de revocarle todo significado que no sea el de prólogo. Necesitan ser propietarios del pasado del otro. Ocasionalmente ella relata un incidente del pasado de él como si le hubiera sucedido a ella; o él le dice acerca de un suceso de la vida de ella: «No fue así». La vida real, profunda, se vive como si hubiera empezado recién con este amor. Las parejas hacen amistad con otras parejas contándose historias de cómo se conocieron y cortejaron. De este modo presentan su narrativa conjunta, su épica personal.

La construcción de narrativas conjuntas es una fuente importante de autovalidación, y no solo en el amor romántico. Una de las escenas conmovedoras que se pueden observar entre madre e hijo tiene lugar cuando ambos se sientan a hablar

<sup>11</sup> André Malraux, *Man's Fate [La condición humana]* [c. 1934] (Nueva York, Vintage Books, 1969), 53.

de la historia familiar, absortos en viejos recuerdos familiares. La madre recuerda lo que le estaba sucediendo al hijo en un momento específico y lo relaciona con la crónica familiar, comparando lo que hizo el hijo con algo que ella o el padre, el tío o la tía hicieron en ese mismo momento en sus vidas, o contando lo que fue su propia infancia comparándola con la del hijo. La expresión de fascinación en el rostro del hijo muestra claramente su regocijo por la importancia que le concede su madre. El niño interrumpe con sus propias reminiscencias. Él y su madre están construyendo la narrativa de la vida del niño y la de la vida de ellos juntos. En una versión extrema de esta situación, el trabajo de toda una vida de Thomas Merton, varios tomos de su autobiografía espiritual, podría considerarse en parte como el intento de reivindicar el sentimiento de importancia que perdió cuando su madre, tras el nacimiento de un segundo hijo, abandonó el diario en el que había registrado fielmente los pequeños detalles de la vida diaria de Thomas.

La mayoría de las personas nos usa como instrumentos, al igual que nosotros a ellas. Los reducimos a objetos: no estamos verdaderamente interesados en el mesero; si somos el mesero, sabemos que nos ven principalmente como el instrumento por el cual un vaso de agua puede llegar a la mesa. No nos sentimos validados por nuestro valor crucial y único hasta que somos cruciales para la narrativa de otro. Los amantes crean una narrativa en la que están unidos inextricablemente, la que denota la importancia que tiene un amante para el otro, tanto en el presente como en el futuro.

Sin embargo, para que tenga lugar la validación mutua, los amantes deben decir la verdad acerca de ellos. La validación no puede ser completa sin una exposición total. Si un hombre fue homosexual antes de casarse, se engañará a sí mismo si no se lo dice a su esposa —aunque los psiquiatras, que a veces no comprenden el amor, aconsejen lo contrario—. Las consecuencias de decir la verdad son con frecuencia nefastas, pero no hacerlo tiene siempre consecuencias negativas. En la novela *Tess D'Urbervilles*, de Thomas Hardy, el esposo de Tess le hace una confesión en la noche de bodas. Ella, a su vez, se confiesa a él y le cuenta de su relación amorosa, su embarazo y la muerte de su hijo ilegítimo. A pesar de que mientras ella fue la agraviada y su esposo el que agravió, él la abandona. Nos identificamos profundamente con el deseo de ella por revelar su verdad. Mentir sobre temas que atañen a la identidad de uno es perder toda mínima posibilidad de ser amado por quien uno es, no por quien uno está, con mayor o menor éxito, aparentando ser. Sin embargo, como los amantes consumados saben, hay divagaciones poco importantes de las que es mejor no hablar, porque solo servirían para herir a la persona amada.

Simone de Beauvoir no estuvo muy dispuesta a contarle a Sartre del deseo sexual ardiente que sentía por él cuando estuvieron separados, ni de la excitación sexual que

experimentó posteriormente en el contacto accidental con otros. Pero la reticencia era peor: «Si no me atrevía a confesar esas cosas, era porque no se podían saber. Al obligarme a este secreto, mi cuerpo se convierte en un escollo en lugar de un vínculo entre nosotros, y tengo un resentimiento ardiente contra ello».<sup>12</sup> Compartiendo las confidencias más íntimas con la persona amada, podemos llegar a dominar nuestra vergüenza respecto a las flaquezas, humillaciones y debilidades pasadas y presentes. La necesidad de este tipo de apertura como un requisito para la intimidad del amor es muy común en la literatura popular. Daisy, la heroína de la novela de Judith Krantz *Princesa Daisy*, se libera y puede enamorarse únicamente después de confesarle a Patrick Shannon dos secretos tenebrosos de su pasado: la existencia de una melliza retardada y el breve encuentro sexual que había tenido con su medio hermano, Ram, quien la violó cuando ella trató de separarse de él.

#### «Nosotros»

El amor crea nuevas identificaciones para los amantes. Estas son simbolizadas por los nuevos nombres que ambos se ponen, los términos cariñosos que usan. Poner otro nombre simboliza el hecho psicológico de que cada amante tiene ahora una nueva identidad, especial y propia de la relación. Por consiguiente, el amante no puede soportar que la persona amada use estas palabras con alguien más; cree que son solo suyas, y que por medio de ellas la persona amada ha creado una nueva identidad —una nueva narrativa— para él.

Sin embargo, en el amor mutuo no es solo el *otro* a quien se ensalza, no solo el «yo» se realza, ni solo las identidades individuales se transforman. Existe un nuevo ser, experimentado como «nosotros» y concebido por los demás como una «pareja». En *Al faro*, de Virginia Woolf, la señora Ramsay, al observar a una pareja que se formaba, reflexiona sobre la ocasión:

Ella supo por el esfuerzo, la elevación de su voz para vencer una palabra difícil, que había dicho “nosotros” por primera vez. “Hicimos esto, hicimos lo otro”. Lo dirán toda su vida, pensó [...] mientras la invadía un sentimiento extraño, extravagante y tierno a la vez, de estar celebrando un festival, como si dos emociones se movilizaran en ella, una profunda: por lo que podía ser más serio que el amor del hombre por la mujer, más imperioso, más impresionante, llevar en su seno las semillas de la muerte; a su vez, debemos rodear a estos amantes, a estas personas que ingresan a una ilusión con la mirada resplandeciente, con una danza burlona, y decorarlas con guirnaldas.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Citado en Madsen, *Hearts and Minds*, 51.

<sup>13</sup> Woolf, *To the Lighthouse* [*Al faro*], 150-151.

Y en esta divagación, la señora Ramsay expresa libremente pensamientos característicos de amantes tanto como de observadores.

El matiz del sentimiento que da forma al «nosotros» es diferente en cada pareja. No es lo mismo «el mundo es nuestra ostra» que «nosotros contra el mundo». Pero ambos son parte del mundo de la pareja que se crea por el amor. Mientras que el «nosotros» suele ser público, a veces es ilícito y clandestino, como en el caso de relaciones adúlteras o cuando dos amantes jóvenes mantienen una relación clandestina contra los deseos de sus padres.

La «pareja» misma es el primer hijo de la unión. Tiene un cumpleaños y un aniversario —el día que nos conocimos, el primer día que salimos, la primera vez que nos acostamos, el día que nos casamos—. La pareja —«nosotros»— acumula su propia historia. Los amantes se deleitan relatándose mutuamente, porque todos los hitos, por más ordinarios e inertes que parezcan cuando se los describe a un extraño —cuando cocinaron langosta, el día que vieron a la jirafa corriendo en el zoológico, la noche que durmieron en una playa pública—, son sagrados para ellos en virtud del poder que tiene revivir emociones anteriores. Los lugares antiguos y familiares que los amantes visitaron alguna vez se ven distintos; adquieren un nuevo significado y belleza por su asociación con el recuerdo de los momentos vividos en ellos. Los lugares nuevos que la pareja descubre son «de su propiedad». Es por ello que al amante abandonado le molesta que la persona amada lleve a un nuevo amor a uno de «sus» antiguos lugares. Aun si se han separado o distanciado, los lugares sagrados se deben respetar.

La pareja habla un idioma completamente distinto. Los demás pensarán que es ridículo —los nombres de mascota que se ponen, el lenguaje infantil, los sustantivos y verbos inventados, y la taquigrafía verbal— pero expresa mejor que ningún otro lenguaje lo que siente uno por el otro. Que tengan un lenguaje privado simboliza la cualidad única de su amor. Para describir su amor al mundo exterior, tendrían que citar poesía o canciones de amor. Nadie más podría entenderlo. Tienen la idea de que muy pocos, si los hubiera, han tenido su experiencia, de que su amor es único y de que un amor como el suyo solo puede terminar con la muerte.

Los amantes no solo hablan un idioma distinto; también desean vivir en un mágico lugar apartado. Se sienten unidos en un amor puro casi virginal. Pero a veces temen que este se contamine si se encuentran inmersos en un mundo físico empobrecido o un mundo interpersonal deprimido u hostil. Si este es el caso, tratan de eludir ese destino escapándose al mundo imaginario de la fantasía. El sueño de la cabaña con el cerco típico y la enredadera de rosas es la fantasía anhelada de aislamiento romántico de las influencias corrosivas del mundo exterior. Los amantes son inocentes



que aspiran regresar al Jardín del Edén o entrar a la Tierra Prometida. Las películas traen esta fantasía en todas aquellas historias sobre una pareja de amantes aislada en una isla del Mar del Sur. El mundo de la fantasía de los amantes procura mantener puro su amor. Por otro lado, el poder de la imaginación puede ser tan grande que los amantes pueden proyectar sus sentimientos al entorno; en ese caso, el mundo se torna más intenso, más hermoso y menos amenazante. Las calles de la ciudad se vuelven glamorosas, se llenan de la vida y de la alegría que sienten los amantes, el pequeño pueblo adquiere un aura de intimidad y magia suspendida, como en una obra de Thornton Wilder. Dondequiera que estén, puede darse un cambio radical y lo considerarán maravilloso.

En la medida que el «nosotros» constituye un mundo en sí mismo, sus fronteras están delimitadas por secretos. Si los sentimientos, percepciones, o reflexiones no se comparten ni se expresan, pierden su relevancia, del mismo modo que si se comparten indiscriminadamente. La creación de secretos mutuos y la confesión de los anteriores denotan la importancia no solo del contenido de los secretos, sino del vínculo de los amantes. Los secretos hunden sus raíces en la intimidad, la confianza y el compromiso. Por más banales que parezcan, las confidencias cumplen una función crucial en nuestra vida psíquica; posiblemente porque revierten esa ignominia de la infancia que nos excluía de las conversaciones y del dormitorio de nuestros padres. Los secretos compartidos por los amantes comprenden más que el intercambio de confidencias sobre lo que queremos ocultar de nuestro pasado; están hechos de chistes privados y el conocimiento de preferencias sexuales, antipatías ocultas y ambiciones encubiertas. Para los amantes, traicionar los secretos del otro es una trasgresión grave y algunos amores se han destruido con el descubrimiento de una traición de esa índole. Para algunos amantes, ni siquiera la infidelidad sexual es tan grave como la divulgación de la idiosincrasia sexual o los temores ocultos. Más aún, los amantes esperan que la confianza sagrada que engendran los secretos compartidos se respete incluso si la relación termina. De la misma manera que los secretos compartidos afirman el amor, un secreto solitario puede marcar y simbolizar el fin de un amor mutuo perfecto. En *Años luz*, Viri reafirma su separación psicológica de su esposa al tener un amorío y ocultárselo: «Estaba vacío, en paz [...] Había vuelto del mar, de un viaje muy estimulante. Se había acomodado la ropa y peinado. Estaba lleno de secretos, de engaños que le habían devuelto lo perdido».<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> Salter, *Light Years* [*Años luz*], 52.

### El sentimiento de fusión y trascendencia

Los amantes pueden trascender el sentido de identidad compartida y sentir que en realidad se han fusionado. Charles Williams dijo, «¿Que si te amo? Yo *soy* tú»<sup>15</sup>, quizá haciendo eco de la famosa declaración de Cathy, «Nelly, yo *soy* Heathcliff».<sup>16</sup> Los amantes juegan a unir sus nombres como símbolo de una fusión profunda. El duque y la duquesa de Windsor, en las cartas de amor escritas antes de su matrimonio, se referían a ellos como «WE» —«nosotros»—, la W por Wallis y la E por Edward. Tengo amigos que firman su correspondencia como «Georgellen».

El impulso de fusión se expresa muchas veces con metáforas poco afortunadas de incorporación física: «Te podría comer», «Él inhaló su presencia», «Se lo comió con los ojos». El amante siente que el *otro* es tanto una parte suya que ella lo ha incorporado, o él a ella. Cada paso de la intimidad sugiere el siguiente: conversar se vuelve como tocar, tocar como hacer el amor, hacer el amor una fusión de las almas. El sexo no sirve únicamente al deseo sexual, sino a los fines trascendentes de la fusión. En el impulso irresistible por fusionarse, los amantes se hacen más concientes de su cuerpo. Cada uno de los amantes vive en su cuerpo y lo agradece, porque es el instrumento de su deseo de unión. No solo le permite hacer el amor a su persona amada, sino que le brinda la posibilidad de poner ese amor de manifiesto en forma de un hijo. El cuerpo es tanto metáfora como instrumento del deseo de fusionarse. El cuerpo deviene una herramienta del alma.

El sexo al que el amor da forma tiene como resultado una sexualidad superior. Es en el amor que se nos conceden las experiencias sexuales más fascinantes de la vida. Cada acto sexual se configura con admiración, ternura y reverencia. Otras mujeres, otros hombres dejan de interesarle al amante. En la fase de amor idílico, el amante es apasionadamente monógamo, incluso si se acuesta con alguien más. Para algunos, la «constancia del objeto» depende de la persona en quien piensan cuando están haciendo el amor, no de la persona con quien están.

En el acto de hacer el amor, en el acto mismo de gozar y hacer gozar a la persona amada, el amante llega a sentir una intimidad especial con ella; entonces los amantes tienen con frecuencia la sensación de fusionarse. El sexo es un rito sagrado en la religión del amor mutuo y, como todos los ritos sagrados, un encuentro con los misterios.

En momentos de unión espiritual —momentos trascendentes, por así decir—, sea o no sexual el camino a la unión, el tiempo deja de existir. El momento es intemporal,

<sup>15</sup> Citado en C. S. Lewis, *The Four Loves* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, Harvest Books, 1960), 136.

<sup>16</sup> Emily Brontë, *Wuthering Heights* [*Cumbres borrascosas*] (Nueva York: Penguin Books, 1984), 122.

eterno, los límites del ser se desvanecen, aunque paradójicamente el *self* no se pierde ni disminuye. Muy por el contrario, el *self* se reafirma y se enriquece. Las percepciones sensoriales de este instante se intensifican y su resonancia emocional se entroniza en la memoria. Por un momento como ese, uno sacrifica el futuro y el pasado. El recuerdo de ese momento se podrá suprimir, pero nunca borrar del todo; puede volver inesperadamente y puede traerse a la mente a voluntad.

### **Peleas y pruebas**

La mayoría de amantes toma nota de la ocasión de su primera pelea. Al principio de la relación amorosa les parece increíble la ausencia de encono y discusiones, y dan por sentado que ello es el resultado de su perfecta armonía. Sin embargo, después de su primera pelea, suspiran con alivio. Han sobrevivido a la amenaza de la cólera mutua y queda demostrado que su amor es sólido. Se tranquilizan mutuamente diciéndose que las peleas o la falta de ellas no tienen nada que ver con la armonía y son, en el peor de los casos, el contrapunto en la música del amor.

La mística que rodea a la primera pelea dice mucho del amor romántico. Parte de la magia del amor es que libera de la ambivalencia inherente a casi todas las relaciones. En el amor romántico, los amantes no sopesan; sienten sin rencor, cólera, ni ambivalencia. Las personalidades obsesivas en particular, porque son por naturaleza más ambivalentes que la mayoría, sienten la liberación de la ambivalencia que viene con el amor como una gran fuerza liberadora. Su amor es como un arroyo que mana de la montaña o una represa que se abre de repente. Un arrebato de emoción como este es una revolución, una bendición, una liberación.

Después de la primera pelea, amantes diferentes reaccionan de manera diferente a las peleas siguientes. Si el amor es estar libre de ambivalencia, qué amargo puede ser comenzar a encontrarse defectos y enfadarse. Para algunos, marca el fin del período idílico; la vida emocional regresa a la «normalidad». Para otros, siempre y cuando las peleas sean «apasionadas», dar por terminada la pelea, muy a menudo haciendo el amor, recrea simbólicamente la expulsión de la ambivalencia. Para ellos, las discusiones son como bacanales o carnavales periódicos: dan lugar a la liberación que permite que la pasión continúe. Para estos amantes, el precedente peligroso está en el riesgo de dar rienda suelta a la cólera auténtica en vez de a la ritual. Algunos amantes terminan consternados cuando caen en la cuenta de que la rabia está justo bajo la superficie de la pasión.

Para otros amantes, los altercados leves son una forma de coquetería que disfrutan, una danza de amor, en la que la ritualización de la ambivalencia, en lugar de su expulsión, es el fin deseado. Para estos amantes, el precedente peligroso es la insulsez.

También están los que interpretan la cólera apasionada e incluso la violencia como signos indiscutibles de amor, porque para ellos el amor encuentra confirmación solo por una intensidad tan palpable como esta. Desde luego, esto es más común entre amantes con una marcada tendencia al masoquismo y el sadismo. Para ellos, el amor violento racionaliza tendencias agresivas que de otro modo producirían recelo.

Incluso sin peleas, quedan pruebas que pasar, barreras que superar. La unión institucionalizada de la convivencia no es tarea fácil. Ambos tienen distintas prioridades y compromisos, y metas independientes del otro. Es en esta etapa que se puede apreciar la primera gran lucha en el amor.

Los amantes son ahora uno, pero también se han percatado de que mantienen prioridades por separado. Las diferencias se cristalizan. Ella cree que si él la amara aceptaría sus exigencias; él cree que si ella lo amara, no le pediría esos imposibles. Cada uno siente amor por el otro, pero hay límites; aunque cada uno piense que no debería haberlos. Él teme perder su autonomía y se retira. «He tenido la experiencia», dice él, con lo que da a entender que nada nuevo o que amplíe los horizontes tendrá ya lugar en la relación, aunque esta continúe. Pero quiere reemplazarla con un duplicado para negarle la cualidad única y negar también su necesidad de *ella*. Ingenuamente, trata de enamorarse de una nueva mujer. Por supuesto, por lo general volverá a su persona amada. Tratará de reconsiderar el punto de vista de ella, su problema, y de llegar a cierto acuerdo. A continuación, ella debe optar entre el orgullo y el amor.

Si sobrevivirán como pareja, se deben solucionar estos problemas o, en su defecto, ignorarlos. Sus metas principales, tanto entre sí como en el mundo, deben coincidir o por lo menos estar imbricadas. Para que el amor continúe, deben transigir, solucionar los problemas entre ellos y declarar su unidad y propósito común. Más que nada, la pareja en sí, el «nosotros», debe ser la prioridad máxima.

### **Transformación y liberación en el amor realizado**

Con su persona amada, el amante descubre un nuevo mundo de sentimiento y significado. Pero resulta que el amor no cambia solamente el ámbito de la experiencia del amante; también lo cambia a él. Tanto la exaltación del amor como la preocupación obsesiva por él son tan impresionantes que tienden a opacar la característica fundamental del amor apasionado: que cambia al amante, casi siempre, aunque no invariablemente, para bien. Los teóricos del amor han dedicado tanto tiempo a la percepción que tiene el amante de su persona amada, que frecuentemente restan importancia a los profundos cambios internos que tienen lugar en la psique del amante. Los teóricos se concentran en la idealización de la persona amada por parte del amante y su posterior desidealización, cuando el más despiadado de los desmitificadores,

la cotidianidad de la convivencia, hace añicos la ilusión. Aun así, no todo amor termina en la desidealización de la persona amada. Pero todo amor *sí* produce, en última instancia, algún cambio en el amante, sea grande o pequeño, para bien o para mal.

Se ha dicho que el amor, «como cierta furia y entusiasmo divinos, se apropia del hombre en una época y genera una revolución en su mente y en su cuerpo; lo une a su especie, lo compromete con las relaciones domésticas y cívicas, lo conduce hacia un renovado interés por la naturaleza, realza el poder de los sentidos, abre la imaginación, añade cualidades heroicas y sagradas a su carácter, establece el matrimonio y otorga continuidad a la sociedad humana». <sup>17</sup> Este cambio en el amante es un hecho tan obvio que debería ser una obviedad sobre el amor, pero pasa desapercibido. Así como existe una escalera de amor que asciende de lo bestial a lo celestial, existe, también, una escalera de cambios sucesivos hacia lo etéreo en el amante, que comienza con lo meramente físico.

\*\*\*\*\*

El amor permite que el amante se sienta más atractivo. La transformación mágica del aspecto físico que tiene lugar en él es el recurso argumental más común de muchas novelas y películas populares. En la película *Su milagro de amor*, una pareja sin mayor atractivo se enamora y ambos llegan a verse mutuamente hermosos, a pesar de no haber cambiado objetivamente. De modo semejante, en la película *Mr. Skeffington*, la heroína, la señora Skeffington, es una belleza estropeada que ha perdido el cabello y se reconcilia con su condición cuando se reconcilia con el señor Skeffington, quien todavía la ve hermosa —lo que puede hacer no solo porque el amor es ciego, sino porque nunca ha dejado de amarla—. Los amantes atribuyen belleza a lo que objetivamente no la tiene, porque tanto el amante como la persona amada pueden, en virtud del poder del amor, creer en esa belleza.

No obstante, también es verdad que, incluso a los ojos del observador objetivo, la belleza puede crecer alimentada por el amor. Muchas niñas crecen con la idea de que si se enamoran —y dejan de usar anteojos o se sueltan el pelo— se volverán hermosas, lo que es una premisa de muchas de las historias de amor que proveen a la imaginación la línea argumental básica de la vida. Y algo de verdad hay en esto: el amor a veces cambia literalmente el aspecto del amante.

Hay quienes sostienen que pueden diagnosticar el embarazo por los ojos de la gestante; otros que el enamoramiento se nota en los ojos del enamorado. Puede incluso escandalizarnos que la novia no se vea radiante, porque es lo que hemos aprendido a asociar con el amor. La opinión generalizada es que el amante se vuelve más atractivo,

---

<sup>17</sup> Ralph Waldo Emerson, «Love» en *Emerson's Essays*, 121.

a veces porque un cambio espiritual interno da realce al exterior; a veces, desde un punto de vista más práctico, debido a una mayor confianza en sí mismo y mayor libertad para experimentar con su aspecto. Las mujeres intuyen con frecuencia cuando una amiga cercana está emprendiendo una aventura amorosa, y la primera pista bien puede ser lo radiante que se le ve. Amor, sexo trascendente y pérdida de peso van juntos y pueden actuar en la misma dirección: para mejorar el aspecto del amante.

A la inversa, los observadores intuyen una crisis si el aspecto de uno de los amantes o el de ambos se deteriora. Si una esposa sube de peso de buenas a primeras, sus amigas dan por sentado que ha habido algún trastorno sexual o emocional en su relación marital.

\*\*\*\*\*

Cuando los amantes se unen para formar un «nosotros», a menudo se dan cambios en su situación. Algunos de estos cambios son aparentemente externos, no obstante lo drásticos que puedan ser. Vienen a la mente todas las versiones de la Cenicienta: la plebeya que se casa con el rey, la niñera que se casa con el hijo del millonario o, a la inversa, el príncipe que renuncia a reinar por la mujer que ama. Pero los cambios de situación conllevan cambios de roles. Al asumir nuevas responsabilidades y roles diferentes, uno expande su potencial en formas que serían imposibles sin cambios internos definitivos. Ocasionalmente, se reclama al amor que obligue a los amantes a hacer promesas y contraer un nuevo conjunto de obligaciones. Ello puede ser la ruina del amor, pero también la posibilidad de nuevos comienzos.

En un sentido más esencial, también parece haber cambios en la autopercepción del *self* del amante. El amor evoca en nosotros algo positivo; en el mejor de los casos, nos da un sentido de bondad, de restitución, armonía y reciprocidad. Por la forma en que cada amante ve al otro como su mejor *self*, la valía de cada uno, anteriormente oculta o no realizada, puede asomar a la superficie. Es esta bondad la que procura alcanzar el amor. El amante se siente en expansión, toma conciencia de una nueva fuerza y una bondad recientes en su interior. Procura dar lo mejor de sí, no en el sentido de mostrar su mejor parte, como lo haría en el cortejo, sino en el sentido de estar a la altura de las circunstancias, de sentir que llega más lejos a partir de una experiencia nueva y profunda. La persona amada ve en el amante el bien, del cual el amante tenía apenas conciencia. Muchas veces, lo que nos permite enamorarnos es la imagen adorable de nosotros mismos reflejada en los ojos del amante. Con frecuencia, nos volvemos más adorables como resultado de ser amados. El nuevo *self* es más rico y más pleno.

Las inhibiciones sexuales suelen desaparecer con el amor. Para Celie, la heroína de *El color púrpura*, de Alice Walker, que había sido una niña maltratada y posteriormente

una esposa maltratada, el despertar sexual —y la salvación espiritual— llega por la idealización y el amor que siente por el gran amor de su esposo, una cantante de *blues* llamada Shug. Toda la novela está escrita en forma de cartas y en una, dirigida a Dios, Celie describe su despertar sexual:

Mi mama murió, le digo a Shug. Mi hermana Netty huyó. El señor \_\_\_\_ vino por mí para que cuide a sus odiosos hijos. Nunca me preguntó nada sobre mí. Se me trepó y dale que dale, me tiraba hasta cuando yo estaba con la cabeza vendada. Nadie me ha amado nunca, le digo.

Ella me dice, yo la amo, señorita Celie. Y me jaló y me besó en la boca.

*Um*, dice ella, como si estuviera sorprendida. La beso de vuelta, digo *um* también. Nos besamos y besamos hasta que casi no podíamos seguir besándonos. De ahí nos tocamos.<sup>18</sup>

Pero las inhibiciones sexuales no son las únicas que desaparecerán: las restricciones e inhibiciones del carácter también se pueden revertir. Un hombre, apasionado románticamente en un matrimonio de muchos años, me cuenta en secreto que su esposa fue la primera mujer que le dijo, metafóricamente, «No pares», con lo que revirtió no solo sus inhibiciones sensuales sino las de la intimidad.

Anna, la protagonista de la novela *La buena madre* describe así su despertar sexual:

En lo que a mí concierne, era su desfreno, su liberalidad lo que me intrigaba [...] Fue el hecho de que durante la relación sexual perdí la noción de los límites entre nosotros, que pensé en su verga como un sentimiento dentro de mí, que pensé en mi coño como parte de su cuerpo, su boca. Y porque con él me convertí, finalmente, en una persona apasionada.<sup>19</sup>

*La buena madre* trasciende la descripción del despertar sexual de Anna para mostrarnos el tipo de liberación más básica que puede acompañar a una aventura amorosa —aunque en su relato el amor es en última instancia problemático; posiblemente se llame Anna por una buena razón—. Anna y su esposo habían «dejado de notar y valorar la separación del otro». Pero esto no podría pasar en su aventura amorosa con Leo, un artista de espíritu libre con el que tiene este gran despertar. Como reflexiona Anna:

Con Leo no sucedió eso, no podría haber sucedido, aunque a veces ansiaba la inconciencia, el abandono que lo habría hecho posible. Desde un principio, peleábamos y después hacíamos el amor, ambos con una intensidad apasionada que pensé que no tendría nunca, como la posibilidad de crear música maravillosa. Sentía que había caminado toda la vida para encontrarlo,

<sup>18</sup> Alice Walker, *The Color Purple* [*El color púrpura*] (Nueva York: Washington Square Press, 1983), 109.

<sup>19</sup> Sue Miller, *The Good Mother* [*La buena madre*] (Nueva York: Harper & Row, 1986), 116.

para ser liberada por él. Era lo que Babe me había prometido, lo que mis abuelos Gray me habían prometido, lo que la música me había prometido: otra versión de mí, otro modelo para ser.<sup>20</sup>

Una de las «transformaciones» más famosas del impacto del amor ha sido la de la poeta Elizabeth Barrett, una inválida que vivía prácticamente aislada desde que su hermano se ahogó accidentalmente, en Elizabeth Barrett Browning, la amante y amada de Robert Browning. Su relación con él es, por supuesto, una de las historias de amor más celebradas de la historia reciente. Pero la transformación por el amor es la norma antes que la excepción. Las transformaciones van desde una nueva conciencia de aspectos anteriormente desapercibidos del mundo que pueden ser tan leves —o inmensos— como el aprecio del punto de vista de otro hasta la reorganización total de la personalidad de alguien.

Matthew Josephson tiene esto que decir sobre la aventura amorosa de Víctor Hugo con Juliette Drouet y los cambios a los que dio lugar en él: «Su propia vida había sido hasta entonces una relación bastante respetable y casi insular, y mucho de lo que había escrito estaba inspirado en libros que leía o en sucesos históricos. Pero con Juliette se acercó a la vida misma, a la belleza terrenal, y pronto, a medida que se dio cuenta, a una genuina gran pasión. Estaba atravesando un cambio radical, cuyos efectos se verían pronto bajo la forma de un cambio gradual en su actitud hacia muchas cuestiones, un cambio de intereses, incluso de sus temas».<sup>21</sup> Juliette lo acercó al «pueblo» del que ella misma se declaraba hija.

Incluso cuando el amor resulta problemático, los amantes sienten el profundo cambio interno que este ha ocasionado en ellos. María Callas, refiriéndose al cambio que se produjo en ella después de haberse enamorado de Aristóteles Onassis, podría haber estado hablando en nombre de tantos otros amantes cuando dijo: «Tenía la sensación de haber estado presa en una jaula por tanto tiempo [...] que cuando conocí a Aristo, tan lleno de vida, me convertí en otra mujer. Había envejecido y me había apagado prematuramente [...]. Había engordado y no pensaba en nada más que dinero y posición». Conocerlo marcó la diferencia: «La vida comenzó para mí a los cuarenta, o casi a los cuarenta».<sup>22</sup>

La transformación preciada y duradera de uno o ambos amantes suele sobrevivir al final del amor. En *La insoportable levedad del ser*, de Kundera, Franz cambia y se vuelve

<sup>20</sup> Ibid, 95.

<sup>21</sup> Josephson, *Victor Hugo*, 204.

<sup>22</sup> Arianna Stassinopoulous, *Maria Callas: The Woman Behind the Legend* (Nueva York: Ballantine, 1981), 206.



mejor después de su relación amorosa con Sabina, pese a que ella lo abandona. Por su relación con ella, él pudo dejar un matrimonio atrofiante y crecer emocionalmente.

La presencia física de Sabina era mucho menos importante de lo que había supuesto. Lo importante era la huella dorada, la huella mágica que había dejado en su vida y que nadie podría quitarle. Antes de desaparecer de su vista, tuvo tiempo de poner en sus manos la escoba de Hércules, con la cual barrió de su vida todo lo que no quería. Aquella inesperada felicidad, aquella comodidad, aquel placer que le producía la libertad y la nueva vida, ése era el regalo que le había dejado.<sup>23</sup>

La transformación psíquica que tiene lugar por el amor, dure este o no, es, por supuesto, uno de sus mayores regalos, uno que intuimos y hasta buscamos, conciente o inconscientemente. Es también uno de los temas en los que ahondaré más adelante en este libro. Pero también debemos señalar que algunas relaciones de amor apasionado son destructivas. En estas, el amante no solo sufre; también puede atravesar una pérdida de autoestima, una limitación del *self*; incluso una transformación negativa; por lo general pasajeras, aunque a veces subsisten.

En la novela *Sombras y luz*, de Francesca Stanfill, la heroína Allegra se transforma en diversas formas y direcciones en el curso de su malhadada y desacertada relación apasionada con un seductor misterioso llamado Alexander, un financista deshonesto a punto de ser descubierto. Al principio, Allegra experimenta un sentimiento de realización y un despertar sexual profundos. Pero bajo la tutela crítica y el afecto incierto de Alexander, Allegra finalmente se quiebra. Su amiga Emily se da cuenta del cambio y escribe en su diario:

Definitivamente, esta no es la muchacha que conocí en septiembre pasado [...]. Hay *une espèce de lassitude*, como dicen los franceses, en sus ojos; una mirada cautiva. Como si el resplandor interno se hubiera disuelto en una descarga de sombras [...].

No todos los días se ve una metamorfosis perversa como esta.<sup>24</sup>

Con respecto a la experiencia subjetiva de Allegra, ella:

Había comenzado a sentirse cansada tras su regreso de Europa [...]. Había tomado clara conciencia de su físico —con inclusión de su talla— y comenzado a imaginarse, ante la presencia de toda mujer diminuta, que Alexander deseaba que ella, también, pareciera una pequeña muñeca de Dresden [...]. Cuando cenaba con él, había momentos en que se apoderaba de ella un silencio interno, como si algo en su interior se hubiera congelado repentinamente.

<sup>23</sup> Kundera, *The Unbearable Lightness of Being* [*La insoportable levedad del ser*], 120.

<sup>24</sup> Francesca Stanfill, *Shadows and Light* [*Sombras y luz*] (Nueva York: Simon & Schuster, 1984), 169.

Y paradójicamente, con frecuencia era en esos momentos que buscaba su mano, o tocaba su cara, o su cabello, como para asegurarse de que estaba ahí, y que lo que fuera que había entre ellos estaba intacto.<sup>25</sup>

Allegra se recupera poco a poco, demostrando que lo que sufría era reversible. Pero una parte de ella cambió para siempre. Aunque probablemente de manera menos dramática que los amantes que se transforman completamente por el amor, ella se vuelve más sabia, y su despertar sexual no tiene vuelta atrás.

¿Cuáles son los mecanismos que operan el cambio en el amante? En parte, la aprobación de la persona amada constituye una especie de reivindicación del amante. Se ha advertido muchas veces que la paz interior y la confianza del amante en sí mismo es comparable a lo que se siente cuando se alcanza la certeza religiosa. La expansión psicológica se refleja como una expansión en el mundo real. La confianza que siente el amante le permite asumir nuevos riesgos, afirmar sus ideas y emprender nuevos proyectos; el fortalecimiento de su ego se manifiesta en su estado de ánimo, en una generosidad recién descubierta, y en el sentimiento de que es una persona mejor. No solo cambia en él su sentido de *self*, sino su compromiso de adaptación con el mundo. El amante puede tener dudas acerca de si merece a la persona amada, pero no duda más de su bondad fundamental y sus capacidades.

Lo que sucede también es que el amante incorpora rasgos de la persona amada a sí mismo, por lo menos cierta capacidad de ver el mundo a través de sus ojos. Sus intereses se amplían, con frecuencia para incluir los ella. Desarrolla nuevas aptitudes y visiones. El amante puede recibir regalos tan diversos como un interés en películas antiguas, una mayor facilidad para la intimidad, una pasión por esquiar, la capacidad de confiar y abrirse al otro, el despertar de la capacidad de reír. También, según el grado de sensibilidad y flexibilidad de la persona amada, el amante corresponde con regalos de su *self* como estos. Estos intercambios no solo tienen lugar entre amantes, sino entre amigos; pero son más intensos y trascendentes entre amantes.

La transformación que tiene lugar en la psique del amante puede ser incluso más vasta. Si bien el amor nace en la imaginación, promueve verdaderos cambios en la organización de la personalidad. Es a través de los sentimientos de fusión e identificación con el ser amado, que cambian los límites del *self*. El amor no solo tiende un puente entre cuerpo y alma, sino que salva las distancias entre el *self* y el *otro*. El amante cumple con esta tarea casi imposible: posee al *otro* a la vez que se entrega a él. En el proceso, el amante no desaparece sino que, paradójicamente, crece y cambia, al incorporar aspectos del *otro* y recuperar partes de sí mismo que estaban sepultadas.

---

<sup>25</sup> Ibid, 175, 176.

### CAPÍTULO 3

#### La naturaleza dividida del amor: el placer y el dolor del amor romántico

Mis pasiones me han hecho vivir y mis pasiones me han matado.<sup>1</sup>

*Rousseau*

Los amantes pueden llenarse de sentimientos de exaltación suprema y felicidad, pero también pueden sentirse consumidos por una constante desesperación, celos y rabia. Ciertas historias proverbiales, inspiradoras o de advertencia, describen los extremos del amor dichoso y trascendente, del doloroso y destructivo; estas narran el triunfo o la tragedia del amor. En *La bella y la bestia*, la bestia regresa a su estado natural, el de un apuesto príncipe, debido al consentimiento de la bella de vivir con él. Lo mismo sucede con *El príncipe rana*. En estos relatos, el amor doma a la bestia, hace surgir a un hombre más allá de su naturaleza humana, libera algo de sus aspiraciones más altas y de su naturaleza espiritual.

Sin embargo, uno encuentra la moraleja opuesta en muchos relatos que advierten sobre el amor. Sansón, en el Antiguo Testamento, cegado y esclavizado por su amor por Dalila, una mujer filisteo, le reveló el secreto de su fuerza. Traicionado por ella, cortada su melena y destruido su poder, fue literalmente cegado y esclavizado por sus enemigos. Solo gracias a oraciones fervientes su fuerza fue restaurada para que pudiera tirar abajo los pilares del templo de sus enemigos, matándose junto con ellos. También Adán sintió la mordedura del amor con los resultados que todos conocemos. En la advertencia convencional, el amor no es un llamado a un estado más elevado; es lo que atrapa al hombre y lo aleja del deber y la responsabilidad moral, llevándolo a traicionar sus compromisos verdaderos, a descender de su naturaleza divina a una humana, finalmente animal.

Estas dos nociones opuestas del amor, ambas expresiones del punto de vista masculino, se apoyan en dos percepciones antiguas de la mujer: la salvadora y la tentadora. Historias paralelas revelan que las mujeres también pueden ser bendecidas o

---

<sup>1</sup> Jean Jacques Rousseau citado en Irving Singer, *The Nature of Love*, Vol. 2 (Chicago: University of Chicago Press, 1984), 340.

maldecidas en el amor. Ellas pueden ser despertadas o salvadas por el amor —como lo fueron la Bella durmiente y Cenicienta—, o destruidas —como las esposas de Barbazul—.

Ambas versiones del amor, la que nos advierte y la inspiradora, tienen un grado de verdad. En el amor, el amante puede ciertamente encontrar redención o puede ser destruido. ¿Cómo es que uno puede ser rescatado o condenado? ¿Es un destino predestinado por la psique o es cuestión de suerte? Regresaré a esta pregunta en capítulos posteriores. El punto importante es que, incluso en el amor básicamente dichoso, la relación del amor con el placer y el dolor es compleja.

El amor romántico «normal» tiene sus propios problemas, sus propias penas. A pesar del enriquecimiento en la experiencia que puede traer el amor, sabemos que su fase apasionada es notoriamente corta; su permanencia, poco frecuente. De hecho, algunos dirán que la característica esencial del amor apasionado, además de su intensidad y la importancia que se le asocia, es su brevedad, incluso cuando evoluciona en un compromiso.

Como regla, la intensidad casi sobrecogedora de un vínculo apasionado dura más tiempo si existe algún obstáculo contra el amor: el largo cortejo del periodo victoriano, las separaciones forzosas de romances adúlteros clandestinos o las limitaciones impuestas a los amantes por las circunstancias o sus familias. Sin embargo, no existe un obstáculo externo al amor; los amantes a menudo encuentran difícil mantener la pasión y esto lleva tanto a los amantes como a los teóricos del amor a cuestionar la valía de algo tan frágil y transitorio.

Con o sin obstáculos externos, el amor, en su etapa pasional, parece no existir sin el dolor como telón de fondo del placer. Hay una adorable canción de *La reina de las hadas* de Purcell que menciona este tema:

Si el amor es una dulce pasión, ¿por qué atormenta?  
Si es amarga, oh dime ¿de dónde viene mi alegría?  
Ya que sufro con placer, ¿por qué debo quejarme,  
O afligirme por mi destino, cuándo sé que es en vano?  
Pero el dolor es tan placentero, tan suave es el dardo,  
Que al mismo tiempo me hiere y hace a mi corazón cosquillar.<sup>2</sup>

La manera en que el amor es intensificado por el dolor ha sido descrita adecuadamente por Emerson: «Al mediodía y atardecer de la vida, seguimos vibrando con el recuerdo de días en que la felicidad no era lo suficientemente dichosa si no se sazónaba

<sup>2</sup> Henry Purcell, *The Faity Queen* [*La reina de las hadas*] [c. 1692], el drama adaptado de *A Midsummer Night's Dream* [*Sueño de una noche de verano*] de Shakespeare, editado por Anthony Lewis (Sevenoakes, Kent, Eng.: Novello, ND), 59-60. También existe, por supuesto, una connotación sexual en este verso.

con el condimento del dolor y el miedo; dio en el meollo del asunto aquel que dijo del amor: “Ningún otro placer vale sus penas”.<sup>3</sup> El dolor puede tomar muchas formas. El amante puede experimentar continuos tormentos de anhelos cuando no es correspondido, de frustración cuando su amor no puede ser consumado sexualmente. Teme al rechazo o a la humillación en el cortejo, e incluso después de que el amor es correspondido, su temor persiste. Sufre de celos o es invadido por olas de hostilidad injustificada contra la persona amada, y la culpa no tarda en sumarse a la multitud de tormentos que lo asedian. Incluso en todo el esplendor del amor mutuo y dichoso, el amante intuye que hay algo en la naturaleza de su deseo que puede impedir su completa realización y esto lo entristece.

Esta extraña mezcla de placer y dolor deriva, en parte, del hecho de que el amor es una emoción extraordinariamente compleja, impulsada con frecuencia por motivos encontrados, dirigidos a propósitos divergentes. Swift resumió el asunto: «Al Amor, ¿por qué lo consideramos una pasión? Cuando lo cierto es que es una composición de todas».<sup>4</sup>

Sin embargo, si el dolor del amor dichoso es considerable, el dolor de un amor frustrado es tan grande que puede, en ocasiones, incluso llevarnos a la locura. David, el joven protagonista de la novela *Amor sin fin*, incendia la casa de su novia Jade después de que el padre de ella lo vetara por un mes, pensando que quizá él podría «descubrir» el fuego, aparentar rescatar a Jade y su familia, y ser reincorporado. En lugar de eso, luego de la cercana catástrofe, comienza a comprender el significado de su comportamiento:

Yo era, lo supe entonces, un miembro de la vasta cadena de hombres y mujeres condenados: el romance había tomado un curso errado dentro de mí y me llevó al tumulto. Ya no era mejor que los que efectúan llamadas anónimas, los acosadores, los pesados enloquecidos, los que cortan orejas, los que cometen extravagancias, los suicidas acusatorios, los que contratan detectives privados, o un rey medieval listo para desplegar un ejército de diez mil almas para conseguir el favor de una doncella distante; y cuando los campos se encuentren chamuscados y los cuerpos yazcan en colinas bajo el sol, el rey retendrá el aliento y dirá: Lo hice todo por amor.<sup>5</sup>

A pesar de tal reflexión, ni siquiera el internamiento en un instituto psiquiátrico pudo apagar su amor por Jade.

<sup>3</sup> Emerson, «Love», en *Emerson's Essays*, 126.

<sup>4</sup> Jonathan Swift, «Cadenus and Vanessa» [1727], en *Poetical Works* (Londres: Oxford University Press, 1967), 134.

<sup>5</sup> Scott Spencer, *Endless Love [Amor sin fin]*, 20.

La necesidad del amante por poseer totalmente a la persona amada puede convertirse en una fuerza conductora que influye y organiza el comportamiento. En personas como David, no permite interferencia, y tiene la capacidad de lastimar no solo al *self*, sino también a otros.

A pesar de que en la mayor parte de nosotros el temor y la precaución frente al amor potencialmente negativo es justificada, lo valoramos y continuamos persiguiéndolo en varios grados, creyendo que nosotros seremos la excepción que goce sus alegrías y escape de sus penas. Creemos que nuestro amor es especial y triunfará sobre la adversidad —o a la ausencia de ella, la cual es en ocasiones incluso más peligrosa—. Y si no, nos adherimos a la exhortación de Tennyson: «Es mejor haber amado y perdido / que nunca haber amado». Intuimos que el amor nos enriquece, cambia y engrandece de una manera permanente, y por eso estamos dispuestos a arriesgarnos al dolor y a la pérdida que este puede implicar.

Esto se vuelve particularmente obvio cuando los amantes en circunstancias extremas deciden permanecer juntos, sacrificando, a sabiendas, toda esperanza convencional de felicidad por el bien de su unión. No sería raro que una pareja *escogiera* la pobreza juntos, en lugar de la riqueza solos —por ejemplo, cuando jóvenes amantes enfrentan ser desheredados antes de renunciar a su opción romántica—. Algunos amantes incluso preferirían morir juntos a sobrevivir separados, y la mayoría asegurarían hacerlo, así no fuera literalmente cierto. Para algunos amantes, la pregunta decisiva no es «¿Me amas?», sino «¿Elegirías morir conmigo o sobrevivir sin mí?» Es en este sentido —aunque, en mi opinión, incorrectamente— que Denis de Rougement ve al amor romántico como la sirvienta de la muerte, y no del placer.<sup>6</sup> Estemos o no de acuerdo con él, debemos coincidir con su idea de que el deseo de los amantes de estar juntos puede tener prioridad sobre cualquier cosa que normalmente llamemos felicidad y, de ser necesario, sobre la experiencia misma. Es esta prioridad, cualquiera sea el costo, la que algunos observadores encuentran tan terrible y calificarían como autodestructiva y masoquista. En el juicio de los amantes, sin embargo, es justamente esta prioridad la que es la esencia del amor.

El amor implica placer, pero soportará al dolor; de hecho, la pena puede ser parte de su naturaleza esencial. Cualquiera sea el anhelo más profundo en el amor, trasciende la simple búsqueda del placer o el rutinario acto de eludir el dolor, o la felicidad misma, tal como se la describe convencionalmente.

---

<sup>6</sup> Denis de Rougement, *Love in the Western World* (Nueva York: Pantheon Books, 1956).

## PLACER Y AMOR

El camino hacia el amor no es solo más complejo que el del placer, sino que la naturaleza del placer es en sí misma compleja y de ninguna manera evidente. Debido a que el amor incluye el placer, aunque no se define como su búsqueda, es importante entender algo acerca de la naturaleza del placer.

Para Freud, el placer era una liberación de la tensión, particularmente una liberación sexual, mientras que el dolor era definido como una frustración o la inhabilidad para liberar la tensión. Esta formulación, designada como el «principio del placer», postula que las personas buscan placer y evitan el dolor. En esencia, entonces, la teoría psicoanalítica temprana estaba basada en el concepto de una regulación hedonística, a pesar de que se reconocía que la búsqueda del placer era amainada por el «principio de la realidad». En este esquema, el amor es ampliamente contemplado como una expresión subliminal de la libido o el instinto sexual, y por ello el placer conectado al amor es en última instancia un derivado del instinto sexual.<sup>7</sup>

Sin embargo, el placer como un alivio de la tensión es una definición muy estrecha para explicar todas las formas distintas del placer. C.S. Lewis distingue dos tipos de placer. Un primer grupo es el de aquellos precedidos por el deseo y satisfechos por medio de la gratificación de ese deseo.<sup>8</sup> El placer proveniente de la liberación de la tensión sexual puede, ciertamente, encontrarse dentro de este grupo, como lo estaría el beber un vaso de agua si uno tiene sed. El segundo grupo, sin embargo, consta de experiencias que son placenteras en sí mismas, sin necesidad o tensión previa. Como un ejemplo, Lewis señala al placer que encontramos en la inesperada fragancia de las flores. Este placer puede ser grandioso, pero no fue solicitado ni deseado para liberar una tensión o saciar un apetito. Lewis se refiere a estas dos categorías de placeres separadas como, respectivamente, «placeres de necesidad» y «placeres de apreciación». Los placeres de apreciación no satisfacen necesidades; en lugar de eso, nuestra apreciación llega inesperadamente *evocada por el objeto*.<sup>9</sup>

Los placeres que las personas se dan unas a otras son de dos tipos. Mientras que el placer que un niño recibe de su madre puede considerarse relacionado a los placeres

<sup>7</sup> A pesar de que Freud formula la teoría de la libido en «The Three Essays on the Theory of Sexuality» [1905], en *S.E.*, Vol. 7, la primera mención del «principio del placer» —*pleasure principle*— como tal se encuentra en «Formulations on the Two Principles of Mental Functioning» [1911], en *S.E.*, Vol. 12 (ver p. 219, n.1). Nota biográfica. *S.E.: The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, editado y traducido por James Strachey (Londres: Hogarth Press, 1981; Nueva York: W. W. Norton, 1981).

<sup>8</sup> C. S. Lewis, *Four Loves*.

<sup>9</sup> *Ibid*, 26.

de necesidad, la impresión subjetiva es que el amor romántico está relacionado al placer de la apreciación, que el amor es evocado por nuestro deleite por el ser amado. Pero, como veremos, el amor romántico es caracterizado tanto por los «placeres de necesidad» como por los «placeres de apreciación». Es simultáneamente egoísta —dirigido a satisfacer las necesidades del amante y liberar sus tensiones— y altruista —carente de alguna intención más allá de la apreciación de la persona amada y de otorgarle placer—.

Sin embargo, el placer compromete más que el puro alivio, o incluso que la apreciación. A pesar de que es ciertamente atraído por la sensualidad y la estética, el placer está inscrito en el contexto de nuestras relaciones más tempranas. Como lo señaló Freud, el infante aprende necesariamente que sus satisfacciones dependen del acceso permanente a una figura benevolente. Como consecuencia, a pesar de que Freud algunas veces sugería que el afecto, como la sexualidad, provenía de la libido, en otras ocasiones reconocía que la necesidad de ser amado era una respuesta psicológica a las limitaciones biológicas de la infancia: «El factor biológico es el largo periodo de tiempo durante el cual la cría de la especie humana se encuentra en una condición de impotencia y dependencia [...]. El factor biológico, entonces, establece las situaciones de peligro más antiguas y crea la necesidad de ser amado, la cual acompañará al niño por el resto de su vida».<sup>10</sup> Dentro de este contexto interpersonal, el placer ha mutado simbólicamente e imaginativamente de una simple experiencia sensual a algo más complejo.

Debido a que nuestros placeres sensuales más tempranos se encuentran tan entrelazados con el *otro*, nuestro bienestar e incluso nuestro sentido del *self* se ven ligados al *otro*. Debido a que aprendemos quiénes somos en relación a otra persona, nuestro sentido del *self* está siempre ligado a nuestras relaciones íntimas. En última instancia, nuestra capacidad de validarnos a nosotros mismos descansa en la validación coincidente de otra persona. La aparente curiosa necesidad de existir en la mente de otro es capturada patéticamente por Pascal: «No nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros mismos y en nuestro propio ser; deseamos vivir una vida imaginaria en la mente de otros, y con este propósito procuramos brillar. Trabajamos incesantemente en adornar y preservar esta existencia imaginaria y en desatender la real. Y si poseemos calma, generosidad o veracidad deseamos que se sepa, como para vincular estas virtudes a la existencia imaginaria».<sup>11</sup> Nuestra concepción más profunda de autoestima se apoya en nuestras interacciones con aquellos a quienes designamos como significativos y en su apreciación por nosotros.

<sup>10</sup> Freud, «Inhibitions, Symptoms and Anxiety» [1926], en *S.E.*, Vol. 20, 154-155.

<sup>11</sup> Pascal, *Pensées*, con una introducción de T. S. Eliot (Nueva York: E. P. Dutton, Everyman, 1958), 47.



La importancia de nuestras relaciones puede llegar a suplantar placeres más simples, de tal manera que la felicidad que buscamos en la mutualidad puede adquirir mayor prioridad que los placeres experimentados más superficialmente. De acuerdo a Marilyn French, «Los placeres mutuos son el corazón sagrado de la vida: la comida, el calor corporal, el amor y el sexo. Estas cosas son sagradas debido a que son necesarias, porque ellas confieren placer al dar y al recibir de tal manera que es imposible definir quién está dando y quién recibiendo. Ellas satisfacen las necesidades más profundas, y en su satisfacción, satisfacen a dos».<sup>12</sup> Algunos de los placeres más profundos residen en la mutualidad y solo pueden ser realizados en el amor.

Existen al mismo tiempo placeres igualmente convincentes que no están vinculados a la mutualidad, sino a aquellos actos que reafirman el *self* como separado, como autónomo, que incrementan el sentido del *self* o satisfacen nuestras aspiraciones, incluyendo el deseo de ser buenos. Obtenemos placer de nuestras destrezas y logros y de hacer el bien, de todas aquellas cosas que incrementan la autoestima y que engrandecen el sentido del *self*.

Aquí llegamos a una de esas grandes bifurcaciones en el desarrollo humano: nuestra necesidad por alcanzar, al mismo tiempo, mutualidad e independencia; nuestras tendencias simultáneas y conflictivas hacia la comunión y hacia la organización. En un sentido muy amplio, uno podría argüir que este es el significado subyacente e intuitivo del pronunciamiento de Freud de que la salud mental debe ser definida como la habilidad para amar y trabajar. Puesto de otro modo, su concepto del desarrollo maduro supone la capacidad de disfrutar en dos tipos de placeres muy distintos: uno que deriva de la satisfacción de la necesidad de mutualidad y comunión —como la expresada a través del amor o la vinculación—; la otra, de la satisfacción de la necesidad de autonomía y organización —expresada a través del trabajo—. Desafortunadamente, estos dos tipos distintos de necesidades pueden, en ocasiones, estar en conflicto. Al margen, podemos notar que cada sexo puede tener una tendencia a satisfacer un grupo de anhelos a expensas del otro grupo: muchas mujeres se encuentran preferiblemente inclinadas a los placeres de la mutualidad; muchos hombres, a los de logros autónomos.

Como sea, todas estas variedades distintas de placeres están con frecuencia mezcladas con el temor y el sufrimiento. A menudo, el placer en el ejercicio físico se encuentra vinculado al dolor y a la habilidad de empujarse a uno mismo por encima del dolor hacia esa euforia que solo los atletas pueden conocer. El lado oscuro de esta

---

<sup>12</sup> Marilyn French, *Beyond Power: On Women, Men, and Morals* (Nueva York: Ballantine Books, 1985), 541.

aspiración es el fracaso o el temor a este. El placer de la anticipación es frecuentemente una combinación de fantasía, ansiedad por actuar y temor a la decepción. Las alegrías de la creatividad son usualmente inextricables al dolor de sufrir y esforzarse, la visión final que es alcanzada puede ser oscura y aplastante.

Claramente, entonces, a pesar de que el placer y el dolor son con frecuencia concebidos como opuestos, este no es realmente el caso: abrirse a la posibilidad de placer es siempre arriesgarse a un dolor.<sup>13</sup> La descripción de C. S. Lewis de lo que ambicionamos en la unión sexual puede servir como un paradigma para el placer en todo el claroscuro de su riqueza y paradoja.

El placer, llevado a sus extremos, nos destroza como el dolor. El anhelo por una unión que solo puede ser alcanzada por medio de la carne, mientras que la carne, nuestros cuerpos mutuamente excluyentes, la vuelve eternamente inaccesible, puede tener la grandeza de una búsqueda metafísica.<sup>14</sup>

Este pasaje es con seguridad uno de las más potentes descripciones de la manera en que el dolor y el placer se encuentran inextricablemente vinculados en nuestros anhelos metafísicos, ya sean expresados mediante la carne o en la búsqueda del amor.

El amor, entonces, hace uso de muchos placeres: sensual, estético, mutuo y egoísta. Solo entendiendo las complejidades de estos podemos comprender la voluntad del amante por someterse a las adversidades o al dolor. La felicidad o el placer resultantes son de una naturaleza distinta a la de la definición común del placer: se trata de experiencias más fundamentales, incluso necesarias para el sentido del *self* y de la bondad para el amante.

## AMOR Y LUJURIA

Así como el amor está relacionado al placer, pero no definido por él, también está vinculado al placer específico del sexo, pero no es inextricable a él. Por eso, en el capítulo anterior, he distinguido entre el amor apasionado y el amor carnal.

Hacer el amor y amar no son lo mismo; pero una especie de anhelo sexual parece estar presente para aquellos que aman, incluso en los amores más castos e idealizados. Sin embargo, a pesar de que el amante busca la unión sexual, tolerará la abstinencia, así como tolera el dolor. La felicidad que uno busca en el amor es mayor que un

<sup>13</sup> Este punto ha sido planteado por distintos teóricos, entre ellos Marilyn French en *Beyond Power*. William Caylin también discute algunas de las mismas complejidades del concepto del placer en *Rediscovering Love* (Nueva York: Viking Press, 1986).

<sup>14</sup> Lewis, *Four Loves*, 144.

simple placer o la satisfacción sexual. A pesar de que uno desea que el amor contenga ambos, se puede sobrevivir sin cualquiera de ellos.

En la lujuria, únicamente la unión sexual es suprema. No todo el mundo servirá, claro, pero existe una latitud muy amplia. La relación con un objeto sexual no necesita siquiera ser personal: la pareja sexual puede no ser más que una cómoda conveniencia y puede ser usada simplemente para el placer propio. Para algunos, las necesidades sexuales de la pareja no son importantes; ella es deseada por sus cualidades físicas, pero sus necesidades subjetivas son consideradas irrelevantes. Son muchos los inocentes que han sido heridos cuando sus parejas sexuales apasionadas no llaman o, incluso peor, no pueden recordar sus nombres cuando se encuentran meses después.

En contraste, en el amor romántico, uno no anhela solo realizar una necesidad o urgencia física en concreto, sino a la persona en sí misma, al *otro*. En el amor, se desea únicamente a un individuo en particular y este es deseado por aquellas cualidades que lo hacen único y no por aquellas que comparte con el resto de su mismo sexo. Cuando uno está enamorado, la unión sexual es deseada más que nada como un símbolo *de* y una ruta *hacia* la unión emocional anhelada.

En el campo de la experiencia subjetiva, el amor y la lujuria seguramente pueden coincidir, pero uno sabe diferenciarlas: «Una leyenda atribuida a Hércules era el “hacer el amor” con cincuenta vírgenes en el transcurso de una sola noche: uno puede decir respecto a eso que Hércules era amado por Afrodita, pero uno no lo consideraría un amante».<sup>15</sup> El objetivo del sexo en la lujuria pura es usualmente el placer personal, algunas veces el poder; el sexo como la expresión conmovedora del amor generalmente requiere del entendimiento de la subjetividad de la persona amada.

Pero no todo aquel que está enamorado elige expresarlo por medio del acto sexual. En *La insoportable levedad del ser*, de Kundera, Tomás concluye: «Hacer el amor con una mujer y dormir con una mujer son dos pasiones separadas; no meramente diferentes, pero opuestas. El amor no se hace sentir en el acto de la copulación (un deseo que se extiende hacia un número indefinido de mujeres), sino en el deseo de un sueño compartido (un deseo limitado a una mujer)».<sup>16</sup>

Por otro lado, para Teresa, la amada de Tomás, la distinción entre sexo y amor es una preocupación principal, pero la lleva a una conclusión diferente. Su anhelo por escapar del mundo que su madre le ha impuesto —un mundo en el que todos los cuerpos son iguales y deben marchar en una formación desalmada— la guía hacia unos celos obsesivos contra las repetidas infidelidades de su amante: «Había llegado

<sup>15</sup> W. H. Auden, «Dichtung und Wahrheit (An Unwritten Poem)», Canto XVI, en *Collected Poems*, editado por Edward Mendelson (Nueva York: Random House, 1976), 493.

<sup>16</sup> Kundera, *The Unbearable Lightness of Being* [*La insoportable levedad del ser*], 15.

a él para escapar [...] de un mundo en el que todos los cuerpos eran iguales. Había llegado a él para hacer que su cuerpo sea único, irremplazable. Pero él [...] trazó un signo de igualdad entre ella y el resto: las besaba a todas igual, las acariciaba igual, no hacía absolutamente ninguna distinción entre el cuerpo de Teresa y los otros cuerpos. Él la devolvió al mundo del cual ella trataba de escapar [...], a un mundo en donde, desde el punto de vista de ella, ella no era reconocida como especial o única.<sup>17</sup>

La mayor parte de las personas parecen ser más como Teresa que como Tomás; encuentran que si el sexo es estimulado por el amor, el acto es transformado, convirtiéndose en algo bastante diferente a la satisfacción de una urgencia meramente física, y consideran la fidelidad sexual como una expresión del amor verdadero. Un hombre experimentado expresó la distinción de esta manera: «Toda mi vida he pensado que era un buen semental, pero nunca supe lo que era el sexo. Después de enamorarme supe que solo me había estado masturbando con cualquier calcetín viejo».

La simultaneidad de la unión emocional y sexual es una de las experiencias humanas más estimulantes. Cuando el sexo es parte del amor, convierte al cuerpo en un instrumento de comunión conmovedora. «Así el alma dentro del alma debe fluir / aunque antes deba reparar en el cuerpo».<sup>18</sup> La concordancia entre el sexo y el amor hace posible la liberación de la tensión entre la mente y el cuerpo que tan a menudo sentimos. Mediante el acto del amor, el individuo trasciende al cuerpo y escapa, aunque solo momentáneamente, de su naturaleza dividida y de su soledad.

Y así, mientras que la mayoría de las personas estaría de acuerdo con que el deseo sexual puede existir sin ningún deseo corolario por amor o intimidad, la propuesta contraria, que el deseo amoroso puede existir excluido del deseo sexual, no parece viable. No podemos contemplar honestamente a Eros sin Venus, anhelando una unión de almas sin unión carnal; por lo menos, no en nuestra época. En periodos históricos más tempranos, sin embargo, la sexualidad y el amor romántico eran considerados categorías separadas —aunque frecuentemente entrelazadas— del comportamiento y experiencias humanas. Uno piensa en los amores castos de los trovadores medievales, en el amor metafísico de Petrarca por Laura, de Dante por Beatriz. Uno piensa en la frecuentemente citada descripción de Montaigne de su amistad apasionada —no sexual— con otro hombre, Étienne de la Boétie, en la que él declara sus almas y mentes «mezcla y aleación de uno con el Otro en tan perfecta unión que parece que lo que los ha unido es borrado y desaparece».<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Ibid, 58.

<sup>18</sup> John Donne, «The ecstasy», en *The Norton Anthology of English Literature*, 5ta edición, Vol. 1, 1078.

<sup>19</sup> Montaigne, «On Friendship», en *Essays*, 92.

Así como el amor está compuesto por más que simple placer y el placer en sí mismo es más complejo de lo que aparenta en primera instancia, también lo es el sexo. El sexo es claramente más que la mera descarga de tensión que lleva al placer. En él, como en el amor, existe alguna intención de trascendencia. A esto es a lo que Simon Weil se refería cuando dijo:

Si a las personas se les dijera: lo que hace al deseo carnal imperioso en ti no es un elemento puramente carnal, es el hecho de que tú pones en él la parte esencial de tu ser —la necesidad de Unidad, la necesidad de Dios—, no lo creerían. Para ellos parece ser obvio que la calidad de necesidad imperiosa pertenece al deseo carnal como tal. En el mismo modo en que le parece obvio al miserable que la calidad de ser deseado le pertenece al oro, y no a su valor de intercambio.<sup>20</sup>

No debemos simplificar nuestro entendimiento del sexo más que nuestro entendimiento del placer. Incluso considerando las complejidades inherentes al placer y la sexualidad, el amor parece trascender la búsqueda de cualquiera de ellos.

### EL ANHELO DE FUSIÓN

¿Cuál es, entonces, el objetivo del amor además de la simple búsqueda de placer, sexo o felicidad? Por encima del placer, el amor parece esperar conseguir la liberación del *self*. El potencial del amor para enriquecer o mermar, de dar alegría o pena, puede ser solo entendido dentro del contexto del deseo del amante por fusionarse con la persona amada. En última instancia, las personas no consiguen sus felicidades más profundas en soledad, sino en la concordancia de dos almas. El objetivo del amor no es nada menos que sobrepasar la separación y alcanzar la unión o fusión con la persona amada. En esa fusión —o quizá deba decir: en esa fusión *imaginativa*—, el amante consigue tanto la exaltación del sentimiento como la profunda sensación de liberación. El anhelo por la unión y por las satisfacciones elusivas y complejas que promete es tan contundente que el amante está dispuesto a renunciar a varios placeres y soportar cualquier dolor. La urgencia del deseo es tal que el amante sacrificaría lo que fuera —incluso su razón— para satisfacerlo. Así es que el amor, en ocasiones, parece estar relacionado a la locura.

El objetivo de la unión es revelado en nuestro propio lenguaje, en el significado de la palabra «amor». A primera vista, la palabra parecería demasiado amplia para ser significativa, rodeada de una serie de emociones en lugar de una. Se refiere no solo

<sup>20</sup> Simone Weil, *First and Last Notebooks* (Londres: Oxford University Press, 1970), 73.

al amor romántico, sino también al amor hacia el país —patriotismo—, a los compañeros —amistad—, a los animales, a la familia y a Dios. Incluso puede referirse al amor por las fresas y el chocolate. Pero el lenguaje es una biblioteca de sabiduría cultural almacenada e ignoramos su conocimiento acumulado solo en nuestro propio riesgo intelectual.

De acuerdo al juicio de Freud, «el lenguaje ha realizado una parte completamente justificable de la unificación al crear la palabra “amor” con sus múltiples usos».<sup>21</sup> El trabajo de Freud revela la unidad subyacente en los diferentes fenómenos abarcados bajo el nombre del amor. A pesar de que popularmente se entiende erróneamente a Freud el haber considerado al eros como libido —como un mero apetito o sexo—, en realidad él solo consideraba al sexo como una manifestación de la libido. Para Freud, la libido era un instinto que coincidía «con el Eros de los poetas y filósofos que mantiene a todos los entes vivientes juntos».<sup>22</sup> Era «el sostén de todas las cosas»,<sup>23</sup> incluyendo al narcisismo que se mantiene a sí mismo. Su objetivo era «establecer unidades mayores y mantenerlas de esta manera; en pocas palabras, atarlas».<sup>24</sup> Él conectó explícitamente las diferentes formas de amor. El corazón de la libido puede ser «el amor sexual con la unión sexual como su objetivo. Pero no separamos de este —lo que en todo caso tiene una parte en el nombre “amor”— por un lado, al amor propio y, por el otro, al amor por los padres e hijos, a la amistad y al amor por la humanidad en general, y también a la devoción por objetos concretos e ideas abstractas».<sup>25</sup>

En la biblia hebrea vemos una de las primeras expresiones de la unidad esencial de las diferentes formas del amor. A diferencia de los griegos, quienes contaban con diferentes palabras para las diversas formas del amor —por ejemplo, *eros* y *agape*—, la palabra hebrea para el amor —*ahavah*— es la misma ya sea el amor profano o el sacro el que está siendo aludido.<sup>26</sup> Como la *palabra* amor unifica fenómenos aparentemente desiguales, así también lo que comunica es la unificación del objetivo del amor, el cual es juntar al amante con el objeto amado.

Así uno derive todas las manifestaciones de amor del amor a Dios, del instinto sexual o de alguna otra causa primaria, parece ser que el lenguaje dice, en efecto, la verdad: que todos estos diversos amores tienen algo en común. Nuestros amores nos llevan hacia la unión o fusión con el *otro*, de ahí que la sabiduría cultural compartida

<sup>21</sup> Freud, «Group Psychology and the Analysis of the Ego» [1921], en *S.E.*, Vol. 18, 91.

<sup>22</sup> Freud, «Beyond the Pleasure Principle» [1920], en *S.E.*, Vol. 18, 50.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 52.

<sup>24</sup> Freud, «An Outline of Psycho-Analysis» [1940 (1938)], en *S.E.*, Vol. 23, 148.

<sup>25</sup> Freud, «Group Psychology and the Analysis of the Ego» [1921], en *S.E.*, Vol. 18, 90.

<sup>26</sup> Ver: William Graham Cole, *Sex and Love in the Bible* (Nueva York: Association Press, 1958).

del lenguaje relacione el amor romántico con el amor a Dios, así como con otras formas de amor de las cuales somos capaces.

El deseo de unión, el cual se encuentra en el corazón del anhelo subjetivo por el amor, encuentra su clásica expresión en *El Banquete* de Platón.<sup>27</sup> En él, Aristófanes da cuenta de un mito ancestral sobre el amor, el cual sobrevive en la imaginación moderna. De acuerdo a este mito, el primer hombre era esférico, con cuatro manos y cuatro pies, y una sola cabeza con dos caras sobre un mismo cuello que podía girar en todas las direcciones. Estos poderosos individuos estaban estropeados por un orgullo tan excesivo que se atrevieron a retar a los dioses. Ellos fueron vencidos, por supuesto, pero Zeus eligió castigarlos en lugar de aniquilarlos, y lo hizo cortándolos por la mitad. Antes de este trauma, cuando cada hombre estaba completo dentro de sí mismo, el amor era desconocido. Sin embargo, una vez que el hombre fue dividido, cada mitad añoraba a la otra mitad, «y cuando una de ellas encuentra su otra mitad [...] el par se pierde en un asombro de amor, amistad e intimidad».<sup>28</sup>

Luego de esto, cada vez que se encontraban, estas dos mitades buscaban crecer juntas, pero no tenían los medios para hacerlo. Zeus, compadeciéndose de ellos, movió sus órganos reproductores para que ellos pudieran periódicamente unirse en un acto sexual. Aun así, su impulso por la fusión trascendía al impulso sexual: «el anhelo intenso que cada uno de ellos sentía por el otro no parecía ser el deseo de relacionarse sexualmente, sino de algo más que el alma desea y no puede expresar, y de lo cual solo tiene un oscuro y dudoso presentimiento».<sup>29</sup> Para la criatura disminuida, «este encuentro y fusión en los brazos del otro, este volverse uno en lugar de dos, era la verdadera expresión de su necesidad anterior. Y la razón es que la naturaleza humana era originalmente una y éramos un todo, y el deseo y búsqueda de ese todo es llamado amor».<sup>30</sup> En tiempos más recientes, la misma fantasía subyacente de la mítica reunión se expresa en la creencia de los románticos en «afinidades elegidas», la convicción de que cada uno de nosotros tiene un amante predestinado en alguna parte del mundo.

El mito de Aristófanes, como es descrito en *El Banquete*, claramente retrata la necesidad como el motivo para el amor y la restauración de la totalidad como su meta. Incorpora la sexualidad dentro del eros, pero solo como un medio para la unión y trascendencia, no como parte de la esencia del amor. El mito también sugiere que

<sup>27</sup> *The Symposium [El Banquete]* en *The Works of Plato*, Vol. 4.

<sup>28</sup> *Ibid*, 318.

<sup>29</sup> *Ibid*, 158.

<sup>30</sup> *Ibid*, 158.

el amor tiene sus raíces en un estado de existencia anterior, incluso a pesar de que la criatura bisecada no reconoce el origen de su deseo.

Haciendo eco a la formulación platónica, la mayoría de informes filosóficos subsiguientes al propósito del ser amado son las suposiciones de que el amor está destinado a contrarrestar la necesidad del hombre, su pobreza emocional y su soledad. La «fusión» —o «unión»— sirve entonces para hacer un «todo» a partir de dos seres incompletos y deficientes.

Un relato extremo que relaciona *inamoramento* —enamorarse— a debilidad es propuesto por Francesco Alberoni:

Nadie puede enamorarse si se encuentra incluso parcialmente satisfecho con lo que tiene o con lo que es. La experiencia de enamorarse tiene origen en una extrema depresión, en una incapacidad para encontrar algo que tenga valor en la vida cotidiana. El 'síntoma' de la predisposición para enamorarse no es un deseo conciente por hacerlo, el deseo intenso de enriquecer nuestras vidas; es la profunda sensación de no valer la pena y no tener nada que sea valioso y la vergüenza de no tenerlo.<sup>31</sup>

Si bien hay algo de verdad en el argumento de Alberoni —y su análisis sin duda es aplicable a muchas personas—, parece ser muy superficial y exagerado al enfocarse casi exclusivamente en el amor como un antídoto contra la debilidad y la neurosis personal. Alberoni subestima la magnitud de la soledad y la sensación de fragilidad, la cual es la suerte de la especie humana.

El amor es un antídoto no solo para la necesidad personal, sino para aquellas ansiedades existenciales que rodean nuestra sensación de fragilidad y brevedad en nuestra vida en la tierra. Mitad bestia y mitad dios, el hombre ha sido descrito por los filósofos como una criatura paradójica. Cada uno de nosotros está condenado no solo a la muerte y a la extinción —y esto es lo que vuelve nuestra condición trágica—, sino al conocimiento de nuestra mortalidad. Es la dicotomía que sentimos entre la impureza de nuestros cuerpos y la inmortalidad de nuestras almas lo que nos hace ansiar la trascendencia. Es el conocimiento de nuestra insignificancia en el universo y, en última instancia, la conciencia de nuestra propia muerte lo que nos lleva a buscar trascendencia en una conmovedora fusión con una persona amada.

No solo estamos concientes de nuestra alma como separada de nuestra naturaleza animal, estamos concientes del aislamiento de nuestra alma de otras almas, y de nuestra mente de otras mentes, y nuestro aislamiento de ellas —«el problema de

<sup>31</sup> Francesco Alberoni, *Falling in Love*, traducido por Lawrence Venuti (Nueva York: Random House, 1983), 69.



otras mentes», como es referido en la filosofía— ocurre por primera vez temprano en nuestra infancia. Nuestra vida interna separada nos da «espacio» y privacidad y es importante para el crecimiento de nuestra individualidad, nuestra imaginación y nuestra creatividad. La separación nos protege de la invasión de los otros. Pero, eventualmente, para algunos de nosotros la separación se vuelve opresiva: nos condena a la soledad. Los otros nos tratan como funcionarios y nos aceptan en los uniformes de nuestros roles. Para ellos, nuestras vidas internas a lo mejor no son esenciales, algunas veces son obstáculos, molestias. En la locura, algunos de nosotros podemos volvernos temerosos de que solo existimos como seres sensibles. Algunas veces somos capaces de tocar a uno que otro, a través del abismo que nos separa, pero esta experiencia no se da con frecuencia. Es entonces nuestra sensación existencial de aislamiento y soledad —apartados del contacto directo con otras almas, capaz de alcanzarlas solo mediante la instrumentalidad del cuerpo—, la que nos propulsa a saltar por encima de nuestra soledad y buscar la unión a través del amor.

Mediante el aislamiento, llegamos a entender los estrechos límites de la individualidad —*selfhood*—. Entonces, nos esforzamos por sobrepasar los límites del *self* para aliviar el dolor que nuestras limitaciones nos causan. Por naturaleza, somos frágiles; nuestras vidas, finitas y, aun así, nuestros anhelos infinitos. El amor nos hace capaces de trascender nuestra insignificancia y nuestra soledad. A pesar de nuestro conocimiento de la muerte y nuestra creencia —si no somos religiosos— en que valemos poco en el universo, la afirmación recíproca de alguien a quien amamos y estimamos nos brinda abrigo contra la frialdad, la soledad y la inmensidad de la eternidad.

## TRASCENDENCIA Y DOLOR

El anhelo por la unidad, la totalidad, la fusión y la trascendencia es el corazón afligido del amor. Afligido porque es un anhelo que nunca puede ser completamente satisfecho. No existe un remedio primordial para nuestra situación apremiante, pero el amor es la búsqueda de este remedio, y la trascendencia el único medio para sentir que lo hemos conseguido.

El amor apasionado busca una trascendencia semejante a la experiencia religiosa. La fusión ideal a través del amor representa una solución en potencia para los problemas humanos centrales de distanciamiento, caducidad e insignificancia. Consecuentemente, el amor es más un alivio del dolor o de la ansiedad; es un modo de trascendencia, así como de transformación.

El amor es una de las grandes experiencias de trascendencia, pero de ningún modo la única. Hans Morgenthau ha descrito la búsqueda de la trascendencia del

hombre como «la expansión de sí mismo en su prole —el trabajo de su cuerpo—; la manufactura de cosas materiales —el trabajo de sus manos—; la filosofía y vida académica —el trabajo de su mente—; el arte y la literatura —el trabajo de su imaginación—; la religión —el trabajo de su anhelo puro por la trascendencia—».<sup>32</sup>

Otra de las grandes pasiones por las cuales el hombre busca trascenderse a sí mismo, como siempre sin éxito, es en el anhelo por el poder. En *La condición humana*, de André Malraux, Gisors hace una brillante reflexión sobre el poder:

Lo que les fascina es esta idea, verás, no el poder real, sino la ilusión de ser capaz de hacer exactamente lo que les plazca. El poder del Rey es el poder de gobernar, ¿verdad? Pero el hombre no tiene la necesidad de gobernar; él tiene el impulso de imponer. [...] De ser más que un hombre en un mundo de hombres. De escapar de la condición humana [...]. No poderoso: todopoderoso. La enfermedad visionaria, de la cual la voluntad de gobernar es solo la justificación intelectual, es la voluntad de ser Dios: el sueño de todo hombre es ser un dios.<sup>33</sup>

Existen todavía otros modos de intentar conseguir trascenderse a uno mismo. No solo la religión, sino, para el fanático, las guerras religiosas ofrecen los medios para trascender el significado finito de la vida en la tierra. Algunos encuentran trascendencia en doctrinas políticas que son esencialmente religiones seculares. Otros buscan trascendencia en drogas y lujuria, a lo que Aldous Huxley ha llamado acertadamente trascendencia descendente.<sup>34</sup>

El valor concedido al amor romántico de cultura a cultura varía dependiendo de qué tipo de experiencias trascendentales valora una cultura en particular, y qué valor toma en el cambio y desarrollo personal. El remedio preferido depende de los dirigentes culturales específicos. Como fue visto en *La condición humana*: «Es muy raro para un hombre ser capaz de perdurar —¿cómo debo decirlo?— su condición, su destino como hombre». «Existe siempre una necesidad por intoxicación: este país [China] tiene opio, el Islam tiene hashish, el Occidente tiene mujeres [...] Quizá el amor esté por encima de todos estos medios que el Occidente usa para liberarse de su condición humana».<sup>35</sup>

Pero, a pesar de las sanciones culturales a favor o en contra del amor romántico, la potencialidad para él, por virtud tanto de nuestras experiencias de desarrollo comunes

<sup>32</sup> Hans Morgenthau, «Love and Power», en *The Restoration of American Politics* (Chicago: University of Chicago Press, 1962), 7-8.

<sup>33</sup> Malraux, *Man's Fate [La condición humana]*, 228.

<sup>34</sup> Aldous Huxley, *The Devils of Loudun* [c. 1952] (Nueva York: Carroll & Graf, 1986).

<sup>35</sup> Malraux, *Man's Fate [La condición humana]*, 227.

y nuestra situación existente, existe en cada configuración cultural y se sabe que ha ocurrido en las situaciones más improbables.

El amor apasionado no es irracional, no es meramente hormonal, como algunos nos han hecho creer. Si bien tiene sus raíces en nuestra naturaleza biológica, también expresa nuestras aspiraciones más elevadas, nuestros anhelos de trascendencia a través de la fusión. El amor no es solo del cuerpo, sino también del alma y esta dualidad es la que explica la distribución moral que le entregamos: el amor es el único «apetito» al cual se le permite un exceso. Mientras que la gula y otros excesos son reprobados, los crímenes de la pasión tienen su propia mística y, en algunas culturas, no son castigados, sino perdonados e incluso admirados. Asociamos al amor con la locura, pero la llamamos divina.

Sin embargo, el tormento y el dolor pueden acompañar la búsqueda del amor y ser, de hecho, parte de su naturaleza. Incluso los entusiastas del amor reconocen sus problemas existenciales inherentes. La separación entre los amantes no puede ser del todo superada, al igual que las criaturas bisecadas de Aristófanes no pueden satisfacer permanentemente sus anhelos más profundos. Esta es la cualidad del deseo erótico que no hace posible la satisfacción completa y permanente. Carson McCullers ha expresado esta inherente tristeza en el amor: la brecha entre los amantes finalmente insuperable:

[...] el amor es una experiencia conjunta entre dos personas, pero el hecho de que sea una experiencia conjunta no significa que sea una experiencia similar para las dos personas involucradas. Existen el amante y la persona amada, pero estos dos vienen de países distintos. Con frecuencia la persona amada es solo un estímulo para todo el amor almacenado que ha permanecido en silencio dentro del amante por un largo tiempo hasta ese momento. Y de alguna manera, cada amante está conciente de esto. Él siente en su alma que su amor es un hecho solitario. Llega a conocer una soledad nueva y extraña y es este conocimiento el que lo hace sufrir.<sup>36</sup>

Hasta el punto en que la meta del amante es la fusión, no puede cubrirla; y mientras más cerca se encuentre de alcanzarla, sentirá más amenazada su autonomía. En este dilema se encuentran tanto el poder como la fragilidad del amor. Además, la persona amada, al igual que el *self*, está sujeta a las leyes de descomposición y extinción y así, incluso si el amante se rinde ante ella por completo, ella no puede en última instancia contrarrestar la amenaza existencial de la nada. Esta es, por supuesto, la razón por la cual las personas religiosas creen que solo Dios puede ser un objeto verdadero de trascendencia.

<sup>36</sup> McCullers, *The Ballard of the Sad Café*, 26.

Sin embargo, los riesgos del amor son mayores que aquellos de la mera desilusión o dolor transitorio. Cualquier intento de trascendencia, impulsado por algún poder elemental y cuyo objetivo es elevar al *self*, puede exponerlo a los peligros de la fractura, la locura y el salvajismo desatado. Hay una cualidad demoníaca en el origen del amor, la cual cuando se frustra puede volverse destructiva. La profunda fuerza irracional en el amor puede, en ocasiones, volverse loca. Se debe a esto, por supuesto, que se vincule tan a menudo al amor con la locura. El amor apasionado, como todas las experiencias que abren al *self*, pone al límite la posibilidad de lastimarse y agredirse a sí mismo. De hecho, estos riesgos son intrínsecos a todos los grandes proyectos creativos. Rara como la descendencia de la pasión a la locura puede ser, su posibilidad es la principal inspiración para la aproximación cautelosa al amor y para el vano intento de racionalizar y domesticarlo, para declarar al amor maduro «racional» como la alternativa dichosa al amor apasionado.

SEGUNDA PARTE  
Los objetivos del amor



## CAPÍTULO 4

### Cómo se desarrolla el amor: diálogos de amor y el ciclo de la vida

Dado que muchos amantes experimentan muy a menudo el comienzo del amor como una ruptura total con el pasado, situar sus raíces en la primera parte de sus vidas parece no tener sentido. Cautivados por la originalidad de su sentimiento, los amantes exclaman: «Nunca he estado enamorado antes» o «Anteriormente, solo creí estar enamorado». Para ellos, tanto las emociones como la relación parecen ser muy diferentes a cualquier evento de su pasado, así que experimentan el amor como una liberación de su existencia mundana previa y no como una variación sobre un tema anterior. Por eso, en cuanto al amante concierne, el amor no tiene una historia de desarrollo: es completamente nuevo —de lo contrario, no sería amor— y a través de él, el amante es transformado y renovado.

En contraste con la insistencia del amante en la novedad del amor, sus observadores son prestos en señalar que el amor tiene aspectos regresivos y reconstituyentes que lo vinculan estrictamente al pasado. Así esté conciente de ello o no, el amante, en el acto de enamorarse, sea por primera o última vez, hace uso de su experiencia pasada. De hecho, en algunas ocasiones este sentirá un encaje preexistente o una excelencia íntima; puede sentir como si conociera a su persona amada desde siempre, como si su amor actual fuera una mera renovación de alguna comunicación perdida hace mucho, sutilmente vislumbrada en sus sueños.

Para Freud, el amor romántico, así como todas las relaciones adultas, son reelaboraciones de sentimientos tempranos, aquellos experimentados por primera vez en la relación del hijo con la madre y, posteriormente, con el padre edípico. Desde la perspectiva psicoanalítica, alcanzar satisfactoriamente el amor maduro depende de la capacidad del amante para negociar experiencias anteriores con éxito; de otra forma, su capacidad para enamorarse será inmensamente limitada.

En mitos antiguos, el amor es visto como la búsqueda de la otra mitad de uno, por partes perdidas del *self*. Lo que las formulaciones psicoanalíticas y míticas tienen en común es su visión del amor como una restauración, el final de una búsqueda de toda una vida por alcanzar la restitución de algo que se perdió hace mucho tiempo

—en la historia personal o en la historia de nuestra especie— como resultado de separaciones anteriores. La unión entre dos amantes es la restitución simbólica de esta pérdida. Al mitigar el dolor de pérdidas antiguas, el amor puede restaurar partes ya enterradas del *self*.

Las crónicas de los amantes y el amor —tanto en mitos como en el psicoanálisis— parecen estar en desacuerdo, pero de hecho sus concepciones pueden y deben llegar a un acuerdo. Por supuesto, para el amante no es necesario saber algo acerca de la historia del desarrollo del amor. Pero para los teóricos del amor, no conseguir comprender el sentimiento del amante que ha cortado con el pasado lleva a formulaciones peculiarmente estériles y simplistas sobre el amor; por ejemplo, la sugerencia de que el amor no debe aspirar a ser más que un vínculo afectivo. El amor apasionado es mucho más. En un intento por explicar al amor, uno debe considerar tanto la intuición del amante de que se trata de una experiencia emergente y, como tal, catalizadora para el cambio, como la observación del que se encuentra fuera de que es la culminación de experiencias pasadas.

El amor profundo siempre nos separa de lo que ha pasado anteriormente; uno puede incluso decir que es parte de su función. Cuando el amante se compromete con la persona amada, escoge una nueva vida; abandona el mundo preestablecido de la familia en la que nació —o la vida que se ha creado para sí mismo, la que tiene, la cual desde ese momento empieza a sentirse sofocante— y salta hacia un mundo que él y su persona amada crearán juntos. Al escoger a nuestros amantes, entonces, escogemos mucho más que a una persona. Escogemos un patrón y, si somos suficientemente jóvenes, una elección que puede moldear el futuro desarrollo del *self*. Al escribir sobre los amantes Franz y Sabina, Kundera declara: «Mientras que las personas son suficientemente jóvenes y la composición musical de sus vidas está todavía en sus primeros compases, pueden escribirla juntos e intercambiar *motifs* [...] pero si se conocen cuando son mayores, como Franz y Sabina, sus composiciones musicales están más o menos completas, y cada *motif*, cada objeto, cada palabra significa algo distinto para cada uno de ellos».<sup>1</sup> En contraste, Kundera escribe de la relación de Franz con una mujer menor: «La estudiante-amante era mucho menor que Sabina, y la composición musical de su vida apenas estaba delineada; ella estaba agradecida con Franz por los *motifs* que le brindó para insertarlos».<sup>2</sup> Sin embargo, cualquiera sea nuestra edad al enamorarnos, siempre sentimos la promesa de por lo menos unos cuantos nuevos *motifs*, y de algún cambio interno posterior.

<sup>1</sup> Kundera, *The Unbearable Lightness of Being* [*La insoportable levedad del ser*], 88-89.

<sup>2</sup> *Ibid*, 89.



El sentimiento de renovación y cambio es con frecuencia tan dramático que parece inconcebible para el amante que el enamorarse sea un proceso interno. En su lugar, lo experimenta como una fuerza que lo golpea desde el mundo exterior; de ahí la caracterización frecuente del amor como un rayo, una flecha de la aljaba de Cupido, un cambio causado por una pócima de amor o, menos fantástico, el inevitable impacto de los irresistibles encantos de la persona amada.

En tanto el amor sea percibido como proveniente del exterior, puede ser experimentado como completamente novedoso. Sin embargo, no podemos empezar a entender aquello a lo que llamamos amor hasta que hayamos entendido que son nuestros anhelos más profundos y antiguos los que se satisfacen en él. Se debe a que los deseos y sentimientos pertenecen a nuestras profundidades más hondas que su reedición en el amor romántico sea tan intensa y su satisfacción tan profundamente estimulante.

El amor es, en cierto sentido, un reencuentro. Pero también es —y este es su triunfo final— la creación de una nueva experiencia. El amor hace más que restaurar, él cataliza el cambio en el *self*. Puede ser regresivo, pero también es progresivo, dando dirección y satisfacción a la maduración del *self*. El amor, de hecho, tiene una historia de desarrollo, pero, finalmente, es en su esencia una experiencia que muta.

## LA IDEALIZACIÓN Y EL ROMANCE FAMILIAR

Debido a que enamorarse es un acto psicológico complejo, no debe sorprendernos que existan precursores durante el proceso de crecimiento. De hecho, existe una serie de «diálogos de amor»<sup>3</sup> que se desarrollan, la cumbre de los cuales es el acto maduro de alcanzar el amor mutuo.

Un elemento sustancial en todos los precursores del amor es la idealización; y resulta que ella juega un rol crítico en el desarrollo.

Durante nuestros primeros años de vida, el niño crea un concepto de la buena madre que satisface todas sus necesidades. La imagen del niño se basa en la habilidad de la madre por satisfacer sus necesidades, pero él sobrepone a la madre de la vida real la fantasía de la total benefactora. Los psicoanalistas creen que estas primeras idealizaciones son la proyección de la omnipotencia —frustrada— del infante sobre su madre. Si él mismo no es todopoderoso, puede recuperar la autoridad al controlar al que sí lo es. Solo posteriormente el niño es capaz de integrar características negativas en su madre, renunciar a la dicotomía de buena madre-mala madre, madre todopoderosa-madre devaluada.

<sup>3</sup> La frase pertenece a Louise Kaplan, en *Adolescence: The Farewell to Childhood* (Nueva York: Simon & Schuster, 1984), 115.

Desde el comienzo de la vida, la idealización de la persona amada y los deseos por ella se encuentran íntimamente ligados. De manera similar, en todos los niveles del desarrollo en la historia de nuestros amores sucesivos, desde la figura de la madre hasta la gran pasión de la vida adulta, el «amante» moldea una imagen de una persona amada idealizada, la cual es perfecta y, por lo menos al comienzo, considerada sin ambivalencias. En cualquier etapa del desarrollo personal, la historia de amor consta de tres elementos en común: la elección de un objeto de amor idealizado, la cual, por supuesto, no es amplia en nuestra infancia y niñez temprana; el anhelo por interactuar con ese objeto de alguna u otra manera; y la alteración consecuente del *self*.

Sin embargo, la historia no es siempre la misma debido a que la idealización, en diferentes puntos de nuestras vidas, se encuentra vinculada a diferentes clases de deseos. En algunas ocasiones, la idealización o la admiración se encuentran, en primer lugar, conectadas a la identificación, al deseo de adquirir las características de aquella persona que aparece como engrandecida. Sin embargo, la idealización también puede llevar al deseo de unión, de unirse con la persona amada y buscar su satisfacción. El deseo de identificación, por un lado, y el de complementación, por el otro, a menudo se encuentran separados uno del otro, cada uno de ellos predominando en diferentes etapas de desarrollo; sin embargo, también pueden interactuar o superponerse, como parecen hacerlo en el amor maduro.

En los primeros años de vida, los anhelos emocionales del niño se encuentran dirigidos primeramente hacia los padres. Los padres no solo sirven como la fuente para las satisfacciones y seguridad del niño, sino que son seres mágicos e idealizados mediante los cuales el niño alcanza una fuerza vicaria. El niño tiene un gran apego por un padre o por el otro, o por ambos, es más feliz en su presencia, y teme a la separación. En los primeros años, los padres son simultáneamente los objetos del deseo —de una satisfacción potencial— y de identificación. El joven infante depende de las palabras de su padre, presume que *su* padre es más grande y fuerte que cualquier otra persona, imita afeitarse «como papi» y, en conjunto, lo adora. Desea estar *con* su objeto idealizado, ser satisfecho *por* él, y espera eventualmente convertirse en el dechado de perfección que él ha creado en su mente. Pero, al mismo tiempo, dirige sus intentos edípicos hacia su madre; puede intentar monopolizar sus atenciones y asegurar que él será más fuerte que su padre cuando crezca.

Eventualmente, para alcanzar autonomía y ser libre para amar, el joven amante debe abandonar la idealización de sus padres. No obstante, no renuncia a la idealización en sí misma; esta simplemente es desplazada, transferida de los padres hacia una serie de sucedáneos que culminan en la figura de la persona amada. Los deseos e identificaciones siguen el sinuoso camino de nuestras idealizaciones. La historia de

nuestras relaciones apasionadas puede ser leída en la historia de nuestras idealizaciones secuenciales.

Durante el periodo de latencia, esto es, durante los años siguientes a la resolución manifiesta del complejo de Edipo, pero anteriores a la pubertad —aproximadamente desde los seis hasta los doce años de edad—, el niño comienza a separar el deseo y la idealización de la familia nuclear y los transfiere hacia otros objetos. Disgustado por el fracaso de sus padres por satisfacer todos sus deseos, e incrementadamente consciente de las imperfecciones de la propia familia, el niño crea una serie de fantasías a las cuales se les designa como «el romance familiar». Los niños sueñan despiertos, por ejemplo, que han sido adoptados o secuestrados de sus verdaderos padres, los cuales son considerados de un estatus más elevado que los padres falsos de todos los días con los cuales se encuentran infelices. Ellos sienten que sus verdaderos padres, a pesar de que no los conocen, los amarían completa, perfectamente y sin ambivalencia y satisfarían todos sus deseos.

Las fantasías del romance familiar están imbuidas con anhelos poderosos, pero, como sugiere Freud, estos hacen eco a sentimientos más tempranos.

La falta de fe e ingratitud son solo aparentes. Si examinamos con detenimiento lo común de estos romances imaginativos, el reemplazo de ambos padres o el padre por personas más grandes, encontramos que estos nuevos y aristocráticos padres están equipados con atributos que derivan por completo de las recolecciones reales de los padres presentes y humildes; de modo que el niño no se está deshaciendo de su padre, sino engrandeciéndole. De hecho, todo el esfuerzo por reemplazar al padre real por uno superior es solo una expresión del anhelo del niño por los días felices que han desaparecido, en los cuales su padre parecía el más noble y fuerte de los hombres y su madre la más querida y adorable de las mujeres.<sup>4</sup>

No obstante, la idealización ha sido conscientemente desvinculada de los padres y transferida ya sea a figuras de fantasía o personas que el niño conoce. Las fantasías sirven para preservar el narcisismo del niño en la medida en que eleva su autoestima al identificarse con sus grandiosos padres imaginarios. Las fantasías conservan la esperanza de rescate, de tiempos mejores, contrarios a la decepción del presente.

Los romances familiares encuentran una expresión muy amplia en los mitos. Muchos de nuestros héroes legendarios —Edipo, Moisés, Superman— fueron adoptados, abandonados por sus verdaderos padres para evitar alguna catástrofe; muchos cuentos de hadas también encierran temas típicos de romances familiares. Uno de los principales temas en los cuentos de hadas es el de la heroína que se encuentra en

<sup>4</sup> Freud, «Family Romances» [1909 (1908)], en *S.E.*, Vol. 9, 240-241.

circunstancias desdichadas, pero quien, debido a su bondad y méritos esenciales, es finalmente rescatada y llevada al lugar que le corresponde. Blancanieves y Cenicienta son dos de los ejemplos más famosos. De modo similar, el héroe joven y desheredado, gracias a su destreza única —solo él sería capaz de sacar la espada de la piedra, por ejemplo— prueba la legitimidad de su derecho a heredar el trono.

Eventualmente, el niño se vuelve más capaz de encontrar satisfacción en el mundo real, y las fantasías de romance familiar comienzan, entonces, a disminuir o son absorbidas dentro de otras fantasías, particularmente edípicas. Sin embargo, también pueden continuar en la vida adulta temprana y, en forma modificada, durante toda la vida, invocadas con frecuencia en tiempos de estancamiento tedioso. El nombre genérico, romance familiar, sugiere la continuidad entre esta fantasía y las fantasías de naturaleza amorosa posteriores.

Un hombre, ahora en la mitad de sus cincuenta, recuerda vívidamente el apasionado romance familiar de su infancia y puede localizar los derivados de esta fantasía en su vida adulta. Cuando tenía alrededor seis años, llegó a creer que era hijo de un maharajá e, infeliz con sus padres y con la virtual adoración de ellos por su hermano mayor, acostumbraba permanecer despierto de noche, llorando y rezando por que su verdadero padre lo rescatara. El porqué de escoger la realeza india no le queda claro, pero es de piel oscura y podría decirse incluso que tiene un sutil aire oriental. A pesar de que la fantasía del maharajá se desvaneció, esta fue sustituida cuando tenía aproximadamente once años por una preocupante fantasía que guardaba relación con esta. Al sentirse cada vez más extraño dentro de su propia familia, encolerizado al punto de la rebeldía, él imaginariamente se identificó, en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, con el enemigo japonés —sus valores, su estilo de vida y su hostilidad hacia los americanos—. A pesar de que como adulto este hombre parece ser el verdadero modelo de la ecuanimidad, esto se debe en parte a que logró convertir su rebeldía infantil en una forma de vida constructiva. Sobreviven derivados de aquellas fantasías tempranas en sus profundos intereses intelectuales y estéticos por Japón. Ha viajado ahí frecuentemente, aprendido japonés, adoptado una de las religiones orientales y se siente sexualmente atraído por personas orientales. Aparentemente ha compensado su fracaso por sentirse protegido cuando niño con la protección apasionada de sus amantes, una reversión no infrecuente y sobre la cual elaboraré más adelante.

Todos hemos satisfecho el romance familiar de alguna u otra manera. Una joven mujer recuerda haber elaborado fantasías —que empezaron aproximadamente a los trece años— en las cuales su misterioso tío soltero, quien vivía en otro pueblo, la mandaría buscar, la rescataría y le ofrecería las mejores cosas del mundo. Sus fantasías sobre él parecían estar estimuladas por un billete de cincuenta dólares que este le

regaló por su graduación del colegio y su consejo de comprar algo frívolo con él. Esto contrastaba rotundamente con el consejo que generalmente le daban sus prácticos y académicamente exigentes padres. Ella vio en su tío la encarnación de las posibilidades del placer. Sus fantasías despegaron desde el momento en que empezó a pensar qué compraría con el dinero —quizá una buena cartera de cuero— y cómo le escribiría una carta inteligente y conmovedora a su tío sobre eso. Él quedaría impresionado con su gusto y le sugeriría que compre zapatos que combinaran y luego un atuendo de viaje. Eventualmente, a él se le ocurriría invitarla a visitarlo, y así sucesivamente. Sus fantasías, compuestas tanto del romance familiar como de deseos edípicos, le permitieron elaborar un mundo que encarnaba ideales diferentes de aquellos de sus padres e incrementaba sus ideas sobre acceder a un mundo más amplio. (Los romances familiares pueden vincularse a los verdaderos padres si estos están ausentes; por ejemplo, si son padres divorciados o simplemente descuidados. La ironía de que el niño idealice a un padre así es que obviamente esta idealización no se proyecta hacia el padre o madre abandonado que lucha para criarlo.)

Al ofrecer esperanza por el futuro y, algunas veces, al evolucionar hacia planes de vida, los romances familiares son fantasías de adaptación. Esencialmente, son fantasías de ser adoptados por mejores padres. Es extraordinario ver, en el transcurso de muchos años de práctica psiquiátrica, cómo muchas personas con antecedentes devastadores han sido capaces de salvarse a sí mismos al encontrar a alguien, ya sea un profesor, un empleado, un pariente o el padre de un amigo, que realmente se hizo presente como una especie de padre sustituto. No es difícil ver la conexión entre este tipo de fantasía y la fantasía del rescate amoroso. Los romances familiares son con frecuencia utilizados por sus sucesoras fantasías románticas, y el rescate y protección permanecen como subtextos de estas últimas fantasías. Sin embargo, para muchos adultos persiste alguna versión del romance familiar fuera de las fantasías románticas; tomemos, por ejemplo, el deseo de un joven profesional por encontrar en su jefe al amoroso padre deseado, quien lo elevará y lo rescatará de la oscuridad y el fracaso al designarlo, eventualmente, como su sucesor.

Incluso en estos romances familiares tempranos, podemos empezar a vislumbrar los elementos que distinguirán al amor maduro: el «objeto» que nos nutre o gratifica —o ama— debe ser idealizado para que pueda confirmar nuestra propia valía; para satisfacer, a través de nuestra identificación con él, nuestro anhelo de omnipotencia. En los romances tempranos, esto adquiere la forma concreta de estar relacionados con la realeza o los ricos y famosos. Somos rescatados de situaciones en las cuales no nos sentimos amados o apreciados. Y, gracias a nuestra asociación con personajes enaltecidos de nuestras relaciones imaginarias, encontramos nuestras verdaderas

identidades y somos liberados del preocupante y mezquino destino que solo parece ser nuestro. ¡Qué parecido al amor mutuo en el que finalmente nos encontramos a nosotros mismos! Desde la vida más temprana, la validación de nuestra verdadera —o deseada— identidad se ve confirmada por nuestro encuentro con el objeto de deseo y el comienzo de una nueva vida.

A la vez que las fantasías de romance familiar, muchos niños tienen fantasías terro-ríficas, a las cuales podemos llamar terrores familiares. En estos, usualmente expresados durante los sueños diurnos o en las pesadillas, los padres —o padres sucedáneos— son malvados o amenazadores. Una mujer recuerda que, cuando niña, justo antes de ir a dormir, se encontraba abrumada con la fantasía de que su madre no era su madre en absoluto, sino una india disfrazada de su madre, la cual iba a acercarse sigilosamente a ella durante la noche y arrancarle el cuero cabelludo. Un pequeño niño al que conocí tenía frecuentes pesadillas sobre reptiles, los cuales, disfrazados de sus padres, le harían daño. Estas fantasías son en parte expresiones del temor a la castración relacionado a los esfuerzos edípicos, pero son también el resultado de la rabia que siente el niño cuando intuye que sus muchos anhelos no serán ni podrán ser satisfechos. Las fantasías destructivas y llenas de odio que él dirige a los objetos que decepcionan sus deseosos anhelos le hacen temer la posibilidad de una venganza violenta por parte de ellos. Así, por ejemplo, la mala madre a la que el niño odia es imaginariamente transformada en la bruja que puede destruirlo. Los romances y temores familiares presagian dos reacciones a los romances desdichados, principalmente: la búsqueda de un nuevo objeto amado y la rabia dirigida al decepcionante, respectivamente. Y así es que un gran amor puede convertirse en un gran odio en lugar de solamente frialdad o desvinculación.

### **ENSAYOS PARA AMAR: FLECHAZOS, ENCAPRICHAMIENTOS, COQUETEOS Y FANTASÍAS**

A medida que los niños continúan desvinculándose de sus padres, los idealizan menos. Pero naturalmente, su propia autoestima disminuye proporcionalmente a la devaluación de sus padres, justo como si su autoestima anterior hubiera crecido con la identificación de sus entonces queridos padres. En última instancia, sin embargo, los romances familiares no son un sustituto adecuado para la perdida idealización de los padres; cuando los niños crecen, llegan a fantasearse a sí mismos como los principales, y no como meros dependientes que necesitan mejores padres. (Se esfuerzan por estar a la altura de los mandatos de su propio ideal del yo interiorizado, aquella instancia mental que hereda los deseos infantiles de perfección y que sirve como una brújula para aspiraciones en curso.) Entonces, también, quieren que sus preocupaciones imaginarias sean capaces de trasladarse a la vida diaria, y así la realidad se opone a la

continuidad del romance familiar. Debido a que la naturaleza aborrece al vacío, los niños llegan a poblar su mundo con nuevos héroes y heroínas, personas que representan proyecciones de los ideales de sus propios egos. Estos héroes no son sustitutos de los padres buenos, sino modelos que los mismos protagonistas esperan llegar a ser. Los niños preadolescentes transfieren sus anhelos al mundo más amplio y empiezan a idealizar a adolescentes o adultos del mismo sexo, generalmente gente que conocen y con los cuales se pueden relacionar, aunque de modo marginal. (Sin embargo, en algunos casos, el romance de lo imaginario continúa a través del interés por personajes ficticios o gente famosa. Nos constituimos a nosotros mismos a partir de otros, algunos reales, algunos imaginarios.) Asimismo, los preadolescentes con frecuencia desarrollan flechazos por exaltados personajes de moda, enamorándose de aquellos cuyas vidas esperan emular y cuyos patrones esperan seguir. A pesar de que los flechazos hacia el mismo sexo pueden ser sexuales, con mayor frecuencia no lo son. En esta etapa de la vida, el propósito de la idealización es solo la identificación, más que cualquier forma de unión. No obstante, durante todo el ciclo de vida, la idealización puede existir simplemente como un estímulo para la envidia y la emulación o puede vincularnos a un objeto elegido como el objeto de nuestro verdadero amor. En el discurso psicoanalítico, la idealización es el preludio tanto del amor de identificación como del amor de objeto.

Por ejemplo, un chico puede pasar el tiempo con el entrenador de deportes, imitando su manera de hablar y su dieta. Una mujer recuerda que, cuando joven, alrededor de los once años, ella idealizaba a una joven mujer casada que vivía al lado de su casa y se involucró con toda la familia al convertirse en su niñera. ¡Cuántas madres lamentan el hecho de que sus *au pairs* deseen convertirse en hijas más que en ayudantes de la mamá! Menos exaltado que el tema usual del romance familiar, la familia de la vecina tuvo la ventaja de proporcionar interacciones reales e intimidad. Era una relación estupenda hasta el brote de la epidemia de polio —antes de la vacuna contra esta enfermedad—, cuando los vecinos vieron a la chica jugando con sus amigos y consecuentemente le prohibieron cualquier contacto con el bebé, cortando con ello la cadena que la unía a la joven madre amada. La mujer aún recuerda su profundo sufrimiento ante lo que ella experimentó como una traición, clara evidencia de que ella no era en realidad emocionalmente significativa para su amiga idealizada, que era menos que un papel secundario para el bebé. Generalmente, el anhelo en estos flechazos es ser como la «persona amada» en lugar de alcanzar una unión, a pesar de que en el ejemplo recién citado, la chica encontró protección, intimidad y también afecto.

Algunas veces el objeto del flechazo no es una persona conocida personalmente; estrellas de rock parecen ser los íconos de elección en los tiempos modernos. Aquí, la

única función del flechazo es la identificación, no la intimidad. Pero, en algunas ocasiones, el flechazo provee vínculos reales con aquellos pares que lo comparten. El proceso de idealización comunal, por supuesto, es evidente en la erupción de flechazos por grupos, por ejemplo la beatlemania. El vínculo —y la identificación— con los pares puede ser tan importante como la admiración por el icono, ya que otorga la intimidad que de otra manera estaría ausente en la idealización de tal separación. Algo parecido a esto sucede a veces más adelante en la vida, como por ejemplo, cuando dos mujeres que aman a un hombre se vuelven amigas en lugar o a la vez que rivales. En esencia, ellas comparten la intimidad de una idealización común, y no el complicado vínculo homosexual que con tanta frecuencia se asume como el que las ha juntado. Conozco de un caso en el cual dos mujeres como estas se convierten en la fuente principal de soporte emocional entre ellas tras la muerte de la persona amada.

A pesar de que pueden encontrar una serie de satisfacciones en los flechazos no correspondidos, los adolescentes están ansiosos por relaciones incluso más intensas y por aquellas que, debido a que son recíprocas, pueden producir una experiencia real e íntima. Estos son los años de crear progresivamente nuevas identificaciones fuera de la familia nuclear, y uno de los medios para conseguirlo es formar parte de amistades intensas. Los adolescentes idealizan a sus amigos e imitan su manera de vestir y sus comportamientos, su pavoneo y «frescura». Los padres a veces se entristecen porque sienten la pérdida de la idealización de sus hijos y ven que la admiración y autoridad que era puesta en ellos ha sido transferida al grupo de pares de los niños. En estos vínculos idealizados, la meta del adolescente es compartir las cualidades que admiran: ellos imitan, se identifican y se sienten elevados.

El adolescente, y también el preadolescente, empieza a desarrollar flechazos en el sexo opuesto, derivados de las necesidades edípicas que ahora pasan a primer plano. El paso de flechazos no sexuales a la siguiente etapa, cuando la urgencia de estar *con* parece tomar prioridad sobre el deseo de ser *como*, nunca ha sido explicada del todo. Este paso recapitula el proceso llevándolo al complejo de Edipo. Es decir, en el niño edípico, la consolidación de su identificación con el padre del mismo sexo lleva al niño a desear al padre del sexo opuesto. Para el adolescente heterosexual, el desplazamiento del flechazo por el mismo sexo al del sexo opuesto ocurre cuando el cambio hormonal hace de la sexualidad algo más urgente, y cuando el sentido del *self* llega al punto en el que el crecimiento continuo puede venir por medio de relaciones complementarias en lugar de *identificadorias*, amor de objeto en lugar de amor identificatorio. Por ejemplo, una muchacha puede aprender a ser una mujer al identificarse con una mujer, o al estar con un hombre.



En el curso normal del desarrollo, entonces, el anhelo que se vincula a la idealización es transformado de un deseo de *ser como ella* —o de reemplazarla— en el deseo de *estar con*. Una vez que el sentido del *self* está ampliamente consolidado, el deseo cambia hacia la complementariedad. Sin embargo, la identificación permanece como un tema poderoso en el desarrollo; por lo tanto, el «deseo» del adolescente frecuentemente se da hacia la enamorada de su mejor amigo. Al igual que durante el periodo edípico, el deseo se desencadena por la identificación, al desear para nosotros lo *mismo* que tiene nuestro ídolo reverenciado. Algunas personas permanecen perpetuamente fijadas en este punto de bifurcación crítica entre desear ser como otro o desear estar con otro, indeciso siempre, deambulando entre adorar a un amigo y desear a la amada de este. Estos son los clichés perpetuos: el joven tan enamorado del esposo como de la esposa, la joven que idolatra a su mentora y codicia a su esposo. Pero, en algunas ocasiones, el deseo consiste en reemplazar completamente al objeto de la idealización. En la película *Todo sobre Eva*, Eva (Anne Baxter) se siente tan admirada y envidiosa de Margo (Bette Davis) que no solo codicia la carrera de Margo, sino también a su esposo (Gary Merrill). Como sea, la complementariedad y la identificación como modos de relacionarse no son nunca categorías completamente separadas. En opciones complementarias, el amante, aunque en un menor grado, continúa identificándose con la persona amada idealizada y generalmente interioriza algunas de sus características.

Los adolescentes, cuando tienen flechazos hacia personas del sexo opuesto, con frecuencia escogen como los objetos de afecto a amigos de la familia o a familiares lejanos entre sus edades o las de sus padres. Entonces, ellos experimentan conmovedores episodios de amor adolescente, con sus miedos y anhelos relacionados. Experimentan deseo, pero no se encuentran aún impulsados a llevarlo a términos sexuales. En contacto con la «persona amada», el adolescente puede sonrojarse, tartamudear y parecer incómodo, mientras es posesivo con la persona amada y siente celos de cualquier otro al que esta preste atención. La diferencia de edad entre el joven amante y su persona amada sugiere el vínculo ancestral con las fantasías edípicas, pero también lo protege de las posibilidades de un encuentro sexual real. Y aquí vemos que así como el romance familiar revela —y oculta— una continuidad entre la *dramatis personae* y los padres amados de nuestros primeros años; así, también, las fantasías románticas revelan —y ocultan— una continuidad entre el objeto de deseo y el padre edípico.

El narrador del cuento *Primer amor* de Isaac Babel cuenta el flechazo que tuvo con su vecina Galina cuando él tenía diez años y de su reacción cuando la espío con su esposo, quien acababa de regresar de la guerra ruso-japonesa:

Galina sostenía la mano de su esposo todo el día. Lo miraba incesantemente, porque no lo había visto en un año y medio. Pero su mirada fija me asustó, y tuve que girar y temblar, al vislumbrar aquella oscura y vergonzosa cara de la existencia humana [...] Galina se magulló, levantó su bata por encima de su rodilla y le dijo a su esposo: “Bésalo para que mejore, nene”. El oficial dobló entonces sus largas piernas en sus estrechos pantalones de dragón, sobre sus suaves, tensas botas de cuero con espuelas y, gateando a través del suelo sucio de rodillas, sonrió y besó la carne magullada, justo sobre una pequeña protuberancia rosa sobre el portaligas. Yo vi esa clase de besos desde mi ventana, y me causaron agonía. Fantasías desatadas me atormentaron.<sup>5</sup>

Pero la preocupación en los flechazos no está restringida al encaprichamiento con el *otro* o a la obsesión sobre ser excluido de una manera que haga referencia a la exclusión edípica; los flechazos son con frecuencia altamente autoabsorbentes, al ofrecer a los adolescentes una etapa en la cual practicar nuevos roles para ellos mismos, experimentar con su propio poder como el objeto de deseo y admiración de otros. Así, el arte del coqueteo es aprendido. Esto es parte del mecanismo de complementariedad, otra manera en la que el *self* es engrandecido por las relaciones, además de la identificación.

En *El Genio y la Diosa*, Aldous Huxley captura la naturaleza extraordinariamente intensa de los flechazos, su cualidad de representación y objetivo sinuoso, al recorrer desde la preocupación por la persona amada hasta la preocupación por el propio *self* en un nuevo rol. Ruth, de catorce años, está enamorada del socio de su padre, John Rivers, el cual desea a la mamá de Ruth. La madre se encuentra lejos cuidando a su madre y Ruth hace uso de su recién descubierta libertad para modificar su apariencia y establecer una nueva identidad, un proceso descrito por John Rivers, el narrador:

Ruth parecía no sentir la necesidad de *actuar* su nuevo papel; era suficiente solo *verlo*. Estaba satisfecha con los signos y emblemas de la gran pasión. Perfumando su ropa interior de algodón, mirando la imagen de aquella carita absurdamente deformada, ella se veía y olería a sí misma como otra Lola Montez, sin tener que establecer su reclamo al hacer cualquier otra cosa. Y no fue solo el espejo quien le mostró en quién se había convertido; fue también la opinión pública —sus sorprendidos, envidiosos y burlones compañeros de colegio, su profesor escandalizado—. No solo ella lo sabía; incluso otras personas reconocían el hecho de que ella se había convertido ahora en la *grand amoureuse*, la *femme fatale*. Todo era tan novedoso,

<sup>5</sup> Isaac Babel, «First Love», en *The Collected Stories*, editado y traducido por Walter Morison (Nueva York: Criterion Books, 1955), 266.

emocionante y fascinante que, por un tiempo, gracias al cielo, yo fui casi olvidado.<sup>6</sup>

Pero cuando Ruth descubre que su madre está pronta a volver a casa:

Fue como si de pronto ella hubiese recordado quién era yo —su esclavo y su Barbazul predestinado, la única razón por la cual asumió el doble papel de seductora fatal y víctima expiatoria—. <sup>7</sup>

Estos pasajes de Huxley dramatizan el momento a caballo entre la absorción en sí mismo, en la cual la meta es frecuentemente ser como *otro* —en el caso de Ruth, como la *grand amoureuse* de la cual había leído recientemente—, y la absorción con el *otro*, en la cual la meta es la satisfacción por aquel *otro*. Ruth se encuentra sobre el precipicio, algunas veces retirándose tanto hacia la absorción en sí misma que realmente olvida a su amado. Huxley captura este momento crucial para nosotros, congela a Ruth en un momento en el que ella aún se balancea en el borde de una especie de cambio bastante final, una consolidación interna de identidad, que le permitirá amar al *otro* en toda su subjetividad, no únicamente como la *dramatis personae* en su obra.

Los adolescentes son inmensamente imaginativos al jugar al amor, «practicando» componentes separados de las relaciones amorosas antes de que apuesten por un compromiso total en el primer amor, antes de que ellos estén listos para juntar la idealización de la persona amada, los anhelos, la sexualidad y la intimidad. Una prudente muchacha de catorce años, al desear tener una aventura y un romance, elaboró un plan menor. Usando un pseudónimo y pretendiendo ser reportera de un periódico escolar, llamó al héroe futbolístico local, de diecisiete años y muy mayor para ella en la vida real, para una «entrevista». Ella logró transformar la entrevista en un romance telefónico de un año de duración, en el cual ella lo llamaba a horas específicas, pero nunca le daba su número telefónico. El romance floreció. Ellos escogieron su canción y alcanzaron una especie de intimidad verbal que duró hasta que ella lo conoció cara a cara después de uno de sus partidos de fútbol. Tras ver la expresión de *shock* en su rostro —no cabía duda de que ella era muy diferente a su amada de fantasía—, nunca lo volvió a llamar. Una especie de romance parcial puede ser suficiente para algunas personas a lo largo de sus vidas, sirviendo como un fin dentro y fuera de sí mismo. Uno piensa, por ejemplo, en los célebres romances epistolares de George Bernard Shaw, en los cuales él evitó un encuentro real con el objeto de su afecto; o en los de Kafka, los cuales sufrieron serios y, en última instancia, fatales

<sup>6</sup> Aldous Huxley, *The Genius and The Goddess [El Genio y la Diosa]*, en *Crome Yellow and Other Works* (Nueva York: Harper & Row, Colophon Books, 1983), 301.

<sup>7</sup> *Ibid*, 305.

daños cuando Kafka cedió ante la inevitable insistencia por un encuentro ocasional en persona. Para otros, el romance parcial es una fase transitoria, la cual sirve como una paulatina inducción al amor en sí mismo.

La secuencia de desarrollo del amor es variable. A pesar de que los flechazos son particularmente comunes en la adolescencia y la adultez temprana, ocurren a lo largo de toda la vida, y cualquiera sea la edad en la que sean experimentados, pueden servir como ensayos imaginarios de mucho valor para una experiencia para la que no se está listo para entrar por completo. Ellos vinculan derivados de las fantasías edípicas al objeto de idealización. En un sentido, ellas combinan elementos del drama edípico y del romance familiar.

A continuación, presentaré relato de un flechazo adulto. La mujer que me lo contó había pasado por un desdichado romance y dudaba de los hombres aun mucho tiempo después. Este encaprichamiento surgió en un contexto en el que su luto —o depresión— por su amor perdido iba creciendo. Fue la primera evidencia de un deshielo emocional y una renovada disponibilidad emocional. Desde la posición privilegiada del observador en lugar de la del amante, a menudo es posible observar cómo un flechazo puede actuar como un precursor —de hecho un agente o catalizador—, de cambio en el amante.

Es en realidad muy emocionante fantasear acerca de un extraño. Te conviertes en una escultora, al hacer de él tu hombre perfecto. En el caso de Kevin Kline, no creo que haya estado muy equivocada. Recuerdo que todo empezó cuando lo vi en *La decisión de Sophie*. Fue en la escena en el dormitorio cuando él está dirigiendo la orquesta de fantasía. Se encontraba sin camisa, y sus brazos subían y bajaban, podías ver la definición en toda su espalda. Recuerdo recorrer mentalmente mi dedo índice por cada vértebra, delineando toda la fuerza. Su energía realmente me llegó a través de la pantalla. ¿Lo recuerdas en *Los piratas de Penzance*? Es asombroso. No tienes otra opción que reaccionar. Luego vino *Enrique V* en el Delacorte. Me lo perdí en *Ricardo III*. Estaba demasiado ocupada estando deprimida en ese verano como para ir al teatro.

Tengo un claro recuerdo de la primera vez que vi *Enrique V*. (La vi tres veces.) Fue en el preestreno. Muy pocas personas asistieron porque estaba nublado y las reseñas aún no habían salido. Yo estaba sentada en el pasillo, la tercera fila del centro, rezando por que no hubiera una tormenta. Y no la hubo.

El primer acto comenzó con Enrique saliendo con su bata roja de terciopelo a dirigirse a sus súbditos. Bueno, no puedo hacer justicia a lo que sentí. Su presencia en ese escenario hizo que mi corazón subiera hasta mi garganta. Estuvo espectacular. Su pelo es negro y grueso (como cachemira), con reflejos grises que parecen oropel. Él pudo haber sido un rey en otra vida. En un momento, hizo un monólogo en la mitad del escenario y, si me inclinaba hacia delante, hubiera podido tocarlo. Eso fue como una experiencia religiosa. Ninguna otra persona me había hecho sentir así. Mi corazón palpataba.

Estaba segura de que él podía oírlo. Pero el pedestal en el que lo coloqué era la verdadera fascinación. Él se convirtió en un icono: «Hari Kevin».

Ahora recuerdo qué tan flechada estaba cuando leí en la columna de Liz Smith que él estaba saliendo con Pheobe Cates. Me refiero a que Patti Supone, Glenn Close, Mary Beth Hurt, Linda Ronstadt, su ayudante de camerino en *Ricardo III*, ninguna de ellas me molestaba. Pero Pheobe Cates era como una versión perfeccionada de mí. Me deprimí.

Le envié una bombonera llena de chocolates por *Arms and the Man*, porque hizo el papel del soldado de chocolate. Unos días después, su secretaria me envió una nota de agradecimiento en su tarjeta y mi depresión empeoró. Pensé que me llamaría él mismo; lloré por días, sintiéndome desairada e inferior.

Mi amiga hizo buen uso de su encaprichamiento. Le permitió despertar emocionalmente, pero debido a que era «imaginaria», le ahorró cualquier exposición sexual así como la amenaza de ser rechazada, a la cual se encontraba especialmente vulnerable por el luto de su fracasado romance. Cuando Kevin Kline no le respondió, no era realmente ella quien estaba siendo rechazada: «Probablemente pensó que yo era una muchacha de Queens». Luego ella decidió tener un romance real, pero no con el chico de la puerta de al lado, sino con alguien de distinción pública más elevada que Kline. En su encaprichamiento, uno puede observar el anhelo intenso, en su caso, la renovación de su anhelo, y la idealización imaginativa de la persona amada que caracteriza al amor en todas sus etapas de desarrollo y, al mismo tiempo, la autoprotección y el aislamiento de exigencias sexuales que son características de los flechazos. Al luchar por el amor, por supuesto, debemos estar dispuestos a correr riesgos, pero a veces un flechazo es todo para lo que nos sentimos capaces, incluso siendo adultos.

Los flechazos son ensayos importantes para el amor. Y ya sea que nosotros seamos noveles y temerosos de lo desconocido, o heridos en batalla —como mi amiga— y temerosos de aquello que no conocemos del todo, podemos hacer uso fructífero de aquellos ensayos.

La etapa inicial de cualquier romance siempre se parece a un flechazo, pues se caracteriza por la fantasía imaginativa y las posibilidades mentalmente elaboradas de lo que puede llegar a ser —una prueba no amenazante—. Esta etapa inicial corresponde a la descripción de Stendhal de la primera cristalización en el amor. En ella, uno explora la gama completa de potencialidades. Durante el intervalo entre el primer encuentro y el reencuentro con la persona amada, el amante se alimenta de su propio juego imaginativo. Algunas veces, la imaginación se desenfrena: una mujer se encontraba tan aterrorizada por la elaboración del escenario que había preparado entre la llamada telefónica para invitarla a salir y la noche de la cita con su nuevo admirador que, cuando este llegó a la puerta, ella se avergonzaba incluso de mirarlo a los ojos.

Intuitivamente todos reconocemos el papel de la fantasía en el amor, esta es la razón por la que respondemos a historias románticas que realzan el componente imaginativo del amor, aun si las historias parecen en superficie inverosímiles; por ejemplo, historias en las cuales el amante se enamora de alguien incluso antes de conocerla, o las narraciones del amor no correspondido o del amor que nunca puede ser realizado. En la película de 1944, *Laura*, un detective (Dana Andrews), al investigar el asesinato de una joven, cree que la víctima es Laura (Gene Tierney). En el curso de su investigación, el detective se enamora de Laura, cuyo retrato está colgado en su departamento —en el de Laura—. Los espectadores no consideran una locura que el detective deba amar a una muchacha muerta, una a la que nunca conoció; de hecho, ellos parecen identificarse con el detective. *Laura* es una película profundamente romántica que ha gozado de un éxito perdurable; el hecho de que generaciones de cinéfilos hayan sido capaces de identificarse con un detective en una situación tan inverosímil debe significar que ellos tienen una apreciación intuitiva o inconsciente del papel que juega la imaginación en sus propios romances del corazón. El final feliz ofrecido por la película: el descubrimiento de que la víctima no es Laura y que ella está viva, celebra y libera la imaginación del amante al afirmar su sabiduría final. En lugar de administrar las cautelas habituales a los críticos del amor, la película da licencia al impulso de amar imaginativamente, sin temor y sin reservas, incluso en contra de los dictados de lo que parecería ser el sentido común. La profunda atracción de esta película reside en su éxito por convertir un sueño de amor en un amor real.

*Pide al tiempo que vuelva* es otra película con un tema relacionado. Un escritor (Christopher Reeve), regresado al pasado, se enamora de una joven actriz (Jane Seymour) y decide quedarse en el pasado en lugar de regresar al presente sin ella. Para la mayoría de las personas versadas en el psicoanálisis, la fantasía subyacente de la cual *Laura* y *Pide al tiempo que vuelva* adquieren su fuerza parecería ser aquel amor imposible que mágicamente se hace real —un derivado del amor edípico—. La tragedia del niño que anhela a su madre es que este se encuentra separado de ella no solo por la barrera del incesto, sino por la del tiempo. Su momento —el de ella— no es el mismo que el momento de él. En cierto sentido, ambas historias pueden ser consideradas como fantasías en las cuales barreras aparentemente impenetrables son penetradas —en resumen, fantasías de satisfacción edípica, elaboraciones imaginativas de viejos anhelos—.

Fantasías como estas parecen estar ampliamente difundidas; es por eso que pueden confiar en despertar la respuesta popular. Uno con frecuencia ve un tema relacionado en la imaginación de niñas cuyas madres enviudaron pronto —o bien el primer esposo de la madre murió y la niña es producto de un segundo matrimonio, o el

propio padre de la niña murió temprano en su infancia—. Al poetizar e idealizar a los perdidos esposos de sus madres, las niñas exaltan el amor entre ellos. A pesar de que no están enamoradas del esposo de su madre, la niña se encuentra imaginariamente comprometida con él. Estas fantasías, también, son derivados concientes de fantasías edípicas inconcientes y están estrechamente vinculadas con los flechazos.

En un sentido, todos los flechazos de la infancia y la adolescencia no son ni más ni menos que episodios apropiados a la fase del amor imaginativo. El «amante» está satisfecho con —en realidad, protegido por— la idealidad de su amor. No obstante, una vez pasada la adolescencia, la mayoría de nosotros abrimos paso a los anhelos por el amor imposible solo al ver películas o leer novelas, por ejemplo, o en ataques de nostalgia por amores pasados; disfrutamos estos flechazos por lo que son, a saber, excursiones imaginativas.

Sin embargo, en nuestras vidas reales eventualmente intentamos combinar las satisfacciones imaginativas con las tangibles, en el contexto de una relación íntima. Si estamos dispuestos a disfrutar la intimidad, el afecto y la sexualidad de un amor «real», y no solo los placeres menores del flechazo, debemos poner nuestros sentimientos a prueba en el mundo real, convirtiendo los anhelos en acción, intentando traer alguna clase de reciprocidad entre nosotros y aquel al que idealizamos y al cual anhelamos. Creamos esta posibilidad cuando nos permitimos a nosotros mismos sentir la pasión por alguien que puede realmente estar disponible para nosotros.

## EL PRIMER AMOR

La idealización es un ingrediente esencial del amor a lo largo de su ciclo vital, pero es solo uno de los requisitos. Viejos anhelos que se vuelven a invocar y son re-trabajados para dirigirlos hacia nuevos objetos —objetos que al menos potencialmente ofrecen mayores oportunidades de satisfacer anhelos de unión— son el verdadero combustible del amor. De la misma manera en que se sabe que la sexualidad madura integra diferentes componentes del desarrollo y absorbe muchos impulsos sexuales pregenitales, el amor sirve como el organizador de muchos deseos y anhelos diferentes originados en etapas previas. Al hacerlo, el amor se convierte en algo nuevo, más que la sola suma de sus partes o la culminación de la línea de desarrollo.

Quizá las cualidades transformadoras del amor no hayan sido nunca expresadas que en *Torrentes de primavera*, de Turgenev:

Sanin y Gemma se enamoraron por primera vez, todos los milagros del primer amor les estaban sucediendo a ellos. El primer amor es exactamente como una revolución: el orden regular y establecido de la vida es, en un instante,

volado en pedazos; la juventud se para en la barricada, su bandera brillante se eleva alta en el aire, y envía saludos extasiados al futuro, sin importar lo que devenga —vida o muerte, no importa—. <sup>8</sup>

El amante se compromete a un nuevo proyecto de vida, un nuevo sendero, para ser emprendido con su persona amada. Consecuentemente, para que la unión con un nuevo objeto sea una posibilidad, se debe renunciar a los objetos de amor anteriores. En esto, como en muchos otros aspectos, la historia de Romeo y Julieta es una representación profundamente adecuada del amor romántico en general y del primer amor en particular. La obra dramatiza el papel del amor romántico al separarnos de nuestro pasado, creando un nuevo presente y futuro y, de ese modo, actuando como un agente de cambio. En el amor, así como en los romances familiares anteriores, uno se libera a sí mismo de lo que ha antecedido y crea un nuevo vínculo, uno que no es acorde, en muchos sentidos, con los lazos anteriores. El primer amor es un punto de quiebre especialmente dramático en nuestras vidas, porque es generalmente el medio por el cual alcanzamos la separación psicológica «final» de nuestros padres.

Para cada amante, su nuevo amor debe tomar prioridad ante sus devociones anteriores, pero esto es particularmente cierto en el primer amor. En *Romeo y Julieta*, la necesidad de la separación psicológica *interna* está metafóricamente expresada e impulsada por el conflicto *externo* entre las familias enfrentadas de los amantes, los Capuleto y los Montesco, cuya enemistad convierte al amor adolescente en un asunto de vida y muerte. Conforme la obra progresa, Julieta se desvincula sucesivamente de cada uno de los lazos con su infancia —sus padres, su nana, el fraile— hasta que al final se encuentra libre de su pasado, comprometida solo con su amante y su amor. Romeo, también, se aparta de su familia y amigos. Ambos se despojan de los lazos que les ponen grilletes y los mantienen separados. <sup>9</sup>

El tema del papel del primer amor en separar al amante de su familia también encuentra un espacio en muchas novelas populares. Por ejemplo, en *Las dos señoras Grenvilles*, Junior (William Grenville, Jr.) se enamora de Ann Arden porque ella se encuentra libre de las convenciones sofocantes de su clase (alta), de la cual él necesita ayuda para desvincularse. Desafortunadamente, ella se enamora de él —en el grado que lo hace— porque él es el escalón superior que ella está buscando adquirir. Cada uno de ellos, naturalmente, está condenado a la decepción porque sus objetivos son, finalmente, opuestos.

<sup>8</sup> Iván Turgenev, *Spring Torrents* [*Torrentes de primavera*] (Nueva York: Penguin Books, 1986), 100.

<sup>9</sup> Para un buen informe sobre el tema de la separación en *Romeo y Julieta*, ver Katherine Dalsimer, *Female Adolescence: Psychoanalytic Reflections on Literature* (New Haven, Conn: Yale University Press, 1986).



Como sea, el amor, incluso en el primer amor, no se trata solo de desvincularse. El primer amor lleva a cabo la separación del pasado, pero reemplaza lazos descartados por unos nuevos. El amor no es solo el instrumento para separar, sino también para reparar y curar. El amor supera a la separación con tanta seguridad como separa; este desidealiza objetos de amor anteriores e idealiza nuevos. El amor confiere un sentido de rectitud, de alcanzar finalmente la identidad correcta. Junto a la persona amada idealizada, el amante vuelve a adquirir una sensación de importancia y centralidad. El primer amor, que en algunas ocasiones perdura y en otras no, es un hito importante en la maduración; el primero en lo que usualmente se configura como una serie de diálogos de amor adulto, en los cuales se consolidan muchos deseos, impulsos y sentimientos parciales.

El primer amor es con seguridad considerado como una de las grandes glorias de la vida y por lo tanto, se le otorga frecuentemente un lugar privilegiado en la memoria. Liv Ullmann, al recordar su primer matrimonio, que duró cinco años, dijo: «Nunca podré volver a ser tan joven con nadie más».<sup>10</sup>

#### EL AMOR A LO LARGO DEL CICLO DE VIDA

La secuencia de diálogos de amor generalmente no termina con el primer amor. La capacidad —y necesidad— para enamorarse continúa a lo largo del ciclo de vida, a pesar de que los factores que lo predisponen no sean siempre los mismos. El amor confiere muchas bendiciones: intimidad y afecto combinados con sexualidad, refuerzo de la autoestima y valía, entre otros. Pero, visto desde la perspectiva de catalizar movimiento en la vida de uno, la función del amor parece ser doble. El amor puede ponerle fin a las decepciones que lo precedieron, pero puede también ser invocado para impulsar el cambio cuando el *self* carece de estímulos, cuando uno se siente ahogado en un mar de monotonía. En la primera etapa de la vida, en definitiva a través de la adultez temprana, el *self* está hambriento de experiencia —por los temas (*motifs*) de la vida, para invocar nuevamente la metáfora de Kundera—. Consecuentemente, los jóvenes son notoriamente propensos a enamorarse; el prototípico joven enfermo de amor es una figura tan común que se ha convertido en un sello de ciertos géneros de ficción.

Más adelante en la vida, cuando el *self* se encuentra más claramente definido, la suposición tradicional ha sido usualmente que la personalidad se manifiesta con menos fluidez en comportamientos y decisiones, con mayor estabilidad y fuerza al enfrentar pérdidas reales, crisis, entre otros, y por eso es relativamente inmune a

<sup>10</sup> Liv Ullmann, *Changing* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1977), 89.

tormentas de pasión. Esto puede ser cierto para algunos y es cierto que hay para quienes el amor dura toda una vida. Pero para otros —quizá particularmente para el hombre— la estabilidad de la mediana edad es necesaria como una base desde la cual se sienten seguros para perseguir aquellos casi enterrados deseos que pueden terminar como un amor apasionado. Consecuentemente, algunos individuos recién alcanzan el amor apasionado en la mediana edad o incluso después.

C. S. Lewis, a pesar de ser una autoridad eminente en el amor, se enamoró por primera vez tardíamente, en su mediana edad. Su anterior estudiante y luego colega Peter Bayley recordó el comentario de Lewis acerca de su idílico matrimonio feliz: «Sabes que estoy experimentando algo que pensé nunca sería mío. Nunca pensé tener a los sesenta algo que debí experimentar en mis veintes».<sup>11</sup> Lewis, un soltero aparentemente empedernido que vivía con su hermano en Oxford, donde ambos eran catedráticos, había comenzado a mantener correspondencia con una mujer americana, Joy Gresham, quien estaba interesada en su trabajo.<sup>12</sup> Un año después la conoció cuando ella fue a Inglaterra para una especie de sabático. Le dijo a Lewis que sus libros le habían sido útiles en su viaje espiritual, el cual la había llevado del judaísmo al marxismo y luego a un verdadero descubrimiento espiritual de Dios. Gradualmente, Lewis y Gresham se hicieron amigos, al compartir, como lo hacían, los mismos intereses, incluso el mismo editor. Durante su estadía en Inglaterra, Gresham recibió una carta de su esposo alcohólico en la que le informaba que se había enamorado de alguien más. Ella viajó a Estados Unidos, se divorció y regresó a Inglaterra, donde retomó su amistad con Lewis, la cual no era más que una amistad platónica en ese momento. Sin embargo, Lewis se casó con ella cuando no pudo renovar su visa, ofreciéndole un matrimonio por conveniencia para que ella y sus niños pudieran adquirir la ciudadanía británica. Sin embargo, poco después de la ceremonia civil, Gresham, en el inicio de sus cuarentas, se fracturó la cadera y fue diagnosticada con cáncer de mama, el cual ya se había extendido a los huesos. Su enfermedad, tomándolo completamente desprevenido, impulsó una pasión en Lewis. Solo en ese momento se comprometió a un matrimonio verdadero y por eso organizó una ceremonia religiosa (para él, el símbolo de un matrimonio de verdad en contraste al matrimonio civil anterior), la cual se realizó en su cama del hospital. Ambos se descubrieron profundamente enamorados y gozaron de tres magníficos años juntos antes de que ella muriera —fueron descritos por aquellos que los conocían como años radiantes y llenos de una alegría desatada—.

<sup>11</sup> Peter Bayley, «From Master to Colleague», en *C.S. Lewis: At the Breakfast Table and Other Reminiscences*, editado por James T. Como (Nueva York: Macmillan, Collier Books, 1979), 86.

<sup>12</sup> Este informe sobre Lewis también se desprende de William Griffin, *Clive Staples Lewis: A Dramatic Life* (Nueva York: Harper & Row, 1986).

¿Qué permite un brote emocional de esa magnitud tan tarde en la vida para un hombre como Lewis? No existen más que unas cuantas pistas en el material biográfico que ha sido publicado hasta el momento. Quizá la mudanza de Oxford a Cambridge lo volvió más abierto, o más necesitado. O quizá la mudanza fue un precursor y no una causa para el cambio. Tanto los intereses profundos mutuos que compartía con Joy como la enfermedad de ella parecen haber sido ingredientes importantes en el proceso que le permitió enamorarse. Intuyo que la enfermedad de Gresham liberó algunos sentimientos anteriores en él (en la serie de televisión *Shadowlands*,<sup>13</sup> se sugirió que su enfermedad guardaba semejanza con la precoz muerte de su madre) y que, de alguna manera, cambió la imagen de Gresham, probablemente al purificarla para él (ella era una extraña opción para un hombre profundamente cristiano: judía de nacimiento y divorciada). Pero estas son solo conjeturas.

Ocasionalmente, a través de las vidas de amigos o conocidos, a uno se le permite entender más profundamente estos eventos específicos que sirven para catalizar al amor. Un viudo en la primera mitad de su novena década se casó con una mujer con la cual había estado viviendo por quince años, pero solo se enamoró de ella *después* de la ceremonia. Para él, y para algunos otros también, el amor solo puede ser experimentado después de que el compromiso haya sido realizado. Pero, por supuesto, la decisión de casarse, dado que él había evitado volver a hacerlo durante tantos años, necesita ser explicada. Esta parece haber sido provocada por dos eventos: la muerte de un pariente cercano y, como en el caso de Lewis, la enfermedad de la mujer con la cual vivía. La muerte lo dejó inestable; como sabemos, la pérdida puede crear el impulso para amar. Pero el papel que la enfermedad de su novia jugó en su vida emocional fue bastante específico; ella, como Gresham, tuvo cáncer de mama y se sometió a una mastectomía, aunque con un pronóstico más positivo que el de Gresham. Lo que es realmente sorprendente es que la primera esposa del viudo haya muerto de la misma enfermedad casi treinta años antes al haberse rehusado a someterse a una mastectomía. Solo después de la muerte de su primera esposa, él desarrolló un sentimiento intenso hacia ella, y se culpaba a sí mismo por permitirle pasar por alto el consejo médico y por haber fracasado en ser lo que él consideraba un «buen esposo». De hecho, él parecía tan devoto a la memoria de su primera esposa, que su inmensa lealtad parecía descartar cualquier posibilidad de otro matrimonio. Sus amigos y familiares estaban bastante sorprendidos de que su amor por la memoria de su esposa excediera por mucho al amor que aparentemente sentía por ella mientras vivía. Sin embargo, en su segunda relación, cuando tuvo la oportunidad de redimirse, de cuidar a una mujer

---

<sup>13</sup> Una coproducción de la BBC y Episcopal Radio-TV Foundation, emitida el 29 de octubre de 1986.

durante el cáncer, él fue capaz de estar a la altura de las circunstancias y de enamorarse también. Luego de su segundo matrimonio, se declaró más feliz que nunca; entre otras razones, él se consideraba claramente más generoso, cariñoso y mejor hombre. Más exitoso y rico, nunca había sentido tanto orgullo de su bondad, a pesar de que esa era la característica que él celebraba más en otros.

Existen muchas clases de situaciones que facilitan la experiencia de enamorarse, tanto en la mediana edad como después. La sensación de monotonía en la mediana edad o de horizontes limitados puede ocasionar un anhelo por el cambio, el cual bien puede tomar la forma de «búsqueda» por el amor apasionado. Además, claro, la pérdida de una relación importante, o cualquier crisis que amenace la autoestima o la identidad, puede también crear la disponibilidad para enamorarse. En algunas ocasiones, la pérdida es la muerte de un padre; están aquellos que se enamoran solo después de que un padre mayor haya muerto.

A veces, el ímpetu por un romance tardío parece bastante obvio. El amante, sobrecogido y sin encontrar apoyo en el medio de la crisis, trata de buscar apoyo. Herbert Henry Asquith, Primer Ministro británico, incluso antes de su romance con Venetia Stanley, había tenido por mucho tiempo la capacidad y el gusto por buscar consuelo de jóvenes mujeres, pero las amistades en las que se comprometió no parecían tener mucha intensidad, convicción o exclusividad.<sup>14</sup> No obstante, su relación con Stanley fue un romance intenso, al lo menos por su parte, aunque probablemente no haya sido consumado sexualmente, y duró desde 1912 hasta el matrimonio de ella con Edwin Montagu, en 1915. Al comienzo de su relación, Asquith estaba al comienzo de sus sesentas; Stanley, alrededor de los veinticinco. El 8 de marzo de 1915, él le escribió:

Mi amor por ti ha crecido día a día, y mes a mes y [ahora], año a año: absorbe e inspira toda mi vida. No podría si quisiera, y no quisiera si pudiera, contrarrestar su corriente o limitar su extensión, o aminorar en un solo grado su intensidad, o hacer de él un factor menos soberano y dominante en mis pensamientos, propósitos y esperanzas. *Me ha rescatado* (como solo tú sabes) de la esterilidad, la impotencia y la desesperación. Me hace posible, en el estrés diario de casi intolerables cargas y ansiedades, ver visiones y soñar sueños.<sup>15</sup>

El amor de Asquith por Venetia surgió en un momento crítico de la vida de él. No solo nació en el medio de una crisis política severa; sino que el segundo matrimonio de Asquith —en el cual se comprometió luego de la muerte de su primera esposa—,

<sup>14</sup> Ver Roy Jenkins, *Asquith* [c. 1964]. (Nueva York: E. P. Dutton, 1966); y Michael Brock y Eleanor Brock, editores, *Asquith: Letters to Venetia Stanley* (Oxford, Eng.: Oxford University Press, 1985).

<sup>15</sup> Brock and Brock, *Asquith: Letters to Venetia Stanley*, 466-467.

a pesar de ser un matrimonio por amor de su parte, había resultado decepcionante e incluso se estaba debilitando. Su esposa se encontraba en un estado de mala salud crónica, se había dicho que carecía del tacto que se esperaba de alguien en su posición, y, lo peor de todo, había desarrollado relaciones tirantes con los hijos del primer matrimonio de Asquith, particularmente con Violet, cuya buena amiga no era otra que Venetia. Aparentemente, tanto Asquith como Montagu empezaron a admirar a Venetia luego de que notaron la ayuda y amabilidad que le otorgó a Violet, cuyo prometido había muerto en un accidente, y ambos se enamoraron de ella después de un viaje que realizaron con ella y Violet a Sicilia. De acuerdo a un comentarista, el intenso amor que Asquith sintió por Venetia lo benefició, mejoró sus ánimos y lo ayudó a controlar su problema con la bebida, el cual ya había dado signos de estársele yendo de las manos.<sup>16</sup> Después de que Venetia se casara repentinamente con Montagu, se le hizo imposible a Asquith seguirle escribiendo; pero retomó una relación con ella luego de la muerte de Montagu y la última salida que hizo antes de morir fue ir a visitarla.

Existen todavía otros factores que predisponen a uno a enamorarse en la mediana edad. Posiblemente el factor más común, aunque poco reconocido, sea el ímpetu por amar invocado por la envidia que los padres llegan a sentir con respecto a la floreciente sexualidad, erotismo y amor que ven en su propios hijos. Ellos pueden sentir el resurgimiento de furias edípicas intensas cuando sus hijos se enamoran y los abandonan para manejar sus vidas por sí mismos. En la medida en que sus propios sentimientos edípicos fueran intensos o no resueltos, son más susceptibles a la envidia y celos edípicos en etapas posteriores de sus vidas. No es del todo extraño que el romance o matrimonio de un hijo querido desencadene una crisis masiva en las vidas de los padres.

En algunas ocasiones, por supuesto, puede ocurrir lo contrario. El matrimonio de los hijos —o simplemente su ausencia de la casa paterna— trae suficiente soledad para que las parejas de mediana edad puedan volver a ser una pareja feliz, libre de todas las complicaciones triádicas que surgen con la crianza de los hijos. Una de las cosas más placenteras del amor de la mediana edad es que puede ser reavivado entre amantes casados por mucho tiempo, cuya fogosidad se había, aparentemente, extinguido.

Como recientemente hemos llegado a observar, con la llegada de normas sociales cambiadas y el consentimiento de impulsos amorios a lo largo del ciclo de la vida, muchas personas mayores forman los mismos vínculos que las jóvenes. Una de las fuerzas de la novela de Muriel Spark, *Memento Mori*, es que ella representa muy vívidamente la continuidad de nuestras fantasías y más queridas preocupaciones incluso

---

<sup>16</sup> Ibid, 10.

después de los setenta u ochenta años. Más aún, el componente imaginativo —la facilidad mental de fantasear el amor— permanece importante en su propio sentido, incluso cuando no sirve como un ensayo o un preludio para el amor: brinda consuelo, otorga variedad, sirve como satisfacción del deseo y permite una identificación imaginativa con los otros. Pienso, por ejemplo, en una vigorosa mujer profesional a la mitad de sus setentas, una de esas vitales y notables almas que ha mantenido su vida profesional y social intacta durante veinticuatro años de viudez y nunca se ha obsesionado por volver a contraer matrimonio, pero la cual comenta con cariño a sus colegas hombres más jóvenes: «Me hubiera gustado conocerte cuando solo tenía setenta»; compartiendo de ese modo sus juguetonas fantasías de «si solo». Los hombres, claro, vivían encantados con su coquetería y encantos, y continuaba siendo idolatrada por admiradores.

\*\*\*\*\*

Para que el amante sea capaz de participar en el amor mutuo, todos los diálogos de amor precedentes de su vida deben haber sido negociados exitosamente sin que haya sufrido demasiado daño o respondido con mucho miedo. De otro modo, el amante potencial se atasca en otra fase del desarrollo del amor, o su capacidad para amar es del todo inhibida. El amante, que en su infancia integró exitosamente rasgos negativos a la imagen de su madre, será capaz de, una vez que el primer bochorno del amor haya disminuido, incorporar características negativas sobre el sentido superior de bondad de su persona amada. Debe ser capaz de aceptarla con todos sus defectos, sabiendo que no puede satisfacerlo por completo. Si no es capaz de hacerlo, el reconocimiento de sus imperfecciones tendrá resultado en la desidealización radical de la persona amada y sus romances serán, consecuentemente, cortos. O, en otro escenario típico, la joven mujer que continúa idealizando a su padre —por alguna mezcla de cualidades reales y fantasiosas— tendrá con seguridad dificultad para encontrar un amante que esté a la altura de la visión enaltecida de la cual goza su padre.

La idealización no es más que un requisito o un paso preliminar para el amor; no es amor en sí mismo. La idealización puede no llevar a ninguna parte, provocando sentimientos de admiración y emulación —o incluso envidia—, pero manteniéndose desconectada de cualquier anhelo de unión. Solo aquellas relaciones que pulsan aquellos primeros anhelos pueden florecen en un amor romántico. Sin embargo, el amante no debe *sentir* la conexión entre sus primeros anhelos, sus deseos infantiles y el anhelo que experimenta en el amor. Solo cuando los humildes orígenes del amor son oscuros a la conciencia, debido a ese misterioso proceso creativo que hace que algo antiguo parezca nuevo, uno puede vencer los viejos tabúes y entregarse al poder del amor.

## CAPÍTULO 5

### La síntesis creativa en el amor

El amor es descrito con frecuencia como un núcleo de pasión física rodeado por una serie de sentimientos: admiración, respeto, afecto, intimidad y compromiso. Sin embargo, el verdadero núcleo del amor apasionado es el anhelo del amante por el *otro*, y es *este* núcleo el que atrae a sí mismo la suma de otros sentimientos.

El deseo del amante por el *otro* es tan intenso que suplanta todas sus preocupaciones previas y parece ser una destilación de todos los deseos anteriores de su vida. Se convierte en una fuerza que recurre a su misma esencia. Así es como Francesco Alberoni describe al amor apasionado:

[...] nace una fuerza terrible que nos lleva a nuestra fusión y nos vuelve irremplazables y únicos para el otro. El otro, la persona amada, se convierte en lo que solo ella puede ser, la única absolutamente especial. Y esto ocurre en contra de nuestra voluntad, incluso a pesar de que continuamos creyendo por mucho tiempo que podemos sobrevivir sin aquella a la que amamos y podemos encontrar la misma felicidad con otra persona.<sup>1</sup>

Uno vuelve a pensar en la explicación de Aristófanes sobre el amor: cada una de las dos partes del primer hombre esférico, ahora dividido por la mitad, anhela la otra mitad, «y cuando una de ellas encuentra a su otra mitad [...] la pareja se pierde en el asombro de amor, amistad e intimidad».<sup>2</sup>

A pesar del consenso general de que el rasgo distintivo del amor apasionado es la urgencia de los amantes por estar juntos, la fuente de esta intensa fuerza permaneció completamente oscura hasta que Freud intuyó que el amor es encontrar algo nuevamente, un reencuentro. El genial descubrimiento de Freud sobre el amor fue demostrar la continuidad, a pesar de que las apariencias dictaban lo contrario, de la vida emocional del amante y haber dado forma al concepto platónico de que la unión en el amor es verdaderamente una «re-unión». La genialidad de Freud fue observar

---

<sup>1</sup> Alberoni, *Falling in Love*, 12-13.

<sup>2</sup> *The Symposium [El Banquete]*, en *The Works of Plato*, Vol. 4, 318.

que todos los anhelos insatisfechos del amante son transferidos a la persona amada, quien es consecuentemente experimentada como la fuente reencarnada de todo lo que es potencialmente bueno. El enorme poder que la persona amada parece ejercer sobre el amante puede ser en parte explicado porque se ha puesto en el objeto amado el misticismo de todos los objetos perdidos en el pasado.

En el amor, incluso mientras se busca una renovación, los amantes se remontan al pasado, a fantasías y deseos constantes, con mucha frecuencia de manera inconsciente. El amor busca deshacer muchas decepciones de la etapa temprana de la vida. Así como las «fuerzas motivadoras de las fantasías son deseos insatisfechos, y cada una de las fantasías es la satisfacción de un deseo, una enmienda de la realidad insatisfactoria»,<sup>3</sup> así también el amor busca reparar —inconscientemente— las pérdidas de la etapa temprana de la vida, satisfacer los deseos insatisfechos y prohibidos de la niñez. En el amor, el amante recupera su omnipotencia perdida, adquiere total posesión de la persona amada y logra una victoria edípica. Al alcanzar la unión con la persona amada, él deshace sus defectos, pérdidas y humillaciones de su pasado. Al hacerlo, se identifica con los rivales victoriosos de su infancia y apacigua su narcisismo herido.

¿Por qué la búsqueda de «reencontrar» el objeto perdido toma la forma de un deseo apasionado? Uno solo puede anhelar algo que ya ha notado, aunque sea sutilmente. Theodor Reik nos ofrece una importante pista de la fuerza motivadora del amor cuando nos recuerda que *anhelar* no puede depender únicamente de la memoria del amor, sino de los sentimientos de pérdida acumulados en esa memoria: nos sentimos alguna vez objetos de un amor incondicional, pero ya no. «El entusiasmo por recuperar el paraíso perdido proviene del recuerdo de lo que el hombre alguna vez poseyó y perdió».<sup>4</sup>

El anhelo en el amor es el anhelo por la culminación de un deseo insatisfecho, pero es también anhelar la confirmación de que, debido al infinito valor de uno, uno no volverá a ser abandonado y considerado alguien de quien se puede prescindir. Uno anhela un amor incondicional y, paradójicamente, también ser amado por su peculiaridad. La única respuesta satisfactoria a la pregunta: «¿Me amarías si no fuera bonita?» es sí y no. Cada uno de nuestros sucesivos diálogos de amor nos da una nueva oportunidad para reparar las frustraciones previas y para encontrar satisfacción y autovalidación. En el amor vuelve a nacer el sueño por satisfacer los deseos medio olvidados, los deseos inevitablemente frustrados de una armonía perfecta y mutualidad completa, deseos que son reediciones de fantasías enterradas de obtener a la madre perfecta, quien nos amaría sin errores y sin cesar.

<sup>3</sup> Freud, «Creative Writers and Day-Dreaming» [1908 (1907)], en *S.E.*, Vol. 9, 146.

<sup>4</sup> Theodor Reik, *Of Love and Lust* (Nueva York: Jason Aronson, 1984), 111.



No obstante, no es solo la materia de fantasías antiguas la que se vuelve a invocar en el amor romántico: la persona amada —«objeto», en el discurso psicoanalítico— es escogida siguiendo el modelo de los objetos de amor originales. En el amor, reencarnamos a todos los objetos perdidos de nuestra vida en ella. Los objetos nuevos «atraen hacia ellos mismos el afecto que se encontraba ligado a los anteriores»,<sup>5</sup> a los padres. Y aquí llegamos a la fuente de un conflicto interno potencial, el primero de muchos aquellos que sirven para confundir al amor. «En cualquier relación amorosa, el nuevo objeto amado debe recordar al antiguo, pero para que este recuerdo resulte un amor dichoso, no debe despertar la culpa incestuosa». <sup>6</sup> En otras palabras, la excitación del amor generalmente depende de la evocación de algunas resonancias edípicas, pero si estas son medianamente concientes, pueden ocasionar inhibiciones paralizantes. El amor exitoso invoca al pasado, así como nos hace salir de él, evita que olamos demasiado la leche materna. Claro, reencontrar objetos perdidos no es el único factor al «seleccionar» a la persona amada. Ya he señalado que el objeto amado debe también abarcar aspiraciones enterradas del *self*.

¿Cómo estamos seguros de que al mirar hacia el futuro amor el amante no está también mirando hacia el pasado? Buscar y reencontrar un «objeto» perdido es un proceso que a menudo deja residuos visibles en las series de diálogos amorosos adultos. La experiencia subjetiva del reencuentro es parte del amor dichoso, se revela en las palabras del amante: «Siento como si siempre te hubiese conocido». El sentido del reencuentro es probablemente la fuente inconsciente de la creencia del amante en afinidades electivas, matrimonios predestinados por el cielo y destinos cumplidos. «Estamos hechos el uno para el otro» es como suele expresarse.

El elemento de reencuentro surge con frecuencia de modos extraños. Una amiga casada había mantenido un tórrido romance con un hombre casado, el cual había declarado no sentir más que sentimientos negativos por su emocionalmente aislada y excéntrica esposa. Pero no podía ni dejaría a sus hijos, todavía muy jóvenes, y ella, que había abandonado a su esposo, finalmente lo despreció furiosamente. Rompieron en el peor de los términos. Sin embargo, ambos tenían la misma profesión y, por eso, podían esperar encontrarse de cuando en cuando por casualidad. De cualquier modo, él evitó asistir a reuniones en las cuales ella podía estar presente y se hubieran cruzado.

---

<sup>5</sup> Freud, «On the Universal Tendency to Debasement in the Sphere of Love (Contributions to the Psychology of Love II)» [1912], en *S.E.*, Vol. 11, 181.

<sup>6</sup> Martin Bergmann, «On the Intrapsychic Function of Falling in Love», *Psychoanalytic Quarterly*, 1980, 60.

Con los años, sin embargo, él llegó a establecer un patrón interesante con ella, por lo menos, de acuerdo a la interpretación que ella le daba. Al haber permanecido en su matrimonio «miserable», consolándose con una serie de romances, siempre se las ingenió para encontrarse «accidentalmente» con mi amiga cada vez que él «se enamoraba» nuevamente, y siempre se aseguraba de contarle acerca de su nuevo interés pasional. Al comienzo, ella pensó que él estaba haciendo alarde; a medida que el tiempo pasó, ella formuló la hipótesis de que él había llegado a decirle que él también estaba bien —ella se había vuelto a casar exitosamente—, y que ella no debía sentir lástima por él o menospreciarlo. Pero, finalmente, ocurrió un evento que arrojó luz sobre este curioso patrón. Una vez más, él la había buscado en una reunión pública, esta vez para decirle que se había enamorado de verdad por primera vez en su vida. La hostilidad de su comentario no pasó desapercibida para ella. Después de la reunión y la recepción, donde ellos habían pasado mucho tiempo conversando, él la acompañó a tomar un taxi y la estaba ayudando con su abrigo. Mirando su abrigo, él dejó escapar un espontáneo suspiro de satisfacción: su nueva amada tenía un abrigo exactamente igual al suyo. Siendo testigo del extraordinario placer ante esta coincidencia, ella creyó finalmente entender por qué él siempre la había buscado cada vez que se enamoraba: él quería comparar su nuevo amor con el antiguo, con ella, no de manera competitiva, sino como una piedra de toque, para reafirmar alguna correspondencia emocional o continuidad entre el antiguo y el nuevo amor. Él parecía realmente conmovido de que su nuevo amor hubiera escogido el mismo abrigo que ella.

Ella recordó, entonces, cuánto él había valorado su ropa como reflejo de su verdadera esencia; anteriormente, durante su romance, él había fantaseado con que llevaría a su esposa de compras, la vestiría y moldearía a su imagen. Él aparentemente quería que su esposa *sea* ella, de tal modo que él no tendría que enfrentar el dilema de desearla y rechazar el prospecto de divorcio. Sin embargo, ni siquiera la coincidencia del abrigo era suficiente para convencerlo de lo acertado de su nueva elección. Para entonces, sus hijos habían crecido, pero él seguía viviendo con la misma esposa.

El reencuentro del mismo objeto es con frecuencia notado por los observadores del amor: «Es exacta a su primera esposa. Me pregunto si él lo nota», «Ella sigue cometiendo el mismo error. Uno pensaría que escogería a alguien completamente diferente». Y, por supuesto, algunas personas se aferran a lo que parecen —incluso para ellas— ser decisiones inapropiadas, limitantes o autodestructivas, porque piensan que tan solo volverán a cometer el mismo error. Algunas veces, esto puede ser un miedo válido, el cual se basa en la intuición de que sus necesidades neuróticas continuarán prevaleciendo; algunas veces, no es más que una racionalización que cubre el temor de la separación. El tema de reencontrar y sus peligros son, por supuesto,

poderosos en el mito, siendo la historia paradigmática aquella de Edipo, literalmente destinado a «reencontrar» a su madre Yocasta con trágicos resultados.

Sin embargo, la tragedia no es la norma, lo que es afortunado debido a que en la medida en que el amor es profundo, la persona amada siempre —aunque algunas veces de manera indirecta— evoca resonancias del pasado. El amor sirve para mitigar las penas y heridas de algunas viejas interrogantes del desarrollo al vincular el presente con el pasado, repara las prolongadas humillaciones de la etapa temprana de la vida, fusiona la sensualidad con la ternura, el cuerpo con el alma y proporciona continuidad al mismo tiempo que separa al amante del pasado.

### **LAS IDENTIFICACIONES MUTUAS ENTRE LOS AMANTES**

No obstante, los objetivos del amor son más complejos que la simple satisfacción de deseos semienterrados o el reencuentro de un objeto perdido. Los amantes, por definición, participan en una doble identidad; eso es parte del poder de su experiencia. Por eso, el amante quiere satisfacer a la persona amada tanto como quiere ser satisfecho por ella. Esto es fácilmente identificable en el vehemente deseo del amante por mantener a la persona amada; él quiere complacerla, cuidarla y darle placer a su cuerpo y su alma. En *Amor sin fin*, David, al hablar de su amor por Jade, señala:

Por supuesto que cuando amas a una persona es una pasión inagotable experimentar su placer, especialmente sexual. De todas las perversiones, a la cual me descubrí más capaz de sucumbir fue al voyeurismo, siempre y cuando Jade fuera el objeto de mi voyeurismo. Nunca dejé de conmovirme por sus expresiones de placer sexual.<sup>7</sup>

La reciprocidad, sobre todo, es lo que distingue al amor adulto de los diálogos de amor de la infancia. En el amor realizado a través de la unión con el *otro*, los amantes activan, de hecho crean, un nuevo grupo complejo de identificaciones nuevas, aunque hacen eco al pasado. Los amantes se identifican imaginativamente el uno con el otro, cada uno de acuerdo a la subjetividad del *otro* con un peso equivalente a la propia.

Los amantes en la historia de O. Henry, *Regalo de Reyes*, una pareja en circunstancias económicas difíciles resulta conmovedora cuando cada uno vende su posesión más preciada para comprar un regalo de Navidad para el otro, un regalo íntimamente ligado a la posesión más preciada del otro. Della se corta su hermoso y largo cabello —cabello que lograría avergonzar a una reina— y lo vende para comprar una cadena de platino para el reloj de oro de Jim. Mientras tanto, Jim ha vendido el precioso reloj

<sup>7</sup> Spencer, *Endless Love* [*Amor sin fin*], 313.

que había sido de su padre y de su abuelo antes que él, para comprarle a Della las peinetas de carey con las cuales anhelaba adornar su precioso cabello. Sin embargo, O. Henry no se refiere a ellos como dos niños tontos, sino como los Reyes Magos, los más sabios de los hombres, ya que sus regalos eran de corazón.

La importancia para el amante de satisfacer a la persona amada puede verse en su forma más pura en aquellas historias amorosas que celebran el poder del amor al retratar a los amantes que renuncian a las retribuciones de este. En estos cuentos, el amante sacrifica su satisfacción personal para conservar el bienestar de la persona amada y, a veces, el bienestar social también. Puede ir tan lejos como para renunciar a su propio derecho de poseer a la persona amada, de estar con ella. Al hacerlo, declara su altruismo, su bondad y su capacidad de sacrificarse en nombre de ella. Él alcanza una especie de superioridad moral y una de las formas más «puras» de amor: la capacidad de poner a la persona amada antes que él.

Rick (Humphrey Bogart) en la película *Casablanca*, reunido con su amor perdido, Ilsa Laszlo (Ingrid Bergman), renuncia a ella debido a su sentido del honor, devolviéndola a su esposo, uno de los líderes de la resistencia. Ennoblecido por su amor, Rick abandona el glamoroso papel de propietario de un café sofisticado y se marcha para luchar con las fuerzas Francia Libre. No es del todo sorprendente que este papel haya establecido a Bogart como uno de los grandes protagonistas románticos de Hollywood.

En *Historia de dos ciudades*, Charles Darnay y Sydney Carton son personajes de un parecido que los hace prácticamente indistinguibles y ambos están enamorados de Lucie Manette. Lucie ama a Darnay. Sydney Carton, un hombre no realizado en muchos aspectos, nunca declara su amor por Lucie, pero se somete a la guillotina en lugar de Darnay, por amor a ella. Cualquiera que haya ido a la escuela puede reconocer las palabras de Carton<sup>8</sup>: «Es de lejos la mejor cosa que puedo hacer, mejor que cualquier cosa que haya hecho; el descanso que tomo es por mucho mejor que todo lo que he conocido».<sup>9</sup>

Para mí, la más conmovedora de estas historias de renuncia es la retratada en *Luces de la ciudad* de Chaplin. El vagabundo —Chaplin— reúne el dinero para la operación que le devuelva la vista a la pobre muchachita ciega. Una vez recuperada la vista, ella nunca sabe quién fue su salvador, pero es liberada para empezar una vida

<sup>8</sup> Nota del editor: la autora hace referencia a una de las más populares citas de Dickens, generalmente aprendida en la escuela: «It is far, far better thing that I do, than I have ever done; it is a far, far better rest that I go to than I have ever known».

<sup>9</sup> Charles Dickens, *A Tale of Two Cities* [*Historia de dos ciudades*] [c. 1859] (Nueva York: New American Library, Signet Classics, 1980), 367.

normal y encontrar el amor. Esta película siempre lleva hasta las lágrimas a por lo menos una parte de su audiencia, sin duda debido a que esta participa de una doble identificación: con el pequeño vagabundo que se sacrifica y cuida de la niña, así como con la pequeña niña amada, a quien él salva.

Los ejemplos de ficción de noble renuncia que se vienen a la mente con mayor facilidad son de hombres. Sin embargo, existen historias de mujeres, también, entre las cuales el ejemplo prototípico es Camille. La dama de las camelias, la heroína trágica de Dumas, era una hermosa cortesana que renunció a su verdadero amor para no destruir su vida y se reunió con él cuando ella se encontraba en su lecho de muerte.

El sacrificio, claro, puede tomar una de dos formas: el amante puede renunciar a su persona amada por el bien de ella, o por alguna causa noble; o él puede permanecer en la relación, sacrificando su propia realización a favor de la persona amada. En la medida en que existe una diferencia de sexos, los hombres son más propensos a renunciar a la relación; las mujeres, a sacrificarse dentro de ella.

La magnitud de la capacidad para sacrificarse a sí mismos demuestra que el amante ha ido más allá de cualquier deseo de un placer puramente personal. En el amor realizado, la preocupación mutua de los amantes, su compromiso, intimidad y capacidad por sacrificarse a ellos mismos apuntan hacia un fuerte proceso de dos vías de identificación entre ellos. La reciprocidad y la intimidad profunda dependen al final de la identificación mutua entre los amantes. Cada uno tiene un sentido auténtico de la subjetividad del *otro*, un conocimiento del punto de vista del *otro*, el cual adquiere tanta importancia como el propio.

Mientras que Freud situaba los orígenes de la necesidad de ser amado en la dependencia del niño de sus padres, él fue menos explícito en determinar la historia del desarrollo de la necesidad de amar, de ser activo al amar. ¿De dónde proviene la necesidad de atender a la persona amada? Uno puede, por supuesto, intentar entender la reciprocidad como un acuerdo meramente funcional entre dos partes. Pero la voluntad de sacrificarse unilateralmente de parte del amante atestigua alguna causa más profunda. Y por eso debemos volver a mirar los vínculos afectivos más antiguos del niño y las identificaciones engendradas por ellos.

Diferentes comentaristas del amor han notado la exagerada idealización de la persona amada, la cual es un requisito invariable para el amor apasionado. Pero no es solo la persona física o espiritual *per se* la cual es idealizada; es la habilidad potencial de la persona amada, como imaginada por el amante, para satisfacerlo. Después de todo, el modelo original de la visión que él tiene de la persona amada es, en parte, aquel de una madre ya sea real o imaginaria, la persona generosa y pródiga de nuestros sueños. Esta imagen está finalmente basada en la atención real —o esperada— que

ella pueda brindar a las necesidades del niño, y no en alguna de sus otras virtudes. Muy temprano en la vida, el niño interioriza la imagen de la persona buena y amorosa y empieza a identificarse con ella. La niña juega con muñecas, cuida a mascotas, aprende a abrazar a otros mientras que desea ser abrazada. Esta identificación con la imagen interiorizada de una persona pródiga asegura que el amante tendrá la capacidad, y el deseo, de asumir un rol activo, y no solo uno pasivo, en el amor. De la misma manera en que el niño se encuentra imaginativamente involucrado en la identificación con su madre, o con el anhelado «la persona que cría», el amante se identifica con la persona amada.

A duras penas puedo enfatizar que esta identificación con una figura generosa y protectora no está necesariamente basada en haber tenido un padre —o alguna persona— así en la vida real. De hecho, algunos de los amantes más cuidadosos están compensando lo que ellos *no* tuvieron. Uno puede decir que la fantasía de una figura amorosa puede ser más fuerte por haber sido imaginada. Y, en efecto, puede ser precisamente porque cada uno de nosotros, nos hemos visto frustrados con la realidad, que imaginamos fantasías de la madre abnegada, fantasías que posteriormente se incorporan en nuestras concepciones de lo que aspiramos ser, y que a veces llegamos a ser.

Es así que una mujer (Bette Davis) en *La extraña pasajera* puede hacer por la hija de su amante lo que su propia madre nunca hizo por ella. *La extraña pasajera* es una extraordinaria historia de transformación de uno mismo, en primer lugar, a través de la psicoterapia y luego a través del amor; es finalmente una historia de renuncia noble. A pesar de sus aspectos cursis, la película conserva cierta fuerza y se ha convertido en una película de culto, quizá porque resume muchos de los temas centrales del amor. El personaje de Bette Davis es presentado primero como una mujer poco atractiva, no tan joven, dominada por una madre muy social, rica, poco cariñosa y egoísta. En una escena retrospectiva, se nos permite entender que la madre había destruido la primera experiencia de su hija con el amor y sistemáticamente había menospreciado todos sus intentos por ser atractiva. A punto de sufrir una crisis mental, la hija es enviada a Cascades, un sanatorio donde un psiquiatra (Claude Rains) la ayuda a liberarse de las exigencias dictatoriales y destructivas de su madre, y a perseguir sus propias metas. Su esfuerzo terapéutico da lugar a un cambio milagroso en la apariencia de la mujer. Dada de alta, va a un crucero por América del Sur. Allí, ella tiene un romance trascendental con un hombre atractivo (Paul Henreid), quien por desgracia estaba casado. Ninguno puede aprobar que él abandone a su esposa y por eso se separan. Sin embargo, existe una solución ingeniosa para este drama: la hija del hombre amado, al igual que el personaje de Bette Davis, es una niña no querida y enfrenta muchos de los mismos problemas que ella. Finalmente, ella también es enviada a Cascades como

una paciente. El personaje de Bette Davis, quien ha regresado por un tiempo breve, conoce a la niña y se dedica a cuidar de ella y a rescatar a la hija de su amado. Por medio de su acción, ella y su amado son capaces de conservar su trascendente conexión, a pesar de que están destinados a no volver a estar juntos.

Al convertirse en el guardián, en el protector, el amante es capaz de trascender la necesidad infantil pura; se convierte en el rico pródigo *y* —a través de su identificación con la persona amada— comparte a través de ella el placer de ser atendido también. En última instancia, no es solo la persona amada la que es idealizada, sino la relación amorosa en sí misma y la reciprocidad que le es inherente. El amante combina dos profundos placeres: su propia satisfacción —suplida por la mágica persona del ser amado— y la seguridad de que él es una persona mágica también debido a su capacidad de satisfacer.

Satisfacer y ser satisfecho simultáneamente es una combinación embriagadora. El amante puede ser cuidado sin sentirse infantil porque él también lo hace. Sus impulsos protectores son intensificados por la intuición de que su propia satisfacción se encuentra garantizada por su habilidad por continuar satisfaciendo a la persona amada. El resultado es una especie de dinámica perpetua. Una vez puesta en movimiento, esta dinámica genera recompensas abundantes para mantenerse en movimiento, aunque el sistema colapsa con bastante frecuencia.

En tanto el amor lleva al individuo a actuar por otro en lugar de directamente por él mismo, sirve como un agente para el cambio individual. El amante se vuelve capaz de salir del solipsismo de su propia conciencia y adoptar otra conciencia como un centro separado e equivalente del universo. Un amante confiere al otro una importancia proporcional a la suya. De ese modo, alcanza una especie de cambio en el centro de su importancia personal. Muchas personas pueden hacer por otros lo que no pueden hacer por ellos mismos y, de esta manera, lo que pueden hacer representa con frecuencia un valor moral «más alto», como en el sacrificio de uno mismo, la generosidad de varios tipos y la consideración, entre otros. El amor dirigido hacia el exterior, hacia un *otro*, le otorga a uno, de manera bastante literal, un sentido de dirección; por lo tanto, un propósito y un valor que están ausentes en una individualidad aislada. Este sentido de dirección y significado, más adelante, altera el sentido del *self*, haciendo que uno se sienta capaz de convertirse en algo más.

Habiendo trascendido los límites del *self* al identificarse con el *otro*, el amante se fortalece más allá de lo usual y no se encuentra ya vinculado a los antiguos patrones, costumbres y otras inflexibilidades del carácter. Se debe a esto que enamorarse y alcanzar el amor mutuo estén acompañados con frecuencia por rachas de energía, crecimiento y cambio, así como por una sensación de riqueza y abundancia.

\*\*\*\*\*

En el amor mutuo, el amante se encuentra impulsado por motivos opuestos, pero no necesariamente conflictivos o excluyentes: amar y ser amado. No obstante, uno u otro impulso puede predominar, en cuyo caso uno ve, en un extremo, historias de renuncias nobles como aquellas recién contadas o, en el otro extremo, historias escalofriantes de una insistencia vacía de satisfacción personal a cualquier costo, por ejemplo, cuando un esposo insiste en tener un hijo incluso cuando gestarlo pueda matar a su esposa. En el amor idílico, los amantes alcanzan un balance oscilante entre dar y recibir, roles pasivos y activos, complacer y ser complacidos, representando el papel del hijo o del padre. Al ir y venir de estos roles, el amante experimenta los intereses vitales de la persona amada como propios y valora su placer y felicidad en la misma medida que los suyos. Su identificación con ella es tan completa que ella asume una importancia equivalente a la de él mismo.

#### EL «NOSOTROS» Y LA PAREJA PATERNA

En adición a sus identificaciones recíprocas, los amantes crean otra nueva identificación como parte de una pareja. Ellos renuncian a la usual insistencia de los límites del *self* y llegan a creer en la vida autónoma de una nueva entidad: el «nosotros» creado por el amor. Su nueva identidad como parte de una pareja repercute con todos sus recuerdos de las parejas importantes de su desarrollo, particularmente la de sus padres.

El amante no solo se ha identificado con el mágico y fantaseado proveedor, ni solo con la persona amada. La pareja que forman los amantes se vuelve parte de su identidad; el «nosotros» adquiere un significado en sí mismo. Pero esta es la paradoja que necesita ser explicada: en la identificación mutua, el *self* no es eliminado, sino, extrañamente, engrandecido. Lewis Hyde en su libro *The Gift* captura el truco psicoanalítico que tenemos de incorporar la identidad de otros, expandiendo, y aun así conservando nuestras identidades separadas:

Encuentro útil pensar en el complejo del ego como algo que continúa expandiéndose, no como algo para ser agotado o suprimido. Un ego se forma y consolida en el momento en que la mayoría de nosotros llega a la adolescencia; pero es pequeño, un ego de a uno. Luego, cuando nos enamoramos, por ejemplo, la constelación de la identidad se expande y el ego de uno se vuelve un ego de dos. El joven amante, con frecuencia para su propio asombro, se descubre diciendo “nosotros” en lugar de “yo”.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Hyde, *The Gift: Imagination in the Erotic Life of Property* (Nueva York: Vintage Books, 1983), 16.



Aquí Hyde captura el sentido en el cual una identificación conjunta con el *otro* se convierte, por necesidad, en parte integral de la identidad propia.

El amante identifica a la nueva pareja que él conforma con la poderosa pareja paterna de su infancia y por eso tiene resonancia y significado, lo que, al igual que otros aspectos de la experiencia del amor, se relaciona a sus experiencias más tempranas. Mientras que sabemos que el niño edípico anhela ingresar al drama paternal sexual y romántico en lugar de uno de sus padres, el reemplazo de aquellos padres no es todo lo que busca. Con igual importancia, él busca recrear la pareja envidiada. El amante forma una nueva identificación como parte de una pareja, y a través de esta nueva identificación, formada en la unión con su persona amada, se identifica con sus padres —como pareja—.

Formar parte de una pareja es un paso en el camino para tomar un lugar en la marcha de las generaciones. Enamorarse, así como formar parte de una pareja, si bien nos separa de nuestros padres, es también una manera de validarlos, y de validar su paternidad. Significa que nosotros hemos recibido suficiente amor de ellos para hacernos capaces de superar el dolor y el rechazo que sufrimos como parte de la necesaria separación entre el niño y sus padres. Que podamos volver a exponernos al amor y a los riesgos de ser rechazados que corremos en él, es un signo de confianza en la bondad básica de la vida, de nosotros mismos, de otra persona. Hacemos válida la elección de nuestros padres —el unirse en una pareja— al imitarlos. Y debido a eso, en el acto de separarnos de ellos a través del amor romántico, indicamos nuestra identificación y unión no solo con la persona amada, sino con ellos también. Nosotros, también, estamos uniéndonos a la danza de la vida al haber escogido a nuestras propias parejas.

El amor es un instrumento para sanar y reparar no solo la relación con la persona amada, sino indirectamente —como fue descrito— con nuestros propios padres también. Claro que quizá ellos no lo vean de esa forma, y tampoco nosotros. Es solo cuando somos «adultos» que llegamos a entender mejor a nuestros padres—en parte al recrear su experiencia— y a perdonarles lo que percibimos como sus trasgresiones contra nosotros. En este sentido, la integración de lo negativo en nuestra fantasía del padre perfecto en un proceso largo —para algunos, la verdad es que es un proceso que nunca es completado— y el amor romántico, en sí mismo un proceso de desarrollo, es una parte de los incluso más básicos procesos de separación e individualización, a la vez que sirve como una compensación de nuestras pérdidas anteriores. Cabe resaltar que tanto la separación como la reparación son simbolizadas en las ceremonias matrimoniales, por ejemplo, cuando el padre de la novia la entrega al novio. La madre de la novia llora y ofrece la explicación cliché: «Estoy tan feliz».

En efecto, ella llora porque intuye su pérdida. Si llora de felicidad, es de un tipo muy complejo. Ella puede estar llorando porque presiente que su hija experimentará lo que ella misma ha experimentado, tanto sus penas como sus alegrías y será, por lo tanto, capaz de identificarse con ella. Ella además intuye que para que ella y su hija lleguen a entenderse por completo, para ser más unidas, deben someterse a esta separación. Sin embargo, este conocimiento es agrídulce.

La ambición por duplicar la poderosa pareja paterna es una de sucesión, de fuerza. La habilidad para formar esta nueva identificación es en parte regresiva, pero al final sirve para objetivos progresivos. Es una fuente de fuerza adulta —la fuerza de la pareja—, y el anhelo por ella se fusiona con la creencia de la infancia de que la fuerza radica en la simbiosis con la madre. De este modo, la mutualidad es integrada en un nuevo nivel en el amor romántico.

Existe una buena razón para que el amante experimente el amor como progresivo en lugar de regresivo. En el amor, el amante creativamente sintetiza objetivos y satisfacciones que de hecho se generaron en diferentes periodos de desarrollo en su vida; pero no lo hace de manera tan indirecta, alusiva y compleja como para que los objetivos originales sean transformados en su realización. El amante asume tanto el rol pasivo como el rol activo. Psicológicamente, él es capaz de condensarse e identificarse con dos imágenes poderosas: aquella de la madre y el hijo —el amante ahora cumple ambos roles— y, más adelante, con la imagen de la pareja edípica. Él simultáneamente participa en todas estas identificaciones individuales y duales y, al hacerlo, integra muchas identificaciones parciales y contradictorias. El logro del amor es incorporar muchos objetivos diversos, entre los cuales están la restauración del sentimiento oceánico de la pareja madre-hijo, la satisfacción de los deseos transgresivos del niño edípico y la duplicación del poder de la pareja paterna. El amante ha creado una grandiosa síntesis y ha superado los traumas e insuficiencias de su infancia.

## LA FUSIÓN

El amor no solo satisface para necesidades psicológicas, sino también trascendentales. El amor apasionado intenta superar el dolor de la separación, el distanciamiento y la sensación de inadecuación del *self* solitario a través de la fusión con el *otro*. Si es suficientemente extenso, la identificación mutua entre los amantes puede ser entendida como la contraparte psicológica del concepto filosófico de fusionarse.

El anhelo en el centro del amor es casi literalmente el anhelo por la fusión, como fue caracterizado en el mito de Aristófanes. Pero, ¿qué es la fusión? Irving Singer,

al contrastar las nociones idealistas y realistas del amor, nos ayuda a comprender la distinción entre la fusión y la simple vinculación afectiva:

De acuerdo a los realistas, las personas pueden juntarse en favor del beneficio individual: hombres y mujeres viven con otros como una manera conveniente de satisfacer sus necesidades. Esta clase de comunidad, ya sea en la sociedad o en el amor de un hombre y una mujer, es interpretada por el realista como una superposición o matrimonio de intereses en lugar de como una fusión de personalidades. Aun así, es la fusión a través del amor lo que la tradición idealista busca glorificar con frecuencia. Ya que solo las cosas conjuntas pueden ser fácilmente separadas; ellas pueden encajar bien juntas, pero no pueden convertirse en parte esencial de la otra, a tal punto que la superación de la separación permanece incompleta. Lo que se fusiona, por otro lado, contiene un elemento común, una identidad que define la naturaleza de los dos participantes de igual manera. Al encontrar al ser amado, cada amante descubre la realidad escondida que es él mismo.<sup>11</sup>

El amor, como lo dice Singer, es más que una relación simplemente funcional o conveniente que los realistas proponen. Los beneficios que los realistas ven en la unión son de hecho parte del amor, pero son la mayoría de veces incidentales al verdadero centro del amor, el cual los amantes sienten como más *real* que cualquier otra forma de realidad, «más real que cualquier otro mundo, más real que el tiempo, más real que la muerte, más real, incluso, que ella y yo».<sup>12</sup>

Esta realidad, más grande que la vida que los amantes descubren, es la experiencia de fusión. Si la unión es el compromiso que hacen los amantes de permanecer juntos, de estar acompañados, entonces, la fusión va mucho más allá; connota una interpretación de sí mismos. Estas no son identificaciones fáciles de entender. Existe una cualidad simultánea, tanto de mezclarse con la persona amada *como* de expandir al *self*.

El testimonio de la experiencia de fusión en el amor es sobrecogedor, no para ser tomado como meramente retórico, viniendo de fuentes tan diversas —tanto de los amantes como de los observadores del amor— y describiendo el mismo fenómeno subjetivo. En el *Epipsychidion* de Shelley:

No soy tuyo: soy parte de ti.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Singer, *The Nature of Love*, Vol. 2, 5-6.

<sup>12</sup> Spencer, *Endless Love [Amor sin fin]*, 27.

<sup>13</sup> Percy Bysshe Shelley, «Epipsychidion», en *The Complete Poems of Kyats and Shelley* (Nueva York: Modern Library, ND), 465.

En *Cumbres borrascosas*, Catherine dice de su amor por Heathcliff:

[...] porque él es yo más de lo que yo lo soy. Sin importar de lo que nuestras almas estén hechas, la suya y la mía son iguales [...]

No puedo expresarlo; pero seguramente tú y todo el mundo tiene una noción de que hay o debería haber una existencia tuya más allá de ti. ¿Cuál sería la utilidad de mi creación si yo estuviera enteramente contenida en mí? Mis grandes miserias en este mundo han sido las de Heathcliff, y yo observé y sentí cada una de ellas desde el comienzo: mi gran consideración en la vida es él. Si todo lo demás desapareciera y él subsistiera, yo debería continuar existiendo y si todo lo demás permaneciera, y él fuera aniquilado, el universo se convertiría en un absoluto desconocido: yo no parecería parte de él... Nelly, yo *soy* Heathcliff. Él siempre, siempre está en mi mente —no como un placer, no más de lo que yo soy siempre un placer para mí misma— sino como mi propio ser.<sup>14</sup>

Los amantes en *Por quién doblan las campanas* de Ernest Hemingway:

Más adelante, nosotros seremos como un animal del bosque, tan cercanos que ninguno podrá decir que uno de nosotros es uno y no el otro. ¿No puedes sentir mi corazón siendo el tuyo?  
Sí. No hay diferencia.<sup>15</sup>

Los comportamientos que se correlacionan a la fusión se revelan en la voluntad del amante de actuar por la persona amada como lo haría por él mismo, y de hacerlo automática y naturalmente, y en ningún sentido por deber o sacrificio. La descripción de Montaigne de su amor en la amistad por Étienne de la Boétie se acerca a la descripción de la fusión, incluso más allá del ejercicio de la reciprocidad, que uno observa en el amor romántico —y sugiere el parentesco entre una amistad apasionada y un amor apasionado—:

Nuestras almas viajaron tan unidas que sintieron un afecto tan fuerte el uno por el otro, y con este mismo afecto uno vio en lo profundo del corazón del otro, que conocí su alma no solo como si fuera la mía, sino que ciertamente he confiado en él con mayor libertad que en mí mismo.  
Que nadie ponga otra amistad cotidiana en el mismo nivel que esta.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Emily Brontë, *Wuthering Heights* [*Cumbres borrascosas*], 121-122.

<sup>15</sup> Ernest Hemingway, *For whom the Bells Toll* [*Por quién doblan las campanas*] (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1983), 262-263. Los amantes saben que existe una diferencia, pero no la sienten. «[...] Ya que somos diferentes, agradezco que usted sea Roberto y yo María. Pero en caso de que alguna vez desee cambiar, estaré encantada de hacerlo. Yo sería usted porque así lo amo». «No deseo cambiar. Es mejor ser uno y que cada quien sea quien es». «Pero ahora seremos uno y no existirá uno separado». Entonces ella dijo, «Seré usted cuando usted no se encuentre aquí. Oh, lo amo tanto y debo cuidar bien de usted».

<sup>16</sup> Montaigne, *Seáis*, 99.

No existe una distinción entre los intereses de un amigo y los del otro. Son uno.

Los amantes exitosos establecen una unión, caracterizada por calidez constante, compromiso, intimidad, reciprocidad y cierto grado de identificación mutua. Pero a pesar de que los amantes puedan esforzarse por una fusión completa —lo que entonces describiremos como cohesión—, no pueden mantenerla. En su lugar, si son lo suficientemente afortunados como para gozar del amor *apasionado*, sus sentimientos de unión serán intercalados con momentos extáticos de fusión. Estos mágicos momentos son experimentados como epifanías. En esos momentos se produce, si no una pérdida de los límites del ego, por lo menos su permeabilidad. Durante estos momentos, los amantes experimentan una sensación de infinitud, felicidad y trascendencia. Su experiencia intermitente de fusión es completamente diferente a la eliminación del sentido del *self* que uno observa en estados sicóticos, los cuales llevan al terror. En su lugar, el *self* es conservado y el espíritu, exaltado.

El amor *apasionado* no puede mantenerse sin aquellos momentos en los cuales los amantes sienten que han conseguido fusionarse, ser uno. Parte de la intensidad constante en el amor es el ansia insistente por volver a experimentar estas epifanías. Para muchos, el sexo es el canal principal para la necesidad mística por trascender a través de la fusión, pero no es de ninguna manera la única ruta. Las epifanías pueden ocurrir en momentos de intimidad extrema, en los cuales el sentido de fusión está marcado por un intercambio físico no mayor que una mirada, el tacto de las yemas de los dedos, el brazo de un amante en los hombros del otro. Quizá estos momentos evoquen algo de aquel sentimiento oceánico de unidad que abarca a la madre y al hijo en sus primeros días juntos. Roland Barthes da una hermosa descripción de la contraparte de tal estado en el amor romántico:

Además del coito [...] existe ese otro abrazo, el cual es un arrullo sin movimiento: estamos encantados, embrujados; estamos en el campo de los sueños sin dormir; nos encontramos dentro del infantilismo de la *somnolencia*; este es el momento para contar historias, el momento de la voz que me toma, [...] este es el retorno de la madre. [...] En este incesto afable, todo se suspende: el tiempo, las leyes, las prohibiciones; nada es agotado, nada es requerido: todos los deseos son abolidos, ya que se ven definitivamente satisfechos.<sup>17</sup>

Aun así, este estado no puede mantenerse indefinidamente. Sin embargo, al menos que estos momentos sean muy amenazadores, pueden ser invocados una y otra vez.

---

<sup>17</sup> Barthes, *A Lover's Discourse*, 104.

La fusión puede con mayor facilidad ser expresada a través de medios físicos, pero su verdadero lugar se encuentra dentro de la psique. Es ahí en donde la fluidez del ego hace posible la clase de interpretación del *self* que constituye la fusión. El depósito del significado se encuentra en la fusión en sí misma, en el proceso psíquico interno del amante. La fusión es, en parte, entregarse ante otra persona, pero principalmente entregarse a los poderes del amor. La fusión hace posible que el amante no solo cruce el límite personal que separa al *self* de la persona amada, sino también que en el acto de abandonar al *self* limitado y banal, reencuentre un *self* anterior. El *self* anterior, perdido como consecuencia de la edad y la experiencia —y de la diferenciación de la personalidad— es la criatura que Wordsworth describe como llegada a la tierra, a través del nacimiento, «arrastrando nubes de gloria». Wordsworth evoca tanto la frescura con la que este *self* experimenta al mundo, como la pérdida inevitable del «destello visionario».

Hubo un tiempo en que prado, arroyo y arboleda,  
 La tierra, y toda visión común  
 Me parecían envueltos en luz celestial,  
 La gloria y la frescura de un sueño.  
 Ahora no es, como los días de antaño...  
 Vaya a donde vaya,  
 Sea día o noche,  
 Las cosas que he visto se han perdido para siempre.<sup>18</sup>

En la fusión, el amante recupera momentáneamente un estado de personalidad no diferenciada. Es como si en el ego y superego se disolvieran o suspendieran y él tuviera mayor acceso al inconsciente y a emociones enterradas. Esto es similar a lo que Otto Kernberg ha descrito como sobrepasar los límites del *self*; y me parece que es la «unidad»<sup>19</sup> que los amantes del mito de Aristófanes buscaban. El amante transportado recupera un estado primordial de conciencia carente de tensión. Es el sentimiento oceánico que algunas veces se recupera en la meditación o éxtasis religioso. Wordsworth lo encontró al contemplar la naturaleza, pero la mayoría de nosotros lo encontramos, si es que alguna vez lo hacemos, en el amor apasionado.

Paradójicamente, la autorrealización posible en el amor adulto requiere que el amante tenga la habilidad y la fuerza, la seguridad de su propia autonomía para dejarse ir lo suficiente como para alcanzar la sensación de fusión. Uno se encuentra a sí mismo solo habiéndose perdido. Cuando el amante trasciende los límites del *self*,

<sup>18</sup> William Wordsworth «Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood», en *The Norton Anthology of English Literature*, 5ta ed., Vol. 2, 209

<sup>19</sup> Ver nota 22 de la introducción.

su sentido del *self* se expande, su espíritu se eleva y el resultado es un sentimiento de exaltación.

El profundo placer embriagador del amor solo puede ser descrito como una exaltación. Se trata de un sentimiento tan intenso como para ser considerarlo un estado modificado del ego, una sensación de ser tan extraordinario que siempre ha servido como una de las mayores inspiraciones de la poesía. La ilusión de alcanzar la fusión se vuelve real y se refuerza por el sentimiento de exaltación. Lo que es aparentemente una ilusión para el mundo exterior, tiene una realidad interna para los amantes, una de sentimiento y relación afectiva. El amor puede nacer en la ilusión y en la imaginación, pero es al conseguir el estado exaltado que se vuelve real y tangible. Y es la exaltación del amor la que parece estar conectada con la capacidad del amor para transformar al amante.

Se ha dicho que «la sensación de éxtasis asociada al enamoramiento tiene sus orígenes en un estado de añoranza»; sin embargo, sutilmente recordaba «el estado emocional de la fase simbiótica».<sup>20</sup> Esto se refiere al sentimiento oceánico de unidad que se presume que existe entre la madre y el hijo. Sí y no. La exaltación puede descender de los primeros sentimientos de uno hacia la madre, pero la gloria del amor es lo que nos pasea por el pasado y nos saca de él, finalmente separándonos de lo que ha sucedido antes.

El amor, entonces, es más que un eco de una dicha anterior. La exaltación que siente el amante se debe, en parte, a la satisfacción, finalmente, de anhelos insatisfechos de la infancia; en parte, a la emoción experimentada en la búsqueda de lo desconocido y lo prohibido; en parte, a la habilidad simultánea de ser atendido y atender; y así, finalmente, a trascender la sombra de infantilismo que impregna nuestros anhelos por ser amados. Pero la exaltación del amor se atribuye más que a nada al nuevo sentido expandido del *self* que resulta cuando dos seres separados se vuelven uno. A grandes rasgos, la exaltación se hace posible porque el amante alcanza periódicamente la «fusión», con la sensación de liberarse de los límites del *self*, ingresar en algo más grande que el *self*. En la persecución de sus metas, el amante se encuentra ciertamente en las garras de una verdadera pasión, un intenso estado emocional, el cual se vuelve la mayor fuerza organizadora de su vida.

En el estado exaltado del ego que acompaña a la realización del amor, las defensas del ego habitual se mantienen de forma menos rígida. Más adelante, la influencia de experiencias anteriores puede ser mitigada o cambiada y se pueden alcanzar nuevas soluciones a viejos conflictos, de tal manera que el amante tiene menos interés en

---

<sup>20</sup> Martin Bergmann, «On the Intrapsychic Function of Falling in Love», 70.

mantener esas defensas. Esta disminución de la defensa en conjunto hace posible un flujo en la personalidad que permite una síntesis creativa, un redescubrimiento de partes enterradas del *self* que pueden ser sucesivamente incorporadas a las partes recién desarrolladas del *self*, y con las nuevas identificaciones. El rango de las posibilidades es, de esta manera, incrementado.

Incluso cuando el amor termina, estos cambios persisten y el estado de exaltación es con frecuencia recordado como un intervalo mágico. Debido a la intensidad de los sentimientos asociados con los recuerdos del amor mutuo, un romance realizado siempre ocupa un lugar privilegiado en la memoria. La fantasía o el recuerdo del intenso romance —parecido a una cinta de un viejo carrete de una película, al cual llamo el «carrete del amante»— es almacenado en la mente. Se vuelve a rodar por intervalos, algunas veces de manera involuntaria. También puede ser cortado, empalmado y editado, todo depende de las indicaciones a la memoria y la necesidad actual. Al final, sin importar si el amor mutuo es realizado en la realidad externa, su recuerdo es conservado y continúa enriqueciendo al amante.

### VOLUNTAD PROPIA Y AUTOTRANSFORMACIÓN EN EL AMOR

Escritores creativos y biógrafos, así como los mismos amantes, sienten el efecto catalítico del amor al cambiar al amante e intuyen que el cambio resultante a veces toma importancia prioritaria sobre el amor mismo. De ellos adquirimos una pista de que el poder del amor es uno interno, que su magia reside en última instancia en el flujo creativo interno del amante, y no en el valor de la persona amada —por mucho valor que esta tenga—, no en la posesión, ni en la reciprocidad. Incluso los amantes más embelesados a veces mantienen una conciencia de que el amor es con frecuencia breve y la persona amada inconstante, mientras que siguen disfrutando de su amor. Rosalinda, en *Como gustéis*, conoce los límites del amor y su amado, Orlando, también, pero eso nunca la detiene de regocijarse en el tumulto de sus propias emociones —en la temeridad, el exceso y la libertad de dejarse llevar—. Esa libertad parece ser la festividad que se mantiene durante toda la obra, rebotándola y vencéndola en medio de su agudo comentario sobre el amor. Ella puede burlarse del juramento de su amante de que amará a Rosalinda «por siempre y un día» («Di un día, sin siempre»)<sup>21</sup>. Pero ella se encuentra tan propensa a las lágrimas, a desmayarse y a volverse loca como cualquier joven campesina, tan completamente loca

<sup>21</sup> *As You Like It* [*Como gustéis*], IV:1, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952), 618.



de amor como Silvio, el simple pastor. De hecho, es la misma Rosalinda quien nos lo informa: «¡Por Dios, esta pasión por el pastor / es muy ajena a mi estilo».<sup>22</sup> Y aun así, ella es una amante tan elevada como la que puede ser hallada en cualquier parte del Bosque de Ardén. El realismo no puede apagar su ardor y aparentemente aumenta el placer que ella siente en su propia imprudencia.

Quizá se requiera del temperamento de un artista para disfrutar tan inocentemente la libertad interna que es tanto la causa como el efecto del amor, intuir que mientras ser amado puede satisfacer la vanidad y proveer muchos otros beneficios, el mayor placer es amar y no ser amado. Gran parte del placer reside en el hecho de que el amor no es, como Carson McCullers lo pone, un accidente bañado en miel, sino una «experiencia creativa».<sup>23</sup> Muchos poetas han parecido entender que es el amante, no la persona amada, el principal beneficiado de las alegrías del amor. Como W. H. Auden lo declara en su sucinta rima: «Si el afecto igual no puede ser / el más amado dejadme ser».<sup>24</sup> El duque de la Rochefoucauld manifiesta un sentimiento bastante parecido cuando comenta que «el placer del amor está en el amar, y uno es más feliz por la pasión que uno siente que por la pasión que despierta en otro».<sup>25</sup> Quizá más extrema sea la observación que hace uno de los personajes de Goethe: «Si te amo, ¿qué te preocupa?».<sup>26</sup>

Estar enamorados del amor —como se podría decir de todos los anteriores— a menudo es necesitar un cambio. No puedo hablar por los poetas, pero Rosalinda es una vez más el caso de estudio en cuestión. Al comienzo de la obra, ella se encuentra infeliz y, cuando su prima Celia la insta a que esté alegre, ella se dispone a obedecerla: «Desde ahora voy a estarlo y a inventar juegos. A ver [...] ¿Qué tal el de enamorarse?».<sup>27</sup> No se lo propone antes de hacerlo, ya que tan solo unos minutos antes ella ha conocido y se ha enamorado de Orlando. A pocos minutos de eso, su vida ha cambiado en cada aspecto. El amor no siempre tiene efectos tan dramáticos, pero siempre cambia al amante, porque a través del amor él alcanza un nuevo sentido expandido o cambiado del *self*.

<sup>22</sup> Ibid, II: iv, 605.

<sup>23</sup> Citado en Virginia Spencer Carr, *The Lonely Hunter: A Biography of Carson McCullers* (Nueva York: Carroll & Graf, 1975), 228.

<sup>24</sup> W. H. Auden, «The More Living One», en *Collected Poems*, 445.

<sup>25</sup> Duc de la Rochefoucauld, *Maximes*, citado en Theodor Reik, *Of Love and Lust*, 103.

<sup>26</sup> Goethe, *Wilhelm Meisters Lehrjahre*, citado en Reik, *Of Love and Lust*, 103.

<sup>27</sup> *As You Like It* [Como gustéis], IV:1, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952), 559.

Este cambio en el sentido del *self* experimentado por el amante como la novedad y originalidad del amor es el meollo del amor. Es en gran parte el resultado de las múltiples identificaciones de las cuales el amante forma parte cuando se enamora. El amor lleva al amante hacia nuevos compromisos y lo aleja de los antiguos. Eso es lo que las despedidas de solteros reconocen. El hombre, en el alba de su matrimonio, se despidе de sus cuerpos anteriores, cuyo lugar central en su vida está a punto de ser usurpado. Y es por eso que el padre entrega a la novia, reconociendo que su lugar está ahora al lado de su esposo. Pero si bien es a los padres a los que uno abandona, o al primer amor o a uno posterior por otro nuevo, o a la esterilidad de una vida sin amor por la riqueza de una vida llena de él, el amor es siempre un agente del cambio. Su dialéctica es aquella de la separación y la unión: romper compromisos y volver a formarlos. Y el *self* más íntimo del amante es el principal beneficiario de este cambio.

El crecimiento del *self* ocurre por medio del deseo y de la voluntad —determinación— que busca satisfacer los deseos. El *self* crece a través de su deseo por el *otro*, a través de su anhelo por estar unido al objeto idealizado del deseo, y a través de la nueva identificación —y la consolidación de las antiguas— que ocurren en virtud de la unión entre el amante y su persona amada.

La sucesión de diálogos de amor depende de nuestra determinación por separarnos de lo antiguo y comprometernos con lo nuevo. Al separarnos, se crea un abismo entre nosotros y el pasado, uno que crea una sima en nuestras vidas emocionales. El amor hace posible —quizá exige— un puente sobre la sima. La paradoja que el amor romántico resuelve es cómo reafirmar la separación de uno y aun así no estar solo. Lo hace al permitirnos separarnos de un objeto —o una serie de lealtades— y unirnos con otro. Una secuencia como esta de separación y reunificación es la historia del desarrollo en el crecimiento del niño, así como la del amor maduro. Es la trama dramática que Margaret Mahler cuenta en su historia de la separación del infante y la individuación de su madre. Es la misma historia contada en la segunda individualización de la adolescencia, y una vez más cuando nos enamoramos.

Debido a sus vínculos necesarios con la autodeterminación, el amor puede no ser tan importante en culturas que valoren la conformidad como en aquellas que valoran la diferenciación y autonomía. En Japón, donde la conformidad y la identificación con el grupo se valoran por sobre todas las cosas, el amor romántico no tiene mayor prioridad. Sin embargo, los japoneses celebran una convención muy romántica: los amantes que no pueden estar juntos en la vida, se encuentran en la muerte, mediante el suicidio.<sup>28</sup> Para los japoneses, la voluntad propia —potencialmente en

---

<sup>28</sup> Donald Keene, *World Within Walls* (Nueva York: Grove Press, 1978), 253.

discordancia con la moral y los mandatos del grupo— no puede existir dentro del marco cultural. Consecuentemente, la única salida para el amor, el cual depende de la voluntad propia, es el amor condenado, en el cual los amantes, al morir por su amor, simultáneamente afirman y extinguen al *self*, asegurando de esta manera que el grupo no sea dañado por el individualismo del amante. Las historias de amor condenado son sancionadas por los japoneses como medios para canalizar deseos ilícitos de una manera acorde a las exigencias culturales de conformidad y deber. Los japoneses lamentan historias de los suicidios de amantes condenados y de ese modo satisfacen, idealizan y exorcizan, a través de otro, aquellos impulsos de su interior. Esta clase de dinámica explica por qué el amor condenado ha sido celebrado por momentos en el Occidente, en aquellos periodos de tiempo en los que la valoración de la autonomía estaba en aumento, pero el comportamiento individual aún se encontraba atado a las estrictas leyes de lealtad y obligación, por ejemplo, de la Edad Media. En aquellos tiempos, el resultado de la prioridad del amor debía ser por necesidad la *Liebestod*.

Sin voluntad propia, no existe la capacidad para la separación psicológica de un lazo preexistente y por ello tampoco la posibilidad de una nueva relación amorosa. Sin voluntad propia, no puede existir una separación psicológica; pero tampoco existe ningún *self* altamente individualizado. El *self* está delimitado solo por la separación, pero el sentido de estar separado resulta imposible de soportar. El *self* solitario se siente mermado, solo, sin recursos. El *self* solitario se siente impulsado a fusionarse con un nuevo objeto, y así lo hace en el amor.

Los cambios producidos por el amor se vuelven parte del nuevo y expandido *self* y pueden perdurar incluso cuando el amor ya no lo hace. El amor es un producto de la necesidad y la imaginación, pero una vez creado, el amor afirma su realidad en virtud de la intensidad de los sentimientos que despierta, y de los cambios resultantes en el *self*. Es esta realidad interna la que sustenta nuestra creencia fundamental en que el amor mejora la vida y la que, cuando no lo tenemos, despierta nuestras esperanzas por volverlo a encontrar.

El amor es un logro creativo, sintetiza satisfacciones reales e ilusorias de deseos y fantasías de todos los niveles y, a través de las nuevas identificaciones que los amantes forman, expande y enriquece al *self*. A pesar de que el amor es ilusorio en su insistencia de que la posesión de la persona amada mágicamente conducirá a la dicha eterna, el amor *es* de hecho mágico. Se convierte en el esquema que organiza la vida mental. En virtud de la relación real que engendra, la exaltación que crea y los cambios en el *self* que facilita, el amor es reivindicado como el agente del cambio y el procurador de la creatividad. En su logro, existe una liberación de las constricciones del *self*, un estado que va más allá de la satisfacción de necesidades o deseos superficiales.

La trascendencia y la transfiguración que uno puede experimentar en el amor sugieren que puede ser el correlato secular de los embelesamientos y transformaciones que son descritos en las experiencias místicas religiosas. Esto puede ser la razón por la cual nosotros percibimos al amor como una gracia, un don, como conectado al cuerpo, pero espiritual o conmovedor por naturaleza.

Existe una profunda realidad psicológica que explica la perpetuación del mito de Aristófanes sobre las mitades separadas que se unen en el amor. En el amor recuperamos partes del *self*. Sin embargo, las enterramos solo porque nos han causado mucho dolor; o bien ellas nos llevan a luchar por lo inasequible o pertenecían a lo profundo del *self* no diferenciado. Por ejemplo, el antiguo deseo que busca la satisfacción en el sentimiento oceánico de unidad con otro debe ser enterrada si queremos diferenciar y prosperar como seres autónomos. Puede emerger nuevamente —¡qué tentación!— solo en el amor o quizá en viajes religiosos.

Y cuando los deseos tan profundos como este encuentran satisfacción, la exaltación que sentimos es extraordinaria. La energía liberada cuando por fin nos sentimos amados y amamos lo suficiente como para admitir nuestras necesidades más profundas y permitir que aquellas partes del *self* enterradas desde hacía mucho tiempo salgan a la superficie, es lo que impulsa el puro regocijo del amor. La sensación de alivio y, en última instancia, la paz con nosotros mismos y con el universo que sentimos es el resultado de llegar a un acuerdo con nuestros sentimientos más profundos, de encontrar en la persona amada, a nuestra «otra mitad», la cual hemos reprimido anteriormente en nosotros mismos. Finalmente, no es solo la persona amada con la que el amante identifica las imágenes tempranas de la persona pródiga o el «nosotros»; el verdadero descubrimiento en el amor es el *self*. Lo que es más extraordinario sobre esta recuperación, y crucial a ella, es que solo puede ocurrir cuando el amante realiza todas esas otras identificaciones de modo tan completo que pierde sus inhibiciones habituales y olvida su estrecho sentido del *self*, y por eso se vuelve capaz, finalmente, de encontrar al *self* más grande. Esta es la paradoja esencial que define al amor.

Tercera parte

Las paradojas y las luchas inherentes al amor



## CAPÍTULO 6

### Sometimiento: trascendencia versus esclavitud

La primera de las paradojas inevitables del amor se relaciona con uno de sus objetivos fundamentales: el deseo de fusión con el *otro*. En la fusión, el amante busca disolver la barrera entre el *self* y la amada; como la barrera es el límite del *self*, lo que se busca es una manera de trascenderlo. Así, existe una destacada coincidencia entre el lenguaje del amor y el de la religión, particularmente el del misticismo religioso. Cierta grado de sometimiento para alcanzar la purificación y la transformación de uno mismo es un componente necesario de la fusión, de aquellas epifanías intrínsecas al amor apasionado.

Sin embargo, existe un problema. Desafortunadamente, el impulso de sometimiento se encuentra fundamentalmente en desacuerdo con otro de los objetivos del amor. Uno puede buscar la fusión, pero busca la fusión con el *otro*. Si uno consigue alcanzar una fusión completa y total —la que entonces llamaremos simbiosis—, no existiría ningún *otro*. La satisfacción concreta de fantasías de fusión conlleva la amenaza de la aniquilación simbólica del *self* y del *otro*. El amor, por su naturaleza comprometida con la preservación de la amada y del *self*, no puede alcanzar su meta. Aquí está el dilema según el teórico político Hans Morgenthau:

[...] si el amor es una reunión de dos seres humanos que deben estar juntos, esa reunión no puede ser nunca completada, por ningún lapso de tiempo. Debido a que, exceptuando la *Liebestod* que destruye a los amantes al unirlos, se detiene poco antes de la fusión absoluta de la individualidad de los amantes. La paradoja del amor es que busca la reunión de dos individuos, pero, al mismo tiempo, mantiene intacta su individualidad. *A* y *B* quieren ser uno, pero ellos deben querer conservar la individualidad de cada uno por el bien de su amor por el otro. De esta forma, el amor se interpone en el camino de la consumación de su amor.<sup>1</sup>

Este conflicto es uno de los dilemas existenciales que desestabiliza al amor y conduce frecuentemente a su corrupción, debido a la insistencia del amante por fusionarse,

---

<sup>1</sup> Hans Morgenthau, «Love and Power», en *The Restoration of American Politics*, 10.

ya sea mediante el sometimiento (como discutiré en este capítulo), o al recurrir a la colonización del *otro* por medio de la dominación (como discutiré en el siguiente capítulo). Cuando la búsqueda de la fusión no es controlada, el amante se convierte o bien en un esclavo o en un tirano.

Consecuentemente, las experiencias de fusión deben ser efímeras. Mientras que el impulso de sometimiento —como parte del impulso de fusión— debe ser considerado como un componente esencial del amor apasionado, este solo puede ser realizado por breves momentos. En estas epifanías, los amantes experimentan sus *selves* separados como mezclados; los experimentan enriquecidos al no estar comprometida la autonomía esencial y la integridad de cada uno. La trascendencia de los límites del ego agranda y aumenta al *self*, en lugar de eliminarlo. Paradójicamente entonces, el sometimiento intermitente puede ser una forma de autoafirmación, una forma de entregarse, expresión extrema de voluntad como agente libre. En lugar de ser humillante, el sometimiento es experimentado como un acto que otorga poderes. Esto puede deberse a que el amante se está sometiendo a los poderes del amor en mayor medida que a los poderes del *otro*.

Mientras que en momentos de fusión intermitente el amante busca una identidad conjunta nueva y ampliada, el impulso por fusionarse puede ser degradado a un tipo diferente de sometimiento —uno en el cual el amante busca sumergir su identidad en la del *otro*—. Un sometimiento así es permanente en lugar de intermitente, unilateral en lugar de mutuo. Quizá la distinción relevante se encuentre en la oposición entre la fusión conjunta en un sometimiento mutuo al amor y el sumergimiento en el sometimiento unilateral al *otro*. En el último caso, el amante está buscando reforzar al *self* en lugar de trascenderlo, con el objetivo de llenar lo que él experimenta como un vacío en su propia personalidad.

Algunas de las formas de sometimiento más extendido, o incluso devaluado, son, sin embargo, adaptativas en la medida en que el amante consigue autoestima gracias a su sentimiento de devoción por la amada. A pesar de que ha sometido una parte de su identidad autónoma, puede seguir conservando una identidad central y orgullo como proveedor de protección absoluta. A caballo entre la fusión, por un lado, y la esclavitud, por el otro, uno observa diferentes clases de sometimiento más constante que los momentos de fusión, en los que el propósito no es la degradación masoquista del *self*, sino su elevación —en cuyo caso el *self* encuentra su sentido en conexión con el *otro*—.

Sin embargo, en sus formas más extremas, el sometimiento deviene en un empobrecimiento del *self* mayor que su enriquecimiento. El amante puede perder el orgullo de sí mismo como protector y proveedor de vida, fiel a una persona y una causa valiosa, y convertirse en nada más que un apéndice de la amada.



Incluso en el amor libre de neurosis, el impulso por el sometimiento con frecuencia se opone al impulso de autoafirmación. Todo lo que sabemos de las fuentes más profundas del anhelo humano apunta hacia una necesidad de trascendencia, pero también hacia una contradictoria urgencia por la autoafirmación. Estos objetivos paradójicos y contradictorios, profundamente arraigados en nuestra naturaleza humana, se encuentran expresados con elocuencia por Aldous Huxley.

Los hombres desean intensificar su conciencia de ser lo que ellos han llegado a referir como “ellos mismos”, pero también desean —y lo desean muy frecuentemente con una violencia irresistible— la conciencia de ser alguien más. En una palabra, ellos anhelan salir de ellos mismos, sobrepasar los límites de ese diminuto universo aislado, al cual cada individuo se encuentra reducido.<sup>2</sup>

Este es el sentido profundo al que, a mi entender, se refiere Freud cuando dice que nos motiva tanto Eros como Tánatos.

Comúnmente se cree que, en el área del amor, las mujeres se inclinan más al sometimiento que los hombres. Se me podría objetar entonces que, al proponer que la *capacidad* de someterse integra tanto la liberación de uno mismo como de la habilidad para enamorarse, podría estar inadvertidamente legitimando una desafortunada disposición de la mujer para someterse. Sin embargo, debo discrepar. Al resaltar la capacidad para someterse como requisito para el amor apasionado, la distingo tanto de la necesidad psicológica de sometimiento unilateral al *otro*, como del impulso de esclavitud. Puede existir una diferencia de género en las distorsiones neuróticas comunes a la capacidad de someterse: los hombres son generalmente más inhibidos en esta capacidad, las mujeres son muy competentes en ella. Como consecuencia, los hombres pueden ser relativamente inhibidos en su capacidad para enamorarse —particularmente en sus años de competitividad y rivalidad—, mientras que las mujeres pueden con demasiada facilidad recurrir al sometimiento como un modo fundamental de establecer sus identidades. No obstante, la disposición masculina de evitar el sometimiento es tan desventajosa como la disposición femenina por entrar en él. Muchos hombres parecen tan coartados por la necesidad de afirmar el *self* a cualquier costo —como una corroboración de su identidad de género masculino—, que se pierden del potencial de transformar, propio del amor apasionado. Por otro lado, al tomar a los hombres como objetos de devoción, acto que requiere de una devaluación correspondiente del *self*, las mujeres pueden concentrarse tan exclusivamente en los aspectos transformacionales del amor, que el núcleo del *self* puede ponerse en riesgo.

---

<sup>2</sup> Aldous Huxley, *The Devils of Loudun*, 67.

Sin embargo, no existe una diferencia absoluta entre hombres y mujeres. Mientras que las mujeres pueden mostrar una mayor propensión para establecer sus identidades al definirse a sí mismas como proveedoras de protección, ambos sexos parecen igualmente vulnerables a las distorsiones masoquistas del amor. En el otro extremo, ambos pueden estar demasiado celosos de las prerrogativas del *self* de enamorarse.

## DULCE SOMETIMIENTO

La tentación o motivación de someterse unilateralmente en el amor se encuentra quizá mejor expresada por Simone de Beauvoir cuando sugiere que «la obediencia ciega es la única oportunidad para la transformación radical conocida por un ser humano».<sup>3</sup> El sometimiento en el amor constituye un escape de los límites del *self* o, mediante la transformación, la creación de un nuevo *self*, lo que constituye por una forma más extrema de escape. Al idealizar al *otro*, al identificarse o incluso al vivir a través del *otro*, uno está redimiendo un *self* insatisfactorio, reconstruyéndolo. Aquí está pues la conexión entre el amor y la religión. En la religión, el énfasis está puesto en el sometimiento a Dios, símbolo de valor y poder ante el cual cada *self* es imperfecto, a pesar de estar hecho a su imagen. Tratamos de redimir nuestras imperfecciones y trascender nuestra mortalidad en la unión con Él. El propósito del amante, como el de los místicos, es alcanzar la redención a través del sometimiento, de ahí la sorprendente coincidencia entre el lenguaje del amor y aquel del misticismo religioso —te venero, te adoro, quiero servirte, eres mi salvador, etcétera—. Al reconocer sus propias debilidades y limitaciones, el amante espera adquirir sentido, fuerza y un futuro propósito de su identificación con la amada. Consecuentemente, el sometimiento puede en ocasiones ser experimentado como dulce o dichoso, incluso cuando es unilateral.

A pesar de que los extremos del sometimiento —esclavitud, masoquismo, auto-destrucción en el amor, llámelos como quiera— están presentes entre miembros de ambos sexos, las historias clásicas de dulce sometimiento son, en su mayoría, historias de mujeres enamoradas. Históricamente, claro, las mujeres han conocido los límites del *self* demasiado bien, y algunas veces han encontrado que el escape por medio del amor es casi la única ruta abierta para ellas. Consecuentemente, en esta sección, el amante será designado como «ella». Pero el hombre también llega a conocer los límites del *self* y, también, puede considerar al amor como medio de trascendencia.

---

<sup>3</sup> Simone de Beauvoir, *The Second Sex* [*Segundo sexo*], traducido y editado por H. M. Parshley (Nueva York: Vintage Books, 1974), 724.

Existen muchos relatos biográficos y ficticios, particularmente del siglo XIX, en los cuales la amante ahoga sus propias metas para favorecer aquellas del amado y está feliz con su sometimiento. La amante estima que el amado es digno del sacrificio y, si el amado es un hombre eminente, amigos y espectadores reforzarán la idea de que el sacrificio no solo es justificado, sino ennoblecedor. Más aún, en el siglo XIX, la falta de poder femenino en el mundo real ciertamente facilitaba el ideal de sometimiento en el amor como un modo de establecer una identidad.

Nacida en 1831, Isabel Arundell, quien se casaría más tarde con el extraordinario explorador, orientalista, lingüista y aventurero Sir Richard Burton, era una de estas mujeres. Mientras era todavía una niña, estaba enamorada de lo exótico gracias a algunos encuentros casuales con gitanos y su familiaridad con el cuento oriental de Disraeli, *Tancred*, un libro que tuvo a la mano durante su vida. Al escribir en su diario antes de su «primer periodo», ella confesó su anhelo por «gitanos, árabes beduinos y todo lo oriental y místico: especialmente una vida salvaje y sin reglas». <sup>4</sup> Este parecía ser un deseo propenso a ser decepcionado, considerando su educación convencional y los límites de su mundo. Sin embargo, luego de su encuentro con Burton en un refugio de verano, ella se entregó a él, mientras que él, claro, no se había dado cuenta de que ella lo había escogido como su destino. Ella siguió sus audaces proezas a lo lejos y permaneció fiel a su casi obsesiva fantasía del futuro: que ella se volvería a encontrar con Burton y se casarían. Sus sueños parecían ganar credibilidad debido a que un adivino gitano le predijo que, a través de su matrimonio, ella pertenecería a su tribu y encontraría a un esposo con el cual ella compartiría «un alma en dos cuerpos». <sup>5</sup>

De hecho, es notable que Burton haya encajado tan claramente en la fantasía de Isabel. Años después, ella y Burton se volvieron a encontrar; esta vez él fue cautivado por la adoración que ella sentía hacia él. Para ella, él era la encarnación viviente de la proyección de su *self*; como le escribió posteriormente a su madre: «Me gustaría ser un hombre. Si lo fuera, sería como Richard Burton; pero al ser solamente una mujer, me gustaría ser su esposa». <sup>6</sup> Pasaron unos años y finalmente Isabel y Burton se casaron. Sin embargo, mientras ella lo escogía como su destino, el destino de él permaneció en el Oriente. <sup>7</sup> Vivieron juntos por más de treinta años —frecuentemente interrumpidos por sus largos viajes y aventuras— pero su devoción por él nunca disminuyó. Se dice incluso que ella le aseguró la fama gracias a sus constantes esfuerzos en su beneficio. Por supuesto que someterse como Isabel puede también

<sup>4</sup> Lesley Blanch, *The Wilder Shores of Love* (Nueva York: Simon & Schuster, 1954), 7.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 8.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 40.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 22.

ser un acto de canibalismo. Al final, como un biógrafo sugirió, Burton se encontraba atrapado por su devoción.<sup>8</sup> Luego de su muerte, ella hizo lo que muchos contemporáneos juzgaron imperdonable; se presume que, temiendo revelaciones que pudieran dañar la reputación de Burton —o del matrimonio—, ella quemó sus diarios y *El jardín perfumado*, que él consideraba su obra maestra. Al hacerlo, ella desatendió sus deseos expresos y conservó su leyenda como le pareció adecuada. Quizá fue la última afirmación de su dominio sobre él, reclamándolo completamente suyo, canonizando la imagen idealizada que ella tenía de él para la posteridad y protegiéndola de la posibilidad de ser deshonrada por el hombre real.

Otro caso de una mujer que sumerge su identidad en la de un hombre extraordinariamente creativo, a pesar del hecho de que ella tuviera previamente una identidad vívida y autónoma, es el de la actriz Juliette Drouet, quien se entregó a una devoción de toda una vida por Víctor Hugo.<sup>9</sup> Hugo, cuya personalidad se dice que era estrecha en ciertos aspectos antes de conocer a Juliette, era como un hombre ebrio en las primeras etapas de su romance con ella, completamente intoxicado con la realización del amor y probablemente con la amplitud de su sexualidad. Sin embargo, nunca terminó con su matrimonio ni ingresó al mundo de Juliette. Por el contrario, él la sacó de su mundo, la instaló en un departamento extremadamente modesto y, por una docena de años, le prohibió virtualmente mantener cualquier relación social. Durante ese periodo de aislamiento, mientras ella esperaba sin cansancio sus visitas, ella le escribió aproximadamente diecisiete mil cartas que narraban tanto su gran felicidad como su gran pena. Algunos afirman que antes de que conociera a Hugo, su carrera como actriz estaba fracasando y que ella no vislumbraba su futuro artístico, pero su devoción por Hugo parecía ser genuina. Permaneció firme a pesar de los constantes cambios en su fortuna y de las fluctuaciones de su relación, arreglándoselas incluso para pasar por alto una relación amorosa que mantuvo durante ocho años con otra amante. Juliette alcanzó una mayor serenidad y satisfacción con él y fue reconocida, sin duda, como la principal relación de Hugo luego de la muerte de su esposa.

La idealización constante de un objeto en particular y la perpetuación del sometimiento, como en el caso de Juliette Drouet, puede ser facilitada cuando la idealización de esa persona es reforzada por la opinión pública. Debe recordarse que Hugo, como Byron antes que él, era el ídolo supremo de su época y que la valoración de Drouet por él era validada exteriormente. La elevación pública de un hombre sobre los demás es, en parte, lo que lo hace un imán para aquellas que tienen un impulso

---

<sup>8</sup> Ibid, 22.

<sup>9</sup> Para un informe sobre la relación de Drouet y Hugo ver *Victor Hugo* de Matthew Josephson o *Olympio: The Turbulent Life of Victor Hugo* de André Maurois [c. 1956] (Nueva York: Pyramid Books, 1968).

por someterse, de ahí la adoración casi fanática de las «estrellas» en cada periodo histórico.

Algunos casos de sometimiento son limitados por el tiempo. El objeto de tal sometimiento, al sentirse presionado, puede huir; pero la amante que se somete puede también sufrir un cambio en el corazón. Ese fue el caso, en el siglo XX, de Virginia Haggard, quien escribió sobre Chagall *My Life with Chagall: Seven Years of Plenty with the Master as Told by the Woman Who Shared Them*.<sup>10</sup> Haggard, casada con un pintor empobrecido y madre de una niña pequeña, fue contratada para cuidar de Chagall luego de la muerte de su esposa. Su rol se transformó rápidamente de cuidadora en amante; Chagall por su lado creía que su difunta esposa, Bella, le había enviado a Haggard para que cuidase de él. Ella se sumergió en él, dio a luz a su hijo y envió a su hija a un internado para que no molestara a Chagall. Mucho después, su hija contó que los siete años de dicha que vivió su madre habían sido todo lo contrario para ella; durante todo ese tiempo, se había sentido completamente desplazada por su madre. Haggard, sintiéndose coactada por las exigencias que caían sobre ella como amante de un hombre famoso, resolvió el problema huyendo con un director de cine belga, quien estaba rodando un filme sobre Chagall. Por supuesto que Chagall, aunque quedó perplejo y enfurecido, no tardó en encontrar un fiel reemplazo poco después.

A lo largo de los años, las historias de sometimiento a artistas y gente creativa son legendarias. Consideremos la devoción de Alice B. Toklas por Gertrude Stein y las suposiciones —o presunciones— de Gertrude Stein al escribir *La Autobiografía de Alice B. Toklas*. En algunas ocasiones en que la amante es extremadamente creativa por derecho propio, sus cualidades quedan disminuidas debido a la defensa del amo. Incluso una mujer tan enérgica y talentosa como Alma Schindler abandonó sus aspiraciones creativas en favor de su futuro esposo, Gustav Mahler. En el momento en que se comprometieron, ella era una alumna del compositor y conductor Alexander von Zemlinsky, uno de sus compañeros de estudios era Arnold Schoenberg. Según cuenta Alma, al escribirle a Mahler le mencionó que no le escribiría más ese día debido a que tenía aún trabajo por terminar, refiriéndose a componer, lo cual había ocupado el lugar principal en su vida hasta el momento. Sin embargo, en sus memorias Alma escribe que:

la idea de que cualquier cosa en el mundo fuera más importante que escribirle, lo llenaba de indignación, y él me escribió una carta larga, prohibiéndome

<sup>10</sup> Virginia Haggard, *My Life with Chagall: Seven Years of Plenty with the Master as Told by the Woman Who Shared Them* (Nueva York: Donald I. Fine, 1986).

finalmente volver a componer. Fue un golpe terrible [...] enterré mi sueño y quizá fue para mejor. Ha sido un privilegio el haberles entregado a mis dones creativos otra vida, en mentes más geniales que la mía. Y aun así, el hierro ha entrado en mi alma y la herida nunca ha sanado.<sup>11</sup>

Mahler murió luego de nueve años de matrimonio, y Alma se embarcaría aún en una serie de romances ilustres y matrimonios que la harían famosa por derecho propio. En cierto sentido, ella forjó una carrera a partir de sus alianzas sexuales y románticas con hombres afamados.

Sin embargo, los protagonistas de los grandes dramas de sometimiento no suelen ser famosos. De hecho, la urgencia por someterse proviene del interior y es con frecuencia simplemente racionalizada al evocar —o inflar— los dones personales del amado. En el cuento *The Darling*, Chejov nos entrega una historia clásica en la cual el sometimiento en el amor constituye el medio de la mujer para establecer su identidad. La protagonista encuentra su identidad, única expresión propia, y razón de ser de su devoción por una serie de objetos amados; sin amor, ella se hunde en la depresión. Como la describe Chejov: «Ella siempre estaba enamorada de alguien y no podía existir sin amar».<sup>12</sup> Casada con Vanitchka Kukin, director de un teatro, adoptó sus opiniones y gustos, y se convirtió en una gran defensora de los méritos artísticos y sociales del teatro. Daba siempre sus opiniones invocando la autoridad de la combinación «Vanitchka y yo», tanto así que los actores bromeando la llamaban «Vanitchka y yo» o, más cariñosamente, «la Darling». Para la Darling, Kukin estaba idealizado y elevado tanto como Picasso lo estaba para Françoise o Jacqueline. Kukin murió repentinamente y la Darling quedó, por supuesto, profundamente triste.

Sin embargo, se reanimó pocos meses después, cuando se casó con un comerciante de madera. Como respuesta a su nuevo marido, se sumergió en los negocios y asumió los valores de él. Incluso sus sentimientos hacia el teatro, que había amado muchísimo, se transformaron. Cuando un amigo sugirió una obra de teatro para relajarse y entretenerse, la Darling contestó que no tenía tiempo para tal disparate. Tuvo seis gloriosos años como la esposa del comerciante de madera, pero luego volvió a enviudar.

Solo se recuperó de este último dolor cuando se comprometió con un médico veterinario. Una vez más, halló sus intereses y valores a través de él y ahora estaba convencida de la necesidad de la inspección veterinaria para controlar las enfermedades de los animales. Pero su amante se avergonzó y ofendió por el discurso que adoptó como si ella misma fuera veterinaria. Finalmente él la abandonó y ella cayó,

<sup>11</sup> Alma Mahler, *Gustav Mahler: Memories and Letters*, traducido por Basil Creighton (Seattle: University of Washington Press, 1968), 21.

<sup>12</sup> Antón Chejov, «The Darling», en *Tales of Chekov*, Vol. 1 (Nueva York: Ecco Press, 1984), 4.

una vez más, en depresión, de la cual se recuperó unos años después cuando recibió al hijo del veterinario a su cuidado. A través de su inmersión en el niño, ella recuperó nuevamente su resplandor, su serenidad y su propósito en la vida.

Diferentes lectores reaccionan a este cuento en formas claramente contrastantes. Leí la historia por primera vez en 1950 cuando un tío, militante inconformista, me la entregó. Él se refirió al cuento como un ejemplo de los problemas que pueden ocurrir a las mujeres que abandonan cualquier reclamo de autonomía. Al principio, reaccioné a *The Darling* de la misma manera en que me parecía que el mismo Chejov lo había hecho: horrorizada por su vacío. Pero desde una posición de ventaja tradicional, esta historia encarna los nobles atributos de autosacrificio y autoanulación al servicio de los intereses de alguien más. Tolstoi, al comentar la historia, lo hizo desde este último punto de vista y criticó la actitud de Chejov hacia su creación: «El autor, evidentemente, busca burlarse de la lamentable criatura, al juzgarla con su intelecto y no con su corazón».<sup>13</sup> Tolstoi reconoce lo absurdo de la serie de objetos amados por la protagonista, pero concluye que, a pesar del intento manifiesto de Chejov, él la ha bendecido inadvertidamente, ya que «el alma de la Darling, con su facultad por entregar todo su ser a cualquiera que ella ame, no es absurda, sino maravillosa y sagrada».<sup>14</sup>

Al leer el cuento nuevamente, quedo impresionada por lo que ahora podría ser considerada su etapa proto-feminista —su «desaprobación» de los valores adoptados por mujeres aparentemente sumisas—. Sin embargo, el punto de Tolstoi, a pesar de algunos rasgos misóginos en su caracterización, es bienvenido. La historia no se trata de una relación de poder que resulta de cualquier condición —o situación— de la mujer. El *insight* psicológico de la historia se encuentra en el retrato que hace Chejov de la necesidad de la Darling de entregarse por completo al amado y encubrirse con su identidad. El escenario de sometimiento es suyo: es su invento y su necesidad. Este es un cuento de sometimiento, no de sumisión. Aquí, el sometimiento es una cuestión de carácter, no de circunstancias.

De haber sobrevivido Kukin, el primer esposo de la Darling, ¿alguien hubiese criticado su devoción, o hubiera sido más bien elogiada como la encarnación ideal del amor protector y altruista? Es su mala suerte de haber enviudado dos veces la que revela que la inspiración de su devoción no se originaba en el amado, sino en ella —que ella es en realidad una de esas criaturas para las cuales el sometimiento en sí mismo es lo más deseado en el amor, y que ella siempre encontrará alguien a quien someterse—. Esto es ciertamente ofensivo para cualquiera que se sitúe imaginariamente

<sup>13</sup> León Tolstoi, «Criticism in “The Darling”», reimpresso de «Readings for Every Day of the Year», en *The Tales of Chekov*, 24.

<sup>14</sup> *Ibid*, 25.

en la posición del amado, para quien quiera ser valorado por sus cualidades únicas e irremplazables, no simplemente servir como una pantalla en blanco sobre la cual se proyecta el amor. Y es igualmente perturbador para las amantes que perciben su amor como único, inspirado por el amado. Ellas confían en que solo se someterán a un amor «maravilloso» en particular. Pero, aparentemente, para la Darling cualquiera puede servir como el amado. Ella se acerca demasiado a la promiscuidad en el amor, y es por eso que nos incomoda.

A pesar de la experiencia subjetiva de la amante que idealiza al amado y piensa que solo esta persona en particular podría generar tal respuesta, el sometimiento es, en parte, impersonal: una amante propensa a someterse encontrará un objeto «apropiado» al cual someterse. La Darling es un ejemplo extremo de esta predilección por someterse.

En el otro extremo se encuentran aquellos que son incapaces de dejarse llevar y para los cuales nadie —o por lo menos nadie disponible para ellos— parece suficientemente bueno para justificar su amor, para rendirles tributo; ellos se encuentran inhibidos de enamorarse del todo y pierden por completo el potencial creativo del amor.

La mayoría de nosotros caemos entre estos dos extremos: no todo el mundo serviría como objeto de nuestro amor, pero existe una gama considerable entre la cual podemos escoger. Esta es la consternada observación de Tomás, el protagonista de *La insoportable levedad del ser* de Kundera, cuando ve a su querida amante, Teresa, bailando con otro hombre.

Hacían una pareja espléndida en la pista de baile, y Tomás la encontró más hermosa que nunca. Él observó maravillado, por una fracción de segundo, la precisión y respeto con los cuales Teresa anticipaba las intenciones de su pareja. La danza le pareció una declaración de que su devoción, su ardiente deseo por satisfacer todos sus antojos, no se encontraban necesariamente ligados a su persona; que si ella no hubiese conocido a Tomás, ella hubiera estado lista para responder al llamado de cualquier otro hombre que ella hubiera conocido en su lugar. No tuvo dificultad de imaginar a Teresa y a su joven colega como amantes. Y la facilidad con la que llegó a esta ficción lo lastimó.<sup>15</sup>

Puede ser que Teresa haya estado lejos de tales intenciones y que haya atribuido sus sentimientos amorosos únicamente al mérito de Tomás. Pero Tomás tuvo un momento de clarividencia en el cual vio la necesidad de Teresa de someterse, casi independientemente del objeto y, como consecuencia, sufrió un golpe en su orgullo de ser amado.

<sup>15</sup> Kundera, *The Unbearable Lightness of Being* [*La insoportable levedad del ser*], 17.



Tomás me recuerda a un hombre que alguna vez conocí, el cual se torturaba imaginándose que una vez que muriera, su esposa, como reciente viuda acaudalada, rápidamente superaría la pena enamorándose nuevamente. Él sentía la necesidad de creer que su esposa solo podía experimentar los sentimientos que sentía con él y con nadie más, que su capacidad para amar era absolutamente específica a él. Cuando se imaginaba que ella podía amar a otro, le parecía que su amor se volvía burdo, y se volvía más hosco en su resentimiento tácito hacia ella.

El impulso de someterse que parece haber sido tan ampliamente puesto en práctica en eras anteriores, aún se encuentra entre nosotros. Sin embargo, los observadores y amigos no le atribuyen los mismos reforzamientos positivos. Esto en parte se debe a que nuestra cultura actual valora especialmente —de hecho, de manera excesiva— la autonomía. Además, muchos confunden el sometimiento con la sumisión. No son de ninguna manera la misma cosa, a pesar de que pueden traslaparse. La diferencia es la siguiente: en el sometimiento, el impulso es interno; su propósito es la purificación y la expansión de uno mismo al trascender al *self* y al identificarse con los atributos del *otro*. En el sometimiento, lo que se rescata es un *self* purgado, «reestructurado»: el mismo acto de someterse es una especie de recuperación de la inocencia radical. Ningún egoísmo se interpone entre el amante y el dios secular. Esto lo comparte con el impulso religioso y otorga la misma satisfacción. El sometimiento es autónomo —no es forzado y carece de intenciones ocultas como la manipulación—. Su propósito es, a la vez, fusionar, perder y engrandecer al *self*. Como Dante lo expresa, «*In la sua voluntade e la nostra pace*» —en su voluntad yace nuestra paz—.

En contraste, en la sumisión se responde a un poder diferencial externo; uno trata de controlar una fuerza superior y dominante y conservar la voluntad propia y la autonomía en tanto se pueda. La sumisión, a pesar de que implica una fuerza dominante externa, real o imaginada, también implica manipulación. Tiene intenciones ocultas de manipular al *otro* con el objetivo de conservar al *self*. Ambos —sometimiento y sumisión— aparecen con frecuencia mezclados uno con el otro, pero no son idénticos. Los animales pueden rendirse a otros; solo los seres humanos pueden someterse. El sometimiento tiene, a veces, potencial para la felicidad; la sumisión, nunca.

El sometimiento puede ciertamente ser entendido, en términos puramente existenciales, como el intento por escapar de la soledad y el solipsismo del *self*. Aun así, el sometimiento es experimentado frecuentemente como conflictivo, debido a la amenaza que representa para el *self*. Más aún, el impulso de someterse puede estar motivado, en varios grados, por sentimientos concientes o inconcientes de insuficiencia, dependencia, impotencia e incluso falta de valor, y la consecuente necesidad de contrarrestarlos. Entonces, la amante ya no se encuentra principalmente motivada por el

deseo de trascendencia, expansión o purificación; en su lugar, está persiguiendo otros objetivos: el reforzamiento de un *self* frágil, la restauración de un *self* dañado, la glorificación de uno empobrecido, la cohesión de uno fragmentado, el fortalecimiento de uno debilitado o la anulación de un *self* odiado. Cuando el amor es motivado por objetivos como estos, es regresivo en lugar de progresivo —un intento por asegurar la protección y el apoyo anhelado al comienzo de la vida—. Es en este campo que el sometimiento es problemático y síntoma de una debilidad subyacente en la amante. En esencia, el impulso de trascender queda así pervertido hacia maneras de reparación o adaptación a corto plazo, pero el resultado a largo plazo no será tan optimista. Algunas amantes serán capaces de crear nuevas identificaciones que se conviertan en la base de crecimiento autónomo, pero muchas otras encontrarán su crecimiento potencial atrofiado y su autoestima, incluso, gravemente mermada. En la medida en que la amante necesariamente perciba al amado como superior, más capaz y más poderoso que ella misma, *solo* podrá valorarse a través de la identificación con el exaltado personaje del amado. Entonces, el potencial de trascendencia y transformación propio de la fusión en el sometimiento habrá quedado casi completamente reemplazado por la necesidad de sumergirse.

### SOMETIMIENTO AMBIVALENTE

Existen personas para las cuales las amenazas implícitas del sometimiento son tan grandes como para descartar enamorarse. El miedo a enamorarse se encuentra usualmente enraizado en las experiencias de la vida temprana. Si los padres fueron experimentados como demasiado entrometidos y la autonomía fue difícilmente ganada, un amor de cualquier tipo puede parecer amenazador, particularmente el amor romántico debido al sometimiento inherente a él, que se experimenta ya sea como sumisión o pérdida de autonomía. Miedos como estos pueden, en efecto, descartar la posibilidad del amor romántico, debido a que la habilidad de alcanzar aquellos momentos de unión que caracterizan al amor apasionado requieren del valor para dejarse llevar, de la disposición de arriesgar la propia autonomía.

Muchas incursiones tentativas en pos del amor son abortadas porque suponen amenazas reales o simbólicas a la mismidad. Incluso cuando la integridad del *self* no está en riesgo como lo está en la esclavitud, el orgullo y la autoestima pueden estar —o aparentar estar— en peligro. El amante puede asustarse de la fuerza de su impulso hacia el sometimiento y de la falta de autonomía que piensa que este implica, y puede realizar intensos esfuerzos por desvincularse. O, como medida de autoprotección, puede escoger un *otro* que no le sea recíproco sentimentalmente y que, por consiguiente,

le imponga límites externos a su intento de fusión. Al temer la fusión, crea una situación en la que termina evitándola. Motivos similares guían el comportamiento del amante que luego de momentos de gran intimidad, particularmente momentos sexuales, reitera su separación con el retraimiento o empezando una pelea. Mientras más conmovedor e íntimo sea el coito, mayor será el temor de pérdida del *self*, de disolución —o vacío— posterior, y mayores la tristeza o el distanciamiento que surgen como respuesta a aquel temor. Algunas personas solo son capaces de dejarse llevar sexualmente cuando se desvinculan emocionalmente, al temer demasiado al sometimiento simultáneo en ambos campos. Debido a esto, uno a veces escucha de una mujer que es orgásmica por primera vez cuando la relación se deshace.

En el sometimiento, el amante quiere incorporarse a la amada. Formas de sometimiento extremas y unilaterales pueden llevar al amante a sumergir sus gustos, intereses, creencias y valores e incluso a asumir aquellos de la amada del todo —como en *The Darling*— o darles total prioridad sobre los propios. Un amante como este busca darle sentido a su vida mediante su asociación o identificación con la amada. Primero, se alegra de estar en complicidad con la amada, lo que expande el sentido de su *self*. Paradójicamente, solo desgastando el *self* uno puede enriquecerlo; solo al dar, uno recibe. Como muchos comentaristas han anotado, en Occidente incluso el sometimiento místico a Dios está acompañado por la esperanza de una salvación personal.

Aun así, desafortunadamente, esta felicidad puede ser de corta duración; el sometimiento radical del *self* al final puede ofender tanto al amante como a la amada. En la medida en que él se somete, el amante puede ser reducido si es que la amada llega a devaluarlo o desdeñarlo. Lo que comenzó como una búsqueda de trascendencia puede terminar en el empobrecimiento propio de la servidumbre o incluso en esclavitud. O, como algunas veces ocurre, el amante descubre que la amada es menos que un dios y se desencanta.

El sometimiento puede también volverse desdichado cuando el amante siente que el *self* que él quería purificar y expandir por medio de la unión con la amada se ha empobrecido; que él, por temor a poner en peligro la relación, ha dado demasiado de sí mismo hasta, finalmente, disminuir un corazón digno. Él llega a temer su propia regresión a un estado infantil y de dependencia, del cual nunca podrá salir. El amante temeroso puede retractarse abruptamente de su propio impulso por someterse; y puede hacerlo con ira, dejando a la amada completamente desconcertada. Como lo expresó un hombre que fue objeto de tan abrupto cambio en los sentimientos de su amante: «En un primer momento se acercó a mí, pero repentinamente se puso en mi contra».

Para remediar el temor de perder al *self*, un amante puede recurrir a medidas más extremas. La amenaza a la autonomía puede dar lugar a un impulso de huir de la relación del todo, o a entrar en otro romance y de esa manera conservar una identidad separada de aquella de la amada. En la novela *Años luz* de James Salter, el esposo puede meditar con afecto sobre su esposa una vez que él tiene una amante:

Tuvo una visión de ella cruzando el hall y un sentimiento de gran calidez lo sobrecogió; afecto por sus labios, su pelo, los brazaletes de sus muñecas. De alguna manera de pronto era igual a ella; su amor no dependía solo de ella, era más vasto, un amor por las mujeres, ampliamente insatisfecho, un amor inasequible concentrado para él en esta criatura obstinada, misteriosa, pero no solo en ella. Él había dividido su agonía; por fin quedaba escindida.<sup>16</sup>

Este es con frecuencia el mecanismo que opera cuando se recurre a un romance para «salvar» un matrimonio, y explica por qué el significado de un romance extra-matrimonial no es siempre lo que parece ser. A pesar de que a veces se le busca como una alternativa y, como tal, constituye una amenaza para un matrimonio que ya se encuentra seriamente comprometido, en otras ocasiones un romance sirve como un «ecualizador» que otorga al amante una sensación renovada de autonomía, y por eso permite que el matrimonio continúe.

Los intentos del amante por lograr o conservar su autonomía pueden ser escasos, lacónicos, simbólicos e indirectos. Una mujer muy inteligente y talentosa, apasionadamente enamorada de un académico y teórico de fama mundial, no fue capaz de forzarse a leer su libro. Ella temía abrumarse por la pura fuerza de su destreza intelectual y sentir sus propios dones como inferiores; de este modo, se protegió de cualquier conocimiento de primera mano de su genio. Aun así, ella sabía que su autoestima dependía de la admiración y amor por él. Se regodeaba de su gloria, pero simultáneamente temía ser sobrepasada por él. Se mantuvo suspendida entre el impulso de someterse y el impulso de huir.

Luego de acabada una relación «amorosa» en la cual se ha sentido asfixiado, el amante puede abstenerse posteriormente de cualquier forma de intimidad. Un hombre al que conozco, al salir de un amor verdaderamente pasional en el que se había sentido estancado, a pesar de que no lo entendía así en ese momento, se casó con una mujer extremadamente tímida y rígida. Solo después de que el matrimonio terminara, a pesar de que estuvo condenado desde el principio, él fue capaz de reconstruir lo que había sucedido. Durante el romance apasionado, él había sido conciente solo de la pasión y la liberación que sentía. Como él lo expresó: «Estaba muy ocupado sintiendo los sentimientos,

---

<sup>16</sup> Salter, *Light Years* [*Años luz*], 50.

no observándolos». Pero después, al reflexionar —y no ya reaccionar— notó cuán asustado había estado ante la posibilidad de perder autonomía, y entendió cómo ese miedo lo había hecho comportarse como lo hizo. «Posteriormente y en diferentes grados, me volví inaccesible para las mujeres, la mayoría de veces solo emocionalmente, algunas veces emocional y sexualmente. Y en retrospectiva, pude discernir, después de los hechos, que me sentía invadido [...] esa es la razón por la que me casé con la mujer con quien lo hice. Ella no era una amenaza en ningún sentido».

Un mecanismo común para resolver el conflicto entre los deseos simultáneos de sometimiento y autonomía es elegir un objeto de amor que no se comprometa. Uno puede ceder al impulso de someterse si uno tiene la garantía de una pareja que se niega a corresponder, a someterse a su vez. De esta manera, arrojarse en brazos de un objeto de amor que no responde no es tan puramente autodestructivo como frecuentemente aparenta. Un objeto de amor como este coloca un límite externo a la abnegación del amante.

Este es el mecanismo fundamental de una de las relaciones amorosas más comúnmente observadas, el romance «balancín», en el cual primero uno y luego el otro de los amantes parece unilateralmente y locamente enamorado de una pareja que no corresponde. Solo cuando la pareja, enferma de amor, empieza a retraerse, el otro se atreve a ceder a su propio impulso de someterse. Estos romances parecen peculiares para los que no los viven, pero es justamente la falta de simultaneidad la que permite a los amantes «turnarse» en el sometimiento. Los mismos participantes parecen sufrir, pero se encuentran claramente inmersos en una pasión intensa, consumidora, la cual toma prioridad sobre la simple felicidad.

A pesar de que uno nunca puede descubrir con certeza las complejidades de la motivación de una persona fallecida hace mucho tiempo, el romance entre George Sand y Alfred Musset, tal como es descrito por sus biógrafos,<sup>17</sup> bien puede haber sido un ardiente episodio de este género de amor. En 1833, anhelando ver Italia, la pareja viajó a Venecia, donde buscaron habitaciones en el Hotel Daniele. Pero este estuvo lejos de ser un refugio romántico para ellos. Musset le informó precipitadamente a Sand que él ya no estaba enamorado de ella, y él se lanzó a un episodio que el biógrafo de Sand, Maurois, llama «libertinaje romántico». A pesar de estar traumatizada, ella se quedó con él. Cuando él se enfermó, ella llamó a un joven doctor italiano, Pagello, quien se convirtió en su amante. Solo entonces retornó el interés apasionado de Musset por ella. Musset volvió a París y le escribió: «Voy a emprender una novela. Siento un ansia por escribir nuestra historia. Hacerlo, creo, será una cura para mí y levantará mis ánimos.

<sup>17</sup> André Maurois, *Lélia: The Life of George Sand* (Nueva York: Penguin, 1953).

Deseo levantar un altar para ti, si es necesario, con mis huesos [...] Deberías sentirte orgullosa, mi grande, valiente George, porque me conociste como niño y me hiciste un hombre». <sup>18</sup> Naturalmente, su romance estaba lejos de haber terminado. Después de algunos meses, Sand dejó a Pagello y una vez que ella y Musset se reencontraron, retomaron su relación. Pero su vida juntos «fue, como había sido antes, una serie de escenas furiosas alternadas con notas apasionadas». <sup>19</sup> Sand dejó a Alfred una vez más. Pero como Maurois lo perfila:

El hombre está hecho de tal manera que rechaza lo que puede tener y persigue lo que no puede. No debe de haber sido sin sorpresa que George Sand notó la disposición de Musset por aceptar la ruptura y, habiéndolo hecho, ella dejó inmediatamente de querer que él le tomara la palabra. <sup>20</sup>

Sand, entonces, se cortó el cabello y se lo envió. Solo entonces Musset estuvo listo para recibirla. Y una vez más volvieron a estar juntos.

De ruptura en ruptura, de reconciliación en reconciliación, su pasión agonizante se movía y balbuceaba en el espasmo nervioso del aproximarse a la disolución. Eran como dos hombres luchando a muerte, ambos empapados de sangre y sudor, adhiriéndose uno a otro, lanzándose mutuamente una lluvia de golpes, más allá del poder de los espectadores por separarlos. <sup>21</sup>

La falta de simultaneidad entre los amantes, de manera que siempre uno de los dos se muestra menos interesado, es con frecuencia la garantía que permite el precipitado salto hacia la pasión sin restricciones, el sometimiento desenfrenado. Las barreras externas a una unión pueden proporcionar protecciones similares. Es por esta razón que el amor con frecuencia arde con más brillo y perdura por más tiempo cuando existen obstáculos en el camino de la consumación permanente de la unión. Tales circunstancias permiten disfrutar tanto el sometimiento —en dosis intensas pero limitadas— como la autonomía. Este es el secreto de la intensidad de romances a larga distancia, de escenas de despedida —como en «partir es una dulce agonía»—, de interludios robados, incluso de escenas de muerte. En uno de los casos más trágicos que conozco, un hombre se casó con una mujer a la que le habían diagnosticado un tipo de cáncer incurable, que se creía la mataría en tres a cinco años. La suya fue una de las grandes y gloriosas pasiones hasta que ella milagrosamente se curó. Su cáncer y su ardor se desvanecieron conjuntamente.

---

<sup>18</sup> Ibid, 182-183.

<sup>19</sup> Ibid, 189.

<sup>20</sup> Ibid, 189.

<sup>21</sup> Ibid, 191.

En el divorcio o la separación, cuando el amante ya no teme ser sofocado, puede una vez más fantasear con una aproximación, reconciliación y reunión total. Algunas veces el amor de un esposo florece libremente solo después de la muerte del otro. Esto no se debe únicamente a que uno ya no teme subliminalmente al rechazo; se debe también a que ya no existe ninguna amenaza de pérdida del *self*, de ser sobrepasado por el poder del otro. Después de la muerte del amado, la amante con frecuencia adopta sus ideas y peculiaridades. Este es un fenómeno que Freud describe en relación con el luto: el deudo conserva el objeto perdido por medio de la incorporación y la identificación. Estos mecanismos psicológicos proporcionan una manera simbólica de aferrarse al amado. Más aún, puede ahora intentarse la incorporación de los atributos del amado, lo que siempre constituye una tentación, ya que no es más que una amenaza para la autonomía y los límites de uno. Una mujer estaba sorprendida de ver a su madre, recientemente viuda, parafrasear las últimas opiniones de su esposo, opiniones con las que poco tiempo antes había discrepado, entonándolas incluso con las mismas inflexiones que él.

### ESCLAVITUD Y MASOQUISMO

Entendemos que el propósito del sometimiento en el amor, independientemente de cuán indirecta y ampliamente esté definido, es la salvación o la elevación de uno mismo. Incluso aquellos para quienes la experiencia de sometimiento está teñida de ambivalencia, pueden encontrarla finalmente satisfactoria.

En la esclavitud —amor obsesivamente autodestructivo o sometimiento masoquista, o ambos—, las metas pueden ser las mismas, pero la profundidad y la insatisfacción de la necesidad condena al amante a una casi inevitable derrota. Algunas veces el impulso de someterse puede verse también contaminado por la necesidad de castigarse. Cuando esto ocurre y el amante llega a sentirse vacío e inútil, excepto por la perpetuación de su amor, ha ingresado en el campo del amor desesperado y se siente esclavizado. La línea que divide la autotransformación y la abnegación puede, en ocasiones, ser porosa; y el retroceso del sometimiento en abnegación y autodestrucción puede ser rápido. Todas las críticas serias al amor romántico apuntan a su frecuente deterioro hacia la esclavitud. Sin un núcleo sólido de identidad y autoestima, el deseo de fusión del amante es transformado en un deseo de sumergirse en la amada. Este último impulso puede ser tan fuerte que el amante sacrificará su autonomía, incluso su vida, en el vano intento por alcanzarlo. El amante puede morir para asegurar su fusión en la muerte o, al ser rechazado, puede intentar suicidarse para evitar la separación en vida. De aquí proviene el paradójicamente romántico

argumento de que el amante está enamorado de la muerte: Tristán, Werther, incluso Anthony pueden ser considerados como ejemplos. Y en el rango de las distorsiones masoquistas del amor, no observamos distinciones de género.

El sometimiento masoquista en el amor puede ser semejante al sueño completamente pornográfico de total deshumanización que es ejemplificado en *Historia de O*. A la amada se le puede conceder el poder de Dios, poder absoluto sobre una persona; incluso, en casos extremos, sobre la vida de aquella persona. El sometimiento parece estar motivado por la culpa y el absoluto odio por uno mismo, no solo por el sentimiento —existencial o psicológico— de inadecuación, debilidad, o futilidad. Su propósito puede seguir entendiéndose como la salvación, pero es una salvación a través del castigo y la humillación.

Si uno no puede ser significativo para uno mismo, y si la significación no es suministrada por un nexo social, el modo tradicional de ser significativo, entonces uno puede buscar volverse significativo deshumanizándose: convirtiéndose en un instrumento para otro. El *self* que se siente a sí mismo impotente o inútil, se entrega al poder de otro: es colonizado por un poder exterior. El sometimiento absoluto que se mantiene en el tiempo en lugar de ser experimentado por momentos cortos, es un reconocimiento de la sensación de insignificancia.

Mientras que existen aquellos que buscan un amo amoroso y solo por accidente se enamoran de un tirano, otros parecen ansiar un amante tiránico. Con gran frecuencia en estos casos de esclavitud degradada, el objeto al que uno se somete es tan visiblemente deteriorado que el mismo amante intuye que el impulso de someterse ha sido pervertido. No se trata ya únicamente del deseo de fusión con alguien elevado, sino de algo más complejo, la autodestructiva inutilidad que se revela en la elección de la amada. Una aspirante a actriz me dio el siguiente recuento de una relación «amorosa» de tres años; el objeto de amor que eligió no tenía ninguna de las cualidades del hombre que había escogido aquella otra actriz, Juliette Drouet. En retrospectiva, ella percibe la relación como un largo episodio desdichado de amor abnegado. Aquí repito la historia en sus propias palabras, tal y como he sido capaz de recordarlas.

No estoy diciendo que el amor y la obsesión nunca caminan acompañadas, porque no es así. Pero en este caso, mi caso, no era amor. Ben era siete años mayor que yo. Lo conocí mientras yo trabajaba como mesera en un restaurante del Upper East Side. Recuerdo la escena. Era el brunch del domingo —panqueques, salmón y bollos—. Mi uniforme consistía de pantalones negros con pliegues (y manchados) y una blusa Oxford rosada abotonada hasta arriba. Solía amarrarme el pelo en lo alto de mi cabeza como Gypsy Rose Lee y siempre quedaba un mechón colgando, un detalle provocador de la mesera comprometida. Usaba chanquetas y demasiado colorete.



Él acostumbraba beber metódicamente mimosas y ordenaba comida que nunca tocaba. Él tenía un evidente problema con la bebida el cual, naturalmente, elegí ignorar. Tenía una apariencia muy juvenil, con cabello rubio y lacio y un par de dientes de más, y en ese momento era extremadamente delgado. Él atribuía esto a su uso diario de cocaína. Su pequeño vial plateado era omnipresente, y él hacía innumerables viajes al baño de hombres, siempre pasando por el bar, en donde yo le rellenaba la copa de champaña.

Toda la semana yo esperé el brunch porque vería su aparición, un verdadero chico fiestero. El proyecto autodestructivo empezaba a tomar forma. Yo iría a Bloomington el sábado para comprar un nuevo color de lápiz labial. Él me había dicho que la forma de mis labios le quitaba el apetito. (En realidad era la cocaína la que hacía eso). Gasté una pequeña fortuna en brillo y delineador labial. Mi semana entera giró en torno a esta comida de noventa minutos con esta persona perturbada, excesiva y atormentada. Si conociera a un muchacho así ahora, correría por mi vida. Pero él era como una pieza fallada de cristal Steuben; si colocas la parte quiñada hacia la pared, realmente no lo notas. Quería bañarlo en amoníaco y verlo brillar. Nunca tuve fantasías en las que él me estuviera haciendo el amor; siempre era yo en el papel de la agresiva, frotando sus cansados orificios nasales, masajeando su hígado agotado con un bálsamo de amor y ungüento para el alma, una falsa adoración. Racionalicé mi comportamiento como una tremenda necesidad de curar. Quizá necesitaba a alguien patético a quien rescatar. Era mi etapa de “Juana de Arco”.

Iniciamos una relación. Él era el hijo y yo la madre, acurrucándolo en mi pecho como a un infante. Él era el obrero y yo el jefe, siempre dando órdenes, asombrándome si él no las llevaba a cabo. Él generalmente estaba demasiado drogado para hacer mucho de cualquier cosa. Él era el prisionero y yo guardaba las llaves. Pero, en verdad, yo era la que estaba encarcelada. La claustrofobia que experimenté en ese momento debido a los barrotes que levanté a mi alrededor era sofocante. Él era todo en lo que pensaba. ¿Qué estaba haciendo? ¿Con quién estaba? ¿Se detuvo en algún lado en el camino del trabajo a casa? ¿Fue solo a casa? ¿Llamó a alguien una vez que llegó? No existía nada más en mi vida. Yo apenas funcionaba. Vivía para sus visitas, eran los únicos momentos en los que estaba segura de que sabía dónde estaba. Mis celos carecían de fundamento. Él no era particularmente sexual. Era yo la que siempre tenía que comenzar todo y usualmente era totalmente sumiso. Él me permitía tener sexo con él. Consentía en permitirme intentar excitarlo, pero generalmente él estaba tan intoxicado con alcohol, coca o valium que no podía tener una erección. Pensé que yo no era lo suficientemente sensual para él. El último año, ni siquiera hicimos el amor. El fracaso sexual fue aceptado silenciosamente. En su lugar, yo le lustraba los zapatos, iba a su departamento una vez a la semana para limpiar el baño.

Solía mirar dentro de su billetera mientras él dormía para buscar señas de infidelidad. Ahora me horrorizo. Me despertaba en la mitad de la noche y me servía un vaso de jugo lleno de brandy para evitar llamarlo para ver si estaba en casa. Me refiero a las tres o cuatro de la mañana. Me paseaba de un lado a otro como un puma herido, imaginándome, planeando, poniendo las piezas en orden. La energía que gasté en el amor.

¿Pero dónde estaba el amor que supuestamente existía, especialmente en el esplendor de una nueva relación? No estoy segura de que alguna vez haya existido, pero pensé que sí. Después me di cuenta de que recibía más afecto de mis gatos. Él era como una especie de escultura viva apoyada contra mis almohadas. Cuando el final llegó, milagrosamente sobreviví a la pérdida. Me encontraba definitivamente sentada al borde de la cornisa, pero escogí las escaleras en lugar de la ventana.

Al mirar atrás, veo mi romance como una crisis, como una simple enfermedad. Era una enfermedad, una plaga emocional. Era igual de amenazador que un problema de alcohol o drogas. Honestamente puedo decir que ha sido el peor sentimiento que he experimentado. Es como estar atrapada en un ascensor. Sientes como si el diablo hubiera tomado total control de tu vida y solo puedes cumplir sus deseos y observar tu propia destrucción, como si te estuvieras viendo a ti mismo y a tus acciones en un pequeño set de televisión: El Canal del Demonio. Todo el respeto por ti misma, la estima, la dignidad y la integridad se desmoronan como un castillo de arena. Estás indefensa. Escuchas a la gente corear: “¿A qué te referías con indefensa? ¿Fuera de control? ¿No puedes evitarlo? Eso es una locura. Solo deja de hacer lo que estás haciendo”. Como dicen: “Bota ese caramelo. ¡Apaga ese cigarrillo! ¡Arroja esas píldoras! ¡Arrastra esa barcaza!”. Locura es una palabra apropiada. Es exactamente como te sientes, como si estuvieras bajo un hechizo y te descubres haciendo cosas increíbles. De pronto te das cuenta de que sobresales como chivato, un detective en ciernes. Te arrastras como un gato ladrón, buscando pistas de traición, de deslealtad, signos que confirmen todos los crímenes que sospechas que ha cometido. En su momento asumías que era amor desde el principio hasta el final. Pero cuando el holocausto llega y tienes la suerte suficiente para sobrevivir, en retrospectiva verás que eso no era amor, solo una terrible necesidad.

Una vez que el romance hubo terminado, la actriz quedó tan aterrorizada por los excesos de su experiencia que se retrajo totalmente de los hombres por muchos años. Se describía a sí misma como una anoréxica del amor. La historia cuenta de un amor obsesivo, ciertamente contaminado con masoquismo, pero el impulso de rescatar a su amado es el punto central del asunto. Ella no escogió a un amante al que considerara elevado, sino a uno que percibió como necesitado. Su historia apunta a la complejidad de motivos en el amor obsesivo, esclavizado y desesperado. La necesidad

manifiesta por rescatar a la persona amada aparece como un componente en muchas historias de amor autodestructivo.

Cuando se pervierte el impulso de someterse, a menudo ocurre que la amada, lejos de ser exaltada, encarna las peores características —con frecuencia reprimidas— del amante mismo. La elección de la amada es así un reflejo de la imagen negativa que el amante tiene de sí mismo. Al intentar rescatar a la amada, el amante intenta rescatarse a sí mismo. Redimir a la amada es redimir y purificar al *self*. Esta es una purificación por medio del martirio, no por medio del sometimiento a alguien elevado; puede también ser un intento por redimir parte del *self* que ha sido proyectado en el *otro*.

Así como se cree que las mujeres se preocupan más del amor que los hombres, también generalmente se asume que las mujeres sufren más en el amor. Existe una suposición casi arrogante de que los hombres son relativamente inmunes a las degradaciones masoquistas del amor, así como se cree que son inmunes al anhelo obsesivo por el amor que supuestamente es tan desenfrenado entre las mujeres. Sin embargo, esta suposición es errónea. Puede ser simplemente que las mujeres son más abiertas a comunicar su sufrimiento. La impresión que yo tengo de mis pacientes, donde ambos sexos están comprometidos a articular honestamente sus sentimientos, es que los hombres sufren tanto y son tan propensos a la esclavitud como las mujeres.

Uno de los relatos de ficción sobre la esclavitud de un hombre en el amor está narrado en la novela de W. Somerset Maugham, *Servidumbre humana*. Siendo un joven estudiante de medicina, Philip Carey se encuentra preocupado por —y al final enamorado de— una extremadamente común, pero prepotente mesera. Herido por su desdén inicial hacia él, y tratando de recuperar la compostura para superar su indiferencia, se enamora de ella. Pero qué amor tan extraño era este que para Philip:

parecía imposible que estuviera enamorado de Mildred Rogers. Su nombre era grotesco. Él no la encontraba bonita [...] Ella era común [...] Él recordaba su insolencia [...] Él había pensado que el amor era como un éxtasis que se apoderaba de uno de tal manera que el mundo entero parecía primaveral, él esperaba una felicidad extática; pero esto no era felicidad; era un hambre del alma, era un anhelo doloroso, era una amarga angustia que él nunca antes había conocido.<sup>22</sup>

Ella acepta sus atenciones de mala gana y solo cede ante él cuando se encuentra embarazada de alguien más. Pero, a pesar de su bondad hacia ella, ella lo traiciona una y otra vez. Incluso después de que ella lo abandona y él descubre que ella se ha vuelto una prostituta, él la acoge con su hijo en su hogar. A pesar de que para entonces la

<sup>22</sup> W. Somerset Maugham, *Of Human Bondage* [*Servidumbre humana*] [1915] (Nueva York: Penguin, 1985), 278.

etapa pasional de su amor se había debilitado y ella le repudia más que nunca, ella continúa ejerciendo un poder sobre él.

Finalmente, Philip, como la joven mujer del relato anterior, se recupera. ¿Pero qué lo impulsa? Mildred aparentemente no es parte de su *self* secreto; esto es, él no se encuentra fundamentalmente identificado con ella. Maugham ha resaltado uno de los aspectos de Mildred que atrae a Philip: él, que está psicológicamente lisiado por su pie agarrotado, introvertido, tímido y fácilmente humillado parece ser cautivado por la aparente autosuficiencia de ella, su insolencia, sus aires y pretensiones. Sin embargo, Mildred no es la típica mujer destructiva que encontramos en la vida y en la literatura. Ella es persistentemente autodestructiva en sus elecciones pasionales y descarta cualquier posibilidad de felicidad al sostener romances con dos hombres inconstantes y poco sinceros, hombres con los cuales ella se relaciona de la misma manera que Philip con ella.

Maugham expresó que su novela era autobiográfica: «las emociones son mías, pero no todos los incidentes son narrados como sucedieron; algunos de ellos son transferidos a mi héroe no desde mi propia vida, sino desde aquellas de las personas con las que intimé». <sup>23</sup> Él afirmó que el libro lo liberó de sus dolores y de los recuerdos desdichados que lo perturbaban. Quizá valga la pena notar que los dos grandes relatos literarios de hombres esclavizados y obsesionados con el amor —Carey de Maugham y Swann de Proust— fueron ambos escritos por hombres homosexuales. Uno puede o no recuperarse de la obsesión y la esclavitud en el amor; en algunos casos, como sucedió con Philip, el daño causado al *self* es reversible, pero en el caso de Mildred no lo fue.

Existe mucha evidencia cultural y literaria para corroborar la vulnerabilidad y la atracción masculina por la autodestrucción en el amor, documentada por Leslie Fiedler, entre otros. Mientras que los novelistas hombres han mistificado a la *doncella*, también han dado cuenta de la *dama negra* como una poderosa hechicera que algunas veces atrae al protagonista masculino hacia su muerte. Desde Lilith y Dalila hasta la *dama negra* de los sonetos de Shakespeare —«Pues juré que eras blanca y te pensé brillante / tú, negra cual infierno o cual noche sin luna»— y a través de la romántica *Belle dame sans merci* hasta el presente, la literatura afirma el hecho —y el temor— de que los hombres pueden destruirse a sí mismos en la búsqueda del amor romántico. Sin embargo, algunos escritores hombres parecen entender que el peligro se origina en las mujeres y no en una propensión interna de los hombres a la autodestrucción. Esto es un malentendido, una proyección que exterioriza una necesidad psicológica interna.

---

<sup>23</sup> Ibid, 7.

Como lo señala Fiedler, F. Scott Fitzgerald, quizá en mayor medida que cualquier otro novelista, utiliza a la doncella como un disfraz para la dama negra.<sup>24</sup> Al igual que en *Suave es la noche*, Dick Diver es en última instancia destruido por su relación con Nicole, así como también la desaparición de Jay Gatsby fue consecuencia de su amor por Daisy. Como Fiedler dijo de la obra de Fitzgerald:

Existe solo una historia que Fitzgerald sabe cómo contar, y sin importar cómo la retuerza, él debe contarla una y otra vez. El caballero sin fortuna, el pobre estúpido Hans, *Caddie* o contrabandista o estudiante de medicina, va en busca de su fortuna y por desgracia la encuentra. Su recompensa es, al igual que en los cuentos de hadas, la chica dorada en el palacio blanco; pero a diferencia de los cuentos de hadas, no hay un final feliz en absoluto. No encuentra en su cama a la Novia Blanca, sino a la Destruyectora Oscura; de hecho, no existe una Novia Blanca, ya que la Dama Negra y la Bella, la bruja y la salvadora se han encontrado.<sup>25</sup>

Fitzgerald parece haberse percibido a sí mismo como una víctima, al igual que Jay Gatsby o Dick Diver. Escribió sobre su propia vida: «Dejé mi capacidad de esperar en los pequeños caminos que guiaban a los sanatorios de Zelda».<sup>26</sup>

La película de Von Strenberg *El ángel azul*, basada en *Profesor Unrath* de Heinrich Mann, es la clásica película que retrata la degradación de un hombre en el amor. La historia trata de un profesor de secundaria quien, al descubrir a sus estudiantes mirando las postales de la provocativa artista Lola Lola, tuvo la intención de reprocharle ser una mala influencia para ellos. Pero, luego de visitarla en su camerino, se encuentra absolutamente cautivado por su sensualidad y el despertar de su propia sexualidad dormida. Tras haber pasado la noche con ella, él se le propone precipitadamente, abandona su puesto de profesor y va de gira con ella. La película narra la historia del deterioro del profesor hasta su degradación. Al final, termina siendo apenas un miembro cómico de la *troupe* de su amante y Lola Lola ingresa a la historia del cine como una de las legendarias *damas negras* de fantasía, una cuyo poder erótico sentencia a un hombre a la humillación y, finalmente, a la muerte.

El deseo de humillación o castigo con frecuencia aparece en la vida sexual masculina como la fantasía de la mujer «fállica» de senos grandes y tacones altos con un látigo. Pero el deseo masculino de autocastigo y autodestrucción con igual frecuencia se expresa en una preocupación romántica por la *dama negra*. Ella es específica a las

<sup>24</sup> Leslie Fiedler, *Love and Death in the American Novel* [c. 1960] edición revisada (Nueva York: Stein & Day, 1986).

<sup>25</sup> *Ibid.*, 313.

<sup>26</sup> F. Scott Fitzgerald citado en *Seduction and Betrayal: Women and Literature* de Elizabeth Hardwick (Nueva York: Vintage Books, 1974), 91.

fantasías masculinas y un hito para las mismas. Un hombre inclinado hacia la *dama negra* en la fantasía, a menudo se las arregla para encontrarla en el mundo real. Los hombres son tan capaces como las mujeres de utilizar las relaciones amorosas para satisfacer sus anhelos inconcientes de humillación, autocastigo o autodestrucción.

### EFFECTOS EN EL AMADO: ABURRIMIENTO, CLAUSTROFOBIA Y AGOTAMIENTO

El sometimiento excesivo no solo daña al amante, sino que también amenaza al amado. El amado con frecuencia percibe al amante como demasiado dependiente y puede llegar a encontrar su amor tan claustrofóbico que se siente encarcelado. El amado puede experimentar como canibalismo lo que el amante exalta como deseo.

Además, el impulso del amante de someterse puede distanciar a su amado, si ella o él se horroriza de la infamia del amante y por eso ya no es capaz de admirarlo o respetarlo. De hecho, el amante puede convertirse en ocasiones en el objeto de desprecio del amado o en el de sus sentimientos negativos precisamente porque *satisface* sus fantasías en exceso. En la medida en que el amante intenta satisfacer todas las necesidades materiales y emocionales del amado, el amado o bien identifica demasiado al amante con la figura materna y se siente sofocada, o lo considera poco más que un adorable cachorro. El amado no puede idealizar a una amante que ha abandonado cualquier pretensión de autonomía. Siente la falta de estímulo, de tensión. Siente que conoce al amante demasiado bien, que el amante no puede decir nada que lo haga crecer intelectualmente, nada que haga desarrollarse emocionalmente. La relación se ve amenazada no por alguna tensión entre dos personas autónomas, sino por la falta de ella.

El amado puede llegar a sentirse agotado o abrumado por la dependencia manifiesta del amante. Las necesidades del amante pueden incluso parecer terroríficas para el amado. Una profesora de veintiocho años, divorciada, le rogó a su amante que no la dejara, proclamando tanto su amor como su necesidad; ella alegó que su hijo menor estaba enfermo y ella había sido considerada para una promoción y que necesitaba su apoyo. Su amante la tranquilizó, pero con amargura se quejó a un amigo que su declaración de amor parecía más una simple declaración de debilidad. Aun así, todos esperamos que el ruego «te necesito tanto» sea interpretado como un manifiesto de amor. «Te necesito», «te deseo», «no puedo vivir sin ti» y «te amo» son declaraciones que tienen una coherencia emocional —por lo menos para el que las está usando—, e incluso una racional. Pero la magnitud de la necesidad, en la medida en que revela la profundidad de la dependencia del amante, puede hacer que el amado se sienta atrapado y el consecuente deseo por huir puede causar culpa. La persona amada puede ahogar el deseo de huir, pero sentirá un profundo resentimiento. Experimentará un

profundo debilitamiento —ahora como persona autónoma— como si él o ella tuviera que asumir devotamente el papel del salvador, el padre o el protector.

Puede ser difícil escapar de un amante necesitado. Pero quizá ningún lazo sea más estrecho que aquel del amante excesivamente solícito. Todos estamos familiarizados con historias de una matriarca tan abrumadora que su familia solo pudo relajarse y expandirse después de que ella muriera. De manera similar, el amado puede llegar a considerar a su adorada amante como su carcelera, sintiéndose que está preso de una solicitud digna de una pesadilla. El aro matrimonial, alguna vez símbolo de la promesa de amor eterno, ahora se convierte en un emblema de esclavitud.

En *La sonrisa de Gioconda* de Huxley, el señor Hutten está en Florencia con su devota y agradecida segunda esposa:

Había necesitado estar solo. A veces era bueno escapar de Doris y de la incesante solicitud de su pasión. Él nunca había conocido los dolores de amar desesperadamente, pero ahora experimentaba los dolores de ser amado. Estas últimas semanas habían sido un periodo de creciente incomodidad. Doris siempre estaba con él, como una obsesión, como un cargo de conciencia. Sí, era bueno estar solo.<sup>27</sup>

Consideremos también la queja de Benjamín Constant (en *Adolphe*): «Ella no era prudente en sus sacrificios porque estaba preocupada en hacer que yo los aceptara».<sup>28</sup>

Cuando el amante insiste en presentar el sometimiento como un regalo, existe una demanda tácita, o a veces explícita de que el amado se sienta agradecido. En algunos matrimonios agotadores y pesados, una de las partes asume la superioridad moral del desinterés. El amado está atrapado por un sentido de deber o culpa. Él se siente incapaz de moverse, cree que escapar es imposible, pero en el fondo de su corazón se subleva.

No solo se siente sofocado, ahogado, sino que es agobiado por las vastas expectativas que la amante intenta imponerle; se le hace sentir su propia insuficiencia debido a la exagerada estima a la que está sujeto. Es agotador tratar de vivir acorde a las expectativas de los demás. Algunas veces el amado siente la necesidad de transgredir la imagen exaltada que se le ha impuesto, simplemente para corregirla. Puede buscar estímulo en otros lugares, diciéndose a sí mismo que busca horizontes más amplios. De este modo, recapitula la experiencia de previas separaciones de su familia «absorbente», encontrando a la amante ahora superficial, conformista y estrecha como alguna vez el adolescente encontró a sus padres.

<sup>27</sup> Aldous Huxley, *The Gioconda Smile [La sonrisa de Gioconda]* [c. 1920] en *Crome Yellow and Other Works* (Nueva York: Harper & Row, Colophon Books, 1983), 159-160.

<sup>28</sup> Benjamin Constant, citado en *The Second Sex [Segundo sexo]* de Beauvoir, 728.

La amante, al sentir la deserción del amado, reconoce que ha cambiado al someterse; sabe que no puede ser considerada un objeto de deseo. Su libertad e independencia han cedido paso a la servidumbre, y ya no es percibida como fascinante o deseable. Sabiendo esto, la amante puede intentar abandonar y pretender «hacerse la difícil». Este es el consejo que las madres dan a sus hijas, y este es el tema de las comedias de Hollywood. En las películas, la táctica es definitivamente exitosa; en la vida, puede o no serlo. Pero, incluso si es exitosa, la táctica deja a la amante información nueva —y poco deseada—; ahora ella sabe que no puede ceder ante el impulso de sometimiento absoluto de manera segura.

Si los amantes se entregan a un sometimiento mutuo y sostenido, deja de existir el *otro* autónomo que puede servir como un camino hacia la trascendencia. Relaciones así, sin ningún sustento externo, que subsisten casi exclusivamente en espejo, caen en el hastío. El aburrimiento es el resultado de muchas relaciones, en parte debido a que el contenido intrínseco del *self* no es ilimitado. Algunos amantes contrarrestan tal aburrimiento al cultivar una pasión conjunta por ciertos entretenimientos, basando su mutualidad en la estructura externa de juegos o una vida social compartida, pasando el tiempo placenteramente. Al exteriorizar la mutualidad, contrarrestan el vacío amenazador.

\*\*\*\*\*

El sometimiento es una parte integral del amor, al menos por momentos, ya que permite, de no alcanzarlo, una aproximación a la fusión. Ningún amor puede ser sostenido sin aquellos momentos periódicos en los que los amantes sienten que han alcanzado la unión —la sensación de que son uno—.

Para aquellos que tienen la capacidad de someterse, se vuelve problemático y no estimulante o enriquecedor solo cuando es el único objetivo del amor. Para ellos, paradójicamente, el amante se preocupa solo del *self* y no de la amada. El amor verdadero es, en última instancia, otorgar la subjetividad absoluta al *otro*, lo que exige que cada amante mantenga una identidad lo suficientemente separada para servir recíprocamente como un objeto de trascendencia y de sometimiento. El amante no solo debe tener la capacidad de idealizar al amado; también debe mantenerse digno como un objeto de idealización. El sometimiento unilateral está condenado. El amor no puede servir como una religión; el amante no puede redimirse únicamente a través del sometimiento. El amante se desilusionará o el amado se agobiará; cualquiera que suceda primero, el amor quedará destrozado o se convertirá en un tormento obsesivo. Por eso, si bien someterse es indispensable en el amor apasionado, debe ser medido, intermitente y recíproco para que el amor dure.



Los amantes afortunados son capaces de oscilar en el continuo entre la fusión y la separación con relativa facilidad. Se encuentran mejor equipados para resolver la paradoja de cómo alcanzar la fusión y aun así mantener la autonomía. Así como el sometimiento implícito en el amor, la magnitud del impulso no es para todos igual, ni necesariamente el mismo para una persona en momentos distintos de su vida. Para algunos, el amor se acerca a una abdicación total del *self*; para otros, tal abdicación es absolutamente inverosímil. Estas diferencias, como veremos, dependen de la edad, del género, de la cultura y de la psicología individual.<sup>29</sup> Estas no son variantes insignificantes; son decisivas tanto para la habilidad como la inhabilidad para amar —de dejarse llevar o no— y para la magnitud del peligro al que uno se expone cuando se abre al amor.

---

<sup>29</sup> Esto será discutido más ampliamente en el capítulo 11.



## CAPÍTULO 7

### El vínculo entre el amor y el poder

El amor y el poder parecerían ser mutuamente excluyentes. Una relación amorosa puede conseguirse únicamente por decisión mutua, la cual requiere que ambos participantes sean sujetos soberanos. Incluso si alguien de un estatus muy alto se enamora de alguien de un estatus más bajo, el mismo acto de amar borra el poder diferencial externo. En contraste, una relación de poder se basa en la dominación de una persona por otra; la pareja dominante intenta efectuar, a través de la dominación o el control, lo que los amantes buscan a través de la gracia mutua. Aun así, a pesar de la aparente disyuntiva entre el amor y el poder, el amor nunca se encuentra completamente libre de la influencia del poder y muchos amantes son corrompidos por él.

Cada vez que existe la posibilidad de establecer prioridades, y siempre las hay en cualquier relación humana, se establece un equilibrio de poder o nace una lucha por él. Las relaciones de poder son terreno de la experiencia humana. El poder puede estar relacionado con los roles —como en el caso del profesor y el alumno, el jefe y el empleado—; con la edad —la poderosa pendiente que opera tanto en contra del muy joven como del muy anciano—; puede verse afectado por factores sociales, sexuales, físicos o financieros o puede estar relacionado solo a la fuerza de la personalidad. Debido a que todas las relaciones involucran equilibrios de poder, también lo hacen todas las relaciones amorosas. La relación de poder en el amor puede ser discutida por los amantes o no; quizá no alcance siquiera un grado de conciencia. Sin embargo, cualesquiera sean sus términos y sin importar si los amantes son concientes de estos, el equilibrio —o desequilibrio— del poder es un hecho de la vida, y del amor.

Aquellos amantes que han alcanzado un grado de felicidad y estabilidad en su relación, por definición han llegado a un equilibrio factible de poder a menudo tan sutil y aparentemente automático en su funcionamiento, que ni los amantes mismos, ni los que se encuentran fuera de la relación, pueden siquiera notarlo. Algunas veces el entendimiento de los amantes no es el mismo que el de los observadores externos a la relación. En una relación, en la cual dominaba la mujer y con la cual

me encuentro muy familiarizada, tanto el esposo como la esposa creían que él era la fuerza dominante. Ambos estaban más cómodos al asegurar que su relación formaba parte de la expectativa *cultural* que prevalece, la de la dominación masculina y la subordinación femenina, a pesar de su equilibrio real de poder. Por complicados, variados y sorpresivos que sean los acuerdos hechos por los distintos amantes para alcanzar el equilibrio del poder, el único criterio que puede utilizarse para juzgarlos es si los amantes mismos están satisfechos con que ni uno ni otro esté siendo explotado en exceso.

Un equilibrio de poder es siempre delicado y puede ser fácilmente alterado por pequeños cambios intrapsíquicos o interpersonales. Incluso cuando un equilibrio parece ser seguro, puede ser alterado y dar lugar a una lucha por el poder. Uno debe también recordar una lección del movimiento feminista: el equilibrio de poder que sirve para estabilizar al amor puede simultáneamente obstaculizar el desarrollo individual de uno de los amantes.

La manera más común en que el amor se contamina por el poder se manifiesta en el tira y afloja, la lucha por el poder dominante que con tanta frecuencia ocurre cuando el amor está decreciendo. Cuando, por ejemplo, las expectativas despertadas en el amor apasionado no se satisfacen, el deseo de dar y sacrificarse por la persona amada se convierte en resentimiento y deseo por recibir. Luego, los amantes ingresan en una lucha por el poder por miedo a ser engañados o cambiados súbitamente. La mutualidad es reemplazada por una lucha por la prioridad. En este caso, no es tanto una cuestión del amor que se entrelaza con el poder, sino del amor que fracasa y, en consecuencia, el surgimiento de una lucha por el poder.

Sin embargo, las luchas de poder no necesitan esperar a que muera el amor; el poder participa en este de una manera específica del amor. Así como existe un impulso por someterse en el amor —«Soy tuyo»—, también existe un deseo de posesión —«Quiero poseer tu cuerpo y tu alma»—. El deseo de posesión, dramático y supremo en la lujuria, es, en algún grado, un componente del amor. El amante, por definición, ansía el consuelo de la persona amada, su protección y su reconocimiento, y así se podría decir que él depende de ella. Consecuentemente, él quiere poseerla, quiere atarla a él permanentemente, controlarla y, de ese modo, asegurar su «amor» por él. El amor puede desencadenar un hambre insaciable, un deseo por devorar a la persona amada. Este es el significado de la salvedad de Sócrates sobre el amor, ya notada en la introducción: «Así como los lobos aman a las ovejas, los amantes aman a sus amores».<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Phaedrus* [*Fedro*], en *The Works of Plato*, Vol. 3, 397.

Pero, en el fondo, al mismo tiempo que el amante lucha por ejercer un poder tiránico sobre la persona amada, él mismo es cautivado, esclavizado y poseído. Él es capturado por ella y por su hambre por ella. En la medida en que se siente amenazado por su sentimiento íntimo de impotencia, este puede intensificar sus intentos por dominar, creando de esta manera un círculo vicioso del cual es cada vez más difícil escapar. La voracidad y la posesión, por un lado, y la fascinación, por el otro —el instinto por el poder y el sentimiento de impotencia—, son cualidades que parecen ser parte de la naturaleza esencial del amor apasionado.

El poder debe considerarse una parte integral del amor, pero no debería ser confundido con la agresión o el odio. El amor puede, de hecho, conciliar un elemento de resentimiento en la dependencia implícita al amar y puede degenerar en odio, pero se encuentra más fundamentalmente conectado con el poder. Cuando el amor *está* contaminado por la agresión, el resultado son relaciones sadomasoquistas y simplemente de dominación-sumisión.

El poder, entonces, puede ejercerse en el amor y estar al servicio de varias metas distintas, pero relacionadas, entre las cuales se encuentran el deseo por poseer, el deseo por conservar autodeterminación y autonomía —cuando se enfrenta con el impulso interno por someterse—, el deseo de prioridad o el deseo —particularmente cuando el bochorno inicial del amor se ha desvanecido— de obtener tanto como uno entrega. La dominación y la sumisión son maniobras para alcanzar estos fines —aunque sean los lados opuestos de una moneda—.

### LA NATURALEZA DEVORADORA DEL AMOR

El amor libera urgencias y fantasías primitivas. Entre ellas se encuentra el hambre devorador del amante por la persona amada, el cual, junto a la urgencia por ser esclavizado, conforman el lado oscuro del amor. Esto se debe a que, en todo amor apasionado, el amante depende de la satisfacción por parte de la persona amada, y *solo* de ella. En medida en que el amor debe ser sostenido por la necesidad y la dependencia, siempre involucra un poder diferencial. El amante, al sentirse embelesado, es llevado a poseer a la persona amada. En su corazón siente que solo la posesión garantizará la satisfacción y dará cese a la «rueda del deseo».<sup>2</sup> Por eso, la urgencia por poseer parece ser parte del deseo.

---

<sup>2</sup> La frase se encuentra en *Passion: An Essay on Personality* de Roberto Mangabeira Unger (Nueva York: Free Press, 1984), 151.

El peligro para el amante —al sentir que otra persona tiene poder sobre él— lo lleva a contraatacar al intentar imponer su voluntad sobre el otro con la finalidad de equiparar el poder diferencial. Impotente, crea resentimiento, ira, todas las emociones que tienden a destruir la posibilidad misma del amor, el cual las ha desencadenado en un principio.

Morgenthau sugiere una hipótesis escalofriante, pero convincente: «Un elemento irreducible de poder es requisito para construir una relación de amor estable, la cual sin él no sería nada más que una sucesión de exaltaciones precarias. De esta manera, sin el poder, el amor no podría persistir; pero a través del poder, el amor es corrompido y amenazado con ser destruido».<sup>3</sup>

Mientras que el deseo de posesión es una parte intrínseca a la voracidad en el amor, también es una perversión de este. La posesión es una forma de negar la humanidad, la subjetividad, la individualidad, llamémosla así, del *otro*; como tal, determina el respeto por el *otro* y, por lo tanto, el valor del reconocimiento y la apreciación que el amante requiere del *otro*.

El deseo de posesión con frecuencia lleva al amante a reclamar que la persona amada lo ame únicamente a él. En última instancia, sin embargo, esto no es posible. W. H. Auden, en *1 de septiembre de 1939* escribe:

Lo que escribió Nijinsky enojado  
Sobre Diaghilev  
Es la verdad del corazón normal,  
Ya que el error criado en el hueso  
De cada mujer y cada hombre  
Anhela lo que no puede tener  
No amor universal  
Sino ser amado solo.<sup>4</sup>

Incluso sin evidencia concreta, el amante naturalmente sabe que la persona amada no existe únicamente para él: el corazón humano, por naturaleza, no ama exclusivamente. Incluso si la persona amada otorga prioridad al amante sobre el *self*, ella todavía es movida por las consideraciones de los otros; aprecia a otras personas además de su amante, ya sean sus padres, hijos o el recuerdo de amantes anteriores. Y su «infidelidad» inquieta al amante.

El amante puede desconocer su necesidad por poseer a la persona amada —la posibilidad puede incluso negarse— hasta el preciso momento en que él siente que su posesión se ve amenazada. En *La condición humana*, ambientada en los primeros días

<sup>3</sup> Morgenthau, «Love and Power» en *The Restoration of American Politics*, 10.

<sup>4</sup> W. H. Auden, «September 1, 1939», citado por Philip Thody en *Roland Barthes*, 150.

de la Revolución China, Malraux presenta una de las primeras narraciones ficticias de lo que se ha llegado a conocer como una relación «abierta». Para su sorpresa y disgusto, el esposo, Kyo, se encuentra arruinado por la confesión de infidelidad sexual de su esposa, May, la cual él experimenta como una grieta entre ellos.

“Tengo que confesarte algo que probablemente vaya a molestarte un poco [...]”

Apoyándose en su codo, él le dio una mirada interrogatoria. Ella era inteligente y valiente, aunque con frecuencia torpe.

“Finalmente cedí ante Langlen y me encamé con él esta tarde”.

Él se encogió de hombros como diciendo: “Ese es tu romance”. Pero su gesto, la expresión tensa en su rostro, contrastaba con su indiferencia.<sup>5</sup>

La libertad que él le había conferido había sido dada para que *no* fuese ejercida; por debajo de su acuerdo superficial de libertad mutua, él quería que ella le perteneciera.

Lo esencial, lo que lo angustiaba, era que él había sido de pronto separado de ella, no por odio —aunque existía odio dentro de él— ni por celos (¿o esto eran justamente celos?), sino por un sentimiento que no tenía nombre, tan destructivo como el tiempo o la muerte: él no podía volver a conseguirla.

Ella se estaba alejando de él por completo. Y, quizá debido a eso, el antojo feroz de un intenso contacto con ella lo cegaba; un contacto, sin importar de qué clase —incluso uno que pudiera llevar a sustos, gritos, golpes. Él se levantó y fue hasta ella. Él se sabía en un estado de crisis, que quizá mañana ya no entendería nada de lo que estaba sintiendo ahora, pero él se encontraba frente a ella como frente a un lecho de muerte; y como hacia un lecho de muerte, instintivamente se arrojó hacia ella: para tocar, sentir y retener a aquellos que te están abandonando, para aferrarse a ellos.<sup>6</sup>

En otros momentos, para otros amantes, la necesidad de posesión es experimentada de manera mucho más conciente. Al intentar poseer a la persona amada, el amante expone su anhelo por ingresar por completo en el campo de la pareja; él obstruye cualquier fuerza que pueda crear una grieta entre ellos. Él se siente justificado en sus reclamos a ella, su necesidad de que ella deba pertenecer única y exclusivamente a él. El amante presume que la persona amada debe existir solamente para su beneficio. La fuerza de esta pasión posesiva, justificada como un derecho, puede ser solo comparada a los reclamos omnívoros del infante omnipotente, o a aquellos del niño edípico. El amante cree que la persona amada está obligada a él, que de hecho le debe lo que él quiera, y esto lo lleva al violento sentimiento de traición cuando sus deseos no son cumplidos.

<sup>5</sup> Malraux, *Man's Fate [La condición humana]*, 45.

<sup>6</sup> *Ibid*, 50.

El siguiente fragmento de *Retrato de una dama*, cuando Isabel Archer reflexiona sobre el distanciamiento de su esposo, Gilbert Osmond, nos da la imagen de un esposo decepcionado del amor por su incapacidad de poseer a su esposa:

[...] ella podía ver que él estaba inefablemente avergonzado de ella... La verdadera ofensa, como ella finalmente percibió, era que ella tuviera una mente por sí misma. Su mente debía ser de él —estar pegada a la suya como un pequeño jardín a un parque de ciervos. Él rastrillaría la tierra gentilmente y regaría las flores; él desyerbaría los canteros y ocasionalmente juntaría un ramillete. Sería una bonita propiedad para un propietario de ya mucho alcance. Él no deseaba que ella fuera estúpida. Por el contrario, era porque era lista que lo había complacido. Pero él esperaba que su inteligencia operara siempre a su favor [...] Él había esperado que su esposa sintiera con él y por él, que compartiera sus opiniones, sus ambiciones, sus preferencias.<sup>7</sup>

¿Cuáles son los factores psicológicos que intensifican la necesidad de posesión? El amor siempre está ensombrecido por el miedo del amante de no poder continuar complaciendo a la persona amada, de ofenderla y poder incluso perderla, y en ocasiones el amante tiene razón de intuir una posible amenaza a la relación. Sin embargo, algunos amantes tienen una vulnerabilidad psicológica que los lleva a sentir una fragilidad en el amor en donde realmente no existe una. En la medida en que un amante teme al rechazo —quizá porque siente que no vale la pena— o tiene necesidades de dependencia exageradas, su resentimiento será magnificado y su predisposición por invocar el poder será exagerada. Para algunos, particularmente para aquellos con una predisposición neurótica, el miedo de dependencia puede evolucionar en terror. En un intento desesperado por despejar este desastre, el amante intenta alcanzar la permanencia a través de la manipulación, ya sea mediante la dominación o la insinuación. Esto, por supuesto, es análogo a las estrategias que impiden abrirse en el cortejo, pero ocurre mucho después. Por otro lado, aquellos amantes, cuyas necesidades de dependencia ya se presentaban en la infancia, pueden sentirse menos amenazados posteriormente en la vida cuando ingresan a una relación en la cual ellos son, una vez más, dependientes. Consecuentemente, ellos son menos propensos a recurrir a juegos de poder en defensa propia.

Mientras más inseguros los amantes, más volátiles y fuera de control pueden volverse sus sentimientos. El poder es buscado frenéticamente en un esfuerzo por estabilizar y conservar el amor, de aferrarse a la persona amada. Al temer al rechazo, al intentar impedir el final de un amor, o al estar vulnerable a alguna lesión narcisista,

<sup>7</sup> Henry James, *The Portrait of a Lady* [*Retrato de una dama*] [c. 1881], editado con una introducción de Geoffrey Moore (Nueva York: Penguin Books, 1984), 481.



el amante hace uso de cualquier poder que tenga —personal, físico, financiero, social— para aferrarse a la persona amada y controlarla. Sin embargo, los miedos presentes en el amor pueden no ser experimentados conscientemente; de hecho, el impulso del amante por dominar enmascara su miedo; el acto de dominación le permite sentirse fuerte y percibir a la persona amada como débil. De manera similar, el adicto que utiliza drogas para aliviar ansiedad o depresión puede hacerlo de tal forma que nunca note sus sentimientos subyacentes.

### DOMINACIÓN Y CONTROL AL SERVICIO DE LA POSESIÓN

La necesidad de posesión del amante adquiere muchas formas; puede manifestarse como dominación o sumisión. Al intentar dominar o controlar a la persona amada, el amante puede prometer beneficios —retribuciones financieras o acceso social—, amenazar con desgracias si esta no cumple, coartarla físicamente —golpes—, o incluso apelar a algunas autoridades externas —religiosas, legales o familiares—. Él puede intentar dominar a la persona amada y someterla sexualmente. El amante puede también utilizar la insinuación con halagos o la seducción de su encanto personal.

Fuera de su deseo por poseerla exclusivamente, el amante puede intentar separarla de sus otros seres queridos. Él puede ofenderse por la contribución de ella con sus padres o hijos; desaprobador a sus amigos cercanos y puede, abierta o secretamente, subvertir sus relaciones; siente celos si ella elogia a alguien más; menosprecia sus intereses, a lo mejor para ser capaz de controlarla. Él quiere saber en dónde se encuentra a cada instante. En público, su brazo sobre su hombro significa posesión, no intimidad. En un cóctel, si el amante la ve conversando con un rival imaginario, se apresura a estar a su lado. Después provocará una escena. Él está al tanto de su ropa y le prohíbe usar el vestido negro ceñido; él lo encuentra muy sensual, pero racionaliza su censura al calificar al vestido de vulgar.

En el capítulo anterior, escribí sobre el sometimiento de Juliette Drouet a Víctor Hugo. Si bien ella necesitaba ser prisionera, él ansiaba ser captor. Al embarcarse en lo que parecía ser un romance alegre, él le declaró: «Si alguna vez el amor fue completo, profundo, tierno, ardiente, inagotable, infinito, ese fue el mío».<sup>8</sup> Aun así, él no era tan fácil de satisfacer como declaraba y demostró ser un amante celoso y posesivo, trastornado por los romances pasados de Drouet y su extravagancia con el dinero. Hugo y Drouet se atormentaban el uno al otro, separándose y reconciliándose. Pero luego, Hugo concibió un plan para la «redención» de Drouet y ella empezó a

---

<sup>8</sup> Josephson, *Victor Hugo*, 205-206.

desear la «remisión». Él asumió salvarla utilizando medidas espartanas. De acuerdo a uno de sus biógrafos,

[...] lo peor de todo era la forma de encarcelamiento que el tirano había impuesto ahora sobre ella. Mientras que Víctor Hugo se comprometía completamente a ella y ella se volvía una parte inextricable de su vida, sus celos “españoles” la perseguían. Él la separó de sus antiguos amigos, tanto de los hombres como de las mujeres; la vigilaba, llegaba en momentos inesperados; exigía que ella viviera sola, esperando por él en todo momento. Ella estaba encerrada, como la concubina de un déspota oriental, recibiendo a nadie más que a su amo y señor.<sup>9</sup>

Él incluso la obligó a ahorrar dinero en combustible, por lo que en el apartamento en el cual él la había instalado hacía, con frecuencia, frío. Y así mantuvo a su ruiseñor cautivo por doce años, desde 1834 hasta 1846. A pesar de que no le permitía compartir su vida pública, practicaba sus discursos con ella, le mostraba su finura antes de que hiciera sus apariciones en público y aparentemente la amaba. ¿Cuál fue la verdadera razón para dejarla salir? Se ha sugerido que quizá él finalmente sintió que ella había sido redimida o, más cínicamente, que su belleza se había desvanecido.<sup>10</sup> Ella temía, probablemente de manera correcta, que él ya no la amara tanto. Su «fidelidad» hacia ella terminó, a pesar de que su fuerte vínculo duró toda la vida.

Ejemplos tan extremos como este no son difíciles de encontrar; Françoise Gilot, al escribir sobre sus diez años con Pablo Picasso, lo describe como el amo absoluto de todas las tácticas de dominación. Picasso nunca vivió con Dora Maar, la querida precedente —y simultánea— a Gilot, pero la mantenía siempre en espera. De acuerdo a Gilot, Maar «nunca sabía si iba a almorzar o cenar con él —no con una comida de anticipación— pero ella debía permanecer en un estado de disponibilidad permanente, de tal manera que si él llamaba o iba a su casa, la encontraría ahí. Pero ella no podía simplemente aparecerse en su casa, o llamarlo por teléfono para avisarle que no estaría disponible para cenar esa noche».<sup>11</sup> Una de las primeras ideas que Picasso tuvo de Gilot fue que ella debería de vivir con él secretamente, vestida de negro, con un velo sobre su rostro, para que de esa manera nadie más la tuviera. «Él tenía la idea de que si alguien espreciado para ti, debes mantenerlo solo para ti, porque todos los contactos accidentales que ella pueda tener con el mundo exterior de alguna manera

<sup>9</sup> Ibid, 219.

<sup>10</sup> Ibid, 258.

<sup>11</sup> Françoise Gilot y Carlton Lake, *Life with Picasso* (Nueva York: New American Library, Signet Books, 1965), 80.

la opacaban y, en cierto grado, la estropeaban para ti».<sup>12</sup> No obstante, la posesión nunca lo satisfizo y aparentemente se encontraba siempre involucrado con más de una mujer. Él también parecía ser incapaz de cortar los lazos con las mujeres que había descartado, profiriéndoles suficiente interés o estímulo para mantenerlas vinculadas a él. Gilot pudo haber sido una de las excepciones en su habilidad de haber finalmente cortado con él.

Picasso no se encontraba solo en su demanda por disponibilidad en cada llamada. Muchos hombres y algunas mujeres buscan esto, particularmente en su esfera sexual. Cuando yo estaba creciendo, en los años cincuenta, los hombres todavía se sentían libres de manifestar tal deseo de posesión total y control sin disimulo: «Mantenla embarazada en el verano y descalza en el invierno».

Aún existe otra fantasía por ejercer un control absoluto sobre la persona amada; esta puede ser hallada en varias versiones de la leyenda Galatea y Pigmalión. En la historia griega, un rey misógino, que era también escultor, talló una escultura de marfil de una mujer, de la cual se enamoró. Él rezó a Afrodita para que le diera vida a la estatua, y se casó con esta criatura de su propia invención. Se encuentran variaciones de este tema en la *Metamorfosis*, de Ovidio; *The Earthly Paradise*, de William Morris; *Pigmalión y Galatea*, de W. S. Gilbert; y en *Pigmalión*, de George Bernard Shaw, así como en su adaptación musical, *My Fair Lady*. La historia de Trilby y Svengali es una siniestra variación de la historia de Galatea y Pigmalión: Svengali controla el canto de Trilby por medio de sus poderes hipnóticos. En cierto aspecto, estas pueden ser consideradas historias pervertidas de transformación, en las cuales la persona amada no cambia por un proceso intrapsíquico, sino por la acción del amante sobre ella; ella es creada de acuerdo a las especificaciones de él y a sus deseos.

La fantasía de Pigmalión no siempre permanece en el campo de lo imaginario; es representada, con mayor frecuencia de lo que imaginamos, en una u otra forma simbólica. Sin embargo, la variadas Galateas no permanecen siempre en sus roles subordinados; ellas pueden rebelarse, escapar o cambiar los papeles. Las versiones de la historia de Pigmalión son quizá principalmente observadas en el mundo del teatro o el cine, cuando un director de cine, un agente o un manager se compromete a rehacer o inventar a una actriz. Edward Judson cambió el peinado de Rita Hayworth, la convirtió en un símbolo sexual y se casó con ella. Se dice que John Derek cambió a cierto número de estrellas glamorosas, incluyendo a sus esposas Linda Evans y Bo Derek; y Sonny manipuló a Cher. Pero, para mí, la más interesante dentro de las historias de Pigmalión provenientes de la industria del cine es la de la relación entre Marlene

---

<sup>12</sup> Ibid, 76.

Dietrich y el director Josef von Sternberg, en parte debido a los cruces entre sus vidas y sus películas. Su historia, como aquellas de otras parejas del cine y algunas variantes de la leyenda de Galatea y Pigmalión, revela las complejidades y ambigüedades de las motivaciones de ambos protagonistas, así como los cambios que su relación puede sufrir. Y, como argumentaré más adelante, quizá es la emoción de jugar a Pigmalión lo que predispone a algunos terapeutas hombres a enamorarse de sus pacientes mujeres o, cerca de eso, de involucrarse sentimentalmente con ellas.

Josef von Sernberg, al haber visto actuar a Dietrich, peleó para ella que tuviera el papel de Lola Lola en *El ángel azul*, en la cual Emil Jannings tenía el papel principal. Marlene Dietrich era una actriz de poca monta, mientras que Emil Jannings era una de las estrellas supremas de su época. Von Sternberg insistió en el papel para Marlene Dietrich, a pesar de la oposición de todos las demás personas involucradas en el filme, incluyendo a Jannings. Años después, se reportó que Dietrich había dicho: «Él solo tenía una idea en mente: tomarme del teatro y convertirme en una estrella de cine, volverse mi Pigmalión».<sup>13</sup> Ella arguye que él se encontraba originalmente atraído por una resistencia interna o un retraimiento que él percibió en ella; ella no pensaba que tenía la oportunidad de obtener el papel y por eso no se saldría de su camino para tratar de obtenerlo. Existe, a pesar de su explicación circunstancial, una reserva interior básica que uno percibe en ella, por lo menos en sus películas. Con suficiente ironía, el papel que von Sternberg tenía en mente para su Galatea era el de Lola Lola, el clásico retrato de una mujer como seductora y castradora. De acuerdo a uno de los biógrafos de Dietrich, von Sternberg «ya enamorado de su estrella, parecía obsesionado, drogado durante la filmación».<sup>14</sup> El vínculo romántico y profesional entre Dietrich y von Sternberg fue complejo desde sus inicios; se dice que a pesar de que von Sternberg era propenso a obsesiones románticas con mujeres, estas relaciones eran complicadas por el hecho de que él también «menospreciaba a las mujeres desde una posición de macho».<sup>15</sup>

*El ángel azul* hizo de Dietrich una estrella. Von Sternberg la trajo a Hollywood, en donde se comprometió a remodelarla por completo. Se le dieron instrucciones de perder catorce kilos; le movieron los dientes para acentuar sus pómulos, los cuales también fueron perfilados; sus cejas fueron depiladas y pintadas altas en su frente; su nariz fue sombreada para hacerla ver más delgada; y su pelo fue espolvoreado con oro

<sup>13</sup> Donald Spoto, *Falling in Love Again: Marlene Dietrich* (Boston: Little, Brown, 1985), 21. Mi informe de Dietrich y von Sternberg está en gran medida trazado a partir de *Marlene: The Life of Marlene Dietrich* de Spoto y Charles Higham (Nueva York: W. W. Norton, 1977).

<sup>14</sup> Higham, 89.

<sup>15</sup> *Ibid*, 89.

en polvo. Mientras filmaban las series de fotografías que hicieron a ambos famosos, von Sternberg forjó la imagen que la haría, junto a Garbo, una de las mujeres más glamorosas de su época. Él se hizo conocido por las innumerables tomas que exigía antes de estar satisfecho con cualquier secuencia filmica, enfocándose particularmente en iluminar a Dietrich de tal manera que sobresaliera su belleza. Esta iluminación fue tan efectiva que Dietrich insistió en ella incluso a los sesenta o setenta años, cuando montó un acto de cabaret que recorrió el mundo. De acuerdo a Sam Jaffe, von Sternberg hizo las escenas con Dietrich una y otra vez «no para iluminarla, sino para asegurarse de que ella era perfectamente glamorosa. En mi opinión, él es completamente responsable de la Dietrich que el mundo conoce». <sup>16</sup>

Suficientemente revelador, en 1924, cinco años antes de que von Sternberg se hubiera siquiera fijado en Dietrich, él había escrito y publicado su propia versión de la historia de Galatea y Pigmalión, un cuento llamado *The Waxen Galatea*. Como lo reportó Donald Spoto, es la historia de un hombre tímido que se enamora de un maniquí de cera de una tienda de ropa. Todos los días, él observa anhelante esta figura, pero eventualmente se encuentra a una mujer que es la encarnación de la figura de cera y se enamora de *ella*. Al seguirla, él ve que ella se encuentra con otro hombre y es humillado. Herido hasta el tuétano, él jura nunca volver a amar a nadie, excepto a la figura sin vida del maniquí. Como Spoto señala, «el director [...] hizo hincapié en el triste destino del amante que idolatra, condenado a considerar un amor idealizado e inalcanzable». <sup>17</sup> En cierto modo, la historia parece haber profesado la relación de Sternberg y Dietrich. Claro que existían impedimentos externos a su relación, incluyendo el hecho de que ambos estaban casados con otras personas. Cuando la esposa de Sternberg le pidió el divorcio, el esposo y la hija de Dietrich fueron traídos desde Alemania para suavizar las apariencias y dar la impresión de que ella tenía un matrimonio feliz. Pero, esposos a un lado, la relación entre Dietrich y von Sternberg parecía haber sido turbulenta en sí misma, particularmente debido a que él era posesivo y ambivalente. De acuerdo a un informe, en un momento que von Sternberg sintió que estaba perdiendo a Dietrich, sufrió de insomnio y parecía encontrarse al borde de una crisis nerviosa. La ruptura final en su relación íntima ocurrió a mediados de los años treinta; algunos dicen que ella lo abandonó vergonzosamente. Von Sternberg nunca se recuperó profesionalmente, pero Dietrich, al haber realizado una de sus mejores películas con Sternberg, disfrutó de una distinguida carrera sin él.

---

<sup>16</sup> Citado en *ibid*, 103.

<sup>17</sup> Spoto, *Falling in Love Again*, 31.

Los sentimientos militantes de von Sternberg hacia las mujeres, su postura vacilante frente a ellas y su preocupación por la dominación y el sometimiento no solo afloraron en su relación con Dietrich, sino en los personajes femeninos que creó para ella. La subyugación y la dominación no se ilustran en ninguna otra parte mejor que en aquellas películas de von Sternberg y Dietrich.

Describí *El ángel azul* en el sexto capítulo, pero variaciones del tema se encuentran a lo largo de las películas de von Sternberg con Dietrich. La película que siguió a *El ángel azul*, *Morocco*, es casi una reescritura de su historia de Galatea. En ella, el personaje de Marlene Dietrich primero aparece como una figura de Lola Lola: goza de una superioridad emocional absoluta sobre el muy rico y elegante Adolphe Menjou. Pero el desenlace de esta película es diferente del de *El ángel azul*. Dietrich no destroza a Menjou; ella se enamora del joven legionario Gary Cooper y, al final, abandonando sus aspiraciones por el éxito mundano, sigue a su legionario al desierto dentro de grupo de mujeres nativas. Se ha señalado que von Sternberg se describió a sí mismo en el papel de Menjou, aquel hombre de mundo que pierde a su mujer, y que Menjou incluso se veía como von Sternberg. Pero en *Morocco*, la *dama negra* misma se convierte en una víctima sacrificada del amor, una que se somete absolutamente a su hombre. Los otros filmes de von Sternberg también capturan aquellas complejidades de la personalidad que pueden llevar a uno a actuar de modo secuencial como el seductor o la víctima, algunas veces dominante y cruel —o por lo menos distante—, y otras demasiado dispuesto a someterse. En la superficial película *Shanghai Express*, el personaje de Marlene Dietrich primero aparece como la *dama negra*. Separada de su amante por años debido a algún malentendido, ella se lo vuelve a encontrar y se da lugar al siguiente diálogo: «Bueno, Doc, he cambiado mi nombre». Él le pregunta si se ha casado y ella responde: «No, tomó más que un hombre cambiarme el nombre a Shanghai Lily». Ella explica: «La flor blanca de China, ha oído de mí, y siempre ha creído lo que ha escuchado». Pero tan dura y severa como puede aparentar, ella cumple con los avances del villano chino para rescatar al hombre que aún ama —otro caso de noble sacrificio—. Aquí, von Sternberg ha retratado a la prostituta como Magdalena y, como el espectador de la película notará, el verdadero nombre de Shanghai Lily es Magdalena —la *dama negra* desarmada renace como la *doncella*—. Parte de lo que emerge en el trabajo de von Sternberg es su intuición en la vulnerabilidad psicológica que, paradójicamente, puede dar lugar a su contrario en acción y apariencia.

En la vida como en las películas, la representación posesiva de escenarios dominantes del amante no oculta su necesidad. A pesar de su creencia manifiesta de que la persona amada ha ingresado a un pacto irreversible con él, el amante posesivo oculta su seguridad con su comportamiento. Al intentar reforzar lo que debería ser automático,

el amante asegura que su despliegue de fuerza se convierta en un emblema de su debilidad. La magnitud de su debilidad y necesidades abiertas son a menudo aparentemente fáciles tanto para otros como para el amante mismo. Cuando el amante intenta contrarrestar su sentimiento de subyugación —esclavitud— con su poder en la dominación, viaja en un vano círculo vicioso. La debilidad que subyace a la necesidad de controlar y a los aspectos condenados de esa necesidad quizá no esté en ningún lugar mejor claramente expresada que en la canción popular: «*I'm goin' to buy a paper doll that I can call my own; a doll that other fellows cannot steal. And then the flirty, flirty guys with their flirty, flirty eyes, Hill have to flirt with dollies that are real*» —Voy a comprar una muñeca de papel que pueda ser mía; una muñeca que otros compañeros no puedan robar. Y entonces, los muchachos coquetos, muy coquetos con sus ojos coquetos, muy coquetos tendrán que coquetear con muñequitas que sean reales—.

Si bien la dominación puede asegurar posesión, actúa para destruir al amor en, por lo menos, dos formas distintas. Primero, al asegurar su propia superioridad, el amante puede socavar el valor de su persona amada y terminar por destruir sus razones para exaltarla y admirarla. Para algunos amantes, el amor solo puede ser experimentado como un anhelo, debido a que la reciprocidad es interpretada invariablemente como sumisión, la cual automáticamente genera devaluación. El ejemplo clásico es aquel del cantante famoso por sus lujosos e intensos cortejos; el problema era que él perdía total interés tan pronto como su conquista era lograda. Se decía que él se tranquilizaba en sus trágicos romances al escuchar —mientras mantenía relaciones sexuales— cintas de él cantando. Quizá no se trataba únicamente de su narcisismo: él puede haber sentido la necesidad de recordarle a su mujer quién era él realmente. Y él se sentía libre de disponer de sus devaluadas novias al pasarlas a sus amigos. Su amor más profundo fue por una mujer que no permaneció tranquila por tiempo suficiente como para ser poseída y era incluso más promiscua que él.

En segundo lugar, incluso si el amante dominante es capaz de preservar la idealización de la persona amada, él puede haber dejado de creer en la veracidad del amor que ella siente por él: al haberlo demandado, él no puede volver a experimentarlo como entregado libremente. Al tratar de manipular lo que no puede ser manipulado, de forzar lo que no puede ser forzado, el amante inadvertidamente corrompe la experiencia del amor. Cada amante desea ser amado de manera espontánea y por lo que él es, no como resultado de la coerción o por congraciarse. Sartre da en el punto del dilema del amor cuando sugiere que el amante desea poseer a la persona amada como un objeto y aun así, simultáneamente, que ella continúe siendo un sujeto libre —libre de amarlo—.

Recurrir a la dominación para asegurar el amor está condenado todavía por otra razón. Si bien lo que se busca es la posesión, el espíritu del *otro* es siempre inasequible; se hace visible solo a través del comportamiento. Por eso, el objetivo principal de la dominación debe ser controlar el comportamiento del *otro*. Sin embargo, esto no es suficiente para el amante inseguro; él teme a la resistencia invisible o al rechazo: «Tú debes poseer mi alma, pero no mi cuerpo». El único camino para salir del dilema es hacer metafísica la dominación. El amante debe intentar que el espíritu del *otro* sea completamente visible en el cuerpo, de tal manera que no exista la posibilidad de rechazos secretos, ni de retenciones. Cuando la dominación es «metafísica», el cuerpo no es solo un vehículo para el espíritu, es identificado *con* el espíritu. Si uno intenta usar el poder como el medio principal para la trascendencia, con frecuencia este adquiere la forma de la dominación sexual, como puede ser visto, por ejemplo, en las escrituras del Marqués de Sade.

Por las razones recién descritas, la posesión a través de la dominación nunca puede ser completamente satisfactoria. O bien el amor se desvanecerá, o el intento de dominar se intensificará, quedando condenado a nunca llegar a su meta. La intensificación es un círculo vicioso que lleva inevitablemente a los celos, exista o no una razón para ellos en el comportamiento o deseos ocultos de la persona amada. El deseo de asegurar la posesión y de garantizar la unión puede incluso tener como resultado los actos más extremos: el amante, en un intento desesperado por eliminar toda posibilidad de pensamiento o acciones independientes por parte de la persona amada, puede matarla —y a él mismo—, efectuando de esta manera literalmente una perversión de la *Liebestod*.

Algunas veces, la dominación se une al sadismo. Algunos individuos, ya sea por experiencias más tempranas o quizá por naturaleza, son incapaces de trascender relaciones ambivalentes. Para ellos, la ira es una parte íntima y necesaria de las relaciones, y puede salir a flote en forma de sadismo. Mientras que en la dominación el amante está motivado por asegurar la dependencia de la persona amada; en el sadismo, su objetivo adicional es causar la humillación de esta y descargar su propia agresividad. El sadismo sirve para aumentar el *self* a través de la degradación del *otro*. Los excesos del comportamiento a veces señalan los verdaderos móviles del amante. Consideremos, por ejemplo, al amante que, sobrecogido por el éxtasis, le pide a la persona amada que le dé un hijo. Tras el descubrimiento del consecuente embarazo, sin embargo, él insiste en que ella se someta a un aborto. También está el hombre, apasionadamente enamorado de su esposa, que estaba enfermizamente celoso de los romances que ella sostuvo antes de que se conocieran. Aun así, en una ocasión, él exigió que ella durmiera con un amigo suyo en su presencia, y que ella tuviera relaciones sexuales con el otro hombre



con abandono extático. Él quería poseer la sexualidad de su esposa por completo y así reducirla al estatus de una criatura, una esclava que ansiosamente esperara sus órdenes. Posteriormente, encolerizado, la llamó desvergonzada e indigna. Debido a que ambos sexos son vulnerables a las mismas desgracias en los primeros años de vida, las cuales pueden corromper la capacidad para amar, ambos pueden adoptar variantes masoquistas o sadistas del amor. Sin embargo, recurrir a la violencia, ya sea como un modo de dominación o como una expresión de ira, es mucho más común entre los hombres.

¿Cuáles son los efectos de la dominación en la persona amada? A pesar de que con suficiente frecuencia los objetos de tal atención encuentran un espacio para huir, están aquellos otros que son demasiado cobardes para liberarse. Algunas veces, también, ellos intuyen la cruda necesidad que subyace a la fuerza del amante y la racionalizan como amor puro (En el extremo, algunos estudiosos de casos sobre esposas maltratadas descubren que algunas de estas esposas encontraban la evidencia del amor de sus esposos en las golpizas que recibían.)

Se puede decir que el poder de la persona amada, al representar el papel del objeto de deseo inasible, es un tipo débil de poder, ya que depende siempre del continuo interés del amante en ella. Solo puede ser ejercido en la medida en que el amante permanezca insatisfecho, que no se le permita una posesión absoluta, y es con mayor frecuencia empleado a través del retraimiento sexual. Sin embargo, el amante sensato eventualmente se cansará del deseo insatisfecho. La fugacidad de este poder y las fantasías que este despierta e impone tanto en el objeto de deseo como en el admirador que lo idolatra son maravillosamente representadas en la película de Bertrand Blier, *Menage*. Bob (Gerard Depardieu) se entromete en una pelea entre un esposo, Antoine (Michel Blanc), y su esposa, Monique (Miou Miou), y se forma un triángulo instantáneo. Antoine adora a Monique, pero ella lo desprecia. Bob seduce a la pareja hacia una vida de crimen y, al mismo tiempo que Monique se está enamorando tanto del estilo elevado de vida como de él, él se está enamorando de Antoine. Para mantener sus nuevos bienes y su acceso a Bob, Monique alienta a Antoine para que se someta a Bob. El punto central de la película es el anhelo enfermizo de Bob por Antoine, el horror de Antoine —por las implicaciones homosexuales—, su final rendición y el resultado predecible: la necesidad de Bob por domesticar a Antoine y por lo tanto abandonar su canción de amor. Al sentirse abandonado, Antoine regresa el golpe. Tanto Bob como Antoine son denigrados por sus representaciones mutuas de modalidades de poder distintas. Una de los logros del filme está en desvincular la historia de la pasión que es domesticada cuando se realiza —y la corrupción del amor a través del poder— de su estereotipo habitual dentro de un marco heterosexual, y revelar la manera en que el poder actúa dentro del amor sin respetar el género de los protagonistas.

## LA SUMISIÓN AL SERVICIO DE LA POSESIÓN

La sumisión puede presentar las mismas metas de posesión que la dominación. Mientras que a menudo se cree que la sumisión no es nada más que una respuesta real a una posición subordinada —en este caso puede ser considerada simplemente como la única respuesta de adaptación posible para el más débil—, también es con frecuencia utilizada como una maniobra poderosa, expresada en una voz «pasiva». Así, la sumisión es una estrategia que, al igual que la dominación, consiste en una serie de maniobras psicológicas destinadas a controlar al *otro* o a obtener satisfacción de la dependencia. La diferencia entre ellas es que la sumisión sustituye a la manipulación como medio de control por la coerción o la fuerza. La estrategia del amante es complacer a la persona amada y convertirse en indispensable o retenerla mediante la culpa. El repertorio de estrategias de la sumisión incluye la seducción, los halagos, la adulación, la atención inmediata a las necesidades de la persona amada y la elevación de las prioridades de esta sobre las propias.

En la medida en que el amante puede inducir a la persona amada a depender de él, incluso a aprovecharse de él, el amante se siente indispensable y alcanza una especie de seguridad. Este se somete con el objetivo de aferrarse a su persona amada y ocasionalmente compartir su poder; siente una sensación de permanencia e importancia al ser indispensable para alguien importante. Sin embargo, esta manera de relacionarse con la persona amada necesariamente implica una sensación de empobrecimiento. A diferencia del impulso de sometimiento, cuyo objetivo es la trascendencia, la motivación aquí no es tan grandiosa. El amante no busca eliminar al *self* para que este renazca o se engrandezca, sino que busca aferrarse a un *self* truncado. La subordinación daña profundamente la autoestima, de tal manera que el amante puede verse obligado a recurrir a «ecualizadores» encubiertos, tales como aventuras amorosas.

Una modalidad sutil de poder, una que parece benevolente en comparación con otras modalidades, es aquella disfrazada de cuidado. Algunos amantes son extremadamente protectores, con el objetivo de disfrazar sus sentimientos subyacentes e inaceptables de dependencia. El amante satisface la inclinación de la persona amada hacia la dependencia al asumir el rol del indulgente proveedor de bienes materiales y emocionales. En ocasiones, esto camufla una condescendencia conciente o una alabanza de la persona amada; sin embargo, más frecuentemente enmascara una profunda identificación con los deseos de dependencia que esta presenta.

En casos como este, el «nosotros» parece estar conformado por un amante maduro y centrado que domina a una persona amada necesitada e infantil. Algunas veces, no obstante, uno puede observar un intercambio dramático en los roles, lo que revela el verdadero significado de la necesidad de dominar y pone en evidencia la terrible

debilidad que esta supone. Uno de los relatos ficticios más apasionantes de una pareja envuelta en tal dinámica se encuentra en el retrato de Fitzgerald sobre Nicole y Dick en *Suave es la noche*.

Dick Diver, un psiquiatra, conoce a Nicole, una paciente en un internado psiquiátrico. Nicole, quien está perturbada psicológicamente y es quizá esquizofrénica —debido a una relación incestuosa con su padre— recupera su salud gracias a una serie de cartas que escribe al elegante doctor Diver.

Después de su recuperación, ellos contraen matrimonio. Si bien la vida de Nicole parece estar estructurada por Dick, en realidad las vidas de ambos están estructuradas en torno a ella. Nicole sufre una recaída como respuesta al interés de Dick por otra mujer. Dick se convierte en el jefe del internado para otorgarle a Nicole el escenario en el que podrá recuperarse. Mientras la cura, él pierde el centro, se vuelve vacío —¿acaso lo fue siempre?— y la aparente dominación que él ejercía sobre ella y el posterior intercambio del balance del poder son revelados en dos episodios aparentemente insignificantes.

Dick, mostrando gradualmente signos de agotamiento y deterioro emocional, ha estado bebiendo demasiado. El futuro amante de Nicole, Tommy Burban, le comenta:

“Están aquellos que pueden beber y aquellos que no. Evidentemente, Dick no puede. Debes decirle que no lo haga”.  
 “¡Yo!”, exclamó ella sorprendida, “¡Yo debo decirle a Dick qué debe y no debe hacer!”.<sup>18</sup>

No mucho después, Tommy visita a los Diver y se queja de un dolor de garganta. Nicole la entrega el último frasco de jarabe a pesar de la objeción de Dick. Es la primera postura que Nicole toma en oposición a Dick, y es profética.

“No había necesidad para tal gesto”, dijo Dick.  
 “Somos cuatro acá y, durante años, cada vez que hay una tos [...]”  
 Se miraron el uno al otro.  
 “Siempre podemos conseguir otro frasco [...]” entonces ella perdió el temple y enseguida lo siguió al segundo piso, en donde él se recostó en su cama y no dijo nada.<sup>19</sup>

Dick comprendió inmediatamente el significado del incidente. Posteriormente, cuando ellos habían acordado separarse, lo hicieron sin drama. «Nicole se sintió anticipada al darse cuenta que desde el episodio del jarabe, Dick lo había previsto todo».<sup>20</sup>

<sup>18</sup> F. Scott Fitzgerald, *Tender Is the Night* [*Suave es la noche*] (Nueva York: Charles Scribner & Sons, 1934), 272.

<sup>19</sup> *Ibid*, 276.

<sup>20</sup> *Ibid*, 308.

Al final, ella, la frágil y enferma, estaba más preparada para la vida. «Nicole había sido diseñada para el cambio, para volar, con el dinero como alas y aletas. El nuevo estado de las cosas no sería más que un chasis de carreras, oculto durante años bajo el cuerpo de una limosina familiar, que debía desmontar hasta su ser original».<sup>21</sup> Él, por otro lado, el encantador, comprometido y enérgico Dick Diver, se encontraba fatigado, vacío, destruido y destinado a la oscuridad. Durante su relación, a pesar de las apariencias superficiales, ella adquirió fuerza mientras que la fuente de fortaleza de él había disminuido y su debilidad subyacente se había revelado.

Algunos amantes tratan de controlar al otro al generar culpabilidad. Esta maniobra casi siempre fracasa, enemistándolos posteriormente. Optar por la culpa como un medio de control y creer en su eficacia constituye una regresión a una manera de interacción anterior: los hijos y los padres intentan controlarse mutuamente mediante la culpa. El resultado es que los intentos por generar culpabilidad más bien generan ira. Sin embargo, la culpa puede ser invocada para encerrar una relación, aunque una desdichada.

En *Ethan Frome*, Edith Wharton nos ha brindado un escalofriante relato sobre una mujer que establece su influencia sobre un hombre al cuidarlo y luego lo destruye a él y a ella misma con sus debilidades y reproches. Zeena, familiar de Ethan, fue a cuidar a su madre durante su enfermedad terminal y llenó la silenciosa casa de conversaciones. «Zeena parecía entender su caso [el de Ethan] a primera vista. Ella se burlaba de él por no conocer los deberes más simples de un lecho de enfermo y le dijo que “se fuera de inmediato” y la dejara a ella supervisar. El simple hecho de obedecer sus órdenes, o el sentirse libre para ocuparse nuevamente de sus asuntos y para hablar con otros hombres, restauró su desequilibrado balance y aumentó su sentimiento de deuda hacia ella».<sup>22</sup> Cuando su madre murió, él temía volver a estar solo, pero luego pensó que había sido mejor para él que su madre muriera en primavera y no en invierno, ya que el respiro de una vida solitaria fue suficientemente corto: en menos de un año, Zeena había caído enferma y, como era de suponerse, se había convertido en la nueva cruz que él debía cargar, mientras ambos se hundían en un silencio atrofiante. Siete años después, cuando la joven prima de Zeena, Mattie, llegó a vivir con ellos, el corazón de Ethan se iluminó y él sintió el calor y la conmoción del amor. Sin embargo, Zeena se puso celosa y se vengó con la intensificación de su enfermedad y sus reproches, y se las ingenió para enviar lejos a Mattie. «Ethan la miró con odio. Ella ya no era la criatura indiferente que había vivido a su lado en un estado de hosca absorción en ella misma, sino una misteriosa presencia extraña, una energía maligna que emergía de los largos

<sup>21</sup> Ibid, 277-278.

<sup>22</sup> Edith Wharton, *Ethan Frome* [c. 1911], (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1970), 70.

años de silenciosa incubación. Fue su sensación de impotencia lo que intensificó su antipatía [hacia ella]». <sup>23</sup> Aun así, él no podía desbaratar sus planes. La noche previa a la partida de Mattie, él la llevó a un último paseo en trineo, intentando un suicidio; en el último instante, él evitó el choque fatal, eludiendo la muerte, pero ambos quedaron lisiados. Mattie, reducida a una silla de ruedas, vivió para ser cuidada por Zeena; los tres quedaron encerrados en una agonía interminable.

En general, existe una diferencia de género en las técnicas de control que cada uno de los sexos favorece, a pesar de que estas puedan variar. La mujer suele ejercer su control por medio de una modalidad de dependencia o cuidado. Al adoptar una posición sumisa, ansiosa por cumplir las exigencias de su amante, ella manifiesta su superioridad moral y manipula al crear culpa en el amado. Ella lo atrapa y lo manipula mediante su sumisión y sus estándares altos de moral, mediante su sacrificio y fidelidad. La antigua pregunta «¿Cómo pudiste?» simultáneamente implica reproche, impotencia y superioridad moral. Tradicionalmente, además, ella puede controlarlo al otorgar o negar favores sexuales. El hombre, por otro lado, generalmente opta por la dominación, coaccionando y manipulando más directamente por abuso físico o verbal, económico, social u otras clases de sanción. Estas diferencias reflejan tanto la socialización del género como una diferencia real en las posiciones de poder de hombres y mujeres en nuestra sociedad.

En la búsqueda de posesión o prioridad, ambos sexos pueden utilizar todas o ninguna de las técnicas de poder disponibles. Estas pueden parecer exitosas y estabilizar el amor —o, si no es amor, entonces la relación que intenta aproximarse a él—. Sin embargo, recurrir a los instrumentos de poder, ya sea dominación o sumisión, incluso cuando tengan éxito al estabilizar al amor, en última instancia dejan al amante una sensación de tristeza, un sentimiento de que el amor no se debe naturalmente a él, sino que él lo ha obtenido a la fuerza o lo ha conservado por medio de engaños. Ser amado como consecuencia de la coacción o engaños es privarse de la experiencia de sentirse amado por lo que uno es.

### **ADAPTACIONES DE DOMINACIÓN-SUMISIÓN ENTRE LAS PAREJAS**

Los amantes para los cuales la dependencia es una preocupación principal, a menudo crean relaciones problemáticas, pero duraderas, en las cuales parece existir una constante de dominación-sumisión. Ellos, en ocasiones, intentan perpetuar la ficción de que el compañero dominante es fuerte y libre. Esto les permite a ambos participar en su «fuerza» aparente. Sin embargo, ya sea dominante o sumiso, el amante comprometido

---

<sup>23</sup> Ibid, 117-118.

en el drama del poder es completamente dependiente de la persona amada. En la sumisión, el amante la necesita como la fuente de su fuerza; en la dominación, como el objetivo que garantice su propia fuerza. En cada caso, él percibe su degradada dependencia del *otro*. A pesar de su intento por suprimirla, el conocimiento de su vulnerabilidad intensifica su necesidad por aferrarse a la persona amada, lo que deviene en la necesidad de dominar o someterse en mayor medida. Se ha iniciado un círculo vicioso que es extremadamente difícil de romper.

Ya sea dominante o sumiso en tales relaciones, el *self* se disminuye y la afirmación y promulgación del poder en el amor llevará, la mayoría de veces, al resentimiento mutuo, la ira e incluso a la agresión. Sin embargo, mientras que las maniobras psicológicas de poder pueden diluir la pureza del amor, a veces también lo estabilizan. Sería ingenuo no reconocer que algunos de los romances más íntimos e intensos nacen dentro del contexto de relaciones de poder manifiestas, vínculos que delinear su intensidad apasionada a partir de una intensa mezcla de amor y poder.

Es suficientemente interesante que tales amantes puedan luchar arduamente por aferrarse al otro, incluso al extremo de vivir a través de intercambios de poder. En otras palabras, cuando su relación se vea amenazada por la sublevación de su esclavo, el amo asumirá el papel del esclavo y esto puede, para algunas personas, ser una estrategia efectiva.

Conozco muy bien a una mujer que era una talentosa mujer de negocios, pero que se encontraba inhibida en la búsqueda de su propia carrera debido a su esclavizante devoción por un abogado eminente. Ella trabajaba para él cada noche, lo consideraba y pasaba el tiempo buscando conseguirle clientes cada vez más glamorosos. Tras algunos años de noviazgo, ella se asombró al descubrir que ella era una de sus dos amantes. Él le ofreció excusas muy vagas y no hizo ningún esfuerzo por reconciliarse. Aunque herida, ella siguió a su servicio, para este entonces convencida de la fantasía de que ella solo podía realizar sus ambiciones a través de él. Sin embargo, eventualmente ella misma encontró el coraje de mantener un romance oculto y consideró casarse con este segundo hombre. Ella reveló sus intenciones al abogado y a partir de entonces se dio una increíble transformación en cada uno de ellos y en su relación.

El abogado, anteriormente dominante, exigente y controlador, ahora se había vuelto miserable y suplicante. Mientras que antes él había expresado que no abandonaría a su otra amante por temor a que esta se suicidara, ahora había determinado renunciar a ella. Él se encontraba desconsolado y abatido al punto de amenazar con suicidarse si su amada no se casaba con él. Ella, en cambio, mostró más dignidad, respeto a sí misma y presencia de las que había mostrado en años y no le ofreció una respuesta inmediata. Eventualmente, sin embargo, ella se conmovió por su aparente transformación y por

sus promesas hiperbólicas y, aunque cautelosa, fue finalmente persuadida de volver con él y se casaron. Por supuesto, su relación se deslizó nuevamente hacia su balance de poder original. Pero, posteriormente, cada vez que ella se alarmaba lo suficiente por la intensidad o la dirección de su participación en algún lugar fuera del matrimonio, ella lo amenazaba con el divorcio o con mantener un romance. Esto siempre era suficiente para precipitar una recurrente crisis de suicidio en él, la cual constantemente era una reafirmación conjunta de su amor mutuo.

La moraleja de la historia no es que ella fue seducida y abandonada, porque eso nunca ocurrió. De hecho, ambos parecían gustar de la intensidad de su relación. No se trataba de una relación distante, sino de una extremadamente íntima, a pesar del agudo dolor y sufrimiento. Este amor se encontraba precariamente balanceado en dirección a la subordinación de ella y la dominación de él. Ella lo servía, poniendo todas sus esperanzas y planes en él, mientras que él representaba el alma tempestuosa, sensitiva y sufriente que anhelaba ser sincera con ella, pero que, por naturaleza, le era imposible. Como sea, la tensión y la intensidad de la relación se mantuvo viva debido a la certeza mutua de que ella podía marcharse.

Algunos de sus amigos íntimos declararon sentirse un poco desconcertados y fuera de lugar en su presencia —a pesar de que eran siempre buena compañía—. En definitiva, había algo que no funcionaba entre ellos y la subordinación fundamental de ella inquietaba a algunos, pero al mismo tiempo siempre aparentaban estar más intensamente involucrados que otras parejas. Cada uno manifestaba abiertamente una profunda afinidad con el otro, un vínculo espiritual profundo. Él lamentaba su insistencia en la fidelidad, pero también se maldecía por ser un mujeriego obsesivo. Ella sinceramente creía —o racionalizaba— que, a pesar de su periódico sufrimiento, ellos estaban unidos por el amor y que él eventualmente cambiaría. Su relación era importante para ambos y ellos contaban con una serie de estrategias para conservarla, incluyendo sus racionalizaciones mutuas que respaldaban sus comportamientos. En este sentido, debe añadirse que parte de su pacto consistía en proclamar la superioridad mental y habilidad por otorgar protección y cuidado que ella presentaba. Ambos racionalizaban la sumisión de ella como una especie de espiritualidad que la situaba por encima de las preocupaciones mundanas y convencionales por la fidelidad que otras mujeres exigían en sus relaciones.

Además de sus roles casi ritualizados y sus racionalizaciones, ellos también consiguieron contar con un buen amigo disponible todo el tiempo. Este era a veces el mentor de él, a veces un conmovedor amigo de alguno de ellos, pero siempre alguien que se preocupaba por ellos y los consideraba una pareja amorosa. Este tercer miembro era en parte un confesor, en parte un conciliador, pero cualquiera fuera su capacidad, servía una función estratégica: validar la existencia de su amor debería validar su propia

creencia en nunca renunciar a él. Si bien esta maniobra puede parecer formar un triángulo en la relación, no lo hace de manera incestuosa; esto se debe a que la tercera persona nunca constituyó un rival potencial para ninguno de ellos. Por el contrario él —o ella— cumple el papel de una conciencia exteriorizada y un garante para su relación. Gran parte de la inversión psicológica de la pareja se situaba en la «pareja» misma, en el «nosotros» que ellos presentaban al mundo.

Esta relación muestra una danza amorosa de poder «exitosa». Es a través de una relación delicadamente balanceada en el poder, algunas veces con posiciones de poder fluctuantes, que algunas relaciones intensas y apasionadas se mantienen por periodos largos de tiempo. Es como si la coreografía del poder fuera entendida intuitivamente por ambos amantes, y la danza generada es nada si no es complicada.

### LAS CONEXIONES EXISTENCIALES Y DE DESARROLLO ENTRE EL AMOR Y EL PODER

La relación entre el poder y el amor a menudo es íntima; la interconexión es exigida tanto por los objetivos traslapados del amor y del poder, como por la historia del desarrollo del amor.

Los objetivos del amor y del poder se encuentran estrechamente relacionados, a pesar de que cada uno de ellos hace uso de medios diferentes. De acuerdo con Hans Morgenthau, «El amor y el poder tratan de superar la soledad del hombre y su sentimiento de insuficiencia proveniente de esta soledad a través de la duplicación de su individualidad».<sup>24</sup> Tanto en el amor como en el poder, el *otro* es convocado como una afirmación de la subjetividad y voluntad del amante. Está de más decir que ambos son también intentos por superar su sentimiento de debilidad y que ambos responden a sus necesidades de dependencia. Dado el hecho de que los objetivos del amor y del poder están cerca de ser alcanzados, a pesar de que nunca pueden serlo del todo, es inevitable que uno pueda ser invocado para reforzar al otro. A pesar de que no es nuestra preocupación principal acá, también es cierto, como sugiere Morgenthau, que el poder busca una pizca de amor: «Las filosofías políticas que enfatizan la estabilidad de relaciones de poder, tales como monarquías o autocracias, hacen una aproximación interesante al amor por el sujeto gobernante».<sup>25</sup>

La combinación del amor y el poder se facilita también debido a la historia del desarrollo del amor. El vínculo afectivo tiene sus primeras raíces en la infancia y está estrechamente vinculado al estado de dependencia del infante. En parte, la socialización del niño se produce debido a que este teme perder el amor de sus padres si es que

<sup>24</sup> Morgenthau, «Love and Power», en *The Restoration of American Politics*, 8.

<sup>25</sup> *Ibid*, 11-12.



no cumple con sus exigencias. De manera similar, el amante adulto a menudo abriga, de manera subyacente, la creencia de que la persona amada debe ser apaciguada para asegurar su constancia. Debido a la conexión temprana entre el afecto y la dependencia, vínculos posteriores a menudo reflejan la idea arraigada de un poder inherente y diferencial del amor. Rieff lleva este argumento más lejos. De acuerdo con él, debido a que el amor está relacionado con el «hecho de dominación paterna», se sigue que «El poder es el padre del amor y en el amor uno sigue el ejemplo paterno del poder en una relación que debe incluir un superior y un subordinado».<sup>26</sup> Además, él argumenta que mientras la cristiandad proclamaba que la autoridad máxima era el origen del amor, «Freud descubrió el amor a la autoridad».<sup>27</sup> Aquí uno observa parte del impulso del nacimiento del amor en situaciones terapéuticas, en donde la relación cercana entre el amor y el amor a la autoridad predispone al paciente a creer que está enamorada del terapeuta. El amante puede identificarse con un padre todopoderoso o con un niño indefenso. El afecto, con frecuencia, se origina junto a esta pendiente del poder, en donde está casi fuera de lugar. Uno puede superar esta inclinación, pero solo si tiene la buena fortuna de convertirse en su propia autoridad.

\*\*\*\*\*

Hasta el momento, he discutido principalmente las maneras en que el poder actúa de modo adverso al amor. Sin embargo, como se ha sugerido, siempre existe entre los amantes, ya sea reconocido o no, un periodo de competencia por sus posiciones respectivas en el balance del poder. El balance de poder establece la prioridad relativa de exigencias entre ellos. La sutil adaptación obtenida no solo implica asuntos de prioridad, implica también quién se preocupa por llegar primero y en qué áreas. Sin embargo, el balance final del poder con frecuencia se sitúa en la persona de la pareja que teme en menor medida perder la relación. Cuando este balance es alterado —típicamente cuando solo uno de los amantes desea cambiar las «reglas»—, se da lugar a una lucha de poder. Puede ser que esto nunca ocurra y entonces el balance del poder no requerirá nunca ser articulado. Solo cuando un entendimiento tácito sobre el balance del poder es alterado, la lucha por la prioridad sirve para desestabilizar al amor.

Al igual que los impulsos más fundamentales de dominación inherentes al amor, la necesidad de conquista y posesión puede ser restringida, pero no eliminada. El deseo de posesión parece ser un componente esencial del amor apasionado. Lo que algunas veces inhibe al amante de intentar una posesión absoluta es su intuición del fracaso. Entonces, también, el amante siente más que una simple necesidad de posesión.

<sup>26</sup> Philip Rieff, *Freud: The Mind of the Moralist* (Nueva York: Doubleday, Anchor Books, 1961), 168.

<sup>27</sup> *Ibid*, 168.

Él también aprecia a la persona amada y quiere someterse a ella. Él intenta renunciar a ser tan posesivo e intenta liberarse de su impulso por someterse. El amor apasionado oscila en un punto medio entre estos impulsos diametralmente opuestos, pero íntimamente conectados.

De cualquier modo, es más probable que el amor evolucione y se mantenga cuando ambos amantes son soberanos. Ese es uno de los temas que subyace en el extremadamente complejo relato del *Cuento de la comadre de Bath*. En esa historia, un joven caballero de la corte de Arturo es sentenciado a muerte porque había violado a una joven. La reina de Arturo conmuta la sentencia de muerte bajo una condición: que dentro de un periodo de doce meses, el caballero le diga a la reina cuál es el mayor deseo de las mujeres. El caballero viaja por el país y obtiene diversas respuestas: las mujeres quieren riqueza, ropa, amor y muchas otras cosas. Pero no hubo dos personas que concordaran en una respuesta. Casi al final del año, temiendo por su vida, él se tropezó con una vieja bruja. Ella le prometió responder a su pregunta con la condición de que él aceptara su oferta una vez que su vida volviera a pertenecerle. Él acepta y le da a la reina la respuesta de la bruja: lo que las mujeres quieren es soberanía. Las mujeres que se reunieron en la corte —casadas, viudas y solteras— concordaron en que era cierto, y la vida del caballero fue perdonada.

La bruja, entonces, le reclama la promesa al caballero y le ordena que se case con ella. Aunque él despreciaba a la vieja mujer, se siente obligado a cumplir. Ella, sin embargo, nota su aversión por ella y le da dos alternativas: ella será una esposa fiel y amorosa como una vieja bruja o, si él prefiere, ella será joven y hermosa, pero entonces él tendría que preocuparse por su fidelidad. ¿Qué escoge el caballero? Con sabiduría, a la luz de lo que recientemente había aprendido sobre lo que las mujeres verdaderamente desean, deja que ella tome la decisión. Al otorgarle soberanía, la bruja responde con generosidad: ella se transforma en una mujer tan hermosa como fiel. Así, él aprende por experiencia propia el significado de la «soberanía» que las mujeres desean sobre cualquier otra cosa. Y ella, transformada por la confianza que él le tiene y la libertad incondicional que le ha otorgado al permitirle elegir, se convierte en lo que él quería que ella fuera, pero lo hace por voluntad propia.

El caballero pudo ser premiado en el amor solo cuando el había sido «educado» en la verdadera naturaleza de las mujeres. Él, que había ejercido una forma extrema de soberanía sobre una mujer —la violación— ahora ha otorgado total soberanía, y es recompensado con una esposa que «lo obedecía en todo lo que pudiera otorgarle placer o alegría / Y entonces ellos vivieron hasta el final de sus vidas / En perfecta armonía».<sup>28</sup>

<sup>28</sup> «The Wife of Bath's Tale» [«Cuento de la comadre de Bath»], en *The Canterbury Tales*, editado y traducido por A. Kent Hieatt y Constante Hieatt (Nueva York: Bantman Books, 1985), 239.

## CAPÍTULO 8

### Desilusión

Muchos amantes desean perpetuar la excitación correspondiente a la fase pasional del amor. Sin embargo, no basta solo con desearla. Los críticos del amor con frecuencia consideran a la pérdida de intensidad como su mayor peligro. Incluso los críticos amigables señalan lo que ellos consideran la inevitable naturaleza transitoria de la fase pasional del amor, la emoción del cortejo que da paso, en las circunstancias más felices, a la serenidad del compromiso. La pasión, entonces, es generalmente considerada la fase introductoria del amor, un simple preludio a una relación enmudecida, la cual puede ser descrita como un vínculo afectivo. Hay algunos, como yo, que creen que un núcleo pasional puede ser mantenido más allá del periodo de «enamoramiento», pero, por supuesto, esto no es el resultado más común. Alternativamente, y menos dichoso, el amor puede simplemente morir cuando la pasión se desvanece, inundado por el aburrimiento o por el desasosiego que a menudo sobreviene en la ausencia de intensidad o por el sentimiento de traición, el miedo al abandono o la ira que puede seguir a la más fundamental pérdida de idealización o mutualidad.

Inicialmente, la pasión se concentra en la emoción y la ansiedad, generadas por la incertidumbre de la búsqueda amorosa. Lo lamentable es que para muchos amantes, los placeres de la realización no pueden igualar las emociones de la búsqueda. Sin embargo, es humano desear ambas; el amante ansía la calma y la paz de la mutualidad, la intimidad y el compromiso —el amor en colores pastel en un escenario pastoril— al mismo tiempo que codicia el peligro de la vida al extremo —un amor eléctrico en un paisaje torrencial—. Simultáneamente desea el refugio seguro y las luces altas, el cuarto de dibujo de Jane Austen y el salvaje brezal de Emily Brontë, una conversación sosegada y una experiencia extrema, serenidad y la alegría de la persecución, paz y disputa, familiaridad y misterio. Conseguir uno de ellos debe, por necesidad, comprometer al otro en alguna medida, aunque no siempre absoluta, y esta contradicción de objetivos causa desasosiego al amor, una sensación de que sus deseos, complejos y contradictorios, no pueden ser nunca completamente satisfechos.

En el intento por mediar estas contradicciones, algunos amantes son capaces de encontrar una fuente de emoción distinta de la constante búsqueda de nuevos objetos. Para ellos, la síntesis creativa en el amor abriga una riqueza y complejidad experimentadas internamente que son por lo menos tan emocionantes como la excitación de la novedad y la incertidumbre. Estos amantes, sin embargo, parecen ser la minoría.

Para muchos otros, la emoción parece estar necesariamente arraigada en el riesgo y la aventura del cortejo, el misterio del *otro* o la intensidad de la pasión sexual. Sin embargo, todas estas fuentes de emoción son poco confiables. El cortejo es por definición pasajero y efímero, la intimidad invade el misterio y la lujuria es uno de los componentes más vulnerables y frecuentemente transitorios del amor.

Así, muchos amantes capaces de evitar los extremos del sometimiento y la dominación sucumben a un tipo distinto de deseo por absolutos, lo que los lleva a otro grupo de desilusiones y problemas. Y si la idealización y la mutualidad armoniosa —componentes de la pasión tan importantes como la intensidad— tampoco se imponen, entonces el amor, en todas sus manifestaciones, se puede desvanecer para ser reemplazado por apatía o aversión. El aparente refugio puede convertirse en una trampa, un lugar en el que uno se siente estancado en una atmósfera desordenada y sofocante.

Todos estos fracasos de sentimientos —la pérdida de la idealización, de la mutualidad y de la emoción— son el resultado de dinámicas internas de amor, sus contradictorios objetivos y necesidades inherentes. Pero cada uno de ellos puede ser también elaborado neuróticamente, agravando de este modo los problemas; o pueden ser minimizados, haciendo así a los amantes capaces de disfrutar de uno de los mayores placeres de la vida: el amor que perdura.

### LA PÉRDIDA DE LA IDEALIZACIÓN

Cuando el amor se desmaraña, la idealización de la persona amada por parte del amante puede dar paso a una desidealización radical. El desencantamiento de Aristóteles Onassis con su esposa Jacqueline Bouvier Kennedy, como lo reporta el biógrafo de María Callas, aparentemente siguió este patrón: «Él estaba describiendo ahora a Jackie como “carente de sentimientos y superficial”, solo dos años antes ella había sido “como un diamante, fría y aguda en los bordes, ardiente y cálida debajo de la superficie”».<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Stassinopoulous, *Maria Callas*, 313.

Debido a que el amor romántico se basa en la idealización, la cual es por definición producto de la exageración imaginativa, todos los escépticos del amor creen que este se desvanecerá inevitablemente cuando se confronte con las exigencias de la vida diaria. Parece casi predestinado que el amante, al haber idealizado en el comienzo, desidealice a la persona amada y que la nueva percepción realista determine la muerte del amor. De acuerdo a estos análisis, la idealización original es una distorsión, una proyección de las fantasías de perfección del amante sobre la persona amada. Pero, en realidad, el destino de la idealización es variable: puede ser preservada, modificada, disminuida o completamente destrizada.

Además, el grado de idealización es en sí mismo bastante variable. Algunas veces, la idealización que realiza el amante claramente representa una sobreestimación extrema, algunas veces una percepción completamente errada, y es por esa razón que a menudo se califica al amor como «ciego». Pero si bien estas distorsiones en la percepción son comunes, no son ubicuas. En la medida en que la valoración de la persona amada no sea enormemente exagerada, la idealización, por lo tanto el amor, puede perdurar.

En el curso de cualquier relación, existen cambios invariables en el contenido y la naturaleza de la idealización. Fitzgerald, en *El gran Gatsby*, nos da un asombroso recuento de las maneras en que no solo las personas sino las cosas son consideradas diferentes cuando los amantes finalmente se juntan. En un punto en el libro, Gatsby ha ido lo bastante lejos para arreglar un encuentro con Daisy, el gran amor de su vida, quien había contraído matrimonio con otro mientras él estaba en el ejército. Ahora ella lo visita en la enorme finca que él había comprado únicamente porque la cercanía de la casa de ella le permitiría mirar al otro lado de la bahía hacia un espacio que él sabía que ella ocupaba.

“Si no fuera por la neblina, podríamos ver tu casa al otro lado de la bahía”, dijo Gatsby. “Siempre tienes una luz verde que se quema durante la noche al final de tu muelle”.

Daisy colocó su brazo abruptamente en el suyo, pero ella parecía absorta en lo que él acababa de decir. Posiblemente se le había ocurrido a él que el colosal significado de aquella luz ahora se había desvanecido para siempre. Comparado a la gran distancia que lo separaba de Daisy, le había parecido muy cercana a ella, casi podía tocarla. Le había parecido tan cercana como lo está una estrella a la luna. Ahora era nuevamente una luz verde en un muelle. El número de objetos encantados había disminuido en uno.<sup>2</sup>

Esta depreciación está al servicio del amor; sin embargo, otras pueden disminuirlo.

<sup>2</sup> F. Scott Fitzgerald, *The Great Gatsby* [*El gran Gatsby*] (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1925), 94.

Incluso en la más exitosa relación amorosa, la idealización no es estática. El amante siente oleadas de hostilidad hacia la persona amada, algunas veces completamente irracionales, algunas veces en respuesta a la más insignificante de las trasgresiones. Estas usualmente toman la forma de desidealizaciones efímeras, ráfagas de negatividad, que incluso pueden degradar sentimientos y pensamientos sobre la persona amada. En el amor dichoso, estos pensamientos, aunque momentáneamente inquietantes, usualmente son descartados con rapidez. Pero ¿qué ocasiona estas fluctuaciones en la percepción y el pensamiento? En parte, la desidealización parece implícita a la idealización, aguardando únicamente al primer brote de ira hacia la persona amada, o la introducción de algún conocimiento nuevo sobre ella. En parte está relacionada con la ira latente que existe en todo amor, la cual puede ser quizá explicada como el medio de defensa del amante contra la amenaza a la autonomía que está invariablemente relacionada a la esclavitud del amor. El resentimiento puede también ser la expresión de la envidia latente del amante de las buenas cualidades de la persona amada, aquellas mismas virtudes que lo acercaron a ella.

En *Juego y distracción*, Salter captura ese repentino sentimiento de desilusión y luego la igualmente repentina restitución de la admiración. El amante, Dean, está meditando sobre su amada joven francesa:

Dean está un poco aburrido. Es un esfuerzo hablar en francés. Está cansado de este y en inglés no es mejor: el de ella es muy irregular. Los errores que ella comete empiezan a ser irritantes y, además, ella parece dispuesta a hablar solo de cosas banales: zapatos, su trabajo en la oficina. Cuando ella está en silencio, él la mira y le sonrío. Ella no responde. Él piensa que ella lo presiente. De pronto, él se siente transparente. Los ojos que devuelven su, de alguna manera, mecánica mirada son los ojos de un niño que sabe, y todas las evasiones, poses y estratagemas se vuelven inútiles. El parabrisas ha desvanecido los golpes de tristeza como aire. Mientras mira a través de él, hacia la ruta, él es conciente de su sosegada evaluación. Ella lo entiende sin mayor esfuerzo. La vida es bastante clara para ella. Ella y la vida son una; se mueve como un pez en ella, sin preguntarse nunca si tiene un fondo, orillas, mundos sobre ella [...].<sup>3</sup>

Tales altibajos son comunes a todos los amantes. Con cuánta frecuencia sentimos por la persona amada una mezcla de orgullo, vergüenza, molestia, aburrimiento y afecto en el transcurso de una tarde.

Las desidealizaciones radicales que marcan el final de un amor son muy distintas. El potencial para la desidealización, el cual siempre está presente, puede ser catalizado

---

<sup>3</sup> Salter, *A Sport and a Pastime [Juego y distracción]*, 72-73.

por cualquier cambio fundamental en los sentimientos del amante, ya sea que estén motivados por el dolor, la decepción, la ira o la atracción hacia otra persona. Anna Karenina, después de haber conocido al elegante Vronsky, regresa a San Petersburgo, donde se da cuenta de que las orejas de su amado parecen mucho más prominentes y su hábito de crujiarse los dedos, más exagerado. Y es de esta manera que nuestras percepciones tienden a seguir a nuestros sentimientos. Esto no es menos cierto que las percepciones que tenemos de nosotros mismos: algunas mañanas nos miramos en el espejo y nos encontramos feos y otras, bastante atractivos.

Algunas veces la desidealización puede ser ocasionada por el descubrimiento de defectos antes desconocidos de la persona amada. El amor de un astuto pero escrupuloso hombre de negocios fue destruido cuando su amada le reveló que ella sobornaba a los clientes. Él no fue capaz de casarse con ella; ella, en cambio, estaba sorprendida por su rechazo, porque asumió que su comportamiento estaba en consonancia con el código de ética que él practicaba. Un hombre homosexual se sorprendió al descubrir que su amado odiaba a las mujeres; esto se convirtió en el fatal defecto en el cual la desidealización —y el posterior rechazo— se cristalizó. En el caso de Onassis, se ha sugerido que su desencantamiento fundamental de Jacqueline tuvo dos causas inmediatas: «[...] mientras Jackie gastó un estimado de \$ 1.5 millones en su primer año de matrimonio, quitó los frisos alegóricos del *Christina*, los cuales él prefería, y extravagantemente y sin ninguna razón redecoró la casa de Skorprios por completo; Onassis empezó a sentirse invadido y usado».<sup>4</sup> Sin embargo, «el punto de quiebre se dio [...] cuando todas las cartas que Jackie había escrito a su pretendiente anterior, Roswell Gilpatric, cayeron en las manos de un comerciante de autografías y fueron publicadas en todo el mundo antes de que fueran devueltas a Gilpatric bajo los términos de una orden judicial».<sup>5</sup> A pesar de que en las cartas no había revelado nada de Onassis, ellas sugerían un nivel de intimidad entre Jackie y Gilpatric que Onassis aparentemente encontró de mal gusto.

Algunas veces, la desidealización puede ponerse en marcha cuando un cambio de circunstancias muestra a la persona amada bajo otra luz. Los amantes propensos a sobreidealizar son particularmente vulnerables a tales decepciones. Por ejemplo, una mujer que siempre había admirado a su padre, debido a sus reconocidas contribuciones a la comunidad local, se enamoró por primera vez en la década de 1970 de un exitoso músico. A ella le parecía que él tenía el mismo tipo de vitalidad y compromiso imaginario con la gente a su alrededor que su adorado e idealizado

<sup>4</sup> Stassinopoulous, *Maria Callas*, 304.

<sup>5</sup> *Ibid*, 304.

padre, y por eso ella buscaba a su amado, lo anhelaba y le perdonó sus infidelidades e indiscreciones, experimentando como una gran victoria el haberlo persuadido para que se casara con ella. Sin embargo, quince años después, la opinión acerca de su esposo había cambiado de manera radical; la admiración e idealización se habían desgastado desastrosamente. ¿La disminución de sus sentimientos, como ella la experimentó, se debió únicamente a que su esposo resultó ser un hombre esencialmente frío? ¿O también se debió a que los gustos musicales habían cambiado tanto que el mercado actual no era la mejor vitrina para los particulares talentos y el idioma musical de su esposo? Él se alimentaba más de sus éxitos pasados que de cualquiera de los actuales. En cualquier caso, la necesidad interna de ella por idealizar a alguien no disminuyó; simplemente fue reorientada hacia una serie de otras personas. Para sus amigos, el creciente distanciamiento entre esposo y esposa parecía tanto un producto de su exagerada necesidad de vincularse a alguien prominente, como a su decepción tras el descubrimiento de las limitaciones emocionales de su esposo.

El destino común a la idealización en el amor —su disminución en el tiempo— nos dice algo en general acerca del fracaso de la imaginación que finalmente afecta a la mayoría de los amantes. Sin embargo, la desidealización puede también decirnos algo sobre los defectos de un amante en particular. Un hombre divorciado se enamoró de una serie de mujeres sobresalientes; cada una de ellas había sido idealizada por él debido a sus particularidades y logros, pero todas habían sobrepasado la edad fértil o no estaban dispuestas a tener más hijos. En el umbral del altar, él descubría siempre que no podía renunciar a la posibilidad de volver a ser padre. La primera vez que ocurrió, parecía absolutamente plausible que él hubiera sido genuinamente sobrecogido por un repentino entendimiento de su deseo por tener más niños, y que este *insight* hubiera estropeado su entusiasmo por la amada. Si esta fuera la historia completa, uno podría esperar que él, en el futuro, se hubiese fijado en mujeres más jóvenes. Cuando su patrón continuó aparentemente igual, sus amigos llegaron a sospechar que él guardaba una fantasía subyacente de venganza contra las mujeres, o que él temía a la intimidad prolongada; pero, cualquiera haya sido la causa, estropeaba invariablemente sus romances de fábula.

En algunas ocasiones, la desidealización rápida es claramente neurótica. Todos sabemos de individuos propensos a intensos encaprichamientos que se repiten acompañados por idealizaciones exageradas. Estos están expuestos a una desidealización radical y a la consecuente abstinencia en el amor de manera tan repentina que este termina mucho antes de que el amante se haya aproximado a cualquier conocimiento real de la persona amada.



Si la idealización es notablemente exagerada, la sobrevaloración tendrá determinantes neuróticos y es probable que la consiguiente desilusión sea tan exagerada como la idealización inicial. Los psicoanalistas están familiarizados con el tipo de extrema ambivalencia subyacente que da origen a tales oscilaciones, y presentan a la idealización de la persona amada como vulnerable a la incursión masiva de ira como respuesta incluso a las provocaciones más leves. El ejemplo más básico de la idealización excesiva y de los problemas consecuentes que se encuentra en *La bienamada*, de Thomas Hardy, han sido estudiados por los psicoanalistas Werman y Jacobs.<sup>6</sup> El protagonista de esta novela, cuando niño, se enamora primero de una pequeña niña de ojos azules de aproximadamente ocho años. Incluso en la primera etapa de embelesamiento de su flechazo, él no puede evitar notar que el cabello rubio de la niña, largo hasta sus hombros, intentaba rizarse, «pero fallaba vergonzosamente». Este se convirtió en el defecto fatal por el cual él la desidealizó. La oscilación de sentimientos en su primer episodio profetizó el patrón que caracterizaría sus siguientes amores; la niña del cabello rubio fue seguida por muchas otras bienamadas, las cuales fueron todas en principio extravagantemente admiradas a pesar de algún «defecto» evidente, y luego desidealizadas de manera radical.

Existen varios problemas, con frecuencia relacionados, que hacen a algunos amantes vulnerables a devaluaciones punzantes de sus objetos amados. El amante puede ser impulsado por la reactivación de la ira conectada a objetos amados anteriores —una ambivalencia crónica— o por la carencia de autoestima que es proyectada en la persona amada, con la cual uno se identifica.

La proyección de la autodevaluación del amante en la persona amada es uno de los factores más comunes en el desequilibrio de una relación amorosa. Quizá uno de los mecanismos más sencillos de entender, esté resumido en el famoso dicho de Groucho Marx: «Jamás aceptaría pertenecer a un club que admitiera como miembro a alguien como yo». Llevándolo al campo del amor, esto simplemente significa que si el amante tiene una autoestima suficientemente baja, considerará a cualquiera que lo ame de verdad como deficiente por definición, de gustos deficientes. Conozco a una mujer que describe la manifestación superficial de este tipo de dilema en su propia vida, a pesar de que no tiene una comprensión total de sus implicaciones. Ella hace una broma de su indiferencia por su amante actual: «No sé por qué lo amo. Él es completamente leal y pasaría tres horas teniendo sexo oral. Necesito a alguien que me cause problemas, que me haga pasar un mal rato. Es demasiado fácil». Para probar su valía,

---

<sup>6</sup> La idealización y la desidealización descritas en esta novela son el tema de un excelente ensayo de David Werman y Theodore Jacobs, «Thomas Hardy's "The Well-Beloved" and the Nature of Infatuation», *Internacional Review of Psycho-Analysis* 10 (1983), 447-457.

él debería de ser reticente, difícil de obtener, de complacer y estar menos dispuesto a complacerla. Este mismo mecanismo, por supuesto, explica el encanto romántico de aquellos que aparentan ser inalcanzables o reservados, aquellos que poseen lo que uno podría llamar el atractivo del distanciamiento narcisista.

Un hombre bastante tolerante descubrió ser excesivamente crítico solo con su esposa y, antes de ella, con su primera esposa. Él llegó a comprender que hacía objeto de su severo juicio solo a sí mismo y a aquellas pocas personas con las que había intimado y a las cuales consideraba parte de él. Siempre es difícil vivir con alguien con un superego severo; tales personas rara vez pueden contener sus impulsos excesivos contra ellos mismos o contra sus personas amadas. El odio a uno mismo y las críticas que caracterizan a aquellos gobernados por un superego primitivo y severo han llevado a muchos teóricos del amor, en especial a Erich Fromm, a la conclusión de que el amor propio saludable es un requisito para un amor mutuo constante. Las fluctuaciones serias en la autoestima y la autovaloración tienen el potencial para desestabilizar la idealización saludable de la persona amada como requisito para un amor en curso.

Existen otras causas fundamentales de la desidealización. Algunas veces, cuando la desidealización acaba mal, se debe en parte a cambios reales, pero a un cambio en la psique del amante y no a un cambio en la persona amada. Por ejemplo, con el advenimiento del movimiento feminista, algunas mujeres que anteriormente habían admirado a sus esposos que se hacían cargo de todo, habían llegado a lamentar la incapacidad de ellos para compartir las responsabilidades. También puede surgir un problema si el amante manifestamente valora una cualidad percibida con bastante precisión, pero, de hecho, sin darse cuenta, necesita otra. Este es el caso, por ejemplo, del amante que idealiza a la persona amada por su independencia, pero que fundamentalmente se siente amenazado por ella.

La desidealización puede no afectar únicamente a la persona amada, sino también al «nosotros», a la identidad conjunta que la pareja ha creado. Esta identidad conjunta, en ocasiones, concuerda tanto con las aspiraciones al ideal de ego de cada amante que otorga la matriz para un amor mutuo duradero, pero el orgullo y el placer invertido en el «nosotros» puede también dar paso a una devaluación aguda y a la desidealización. Un evento desestabilizador que precipite una ruptura se puede dar cuando los amantes casados se enfrentan al surgimiento de problemas psicológicos en alguno de sus hijos. Con mucha frecuencia los padres atribuyen las dificultades de sus hijos a una dinámica negativa entre ellos, o bien ellos creen que está implícito en el «nosotros», o pueden rechazar el concepto interiorizado del «nosotros» del todo y proyectar toda la culpa en la pareja. Cada escenario puede tener como resultado una erosión completa del orgullo previamente invertido en la unión.

La enfermedad puede ser el elemento perturbador entre unos amantes anteriormente estables y felices. Esta puede llevar a una percepción alterada no solo del amante afligido, sino de la relación en sí misma. Esto ocurre a menudo, por ejemplo, cuando un hombre abiertamente autosuficiente sufre un ataque cardíaco. Mientras que muchas parejas se ajustan con facilidad, algunos pares son separados por una reconstrucción necesaria del «nosotros» durante el periodo de tiempo en que el esposo está incapacitado y la esposa debe hacerse cargo de él, o viceversa.

Algunas veces, también, los amantes tienen aspiraciones específicas para ellos mismos como una pareja. Estas aspiraciones con frecuencia encuentran su campo de prueba en el plano social, en donde la popularidad conjunta de la pareja y su movilidad social confirman su valor como una unidad. De esta manera, el mundo social es el campo en el cual la pareja, el «nosotros», puede recibir refuerzo positivo o, por el contrario, insultos, desaires y desprecios. Una evaluación negativa por parte de las parejas que son sus pares puede generar un efecto profundamente negativo en la evaluación de los amantes de ellos mismos como pareja. La culpa de las deficiencias —reales o imaginadas— puede ser proyectada únicamente en la pareja, a expensas de la idealización del amante tanto de la persona amada como de la relación, del «nosotros».

En ciertos casos, la idealización está en riesgo debido a que era muy débil al empezar; en estas circunstancias, el «amor» se encuentra más relacionado al deseo de ser cuidado, protegido y adorado que a cualquier adoración por la persona amada. Entonces, uno puede decir que el amor *romántico* nunca fue sólido en un principio. H. G. Wells describe un tipo de amor que no está relacionado a la idealización del *otro*:

Para mí, el amante-sombra nunca se convirtió, como lo hace en muchos casos, en una demanda por santidad o divinidad. Mi vanidad innata y la rápida adscripción y penetración de ideas socialistas y políticas creativas en mi egotismo eran demasiado poderosas para considerar subordinar mi *persona* al amante-sombra. Esta persona justa y adorable, la cual iba a ser mi protagonista, debía ser amigable y comprensiva [...]. Eso no lo recuerdo [...]. No tuve ningún sueño ni pensamiento de encontrar algo desconcertante en ella ni de estudiar para entenderla». <sup>7</sup>

Él incluso afirmó reconocer el mismo impulso en Rebecca West cuando ella le exigió que abandonara a su esposa y se casara con ella: «Jane es una esposa», sostuve, “pero tú nunca podrás serlo: tú quieres una esposa para ti; tú quieres sensatez, cuidado, valor y paciencia tras de ti tanto como yo”. <sup>8</sup> A pesar de su insistencia intransigente en

<sup>7</sup> Wells, H. G. *Wells in Love*, 56.

<sup>8</sup> *Ibid*, 99.

su deber como hombre y genio, es sobresaliente que, al atribuir un deseo por una «esposa» a Rebecca West, él anticipara por cuarenta años uno de los lemas del movimiento feminista: «Quiero una esposa».

En la medida en que las relaciones se parecen a aquellas que Wells describe, estas se basan predominantemente en un deseo unilateral por admiración y tierno cuidado. Frecuentemente, ellas resultan extremadamente vulnerables, porque la idealización de la persona amada es tan frágil, y la estimación de su valía, tan trivial, que el valor de su admiración está bastante comprometido. En la medida en que un amante considera que la persona amada es inferior, la estima que ella le tiene no puede abrigarlo.

Hasta el punto en que las fantasías del amante son ser amado y atendido, y no el amor mutuo, este puede ser considerado narcisista. En algunas ocasiones, tal narcisismo no parece ser producto de una patología personal, sino de la socialización de géneros. Los hombres han sido socializados para esperar que su amante sea enfermera, madre, esposa, amante y musa; es decir, todo excepto un sujeto, una persona trascendente por derecho propio. Sin embargo, claramente este no es el amor mutuo o apasionado como generalmente se entiende. A pesar de que las relaciones que involucran claros grados de dominación o subversión pueden ser en ocasiones extremadamente intensas, la desigualdad de los amantes hace que la idealización —en caso de que exista— sea unilateral y disminuye la posibilidad del tipo de mutualidad que es parte integral de un amor apasionado. Puede existir otro tipo de mutualidad, en la cual un amante «sirve» al *otro* y ambos, se presume, obtienen una especie de satisfacción de la transacción. Pero, en conjunto, las relaciones basadas en un poder diferencial de cualquier magnitud son convencionales y tibias, por lo menos para la parte dominante. Aquí el problema no es la falta de mutualidad, sino la falta de alegría, un fracaso por estar absortos en el otro, debido a la incapacidad de sentirse liberados del *self* por otra identidad superior —ya sea la del *otro* o la de la pareja—.

Los hombres no son los únicos que a veces pasan por alto ciertas «limitaciones» en la amada para favorecer otras prioridades y no logran alcanzar una idealización absoluta, a expensas de la pasión. Los siguientes extractos de la autobiografía de la actriz Evelyn Keyes detallan parte de la ambivalencia que sentía por Mike Todd al principio de su romance.<sup>9</sup>

Este Mike Todd era muy entretenido durante mi estadía en Hollywood, pero nada más que eso. ¿Quién podría tenerlo todos los días? Él habló de matrimonio inmediatamente. “Tengo amor”, diría, “qué más puedo hacer”. A pesar de que admiraba sus caminos y saltos eufóricos por

<sup>9</sup> Evelyn Keyes, *Scarlett O'Hara's Younger Sister, My Lively Life In and Out of Hollywood* (Secaucus, N. J.: Lyle Stuart, 1977), 185.

*joie de vivre*, él no era realmente el tipo de “artista” hacia el cual yo me inclinaba, el creador de cosas más que el contratista. Y ese eterno habano. La atroz gramática. “De cualquier formas”, diría él. La repetición de algunas frases: “Baila por el dinero”, “Camina por la calle 49” (refiriéndose a la edad de alguien) [...].<sup>10</sup>

Sin embargo, ninguna de esas era la verdadera razón por la que me cautivó. Para una persona dependiente de sus padres como yo, Mike, el de los planes, el organizador, el emprendedor, estaba hecho a la medida. Fue demasiado sencillo dejar a esta dínamo hacer todos los arreglos; él lo estaba haciendo de todas formas: a dónde ir, cuándo, cómo, pasajes, reservaciones, carros. Rápidamente él había asumido el lugar del estudio que se me había confiado, y había desaparecido por completo. El padre había regresado.<sup>11</sup>

Así, ella se consiguió un padre y parecía considerarlo una ganga. Cuando Todd más adelante la dejó por Elizabeth Taylor, ella no lo tomó bien: «Fue un golpe bajo. Me sentí traicionada».<sup>12</sup> A pesar de eso, ella parecía capaz de ver el lado positivo, pues confesó su alivio por no tener que escuchar otra vez su lenguaje gracioso pero grosero.

\*\*\*\*\*

La naturaleza de todas las valoraciones, incluyendo la idealización, es cambiar con el tiempo. Esto no significa necesariamente que la idealización disminuya. En muchas relaciones sucede así, pero en muchas otras la idealización evoluciona, cambia y madura. Uno puede sentirse decepcionado, pero también puede apreciar más profundamente a la persona amada en medida en que las gratificaciones y placeres compartidos se acumulan. Incluso el curso de una relación que va en picada puede ser revertido cuando, en la crisis, una de las partes deja de lado sus resentimientos acumulados y se pone a la altura de la situación, evocando, de esta manera, la admiración del otro.

El curso de la relación y el grado en que cada parte es capaz de idealizar al otro depende de muchos factores que pueden variar a lo largo de los años. El resultado no solo depende de la salud individual o de la neurosis del amante, sino de los eventos externos que afectan a los amantes, tanto juntos como separados, sino sobre todo en cómo «encajan» juntos, sí durante el largo camino sus deseos, necesidades y valoraciones —concientes e inconcientes— continúan mostrándose compatibles y mutuamente fortalecedoras, en lugar de conflictivas. Como ejemplo, podemos asumir el siguiente caso hipotético y anotar tres desenlaces distintos. Empecemos con

---

<sup>10</sup> Ibid, 185-186.

<sup>11</sup> Ibid, 187.

<sup>12</sup> Ibid, 237.

una pareja luchadora extremadamente feliz. La esposa está bastante realizada como una madre realista, escatimando y ahorrando, haciendo bastar, nunca quejándose y auspiciando el potencial creativo de su esposo. El esposo, claro, está extremadamente agradecido, mostrándola como un ejemplo ante todos sus amigos. Ellos verdaderamente idealizan e idolatran al otro.

En el primer caso, esta enorme felicidad es finalmente arruinada por el éxito, la preeminencia y la opulencia del esposo. Conscientemente, la esposa llega a deplorar el creciente materialismo y la deserción de la vida pura por parte de su esposo; pero subconscientemente, ella siente envidia porque su esposo haya realizado su potencial creativo y consternación porque su acostumbrado papel como la única que apoyaba y creía en su marido es ahora obsoleto. Además, liberada de los deberes de su antiguo rol, ella puede verse forzada a un cuestionamiento no deseado de su propio propósito en la vida. El matrimonio termina. En su siguiente matrimonio ella tiene cuidado—inconscientemente— de escoger a alguien cuya lucha creativa se encuentre limitada en última instancia por su potencial; ella y su nuevo marido viven contentos en los bordes del mundo artístico y literario, en el cual ella es una vez más idolatrada como la buena esposa y ella idolatra, en cambio, a su nuevo esposo como un genio creativo no reconocido y no corrompido.

En el segundo desenlace, la felicidad de la pareja también es arruinada, pero por un motivo diferente. La esposa es extremadamente feliz debido al éxito de su esposo y se alegra tanto por él como por las nuevas oportunidades que su éxito les da a ambos. Sin embargo, el marido, ahora menos necesitado, reevalúa a su esposa negativamente. En retrospectiva, él se siente humillado, infantilizado por el cuidado y protección de la esposa y, debido a esto, se siente molesto con ella. Él no quiere que nadie a su alrededor le recuerde días en los que él estaba necesitado y debía apoyarse en alguien. Ahora él la encuentra limitada y de segunda categoría y desea a alguien más digna de su nuevo estatus.

En el tercer desenlace, sin embargo, ambos esposos se alegran por su buena fortuna. Él está auténticamente agradecido por la ayuda que ella le brindó y ella está genuinamente gratificada. Ahora que ya no es necesario que ella invierta tanto tiempo en ajustar lo poco que tienen, sus energías de creación encuentran un nuevo escape en algún proyecto comunitario importante, y él la admira incluso más por su auténtica independencia. Para ellos, la apreciación mutua crece y la idealización inicial evoluciona en una enriquecida percepción más adecuada de los puntos fuertes y virtudes del otro.

Existe, claro, un enorme rango en la naturaleza y el destino de las idealizaciones en el amor. En un extremo, están las poco realistas y primitivas idealizaciones; en el

otro, las del tipo más realista y diferenciadas. En la medida en que las idealizaciones son poco realistas o neuróticas, son más propensas a quebrarse con el tiempo y a generar mucha ira, como de hecho lo hacen. Pero, como en el ejemplo de la buena esposa y su esposo creativamente limitado, un ataque neurótico puede ser viable por encima del largo trayecto y asegurar la continuación de la idealización mutua.

Mientras que las idealizaciones «maduras» tienden a perdurar, también pueden vacilar si dos amantes «saludables» pasan por una crisis que pone a prueba sus valores y perturba sus acuerdos. Para mi abuelo, quien amaba apasionadamente a su segunda esposa (aunque no a la primera), con quien se casó cuando tenía sesenta y cinco años (mintiendo sobre su edad y diciendo que tenía solo sesenta), sus sentimientos no disminuyeron hasta pasados treinta y cuatro años. Cuando tenía noventa y nueve y aún administraba su tienda de libros de segunda mano, su esposa, para entonces debilitada y de ochenta años, quería dejar de cocinar, mantenerse *kosher* y mudarse a un asilo de ancianos. La inagotable admiración de mi abuelo por sus virtudes femeninas por poco fue destrozada. Treinta y cuatro años de amor idílico dieron paso a recriminaciones y acusaciones de mala fe. La crisis solo fue resuelta por un consejero matrimonial. Mis abuelos se mudaron al asilo, donde, con mucha ayuda de las hijas de mi abuela, se mantuvieron *kosher*, y a mi abuelo se le asignó un chofer que lo llevaba al trabajo cada día. Lo más importante es que su amor fue recuperado. Mi abuelo murió un año después y su verdadera amada rápidamente se volvió senil.

### LA PÉRDIDA DE ARMONÍA Y MUTUALIDAD

En un principio, los amantes crean una ilusión de *perfecta* armonía. Parte de lo que entregan el uno al otro es un exceso de ternura y protección, expresado ya sea físicamente, por medio de caricias, mimos, o el suministro de té y sopa de pollo; emocionalmente, por medio de apoyo, solidaridad, comprensión o aprobación (o ambas). Ellos se comunican que cada uno valora las necesidades y deseos subjetivos del *otro* y, de hecho, los considera centrales en su mundo compartido —no inconvenientes, irrelevantes o molestos—. En una interacción armoniosa, el amante siente que ha trascendido cualquier ansia unilateral por satisfacción pasiva, que él y la persona amada están de manera natural compenetrados con los sentimientos y deseos del otro y solo necesitan responder a ellos de manera espontánea. Y así los amantes insisten en lo correcto de su «encaje», encontrando algunas veces su relación física como el emblema de su unidad emocional, como cuando, por ejemplo, ella le dice: «Encajo perfectamente en la curva de tu brazo», entre otras cosas.

Paradójicamente, a veces esta aspiración por la unidad resulta amenazadora cuando se acerca a su realización. La mutualidad exquisita puede ser demasiado buena, pues conlleva el peligro de ser sofocante e intrusiva para la persona amada (o sentirse uno mismo invadido), y de volver a invocar las imágenes idealizadas de los padres y las inhibiciones incestuosas que las acompañan. Tales peligros pueden ser mortales para el amor; sin embargo, es relativamente poco común que la mutualidad se vuelva tan perfecta como para ser amenazadora.

Muy frecuentemente, las expectativas de los amantes de una mutualidad continua y armónica están condenadas a la decepción. El sentimiento de perfecta armonía entre los amantes a menudo se muestra tan ilusorio y frágil como a lo que se remonta: la unidad oceánica de la madre y el infante, la natural interacción entre la buena madre —o padre— y el niño pequeño. Tales aspiraciones se ven con frecuencia frustradas debido a las inevitables limitaciones de la persona amada, la naturaleza contradictoria de los deseos y exigencias implícitas del amante, o simplemente a las limitaciones de la capacidad de cualquier ser humano por satisfacer los deseos de otro. Consecuentemente, con el tiempo, el amante pierde la esperanza de que sus deseos sean satisfechos por la persona amada (mientras se aferra a la creencia de que ellos pueden ser, quizá, satisfechos por otra persona), y se decepciona. Finalmente, las esperanzas de los amantes son opacadas por su conocimiento de la caducidad de todas las cosas, como el amor y la vida misma. Al escribir sobre Levin, el feliz amante en *Anna Karenina* de Tolstoi, Troyat dice: «En los primeros días de su matrimonio, él piensa que está más allá del alcance de la pena y el miedo. Pero el amor es un frágil bastión frente al espectro de la muerte».<sup>13</sup> Y Levin, quien representa al propio Tolstoi, finalmente busca una solución religiosa a su angustia existencial.

Algunas veces, incluso en la fase idílica, la fantasía de una mutualidad perfecta no se realiza. En un caso como este, la pasión inicial nunca puede florecer en un verdadero amor. H. G. Wells, en su autobiografía, nos da un grandioso ejemplo. Dada su insistente necesidad por comprometerse en encuentros apasionados y a su incapacidad por mantener uno, sus memorias son un tesoro oculto para iluminar los defectos fatales en el amor. Al hablar de su interludio con Dorothy Richardson, él recuerda:

Ella quería que yo explorara su alma con sorpresa y deleite. Pero una vena de misticismo egocéntrico evasivo en ella siempre la hizo mentalmente irritante para mí; tenía un adorable hoyuelo cuando sonreía; tenía el cuerpo atractivamente cubierto de finos vellos dorados, y recitaría las aburridas e ingeniosas cosas que llenaban esa bien proporcionada, mas bien grande, rubia cabeza suya.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Henri Troyat, *Tolstoy* (Nueva York: Harmony Books, 1980), 382.

<sup>14</sup> Wells, *H. G. Wells in Love*, 64.



No solo él no estaba dispuesto a explorar su alma, sino que también despreciaba de alguna manera lo que él consideraba pretencioso. Existía un doble fracaso, tanto de la idealización como de la mutualidad. Una relación como esta, con expectativas y prioridades tan distintas por parte de los dos participantes, nunca pudo despegar. No podían realizarse objetivos comunes, no se podía alcanzar una armonía real. Y, como ya sabemos por sus reflexiones sobre su relación con Rebecca West, sin importar qué tanto se haya dejado arrastrar por las corrientes de la pasión, su deseo permanente era tener a alguien que cuidara de él y lo atendiera, y no al revés.

Incluso cuando la mutualidad y la armonía parecen bien establecidas en la intensidad inicial de un romance, ellas no pueden ser mantenidas en perfecto estado. Yo creo que este fracaso es el enemigo más peligroso del amor, y no, como generalmente se cree, amansar y domesticar las pasiones que siguen a la institucionalización. Esto quiere decir que la rutina es menos peligrosa para un amor que el fracaso del sentido de los amantes de reciprocidad y mutualidad.

Con el tiempo, incluso entre amantes dichosos, existen amenazas casi universales a la mutualidad armoniosa: el acto sexual y el nacimiento de un hijo. Si bien tanto la unión sexual como el nacimiento de un hijo pueden ser profundos símbolos y actos de mutualidad, incluso fusión, paradójicamente también presentan un potencial poderoso para la desarmonía.

El sexo les otorga a los amantes el enorme regalo de colapsar la tensión que cada uno siente entre el cuerpo y el alma. Cuando el amor reclama la sexualidad como un medio para la fusión, el cuerpo está hecho para servir al alma en lugar de utilizarlo para recordar lo bestial. Si el sexo se convierte en un instrumento por el cual un alma se pone en contacto con otra, el cuerpo es justificado. A través del sexo, el amante hace válido no solo su cuerpo, sino también el de la persona amada, el cual no es más que la expresión material de su alma. Pero la discordia potencial continúa merodeando dentro de la sexualidad del amante.

Uno de los problemas que muchos amantes enfrentan es el hecho de que sus sexualidades no son compatibles. Como consecuencia, los encuentros sexuales, los cuales psicológicamente deben ser la expresión por excelencia de perfecta armonía —la unión física simboliza la unión espiritual anhelada— llegan a ser, por el contrario, la ocasión para descubrir diferencias irreconciliables, o por lo menos diferencias que requieren una mediación racional y «trabajo». Entre hombres homosexuales, uno ocasionalmente escucha que la unión exitosa se da por el hecho de preferencias sexuales que no concuerdan, por ejemplo, los dos miembros de una pareja prefieren ser receptores en el sexo anal. Entre parejas heterosexuales, tales diferencias pueden ser menos dramáticas, pero están probablemente más generalizadas.

Mientras más se ha llegado a saber sobre la sexualidad femenina, se ha hecho más conocido que hombres y mujeres pueden también tener preferencias sexuales muy distintas. A algunas mujeres les gusta el sexo oral, pero a sus parejas no, y viceversa. Hombres y mujeres con frecuencia tienen ritmos sexuales distintos. Los hombres pueden no tener suficiente capacidad de duración, o las mujeres pueden requerir de demasiado tiempo, dependiendo de cómo se mire. Incluso cuando los amantes están sinceramente dedicados al placer del otro y están dispuestos a sacrificar su propia satisfacción para dar gusto a su pareja, estas diferencias y sacrificios son afrentas a la fantasía de afinidad absoluta y perfecta armonía. Ellas contradicen el sentido de armonía mutua espontánea y son la evidencia concreta de divisiones en gusto y temperamento. Es por esto que la idea misma de tener que «trabajar» en el sexo es tan inquietante para muchos amantes.

Sin embargo, el problema de la sexualidad es mayor a lo que cualquier simple diferencia en preferencias pudiera representar. Existe un potencial para el vacío y la posesión en la sexualidad que puede tener como resultado un coito que carece del sentimiento de comunión tierna que la mutualidad requiere. Y las sexualidades de algunos individuos están infundidas de un compromiso a la agresión, o a tensiones perversas, que están en conflicto con la fantasía de una compatibilidad de una unión conmovedora.

Además, a pesar de la función trascendental en el amor, el sexo pertenece claramente al cuerpo y el cuerpo siempre es problemático cuando aspiramos a una trascendencia real. En parte, esto se debe a su conexión con el excremento. Para algunos de nosotros el cuerpo es absurdo, si no simplemente desagradable, y el sexo está contaminado por nuestros sentimientos negativos hacia el cuerpo. El sexo, a pesar de que otorga tanto placer, no se encuentra inmune a la negatividad que el cuerpo invoca. Freud, parafraseando el dicho de Napoleón de que la geografía es el destino, postula que la anatomía es el destino. A pesar de que esta frase es generalmente malinterpretada —está muy difundida la creencia errónea de que se refiere a la «castración» femenina—, Freud fue explícito en su significado. La vergüenza de la sexualidad es que los órganos sexuales están vinculados a los órganos de excreción. El recuerdo de la excreción pone en peligro la trascendencia que el sexo busca alcanzar. Swift ha capturado este dilema patéticamente y con humor:

Y aun así, me atrevo a confiar en ti;  
Así que toma mi Secreto y *adieu*.  
No sorprende cómo perdí el juicio;  
Pero Celia, Celia, Celia defeca.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Swift, «Cassinus and Peter» [1734], en *Poetical Works*, 531.

El problema del cuerpo es aun más grande. Nuestra naturaleza animal, mortal, es una afrenta a nuestra naturaleza humana espiritual, porque al final todos morimos. Ernest Becker, quien considera el miedo a la muerte la principal fuerza motivadora en la vida del hombre, escribe en *La negación de la muerte*: «El hombre está literalmente partido en dos: tiene conciencia de su espléndida particularidad en la que sobresale de la naturaleza con destacada majestuosidad, y aun así regresa a dos pies por debajo de la tierra para ciega y tontamente podrirse y desaparecer para siempre».<sup>16</sup> El sexo, incluso cuando parece liberar al *self*, puede también recordarnos nuestra irreparable naturaleza animal.

El nacimiento de un hijo puede significar el final de la armonía tan decisivamente —y paradójicamente— como a veces lo hace el sexo. Que ese hijo sea una amenaza a la pasión de la unión es claramente irónico, ya que el niño es deseado como la encarnación misma de la fantasía de la fusión. Algunas veces, particularmente en el primer embarazo, ambas partes de la pareja disfrutan de su empresa compartida. Pero incluso entonces, el embarazo generalmente le pertenece más a ella que a él. Además, poco después del nacimiento del niño, uno de los padres, con mayor frecuencia la madre, usualmente se enamora de él. La persona amada ya no se encuentra en primer lugar, sus necesidades ya no son prioritarias. Él puede adorar a la mujer en su maternidad, pero ella está ahora separada de él. Incluso cuando el nuevo padre es capaz de trascender sus sentimientos de exilio y exclusión, la nueva madre puede inadvertidamente colocar otra carga sobre él. Ella espera que él ame al niño con la misma intensidad y exclusividad que ella. En la medida en que él no es capaz de hacerlo, ella empieza a considerarlo egoísta; en la medida en que ella exige que sus sentimientos sean un reflejo de los de ella, él empieza a encontrarla preocupada de manera narcisista y controladora. Los residuos de una herida edípica antigua son despertados en esta nueva configuración triangular. Los celos y la envidia complican estos sentimientos. La anterior mutualidad de deseos y prioridades se desvanece y, una vez más, la mutualidad es alterada en una o más áreas, la disonancia incluso a otras —con frecuencia la cama conyugal—. Es muy común que el nacimiento de un hijo cause un periodo de sexualidad poco armoniosa o incluso un enajenamiento más fundamental, como sabemos de las frecuentes referencias a este hecho tanto en la vida como en la literatura.

En el cuento de Grace Paley, *A Woman, Young and Old*, una madre culpa al nacimiento de sus hijas como la causa de la deserción de su esposo. Su hija recuerda la insistencia de su madre en culparla:

---

<sup>16</sup> Ernest Becker, *The Denial of Death* [*La negación de la muerte*] (Nueva York: Free Press, 1973), 26.

Mi padre, se me ha dicho cientos de veces, era un latino despampanante. Lleno de *savoir-faire*, *joie de vivre*, entre otras cosas. Ellos estaban profunda e irrevocablemente enamorados hasta que Joanna y yo lo cambiamos todo. Mi madre no quiere que me sienta rechazada, pero ella no quiere sentirse rechazada tampoco, así que dice que *yo* era muy ruidosa y lloraba cada noche. Y luego Joanna fue la plaga final y quería teta todo el día *y* toda la noche.<sup>17</sup>

En otro de los cuentos de Paley, una esposa abandonada recuerda el momento preciso en el que toda su felicidad se hizo trizas:

Era como intentar regresar a la boca seca de una pesadilla para recordar que el último día que fui feliz fue a mediados de una semana de marzo, cuando le dije a mi esposo que iba a tener a Linda. Bárbara tenía en ese momento cinco meses. Los niños tenían tres y cuatro años. Tenía que decirle. Fue el último día con algo de alegría sobre eso.<sup>18</sup>

Ella anticipaba, de manera correcta, que la noticia sacaría a su esposo de su vida.

Incluso cuando no representa una afrenta a la mutualidad, el nacimiento, como el sexo, puede ensombrecer al amor. También este pertenece al cuerpo y es un recordatorio de la muerte. Debido a que el nacimiento pertenece a la carne, la pena se mezcla con la alegría. Muchos padres se sorprenden al descubrir, en medio de la alegría que sienten al ser nuevos padres, que el bebé en sus brazos los acerca a su propia mortalidad, les recuerda que ellos no son más que eslabones en la gran cadena de la existencia, el ciclo interminable de la vida y la muerte. A veces intuimos nuestra muerte en el nacimiento de nuestro hijo. El recordatorio de la muerte diluye la alegría que, de otro modo, podríamos sentir en aquella experiencia.

En cualquier relación, existen más que suficientes oportunidades para el fracaso de la empatía. Inevitablemente, alguno de los amantes llega a sentirse no comprendido, por cualquier mínima provocación. Algo ocurre que lleva al amante a sentirse profundamente insultado; se ofende y se disgusta. El amante espera que la persona amada reconozca su herida, indignado de que ella no intuya su sufrimiento y la causa de este, demasiado orgulloso y herido para quejarse. Él cae en la desesperación; incluso durante la noche, acostado en la misma cama que su persona amada, no consigue calmar esta angustia. Frustraciones, desaires hirientes, punzantes observaciones fuera de lugar, esperanzas rotas: todas ellas acosan su sentimiento de armonía. Este profundo dolor está compuesto por el reconocimiento

<sup>17</sup> Grace Paley, «A Woman, Young and Old», en *The Little Disturbances of Man* (Nueva York: Penguin Books, 1985), 26.

<sup>18</sup> Grace Paley, «An Interest in Life», en *The Little Disturbances of Man*, 95.

de que su alma es oscura para el *otro*; finalmente, él teme que ella nunca lo llegue a conocer.

Quizá el dolor es incluso peor cuando el amante ha sido comprendido, pero no apreciado, como en el caso en el que la persona amada intuye sus sentimientos de manera bastante adecuada, pero los ignora adrede, ya sea porque se encuentra momentáneamente cansada y agotada o porque ha llegado a percibir al amante como constantemente necesitado. Algunas veces, un amante decepciona al otro debido a sus propias inhibiciones neuróticas, como, por ejemplo, cuando un hombre, aterrorizado por la enfermedad y la muerte, «olvidó» encontrarse con su esposa cuando ella iba a someterse a una biopsia de pecho. Su esposa nunca lo perdonó realmente y empezó a encontrar cada vez más evidencias de su autoprotección y egoísmo.

La traición puede ser decidida, pero en la mayoría de casos, es inadvertida. Criar hijos, por ejemplo, presenta amplias oportunidades para estas traiciones. En la novela de Judith Rossner, *August*, el matrimonio de Lulu y Nathan estuvo ligado a que él adoptara a la hija de ella, Sascha. Luego de que Lulu y Nathan se casaran, Lulu acostumbraba decir «que Nathan había adoptado a Sascha antes de que se casara con su madre, y si bien esto era una broma, estaba claro que Sascha era una parte importante del paquete».<sup>19</sup> Ellos eran un trío. Pero mucho después, cuando Lulu salió embarazada y Sascha, en un arrebato de ira, pidió pasar el verano con su *verdadero* padre, Nathan se sintió devastado. «Él observaba a su hija adoptada en una agonía de incredulidad. Había lágrimas en sus ojos. Su labio inferior temblaba».<sup>20</sup> Él se sintió incluso más herido cuando Lulu le respondió a Sascha «que no era momento ni el lugar para tener la primera conversación acerca de tu padre». Tan pronto las palabras salieron de su boca, Lulu sabía lo que había provocado: «Ella no tenía que mirar a Nathan para ver la traición y el reproche que estarían en sus ojos. Después de doce años de haber permanecido guardada prolijamente en una caja, la verdad había saltado y los había golpeado a todos en la nariz».<sup>21</sup> Y así, una de las ilusiones reconfortantes del matrimonio fue inadvertidamente destruida.

En cualquier relación amorosa, es casi inevitable algún grado de traición mutua, inherente al conflicto entre la necesidad simultánea de cada amante y la autorrealización —autodeterminación—. En las primeras etapas del amor, el conflicto desaparece temporalmente debido que el proceso de enamorarse y de establecer una nueva identidad como una pareja es suficientemente comprometedor como para absorber a los amantes por completo. El proyecto conjunto, aquel de establecer el «nosotros»,

<sup>19</sup> Judith Rossner, *August* (Boston: Houghton Mifflin, 1983), 90.

<sup>20</sup> *Ibid*, 123.

<sup>21</sup> *Ibid*, 123.

toma prioridad por sobre todos los otros proyectos y, por definición, sirve tanto para establecer la mutualidad como para facilitar la autorrealización de cada amante como parte de una pareja. Pero, una vez que el «nosotros» está establecido, nace una necesidad por nuevos proyectos conjuntos.

La mutualidad es una labor del amor agotadora y que requiere de tiempo. En tanto los compromisos separados de los amantes sean demandantes, el tiempo que cada uno invierte en el otro se pone en riesgo. Es difícil descubrir aquel punto en el cual la separación, en lugar de hacer que el corazón sea más cariñoso, fracasa. Pero una vez que este punto es alcanzado, los amantes sienten retraimiento y se pone en movimiento un círculo vicioso de preocupación por uno mismo y desconfianza.

Entonces, también, como con frecuencia sucede, los intereses exteriores de los amantes pueden estar intrínsecamente en una encrucijada. Las verdaderas contradicciones entre los objetivos de la mutualidad y de la autonomía pueden emerger. Por ejemplo, una mujer puede sentir que las ambiciones profesionales de él, aparentemente resueltas, le impiden prestarle suficiente atención a ella, mientras que él puede sentir que sus ambiciones son en beneficio de ambos. Él, en cambio, puede sentirse necesitado si ella es absorbida por su trabajo y no le da el apoyo que él siente necesitar para alcanzar sus metas. Y, por supuesto, los conflictos superficiales son a menudo impulsados por inconcientes competencias, celos y envidia. De esta manera, las predisposiciones neuróticas sirven para intensificar los conflictos inevitables de la vida en pareja, y algunas veces convierten problemas superficiales en intratables. El éxito puede separar a los amantes, como también el fracaso.

En el grado en que los objetivos o deseos separados de los amantes deben inevitablemente estar en conflicto, cada pareja necesita desarrollar algún mecanismo automático para resolver las diferencias. De otra manera, la mutualidad del amor dichoso abrirá paso a las irritaciones y heridas que se desprenden de los sentimientos y prioridades conflictivos. Consideremos, por ejemplo, el deterioro en el matrimonio de Ruth Benedict que ella describe en sus diarios. El inicio de su matrimonio parece haber sido particularmente extático, al llegar, como lo hizo, luego de una infancia fracturada y antes de que ella encontrara el trabajo de su vida en la antropología. Benedict escribe en su diario en 1914, aproximadamente luego de un año de matrimonio:

Tengo tanto, tanto; la vida parece tan incomparablemente rica en estos días. He sido feliz, muy feliz este verano, como nunca pensé que fuera posible, a menos que uno fuera muy joven o muy ciego. Hemos tenido amor y compañía.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Mary Jane Moffat y Charlotte Painter, editoras, *Revelations: Diaries of Women* (Nueva York: Vintage Books, 1975), 155.

Sin embargo, su matrimonio, que empezó con las esperanzas muy altas, terminó en desilusión. Apenas seis años después, ella escribió:

Hay bondad en mí y hay tanta bondad en Stanley. Y ambos tenemos una medida decente de autocontrol. ¿Por qué debemos continuar lastimándonos de manera tan cruel?... él me ha tomado completamente, la intimidad está comprobada, establecida; todo lo que él pide es mantener un tono parejo. Y, sabiendo esto, puedo mantener alejados por años temas que puedan inquietar la calma, mis propias ambiciones... Pero estoy hecha de un esquema exactamente antitético, es mi razón para vivir entender, y expresar es la única justificación de la vida que puedo sentir sin un pinchazo. El mayor alivio que conozco es poner algo en palabras, sin importar si es hiriente como esto lo es para mí; incluso escucharlo decir cosas crueles sobre mí es mejor que un silencio absoluto sobre su punto de vista año tras año. Y así es insoluble, una crueldad gratuita tanto para él como para mí. Así que cada vez nos volvemos más extraños el uno para el otro, unidos únicamente por ráfagas de sentimiento que crecen para parecer cada vez más vacías en nuestras vidas, no como parte y parcelas de ellas; y por una lástima intolerable que sentimos por el otro como seres humanos cruelmente atormentados.<sup>23</sup>

El amor puede verse seriamente dañado por las acusaciones mutuas de egoísmo. Cada amante siente que él se ha sacrificado y que el sacrificio no ha sido apreciado. Una acusación como esta con frecuencia obtiene la recriminación de que aquel regalo o sacrificio original no fue hecho por amor, sino por una ganancia concreta, como un medio de manipulación, o esperando explícitamente un *quid pro quo*. En medio de estas acusaciones, que aumentan rápidamente, un amante puede sentir que la divergencia entre ellos puede acercarse al punto de ser irreconciliable, cuando una ruptura final es inevitable. El periodo intermedio, cuando todavía no es irreconciliable, puede ser prolongado. Pero una vez que el amante reconoce el peligro, el impulso es el de intensificarlo, de poner a la persona amada a una prueba final de su amor. Algunas de las conflagraciones más dramáticas entre los amantes tienen lugar en esta coyuntura, y estas tienen casi las mismas apuestas y determinaciones mortales que una ruleta rusa. En lugar de los sacrificios, ahora se hacen demandas impetuosas e imperiosas: «Si realmente me amaras, desheredarías a tu hija» o «Cancela tu viaje» o «Dile a tal persona que se vaya al infierno». El amante espera ansiosamente ver si ha llevado a la persona amada al punto de lo irreconciliable o si su voluntad ha prevalecido y la relación puede ser preservada.

La ira desencadenada por las frustraciones de la decepción puede ser descargada libremente en la persona amada. Puede unirse con la ira de un periodo de desarrollo

---

<sup>23</sup> Ibid, 159-160.

anterior, en particular la ira sentida hacia un padre frustrante, de ahí las frecuentemente correctas acusaciones de los amantes: «Me estás tratando como si yo fuera tu padre (o tu madre)».

En un intento por reparar una injusticia percibida, el amante puede no contentarse únicamente con descargar su ira, sino que puede vengarse dando inicio a una aventura sexual, la cual simultáneamente reconfirma la autonomía y confirma el descontento con su pareja («Ahora me doy cuenta de que ella nunca me entendió»). Esto desvía la atención de los verdaderos problemas y trivializa la relación amorosa. Un amante puede también negarse al sexo como otra expresión de poder *vis-à-vis* con el *otro*.

Existe otro tipo de triangulación a la cual los amantes pueden recurrir, una que no se conforma por el erotismo, sino al recurrir a una autoridad externa. Uno de los amantes lleva sus quejas a un simpático amigo o confidente, muy a menudo un miembro mayor y confiable de la familia extendida; a veces, un consejero matrimonial. El propósito es el de llevar el pronunciamiento del juez externo a la pareja, algunas veces simplemente para reforzar la posición del amante, aunque a veces, claro, el acudir a una autoridad externa representa un intento genuino por evaluar dónde se encuentra realmente la responsabilidad del «desastre». En el proceso de buscar ayuda, el amante desdichado renuncia a algunos de los secretos sagrados de la pareja y la unión se compromete invariablemente de alguna manera. Sin embargo, tal triangulación puede ser beneficiosa, incluso necesaria, de cuando en cuando. Pero con seguridad cambia la naturaleza fundamental de los límites entre la pareja y el mundo exterior; el «nosotros» no es ya una entidad cerrada, su límite es permeable. En las situaciones más adversas, la naturaleza de la relación de los amantes cambia tan radicalmente que ellos dejan de ser un «nosotros» adulto; ellos ya no están buscando auténticamente ayuda, sino que han regresado al nivel de disputa, de hermanos competitivos en busca de una mediación adulta y de intervención o validación.

Si uno de los amantes se encuentra desencariñado o decepcionado, pero no está en contacto con sus sentimientos, él puede simplemente retirarse, volverse apático, deprimido o aburrido. Algunos amantes están tan asustados por la posibilidad de desenamorarse, que niegan cualquier sentimiento o pensamiento negativo. En estas circunstancias, ellos pueden manifestar signos de repulsión física por la persona amada y, aunque aparentemente no estén relacionados con ningún sentimiento de desdicha, estos deben ser tomados con seriedad como posibles advertencias de que algo está fallando. La incomodidad también puede ser desplazada hacia alguien seguro. He llegado a pensar que las constantes quejas y la condolencia mutua sobre la ayuda en el hogar entre las mujeres de clase media y media alta es con frecuencia un



código de comunicación, usualmente inconsciente, acerca del serio fracaso en el apoyo por parte de sus esposos. Estas mujeres se sienten descuidadas y lamentan el peso de cargar con la mayor parte de la responsabilidad de mantener sus matrimonios. Temiendo enfrentar su desdicha, sin embargo, ellas han transferido sus quejas a un blanco seguro, la «ayuda», de una manera socialmente aceptable e incluso permitida. Aun así, otros amantes guardan silencio, sufren silenciosamente, pero empiezan a buscar otras opciones, nuevos amantes, nuevas oportunidades. Se vuelven interesadas en sí mismas y le entregan a la relación solo lo suficiente para «mantenerse a flote» hasta que llega el momento en que pueden partir.

De cualquier modo, una de las respuestas más comunes a las decepciones del amor no es la ira ni la apatía, sino una ansiedad sobrecogedora, la cual adquiere la forma de miedo al abandono o al rechazo por un rival imaginario. Incluso sin ningún cambio en las relaciones manifiestas entre dos amantes, uno puede intuir una disminución en la relación emocional y sumergirse en meditaciones agonizantes de lo que parece ser un debacle inevitable, la *certeza* de que se será abandonado. Las meditaciones obsesivas como estas y los sentimientos que las acompañan pueden crecer hasta el punto en que empiezan a parecerse a una depresión nerviosa de proporciones clínicas. Pero, a pesar de su sufrimiento, el amante más a menudo hace un esfuerzo conciente, el cual generalmente no tiene éxito, de mantener sus sentimientos solo para él, temiendo que, de ser revelados, solo servirán para alejar a la persona amada incluso más. Cuando un amante atormentado abre paso a sus impulsos de reprochar a la persona amada, sus peores miedos parecen confirmarse cuando esta se pone a la defensiva, y entonces su ira se convierte en reproches a sí mismo y en otro intento frustrado por restarle importancia a la desesperación y apaciguar a la persona amada.

Tolstoi escribe conmovedoramente sobre la disolución del amor entre Anna Karenina y Vronsky, en la cual ella siente una disminución en la intensidad de la pasión de Vronsky y este se ofende por la incapacidad de Anna para aceptar las limitaciones de su situación. Anna está cada vez más sobrecogida por la desesperación, la que intenta controlar con morfina, coqueteos vacuos o actividades sincronizadas. Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, su confianza en ella misma está muy socavada.

En sus ojos, todo él, con todos sus hábitos, ideas, deseos, con todo su temperamento espiritual y físico, era una cosa: amor por las mujeres; y ella sentía que ese amor debía estar concentrado en ella por completo. Aun así, ese amor estaba disminuyendo; consecuentemente, como ella pensaba, él debía de haber transferido parte de su amor a otras mujeres o a otra mujer, y ella estaba celosa [...].

Y al estar celosa por él, Anna estaba indignada con él y encontraba razones para su indignación en todo. Ella lo culpaba por todo lo que fuera difícil desde su posición.<sup>24</sup>

Naturalmente, existen factores tanto psicológicos como situacionales que predisponen a algunos amantes a responder a las decepciones amorosas con una esperanza renovada, estoicismo, apatía, ira o miedo al abandono. El miedo al rechazo y la ansiedad por el abandono se presentan más comúnmente entre las mujeres, tanto en virtud de constricciones sociales como de hechos específicos del desarrollo femenino (ver capítulo 11). Sin embargo, se manifiestan de manera extrema en aquellas que han sufrido una pérdida real o un distanciamiento emocional en los primeros años de vida, o en aquellas que abrigan tanta hostilidad conciente, que temen represalias en forma de abandono.

Desafortunadamente, muchas de las reacciones al amor menguante únicamente sirven para acelerar el proceso de separación de los amantes, al haber perdido cada uno de ellos el entendimiento comprensivo que les permitía ingresar a la subjetividad del *otro*.

\*\*\*\*\*

La mutualidad, al igual que la idealización, es con frecuencia frágil, pero a veces se demuestra sorprendentemente resistente. El convenio entre los amantes puede profundizarse con el tiempo, cuando los amantes llegan a conocerse. Y en algunas ocasiones, incluso cuando es interrumpido, puede ser reestablecido. Esto, por supuesto, es lo que las parejas intentan hacer en «la segunda luna de miel» y en escapadas ocasionales; ahí ellos intentan reconstruir la frontera sagrada entre la pareja y el mundo exterior. Algunas veces, los amantes son capaces de mantener su cercanía, intimidad y mutualidad durante todos los periodos de una relación comprometida, pero para muchos de ellos, solo pueden ser reconstituidas luego de que los hijos han crecido y han dejado el hogar, y el triángulo puede volver a ser una pareja. Al igual que la idealización, mucho depende del grado de concordancia en las fantasías, necesidades y valores concientes e inconcientes.

## LA PÉRDIDA DE LA PASIÓN SEXUAL

El amor carnal es una característica importante del amor apasionado, pero es solo una parte y no debe de ser confundida por el todo. Sin embargo, su pérdida puede

---

<sup>24</sup> Tolstoi, *Anna Karenina*, 769.

presentar un impedimento importante para la continua intensidad del amor apasionado. A pesar de que es extremadamente difícil mantener el tono alto de una pasión enteramente lujuriosa en el amor mutuo, la ausencia e incluso la disminución de la pasión sexual es alarmante y, en ocasiones, devastadora para los amantes. De hecho, es tan difícil de enfrentar que algunas veces ellos ignorarán lo evidente y se darán cuenta de ello solo cuando se les compara involuntariamente con otros. En la novela de Sue Miller, *La buena madre*, Anna y su esposo, Brian, están visitando a unos amigos.

Esa noche, en la cama, él y yo permanecemos separados, nuestros cuerpos encorvados lejos del otro, dos lunas crecientes, cada una en un universo separado. Podíamos oír a Louise y a Mark haciendo el amor, sus codiciosos gemidos, “¡Sí! ¡Sí!” intensificados y silenciados a través de las paredes. Yo permanecí quieta, respirando parejo para que Brian pensara que estaba dormida, y preguntándome cuándo nos había pasado esto, cuándo habíamos dejado de notar o valorar la individualidad del otro.<sup>25</sup>

Se divorciaron ese año.

El sexo apasionado es vulnerable en el amor, debido a que los demonios edípicos anteriormente vencidos no siempre permanecen en ese estado. En el amor realizado, el amante confiere lo afectivo y lo sexual al mismo objeto, y alcanza una pasión sexual. Inicialmente, por supuesto, en la medida en que el objeto tiene alguna resonancia incestuosa, el sentido de transgresión —y de reencuentro— contribuye con la intensidad del amor, tanto en los aspectos emocionales como en los sexuales. La búsqueda del amante de lo secreto y lo prohibido aumenta la intensa excitación de la pasión sexual. Sin embargo, en un amor de años, las fijaciones incestuosas son frecuentemente revividas en un grado mayor y las prohibiciones contra ellas llegan a inhibir la pasión sexual.

Reencontrar puede ser necesario para que la química sea correcta, pero demasiada similitud puede ocasionar problemas. La mayoría de escritos de Freud sobre el amor señalan que la ruptura entre el sexo y el afecto se debe a restricciones incestuosas. ¿Por qué estas pueden resurgir en una relación que lleva años cuando aparentemente ya han sido superadas? Esto puede ocurrir cuando un amante vuelve a invocar enérgicamente y llega a encarnar para el otro una antigua imagen de su padre. La transformación del amante en la imagen idealizada paternal en ocasiones ocurre después de que la pareja ha tenido un hijo —las parejas con hijos con frecuencia se llaman «padre, madre» entre ellos—. Pero también sucede en otras coyunturas, cuando, por ejemplo, la amada se vuelve tan maternal y provee tanto

<sup>25</sup> Miller, *The Good Mother* [*La buena madre*], 95.

cuidado que ella invoca con demasiada fuerza una conexión con la madre y los recuerdos de la vida infantil, o cuando se dan cambios físicos en la persona amada como consecuencia de la edad.

Además de los tabúes del incesto que pueden inhibir la sexualidad y el amor en casos en los que existe demasiada similitud entre el nuevo objeto amado y el antiguo, hay otras maneras en las cuales el pasado puede lastimar al presente, haciendo problemática la selección de la persona amada. Freud no solo demostró la continuidad en la serie de objetos amados, sino también el hecho de que recuerdos y experiencias inconcientes específicos, pertenecientes a los primeros objetos amados, juegan un papel decisivo en la experiencia adulta de amor de los amantes, dándole forma y a veces limitándola. El curso del amor está influenciado por nuestras historias personales y nuestros amores de infancia. Como ejemplo, consideremos al niño que fue asfixiado por los cuidados maternos; en la medida en que él ha experimentado los cuidados de su madre como intrusivos, puede, incluso como adulto, experimentar la cercanía como invasora o acosadora.

Con respecto a las inhibiciones sexuales, ellas no son solo invocadas por la presencia de restricciones incestuosas; ellas pueden también surgir como un medio de protección contra la agresión implicada en el sexo. La ira puede ser invocada, dirigida en contra de la persona amada, la cual es un suplente del objeto temprano. La agresión, no obstante, también puede ser parte integral de la excitación sexual vigente. En cada caso, puede ser experimentada como una amenaza potencial a la integridad de la relación.

El amante, temeroso de sus fuentes secretas de agresión, y de las de su persona amada, se retrae y se vuelve incapaz de olvidarse de sí mismo en el acto sexual. Una vez que el amor pone en movimiento al superego y la conciencia de proteger al *self* o a la persona amada, las inhibiciones reemplazan las pasiones. Por eso, mientras la ternura juega un papel necesario en el amor, puede también destruir algunas de las raíces de la pasión sexual. Es en este sentido que el amor, que busca ternura, puede encontrarse en desacuerdo con la pasión, que busca posesión.

La mayor parte de profesionales de la salud asume que la pasión sexual es característica de las primeras etapas de las relaciones y desaparece de manera gradual, generalmente debido a las razones recién sugeridas. Aun así, otros asumen que puede perdurar. Por ejemplo, Kernberg afirma que «la pasión sexual es un ingrediente básico que mantiene a las parejas juntas, como expresión (o garantía) de las funciones activas y creativas del amor».<sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> Kernberg, *Internal World and External Reality*, 288.

Para él, el complejo de Edipo nunca es resuelto, sino que continúa contribuyendo a la excitación o a la pasión sexual. Sin embargo, continúa, «la pasión sexual, una condición previa para la estabilidad de la pareja, es también una posible fuente de amenaza hacia ella, de tal manera que una relación amorosa más viable y creativa está también más amenazada que una caracterizada por una armonía relativamente tranquila y un sentimiento de seguridad».<sup>27</sup>

### EL RITMO DEL AMOR

Algunos amantes están dispuestos a sacrificar la intensidad y darle paso a las sosegadas alegrías del vínculo afectivo; otros logran preservar la intensidad dentro de una relación. No obstante, hay otros que parecen necesitar un nivel constante de excitación y emoción, experimentadas a través de algún tumulto externo. Dentro de este último grupo, uno encuentra personas que «eligen» adaptaciones particularmente apropiadas para mantener un alto nivel de excitación. Estas incluyen a los adictos al amor, aquellos que constantemente se están enamorando, pero son incapaces de permanecer en ese estado; los donjuanes y doñajuanas, amantes que separan la excitación sexual de la intimidad y tienen una serie de encuentros sexuales apasionados; y aquellos que eligen amantes inasequibles, prolongando de esta manera la incertidumbre del cortejo indefinidamente.

En el curso normal de cualquier amor, la pasión crecerá y disminuirá. En el amor exitoso, existen siempre resurgimientos de un sentimiento intenso, que en ocasiones incluso llegan a exceder la intensidad originalmente experimentada. Muchos amantes están familiarizados con este fenómeno y pueden incluso decirse el uno al otro que están teniendo un «ataque amoroso», similar a las tormentas de lujuria. Estos resurgimientos explican la capacidad de resurgimiento incluso de romances marchitos.

Mientras que la mutualidad, la idealización y la intensidad pasional están íntimamente relacionadas y por lo general se pierden más o menos al mismo tiempo, dando lugar a la desvinculación emocional, no son idénticas en lo absoluto. Un aspecto que las distingue es el grado en el cual son recuperables. Me da la impresión de que el sentimiento de mutualidad puede ser a menudo restaurado después de periodos en los cuales ha desaparecido. De manera similar, la ruina de la intensidad es frecuentemente un fenómeno reversible. Pensemos en la frecuencia con que la pasión fracasada puede ser retomada debido a la amenaza de un rival en potencia o

---

<sup>27</sup> Ibid, 288.

por una separación inminente. La pérdida de la idealización, no obstante, supone un golpe más certero al amor, aunque tampoco es necesariamente irreversible. En la medida en que el amante todavía siente algo de respeto o admiración por la persona amada, incluso si él piensa que la odia, su amor puede revivir. Sin embargo, a pesar de que el amor puede sobrevivir a la traición y la decepción, no puede ser recuperado si la percepción de la persona amada está tan alterada, que ella ahora es considerada prosaica, inferior o mala. En ese sentido, que la idealización persista puede ser un requisito más importante para el amor que cualquier otro sentimiento de mutualidad o intensidad pasional.

Como he sugerido anteriormente, la idealización y la afinidad no son completamente imaginarias o «proyectadas». Debido a que frecuentemente se basan en evaluaciones y percepciones auténticas, sobre todo en alguna especie de «encaje» emocional, potencialmente pueden durar más de lo que los críticos del amor suponen. Se debe a esto que los amantes temen, con toda razón, la aparición fortuita de un novio del pasado de la persona amada: saben lo poco que requieren las cenizas de un antiguo amor para convertirse en llamas de pasión renovadas. Incluso después de una ruptura traumática o una separación prolongada, los amantes pueden sentir una «chispa» cuando se vuelven a encontrar.

He conocido a varias mujeres en la mitad de sus sesenta años que, a pesar de las probabilidades estadísticas y el conocimiento convencional —y correcto— de la «doble pauta de envejecimiento», encuentran una pasión verdadera con amantes que han sentido una chispa por ellas algunas décadas antes, en circunstancias en las que el amor no podía realizarse del todo. Es interesante que la atracción y la idealización basadas en el recuerdo de un cuerpo más joven parezcan haber tenido suficiente poder imaginativo como para superar la típica respuesta desexualizada por una mujer mayor.

Cuando una relación está en suspenso, los problemas que pueden afligirla pueden ser olvidados, mientras que el recuerdo de la exaltación perdida se convierte en el centro de la ensoñación romántica. La nostalgia aviva la fantasía —un caso más en la racha de objetos perdidos—. Por ejemplo, no es inusual para las personas divorciadas, solas y que se sienten desamparadas, incluso a pesar de que ellas hayan iniciado la separación, encontrar que sus pensamientos y fantasías hacia sus esposos descartados regresan obsesivamente. Algunos amantes pueden entonces descubrir que la reconciliación es posible. Nadie se sorprende al escuchar de parejas que se divorcian, tienen otras experiencias y luego se vuelven a juntar. Elizabeth Taylor y Richard Burton imprimieron este patrón en las conciencias de casi todo el mundo. Algunas veces esto funciona y algunas veces no. Un nuevo autoconocimiento de

parte de uno o ambos —y una nueva aceptación mutua— puede no solo hacer posible que la vieja chispa vuelva a encenderse, sino que permanezca encendida. Si la queja entre los amantes era fundamental, la reconciliación está, por supuesto, condenada y el amante llegará tarde o temprano a la lamentable conclusión de que el grave error fue la reunión y no la separación. Un hombre expresó alivio de que su esposa, de la cual estaba separado, lo hubiera llamado y vuelto loco en una conversación. Él había estado fantaseando con ella, pero cuando ella llamó, «Recordé cuán exasperante es, cómo no tiene sentido lo que dice». Y así él fue capaz de reconfirmar su sabia decisión de separarse.

El clásico informe de redescubrimiento, de esperanza renovada y de rápida desilusión puede ser hallado en el cuento corto de Katherine Mansfield, *Un pepinillo encurtido*. Dos antiguos amantes se encuentran accidentalmente, luego de seis años de hiato, en una confitería. Él la invita, y se sientan a conversar sobre sus aventuras durante los años de intermedio; ella se muestra algo evasiva sobre su pasado reciente. Mientras rememoran, sus recuerdos los llevan a un pasado compartido y se miran conmovedoramente. «En el pasado, cuando ellos se miraban de esa manera, sentían un entendimiento ilimitado entre ellos, sus almas se habían abrazado y lanzado al mismo océano, felices de ahogarse, como amantes afligidos».<sup>28</sup> A pesar de que ella recordaba su avaricia e insensibilidad, las cuales la molestaban enormemente, ella ingresa al optimista y romantizado recuerdo de sus días juntos que él invoca, es vencida por su aparente sensibilidad y empieza a pensar que ha arruinado su felicidad al rechazarlo. De pronto, él cambia de humor y con bastante crudeza interpone algunas observaciones desalentadoras, rompiendo, sin querer, el hechizo. Ella, que forzosamente ha recordado todas sus bien fundadas reservas sobre él, se disculpa y se marcha. Él, completamente perplejo, pide la cuenta. A pesar de lo pasmado que pudo estar, no está lo suficientemente distraído como para olvidar pedirle a la mesera que no cobre por la crema; después de todo, razona, no ha sido tocada.

A pesar de la separación de caminos que ocurre al final de la historia de Mansfield, uno de sus temas implícitos es que la atracción no es tan aleatoria como tendemos a pensar. La idealización del *otro*, en quien está basada la atracción, aparentemente frágil e irreal, es lo suficientemente sólida como para ser revivida, aunque sea momentáneamente, incluso entre amantes que se han separado hace mucho por razones que no han sido olvidadas ni han disminuido. Esto se debe a que la idealización

---

<sup>28</sup> Katherine Mansfield, «A Dill Pickle» [«Un pepinillo encurtido»], en *The Short Stories of Katherine Mansfield* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1945), 334-335.

se basa frecuentemente en percepciones adecuadas de características que realmente valoramos. Además, la idealización puede variar, profundizarse y madurar. Como consecuencia, esta tiene mayor duración y capacidad de revivir de lo que generalmente se cree. Esta es una de las cualidades que, en condiciones favorables, permiten al amor crecer y disminuir, en lugar de simplemente desaparecer.

Con la resurrección de la admiración y la idealización, las esperanzas de reciprocidad y mutualidad pueden también revivir y algunas veces los amantes son capaces de recuperar la antigua intensidad. Sin embargo, también existen unos pocos afortunados para quienes la predominancia de los deseos armoniosos sobre los conflictivos ha logrado preservar la idealización y la mutualidad, y ellos no han perdido la intensidad en ningún momento. Puede ser que sean pocos, pero dan testimonio de la posible viabilidad de los impulsos que dan forma al amor.



## CAPÍTULO 9

### Triángulos

Las historias de triángulos ejercen tanto poder imaginativo en nosotros como lo hacen las historias de dos amantes. Algunos de nosotros hemos reflexionado acerca de la reacción —o la falta de una— de Rose Kennedy ante el prolongado romance entre su esposo, Joseph Kennedy y Gloria Swanson; nos hemos sentido o hemos quedado consternados por el escándalo de cuando Ingrid Bergman abandonó a su esposo, Roberto Rossellini; hemos sido profundamente afectados por la revelación de la infidelidad de Franklin Roosevelt hacia Eleanor; o hemos tendido a obsesionarnos con uno que otro triángulo del cual hemos escuchado. Podemos sentirnos fascinados, horrorizados o incluso amenazados cuando relacionamos tales episodios —independientemente del punto de vista de cualquiera de los participantes— a nuestra situación personal y agotamos imaginativamente futuros escenarios posibles en nuestras propias vidas.

Sentimos una inmensa curiosidad por los triángulos. ¿Y por qué no? Dada nuestra historia de desarrollo, esto no debería de ser completamente sorprendente. Los triángulos se encuentran íntimamente conectados con las parejas de nuestros primeros años de vida, y están llenos de deseos y miedos profundos. Nuestra primera relación triangular —edípica— marca nuestra separación de una exagerada dependencia infantil de la madre, así como nuestro ingreso al mundo como competidores independientes. Los diálogos de amor del desarrollo nos hacen pasar de la dicha de la pareja madre-hijo de la infancia al complejo de Edipo triangular, el cual vuelve a manifestarse en la adolescencia y se resuelve solo cuando el individuo alcanza la gloria del primer amor y la restauración de la centralidad psicológica de la pareja original. De hecho, el juego entre parejas y triángulos, ya sea enriquecedor o empobrecedor, realizado o fantaseado, está presente a lo largo de toda la vida.

A pesar de que el amor romántico es generalmente descrito como una «religión de dos», las parejas pueden verse afectadas por los triángulos, e incluso pueden estar completamente contaminadas por ellos. Por otro lado, y de manera más positiva, los triángulos pueden, en ocasiones, facilitar el amor: algunas parejas se cristalizan por primera vez en el contexto de un triángulo; otras, especialmente las parejas más

antiguas y establecidas, pueden ser vigorizadas por ellos. Como sabemos, muchos de los amantes más célebres eran adúlteros: Tristán e Isolda, Lancelot y Ginebra, Paolo y Francesca. Además, algunos triángulos no son más que simples estados intermedios en nuestro desenamoramiento; no son invocados como un medio de protección contra la intimidad o la intensidad revivida, sino que son en sí mismos los eventos principales: el amante que tiene una fijación en los triángulos solo puede alcanzar algo de satisfacción dentro de una configuración triangular.

## ENVIDIA Y DESEO

Al ir solo por la vida, viendo al mundo yendo en pares, uno puede sentirse abruptamente desamparado, solo y desconsolado. Uno siente algo más que envidia, como si se padeciera de alguna deficiencia sin nombre: «¿Por qué yo no?, ¿soy la única persona que está sola?». Uno percibe que su potencial y placer pueden ser únicamente realizados en el amor. Si uno es parte de una pareja superficial, cuya unión nunca evolucionó en amor o cuyo amor se ha desvanecido hace mucho, puede sentir resquemor, desesperanza o una amarga ira al ver que sus oportunidades de vida se encuentren quizá frustradas para siempre.

La envidia, que cala profundo en la psique, es hermana del deseo. Percibir o imaginar que otras dos personas están juntas sexual o románticamente nos lleva a descubrir el amor en nosotros. Al leer o ver una historia de amor, nos comprometemos imaginariamente: queremos que esa historia, o una parecida, nos ocurra a nosotros. Así sucedió con Francesca y Paolo, el hermano de su esposo. Al descender al segundo círculo del Infierno, Dante le pregunta a Francesca cómo llegó a enamorarse de Paolo, y ella responde:

Leíamos un día por deleite,  
cómo hería el amor a Lanzarote;  
solos los dos y sin recelo alguno.

Muchas veces los ojos suspendieron  
la lectura, y el rostro emblanquecía,  
pero tan sólo nos venció un pasaje.

Al leer que la risa deseada  
era besada por tan gran amante,  
éste, que de mí nunca ha de apartarse,

la boca me besó, todo él temblando.  
Galeotto fue el libro y quien lo hizo;  
no seguimos leyendo ya ese día.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Infierno*, Canto V, en *Divina Comedia*, edición de Giorgio Petrocchi, traducción y notas de Luis Martínez de Merlo (Madrid: Ediciones Cátedra, 2003), 108.

Para Francesca y Paolo, la historia de Lancelot despertó, en sus corazones, la ilusión de un posible amor entre ellos.

Para los afortunados, el amor surge como una respuesta a las características del *otro*, y la pareja nace sin ninguna referencia directa a una tercera persona. Sin embargo, para muchos, como para Paolo y Francesca, el deseo está mediado por la percepción de uno mismo en relación a una pareja. En otras palabras, deseamos lo que otro como nosotros tiene, o lo que una pareja parece compartir. Sin embargo, la envidia y la emulación pueden tomar una forma distinta, literalmente querer lo que otro posee, en lugar de simplemente ansiar algo similar. Entonces, nuestro deseo se convierte en el impulso por interponernos en una pareja envidiada y reemplazar a uno de sus protagonistas. En tales momentos, parece que el deseo apareciera, o fuera intensificado, por el hecho de que alguien ya hubiese sido solicitado o deseado por alguien más. El objetivo puede ser capturar a la persona amada, pero, a la vez, parece que un elemento competitivo está actuando. En casos como estos, podemos afirmar que el propósito del amor es dual: el deseo erótico de poseer a la persona amada va de la mano con el deseo de derrotar competitivamente al rival.

Muchas mujeres profesionales han notado que, cuando ellas se casan, parecen convertirse sexual y románticamente más atractivas para sus colegas hombres de lo que eran cuando estaban solteras. Esto puede deberse, en parte, a que algunos hombres se sienten protegidos por las limitaciones intrínsecas a la situación, que impiden un desarrollo total de la relación potencial. Igualmente importante resulta la existencia del esposo-rival, ya que a través de él se establece el atractivo de la persona amada. Aunque muchas veces una mujer es más atractiva bajo esta luz, algunas veces un premio no representa sino para el hombre desafiante y superior en una competencia «fállica y narcisista».

Además, en una situación como esta, cualquier desaire dirigido hacia el amante potencial puede ser explicado racionalmente. En *Anna Karenina*, hay un pasaje que retrata a Vronsky, en el momento en el que todavía está enfermo de amor por Anna y aún no ha tenido éxito, disculpándose de manera poco genuina con un amigo por lo ridículo que debe parecer debido a su pasión por Anna:

Él estaba muy al tanto de que no corría el riesgo de ser ridículo ante los ojos de Betsy o de cualquier otra persona elegante. Él estaba muy al tanto de que, ante sus ojos, la posición de un amor fracasado por una niña o por cualquier mujer libre para casarse podía ser ridícula; pero la posición de un hombre persiguiendo a una mujer casada y que, a pesar de todo, se arriesgue para llevarla al adulterio, tenía algo de excelencia y grandeza, y no podía ser nunca ridícula.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> León Tolstoi, *Anna Karenina* (Nueva York: Modern Library, ND), 137.

El fuerte impulso por desear lo ajeno y sus implicaciones competitivas se revelan en un tabú común a los hombres adolescentes. A pesar de que los jóvenes pueden compartir sus hazañas sexuales, ellos generalmente respetan los derechos territoriales de los otros y no tienen relaciones sexuales con las enamoradas de sus amigos. Aquellos que desafían el tabú son conocidos en algunos círculos sociales como «*buddyfuckers*».<sup>3</sup> Siempre hay jóvenes, y hombres, que se especializan en «*buddyfucking*». De hecho, algunos hombres parecen tener una fijación con este aspecto; para ellos, este comportamiento competitivo continúa como una modalidad importante a lo largo de su adultez. Como la frase en sí misma revela, el objeto real del «*buddyfucking*» puede ser el amigo y no la mujer; en estos casos, el objetivo es la destrucción competitiva del rival masculino. Aquellos hombres que respetan el tabú han reemplazado la competencia por una identificación compartida; han aceptado las reglas de la posesión legítima. Para muchos de los pertenecientes a este último grupo, sin embargo, el sentido de lealtad a sus amigos está por encima del de lealtad a sus propias esposas. A pesar de que la idea de acostarse con la esposa de un buen amigo los horrorice, ellos pueden sentirse bastante cómodos con la idea de acostarse con la mejor amiga de su esposa. El código moral se encuentra fundamentalmente vinculado a la solidaridad masculina, un código que yo considero una resolución machista de los miedos engendrados en la rivalidad edípica con el padre de la infancia.

Alma Mahler, quien estuvo casada o en una relación romántica con un gran número de hombres famosos, incluyendo a Gustav Mahler, Walter Gropius, Franz Werfel, Oskar Kokoschka y Max Burckhardt, puede haberse beneficiado de la rivalidad sexual masculina. O bien ella era una gran *femme fatale*, o la pasión que inspiraba en cada uno de sus amantes era despertada por las imágenes de sus amantes previos, los cuales se reflejaban en ella y, por lo tanto, definían su valía como objeto de deseo —quizá ambas proposiciones sean ciertas—. Esto nos recuerda al esposo de una mujer que había sido la amante de Byron. Este colgó un retrato de Byron en su cuarto de pintura. De esta manera, se elevó a sí mismo a través de su asociación indirecta y triangular con Byron.

Algunos amantes pueden enamorarse *solo* de alguien que ya se encuentra involucrado con otra persona. Para ellos, la envidia parece ser un requisito para el deseo; se requiere de la configuración triangular para que se inicien sus deseos románticos. Entre algunos grupos de mujeres solteras, el gusto por hombres casados parece haber alcanzado proporciones casi epidémicas. Esto si todos los artículos de revistas que

---

<sup>3</sup> Nota del traductor: La frase pertenece a la jerga estadounidense y no tiene un equivalente en el español. Está compuesta de dos palabras: *buddy*, expresión coloquial para referirse a un amigo cercano y *fuck*, palabra vulgar para referirse al acto sexual. Las cursivas son mías.

tratan sobre este «problema» son proporcionales a su existencia real. Esta inclinación es a veces entendida de manera errada como el deseo contraproducente por alguien inasequible o inapropiado, y es agrupada junto a los deseos desencaminados, tales como la afición por los alcohólicos, los fracasados o los hombres a los cuales no les gustan las mujeres o les temen. No obstante, esta ingeniosa formulación pasa por alto la preocupación específica y verdadera por los triángulos como tales.

Por supuesto, el amante puede sentirse atraído por la persona amada en virtud de sus cualidades, sin referencia alguna a los triángulos, pero el deseo por ella puede intensificarse debido al descubrimiento de un rival. El rival puede no existir en el presente; él puede ser simplemente una anticipación temerosa del futuro, o puede ser imaginado vívidamente por los detalles deducidos de la vida pasada de la persona amada. En *Suave es la noche*, de Fitzgerald, Dick Diver, agobiado por su matrimonio, se siente atraído románticamente hacia la joven actriz Rosemary. Por casualidad, otro de sus pretendientes le confía a Dick que ella no es tan inocente o físicamente fría como él pueda pensar. De hecho, ella y el joven una vez se encerraron en un compartimiento de un tren y cerraron las cortinas para hacer el amor furtivamente, pero fueron interrumpidos por el conductor. Escuchar de este incidente causó una profunda reacción en Dick Diver:

Habiendo imaginado cada detalle, sintiendo envidia incluso por la comunidad de compañeros de desgracia en el vestíbulo, Dick sintió que un gran cambio tomaba lugar en su interior. Solo la imagen de una tercera persona, incluso una desaparecida, ingresando a su relación con Rosemary era necesaria para sacarlo de su balance y causarle rachas de dolor, miseria, deseo, desesperación. La imagen vívida de una mano en la mejilla de Rosemary, la respiración agitada, la clara excitación del evento visto desde fuera, el secreto infranqueable lo quemaban por dentro.<sup>4</sup>

Desde el momento en que supo de la cita suspendida de Rosemary, sus fantasías románticas posteriores empezaban con la conversación que él imagina en aquel distante compartimiento de tren.

¿Le importaría si cierro la cortina?  
Por favor. Hay demasiada luz aquí dentro.<sup>5</sup>

Incluso en el amor realizado, los amantes pueden sufrir ataques de celos al realizar un examen minucioso del pasado en busca de evidencias que prueben que un amor anterior era más grande, más fresco o más profundo. Las preguntas proliferan:

<sup>4</sup> Fitzgerald, *Tender Is the Night* [*Suave es la noche*], 88.

<sup>5</sup> *Ibid*, 88.

«¿Me amas más de lo que amaste alguna vez a alguien más?», «¿Todavía piensas en ella?», etcétera. Lo extraño, si no tomamos en cuenta los efectos estimulantes de los triángulos, es que la respuesta *incorrecta*, la respuesta que no nos da seguridad, puede intensificar nuestro amor, deseo y particularmente nuestra excitación sexual. La amenaza de una triangulación, ya sea en el pasado, en el presente o simplemente en un futuro supuesto, propicia la pasión. Uno también debe aceptar que detrás de las dudas acerca de la confiabilidad de la persona amada se esconde la propia afición por deambular. Con suficiente frecuencia, el impulso hacia los celos no se debe a una amenaza visible por parte de la persona amada, sino a un conocimiento subliminal de uno mismo. Sencillamente, los celos a veces responden a la proyección de nuestros propios sentimientos lascivos en la persona amada.

El vínculo entre el deseo y la envidia se vuelve especialmente claro en la antigua preocupación occidental por el adulterio. De acuerdo a Tony Tanner, la literatura occidental empieza con una historia de adulterio y «es la inestable forma triangular del adulterio y no la simetría estática del matrimonio la forma generativa de la literatura occidental como la conocemos».<sup>6</sup> En la *Iliada*, la narración épica de Homero acerca de la Guerra de Troya, el conflicto es causado por el rapto por Paris de Helena, esposa de Menelao. La preocupación por el adulterio claramente continúa a lo largo del periodo de la literatura caballería; sin embargo, si bien adúlteras, el prototipo de las canciones de amor romántico de los trovadores medievales era casto. Como lo señaló Leslie Fiedler, la convención de que el matrimonio anunciaba la muerte del amor ocultaba el hecho de que la amada en los cuentos de amor cortesano *siempre* estuviera casada; de hecho, debía estar casada, pero con alguien que no fuera el amante.<sup>7</sup> Estos sofisticados romances casi copiaban literalmente la constelación edípica de la infancia del caballero: madre-padre-hijo. Seguramente la amada estaba idealizada, pero se encontraba rodeada de un equivalente al tabú del incesto. A pesar de que el caballero podía desear a la dama, él también respetaba su compromiso con su señor, generalmente el esposo de su amada; consecuentemente, el caballero mantenía su amor en el campo de lo ideal, conservando así la lealtad debida a su «padre» simbólico.

Solo posteriormente, la *ruptura* del tabú del adulterio se convirtió en uno de los temas principales de la literatura occidental. De acuerdo a Denis de Rougemont: «A juzgar por la literatura, el adulterio parecería ser una de las ocupaciones de mayor

<sup>6</sup> Tony Tanner, *Adultery in the Novel: Contract and Transgression* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1979), 12. Esta sección se basa en los *insights* de Tanner y Leslie Fiedler (ver nota 12).

<sup>7</sup> Leslie Fiedler, *Lover and Death in the American Novel*, 1966.

importancia tanto en Europa como en América». <sup>8</sup> Alberoni va incluso más allá cuando afirma que «Por cientos y cientos de años, el enamoramiento ha sido presentado como la ruptura de una pareja conyugal: el adulterio». <sup>9</sup>

El adulterio continúa siendo un tema prominente en la literatura occidental hasta el día de hoy. De Rougement toma la relación adúltera entre Tristán e Isolda como la historia de amor paradigmática; Tanner expone el adulterio como el tema principal en las últimas obras de Shakespeare y en las tragedias de la restauración. <sup>10</sup> Además, muchas de las grandes novelas del siglo diecinueve tocan el tema. Entre ellas, cualquiera piensa inmediatamente en *Madame Bovary* y *Anna Karenina*. En estas novelas, el tema del adulterio no solo escenifica asuntos de autoridad y trasgresión en la psicología individual, sino también en el orden social. <sup>11</sup> Cuando el impulso por el adulterio es llevado a cabo, viola las reglas de la posesión tanto en la esfera privada como en la pública, obteniendo resultados en su mayoría desafortunados.

Sin embargo, en la vida como en la literatura, algunos de los romances más apasionados ocurren cuando uno de los amantes está casado. El sentimiento intenso en el amor adúltero parece adquirir algo de su energía de la doble trasgresión, tanto de tabúes psicológicos como sociales. El adulterio, entonces, no es siempre un producto secundario del amor; para algunos, es la condición.

### TRIÁNGULOS Y EL COMPLEJO DE EDIPO

Los profundos conflictos del triángulo ejercen una presión a lo largo del ciclo del amor. Los amantes que se juntan originalmente por un deseo que no está mediado por la presencia de un tercero, y que desean únicamente establecer una pareja gloriosa pueden aún ser vulnerables al proceso de triangulación. <sup>12</sup>

Los triángulos son invocados, con frecuencia, como una defensa contra los peligros que presenta la pareja. O bien el amante puede sentir la tentación de introducir una tercera persona para escapar de la intensidad del amor, o para eludir la amenaza de la autoanulación implícita en el deseo de someterse a la persona amada. Otros individuos, que temen demasiado al riesgo que supone el amor de pareja uno-a-uno, restringen sus relaciones románticas a una constante serie de apariciones ocasionales en triángulos.

<sup>8</sup> De Rougement, *Love in the Western World*, 16.

<sup>9</sup> Alberoni, *Falling in Love*, 19.

<sup>10</sup> Tanner, *Adultery in the Novel*, 12.

<sup>11</sup> *Ibid.* Este es un tema capital en el capítulo 1 de Tanner.

<sup>12</sup> La palabra triangulación (*triangulation*) usada en este sentido es de Otto Kernberg.

La triangulación puede ser usada para castigar a un amante errante o que nos ha decepcionado, o para nivelar la puntuación. Un esposo puede creer que ha perdonado a su esposa luego de que ella confiesa un romance anterior, y poco después sentirse él mismo atraído por un romance. La triangulación también puede utilizarse para reestablecer un sentido de adecuación de género, cuando la femineidad o la masculinidad de uno ha sido dañada por una derrota competitiva, sea erótica o no. Por ejemplo, un hombre que ha recibido un duro golpe en el trabajo puede sentirse más vulnerable que de costumbre a las atenciones de su adorable secretaria. De otro modo, la triangulación puede no ser utilizada para cambiar la imagen que uno tiene de sí mismo, sino para cambiar la imagen de uno ante los ojos de un amante, con la esperanza de causar indignación en los intereses del otro y de conseguir, mediante los celos, que un amor acabado vuelva a intensificarse. La triangulación puede incluso ser utilizada como un autocastigo. Un amante extremadamente feliz en el amor puede sentir culpa por su buena fortuna, y él también puede embarcarse en una relación triangular, como un medio para destruir esta felicidad que piensa no merecer. Inmiscuirse en un triángulo a menudo se percibe como un crimen y, debido a la angustia que causa, también como un castigo.

Nuestra cultura está tan saturada con Freud, que cada vez que alguien hace alusión a triángulos, nuestros pensamientos inmediatamente nos llevan al más básico de todos los triángulos: el complejo de Edipo. Debido a que el deseo erótico y sexual se configura por primera vez durante el periodo edípico temprano, podemos apreciar por qué los triángulos pueden fácilmente generar deseo y por qué el triángulo secundario de esposa-esposo-amante es visto como un derivado del primer triángulo de madre-padre-hijo. Sin embargo, el amor frente a cualquier tabú, ya sea de clase social, religión, raza o incesto, es por lo menos en parte una reelaboración del tabú edípico original. De hecho, todo amor guarda alguna relación con el complejo de Edipo.

No obstante, no basta simplemente con declarar que los triángulos son básicamente de naturaleza edípica y dejarlo ahí. Debemos distinguir dos clases básicas de triángulos: los triángulos «de rivalidad» y los triángulos de «objeto dividido». La distinción es importante, debido a que cada tipo de triángulo está construido alrededor de un núcleo psicológico fundamentalmente diferente. En el triángulo de rivalidad, el protagonista compite por el amor de la persona amada; en el triángulo de objeto dividido, el protagonista ha dividido su atención en dos objetos. Cualquier individuo puede encontrarse en uno u otro triángulo en puntos distintos de su vida, y puede incluso estar en los dos tipos de triángulos de manera simultánea, como explicaré más adelante.



Estos dos tipos de triángulo representan las diferentes perspectivas inherentes a cualquier triángulo, y su sustancia psicológica diferencial. Cada uno de los protagonistas en un triángulo tendrá, obviamente, esperanzas, ansiedades y preocupaciones distintas. A pesar de que forman parte del mismo triángulo objetivo, sus triángulos subjetivos —el significado del triángulo en sus vidas psicológicas— serán diferentes. Si bien todos estos significados pueden estar relacionados al complejo de Edipo, ellos representan variantes diferentes de él.

Consideremos, por ejemplo, uno de los triángulos más simples: una pareja casada y el amante de alguno de los esposos. Digamos que una mujer soltera está enamorada del esposo. Desde la perspectiva de la otra mujer —y de la esposa, si es que ella sabe del triángulo—, la tensión en el triángulo gira en torno a la rivalidad. Este es sencillamente un «triángulo de rivalidad», una reencarnación del triángulo edípico de la primera etapa de vida, y las emociones principales que lo acompañan son los celos y, a veces, la ira. Debe notarse que esta configuración puede, en ocasiones, causar no solo dolor, sino también incrementar la intensidad. La participación en un triángulo de rivalidad es, ocasionalmente, un fenómeno transitorio en la vida del amante; sin embargo, algunos amantes pueden tener una fijación con este tipo de participación.

Desde la perspectiva del esposo, no obstante, el triángulo tiene un matiz completamente distinto. Para él, el triángulo es un triángulo de objeto dividido y *no* una reedición del triángulo edípico de los primeros años de vida. La principal tensión que él experimenta es la división de su vida emocional entre dos mujeres; siendo generalmente la emoción principal la culpa. El triángulo de objeto dividido puede tener múltiples propósitos, quizá uno de los más frecuentes sea que este sirva como un medio para escapar de la intimidad. Algunas veces, la triangulación es un derivado tardío de la tendencia del niño de poner a sus padres en contra; desde esta perspectiva, el triángulo de objeto dividido es una maniobra de poder. Algunas veces, no es más que un producto de la insatisfacción del amante con la realidad de su suerte y con su insaciable búsqueda por la perfección, siempre elusiva.

Sin embargo, el triángulo del esposo puede ser lo que es correctamente descrito como un «triángulo invertido»,<sup>13</sup> una subcategoría del triángulo de objeto dividido. El triángulo invertido es un triángulo de objeto dividido que tiene un motivo particular subyacente; es invocado como un intento por deshacer la humillación de haber

---

<sup>13</sup> Otto Kernberg utilizó el término «triangulación invertida» (*reverse triangulation*) en un ensayo, «Between Conventionality and Aggression: The Boundaries of Passion», pronunciado en la conferencia «Passionate Attachments: The Essential but Fragile Nature of Love» dada el 10 de noviembre de 1984. Otros, incluyendo a J. Chasseguet-Smirgel y a mí misma, también hemos descrito las psicodinámicas de este tipo de triángulo.

participado —y perdido— alguna vez en una lucha de rivalidad, ya sea edípica o más reciente. En otras palabras, a pesar de que la forma del triángulo de objeto dividido y del triángulo invertido es la misma, el triángulo invertido siempre tiene un significado inconsciente específico. Ya sea que el triángulo de objeto dividido sea invocado como la solución o la pseudosolución a toda clase de problemas y conflictos presentes, el triángulo invertido está hecho a la medida de un prolongado resentimiento por haber sido un «perdedor» edípico en el pasado, y es un intento por reparar aquella injusticia. El triángulo invertido realmente *invierte* la configuración del triángulo edípico: uno ya no compete con un rival, sino que es el objeto de una rivalidad. La motivación subyacente del protagonista determinará cuál de los términos —«de objeto dividido» o «invertido»— puede ser aplicado con mayor propiedad. En el caso de un amante cuya carrera erótica revela una preponderancia de triángulos de objeto dividido, uno debe sospechar que él abriga algún resentimiento oculto por «perder» la batalla edípica y es propenso a representar escenarios de inversión y venganza.

Los caprichos del amor cumplen un papel en el vaivén de la pareja hacia el triángulo y del triángulo hacia la pareja. Algunos individuos, debido a su psicología individual o su patología psicológica, son más propensos a buscar triángulos prohibidos o a percibir a cualquier pareja estable como incestuosa. Aun así, otros son propensos a experimentar las restricciones del amor en pareja y a buscar una salida por medio de los triángulos. Algunos solo están cómodos en la posición ilusoria de poder del triángulo invertido. Así, también, algunas personas transfieren, o proyectan, sus fijaciones edípicas en otros, creando triángulos con dos miembros de otra familia. Esta es una forma especial de triángulo invertido y bien puede ser considerada como un triángulo «de incesto desplazado». Cada una de las clases principales de triángulos generalmente tiene rasgos específicos. Sin embargo, como veremos, un amante puede salir de un triángulo de rivalidad e ingresar a uno de objeto dividido y viceversa.

### TRIÁNGULOS DE RIVALIDAD

En las primeras etapas de las relaciones románticas, cuando el amante está casado o involucrado de manera significativa con otra persona, la preocupación obsesiva del amante no es igual a la de otros amantes, la cual consiste principalmente en pensamientos acerca de la persona amada. En tales triángulos de rivalidad, como lo son por definición, sin embargo, una preocupación obsesiva con el rival puede gradualmente llegar a competir con los deseos eróticos por la persona amada. Tanto los deseos eróticos como la competencia asumen un rol crucial en esta configuración erótica, y la relación del amante con su rival adquiere ahora una significación propia.

Al comienzo de una relación adúltera, las demandas hechas a la persona amada pueden ser modestas: «Puedes hacer el amor con él. Entiendo que tienes que hacerlo; pero, por favor, haz cualquier cosa menos esto (sea lo que sea) que hacemos nosotros juntos. Esto es nuestro». Aun así, las ensoñaciones acerca del amor pueden llegar a ser reemplazadas por fantasías celosas, en las cuales la persona amada es imaginada con el rival. A medida que el tiempo pasa, el amante se consume por los celos al visualizar a la amada en el abrazo del rival, y llega a despreciar al rival. La obsesión del amante gradualmente cambia; ya no se trata de una preocupación por la persona amada, sino por el rival: lo que el rival tiene, contrastado con lo que el amante puede exigir para él, se convierte en el foco. El hecho de que la persona amada lo ame —o diga hacerlo— no es suficiente, ya que el rival puede exigir la eternidad, festividades, posesiones materiales o prioridad social.

La obsesión del amante puede también tomar la forma de comparaciones envidiosas entre él —ella— y su rival. La amante mujer teme que ella no sea tan bella como la esposa; el amante hombre duda de su habilidad para cuidar de la amada tan bien como lo hace el esposo. El amante debe soportar el peso de ser comparado con el rival; puede ser consumido por la autodepreciación y por la envidia hacia él. El constante sufrimiento del amante y la falta de confianza en sí mismo, sus celos y su envidia, son a veces exagerados, tanto como para sugerir que es masoquista. De hecho, simplemente alcanzar lo que le pertenece a alguien más puede ocasionar el miedo a las represalias, con la culpa consecuente y la contemplación del autocastigo.

Si el esposo —o la esposa— traicionado sabe de la existencia del triángulo, él o ella, también, experimenta celos y envidia. Es común desear la muerte del cónyuge desleal en lugar de considerar perderlo ante el rival odiado. Generalmente, sin embargo, el rival se convierte en el objeto de todo el odio, de manera que los sentimientos hacia la persona amada pueden ser conservados. Los celos mutuos y el odio, tanto del amante como del esposo, pueden sobrevivir incluso a la muerte de la persona amada. Por ejemplo, una esposa traicionada puede prohibir la aparición de la querida de su esposo en su funeral. Este fue uno de los eventos desdichados de la vida de Maggi, y ella se lo confiesa a Quentin en *Después de la caída*, de Arthur Miller. Su relación amorosa con un juez llegó a su fin con la muerte de este, y su familia —la de él— la dejó fuera del periodo de luto.<sup>14</sup>

Estos sentimientos de venganza pueden persistir por largos periodos de tiempo. Así, la rivalidad entre una hermosa joven y la otra mujer sobrevivió al deseo erótico por el amante. Con una semana de anticipación, ella se arregló con inusual atención

<sup>14</sup> Arthur Miller, *After the Fall* [*Después de la caída*] (Nueva York: Dramatists Play Service, 1964).

para verse particularmente despampanante para asistir a una convención profesional, en donde sabía que vería a su antiguo amante. Un año antes, mientras estaba apasionadamente enamorada de él, ella había descubierto una infidelidad y, después de un enfrentamiento acalorado, se separaron —él para empezar una relación de convivencia con la otra mujer—. Ella ya no lo quería de vuelta, pero quería que él le hiciera a la otra mujer lo que le había hecho a ella. La otra mujer, y no su antiguo y traidor amante, se había convertido en el objeto de su odio. Ella asistió a la convención y planeó su victoria. Así, se acostó con su antiguo amante en su habitación de hotel y se las ingenió para contestar el teléfono cuando la novia lo llamó. El resultado que la joven mujer había fantaseado hace tanto, la culminación del detestado vínculo entre su antiguo amante y la rival, fue conseguido. No obstante, ella expresó no tener mayores ambiciones en el romance: no deseaba retomar una relación amorosa, ni una relación sexual con su antiguo amante, y no tenía ningún deseo conciente de lastimarlo. Su apasionado compromiso con una venganza competitiva había sobrepasado su amor. Sin embargo, debe reconocerse que ella sí lastimó a su antiguo amante. A pesar de que este no había sido su objetivo conciente, este deseo pudo haber cumplido un papel inconsciente en su motivación.

¿Qué sucede generalmente en los triángulos de rivalidad cuando el amante sale victorioso? Si el amante ha logrado que la persona amada deje de formar parte de otra pareja, él puede sentir toda la grandeza y alegría de una victoria edípica y, con bastante frecuencia, vivirá feliz para siempre. Tal victoria puede ser más fácil de disfrutar cuando el amor no ha sido despertado por el triángulo *per se*; esto es, cuando la complicación triangular es únicamente incidental a la motivación del amante. Pero, en ocasiones, la «victoria edípica» puede dar lugar a un comportamiento contraproducente o incluso autodestructivo. Esto a menudo sucede cuando el amante tiene una afición por los triángulos, indicando así una fijación con un conflicto edípico. En algunos individuos, esta fijación inconsciente, sumada a una tendencia hacia el masoquismo, los lleva a constituir un amor triangular, incluso cuando objetivamente no puede ser designado como tal. La siguiente estampa, bastante típica, ilustra el vínculo entre el amor invariable en forma triangular, el sufrimiento masoquista y la autodegradación.

Una mujer, ebria y casi incoherente, llamó a su amado, con quien ella se había peleado, acusándolo falsamente de estar con otra mujer. Temiendo que ella hubiese ingerido una sobredosis, él se apresuró a su apartamento. Cuando llegó, ella aún estaba ebria, pero su capacidad para hablar era menos tropezada de lo que había sido en el teléfono. Ahora, en lugar de estar confundida y ser incoherente, ella se puso agresivamente erótica, suplicándole que hicieran el amor, rogándole que hiciera con

ella lo que él quisiera. Ella lo halagaba hasta el punto de la humillación, recurriendo a un lenguaje y gestos burdos, persuasores y bajos; sin embargo, ella también era coactiva, trazando una delgada línea entre la autodegradación absoluta y el chantaje emocional —«No puedo vivir sin ti»—.

Episodios similares marcaron sus vidas juntos. Siempre, en el fondo, ella se sentía amenazada por otra mujer, como sus antiguas esposas o su novia anterior. Ella estaba obsesionada con las comparaciones: ¿Su novia anterior era más bonita o mejor en la cama? Ella inventaba triángulos en donde no existían, se menospreciaba al compararse con rivales pasados o imaginarios, exigía y prometía todo y, aun así, hizo que su amante se alejara debido a la desnudez de su odio hacia sus «rivales» y a la dimensión de su necesidad e ira subyacente hacia él. Al final, habiendo conseguido destruir la relación, ella se sintió abandonada, rechazada por sus lazos anteriores, y no comprendía que fue ella quien socavó la relación.

En las relaciones triangulares relativamente «estables», el amante parece amar a la persona amada sin ambivalencia, y su resentimiento y odio se encuentran restringidos al rival. No obstante, un balance como este es débil. La que sigue es una clásica historia de adulterio triunfante, pero dentro de ella se encuentra una fábula mediocre. Esta historia no es apócrifa; ha sido representada con algunas variaciones por muchos actores distintos, y ustedes pueden encontrarla familiar en sus componentes básicos.

Una aspirante a ejecutiva de negocios mantenía una prolongada relación amorosa con su jefe, el cual era casado. Ellos viajaron juntos por el mundo, mientras que su esposa aparentemente no sabía del romance. Él se resistió a divorciarse antes de que su segundo hijo fuera a la universidad, y su querida aceptó a regañadientes la decisión de su amante de continuar con una vida separados. Él era, sin embargo, sincero, y cuando su hijo menor se marchó a la universidad, unos cinco años después del inicio del romance, abandonó a su esposa inmediatamente y contrajo matrimonio con la ejecutiva. Ella parecía extremadamente feliz, por lo menos por el momento, especialmente cuando ellos tuvieron un hijo. Pero era una mujer soberbia y problemática y nunca le perdonó sinceramente la humillación que ella sufrió como la «otra mujer». Su resentimiento e ira ocultos salieron abruptamente a la superficie y tomaron la forma de reproches y reparos. Su ira, la cual anteriormente se había enfocado en su rival, ahora estaba dirigida hacia él. Le dio forma a su venganza final al empezar un nuevo romance con un hombre por el cual eventualmente dejó a su antiguo jefe. Su venganza por sentirse humillada en un triángulo de rivalidad fue finalmente castigar a su marido al ponerlo en la misma situación. En otras palabras, ella se movió de un triángulo de rivalidad a uno de objeto dividido. Y, a pesar de ella misma, a ella parecía

gustarle la idea de separar a su esposo de su nuevo hijo, recordando cómo él había considerado a su otro hijo por encima de ella y no había mostrado compasión en su situación como la otra mujer.

El jefe —y el esposo abandonado— se encontró algo deprimido; no queda claro cuál fue el patrón que siguió su carrera amorosa eventualmente, porque murió pocos años después. Su anterior esposa, cuyo odio no había sido dirigido hacia su ex esposo, quien para ella había sido atrapado por una mujer inescrupulosa, sino hacia la ejecutiva, quien parecía casi radiante en el funeral. Ella había renacido como la viuda, y posteriormente se refirió a sí misma como tal, sin duda convencida de que su ex esposo, con quien mantuvo una relación cordial, hubiera regresado con ella de seguir vivo.

Pueden observarse derivados de la rivalidad edípica incluso sin ninguna manifestación de la rivalidad «erótica». En el caso de las rivalidades de dos familias unidas por el matrimonio de los padres, el resentimiento entre la madrastra y la hijastra, o padrastro e hijastro, puede ser tan intenso y corrosivo como para ganarse la antipatía del esposo —o la esposa— o para destruir los sentimientos del propio amante. Creo que esta forma de rivalidad edípica es tan común y perjudicial, que es una fuente principal de conflictos en los segundos matrimonios, un conflicto con frecuencia establecido en términos de la distribución de los recursos económicos. En estas familias, podemos observar la manifestación de tendencias usualmente ocultas en familias «naturales». En general, los individuos que experimentan luchas edípicas intensas con sus padres son capaces de duplicar estas luchas con sus hijastros o sus propios hijos. No solo la rivalidad edípica, sino la envidia preedípica es comúnmente expresada en términos edípicos. Una mujer que conozco se divorció finalmente de su esposo porque estaba convencida de que él favorecía a su hijo —hijastro de ella— más que a ella. La disputa estaba centrada en la distribución de tiempo y dinero, no en el erotismo.

Ahora, como ya he sugerido, muchos individuos se encontrarán en triángulos de rivalidad en algún momento de sus vidas, ya sea debido a su deseo por alguien con otro compromiso, o por ser la desventurada esposa o querida de una pareja, quien, aún manifestamente comprometido a ellas, se aventura en romances alternativos. Sin embargo, para la mayoría de personas, estos enredos de rivalidad, dolorosos como lo son, no son más que el punto central —aunque a veces crucial— en sus historias eróticas. Incluso cuando las relaciones triangulares son la representación de conflictos edípicos no resueltos, ellas pueden funcionar en su propia representación o, alternativamente, pueden ser experimentadas como tan cruelmente dolorosas que serán, desde ese momento, asiduamente evitadas.

En contraste, están aquellos cuyas carreras eróticas, o por lo menos gran parte de ellas, son vividas en el contexto de triángulos. Tal fue el caso de Iván Turgenev. Los triángulos eran de capital importancia en su vida y también se abrieron paso en su ficción, en la cual parecen ser un tema principal, un paralelo elocuentemente demostrado por el académico Leonard Schapiro.<sup>15</sup> En 1843, cuando él tenía veinticinco años y aún no era un escritor aclamado, Turgenev conoció a Pauline Viardot, de veintidós años, ya famosa, casada y haciendo su debut en la ópera en Rusia. A pesar de todo lo que estaba por pasar entre ellos, él «la amó profunda y absorbentemente por cuarenta años, literalmente hasta su muerte [la de él]».<sup>16</sup> Al comienzo, todo iba bien. Él se enamoró de ella a primera vista, y ella le correspondió; ellos se amaron por casi siete años. Pero luego, ella se separó de él y se reconcilió con su esposo. Aparentemente, Turgenev y Viardot nunca retomaron su relación con la misma intensidad, pero, con excepción de dos años (de 1857 a 1859), él siempre mantuvo contacto con ella. En 1863, él se mudó a Baden-Baden para estar cerca a ella, su esposo y sus hijos, y desde entonces la familia Viardot fue su principal preocupación emocional. Se cree que Viardot ejerció una fuerza dominante en su relación; ella parecía poseer la voluntad de inspirar aquello que él admiraba —aparentemente por primera vez en su padre—, pero que no logró materializar en su propia personalidad. Turgenev señaló que él nunca había sido capaz de «tejerse un nido»,<sup>17</sup> sino que siempre se había posado en nidos ajenos.

En *Torrentes de primavera*, Sanin —la figura de Turgenev— traiciona a su prometida Gemma por la *femme fatale*, María Nikolaevna. Así es como Turgenev describe a María: ella estaba «atrapada en la imagen de una joven criatura que simplemente irradiaba aquella tentación destructiva, tormentosa, discretamente inflamatoria de naturaleza únicamente eslava [...] sabía cómo volvernos locos a nosotros, pobres hombres, nosotros pecadores, débiles».<sup>18</sup> Pero la caída de Sanin no es simplemente el resultado de su naturaleza sumisa; María está casada. En última instancia, ella lo humilla y eventualmente lo margina, pero su inquietud triangular no es agotada. Años después, solo, deprimido y reducido, él encuentra la cruz granate de Gemma y empieza a recordar el amor puro que alguna vez compartieron. Él se propone encontrarla, descubre que ella se ha casado e ido a América y al final de la historia se hace

<sup>15</sup> Leonard Schapiro plantea este punto con elocuencia en «Critical Essay and Spring Torrents. Its Place and Significance in the Life and Works of Ivan Sergeyevich Turgenev», la Introducción a *Spring Torrents* [*Torrentes de primavera*] de Iván Turgenev (Nueva York: Penguin Books, 1986).

<sup>16</sup> *Ibid*, 197.

<sup>17</sup> *Ibid*, 197.

<sup>18</sup> Turgenev, *Spring Torrents* [*Torrentes de primavera*], 137.

a la mar, sin duda para instalarse como un amigo o un amigo íntimo de la familia, como el mismo Turgenev, para posarse en el nido de alguien más.<sup>19</sup>

Los triángulos de rivalidad pueden traer beneficios secundarios. Ellos pueden proporcionar un resguardo al amante contra impulsos prohibidos. Si están basados en algún derivado de un deseo incestuoso, por ejemplo, ellos también pueden servir para prevenir ese mismo impulso al dirigirlo hacia un objeto que no está, en gran parte, disponible. Entonces, los triángulos también pueden proteger al amante de sus miedos de enamorarse, particularmente de un miedo a estancarse. Ellos permiten al amante ceder lo suficiente como para enamorarse, pero simultáneamente lo protegen contra la pérdida del *self*; porque la unión absoluta —o el compromiso— con la persona amada es entorpecida por las circunstancias.

Un hombre de mediana edad, a quien sus pares profesionales consideraban una persona digna de respeto, sin embargo, tenía una opinión muy distinta de sí mismo. Él consideraba que su persona pública era una simple proyección contraria a sentimientos antiguos y profundos de una naturaleza completamente diferente. Cuando niño, a pesar de haber sido adorado por su madre, había sido intimidado por un padre rígido, autoritario y dominante, típicamente teutónico, como su hijo lo describía. A su lado, el niño se había sentido indefenso, inferior y sin opinión; estos sentimientos habían sido intensificados al crecer en una virulenta comunidad antisemita siendo judío. Él recuerda con entusiasmo cómo, cuando niño, se sentía elevado cuando, por casualidad, sostenía una conversación ocasional en la boletería con uno de los aristócratas locales. Contrajo un matrimonio bastante convencional y sin amor y mientras su éxito en el mundo se incrementaba, él se aventuraba lejos de casa con mayor frecuencia, a pesar de que sus aventuras sexuales eran esencialmente casuales. Su posición y el hecho de que viajara con frecuencia, le aseguraron un acceso fácil a las mujeres.

Casi por accidente, tropezó con un romance que se convirtió en el gran amor de su vida. Aparte del hecho de que ella era una mujer que pensaba y juzgaba al mundo

---

<sup>19</sup> Como lo ha señalado Schapiro, mientras que la esposa, la querida y el esposo solícito es el triángulo preferido en la ficción de Turgenev, existe otro triángulo que se esconde tras este, uno que sale a la luz en su cuento corto autobiográfico (*Primer amor*). La historia describe el amor apasionado de un joven por la hermosa e inculca Princesa Zinaida, quien alquila el chalet junto al suyo. Ella es dominante e imperiosa con sus pretendientes, pero el niño comprende que ella también está enamorada. Él la sigue y se sorprende al descubrir que su amante no es otro que su padre; él presencia una discusión en la cual el padre golpea a Zinaida con una fusta, porque ella, que está embarazada, le exige que abandone a su esposa; y el joven ve a Zinaida besar el verdugón en su brazo. Uno solo puede especular que la admiración de Turgenev por su padre, encantador y tenaz, haya encontrado su camino en su admiración por mujeres igualmente tenaces. (Iván Turgenev, *First Love and Other Tales*, traducido y con una introducción de David Magarshack. Nueva York: W. W. Norton, 1968, 142-218).



como él, él le dijo que la encontraba exótica e imperiosa. Cuando recién la conoció, él le comentó que la encontraba fascinante; en lugar de agradecerle, ella aceptó este cumplido como justo. Esto lo irritó, sobre todo cuando ella dijo que no podría frecuentarlo: él ya estaba casado y ella buscaba a un hombre más joven para casarse y con el cual tener hijos. A pesar de esto, ella se dejó cortejar y él le prometió muchas cosas que pudo o no haber dicho en serio; las promesas se intercalaban con flores, regalos y viajes. Su romance le otorgó lo que él necesitaba y probablemente hubiera permanecido satisfecho en un triángulo de objeto dividido, perdiendo gradualmente el interés en su nuevo amor, de no ser porque ella ejercía la superioridad del poder. Lo que inclinó la balanza fue el precipitado matrimonio de ella con alguien más, hecho que lo conmocionó. Solo entonces su amor llegó a un nivel de efervescencia, y de pronto sintió que la vida carecía de sentido sin ella. Después de mucho *Sturm und Drang*,<sup>20</sup> ella introdujo a su amante dentro de su matrimonio —por razones a las cuales regresaré en la discusión sobre el triángulo de objeto dividido—. Con el tiempo, él se separó de su esposa, pero nunca pudo desligarse del círculo de influencia de su amada, en el cual permanece hasta el día de hoy, al haber renunciado a su propensión de toda la vida hacia los triángulos de objeto dividido por participar en uno de rivalidad, alcanzando paradójicamente el primer romance intenso y prolongado de su vida.

Quizá las metamorfosis como la de él no pueden ser comprendidas del todo, ya que recurren a muchas complejidades del carácter. En parte creo, sin embargo, que el cambio en su adaptación al mundo fue propiciado por su éxito; solo entonces, fortalecido por un sentido fuerte del *self*, él pudo reconocer su más profundo anhelo hacia la pasividad y su fatal atracción por alguien de voluntad fuerte. Pero, al mismo tiempo, la configuración triangular que finalmente adoptó le otorgó protección contra la sumisión total, y satisfizo y comprobó la pasividad fundamental que era gran parte de su naturaleza escondida.

### TRIÁNGULOS DE «OBJETO DIVIDIDO»

Un hombre o una mujer que tiene un romance extramatrimonial puede tan solo estar dando el gusto con una cana al aire, considerándolo irrelevante para el matrimonio. Sin embargo, cuando un romance adúltero se convierte en una pasión y no en una diversión, se desarrolla un triángulo de objeto dividido, con una división en la valoración entre el esposo y el amante, el matrimonio y el romance. El esposo, si no

---

<sup>20</sup> Nota del traductor: del alemán, «tormenta e ímpetu».

es del todo detestado, llega a ser visto, por lo menos, como limitado. El matrimonio, sino malo, es experimentado como sofocante. El amante llega a equiparar al esposo, que no lo satisface, con un matrimonio empobrecido, y a la nueva persona amada, con un romance rico. Esta división en la valoración del amante es comúnmente simplificada a una «buena» situación, por un lado, y a una «mala», por el otro. Incluso así, el amante es con frecuencia consumido por la culpa de lo que él experimenta como una traición a sus obligaciones.

Sin embargo, uno no debería asumir precipitadamente que comprende la motivación oculta en cualquier triángulo de objeto dividido. El impulso de un esposo por enamorarse de alguien más que la pareja marital puede ser eminentemente sensible. Algunos matrimonios están muertos y otros son atroces. No obstante, algunas veces el impulso de huir de casa, por así decirlo, refleja una incapacidad de parte del esposo por permanecer enamorado o por mantener ambivalencia dentro del contexto de una relación amorosa; en el discurso psicoanalítico, unir las representaciones del objeto bueno y el malo. Algunos amantes son simplemente incapaces de arriesgarse a un compromiso entre dos. En las relaciones de compromiso formal, tales como el matrimonio, ellos experimentan una amenaza a su autonomía, o se sienten consumidos por la ira.

Cuando el amor florece en una situación adúltera, existen las exageraciones típicas que normalmente ocurren al enamorarse. La obsesión del amante por la persona amada debe ahora extenderse en una obsesión por la logística del romance. El amante está simultáneamente reorganizando el tiempo e inventando nuevas explicaciones para su esposo / a para justificar su ausencia —retrasos, largas sesiones de trabajo, indisponibilidad—. El intento por ocultar un romance adquiere proporciones desproporcionadas, y a veces absurdas. La esposa se preocupa por que su esposo no note que su diafragma no está en el lugar acostumbrado; el esposo toma tantas duchas para eliminar cualquier olor que lo pueda poner en evidencia, que parece demasiado escrupuloso; la esposa se pregunta si su esposo nota que ella usa su mejor lencería los miércoles. Pero el amante también debe conspirar para mantenerse en contacto con la persona amada. Las llamadas telefónicas secretas deben ser meticulosamente planeadas. ¿Cuándo puede permitir el amante que la persona amada llame a casa, y bajo qué pretexto?

En cierta medida, la obsesión del amante con los planes se vuelve la expresión sustituta de su amor; sirve como un alivio de la monotonía de la vida lejos de la persona amada, porque parece estar al servicio del propósito del amor: estar juntos. En alguna medida, puede también convertirse en la fuente del descontento. Planear demasiado, cuando la persona amada no lo aprecia lo suficiente, puede convertirse en solo otro deber u obligación. Las vacaciones pasadas lejos de la persona amada

pueden ser quizá el tiempo más difícil. No solo no son relajantes: son angustiosas. La separación es difícil de soportar y la comunicación puede ser casi imposible de mantener. Cualesquiera sean las dificultades, sin embargo, muchos amantes pasarán una parte considerable de las vacaciones tratando de dar lugar a una llamada furtiva a la persona amada; este medita sobre las repercusiones de dejarla sola y teme perderla.

El amante con frecuencia siente la angustia de deber tomar una decisión. Él puede verse obligado a decidir entre la culpa que siente hacia su esposa e hijos y la culpa que siente por no conseguir consolidar un vínculo con la persona amada; es consumido por su deseo hacia ella. Las fluctuaciones en el sentimiento —la incertidumbre de si se encuentra realmente enamorado— y las dudas acerca del amor de la persona amada son intensas, especialmente cuando se encuentran separados. El amante se reprocha a sí mismo al preocuparse por su esposa y sus hijos. Algunas veces, él continuará deseando a su esposa y en algunas ocasiones, se disgustará con sus hijos: ellos se interponen entre él y su nuevo amor. Quizá, si es introspectivo, podrá intuir que anteriormente ellos se han interpuesto entre él y su esposa, causando la primera grieta en su matrimonio. Él quiere perdonar a sus hijos y aun así los quiere fuera del camino. También se preocupa por la persona amada, teme estarle haciendo daño al desperdiciar sus mejores años.

Hasta ahora, el amante parece estar en un triángulo cuya dinámica es de objeto dividido. Sin embargo, sus preocupaciones pueden cambiar abruptamente y el puede descubrirse obsesionado por la posibilidad de que su persona amada pierda la esperanza y considere tener un romance con alguien más. El amante culpable, desesperado, puede ahora convertirse en un amante celoso; y el triángulo, en uno de rivalidad.

De igual manera en que un protagonista de un triángulo de rivalidad puede invocar la ira para contrarrestar los insoportables celos y la ansiedad; en un triángulo de objeto dividido, él o ella pueden tratar de invocar la ira del esposo traicionado para legitimar su sentimiento de ira hacia este, y así superar su sobrecogedor sentimiento de culpa. Un esposo traicionado declaró que de haber sido él, y no su esposa, quien hubiera estado manteniendo un romance, él habría sido especialmente amable con ella, en oposición a la manera malvada en que ella lo había estado tratando. Sin embargo, él no logró entender las dinámicas de la culpa: su esposa siempre sostuvo que había sido la ingenuidad psicológica de su esposo la causante del fracaso marital.

Un hombre, comprometido en un romance apasionado, dejó de dormir con su esposa. Curiosamente, ella nunca sospechó la infidelidad, sino que asumió que él se encontraba deprimido. Él empezó a ponerle reparos y ella respondía de la misma manera. Su matrimonio se deterioró para convertirse en un solo de riñas. Al sentir que abusaba de ella, esta demandaba cada vez más cosas materiales. Para este momento,

el esposo se sentía bastante justificado en su romance, después de todo, estaba casado con una «arpía». Él se divorció de su esposa, se casó con su amante y culpó sinceramente a su esposa por el fracaso del matrimonio. De acuerdo a su interpretación de los hechos pasados, si ella hubiera sido paciente y de buen corazón, él está casi seguro de que él nunca hubiera roto definitivamente con ella. Como comúnmente se dice: las memorias cortas preservan las buenas conciencias.

En general, es difícil predecir lo que cualquier amante en particular hará: quedarse en su matrimonio o dejarlo. Incluso si ama a su querida, la fuerza de su apego a la esposa puede evitar su abandono. Entonces, también, en algunos triángulos, el verdadero romance se da entre la pareja casada. Su amor puede haber caído en la rutina, disfrazado, por el tiempo, de un simple apego, pero cuando es amenazado, puede despertar. En la película *Mujeres*, basada en la obra de teatro de Clare Boothe Luce, la madre de la esposa traicionada, Mary (Norma Shearer), le explica a su hija que su esposo todavía la ama y no está realmente cansado de *ella*, sino cansado de *él mismo* y por eso necesita verse reflejado en los ojos de otra mujer. Las mujeres, como ella explica, cuando se sienten cansadas de ellas mismas, se compran ropa nueva o cambian su cabello y así se renuevan, pero los hombres no tienen suficiente imaginación para hacer eso, así que buscan otro espejo en el cual mirarse, en lugar de cambiar la imagen *en* el espejo.

Con bastante frecuencia, la querida espera contra toda esperanza a que su amante eventualmente se libere, mientras que la esposa se consuela con la creencia de que su esposo eventualmente se cansará de su querida. Parecería que una de ellas debería, en última instancia, estar en lo correcto, pero el triángulo de objeto dividido puede no llegar a una solución en absoluto, durando por mucho tiempo, algunas veces incluso hasta la muerte de alguno de los participantes, como fue el caso, por ejemplo, de Víctor Hugo, Adèle Hugo y Juliette Drouet. En situaciones de largo plazo como estas, es probable que el triángulo dividido sea importante para el amante dentro y fuera de sí mismo y, de hecho, cumple la función psicológica de un triángulo invertido y lo protege de la vulnerabilidad de cualquier humillación o abandono.

Algunas veces, para el horror absoluto de la esposa y la querida, el amante rompe con ambas solo para empezar una relación con otra mujer, con la cual él se casará eventualmente. Un hombre, aparentemente exasperado por la falta de interés de su esposa en su trabajo, empezó una larga relación romántica con su asistente. Él experimentó la división resultante en su vida como cada vez más debilitadora y consiguió resolverla al hacer —inconscientemente— que su esposa encontrara una evidencia incontrovertible que señalaba su larga infidelidad. Incapaz de negar la situación por más tiempo, ella le pidió que se mudara y él lo hizo. Pero, sorprendentemente, no se

mudó con su asistente, quizá, ahora él piensa en retrospectiva, porque no quería unir su vida profesional y personal en la misma persona. Quizá él ya estaba demasiado molesto con su asistente-amante por la implacable presión que ella había ejercido sobre él para que abandonara a su esposa, o quizá los incrementados méritos de ella planteaban una amenaza competitiva. Quizá, en parte, él se sintió utilizado por ella para avanzar en su carrera. Cualquiera haya sido la razón fundamental, en menos de un año él estaba completamente embelesado por otra mujer, a la cual conoció en un viaje de negocios y con la cual se casó posteriormente.

No solo los hombres se comprometen en triángulos de objeto dividido. Antes de esta publicación, un colega me pidió leer un estudio sobre el tema «Mujeres profesionales» y noté su comentario de que todas sus pacientes mujeres profesionales habían mantenido por lo menos un romance extramarital significativo. Le recomendé que no publicara el estudio, porque podría causar problemas considerables a las vidas de sus pacientes si sus esposos alguna vez lo leían —sin mencionar las ramificaciones legales que podía implicar—. Y así fue que un estudio muy interesante nunca fue publicado. Sin embargo, a pesar de sus estadísticas y mi propia experiencia clínica, creo que existe mayor propensión a formar triángulos *invertidos* entre los hombres, no porque las mujeres sean más tímidas o moralistas, sino por las razones de desarrollo que discutiré en el capítulo 11.

Algunas personas entablan lo que yo consideraría como triángulos divididos imaginativos. Ellas llevan vidas monótonas convencionales, pero se aferran a la creencia —algunas veces articulada, otras no— de seguir profundamente enamoradas de alguien con quien alguna vez compartieron un gran amor. Un anciano caballero, en un matrimonio que la mayoría de sus amigos consideraban ejemplar, eventualmente confesó que él amaba a alguien más al comienzo de su matrimonio, pero que, debido a que era un hombre honorable, permaneció en el camino y renunció a su único verdadero amor. Por supuesto, él considera a su esposa una mujer excelente, pero sus verdaderos sentimientos, afirma a su confidente, no seguían la misma ruta. Algunas veces, uno siente un doble propósito en estas declaraciones. Con frecuencia, los sentimientos expresados, son profundamente auténticos y cumplen la misma función, en un nivel más seguro, que los triángulos divididos efectuados. Pero, algunas veces, ellos son los medios más provisionales para explorar nuevas posibilidades imaginativas dependiendo, claro, de la respuesta del confidente.

Existe una variante del triángulo de objeto dividido que lleva a muchos individuos —con mayor frecuencia a hombres que a mujeres— a una terapia. En estos triángulos, la esposa es transformada de manera gradual, pero invariable, en un ogro. La esposa no es de manera manifiesta considerada culpable; ella es temida y odiada.

Es vista como hostil y potencialmente amenazadora, aunque también como la encarnación de la estabilidad; ambivalentemente percibida como proveedora de seguridad a través de restricciones. Ella cumple el papel del carcelero, la mujer asignada para proteger al esposo de sí mismo. En contraste, la persona amada es percibida como un dechado de libertad y espontaneidad, aunque quizá no como lo suficientemente fuerte y madura como para apoyarse en ella. Freud habló del complejo de «*virgen-puta*», en el cual un hombre puede amar a su esposa y aun así, para ahorrarse sus urgencias sexuales sórdidas, transfiere sus deseos sexuales a la «*puta*». Los triángulos que describo aquí son muy diferentes. La esposa no es convertida en una *virgen* asexual; por el contrario, ella es vista como una figura materna controladora, intensa y todopoderosa. Ella llega a ser experimentada como amenazadora, y es aborrecida por su derecho de poner exigencias y constricciones a su marido. En la medida en que él dependa de ella, la aborrecerá más.

Sin embargo, el protagonista en estos triángulos puede gradualmente darse cuenta de que la historia se repite y encontrará esto alarmante. Él descubre que tan pronto él consigue liberarse de su tiránica esposa y se compromete a su querida, ella también se transforma en un centro de deber y hostilidad, y él habrá duplicado su matrimonio. Entonces, él se sentirá atraído un vez más por una mujer más joven, simple y aparentemente menos demandante. Para su consternación —si él es algo conciente de sí mismo— caerá en cuenta de que la sucesión de mujeres que ha amado no han sufrido una transformación malevolente de sus personalidades como consecuencia del matrimonio, sino que ellas han sido transformadas por su retraimiento y hostilidad o, incluso peor, que solo han sido transformadas en su imaginación. No obstante, la excesiva conciencia de uno mismo es rara vez un problema que nos aflige. Alternativamente —respecto a la historia que se repite—, la querida puede temer que su amante adúltero, habiendo traicionado a su esposa, también la traionará a ella. Françoise Gilot, contemplando a dos de sus predecesoras, observó que ni la exigencia de una, ni la conformidad de la otra evitaron el desencanto de Picasso, y así ella estaba más preparada para la inevitable transformación de la percepción que tenía de ella también.<sup>21</sup>

Algunas veces, parece existir una necesidad psicológica subyacente en el amante por desidealizar y finalmente traicionar a la persona amada. Sin embargo, la mayoría de nosotros nos resistimos a llegar a esta conclusión. Preferimos racionalizar las causas de aquellos rechazos que iniciamos, así como aquellos de los que somos testigos y de los cuales, en el papel de la nueva persona amada, nos beneficiamos, en términos

---

<sup>21</sup> Gilot y Lake, *Life with Picasso*.

superficiales: «Tuve que dejarlo antes de que su estupidez me destruyera», o «No la soportaba porque ella se había vuelto una ama de casa burguesa e incoherente», etcétera. Aun así, lo reconozcamos o no, algunas personas están más destinadas a engañar a aquellos que los aman. Usualmente, una persona así se ha sentido traicionada —ya sea en realidad o pura fantasía, recientemente o temprano en la vida—, se identifica con el agresor y está preparado para trastornar las vidas de amantes sucesivos para buscar reparo a sus antiguos males. El traidor original, que luego convierte la persona en un traidor, es con mayor frecuencia un legado de la infancia.

Este fue el caso de la joven, de la que hemos hablado antes, que llevó a su distinguido y mayor amante dentro su matrimonio. Cuando niña, ella se había sentido terriblemente avergonzada de su desgarbada madre y desmesuradamente orgullosa de su encantador y virtuoso padre. Sin embargo, su relación con él estaba estropeada por su percepción de que él prefería a su menos dotada hermana mayor. No obstante, ella buscó validación y socorro en una serie de hombres protectores. Su primer romance serio fue decepcionante y ella buscó algo más intenso en un romance con el hombre casado para el cual trabajaba. Este romance adúltero despertó en ella las profundas alegrías del amor verdaderamente apasionado, a pesar de que no logró convertirse en una relación permanente. Su ira latente contra su padre —él se había atrevido a preferir a su hermana— ahora se expresaba en los sentimientos de decepción e ira despertados por el fracaso de sus amantes en casarse con ella y le impidieron bajar la guardia con los hombres. Ella resolvió este problema —su necesidad por protección masculina en conflicto con su desconfianza básica en los hombres— al ingresar en una serie de triángulos de objeto dividido —invertidos—. Consecuentemente, a ella le parecía natural continuar su romance con el hombre mayor, que la cuidaba incluso después de que se casó, y de hecho ella se motivaba por la magnanimidad emocional de dos hombres devotos. A pesar de que puede parecer que ella, como la fuerza dominante en el triángulo de objeto dividido, estaba en la posición de poder, está claro que ella, al igual que otras en una posición similar, sufría de una debilidad fundamental: la incapacidad por arriesgarlo todo y de amar a más no poder.

Mientras que el amante que sufre en un triángulo de rivalidad puede envidiar la aparente invulnerabilidad de un amante en un triángulo de objeto dividido, el último tiene bastantes tragedias, algunas de ellas profundamente debilitadoras. La culpa generada en el triángulo de objeto dividido es corrosiva y antagónica a la bondad que el amante siente, y aspira, en el amor dichoso. Abundan las complicaciones y el amante fragmentado puede llegar a sentirse agotado, anhelando ahora soledad y no amor. Y en este punto, el amante puede renunciar a ambas relaciones y representar una u otra de las fantasías estándares de escape hacia un espléndido aislamiento:

retraerse a una romántica cabaña o a algún equivalente contemporáneo de la Legión Extranjera Francesa. Tal fue el destino del protagonista de Isaac Bashevis Singer en su novela *Enemigos, una historia de amor*. Este hombre, un sobreviviente del Holocausto, contrae matrimonio con la mujer cristiana que, poniéndose en riesgo, lo ha salvado; luego, se consigue una querida y de pronto es sorprendido por la aparición de su primera esposa, a quien él creía muerta. Su vida, dividida en demasiadas piezas, no le deja más opciones que desaparecer. Para algunos de nosotros, la vida es un viaje interminable mientras nos debatimos entre la soledad y las parejas, las parejas y los triángulos, los triángulos y la soledad, sin encontrar nunca nuestro apreciado reposo.

### TRIÁNGULOS DE «INCESTO DESPLAZADO»

Los triángulos de incesto desplazado no evolucionan en amor —o sexo— entre los miembros de una misma familia; en su lugar, dos miembros de una misma familia comparten el mismo amante, ya sea de manera simultánea o secuencial. La película de Woody Allen *Hannah y sus hermanas* fue una celebración virtual de triángulos y emociones entrelazados. En el film, los dos triángulos clave involucran a Hannah (Mia Farrow), quien es retratada como feliz, madura y envidiada por sus dos hermanas. El esposo de Hannah (Michael Caine) codicia a su hermosa y sensual hermana, Lee (Barbara Hershey), quien sucumbe a sus insinuaciones. Al final, resulta que él en realidad amó a Hannah en todo momento y se queda con ella.

Mientras tanto, Hannah intenta emparejar a su ex esposo (Woody Allen) con su fastidiosa y confundida hermana, Holly (Dianne West), con resultados desastrosos. La desgracia es posteriormente redimida cuando Holly y el ex esposo se vuelven a encontrar por casualidad, se enamoran y deciden casarse. Esencialmente, entonces, cada una de las hermanas de Hannah se acuesta con uno de sus esposos. Y existen otros triángulos en esta película. Uno de ellos está relacionado a la petición de Hannah y su primer esposo, aparentemente infértil, a su buen amigo para que este donara espermia para que ella pudiera quedar embarazada.

La fuerza de la película reside en su representación de la compleja mezcla emocional que conforma la vida real: las hermanas son competitivas y rivales eróticas, pero también son cariñosas, amables y compasivas entre ellas. Al ceder a su esposo descartado a su hermana, Hannah está negando la rivalidad entre hermanos y la competencia edípica, de donde parte de la rivalidad entre hermanos se deriva. Algunas veces un acto así puede ocultar —y ocultamente revelar— una urgencia homosexual, la cual puede ser simbólicamente mediada a través del hombre compartido.



Pero, ¿qué hay de los triángulos desde el punto de vista de los esposos de Hannah? ¿Cuál es el impulso que lleva a algunos individuos a involucrarse emocional y eróticamente con más de un miembro de una misma familia? En retrospectiva, uno puede estar menos sorprendido de que Woody Allen finalmente estuviera con la hija de Mía Farrow, Soon Yi. Una revelación personal: Mía y su familia eran mis vecinos; la película *Hannah y sus hermanas* quizá fue el precursor imaginativo de lo que sucedía en la realidad, aunque con una hija en lugar de una hermana.

De modo general, deseos como estos reflejan un gusto o una tendencia por la complejidad, la densidad y el drama.

Tales complejidades pueden ser necesarias para escandalizar la vida emocional. Más particularmente, la urgencia es con frecuencia una variante de los triángulos de objeto dividido, en los cuales el amante desplaza fijaciones incestuosas no resueltas hacia los objetos de afecto.

Cuando los triángulos de incesto desplazado conforman una gran parte de la preocupación erótica de un individuo, ellos provienen de fijaciones y deseos edípicos que pueden manifestarse también de otras maneras. Clínicamente, uno con frecuencia observa una predilección por lo exótico y lo prohibido —como una forma alternativa del desplazamiento del deseo edípico— junto con la preocupación incestuosa desplazada. Este fue el caso de una mujer que conozco, una correcta protestante anglosajona, la cual nunca se sintió atraída por hombres de su misma procedencia, sino únicamente por hombres asiáticos. (Su padre había sido apostado en el Lejano Oriente durante la Segunda Guerra Mundial cuando ella era una niña y, aparentemente, los hombres asiáticos representaban tanto una protección contra sus fantasías con su padre como un sustituto a él.) La única excepción a su predilección por hombres asiáticos fue una ocasión en la que se sintió atraída simultáneamente por dos hermanos caucásicos.

Parte del atractivo de la película *El graduado* reside en el hecho de que fue una de las primeras películas en tratar la común fantasía masculina de involucrarse casi simultáneamente con una madre y su hija; un intenso triángulo invertido de primer orden: el hombre no compite contra su padre por su madre, sino que una madre y su hija compiten por él. La preocupación incestuosa ha sido exteriorizada y el protagonista «juega» de alguna manera con ella. Algunas veces, madres e hijas comparten romances con el mismo hombre, de igual manera en que padres e hijos pueden amar a la misma mujer. He conocido a dos hombres que se casaron con las hijas de sus antiguas queridas; puesto de otra manera, dos hijas que se casaron con los amantes anteriores de sus madres. En la novela de Judith Krantz, *Mistral's Daughter*, Maggy, quien es la amante, modelo e inspiración para algunos de los mejores trabajos del pintor Julian Mistral,

lo pierde por otra mujer. Sin embargo, posteriormente, su propia hija, Teddy, sostiene un romance con Mistral. Para Teddy, esto consiste en un caso de reencuentro ligeramente disfrazado y un triángulo de rivalidad edípica, y tiene un hijo con él.

### LA ATRACCIÓN ERÓTICA DEL RIVAL Y LA ATRACCIÓN A LAS PAREJAS

Ocasionalmente existe una pieza escandalizadora de autodescubrimiento para los participantes en relaciones amorosas triangulares: una profunda atracción sexual por sus rivales. Esto puede manifestarse únicamente en fragmentos de sueños aparentemente inexplicables o en fantasías efímeras. El complejo de Edipo negativo y un deseo homosexual por el rival a menudo se ponen en juego en el contexto de los triángulos amorosos.

Un excelente recuento de las complejidades del amor triangular puede ser encontrado en *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera. En esa novela, Teresa lee un correo de su amante, Tomás, y descubre su infidelidad con Sabina. Entonces, ella tiene una pesadilla en la que los tres se encuentran en una habitación. En ella, Tomás le ordena ver cómo él le hace el amor a Sabina en una cama sobre una plataforma. Ella se despierta y le cuenta a Tomás su pesadilla. Al día siguiente, Tomás va a su escritorio y encuentra un pasaje en una de las cartas de Sabina que decía: «Quiero hacerte el amor en mi estudio. Sería como un escenario rodeado de personas»,<sup>22</sup> y se da cuenta de que Teresa ha leído su correspondencia. Él perdona a Teresa por esto, pero ella no es capaz de —ni está dispuesta a perdonarlo por sus trasgresiones— a pesar de que ella tampoco es capaz de renunciar a él. Ella sigue atormentándose por sus infidelidades. Posteriormente, incorporará la imagen de la cama elevada y a Sabina en sus relaciones sexuales con Tomás: «Pasado algún tiempo, la imagen perdió algo de su crueldad original y empezó a excitar a Teresa. Ella le susurraba los detalles mientras hacían el amor».<sup>23</sup> Más adelante, Teresa y Sabina tuvieron un encuentro con matices distintivamente sexuales en el estudio de Sabina. Las excitaba a ambas, a pesar de que las dos, finalmente, lo evitaron. Aun más interesante, Teresa finalmente moldea su identidad profesional según lo que ha aprendido de Sabina.

Si bien el conocimiento de la traición del amante causa dolor, también puede generar una excitación sexual considerable. Este hecho, así como la manifestación ocasional de un deseo sexual profundamente enterrado por el rival, señala la contaminación de un romance por material edípico no resuelto. En particular, el deseo

<sup>22</sup> Kundera, *The Unbearable Lightness of Being* [*La insoportable levedad del ser*], 16.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 62.

homosexual por el rival sugiere la influencia presente de un complejo de Edipo negativo altamente desarrollado junto al positivo; esto puede ser una manifestación de bisexualidad, una tendencia universal. En este caso, el amante se siente atraído y celoso de los dos miembros de la pareja simultáneamente, así como alguna vez se sintió por sus padres.

También están aquellos que se vinculan amorosamente o casi amorosamente —algunas veces, sexualmente— con ambos miembros de una pareja. Este parece haber sido el caso de la intensa amistad de David Diamond tanto con Carson McCullers, como con su esposo, Reeves McCullers. Diamond, un compositor, se sintió atraído por ambos desde su primer encuentro, y las anotaciones en su diario son explícitas en sus inclinaciones duales: «Ahora he conocido *este* amor, esta adorable niña-mujer, cuya soledad me golpeó en el momento en que entré al departamento de Muriel Rukeyser [...]. Conocí a su esposo, a quien sé que amo [...]».<sup>24</sup> «Qué me ha sucedido desde que conocí a Carson y ahora a Reeves, su esposo. Carson, su magnetismo y extraña y enfermiza belleza me sofocan, me corroen, y sé que amo a estos dos seres humanos. Es un gran amor el que siento, y este me nutrirá o me destruirá».<sup>25</sup> Al principio, los McCullers lo introdujeron en su pareja. Pero su matrimonio se estaba desintegrando y Diamond, ahogado en el remolino, anheló una relación pasional primero con uno, luego con el otro, y vivió por un tiempo con Reeves. Carson, quien previamente había apoyado la legitimidad de las relaciones homosexuales, estaba, sin embargo, devastada por el resultado de estos eventos y su sentimiento de exclusión. Su biógrafo, Carr, cree que la relación triangular de Carson con Reeves y Diamond figuraba con peso en su fascinación por el «*we of me*»<sup>26</sup> que estaba por convertirse en el tema principal de su novela *Frankie y la boda*. El triángulo que atormentaba a su personaje ficticio, Frankie, atormentaba a la autora en la realidad. De acuerdo con Carr, Carson encontró de mal gusto una relación exclusiva y permanente entre estos dos hombres; ella afirma: «Una relación de “*we of me*” era buena únicamente si esta era apropiada para Carson —y la incluía—, pero era devastadora si la dejaba fuera».<sup>27</sup> Diez años después, luego de que Carson y Reeve volvieran, Diamond los volvió a ver, pero con turbación e indecisión: «[...] Siento que ellos pueden aún ser capaces de *forzarme* a aceptar *su* impotencia y soledad como parte de mí mismo».<sup>28</sup> Diamond, sin embargo, no se estancó sin remedio

<sup>24</sup> Citado en Carr, *The Lonely Hunter*, 147.

<sup>25</sup> *Ibid*, 148.

<sup>26</sup> Nota del traductor: el «nosotros del yo».

<sup>27</sup> *Ibid*, 171.

<sup>28</sup> *Ibid*, 371.

en su papel como un adjunto a la pareja. Él eventualmente encontró una «relación amorosa significativa y duradera»<sup>29</sup> de a dos.

Algunas veces, no queda del todo claro a quién considera el amante como el objeto de deseo y a quién el rival. Uno encuentra hombres —y algunas mujeres— cuya fantasía de masturbación preferida es la imagen de una pareja haciendo el amor. En esta fantasía, el protagonista está únicamente presente como un *voyeur*. Ahora, claramente, la misma fantasía manifestada no tiene siempre el mismo significado para todos, pero, en algunos casos, esta fantasía representa una fijación en la pareja paterna, en la cual es la exclusión de la habitación de los padres y la escena fundamental fantaseada las que han sido erotizadas.

\*\*\*\*\*

Ninguna pareja amorosa es inmune a los componentes triádicos. Con mayor frecuencia, estos pueden ser incorporados en la relación de pareja y no necesariamente son corrosivos. Particularmente, cuando ellos adquieren forma solo como fantasías efímeras, tales triángulos pueden incluso enriquecer al amor.

En la medida en que las preocupaciones triangulares son materializadas en romances extramaritales amorosos, o solamente sexuales, son con frecuencia destructivas, al contener, como lo hacen, matices de culpa y peligros. Los problemas intrínsecos a tales triángulos provienen de su inestabilidad, sus motivos ocultos, su conexión a consideraciones de poder y las inevitables frustraciones e inseguridades que engendran en cada uno de los tres protagonistas. Esto no quiere decir que una pareja que deja de serlo para convertirse en un triángulo no pueda, en última instancia, reestablecer el dúo y sobrevivir como una pareja, pero su amor puede estar fracturado. El sentido de los amantes de prioridad mutua y confianza habrá sido violado en una manera tan fundamental, que no podrá ser remediado del todo.

Aun así, hay circunstancias en las que los triángulos resultan adaptativos, o cuando un amor adúltero puede ser mantenido con vida. Entonces, también, la pareja original puede ser disuelta y reemplazada por una nueva.

Sin embargo, para algunas personas, los triángulos son meramente arreglos temporales que responden a circunstancias o a insatisfacciones; para otros, se convierten en el foco principal. En la medida en que un individuo se sitúa en una relación triangular —por ejemplo, cuando una mujer solo se enamora de hombres casados—, ese individuo ha ingresado al campo del comportamiento derrotista y el placer del amor será estropeado.

---

<sup>29</sup> Ibid, 171.

CUARTA PARTE  
La diferencia de género en el amor



## CAPÍTULO 10

### Amor de transferencia y amor romántico

Recientemente, ha empezado a aparecer en la literatura psicoanalítica un gran número de estudios sobre el amor, estimulado en parte por el creciente interés teórico en la transferencia.<sup>1</sup> A pesar de que Freud describió originalmente la transferencia erótica —el enamoramiento del paciente por el terapeuta— como un impedimento para la terapia, algo que debía evitarse asiduamente y algo que podía incluso trastornarla, él llegó a reconocerla como un paradigma para la transferencia en general y, finalmente, como muy similar al enamoramiento en la vida «real».

Gradualmente, en los años siguientes, la visión psicoanalítica de la transferencia ha crecido. Lejos de ser vista como un impedimento, el desarrollo de una transferencia y su análisis ahora se consideran el núcleo del proceso psicoanalítico. El análisis de la transferencia ha reemplazado, en cierta medida, al análisis de los sueños como el «camino principal hacia el inconsciente». De hecho, la capacidad del paciente para formar una relación de transferencia con el analista parece ser un factor clave para producir el cambio.

El interés en la transferencia erótica puede parecer una ruta menos directa por la cual llegar a cuestionar el amor. Pero debido a que la experiencia subjetiva del amor de transferencia guarda muchas similitudes con la del amor romántico, los analistas han llegado a asumir que, psicológicamente, los dos fenómenos son muy similares, si no idénticos. El amor de transferencia y el amor romántico tienen, ciertamente, muchos rasgos en común, no solo los sentimientos subjetivos que evocan, sino su profunda y obvia conexión con los deseos más íntimos del sujeto —el paciente o el amante—, sus sentimientos, poderes imaginativos y su capacidad para actuar como agentes capaces del cambio. Al igual que la transferencia, el amor puede crear el deseo y ser el vehículo para el cambio fundamental. Al analizar el extraño fenómeno de la transferencia erótica, con el cual los primeros analistas se tropezaron, nosotros

---

<sup>1</sup> He publicado un ensayo más técnico sobre el tema de amor de transferencia. Ver: «The Erotic Transference in Women and Men: Differences and Consequences», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 13: 2 (1985), 159-180.

contamos con un punto de vista privilegiado desde el cual explorar algo de la estructura psicológica del amor. El amor de transferencia se convierte en una ventana hacia el fenómeno del amor desde una perspectiva aparentemente neutral. Puede ser que muchos analistas, entre los cuales me incluyo, se hayan sentido más seguros al hablar acerca de la transferencia erótica que al hablar del amor, ya que la transferencia es un fenómeno observable, algo que podemos examinar de primera mano, si bien permaneciendo relativamente al margen.

El amor de transferencia revela una diferencia de género y, como consecuencia, arroja algo de luz sobre las variaciones de género en el amor romántico: diferencias tanto en las circunstancias que sirven para fomentar el amor en hombres y mujeres, como en el tipo de problemas existenciales que predominan y a los cuales hombres y mujeres son vulnerables. De igual importancia, la comparación entre enamorarse en la terapia y en la «vida real» identifica algunos de esos factores que facilitan la experiencia del enamoramiento.

\*\*\*\*\*

*Transferencia* es el término general que nombra ciertos sentimientos que un paciente desarrolla por su analista en el transcurso de la terapia, siendo la transferencia erótica solo una forma de transferencia —aunque una crucial—. Ahora, lo que distingue los sentimientos de transferencia de aquellas otras emociones engendradas en respuesta directa hacia la persona —el personaje— del analista es, como lo ha señalado Freud, que estos son reediciones de sentimientos que el paciente alguna vez tuvo hacia las personas más importantes en la primera etapa de su vida.<sup>2</sup> Muchos clínicos utilizan el término «transferencia» en un sentido estricto: exclusivamente dentro de una situación terapéutica. De hecho, el descubrimiento de la transferencia ha tenido grandes implicaciones en las técnicas de análisis. No obstante, los analistas y los científicos sociales han estado al tanto de que el concepto de transferencia también es útil para entender un número de fenómenos disparejos que tienen lugar fuera del tratamiento, entre ellos la propensión de muchas personas a apegarse a líderes y causas, así como a personas amadas. Los científicos sociales que están interesados en encontrar las raíces psicológicas de la predisposición para la esclavitud han descubierto una auténtica Piedra de Rosetta en el concepto de transferencia.

---

<sup>2</sup> Freud (en «Fragment o fan Análisis of a Case of Hysteria» [1905 (1901)], en *S.E.*, Vol. 7, 3-122) hizo la distinción adicional de que algunos sentimientos de transferencia son «simples reimpresiones» mientras que otros se han sometido a la sublimación y son, por lo tanto, ediciones revisadas del sentimiento original.



Freud utilizó el concepto de transferencia para entender, entre otras cosas, los orígenes de la religión. De acuerdo a Freud, el contenido emocional de la transferencia, hacia la figura de un padre o hacia Dios, es el deseo del niño por un padre poderoso o un tutor que pueda servir como «una protección contra poderes superiores extraños»; primero para el niño y luego para el hombre, la transferencia es invocada por su «necesidad de protección contra las consecuencias de su debilidad humana».<sup>3</sup> La transferencia, entonces, es fruto de los temores de la condición humana, una especie de «temor domesticado».<sup>4</sup> En esencia, Freud sugiere que cada uno busca la unión con alguna representación de la potencia paternal, no solo debido a un deseo erótico —libidinoso—, sino también por miedo y debilidad.

Al igual que el niño otorga poder a la figura paterna, más adelante, el adulto otorgará poder al objeto de transferencia. Una vez que se le ha otorgado poder, el objeto de transferencia, al igual que la figura paterna que encarna, se convierte en un agente controlador. El niño y luego el adulto interactúan con el objeto de transferencia por conciliación, acomodación o manipulación. Así, mientras que el objeto de transferencia es deseado como un medio para salvar al individuo de un destino temido, él se convierte en su destino; al igual que la persona amada, a la que buscamos para que nos libere de la cárcel de nuestras vidas pasadas, a menudo se convierte en nuestro nuevo carcelero. Tan pronto nos apegamos a un objeto de transferencia para que este nos cuide y proteja, podemos descubrir una nueva serie de miedos; no controlamos todavía nuestra seguridad y bienestar y desplazamos nuestro temor hacia el objeto de transferencia. Tememos perder o antagonizar el objeto de transferencia, no ser capaces de sobrevivir solos; en resumen, permanecemos atormentados por nuestra impotencia y nuestras necesidades de dependencia.<sup>5</sup> La transferencia positiva siempre contiene dentro de sí misma potenciales sentimientos negativos debido al resentimiento causado por nuestra exagerada necesidad por el objeto, y podemos proyectar en él temores de infancia y quejas contra nuestros padres. Podemos incluso llegar a percibir al objeto de transferencia como la fuente principal de nuestra desdicha.

A menor poder real que uno sienta, mayor debe ser la transferencia. En este esquema, la transferencia y sus derivados son lo que hacen al mundo girar.

<sup>3</sup> Freud, «*The Future of an Illusion*» [1927], en *S.E.*, Vol. 11, 24.

<sup>4</sup> Ernest Becker utiliza la frase «terror domesticado» —«*taming terror*»—. «Así es como podemos entender la esencia de la transferencia: como un terror domesticado». Mi discusión acerca de la naturaleza de la transferencia en la vida diaria sigue de cerca la de Becker. *The Denial of Death*, 145.

<sup>5</sup> *Ibid*, 146.

**AMOR DE TRANSFERENCIA: ENAMORÁNDOSE EN LA TERAPIA**

Incluso para aquellos que no conocen los principios del psicoanálisis, es de conocimiento común que las personas a veces se enamoran de los doctores o las enfermeras que se ocupan de sus dolores físicos, demostrando así la misma proclividad de aquellos pacientes que se enamoran de sus psicoanalistas. En las películas, uno piensa, entre otras, en Bette Davis en *Amarga victoria*. Ella hace el papel de una joven muy engreída, afligida por desvanecimientos. En el curso de su tratamiento médico, ella se enamora del neurólogo y, finalmente, él de ella. Al enamorarse y luchar con lo que resultó ser un tumor cerebral intratable, Davis se transforma de una mujer inmadura e irritante en una madura, feliz y sentimental. De modo similar, en la vida real, muchos hombres mayores o enfermos se enamoran de sus enfermeras. La última figura conocida que lo hizo fue el novelista Joseph Heller, quien se enamoró de su enfermera cuando se recuperaba de una enfermedad neurológica. Thomas Merton, cuando era un monje de clausura, también se enamoró de una enfermera que conoció cuando estaba enfermo. Se sabe de algunos hombres que desheredan a sus familias para favorecer a sus enfermeras, incluso cuando están cercanos a la muerte y sea improbable concretar un amor mutuo. Muy relacionados a estos están aquellos romances entre hombres mayores y sus amas de llaves: entre ellos uno piensa en el ejemplo de Mr. J. Seward Jonson y el ama de llaves polaca con la que se casó, para el desconcierto de sus desheredados hijos. De manera recíproca, se sabe de muchas mujeres que fantasean con cuidar a un hombre hasta que este sane o con enamorarse de un hombre herido o mutilado. La historia de Jane Eyre es quizá la máxima fantasía de cuidado. Los doctores, también, como el neurólogo en *Amarga victoria*, se enamoran de sus pacientes. En este contexto, uno también recuerda al piloto de un fatal accidente aéreo que, posteriormente, se enamora y contrae matrimonio con una de sus pasajeras, la cantante Jane Froman, quien perdió las piernas en el accidente. En efecto, rescatar o ser rescatado sin duda califica como uno de los grandes temas románticos.

Enamorarse del doctor en la terapia psicoanalítica es un fenómeno bastante común que, como se ha anotado, tiene un nombre específico: *transferencia erótica* o *amor de transferencia*. Esto se refiere a una mezcla de sentimientos de ternura, erotismo y sexualidad que el paciente siente hacia el analista y, como tal, forma parte de una transferencia positiva; aunque, como todas las transferencias positivas, necesariamente contiene algunos sentimientos negativos latentes. El deseo sexual o la transferencia sexual —excluyendo los elementos de deseos tiernos— representan una transferencia erótica truncada, una que no ha sido completamente desarrollada

o experimentada. En gran medida, la transferencia erótica es un componente del deseo por ser amado por el analista. El analista puede, ocasionalmente, experimentar sentimientos recíprocos hacia el paciente —lo que entonces se llamará una contratransferencia erótica— despertados como respuesta a su admiración y su necesidad. Generalmente, el paciente desea ser rescatado y el terapeuta rescatar.

Hoy en día, con el psicoanálisis establecido y el difundido conocimiento de este (al igual que el folklore), mucha gente da por sentado que «se supone» que el paciente se enamora de sus analistas. Pero el hecho de que los pacientes se enamoren de sus doctores con cierta regularidad es, si se piensa en ello, asombroso. Claro, los analistas llaman a estos sentimientos «transferencia», pero el paciente con frecuencia los experimenta como sentimientos genuinos de amor.

Freud fue el primero en describir el fenómeno de la transferencia erótica, en teorizar su significado en nuestro desarrollo y en el proceso de la terapia psicoanalítica, y en hacer una conexión entre el amor de transferencia y el amor romántico.<sup>6</sup> Pero un entendimiento de la transferencia erótica no fue totalmente contemplado, incluso para Freud. Su introducción al fenómeno empezó con una serie de eventos extraños que aprendió de su mentor y colaborador, Josef Breuer.

La «cura hablada», un precursor temprano del psicoanálisis, fue desarrollada más o menos por accidente en el curso de la terapia de Breuer a Anna O, una mujer con muchos síntomas de histeria. Ella había iniciado el proceso de una especie de asociación libre, en la cual hablar de los orígenes de cada uno de sus síntomas hacía que estos desaparecieran como por arte de magia. Sin embargo, esta terapia fue finalmente interrumpida por los acontecimientos del mundo exterior a la sala de consulta, y fue la interrupción misma la que llevó de manera indirecta a conceptualizar la transferencia, específicamente la transferencia erótica y sus amenazas tanto para el paciente como para el doctor.

Se piensa que Breuer, quien estaba cada vez más fascinado por el tratamiento de Anna O, ignoró a su esposa y eso provocó sus celos. Reconociendo tardíamente la naturaleza de la reacción de su esposa, Breuer dio por acabado el tratamiento de Anna O. Poco tiempo después, fue llamado para encontrar a su paciente en la agonía de un parto histérico. Él la calmó, pero al día siguiente llevó a su esposa a una segunda luna de miel. Freud le contó la historia en una carta a su esposa. De acuerdo al biógrafo de Freud, Ernest Jones, Martha «se identificó con la esposa de Breuer» y esperó que eso nunca le ocurriera; ante ello, Freud reprochó la vanidad de

---

<sup>6</sup> Freud, «Observations on Transference-Love (Further Recommendations in the Technique of Psycho-Analysis III)» [1915], en *S.E.*, Vol. 12.

su esposa por suponer que otras mujeres se enamorarían de él: «para que eso suceda, uno debe ser un Breuer».<sup>7</sup> Freud, entonces, negó incluso la posibilidad de que tal fenómeno pudiera ocurrir en cualquiera de sus pacientes, mientras que Martha, rechazando la idea de que el encaprichamiento pudiera ser únicamente atribuido al prestigio personal y al carisma de Breuer, parecía comprender intuitivamente la naturaleza universal de la dinámica. La mera posibilidad de triangulación, aparentemente, puede agudizar las habilidades intuitivas en uno. Solo después, Freud llegó a ver la reacción de Anna O como la regla y no la excepción, lo que le permitió prestar atención a su significado teórico central. Puede ser de interés que Anna O no haya sido otra que Bertha Pappenheim, quien llegó a ser una trabajadora social eminente y una pionera en el movimiento feminista europeo.<sup>8</sup>

Se ha sugerido que quizá fue inevitable que las observaciones teóricas del fenómeno hayan sido originalmente hechas por alguien más que el terapeuta involucrado. En otras palabras, debido a que Anna O era la paciente de Breuer, y no de Freud, fue más sencillo para Freud asumir un rol de observación hacia las comunicaciones sexuales y eróticas que si estas hubiesen estado dirigidas a él. Incluso así, no fue tan fácil.<sup>9</sup> El ser simplemente un analista conjunto parece haber acercado a Freud demasiado al fenómeno, y él solo apreciaba de manera gradual lo que la esposa intuyó inmediatamente. La renuencia de Freud por reconocer el fenómeno puede ser parte del poder —y la amenaza— que residen en él.

Sin embargo, en 1905, Freud formuló conceptos bastante explícitos acerca de la transferencia, ligando las reacciones del paciente hacia el terapeuta a reacciones anteriores que el paciente había experimentado hacia una o más figuras significativas de su infancia. Freud describe la reacción de la transferencia como:

nuevas ediciones o facsímiles de los impulsos y fantasías despertadas y hechas concientes durante el progreso del análisis; pero ellas tienen una peculiaridad, característica de su especie, en la cual ellas reemplazan a algunas personas anteriores por la persona del médico.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, Vol. 1 (Londres: Hogarth Press, 1953), 225.

<sup>8</sup> Ernest Jones reveló su identidad en su estudio biográfico de Freud, *The Life and Work of Sigmund Freud*, Vol. 1. George Pollock ha escrito de manera extensiva sobre Anna O (Bertha Pappenheim). Ver «Glückel von Hameln: Bertha Pappenheim's Idealized Ancestor», *American Imago* 20 (1978); y «Anna O: Insight, Hindsight, and Foresight», en *Anna O: Fourteen Contemporary Reinterpretations*, editado por Max Rosenbaum y Melvin Muroff (Nueva York: Free Press, 1984).

<sup>9</sup> Thomas Szasz, «The Concept of Transference», *International Journal of Psycho-Analysis* 44 (1963), 432-443.

<sup>10</sup> Freud, «Fragment of an Analysis of a Case of Hysteria», 116.

En esta formulación, el énfasis se ha puesto en la repetición inherente en la transferencia y no en su realidad subjetiva para el paciente. De acuerdo a los analistas de hoy en día, «el hincapié de Freud en la repetición respondía, en parte, a la desaprobación pública, real y amenazadora de las transferencias eróticas que las pacientes mujeres desarrollaban en relación a sus analistas hombres». <sup>11</sup> Aquí tenemos el conocimiento implícito del hecho de que este fenómeno supuestamente universal es mucho más común entre pacientes mujeres y doctores hombres. Sin embargo, cualesquiera hayan sido las razones de Freud para enfatizar que los sentimientos de transferencia son «simplemente» una reedición de sentimientos anteriores, la verdad es que el paciente experimenta la «transferencia» como una fuerte realidad en tiempo presente. De hecho, incluso un paciente que se haya enamorado de dos terapeutas consecutivamente, encuentra difícil aceptar la idea de que sus sentimientos no son más que una transferencia. Únicamente el doctor puede ver los sentimientos del paciente desde una distancia olímpica y, como ya se discutió, los doctores tampoco tienen éxito siempre, debido al fenómeno de la contratransferencia. No obstante, usualmente el terapeuta mantiene estos sentimientos al margen, en parte al invocar la teoría de la transferencia, la cual, de esta manera, se vuelve no solo una ayuda para entender al paciente, sino también en una defensa contra una situación que amenaza al analista. <sup>12</sup>

El mismo Freud no estaba al tanto del hecho de que la transferencia se veía distinta para el paciente y para el doctor. Para 1915, él había empezado a formular una teoría sobre la relación entre la transferencia erótica y el estado de estar enamorado. <sup>13</sup> En ese momento, sin embargo, él aún creía que la transferencia erótica era simplemente un impedimento para la terapia y recomendaba que el terapeuta demostrara a la paciente que ella se sentía enamorada de él solo como una táctica para resistirse al análisis, como un medio para evitar los dolorosos descubrimientos que se aproximaban. Aun así, Freud reconoció que el amor de transferencia y el amor comparten ciertas cualidades.

<sup>11</sup> Roy Schafer, citando una comunicación personal de Charles Rycroft, «The Interpretation of Transference and the Conditions of Living», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 25 (1977), 335-362, 340.

<sup>12</sup> Szasz, «The Concept of Transference», 432-443.

<sup>13</sup> Martin Bergmann ha anotado los cambios en el pensamiento de Freud sobre la transferencia, el amor de transferencia y el amor en tres ensayos muy ricos acerca del amor: «On the Intrapsychic Function of Falling in Love», *Psychoanalytic Quarterly* 49 (1980), 56-77; «Platonic Love, Transference Love, and Love in Real Life», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 30 (1982), 87-111; y «Psychoanalytic Observations in the Capacity to Love», en *Separation-Individuation: Essays in Honor of Margaret S. Mahler*, editado por J. P. McDevitt y C. F. Settlage (Nueva York: IUP, 1971). Mi abreviado informe sobre los cambios de Freud al conceptualizar el amor de transferencia sigue de cerca el informe de Bergmann.

Creo que le hemos dicho al paciente la verdad, pero no toda la verdad, sin importar las consecuencias [...]. El papel que juega la resistencia en el amor de transferencia no se puede cuestionar y se debe tener en consideración. Sin embargo, la resistencia, después de todo, no *creó* este amor: lo encuentra a la mano, lo usa y agrava sus manifestaciones. Tampoco la resistencia desmiente la autenticidad del fenómeno [...]. Es cierto que el amor está constituido por nuevas ediciones de rasgos antiguos y que repite reacciones infantiles. Pero esta es la característica esencial de cada estado del enamoramiento. No existe tal estado en el cual no se reproduzcan prototipos infantiles. Es precisamente de esta determinación infantil que recibe su carácter compulsivo, colindando, como lo hace, con lo patológico. El amor de transferencia tiene quizá un grado menor de libertad que el amor que aparece en la vida ordinaria y que es llamado normal; expone su dependencia más claramente en el patrón infantil y es menos adaptable y capaz de modificarse; pero eso es todo, y no es lo esencial.<sup>14</sup>

De acuerdo a Freud, entonces, todo amor es un reencuentro y repite reacciones infantiles; pero el amor de transferencia, por razones que no especifica, parece estar incluso más dominado por la repetición que el amor romántico. Un analista contemporáneo, Martin Bergmann, ha sugerido lo contrario: que en la vida real el amante simplemente desplaza o suprime sus sentimientos negativos hacia la persona amada, haciendo posible que ellos encuentren eventualmente su camino de regreso hacia la relación y la corroan, mientras que en el psicoanálisis los sentimientos negativos pueden ser experimentados y superados, de manera que lo que comenzó como una repetición compulsiva puede terminar convirtiéndose en una experiencia liberadora.<sup>15</sup>

El conocimiento de la transferencia erótica fue crucial para la formulación que hace Freud acerca del fenómeno del reencuentro en el amor. Sus observaciones en el consultorio le permitieron ver que el objeto del amor de transferencia, así como el del amor romántico, es una reedición del objeto amado original de la infancia. Sin embargo, el entendimiento de la transferencia erótica es importante para entender el amor en muchas otras maneras interrelacionadas. Puede demostrarse que la transferencia es un acto de la imaginación, uno idealizado y, quizá más importante, un *acto*, un proceso que el paciente ocasiona y en el cual participa, no algo que le ocurre a él; en todos estos aspectos, confirma algunas de nuestras suposiciones sobre el amor romántico.

La transferencia también arroja luz sobre el amor como un agente de cambio, porque también puede ser un catalizador mayor para el cambio personal y el crecimiento.

<sup>14</sup> Freud, «Observations on Transference-Love» [1915], en *S.E.*, Vol. 12, 168.

<sup>15</sup> Bergmann, «Platonic Love, Transference Love, and Love in Real Life».

De hecho, como ya he mencionado, los analistas ya no temen a la transferencia como un impedimento para el proceso analítico, sino que también la ven como un vehículo de ese proceso. No obstante, la transferencia erótica, al igual que el amor, puede a veces ser perjudicial en lugar de constructiva.

Quizá aun más importante que las similitudes entre el amor de transferencia y el amor romántico sea su enorme diferencia. El amor de transferencia es mucho más predecible que el amor, una característica tan regular de tantos análisis que casi parece ser promiscua, mientras que el amor en la vida «real» es mucho más selectivo. Para un entendimiento de los *porqué* y los *cómo* del enamoramiento, debemos tratar de entender la frecuencia del amor de transferencia, por lo menos para las pacientes mujeres en un tratamiento con hombres, en comparación al nacimiento menos predecible y más errático del amor romántico en la vida diaria.

### EL POTENCIAL DE TRANSFORMACIÓN DEL AMOR DE TRANSFERENCIA

Se sabe que la transferencia positiva por sí sola algunas veces cataliza un cambio radical en los pacientes, de ahí el término «cura de transferencia». Los pacientes asisten a una terapia y, algunas veces, sus síntomas desaparecen como resultado de la transferencia —y de su dependencia de o identificación con sus terapeutas— o los pacientes rápidamente se reincorporan en la vida. Sin embargo, los analistas ponen mucho esfuerzo en afirmar que tal cambio es superficial y que los síntomas pueden volver a manifestarse si la terapia es interrumpida. No obstante, no siempre es este el caso. Muchos pacientes utilizan sus victorias a corto plazo para consolidar una percepción de sí mismos y una autovaloración diferentes, y mejoradas, a largo plazo.

La manera en que uno considera la transferencia, y el amor de transferencia, tiene implicaciones tanto para la teoría como para la práctica. Schafer captura claramente el doble y quizá contradictorio sentido de los conceptos de Freud sobre el amor de transferencia, así como las ramificaciones que la bifurcación tiene para las ideas terapéuticas actuales.

Por un lado, el amor de transferencia es puramente repetitivo, simplemente una nueva edición de lo antiguo, lo artificial y lo regresivo (particularmente en sus aspectos del yo) y debe ser tratado, principalmente, traduciéndolo a sus términos infantiles. (Desde este punto surge el continuo énfasis de la literatura psicoanalítica de revivir, volver a experimentar y recrear el pasado). Por el otro lado, la transferencia es una pieza de la vida real que es adaptada al propósito analítico, un estado transitorio de un carácter provisional que es un medio para un fin racional y tan genuino como el amor normal. (Desde este punto, surge el énfasis en nuestra literatura por los poderes curativos

inherentes a la relación terapéutica en sí misma, especialmente respecto a privaciones y pérdidas tempranas). No nos encontramos en posición de discrepar por completo con la concepción de transferencia, la neurosis de transferencia, y los efectos terapéuticos cargados de transferencia. El problema reside en cómo integrarlas.<sup>16</sup>

Bergmann, sin embargo, cree que el amor de transferencia «no es adaptativo por sí mismo. Es la sublimación de este amor con la ayuda del analista la que lo hace adaptativo para los propósitos de la cura, cuando los pedidos son sustituidos por gratificaciones».<sup>17</sup> Él afirma que ofrece una nueva oportunidad para volver a trabajar el material edípico y para crear nuevas y mejores opciones.

Subliminal o no, la transferencia positiva parece ser un requisito para el cambio analítico, parte del combustible que propulsa el proceso terapéutico. La transferencia erótica, como una especie de la transferencia positiva, debe también ser reconocida como una herramienta potencialmente útil en la terapia, aunque una peligrosa.

El psicoanalista Bergmann, a pesar de todas las advertencias en su contra, capta el poder transformacional del amor y su rol en el psicoanálisis:

Desde una perspectiva histórica, los descubrimientos paralelos de Freud de que los sentimientos de transferencia de sus pacientes contenían una energía psíquica que podía ser puesta al servicio de un procedimiento terapéutico, cuyo objetivo es el *insight*, y que la emoción del amor puede estar sujeta al análisis porque se basa en el redescubrimiento de objetos amados infantiles, son un ejemplo extraordinario del uso secular de la escala platónica del amor. El hecho de que el amor pueda ser desviado de su curso natural, en el cual busca gratificación y mutualidad, y sirva para ocasionar un cambio intrapsíquico, confirma el *insight* original de Platón de la plasticidad de Eros.<sup>18</sup>

Pero, por supuesto, el amor no es *forzado* para ocasionar un cambio intrapsíquico; eso es parte de su propia naturaleza, ese *es* «su curso natural».

Existen riesgos claros al enfatizar que alguna forma de amor que el paciente siente por el doctor puede ser transformadora dentro y fuera de ella misma. El peligro más evidente es que tal énfasis puede ser usado como una justificación para la explotación sexual y erótica de los pacientes. Sin embargo, también existen obstáculos menos extravagantes. Cuando la transferencia erótica es experimentada, pero no completamente analizada, a menudo se convierte en el mayor impedimento para el análisis. La limitación de estas terapias consiste en la tendencia de la fuerza de la transferencia erótica

<sup>16</sup> Roy Schafer, «The Interpretation of Transference and the Conditions of Loving», 340.

<sup>17</sup> Bergmann, «Platonic Love, Transference Love, and Love in Real Life», 106-107.

<sup>18</sup> Ibid, 109.



para ocultar otras dinámicas y conflictos importantes. Por eso *debe* ser observada con mucho cuidado. Pero, al mismo tiempo, la verdad exige el reconocimiento de aquellos casos en los que la transferencia, y no el análisis, parece ser el agente de cambio, o por lo menos uno de los factores más significativos.

Este, sin duda, parece haber sido el caso de uno de los primeros pacientes de Jung. Recientemente ha salido a la luz un romance entre Jung y Sabina Spielrein. Su historia ha sido reconstruida por un analista italiano, Aldo Carotenuto, quien accidentalmente adquirió los diarios y cartas de Spielrein.<sup>19</sup> Se ha reportado que Spielrein, cuando joven, sufría de un trastorno esquizofrénico o de histeria severa con rasgos esquizoides y que fue hospitalizada en Zurich. Lo que sigue es lo poco que se conoce de Spielrein, su tratamiento con Jung y su romance.

Spielrein nació en una acaudalada familia ruso-judía de negocios en Rostov-on-Don en 1885. A pesar de ser extremadamente brillante, imaginativa y talentosa, desde temprana edad ella sufrió síntomas psicológicos severos. Entre los tres y cuatro años, ella guardaba sus heces; luego, empezó a reflexionar acerca de la defecación y «cualquiera a quien veía era imaginado en aquel acto».<sup>20</sup> Ella misma sitúa el inicio de su enfermedad a los once años, en el sexto grado, cuando su hermana menor murió. A los dieciocho, ya no podía mirar a nadie y experimentaba alternados ataques de llanto y risa, lloraba y gritaba. Sus padres concibieron la idea de mandarla a Zurich, en donde podría estudiar medicina y ser tratada simultáneamente. La llevaron ahí probablemente en 1904. Bettelheim cree que ella fue una de las primeras pacientes de Jung, si no la primera, que fue tratada con el método del psicoanálisis. Jung también la contrató para asistirlo en sus estudios de las palabras. En algún momento, ella estaba lo suficientemente bien para dejar el hospital como interna, pero continuó su terapia con Jung. Para 1905, ella se había matriculado en la Universidad de Zurich para estudiar medicina. En 1911, recibió el título de médica sobre la base de un estudio sobre la esquizofrenia.

Cuando se conocieron, Spielrein tenía dieciocho o diecinueve años; Jung no tenía más de treinta, había trabajado en el sanatorio por cuatro o cinco años, y solo se había embarcado en estudios por los cuales sería aplaudido posteriormente. Se le consideraba carismático con las pacientes mujeres y, de acuerdo a Carotenuto, su esposa le escribió a Freud que «Naturalmente, todas las mujeres estaban enamoradas de él».<sup>21</sup>

No queda claro en qué momento el romance entre Jung y Spielrein floreció. Carotenuto supone, debido a la correspondencia entre ellos, que Jung probablemente

<sup>19</sup> Aldo Carotenuto, *A Secret Symmetry: Sabina Spielrein Between Jung and Freud*, comentario e introducción por Bruno Bettelheim (Nueva York: Pantheon Books, 1982).

<sup>20</sup> Citado en *ibid*, 154.

<sup>21</sup> Citado en *ibid*, 159.

notó que estaba enamorado de Spielrein a comienzos de 1908. Tampoco se sabe si el romance fue consumado sexualmente. Carotenuto no lo cree, pero Bettelheim, como lo declara en su introducción al libro de Carotenuto, sí. La falta de certeza puede estar relacionada al hecho de que los herederos de Jung no dieron permiso para que las cartas que Jung le había escrito a Spielrein fueran publicadas (a pesar de que Carotenuto las leyó y las cita) y además las cartas mismas pueden no ser definitivas.

Para 1909, su romance había salido a la luz. Alguien —se cree que la esposa de Jung— había escrito una carta anónima a la madre de Spielrein advirtiéndole que su hija estaba involucrada en una relación posiblemente perjudicial con Jung y le pedía que le pusiera fin. A estas alturas, Jung le escribió a Freud que «una paciente, a la cual hace años saqué de una neurosis muy difícil con un esfuerzo inimaginable, había violado mi confianza y mi amistad en la manera más mortificante que puede imaginarse. Ella había armado un vil escándalo únicamente porque me negué al placer de darle un hijo».<sup>22</sup>

En una extraña correspondencia entre Jung y la madre de Spielrein (si la referencia en una carta de Spielrein a Freud es correcto) Jung indica que si se le paga —su tarifa es de 10 francos por consulta—, la madre no tendría que preocuparse por ninguna futura irregularidad en la relación entre el doctor y la paciente.<sup>23</sup> Hubo una tormentosa discusión entre Jung y Spielrein, incluyendo una escena en la cual ella le sacó una navaja, aunque aparentemente solo tuvo éxito cortándose su propia mano. Entonces, sus padres la retiraron de Zurich.

En 1910, con motivo de la sustentación de su tesis doctoral, ella reanudó su contacto con Jung. En ese momento ella escribió en su diario que él le había afirmado no conocer a nadie que pudiera reemplazarla, era como si él hubiera tenido un collar en el cual todas sus otras admiradoras fueran perlas, pero ella, el medallón. Debido a que ella sentía su amor crecer por una «profunda afinidad espiritual e intereses intelectuales comunes»,<sup>24</sup> lo conservó como su mentor, reestableciendo su amor y su «poesía» —la cual Bettelheim considera sexual—, aunque con la salvedad de que él nunca abandonaría a su esposa. Así, la relación continuó por uno o dos años más. Ella consideró darle un hijo, el fantaseado niño Siegfried, para unir a judíos y cristianos, un tema de constante importancia para ella.

La relación se mantuvo flotante durante los años siguientes, pero Spielrein siempre mantuvo una correspondencia intelectual con Jung, incluso después de que ella

---

<sup>22</sup> Ibid, 94.

<sup>23</sup> Ibid, 12.

<sup>24</sup> Citado por Bettelheim en *ibid*, xix.

se había mudado al bando de Freud y este había cortado su relación con Jung. El romance fue extraordinario en muchos aspectos para ambos participantes. Cualquiera haya sido la naturaleza precisa de su relación con Spielrein, Jung formuló su teoría del inconsciente a partir de esta experiencia, si no directamente de ella. En una carta de Jung a Spielrein, una de las últimas cartas, de septiembre de 1919, mucho después de que su romance hubiese terminado, Jung declara: «El amor de S. por J. hizo que notara J. algo que antes solo había sospechado, esto es, el poder en el inconsciente que forja el destino de uno mismo, un poder que posteriormente lo llevó a asuntos de gran importancia».<sup>25</sup> Bettelheim concluye: «[...] sin importar las contribuciones específicas de Spielrein y Jung al sintema jungueano, Jung afirma [...] que fue en su romance donde se originó el sistema en sí mismo ».<sup>26</sup>

Sin embargo, para nuestros propósitos, es más importante lo que Spielrein obtuvo de Jung como resultado de una relación terapéutica seriamente «comprometida» con una transferencia erótica y una contratransferencia, que lo que él obtuvo de ella. En el curso de su relación, ella se recuperó de una enfermedad seria y emprendió una vida productiva. A pesar de la intensa relación de Jung con su paciente, su inconsistencia y su abandono cuando temió que su carrera se viera amenazada al ser expuesta, esta mujer, que antes era psicológicamente limitada, no fue destrozada; por el contrario, ella fue incluso capaz de conservar sus sentimientos por Jung. Además, fue en el tratamiento —y, sin duda, en la identificación con su ser amado— que ella encontró el trabajo de su vida. Spielrein parece haber transferido su amor por Jung hacia un compromiso con el trabajo, simbolizado por su uso del nombre Siegfried, el cual ella alguna vez había aplicado al hijo que anhelaba tener con Jung, para designar un ensayo que ella le ofreció como el cumplimiento de su «deber» hacia él. La transposición del niño, Siegfried, desde un niño realmente deseado hacia el trabajo es explícita. En una carta para Jung en 1912, probablemente antes de su matrimonio, ella escribe: «Querido, recibe ahora el producto de nuestro amor, el proyecto que es tu pequeño hijo Siegfried. Me causó tremendas dificultades, pero nada era muy difícil si era hecho por Siegfried. Si decides imprimir esto, sentiré que he cumplido mi deber hacia ti».

Bettelheim desaprueba rotundamente el comportamiento de Jung, particularmente dado que ahora sabemos de los peligros potenciales que pueden actuar tanto sobre el paciente como sobre el analista cuando se da una transferencia-contratransferencia. Sin embargo, tiene cuidado al notar que el juicio que emitimos hacia Jung

---

<sup>25</sup> Citado por Bettelheim en *ibid.*

<sup>26</sup> *Ibid.*, 48.

puede atemperarse, en última instancia, por el hecho de que el tratamiento curó a Spielrein, y formula una pregunta que es ciertamente peculiar, aunque válida:

En retrospectiva debemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿qué evidencia convincente tenemos de que se hubiese conseguido el mismo resultado si Jung se hubiese comportado con ella en la manera que debemos esperar que un terapeuta conciente se comporte con su paciente? Por muy cuestionable que sea el comportamiento de Jung desde un punto de vista moral, por muy poco ortodoxo, o incluso vergonzoso haya sido, de alguna manera cumplió la obligación primordial del terapeuta con el paciente: curarla. Ciertamente, Spielrein pagó un precio muy alto [...].<sup>27</sup>

En parte cuento esta historia porque, ahora que los terapeutas tienen mayor conocimiento del que tenían en los primeros días del psicoanálisis acerca de los peligros de la transferencia-contratransferencia, existen mucho menos ejemplos a los cuales referirse. Anteriormente, tales interacciones entre el analista y el paciente ocurrían con cierta regularidad. También debo contarla debido a los profundos cambios que tomaron lugar tanto en el doctor como en el paciente y que deben ser atribuidos en gran parte al poder transformacional del amor.

Existe otra historia dramática, que también ha salido a la luz recientemente, en la cual el amor de transferencia parece ser el principal agente catalizador en la transformación psíquica de una joven. En las memorias del Holocausto, *An Interrupted Life: The Diaries of Etty Hillesum*, una joven mujer que posteriormente moriría en un campo de concentración describe su relación con Julius Spier, un discípulo de Jung.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Ibid, xxxviii. El romance resulta estar inusualmente bien documentado no solo debido al diario de Spielrein y las cartas, sino porque tanto Jung como Spielrein implicaban a Freud en diferentes momentos de su relación y por motivos diferentes. Casi desde el inicio de la correspondencia entre Freud y Jung —desde la segunda carta de Jung a Freud, escrita en 1906— Jung involucra a Freud en las complicidades de su relación con Spielrein. En la carta, él hace mención de un caso difícil y luego describe el historial de Spielrein. En otras palabras, la relación de Jung con Spielrein fue el asunto que él utilizó para iniciar una relación personal con Freud. Ya he citado la carta que él escribió a Freud en el fatídico resultado de este romance. Mientras tanto, Spielrein también le escribió a Freud pidiéndole una entrevista, pero Freud fue evasivo. Sin embargo, Spielrein se mudó eventualmente a Viena y se volvió parte del círculo psicoanalítico de Freud.

La historia de este increíble romance y de lo que se convirtió en un triángulo intelectual ha sido desenterrada tan recientemente que no ha ingresado aún a la inmensa erudición acerca de la evolución del pensamiento de Freud. Sin embargo, es de algún interés que estos eventos se hayan revelado a Freud en aquellos años en los que él todavía estaba formulando sus teorías sobre la transferencia erótica. Bettelheim cree que el descubrimiento de Freud de la relación de Jung y Spielrein lo afectó profundamente. Se sabía que Freud se había desmayado dos veces en su vida —ambas veces durante reuniones con Jung— y varias personas, entre ellas el mismo Jung, habían tratado de explicar las causas de tales episodios. Bettelheim plantea una nueva posibilidad al sugerir que el primer desvanecimiento tuvo lugar en el contexto de la primera reunión de Freud con Jung después de que él supiera lo de Spielrein.

<sup>28</sup> J. G. Gaarlandt, *An Interrupted Life: The Diaries of Etty Hillesum* (Nueva York: Pantheon Books 1984).

Spier era un médico de «psicoquirolugía» o lectura de las manos, y Etty se volvió su alumna, paciente, amante y discípula. A pesar del hecho de que para el lector él pueda parecer, incluso a través de los ojos de Etty, de segunda categoría, y probablemente de mala reputación y deshonesto también, Etty logró usar su relación con él para conseguir una realineación de valores y prioridades en ella. En última instancia, su diario da testimonio de una liberación del *self* dentro de una esfera de posibilidades amplias, incluso bajo la sombra del Holocausto.

Sin embargo, es importante anotar que, sin importar cuántas historias anómalas existan, es más probable que el amor de transferencia no analizado cause más perjuicios que beneficios. Además, aquellos beneficios posibles en el amor de transferencia se dan con mayor seguridad en la transferencia analizada; este es, por supuesto, el punto al que Bergmann quería llegar y la razón por la cual la interpretación de la transferencia se ha vuelto tan crucial para la terapia analítica. A través el análisis de la transferencia y de un entendimiento de cómo las dinámicas de la transferencia corresponden a situaciones pasadas de la vida real, el paciente puede obtener un *insight* y liberarse de la camisa de fuerza del material emocional no analizado. Analizar la ausencia de una transferencia erótica también puede producir *insight* si el analista puede relacionar la ausencia de aquellas resistencias internas a enamorarse, como es el caso de muchos pacientes hombres. En la medida en que el amor de transferencia es una repetición —una *reimpresión*— pone en primer plano muchas de las exigencias y conflictos excesivos y poco realistas que se han insinuado en el proceso de amar en la vida real, y de ese modo demuestra al paciente cómo estas tendencias han destruido las relaciones de la vida real. Solamente cuando el autoconocimiento libera al paciente del incesante ciclo de compulsión repetitiva que contamina sus experiencias de amor adultas, este puede disfrutar de los aspectos creativos y restauradores del amor. La meta de la resolución de la transferencia erótica son este autoconocimiento y liberación. En este sentido, el amor de transferencia puede ser un anticipo *de* y una ruta *hacia* los poderes creativos y reconstituyentes del amor romántico.

Pero, como ya he sugerido anteriormente, el amor de transferencia no es siempre una experiencia positiva o terapéuticamente útil. Al igual que el amor en sí mismo, la transferencia erótica tiene dentro de ella el potencial para el placer y para el dolor, para el bien y para el mal. Más que una simple emoción, está cargada —una vez más, al igual que el amor— de componentes preedípicos; puede enmascarar deseos de dependencia, esfuerzos competitivos y sentimientos hostiles y de odio hacia uno mismo. Sin embargo, dentro de una situación terapéutica, puede convertirse en la base para una experiencia analítica transformadora o, alternativamente, puede interrumpir la terapia. El amor de transferencia puede ofrecer la energía para el cambio,

pero solo cuando es rigurosamente analizado uno puede estar seguro de la dirección de ese cambio. A pesar de su potencial terapéutico, la transferencia erótica continúa, hasta el día de hoy, confundiendo las terapias psicoanalíticas: puede ser tanto una mina de oro como un campo minado.<sup>29</sup>

### TRANSFERENCIA ERÓTICA Y CONTRATRANSFERENCIA: VARIACIONES DE GÉNERO

En la medida en que vemos la transferencia como una respuesta a nuestras necesidades —y ansiedades— humanas más profundas, podríamos esperar que no existiera una diferencia de género en las manifestaciones de transferencia. Sin embargo, a pesar de que muchos analistas sostienen que el amor de transferencia no hace distinción entre géneros, yo creo que es más común entre las mujeres, particularmente entre las mujeres que son tratadas por médicos hombres. Al mismo tiempo, la contratransferencia erótica —los sentimientos de amor que el terapeuta siente por el paciente— parece ser un problema más común en terapeutas hombres. Lo que esto sugiere acerca de las diferencias entre los sexos es que ellos son socializados en diferentes formas de dominio sobre ellos mismos y sobre el mundo y son producto de diferentes experiencias de desarrollo; ambos son vulnerables a enamorarse, aunque en circunstancias diferentes. Al examinar la transferencia erótica, podemos vislumbrar no solo los impulsos subyacentes y los factores facilitadores que devienen en amor, sino las diferencias de género y cómo estas lo afectan.<sup>30</sup>

Una analista, Eva Lester, fue la primera en prestar atención explícita a la discrepancia más interesante entre géneros en la transferencia erótica y la contratransferencia. Ella señaló que casi no existen referencias en la literatura psicoanalítica al fenómeno de pacientes hombres experimentando fuertes transferencias eróticas hacia sus

<sup>29</sup> Para una discusión completa, ver Ethel S. Person, «The Erotic Transference in Women and in Men: Differences and Consequences», *Journal of The American Academy of Psychoanalysis* 13 (1985), 159-180.

La transferencia erótica, heterosexual u homosexual, puede ser inmanejablemente extensa, llevando a un tratamiento estancado o a uno de respuesta hostil. Puede complicarse debido a representaciones sexuales o románticas fuera o dentro de la situación analítica. O pueden ser tan aterradores para algunos pacientes que estos interrumpen la terapia. Algunas veces, el paciente permanece en el tratamiento, pero la transferencia erótica resulta difícil de analizar. Los peligros de suprimir o reprimir exitosamente la experiencia de la transferencia erótica son menos dramáticos que los peligros asociados a la transferencia erótica usada como resistencia, pero son, sin embargo, considerables. La incapacidad de unir deseos sexuales y de dependencia causa inestabilidad en la capacidad para formar relaciones amorosas duraderas. Este último problema parece ser más común entre los hombres —en la terapia y en la vida— que en las mujeres.

<sup>30</sup> Eva Lester, «The Female Analyst and the Eroticized Transference», *International Journal of Psycho-Analysis* 66 (1985), 283-293.

analistas mujeres.<sup>31</sup> Lester informó que ella había encontrado fuertes transferencias eróticas en sus pacientes mujeres, pero solamente transferencias leves, transitorias, silenciadas e inestables en sus pacientes hombres.<sup>32</sup> Karme, en el informe de un caso, discute la transferencia erótica de un paciente hombre hacia ella, pero esta consiste principalmente en alusiones a situaciones triangulares en asociaciones y sueños, y pocos son sueños y fantasías eróticas explícitamente sobre ella.

Cuando se da una transferencia erótica en la pareja paciente hombre-terapeuta mujer, esta parece diferir de maneras significativas y significantes de la experiencia comparable en el par paciente mujer-terapeuta hombre. En el último caso, la transferencia erótica tiende a ser patente, experimentada conscientemente, intensa, duradera, dirigida hacia el analista y enfocada más en el amor que en el sexo; en el primero, es menos patente y menos prolongada, con mayor frecuencia poco duradera, experimentada indirectamente en sueños y preocupaciones triangulares, frecuentemente traspasada a una mujer fuera de la situación analítica, y tiene una manifestación generalmente sexual en lugar de amorosa.

Mientras que las fantasías sexuales de los pacientes hombres pueden ser bastante gráficas, ellas tienden a estar desprovistas de deseos eróticos.<sup>33</sup> Un pensamiento sexual, como «chuparle el coño», puede parecer un pensamiento ajeno al yo y estar acompañado por vergüenza.<sup>34</sup> Frecuentemente, lo que uno observa son las defensas contra la transferencia erótica en lugar de la transferencia en sí misma. Incluso así, los pacientes hombres pueden ser extremadamente sensibles a las situaciones imaginadas,

---

<sup>31</sup> Grete Bibring reportó un caso que en ocasiones es citado como la única excepción en la literatura en la que su paciente hombre desarrolló una transferencia elocuente hacia ella, pero estaba tan impregnada de elementos primitivos, que no podía considerársele una transferencia erótica propiamente dicha. Ver Bibring, «A Contribution to the Subject of Transference», *International Journal of Psycho-Analysis* 17 (1936), 181-189.

<sup>32</sup> Laila Karme, «The Analysis of a Male Patient by a Female Analyst: The Problem of the Negative Oedipal Transference», *International Journal of Psycho-Analysis* 60 (1979), 253-261.

<sup>33</sup> Sin embargo, hay algunas excepciones y uno puede ver ocasionalmente transferencias eróticas muy desarrolladas y prolongadas en pacientes hombres hacia doctoras. Algunas veces, uno las observa entre hombres mayores hacia jovencitas. Esta configuración se ve a menudo durante el periodo de entrenamiento, con frecuencia en clínicas de bajo costo. Por diversas razones, incluyendo la juventud e inexperiencia del analista, estos casos no han sido reportados en la literatura. También parecen ocurrir con mayor frecuencia en hombres con una fuerte identidad bisexual o un conflicto homosexual, no en hombres homosexuales. En estos casos, la transferencia erótica experimentada hacia una analista mujer puede servir como una defensa contra el deseo homosexual, el cual representa una amenaza mayor; esto quiere decir que la configuración edípica positiva sirve como un medio de defensa contra la negativa. Para una discusión completa de las excepciones, ver Person, «The Erotic Transference in Women and in Men: Differences and Consequences».

<sup>34</sup> Algunas fantasías sexuales revelan componentes preedípicos, algunas veces de naturaleza agresiva, como una defensa contra los anhelos afectivos. Ver *ibid.*

y demandan atención o lugares especiales, incluso cuando niegan cualquier implicación personal o deseo.<sup>35</sup> Al igual que las mujeres, ellos pueden idealizar al analista, pero no tienden a unir la idealización con el deseo erótico; de igual modo en que frecuentemente los hombres no son capaces de experimentar sentimientos románticos y eróticos a la vez que sentimientos de afecto y dependencia hacia el mismo objeto.

Generalizando a partir de la experiencia de transferencia en la terapia, uno puede simplemente concluir que las mujeres son más susceptibles que los hombres a enamorarse, si no fuera por la observación de que los analistas hombres parecen ser más propensos a enamorarse de sus pacientes mujeres que las analistas mujeres de sus pacientes hombres. Desde los primeros días del movimiento psicoanalítico, antes de que los peligros de la transferencia erótica y sus repercusiones hayan sido explorados y codificados, tenemos informes de numerosos casos en los cuales analistas hombres se han enamorado de sus pacientes mujeres. En efecto, la tentación de enamorarse en una situación terapéutica, cuando el analista se encuentra de capa caída y la paciente es joven y atractiva —y tiene un encanto histórico o el misterio de la locura en ella—, llega a ser muy fuerte para ambas partes.

El romance de Jung y Sabina Spielrein es un ejemplo de esto, pero él tenía otra relación de igual importancia romántica e intelectual: una relación romántica de cuarenta años con Antonia Wolff, quien fuera primero su paciente y luego su colega. Toni era la hija de Arnold Wolff, un rico hombre de negocios y miembro de una de las familias más antiguas y distinguidas de Zurich. En 1910, ella acudió a Jung como paciente, en parte porque había fracasado en asimilar la muerte de su padre y en parte por problemas con su madre. En algún momento entre 1911 y 1912, su relación cambió de carácter, escapando de las restricciones profesionales, y su posterior romance fue lo suficientemente serio como para ocasionar complicadas repercusiones en la vida familiar de Jung.<sup>36</sup> De acuerdo a un biógrafo, «el romance de Jung con Toni hubiera podido ser menos molesto si él no hubiera insistido en arrastrar a su querida dentro de la vida familiar y en recibirla con frecuencia como una invitada en las cenas de domingo».<sup>37</sup> Pero Jung estaba orgulloso del triángulo que había creado

<sup>35</sup> Ver Ethel Person, «The Omni-Available Woman and Lesbian Sex: Two Fantasy Themes and Their Relationship to the Male Developmental Experience», en *The Psychology of Men: New Psychoanalytic Perspectives*, editado por Gerald I. Fogel, Frederick Lane y Robert Liebert (Nueva York: Basic Books, 1986), 71-94; y Ethel Person, «Male Sexuality and Power», *Psychoanalytic Inquiry* 6 (1986), 3-25.

<sup>36</sup> Mi informe se deriva de la biografía de Paul Stern, *C. G. Jung: The Haunted Prophet* (Nueva York: George Braziller, 1976); y la de Vincent Brome, *Jung: Man and Myth* (Nueva York: Atheneum, 1978).

<sup>37</sup> Stern, *C. G. Jung*, 131. La relación entre Wolff y Jung sufrió muchos cambios. En un momento, Wolff trató de insistir en que Jung se divorciara de Emma y se casara con ella, algo que él rechazaba hacer. En 1920, Jung empezó incluso una relación más con una mujer, Ruth Bailey, la cual continuó



y conservado, sin importar los sacrificios y problemas que le causaron a su esposa, Emma, y a Toni. Wolff, al igual que Spielrein, se convirtió en una psicoanalista practicante y parecía servir de inspiración para Jung, contribuyendo a sus ideas centrales y elaborando muchas de ellas. Ella escribió una descripción de las cuatro tipologías de mujeres: madre y esposa; hetera o acompañante y amiga del *hombre*; amazona y *médium*, la mediadora entre la conciencia y la inconsciencia. Aparentemente, para Jung ella era hetera y *médium* a la vez.

Otto Rank es otro de los analistas que parece haber participado en una relación pasional con una de sus pacientes, Anaïs Nin, hayan o no sido amantes. Uno de los biógrafos de Rank, James Lieberman, cree que sí lo fueron.<sup>38</sup> Nin habló de sí misma en su famoso diario como paciente de Rank. A pesar de que no dice que hayan sido amantes, Lieberman afirma que es generalmente asumido que lo fueron, tanto por los lectores del diario como por sus fuentes. Nin, quien estuvo casada con el grabador y director de cine Ian Hugo, nunca se divorció, pero vivió separada de él la mayor parte del tiempo, persiguiendo sus propios intereses y relaciones. En 1931, ella comenzó una amistad íntima y duradera con Henry Miller en París. En 1933, Miller, impresionado por el trabajo de Rank, le escribió, se encontró con él como paciente, y en poco tiempo se declaró curado. A través de Miller, Nin también acudió a Rank como paciente. Poco después de que su terapia terminara, Nin decidió que se convertiría en terapeuta y, aparentemente, se «entrenó» con Rank. El año siguiente, luego de que Rank hubiera mudado su consulta a Nueva York, él le pidió a Nin que lo acompañara allá. De acuerdo con Lieberman, ella estaba dispuesta a ayudar a Rank a empezar una nueva vida, así como él lo había hecho por ella. Sin embargo, ella se demoró y Rank le escribió cartas desesperadas recordándole las cosas que él había hecho por ella cuando lo necesitaba y le pidió que sea recíproca: «Bueno, estoy muriendo ahora. Ven a rescatarme».<sup>39</sup> Ella se reunió con él en Estados Unidos, en donde Rank la estableció como psicoterapeuta y su colaboradora —y donde ella lo llevó a bailar en Harlem—. Rank quería que Nin resumiera algunos de sus libros, una tarea que le pareció sobrecogedora a Nin. Eventualmente, la emoción de ser una ayudante para Rank y una psicoterapeuta para sus pacientes perdió su encanto. Rank y Nin se volvieron menos compatibles cuando ella sintió que debía subordinar su vida creativa a la de él.

---

hasta el final de su vida, pero, sin embargo, ocasionalmente pasaba fines de semana con Wolff. Para 1946, Bailey escribió: «Mientras me familiarizaba más con el cuadro, Toni parecía desvanecerse. Ella era muy desafortunada. Sufría de una severa artritis, la cual deformó sus dedos. Iba a cumplir sesenta años. Había ocasiones en las que Jung la evitaba deliberadamente; él decía: "Toni viene hoy. Espero que no se quede por mucho rato"» (Brome, *Jung*, 257). Toni murió en 1952. Jung no asistió a su funeral.

<sup>38</sup> E. James Lieberman, *Acts of Will: The Life and Work of Otto Rank* (New York: Free Press, 1985).

<sup>39</sup> *Ibid*, 344.

Ella se quejó de que él tenía placeres demasiado intelectuales y esa fue aparentemente la razón por la que lo abandonó. Ella regresó a París, habiendo llegado a la conclusión de que su apego a Rank era la continuación de una fijación con su padre. Lieberman la cita en su liberación del psicoanálisis —o por lo menos, de Rank—:

Ingresé con impunidad en el mundo del psicoanálisis, el gran destructor de la ilusión, el gran realista.

Ingresé a ese mundo, vi los expedientes de Rank, leí sus libros, pero encontré en el mundo del psicoanálisis al único hombre metafísico en él: Rank.

Viví el poema y salí ilesa. Libre. Poeta aún.<sup>40</sup>

Existen muchos otros casos, incluso hoy en día, que muestran la proclividad de los terapeutas hombres de enamorarse de sus pacientes mujeres, independientemente de si ellos actúan de acuerdo a estos sentimientos o no. Algunos de los romances realizados son conocidos, incluso tristemente célebres, dentro de la comunidad psicoanalítica; otros permanecen relativamente oscuros, ya que los perpetradores pueden venir de todas partes del espectro teórico y niveles de entrenamiento. Cualquiera que haya trabajado en las salas de un hospital mental sabe de la frecuencia con la que los sentimientos de transferencia erótica y contratransferencia se originan y a veces son llevados a cabo entre los pacientes y los muchos miembros del personal de apoyo. Otros romances son incluso el tema de ficción y películas populares. La película *Lilith*, por ejemplo, basada en la novela de Salamanca del mismo nombre, retrata la destrucción de un terapeuta ocupacional en entrenamiento (Warren Beatty) que es seducido por una paciente esquizofrénica (Jean Seberg).

Lucía Tower señala: «Virtualmente cada escritor del tema de la contratransferencia [...] afirma de manera inequívoca que ninguna forma de reacción erótica hacia el paciente es tolerable. Esto indicaría que las tentaciones en este campo son grandes y quizá ubicuas».<sup>41</sup> Al hablar de tales relaciones entre mujeres y sus analistas hombres, Phyllis Greenacre observa: «El hecho de que esto no es tan infrecuente como uno desearía pensar, se vuelve evidente para quienes hacen muchos nuevos análisis. El hecho de que su acontecimiento sea con frecuencia negado y la situación explicada rápidamente por los analistas involucrados como un producto de una fantasía histórica por parte del paciente [...] es una indicación de cuán grande es la tentación».<sup>42</sup> Muchas analistas mujeres pueden confirmar, a partir de la evidencia de sus propias prácticas, la frecuencia de tales encuentros, ya que en muchas ocasiones ellas deben

<sup>40</sup> Ibid, 350.

<sup>41</sup> Lucía Tower, «Countertransference», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 4 (1936), 224-255.

<sup>42</sup> Phyllis Greenacre, «The Role of Transference: Practical Considerations in Relation to Psychoanalytic Theory», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 2 (1954), 671-684.

lidar con los resultados. Esto se debe a que las pacientes que han tenido relaciones sexuales con terapeutas son frecuentemente enviadas a analistas mujeres para asegurar al paciente que esa experiencia no se repetirá. La magnitud de la proclividad de los terapeutas hombres hacia el acto sexual está ampliamente sugerida por las estadísticas de los encuentros sexuales entre pacientes mujeres y médicos —no necesariamente terapeutas—. En los resultados de una encuesta hecha a 460 médicos, publicada en 1973, Kardener y sus colaboradores encontraron que entre el 5 y el 13% había mantenido un comportamiento erótico con pacientes, a pesar de que los psiquiatras, de hecho, lo hacían con menos frecuencia. En un estudio más reciente de psiquiatras, Gartrell y sus colaboradores reportaron que el 7.1% de los entrevistados y 3.1% de las entrevistadas declararon un contacto sexual con sus propios pacientes, pero un 88% de todos estos contactos se dieron entre psiquiatras hombres y pacientes mujeres.<sup>43</sup> Debe añadirse que este artículo da cuenta del porcentaje más alto de terapeutas mujeres implicadas en este tipo de mala conducta sexual.

La relativa moderación de las terapeutas mujeres no se debe a ninguna virtud especial de su parte.<sup>44</sup> Las diferencias entre los sexos en su experiencia de la contra-transferencia erótica —y en su realización— reflejan las diferencias entre ellos fuera del consultorio: la reacción de una joven dependiente hacia un hombre mayor y autoritario tradicionalmente conduce a una relación erótica. En contraste, tradicionalmente es un tabú que una mujer mayor y experimentada y un hombre menor e inexperimentado tengan sentimientos eróticos por el otro, a pesar de que esta prohibición parece estar desapareciendo (Esta dicotomía es paralela a la experiencia familiar en la cual el incesto padre-hija, aunque no es aceptado, es menos abominable que el incesto madre-hijo). En resumen, las mujeres tienden a erotizar las relaciones con hombres con autoridad; los hombres, a separar el sexo y la dependencia. Esto sucede dentro y fuera de la situación terapéutica. Si bien ambos sexos pueden ser conducidos al amor por un poder diferencial, los hombres tienden a necesitar la seguridad de una superioridad en el poder, las mujeres se enamoran bajo una protección de poder masculino. De esta manera, la subordinación relativa del paciente al analista hace

<sup>43</sup> S. H. Kardener, M. Fuller y I. N. Mensch, «A Survey of Physician's Attitudes and Practices Regarding Erotic and Nonerotic Contact with Patients», *American Journal of Psychiatry* 130 (1973), 1077-1081; Nanette Gartrell, J. Herman, S. Olarte, M. Feldstein y R. Localio, «Psychiatrist-Patient Sexual Contact: Results of a National Survey, I: Prevalence», *American Journal of Psychiatry*, 143 (1986), 1126-1131.

<sup>44</sup> Si una terapeuta mujer tiene fantasías sexuales o eróticas, o ambas, con pacientes hombres, es menos probable que hable de ellas o las reconozca abiertamente debido a las prohibiciones culturales. Sus propias inhibiciones sobre tales fantasías dificultan sutilmente las preguntas dentro de las defensas de los pacientes contra sus sentimientos eróticos hacia ella. Su vergüenza al suponer que es encontrada «sexual» y eróticamente deseable, frente a las renuncias de sus pacientes, también sirve como un impedimento para interpretar la resistencia a la transferencia erótica.

que el surgimiento de una reacción de transferencia-contratransferencia erótica sea más probable en una configuración de terapeuta hombre-paciente mujer, ya que es congruente con las fantasías románticas que predominan en nuestra sociedad; fantasías que relativamente no parecen estar afectadas por el cambio del rol de la mujer en el lugar de trabajo.<sup>45</sup> De esta manera, reflexionar acerca de por qué un fenómeno como la transferencia —una respuesta a las necesidades humanas más básicas— tiene un componente de género, termina revelándonos mucho acerca de los hombres y las mujeres y acerca del amor.

### **PROMISCUIDAD Y SELECTIVIDAD: AMOR DE TRANSFERENCIA VERSUS AMOR ROMÁNTICO**

Existe un misterio mayor sobre el amor de transferencia, y también sobre el amor de contratransferencia, uno que si «preocupara» lo suficiente podría otorgar un *insight* al amor incluso mayor. El misterio es este: enamorarse es un fenómeno errático —por lo menos en apariencia— e inexplicable; depende mucho de lo incalculable; es un producto de lo que, a falta de una mejor palabra, llamamos química; el objeto amado es una reedición algunas veces tan lejana del objeto original —en resumen, enamorarse es un fenómeno tan idiosincrásico e impredecible— que es difícil entender por qué su análogo, el amor de transferencia, ocurre con tanta frecuencia y con una regularidad tan predecible.

Al tratar de resolver el misterio, la diferencia de género descrita anteriormente puede darnos una pista. Dado el hecho de que el amor de transferencia ocurre con relativa frecuencia entre las pacientes mujeres y los analistas hombres, y con menos frecuencia cuando las posiciones son inversas, y el hecho adicional de que el erotismo entra en juego con mucho más frecuencia en los encuentros analíticos —con la diferencia de género— que en encuentros no terapéuticos, hemos tratado de identificar qué facilita el deseo erótico en la situación terapéutica. Esto puede darnos un *insight* de lo que lo inhibe en la vida «real». Empezaré observando los factores que lo facilitan para el paciente.

¿Qué impulsa al amor y por qué se da con tanta frecuencia dentro de un contexto terapéutico?, ¿por qué debe incluso existir la transferencia erótica?, ¿nos sentimos atraídos simplemente hacia alguien que cuida de nosotros y es poderoso

---

<sup>45</sup> La diferencia en la manifestación de la transferencia erótica que he descrito no debe ser tomada como un argumento a favor de las parejas paciente-terapeuta del mismo sexo o de sexos opuestos. El resultado de la terapia, en conjunto, no está relacionado al género del terapeuta, y siempre existen problemas y oportunidades específicas para cada pareja.

(un rescatador potencial)? Y, de hacerlo, ¿por qué?, ¿cómo se relaciona este tipo de amor de apoyo al amor romántico?

Podemos responder a esta pregunta, en parte, al volver, una vez más, al gran *insight* de Platón de que el amor es una restauración, no solamente un anhelo por reunirse con la mitad perdida, sino el anhelo por restaurar un *self* mayor. Freud lo puso así varios milenios después que Platón: «Él [hombre] no está dispuesto a renunciar a la perfección narcisista de su infancia», y cuando «él ya no puede retener esa perfección [...] busca recuperarla en la nueva forma de un ideal del yo».<sup>46</sup> Se ha postulado hace mucho que el sentido original de omnipotencia del niño —ser el centro y el motor del universo— es disminuido por las frustraciones y humillaciones secuenciales de la infancia: el hambre, el destete, repetidas incomodidades, el entrenamiento para ir al baño. Consecuentemente, el niño proyecta en sus padres su pérdida de omnipotencia y por un tiempo los ve como perfectos. Sin embargo, ellos tampoco consiguen estar a la altura de la caracterización que el niño tiene de ellos como omnipotentes y perfectos, y finalmente el niño debe incorporar su imagen de perfección a su propia psique como una especie de luz guía. Los padres ideales «perdidos» de la infancia son, de esta manera, interiorizados de tal modo que ellos se convierten en la base del superyo —los aspectos restrictivos de la función paterna, la conciencia— y del ideal del yo —los aspectos inspiradores de la función paterna—. <sup>47</sup>

Entonces, nuestra esperanza de restaurar nuestra omnipotencia «perdida» yace en nuestra habilidad para estar a la altura de los dictados de nuestro ideal del yo; o, alternativamente, en la oportunidad de unión con alguien más en el cual hayamos proyectado este ideal. En la medida en que estamos a la altura de nuestro ideal del yo interno, o nos acercamos a él, todo está bien: nos sentimos satisfechos y cómodos. En la medida en que no lo logramos, estamos deprimidos y nuestro sentido del *self* disminuye. Así, el amor puede ser visto como una búsqueda indirecta de la perfección, de un narcisismo restaurado. A través de la idealización del *otro* y de la identificación con aquel *otro* esperamos recuperar nuestra propia perfección. Es en este sentido que Alberoni (ver capítulo 3) sugirió que el amor siempre se encontraba motivado por la debilidad. Yo diría que no únicamente —o siempre— por la debilidad, sino por algún descontento o deseo por algo más.

<sup>46</sup> Freud, «On Narcissism: An Introduction» [1914], en *S.E.*, Vol. 14, 67-102. Citado en la página 94.

<sup>47</sup> Ahora, puede ser que el infante indefenso nunca se haya sentido realmente omnipotente —quizá no haya tenido mucha conciencia de sí mismo del todo—. Pero la idea de perfecta satisfacción y poder para mandar ingresa a la imaginación en algún momento en la forma de la fantasía del niño perfecto que demanda una atención perfecta; esto puede ser parte de la fantasía que conforma la fuerza de la imagen de la Virgen y el niño. Ya sea que el niño se sienta o no omnipotente, la imagen de la omnipotencia infantil se convierte en uno de nuestros ideales internos.

Aquí, entonces, llegamos a una de las razones fundamentales por la cual el paciente es tan propenso a enamorarse en el análisis. El paciente llega al análisis solamente cuando él o ella experimenta un trastorno o una incomodidad psicológica, por lo tanto, un deseo de cambio. Cualquiera sea la causa, el hecho es que la insuficiencia psicológica del paciente o su incomodidad es, por supuesto, un golpe a su narcisismo, a su sentido de perfección y unidad.<sup>48</sup> Ella está en búsqueda de un remedio externo. Así, en el análisis, existe una clara tendencia anterior que facilitará «enamorarse» del terapeuta. Y, de hecho, no es poco común que un futuro paciente tenga fantasías y sueños acerca del analista incluso *antes* de que el análisis haya comenzado. Existe, por así decirlo, una transferencia efectuada, que tan solo necesita de la pantalla en blanco del analista real en la cual ser proyectada. El analista es el contraste perfecto para tales fantasías, porque él —o ella— es, en gran medida, estimado y respetado, se cree que es sabio y maduro y, en el contexto de la terapia, es el líder: un candidato para una idealización automática e instantánea. La transferencia efectuada nos recuerda forzosamente a uno de los aspectos del amor: el componente imaginativo. La necesidad, la imaginación y la pantalla en blanco en la cual la imaginación puede ponerse en marcha algunas veces parecen suficientes para hacer que el amor de transferencia exista.

Sin embargo, existen además otros aspectos de la terapia que facilitan los deseos y sentimientos eróticos, aspectos específicos a la terapia y comunes en ella, pero más difíciles de encontrar en la vida diaria. Como tales, estos aspectos pueden además explicar la propensión por enamorarse y por desear un amor recíproco fuera del consultorio. En primer lugar, la naturaleza del análisis es promover deseos regresivos y parte de las bases del amor está compuesta de tales deseos. En segundo lugar, hay una sensación de intimidad; por más unilateral que sea esta intimidad, el paciente siente que el analista lo conoce mejor que cualquier otra persona en el mundo. En tercer lugar, al conocer al paciente tan profundamente, el analista no lo juzga y continúa aceptándolo. En cuarto lugar, debido a que toda la atención durante la sesión está dirigida al paciente, hay cierta gratificación narcisista vinculada a la terapia. Y, finalmente, debido a la privacidad del consultorio, el paciente y el doctor están solos. Por definición, ellos forman una pareja, una que tiene un límite distintivo que los separa del mundo exterior; sus interacciones están marcadas por la privacidad, la intensidad, la comunión, un sentido de misión y secretos compartidos. Y de igual manera en que existe una dinámica única que caracteriza las transacciones entre cada par de amantes, cada pareja terapéutica, también, tiene su propio ritmo y tono.

---

<sup>48</sup> Bergmann, «Platonic Love, Transference Love, and Love in Real Life», 107.

El analista no es exactamente el mismo con dos pacientes y, por supuesto, algunas veces ocurre que la comunicación entre los miembros de una pareja en particular sea realmente extraordinaria. Esto es algo que los analistas veteranos conocen y algunas veces discuten entre ellos; de alguna manera, se diluye en la literatura analítica en generalidades sobre analistas que tienden a hacerlas parecer incorpóreas, completamente impersonales; literalmente, pantallas en blanco. El amor de transferencia puede también facilitarse por el hecho de que se le exige muy poco al paciente, no se le exige sexo ni ningún tipo de reciprocidad emocional. El amor de transferencia puede florecer como «una variedad especial de amor invernadero». Uno puede ver que, en este sentido, se parece a otras formas de romance truncado, por ejemplo el de los amigos por correspondencia.

Si la terapia facilitó únicamente el erotismo del amante, podemos atribuir este hallazgo, ante todo, a la regresión que el análisis fomenta. Sin embargo, la frecuencia de sentimientos eróticos en el terapeuta también —sentimientos de contratransferencia— sugieren que existen otros factores de igual importancia. Para el terapeuta, uno de los elementos que los facilitan es la inmensa seguridad de ser idealizado y admirado. Además, la intimidad de la situación de la terapia, el aislamiento de la pareja terapéutica y el sentido de una misión de importancia conjunta son factores que hacen que el analista, al igual que el paciente, esté predisuesto.

La frecuencia con que ocurre el amor de transferencia y, en menor grado, la del amor de contratransferencia, sugiere que el impulso por enamorarse, aunque en una forma latente, es mucho más omnipresente de lo que uno pueda imaginar. Puede verse como *puesto en libertad* en la estructura de la terapia, en donde los factores que lo facilitan son muy prodigiosos y la protección en relación a la integridad del *self* considerable: lo suficiente para que los pacientes con bastante regularidad asuman el riesgo de dejarse llevar tanto como para enamorarse. El impulso por enamorarse es obviamente suave, no definido, uno que necesita ser nutrido para crecer. El proceso analítico otorga mucho de esta nutrición. Además, el cuidado implícito y explícito en la terapia, sea uno doctor o paciente, pasivo o activo, estimula algunas de las fantasías que conforman el amor.

No obstante, como podemos imaginar por las dinámicas del amor de transferencia, la terapia psicoanalítica no es la única situación especial que facilita la experiencia de enamorarse. Cada vez que una serie de encuentros continuos entre dos personas se dan de tal manera que abrigan intimidad dentro del contexto de un entorno restringido —uno en donde los límites están definidos—, el amor puede fomentarse.

Esto, en ocasiones, parece ser el caso de los clientes de prostitutas, para quienes la fantasía de la puta con el corazón de oro se convierte en amor. Las razones para que

este desarrollo —extraño a primera vista— se dé con cierta frecuencia no son difíciles de descifrar. Entre las prostitutas de precios altos, aquellas con clientes estables, se obtienen las siguientes condiciones: el encuentro es secreto, exótico e íntimo. Como en la terapia, el encuentro tiene ciertos límites: en particular, no se le exige nada al cliente, la experiencia está diseñada para *él*. Se fomentan y se hace honor a los deseos regresivos; la prostituta es tolerante y no juzga. Además, la mejor de las prostitutas, al igual que el mejor de los terapeutas, con frecuencia tiene *insights* extraordinarios de las necesidades y los deseos de sus clientes —a una intuitiva prostituta se le ocurrió la idea de atar a su cliente parapléjico, «normalizando» de este modo su incapacidad—. Contrariamente a la situación terapéutica, en donde el terapeuta puede ser mayor y visto como una figura de poder, suprimiendo de esta manera la tendencia del cliente masculino por enamorarse, la prostituta es joven y vista como menos poderosa, posiblemente en la necesidad de ser rescatada. Y, a pesar de que parece asequible, ella es a la vez inasequible; ella pone límites en su tiempo y disponibilidad y estos mismos límites la hacen más deseable. Al igual que los analistas, la mejor de las prostitutas sabe de la transferencia y cómo manejarla. Y, en efecto, algunas de sus pautas se parecen a aquellas de los analistas: ellas tienden a disuadir la personalización de la experiencia, detestan aprovecharse de sus clientes y están fundamentalmente más interesadas en otros hombres —con frecuencia sus proxenetas—, que les parecen más poderosos que sus clientes, relativamente necesitados.

Tengo la impresión también, aunque es difícil de verificar, de que el amor florece con alguna regularidad entre alcohólicos que atienden a AA. Elmore Leonard nos cuenta una historia de amor como esta en su novela *El hombre desconocido No. 89*. En ella, un investigador judicial, Ryan, se encuentra fantaseando con una chica alcohólica, Denise, a quien conoció mientras trataba de encontrar a un matón, Robert Leary, Jr. Él debe volver a encontrar a Denise, quien ha resultado ser la esposa de Leary. Pero sus pensamientos hacia Denise son los que se tienen hacia una persona:

Él se dio cuenta de que no solo pensaba en ella en relación al dinero, los quince mil que obtendría. Él pensaba en ella como una persona. Ella había pedido ayuda y él la había defraudado.<sup>49</sup>

En ese momento de la novela, parece desconcertante —por lo menos para esta lectora— el hecho de que él se sienta tan atraído por alguien a quien había visto por última vez en estado etílico. Luego, cuando Ryan ubica a Denise en una reunión de AA a la cual ella asistió en busca de ayuda, queda claro que él también había sido

<sup>49</sup> Elmore Leonard, *Unknown Man No. 89* [*El hombre desconocido No. 89*] (Nueva York: Avon Books, 1984), 111.



alcohólico y los profundos orígenes de su atracción por Denise están más intuitivamente claros para el lector. Hablando en la reunión de AA, Denise dice: «Tengo la sensación de que ustedes ya han escuchado todo lo que yo digo [...] pero creo que eso es parte de esto también. Podemos sentir empatía, ponernos en el lugar del otro».<sup>50</sup> Ryan se enamora de Denise y juntos son capaces de burlar a los chicos malos y dejar el alcohol. En los romances que nacen en circunstancias similares, uno de los factores que los facilitan parece ser la facilidad con la que dos personas, que ya comparten experiencias y vulnerabilidades similares, llegan a establecer un sentimiento de intimidad. El miedo y la vergüenza pueden ser confesados dentro de un escenario que garantice comprensión, aceptación y apoyo. Y, por supuesto, al igual que los arreglos formales en los otros dos tipos de encuentros ya descritos —la situación terapéutica y la relación entre la prostituta y el cliente— la regularidad de las reuniones de AA genera la cercanía y el simultáneo distanciamiento que hace posible tanto el anhelo como la cristalización.

Al contrastar los romances de la vida real con los encuentros estructurados de varios tipos que promueven la experiencia de enamorarse, tomamos conciencia de los varios impulsos hacia el sentimiento erótico que están presentes en la mente, destinados a caer en el olvido debido a la falta de una atmósfera controlada en la cual puedan florecer. El amor parece ser una posibilidad perpetua esperando nacer y las fantasías efímeras de encuentros románticos pueden a veces imaginarse tan claramente como fantasías efímeras de seres sexuales. Los impulsos por amar como estos se forman en aquellas situaciones en las que un objeto deseable parece ser, simultáneamente, asequible y prohibido. Pero estos son finalmente cortados de raíz, excepto en circunstancias que ofrezcan tanto alguna garantía de seguridad ante el rechazo como algo de esperanza —ilusión— de reciprocidad, mientras que permiten una separación estructurada suficiente para que pueda darse el trabajo imaginativo de enamorarse.

---

<sup>50</sup> Ibid, 123.



## CAPÍTULO 11

### Modos de autorrealización: las mujeres y el romance, los hombres y el poder

Ambos sexos tienen la misma capacidad para experimentar los placeres y los dolores del amor romántico; tanto mujeres como hombres describen el estar enamorados en términos similares. Esto es, sin duda, lo que esperamos, debido a que los profundos impulsos que originan el amor y la capacidad para sintetizar aquellos impulsos provienen de nuestra naturaleza humana. El potencial para la exaltación, la trascendencia y la transformación no se encuentra fundamentalmente alterado por el género: en el amor, somos más similares que diferentes.

Aun así, existen algunas diferencias importantes entre las experiencias del amor romántico de hombres y mujeres, particularmente en la incidencia de las distintas distorsiones que puede sufrir el amor. Como se explicó en el capítulo anterior, las mujeres en terapia son más propensas a experimentar la transferencia erótica que los hombres, y los hombres parecen más susceptibles a las tentaciones de la contratransferencia erótica. Esta observación es análoga al supuesto popular sobre hombres y mujeres: que las mujeres están más a gusto con la mutualidad implícita en el amor, así como con el sometimiento, mientras que los hombres tienden a interpretar la mutualidad como dependencia y se defienden de ella al separar el sexo del amor o, alternativamente, al intentar dominar a la persona amada. Las mujeres pueden ser más vulnerables a las distorsiones relativas al sometimiento; los hombres, a las distorsiones relativas a la dominación.

Estas diferencias a veces parecen tan grandes, que algunos observadores creen que la naturaleza misma del amor es diferente para los dos sexos. Nietzsche expresa este punto de vista sucintamente:

La palabra amor significa dos cosas distintas para un hombre y una mujer. Lo que la mujer entiende por amor está suficientemente claro: no es únicamente devoción, es una entrega total de cuerpo y alma, sin reservas, sin considerar lo que pueda ocurrir. Esta naturaleza incondicional de su amor es lo que lo convierte en una fe, la única que ella tiene. Para el hombre, si ama a una mujer, lo que él quiere es aquel amor de ella; en consecuencia, él está lejos de postular el mismo sentimiento por él mismo que por ella;

si existieran hombres que también sintieran aquel deseo de completo abandono, doy mi palabra, no serían hombres.<sup>1</sup>

Simone de Beauvoir concuerda con Nietzsche. De acuerdo a ella, «La palabra *amor* no tiene, de ninguna manera, el mismo sentido para ambos sexos, y esta es una causa de la seria diferencia que los divide».<sup>2</sup> Por supuesto, el foco tanto para de Beauvoir, como para Nietzsche, es doble: la capacidad femenina, y el gusto, por someterse y el miedo masculino de que ese sometimiento disminuya la esencia de la masculinidad —en palabras de Nietzsche «ellos no serían hombres»—. De Beauvoir cree que un sometimiento total está más de acuerdo con la psicología femenina, pero sitúa esa proclividad en la situación de las mujeres y no en su naturaleza. En el punto de vista de Beauvoir, como en el mío, la experiencia del amor es potencialmente la misma para ambos sexos, pero en la realidad está determinada por las experiencias diferenciadas que corresponden a cada género en la familia y en la sociedad. Queda claro, en su exégesis, que ella cree que el sometimiento es perjudicial para las mujeres. En alguna medida, no cabe duda de que ella esté en lo correcto, pero la consecuencia también es cierta: la capacidad inhibida masculina de someterse es perjudicial para él, porque tiende a descartar la posibilidad del tipo de liberación de los confines del *self* que produce el sometimiento.

No solo las distorsiones al amar están en cierta medida determinadas por el género, sino también su experiencia básica. Muchos observadores, tanto casuales como profesionales, concuerdan en que hombres y mujeres generalmente valoran el amor romántico de manera diferente —por lo menos conscientemente—, tienden a efectuarlo en lo que podría típicamente llamarse maneras «femeninas» o «masculinas», y con frecuencia son susceptibles de distintas formas a su canto de sirena. A pesar de que hombres y mujeres enfrentan los mismos problemas existenciales en la vida —la muerte, la soledad, la insuficiencia, la imperfección—, ellos intentan resolver estos problemas de maneras diferentes y utilizan el amor de manera diferente. ¿Por qué? Primero, debido a que existe un fuerte componente cultural en el amor, y existen diferentes mandatos culturales para los sexos: se les imponen diferentes prescripciones. Segundo, el desarrollo psicológico de cada sexo incita diferentes problemas centrales y diferentes estrategias para resolverlos. Finalmente, el contexto cultural en vigencia reafirma las tendencias preexistentes hacia las diferencias.

Debido a sus diferentes procesos de socialización, hombres y mujeres están orientados hacia diferentes búsquedas pasionales —siendo la búsqueda pasional, para nosotros en Occidente, aquella que constituye el tema central de nuestras vidas—.

<sup>1</sup> Citado por de Beauvoir en *The Second Sex* [*Segundo sexo*], 712.

<sup>2</sup> *Ibid*, 712.

Esta búsqueda otorga el contexto para nuestra búsqueda de autorrealización, aventura, emoción y, en última instancia, transformación e incluso trascendencia. La búsqueda pasional es siempre un romance en el sentido más amplio de romance, pero no es siempre la búsqueda del amor romántico *per se*. Para las mujeres, sin embargo, la búsqueda pasional es casi siempre de naturaleza predominantemente interpersonal y generalmente involucra al amor romántico, mientras que para los hombres es con frecuencia más heroica, la búsqueda del poder. Uno podría decir que los hombres prefieren el poder al amor y que las mujeres adquieren poder a través del amor. En años pasados, a pesar de que ahora no sea un fenómeno obsoleto en absoluto, las mujeres, absortas en visiones megalómanas de poder, imaginaban obtenerlo indirectamente al seducir a algún gran gobernante y gobernar a través de su mando sobre él, así lo hicieron la legendaria Dalila y Evita Perón. Comúnmente, las mujeres tienden a definirse a ellas mismas en términos del romance; los hombres, en términos del trabajo.

Algunas veces, las diferentes exigencias para los sexos están encubiertas, algunas veces son demasiado explícitas, como en esta conversación de dos personajes en *La condición humana*. Cabe resaltar que esta conversación también representa un profundo prejuicio racial.

“Mucho menos mujeres se satisfarían en el acto sexual”, respondió Ferral, “si pudieran obtener en posición vertical las palabras de admiración que ellas necesitan y exigen en la cama”.

“¿Y cuántos hombres?”

“Pero el hombre puede y debe negar a la mujer: la acción, solo la acción justifica la vida y satisface al hombre blanco. ¿Qué pensaríamos si se nos dijera de un pintor que no hace pinturas? El hombre es la suma de sus actos, de lo que ha *hecho*, de lo que puede hacer. Nada más. Yo no soy lo que tal o cual encuentro con un hombre o una mujer haya hecho para moldear mi vida; yo soy mi camino”.<sup>3</sup>

La socialización parece ser uno de los factores principales en el proceso de creación de diferentes sueños con los cuales cada sexo da forma a su vida narrativa. Existe una fuente igualmente poderosa para estos distintos medios para alcanzar la autorrealización —una que reside en nuestro desarrollo psicológico más temprano—. Cada uno de los sexos tiene la meta fundamental de organizar una identidad de género, con lo que me refiero a que cada uno de nosotros construye una manera de ser en el mundo, la cual puede ser femenina o masculina. La consolidación de una identidad psicológica interna se basa, en conjunto, en una identificación fundamental con el padre del mismo sexo. Uno puede discutir interminablemente si esta dicotomía femenino / masculino es o

<sup>3</sup> Malraux, *Man's Fate* [*La condición humana*], 227-228.

no un hecho ineludible de la vida humana. Parece ser universal, al haber sido demostrado en cada cultura conocida. Pero el contenido específico de la femineidad y la masculinidad es culturalmente variable, algunas veces en un grado asombroso.

Para la niña, cuyas primeras identificaciones son con su madre —generalmente la principal figura de cuidado—, la meta de la consolidación de la identidad es de alguna manera más sencilla que la del niño. La mayoría de las mujeres tienden a copiar la identidad maternal a través del enamoramiento, el vínculo de pareja y el convertirse en madres ellas mismas. El amor es experimentado como parte del destino de las mujeres, la pieza fundamental para consolidar su identidad femenina; y al crecer al lado de su madre, ella aprende directamente cómo conseguir su destino. Las habilidades que busca son psicológicas; la meta es la mutualidad; el modelo es la madre que brinda protección y nutre.<sup>4</sup> El «llamado» que tiene mayores posibilidades de competir con la primacía del amor romántico es la maternidad, no el trabajo.

Así como la niña debe establecer una identidad femenina, el niño debe establecer una identidad masculina. Parte de lo que significa para un hombre amar *exitosamente* consiste en aceptar finalmente el derecho de su padre sobre su madre y el hecho de que su madre haya amado a su padre de una manera que no lo amó a él, el hijo. Sin embargo, él únicamente puede conceder esta «independencia» a sus padres por completo, cuando él ha integrado la historia de sus padres a la propia, cuando él se ha convertido en su propio padre precisamente en el acto de amar a la mujer que puede sustituir a su madre en el nivel más profundo. Sin embargo, la resolución del problema del niño al alcanzar una identidad masculina no es tan directa como la consolidación de la identidad femenina en la niña.

Mientras que la joven establece su identidad *a través* del amor, el joven debe establecer sus credenciales masculinas por otra ruta. En las sociedades primitivas, existen rituales de iniciación y ceremonias que preparan y señalan el ingreso del joven en la virilidad; pero en sociedades más desarrolladas, el joven ingresa al mundo masculino adulto principalmente al conseguir su independencia económica. Históricamente esto a menudo ha significado seguir las huellas de sus padres —esto es, tomar el mismo tipo de trabajo, aprender el mismo oficio—. De este modo, en un sentido, la llegada del joven durante la adolescencia a una «equivalencia fálica» con su padre está marcada por su ingreso al rol económico del padre, una línea de continuidad que reafirma su identidad masculina al mismo tiempo que lo prepara económicamente para repetir el patrón del padre. Pero esto es extremadamente difícil de conseguir en sociedades complejas.

---

<sup>4</sup> Ver, por ejemplo, Carol Gilligan, quien es una de las principales investigadoras y teóricas en demostrar la tendencia femenina por relacionarse y la masculina por la separación. *In a different Voice: Psychological Theory and Women's Development* (Cambridge, Mass: Harvard University Press), 1982.

Algunos de los conflictos internos experimentados por los hombres hoy en día pueden ser el resultado de la prolongación de la dependencia de la autoridad económica de sus padres, pasado el periodo en que es óptimamente aceptable para la psique del joven, y del consecuente retraso en la consolidación de su identidad —y autonomía— masculina que esta implica. Continuar siendo «dependiente» avanzados los veinte, durante la universidad y, cada vez con mayor frecuencia, durante el posgrado, impone en los hombres una carga emocional y psicológica de la que puede ser difícil recuperarse —esto es, desde la cual puede ser difícil adquirir una autonomía verdadera, de la cual se alcanza la libertad psicológica para enamorarse—.

El sendero por el cual los jóvenes consolidan su identidad masculina está orientado hacia los logros. Para el hombre, su búsqueda, como la representada en los rituales de iniciación, involucra una prueba que debe superarse antes de que se les permita asumir su lugar en el mundo. Se cuestiona que exista el mismo elemento de riesgo en los *rites de passage* de las mujeres.

Para los hombres, entonces, el amor no es usualmente el requisito primordial para consolidar su identidad, aunque existen excepciones. Generalmente, él debe primero buscar la afirmación de su masculinidad a través de sus hazañas personales. Y esto permanece en él como una actividad de alta prioridad, por encima del amor romántico. Para el hombre, en contraste a la mujer, es el trabajo, y no la paternidad, lo que con mayor frecuencia está en conflicto con el amor romántico.

La diferencia entre los sexos depende, entonces, no solo de la socialización, sino del papel que la socialización toma en el desarrollo psicológico temprano. La diferencia psicológica fundamental entre los sexos parece ser perpetuada por el hecho de que la mujer es criada por una figura de cuidado del mismo sexo y el hombre, por una del sexo contrario.<sup>5</sup> Esta diferencia les da a las mujeres a una mayor facilidad por consolidar la identidad femenina que a los hombres de alcanzar la masculina. Tanto la pareja madre-hijo como el triángulo edípico son diferentes para ambos sexos. La diferencia no solo da forma a la naturaleza básica de las búsquedas pasionales para los sexos, sino que determina las distintas habilidades psicológicas necesarias para el camino, y crea las fantasías conscientes e inconscientes sobre las personas difíciles y las fáciles que se encontrarán en el camino.

Como respuesta a la condición humana universal de soledad existencial y el deseo correspondiente de unidad, cada sexo busca diferentes modos de establecer la

---

<sup>5</sup> Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (Los Ángeles: University of California Press, 1978); Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur* (Nueva York: Harper & Row, 1976); Ethel Person, «Women Working: Fears of Failure, Deviance and Success», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 10 (1982), 67-84.

identidad del *self* y su trascendencia. Para la mujer, ambas necesidades —la identidad del *self* y la trascendencia— pueden ser alcanzadas en la trayectoria del amor que las lleva al matrimonio y la maternidad. Para el hombre, la identidad del *self* y su trascendencia son establecidas en trayectorias diferentes: la identidad del *self*, en un logro autónomo; la trascendencia, en el amor o, algunas veces (escasas), en el poder. Consecuentemente, para muchos hombres, el amor puede contaminarse por la auto-determinación y la dominación.

A pesar de que ambos sexos pueden finalmente alcanzar el amor como una experiencia trascendental, una manera simultánea de engrandecer y escapar del *self*, el grado en que uno u otro —escapar o engrandecer— se enfaticen puede depender, una vez más, del género. Los escenarios de las crónicas de amor de un individuo, su necesidad de amar, la capacidad para hacerlo y las vulnerabilidades específicas están siempre conformados por una compleja mezcla social y de imperativos psicológicos, aficiones y posibilidades. Muchos de estos están sujetos al género, y los asuntos de género tienen, sucesivamente, componentes tanto psicológicos como sociales.

### LAS MUJERES Y EL ROMANCE

El romance central de la vida, por lo menos para muchas mujeres, es la búsqueda de una relación amorosa ideal. Es la única búsqueda fácilmente asequible para la mayoría de mujeres, exceptuando la maternidad, y esto generalmente, aunque, por supuesto, no siempre, espera un vínculo de pareja. Las retribuciones de esta búsqueda femenina son elegantemente expresadas por Rachel Brownstein en su libro *Becoming a Heroine*:

El argumento matrimonial del que depende la mayoría de las novelas es encontrar la validación de la singularidad e importancia de uno, al haber destacado de entre todos los otros hombres y mujeres. El amor del hombre es una comprobación del valor de la mujer y un pago por él. Su búsqueda por el amor perfecto a través de una selva de días incoherentes y hostiles es el argumento que brinda un objetivo a una vida que carecía de uno.<sup>6</sup>

Brownstein, al igual que otros, enfatiza la crucial distinción entre la búsqueda de la mujer por la identidad femenina a través de la intimidad y la búsqueda del hombre por la identidad masculina a través de los logros. La mujer encuentra su identidad a través de una relación que comprometa al *self*.

<sup>6</sup> Rachel Brownstein, *Becoming a Heroine: Reading About Women in Novels* (Nueva York: Viking Press, 1982), xv.



La historia del desarrollo psicológico de una mujer se refleja con mayor claridad en los problemas que encuentra en su búsqueda amorosa. Estos problemas pueden ser vistos en su forma más pura en las novelas románticas —aquel género inmensamente popular cuya constante atracción revela el apetito femenino por el amor romántico—. <sup>7</sup> Como se muestra en el estudio de Janice A. Radway sobre la novela romántica, el argumento central generalmente gira en torno a la habilidad de una hermosa joven para derretir la fría e indiferente postura del héroe, ligeramente amenazador y retraído. Los argumentos de estos libros, como aquellos de los cuentos de hadas, sintetizan la norma cultural de que las mujeres deben buscar el romance y las principales barreras psicológicas que ellas deben enfrentar antes de concluir exitosamente su búsqueda.

Radway describe a la típica heroína como luchadora, independiente y valiente; esto, paradójicamente, a pesar de que su meta final sea someter su autonomía al héroe poderoso, perderse a ella misma en una unión romántica. <sup>8</sup> El hombre buscado se distingue por sus características extremadamente masculinas —un semental, como Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó*—; esta preferencia es llamativa, debido a que casi parece suprimir la satisfacción de aquellos deseos de tierno cuidado que son parte de nuestros principales anhelos en el amor. En efecto, la naturaleza de estos dos arquetipos —la heroína fogosa e independiente y el héroe poderoso, distante e incluso aterrador— apuntan hacia la misma necesidad: separar la experiencia consciente del amor romántico de sus orígenes infantiles. Aparentemente, para que cualquiera de nosotros, hombre o mujer, se identifique con una historia romántica, debemos estar seguros de que el cuidado buscado es distinto a aquel que brindaba el amor maternal.

Al igual que en la vida real la etapa de marimacho parece separar a una joven de su identificación con —y dependencia de— su madre, la caracterización literaria de la heroína como malintencionada y fogosa nos asegura que ella ya se ha emancipado, que es una mujer libre. Estas características de la personalidad hacen sencillo ver por qué Bette Davis y Katharine Hepburn representaron heroínas tan maravillosas en las películas de los años cuarenta. O bien, la heroína puede ser huérfana, estar sola en el mundo —otra ruta que establece su individualidad—. De manera similar, la fantasía estereotípica del héroe romántico buscado es tan diferente a la imagen de la

<sup>7</sup> Mi discusión sobre la novela romántica está compuesta por dos estudios importantes: Ann Barr Snitow, «Mass Market Romance: Pornography for Women is Different», *Radical History Review* 20 (1979), 141-161; y Janice A. Radway, *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1984).

<sup>8</sup> Radway, *Reading the Romance*, 123. Radway ha realizado un análisis estadístico de los rasgos que se asocian más frecuentemente tanto con los protagonistas masculinos como con las femeninas de las novelas románticas, y ella describe a «la heroína ideal» caracterizada «por una inteligencia inusual o por un temperamento extremadamente apasionado».

madre protectora, que no es posible encontrar continuidad alguna entre el deseo por el cuidado maternal y el deseo por el cuidado romántico. De esta manera, la fantasía romántica arquetípica brinda una protección tierna, al proclamar que la separación interna de la heroína de su madre preedípica se ha efectuado, confirmando su femineidad y heterosexualidad.<sup>9</sup> Además, la *otredad* drástica del amante masculino previene las temidas consecuencias de la fusión —la pérdida del *self*— al mismo tiempo que puede ofrecer un camino hacia la trascendencia. La unión, incluso la fusión, con alguien que se distingue por estas dramáticas cualidades de *otredad* puede ayudar a conservar la sensación de que los límites del *self* están intactos. En la vida real, esta solución romántica para las necesidades del desarrollo puede no funcionar con tanta perfección. Los hombres que se distinguen por tantas características de «masculinidad» extrema pueden demostrar no ser tan protectores. Debido a esto, muchas mujeres deben, eventualmente, conseguir esta protección fuera —no al reencontrar a su madre, sino al convertirse en una—. Pero este es otro tema.<sup>10</sup>

La heroína no solo debe intentar resolver aquellos temas de la separación recién descritos, sino, con el objetivo de reconocerse a ella misma como mujer, debe también lidiar con prohibiciones internas contra la sexualidad, las cuales provienen generalmente del miedo a la madre edípica interiorizada. El argumento de la novela *Rebecca*, de Daphne Du Maurier, muestra de manera espectacular los conflictos presentes en la búsqueda femenina por el amor romántico. *Rebecca* da vida al anhelo femenino inconsciente por el rescate paterno de la malevolente figura edípica femenina. En un hotel vacacional en el que se estaban hospedando, la desolada heroína —a quien interesantemente a lo largo de la novela nunca se le da un nombre cristiano—, una huérfana contratada para acompañar a la superficial, pedante y exigente señora Van Hooper —la primera de las muchas «malas» madres, retraídas y reprobadoras, de la novela—, conoce a Max Winter, mayor que ella, recientemente viudo y dueño de Manderley, una hermosa y famosa finca inglesa. Debido a que la señora Van Hooper cae enferma, la heroína dispone de su propio tiempo y se sorprende cuando Max decide pasar tiempo con ella, llevándola a largos paseos matutinos en coche. Para su asombro, Max se enamora de ella, le pide matrimonio y la lleva a su casa en Manderley. Así, como se puede notar, él la rescata de la esclavitud de la completamente

<sup>9</sup> Radway logra identificar dinámicas específicamente femeninas descritas en convenciones específicas de la novela romántica. Ver *Reading the Romance*, capítulo. 4.

<sup>10</sup> Además, la satisfacción de una mujer puede ser indirecta de otra manera importante. El deseo de su amante por ella, que en ocasiones se confirma cuando ella ve su erección, la apacigua. El deseo de ella es, a veces, impulsado al ver que él mira sus senos con deseo; desde el principio, la identificación de ella con el deseo del amante se usa para validar su propio valor, y puede, en ocasiones, llegar a convertirse en un sustituto de su propio deseo.

egoísta y antipática señora Van Hooper. Ella ya había notado el temperamento de Max y su periódico retraimiento, el cual, de manera errada y casi trágica, atribuye a su luto por su esposa fallecida, Rebecca. En *Manderley*, el fantasma de Rebecca acecha su felicidad incluso más, intensificado por las conspiraciones de la ama de llaves, la cruel señora Danvers, quien había sido la leal y amorosa sirvienta de Rebecca. Es muy curioso —o quizá muy típico— que la heroína no pueda confiarle su desazón y malestar a su esposo, sintiéndose un pobre reemplazo de la brillante y hermosa Rebecca; consecuentemente, solo en el contexto de una serie de eventos escalofrantes y amenazadores, ella descubre la verdadera suerte de Rebecca.

Naturalmente, como en todas las fantasías de victoria edípica dichosas, sucede que Max nunca ha amado a Rebecca. De hecho, debido a que Rebecca se había burlado de Max con el hecho de estar embarazada de otro hombre —incluso esta resulta ser otra de las despiadadas mentiras de Rebecca—, lejos de guardar luto por la muerte de Rebecca, Max ha sido en realidad el causante de esta. En esta fantasía femenina, nunca se realiza un acercamiento real entre la heroína y las figuras edípicas femeninas, amenazadoras y rivales, que la persiguen y atormentan; en su lugar, la heroína es rescatada al recurrir a la unión con una figura paterna protectora y triunfa sobre sus rivales. Aparentemente, estas fantasías subsumen el deseo del niño por la madre —al cual se ha renunciado, pero aún persiste— dentro de la tierna protección que ella busca en el padre-esposo. Aun así, en *Rebecca*, la limitación final para esta resolución es clara. La victoria edípica queda incompleta: la señora Danvers incendia *Manderley* y los amantes viven sus vidas expulsados del Jardín del Edén. Esta secuencia iguala los peligros de las transferencias eróticas que las mujeres crean hacia sus analistas hombres si no son analizadas. Si no alcanzan una identificación positiva con una figura materna amada o respetada, su culpa inconsciente por haber logrado una victoria edípica estropea su felicidad de una u otra manera.

*Rebecca*, publicada por primera vez en 1938, demostró gozar de una prolongada popularidad entre el público. De hecho, se dice que fue el éxito fenomenal de esta novela el que inspiró el lanzamiento de dos series de novelas románticas, en *Ace* y *Doubleday*, al comienzo de los años sesenta, cuando las novelas de misterio estaban decayendo en las ventas y las editoriales buscaban un género *best-seller* que las reemplazara.<sup>11</sup> He asumido que ninguna novela puede ganar una audiencia femenina tan grande sin tocar alguno de los componentes fundamentales de la fantasía femenina. Esta, por supuesto, es la premisa con la cual las editoriales trabajaban y, con seguridad, fue comprobada comercialmente. Los componentes tocados por *Rebecca* y las

---

<sup>11</sup> Radway, *Reading the Romance*, 31.

imitaciones más simplistas del mismo género indagaron los temas de la separación y el conflicto edípico. Estos están presentes a lo largo de toda la fantasía erótica femenina y generalmente solo se resuelven —o en ocasiones simplemente se suprimen— con la llegada del príncipe azul.

Los cuentos de hadas, al igual que las novelas románticas, son muy reveladores respecto al tema de la intersección entre lo preedípico y edípico en la vida de la mujer. Bruno Bettelheim, a partir de su clásico estudio *The Uses of Enchantment*, señala la diferencia entre los problemas edípicos de los niños y los de las niñas, de acuerdo a cómo se revelan en los cuentos de hadas. «Lo que obstruye la existencia dichosa e ininterrumpida de la niña edípica con el padre es una mujer mayor y malintencionada (i.e., la *Madre*). No obstante, debido a que la pequeña niña simultáneamente desea seguir gozando del cuidado amoroso de la Madre, también existe una mujer benevolente en el pasado o en el contexto del cuento de hadas, cuyo dichoso recuerdo permanece intacto, a pesar de que ella ya no es significativa». En contraste, Bettelheim nota la poca frecuencia con la que malvada madrastra aparece junto a un protagonista masculino en los cuentos de hadas.<sup>12</sup> En otras palabras, la niña divide la imagen que ella tiene de la madre en la buena madre preedípica y la malvada madrastra. Los demonios maternos internos de la niña encuentran una expresión simbólica en muchos otros cuentos de hadas enfocados en el cortejo y el matrimonio. Los cuentos de hadas retratan a una heroína atada al pasado; en ocasiones, esto se debe a un acto malvado que ha sido efectuado en su contra por alguno de sus padres, o los sucedáneos a ellos: brujas, hechiceras o padrastros. Luego, ella es liberada por el amor. Rapunzel fue encerrada en una torre por una malvada hechicera, a la espera de ser rescatada por el príncipe; Cenicienta también estaba atrapada por su pasado; en su caso, estaba forzada a servir miserablemente a su malvada madrastra. Una no puede evitar recordar a la señora Van Hooper y la señora Danvers en *Rebecca*. En todas estas historias, el verdadero padre de la joven, así como su madre, son ineficaces —su ineficacia tiene el valor agregado de evitar cualquier resto de deseo incestuoso— y así ella debe esperar por el príncipe.

Daphne Du Maurier, cuyos poderes imaginativos parecen haber estado directamente relacionados a la psique femenina, realizó una interesante variación del tema edípico en otra novela de éxito editorial, *La posada Jamaica*. En ella, la heroína, Mary Yellan, se muda a vivir con su tía, Patience, y el esposo de esta, Joss Merlyn. Patience, quien alguna vez fue bella, ahora ha envejecido, es temerosa y está en la quiebra viviendo aterrorizada de su alcohólico y amenazador marido en la posada *Jamaica*,

---

<sup>12</sup> Bruno Bettelheim, *The Uses of Enchantment: The Meaning and Importance of Fairy Tales* (Nueva York: Vintage Books, 1977), 112.

un aislado y desolado lugar en el páramo, desértico salvo por las visitas intermitentes a media noche de los conocidos de su esposo. Mary está aterrorizada por su nuevo entorno; solo a través de su calmada dignidad y sus recursos internos es capaz de escapar de algunos de los peores peligros de su situación.

Aquí, por supuesto, Du Maurier nos presenta el tema del padre edípico amenazador, un violador en potencia y un bruto, junto a una madre edípica que es buena, pero demasiado débil como para defender a Mary o a ella misma. Sin embargo, al igual que existe una imagen interiorizada de la madre buena y la madre mala para la mayoría de nosotros, también existe una imagen del padre bueno y el malo. En *La posada Jamaica*, el padre malo es personificado en la figura del tío borracho y por Frances Davay, el malvado párroco de Altarnum. No obstante, Mary es finalmente rescatada por el hermano de su tío, Jem. A pesar que Jem es visto, en un principio, como amenazador —en efecto, él es un ladrón de caballos—, es un buen hombre y literalmente cabalga hacia su rescate en el final feliz. (Aunque describo los argumentos de Du Maurier en tono de burla, ella es, sin lugar a duda, una magnífica narradora y me encuentro tan embelesada por sus historias como cualquier otro lector. Estas fantasías fundamentales nos hacen sobrepasar nuestra sofisticación superficial, porque dialogan con algo muy profundo dentro de nosotros).

También en la vida real, y no únicamente en novelas y cuentos de hadas, estamos vinculados a nuestro pasado, generalmente a través de imágenes interiorizadas de nuestros padres, quienes continúan ejerciendo una influencia en nuestras vidas. Solo cuando una separación psicológica interna es finalmente efectuada, pueden superarse las restricciones edípicas y el amor puede prevalecer. Sin embargo, mientras que las novelas románticas y los cuentos de hadas generalmente tienen finales felices —aunque no siempre: en *Rebecca* y otras novelas del género, el desenlace es ambiguo— en la vida real, hasta las mujeres relativamente sanas a menudo continúan sufriendo por aspectos no resueltos de los conflictos edípicos y preedípicos. Algunas mujeres, como muchos observadores han comentado, prefieren el consuelo verbal del amor y el compromiso y las caricias no sexuales a las que sí lo son. Si bien esto quizá pueda reflejar algunas diferencias fundamentales en las prioridades femeninas y masculinas en relación al sexo, con seguridad también sugiere que este tipo de mujeres no han escapado por completo de la amenaza que representan sus equivalentes personales a Rebecca y la señora Danvers, a las malvadas madres edípicas interiorizadas. La inhibición sexual puede ser el precio que algunas mujeres pagan por apresurarse en alcanzar su identidad. Estas mujeres pueden optar por conseguir el desarrollo absoluto de su *self* a través de una precipitación apresurada a un romance, en lugar de a través del tipo de autonomía posible únicamente para aquellas que han incorporado

las identificaciones con la mujer buena y fuerte en la conciencia de quiénes son. La autonomía a través de una identificación indirecta con el amante no es, en última instancia, un sustituto para los logros personales, particularmente en el mundo de hoy, y algunas veces tiende a frustrar el total desarrollo de las partes del *self*.

Además, al rechazar la confrontación del fantasma de la competencia femenina, algunas mujeres continuarán temiendo que alguna otra mujer se entrometa y robe a su amado. Incluso las mujeres que se encuentran firmemente inmersas en una relación amorosa, a menudo temen o anticipan su final sin ninguna causa externa para hacerlo, así como lo hizo la segunda señora de Winter, al temer que Max se aferrara a Rebecca. El temor o la pérdida del amor pueden adquirir la forma de un miedo al abandono o al rechazo de la persona amada, incluso cuando esta sea una posibilidad extremadamente remota. Si se sienten amenazadas por el abandono, ya sea real o imaginario, las mujeres no solo pueden no sentirse amadas, sino malas e incapaces de inspirar amor.

La preocupación de las mujeres por el vínculo de pareja y el temor a su ruptura pueden ser quizá mejor entendidos en el contexto de las características específicas de la constelación edípica femenina. El hecho de que la niña renuncia a su primer objeto —su madre— en favor de su padre tiene varias ramificaciones importantes. En primer lugar, al renunciar a su madre por su padre, ella renuncia a un objeto amado cuyos sentimientos eran incondicionales y automáticos, por un objeto para el cual tiene que esforzarse para ganar su amor. Además, ella nota que su madre, ahora su rival erótico, continúa siendo su fuente principal de satisfacción dependiente, una situación que intensifica sus miedos a las represalias. El temor de perder el objeto de dependencia —la madre— propicia el miedo de perder el amor y, consecuentemente, el sustento; un temor que traslada de la madre hacia todos los objetos siguientes. Esta formulación del problema enfatiza la incertidumbre de la relación de la niña con su padre, así como también la especial vulnerabilidad de ella hacia las amenazas del periodo edípico, durante el cual su rival es también la persona que la cuida y a quien necesita. Esto explicaría la preponderancia de las madrastras malvadas en los cuentos de hadas con protagonistas femeninas. Sin embargo, esta formulación se opone directamente a la clásica formulación en la cual se dice que la joven, ya «castrada» y que, por lo tanto, no tiene nada que perder, evita la competencia edípica equiparable a la experimentada por el joven. Mi lectura es completamente diferente a la clásica; en la medida en que la competencia es experimentada de manera diferente, creo que las niñas son *más* vulnerables, ya que lo que está en riesgo es su propio sustento. En mi opinión, este dilema puede ser el causante de que las mujeres sean tan propensas a la anorexia.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Ethel Person, «Women Working».

Para recapitular: la dificultad de la niña —el miedo a la competencia— en el umbral del periodo edípico es reforzada por las consecuencias de su renuncia a su madre y el simultáneo vuelco hacia su padre. Ella siente que ha abandonado a su madre por un sustituto incierto y teme las represalias. Además, la renuncia a su madre es sentida como una pérdida. Uno podría decir, por eso, que todas las mujeres heterosexuales han sufrido la pérdida de su primer objeto amado, pero no se puede decir lo mismo de los hombres. Esta pérdida temprana, y el miedo al castigo merecido, junto a la amenaza de perder el nuevo objeto de dependencia es lo que parece ser el centro del miedo dominante de las mujeres de perder el amor.<sup>14</sup> En algunas mujeres, el miedo no se despierta como consecuencia de algún desaire por parte del esposo o amante, sino por un impulso adúltero de su parte. A diferencia de los hombres, esta dinámica —el impulso adúltero que lleva a temer perder el amor— ocurre con tanta regularidad que parece recapitular alguna confusión anterior: ¿fue la niña la que renunció a la madre o esta la que la rechazó? Para las mujeres, el eterno problema parece ser la incertidumbre sobre conseguir y conservar una relación amorosa.

## LOS HOMBRES Y EL PODER

Cenicienta y el Príncipe, Penélope y Ulises: ella debe ser buena y paciente, en ocasiones extraordinariamente bella, pero él la debe buscar. Su camino hacia el amor se da al establecer activamente su valía masculina, por lo que posteriormente se hace merecedor de reclamar su premio. Los roles sexuales pueden haber cambiado en alguna medida, pero los argumentos prototípicos sobre el amor parecen haber durado considerablemente.

Al igual que la ficción popular de las mujeres parece preocuparse por el amor romántico, la de los hombres parece concentrarse en las aventuras, aunque las aventuras están intercaladas con encuentros con mujeres que agregan picardía y sexo. Gran parte de la ficción popular masculina enfatiza lo heroico, lo aventurero, lo viril y, en ocasiones, lo cruel; incluyo aquí escritores como Harold Robbins, Norman Mailer y Eric van Lustbader. He sugerido en otras ocasiones que el nombre apropiado para este género podría ser «herótica». Así como la novela romántica femenina ha sido llamada «pornografía» femenina, creo que podría crearse la categoría de «herótica» como el «romance» masculino.<sup>15</sup> La reciente y, en mi opinión, excelente novela que parece ser híbrida y que incorpora elementos tanto bufonescos como de herótica es

---

<sup>14</sup> Ibid.

<sup>15</sup> Ethel Person, «Male Sexuality and Power», *Psychoanalytic Inquiry* 6 (1986), 3-25.

*La chica del tambor*, de John Le Carré. Es una novela gótica dentro de un formato de *thriller*. Esta diferencia en la materia fantástica refleja las disimilitudes tanto en los «romances» con los cuales cada sexo es socializado, como también en su desarrollo psicológico.

Para los hombres, el típico viaje aventurero contado en los cuentos de hadas y la épica es un anticipo y una encarnación de la búsqueda amorosa; el hombre debe establecer su identidad masculina *antes* de que esté internamente libre para amar. En la aventura arquetípica, el héroe, solo, se propone algo inocentemente, sin tomar conciencia de las inmensas pruebas que inevitablemente tendrá que enfrentar. El héroe, al igual que el amante, está a menudo buscando algo perdido —la espada mágica o el santo grial (quizá la totalidad de su fuerza fálica)—; se empeña en desafiar a un dragón amenazante o a enfrentar otros graves peligros, para sí mismo o el pueblo, para el rey o la doncella. El peligro que enfrenta es exteriorizado. No es el *padre* quien representa el problema, sino el maléfico dragón.

A lo largo del viaje del joven, este encuentra muchos obstáculos y, al confrontarlos, descubre la total capacidad de sus habilidades personales, las cuales a menudo dependen de la magia que ha recibido —ya sea por su bondad o su amabilidad— de alguien mayor y más sabio. En la búsqueda amorosa, la figura del capacitador puede ser vista como la figura edípica benevolente que da permiso para la búsqueda. La excitación del héroe en parte deriva de los peligros que él enfrenta; en parte, del reto y la necesidad de recurrir a aspectos desconocidos de él mismo. Su viaje se basa en el misterio, la trasgresión, la ilusión y el carácter esquivo, la lucha y la promesa de una resolución mágica al final. El regocijo de reclamar el premio, por supuesto, se incrementa como resultado de las dificultades encontradas en el camino. Y, como Bettelheim ha señalado, este premio es con frecuencia la mujer que ha sido mantenida cautiva —¿qué mejor que una madre sustituta, quien seguramente no está con el *padre* por decisión propia?—.

En el amor, el amante también encuentra muchas cosas extrañas, misteriosas e incluso amenazadoras, y por eso excitantes, en su viaje. Él también debe poner a prueba su entereza. Para poseer al *otro*, él debe enfrentar ciertas prohibiciones y demonios. Pero, a diferencia del héroe, cuyos demonios se encuentran en el mundo exterior, los demonios del amante a menudo se encuentran en su propio subconsciente. Al igual que el héroe confrontado por demonios externos recurre a la magia del hechicero, el amante, cuyos demonios son internos, debe también luchar haciendo uso de aquellos recursos internos que se le han otorgado —las identificaciones positivas y las imágenes benevolentes de los buenos padres— como un legado de su crecimiento. Tanto los demonios *como* los capacitadores son, por supuesto, lados distintos de las imágenes



paternales interiorizadas. En el *Cuento de la comadre de Bath*, la vieja bruja que le revela al protagonista el secreto mágico es finalmente transformada en la amada, un dramático caso de reencuentro. Al final, el amante, así como el héroe, descubre nuevas capacidades en él y, por lo tanto, las bases para un sentido expandido de la autoestima. En las búsquedas exitosas, la personalidad del amante se reorganiza en un nivel más complejo; como un adulto que ha entrado en sí mismo y ha alcanzado una nueva madurez, él luego toma su lugar como gobernante del reino.

Así como la heroína enfrenta y resuelve ciertos conflictos psicológicos básicos, también lo hace nuestro héroe. Sin embargo, el viaje psicológico interno del niño, en el cual adquiere separación, individualización, empuje edípico y una reunión final, es de alguna manera diferente al de la niña. En contraste a las mujeres, el problema de obtener cuidado no parece ocupar un lugar preponderante para los hombres. ¿Por qué debería? Las mujeres son socializadas y psicológicamente preparadas para brindar cuidado; los hombres, para recibirlo. Los problemas del héroe están más relacionados con establecer su masculinidad; con la amenaza de la castración potencial en manos de otro hombre, un padre «rival»; con concebir estrategias para vencer al padre rival y ocupar su lugar; y con la pregunta de si es lo suficientemente poderoso como para satisfacer —llenar— a una mujer.<sup>16</sup> Esto es tan cierto para Tristán como para aquel amante frustrado, el incansable seductor don Juan.

En conjunto, la mayor parte de informes psicoanalíticos del desarrollo masculino se enfocan en la lucha del niño con su padre, así como lo hacen los relatos heroicos de aventuras masculinas. El problema fundamental es visto como la lucha por alcanzar fuerza fálica y poder *vis-á-vis* con otros hombres.

Para entender el desarrollo masculino con mayor profundidad, uno debe también tomar en cuenta el primer impacto de la relación madre-hijo en diferentes momentos del desarrollo del niño. Con demasiada frecuencia, la mujer ha sido retratada más como un premio que como una protagonista en el desarrollo del niño.

Aun así, existen esencialmente dos imágenes muy diferentes de la mujer dentro de la vida fantástica masculina: la mujer como hechicera, seductora, *femme fatale*; y la mujer como protectora, consuelo, madre terrenal, madre eterna. En la primera categoría están las imágenes de las sirenas, la Novia de la Oscuridad, la Prostituta de Babilonia, Medusa, Dalila, Carmen, Cleopatra —todas las representaciones de la *dama negra* que se encuentran en la literatura—. En la segunda categoría, están las musas, la Fortuna, Beatriz, la Virgen pura, la Lotte de Goethe, a quien Werther ve por primera vez repartiendo pan a los niños. Estas imágenes son también parte del

<sup>16</sup> Ethel Person, «The Omni-Available Woman and Lesbian Sex», en *The Psychology of Men*.

repertorio de las mujeres de roles potencialmente imaginados; en *Lo que el viento se llevó* tenemos a Scarlett y Melanie. Curiosamente, he encontrado solo a pocas mujeres que se hayan identificado con Melanie en lugar de con Scarlett. En el cuento de Frank R. Stockton, *La dama o el tigre*, toda la trama gira en torno a la habilidad del héroe por descubrir quién es realmente la dama: ¿es la mujer amorosa que se sacrifica y que intentará salvarlo al renunciar a él por otra mujer, o es la mujer serpiente que lo dejará morir antes de que otra mujer pueda tenerlo? Quizá Ibsen en *Peer Gynt* se acerca más a retratar la vida fantástica masculina cuando divide la vida de su protagonista entre Anitra, la mujer sensual, y Solveig, la maternal. Y, como se ha anotado en el capítulo anterior, tenemos la distinción teórica de Jung entre los distintos tipos de mujeres, la cual otorgó el elemento racional a esta relación triangular que duró cuarenta años con la mujer maternal —su esposa Emma— y la musa erótica —Toni, su querida—.

¿Cómo es que la generosa madre protectora de la infancia es tan a menudo transformada imaginativamente en la mujer serpiente, el emblemático beso de la muerte? O, de otro modo ¿cómo es que tan pocos hombres parecen ser capaces de encontrar satisfacción con una sola mujer? Así como la niña puede presentar problemas con el padre edípico y no únicamente con la madre edípica, también el desarrollo erótico del niño muestra rasgos de tensiones con *ambos* padres edípicos. La historia del desarrollo del niño respecto a su madre es bastante complicada. Freud, Horney y, más recientemente, algunos teóricos franceses han sugerido que el primer golpe al narcisismo del niño es su *inhabilidad* por obtener exclusivamente el amor de su madre.<sup>17</sup> En otras palabras, el temor del niño hacia su padre y hacia la amenaza de castración, perpetuada por el padre, no son los únicos elementos que causan que el niño renuncie a su madre. Él también renuncia a su interés emocional por ella debido a que no cuenta con el material genital para competir con su padre. Él tiene la sensación de que su madre lo rechaza porque su pene es muy pequeño, que él es un reemplazo absolutamente inadecuado de su padre. En esencia, el niño, al igual que la niña, debe renunciar al vínculo libidinoso con su madre, aunque por razones diferentes y en un momento distinto —el niño por miedo a las represalias edípicas y por el mortificante descubrimiento de que él es un reemplazo insuficiente de su padre—. Esta es una herida narcisista que persiste; puede revelarse posteriormente en la vida, por medio

<sup>17</sup> Freud, «Beyond the Pleasure Principle» [1920], en *S.E.*, Vol. 18, p. 50. Karen Horney, «The Dread of Women: Observations on a Specific Difference in the Dread Felt by Men and Women Respectively for the Opposite Sex», *International Journal of Psychoanalysis* 13 (1932), 348-360; Janine Chasseguet-Smirgel, *Creativity and Perversion* (Nueva York: W. W. Norton, 1984); y Joyce McDougall, *Plea for a Measure of Abnormality* (Nueva York: IUP, 1980).

de inseguridades sobre el tamaño y la suficiencia de su pene y, metafóricamente, a través de la perpetua búsqueda por la espada, el grial, etcétera. Para muchos hombres, el sentimiento de insuficiencia masculina nunca se apacigua, a pesar de los años de un adecuado desempeño sexual y de relaciones estables.

Además, el sentimiento de insuficiencia masculina del niño puede vincularse posteriormente a la agresión contra las mujeres. El golpe al sentimiento de suficiencia genital del niño —y a la autovaloración de su masculinidad— puede servir para recordarle una frustración anterior —oral, anal— perpetrada por la misma madre. Consecuentemente, de acuerdo con la Ley del Tali3n de ojo por ojo, diente por diente; en palabras de Horney: «El resultado es que sus impulsos fálicos de penetraci3n se suman a su miedo y frustraci3n, y el impulso adquiere un matiz sadista».<sup>18</sup> Esto casi puede ser considerado universal, pero esencialmente transitorio. No obstante, si el miedo y el sadismo son mayores, los genitales femeninos y la mujer en s3 misma, de acuerdo a la Ley del Tali3n, se convertir3n en una segunda fuente de ansiedad de castraci3n y la madre, junto con el padre, ser3n vistos como potenciales castradores. Es as3 que la *dama negra* nace en la imaginaci3n.

Mientras que el sadismo sexual no es universal entre los hombres adultos, y tampoco lo es la fantas3a de la *dama negra*, la ansiedad vinculada a la autovaloraci3n de la masculinidad parece serlo. De acuerdo a Horney, «la amenaza de ser rechazado y ridiculizado es un ingrediente t3pico en el an3lisis de cada hombre, sin importar cu3l sea su mentalidad o su estructura de neurosis».<sup>19</sup> La amenaza del rechazo est3, para los hombres, conectada a una ansiedad despertada por la insuficiencia para proveer y ejecutar —ya sea sexual, emocional o econ3micamente—. Y, como ya he sugerido, la fantas3a masculina t3pica —descrita por el mito y la her3tica— supone el viaje del protagonista para recuperar o validar su val3a masculina.

El dilema central masculino parece ser confirmar su masculinidad y no conseguir el amor, y esta preocupaci3n se filtra en muchos aspectos de su vida. Para compensar sus ansiedades sobre la suficiencia masculina, los hombres buscan remediarlas recurriendo al poder. Uso el t3rmino «poder» en el sentido de una serie de impulsos destinados no solo a vencer a los competidores masculinos, sino tambi3n para controlar a las mujeres, as3 como para asegurar la disponibilidad de la fuente de satisfacci3n sin poner en riesgo su propia independencia. El control del hombre sobre la mujer se vuelve un mecanismo que compensa su sentimiento infantil de insuficiencia e inferioridad *vis-3-vis* hacia ambos padres. Como venganza, el hombre revierte su experiencia

<sup>18</sup> Horney, «The Dread of Women», 356.

<sup>19</sup> *Ibid*, 357.

infantil: está listo para exigir fidelidad amorosa y sexual, cuando él mismo la repudia. Su estructura defensiva es esencialmente contraria a su fobia.<sup>20</sup>

Por todas estas razones del desarrollo, los hombres parecen ser más susceptibles a iniciar triángulos invertidos por el bien de su seguridad y más vulnerables que las mujeres a contaminar el amor por el poder. En esta fantasía —o deseo— compensatoria, el hombre puede dividir su deseo erótico y su deseo sexual entre un número de mujeres diferentes, usualmente aquellas que él considera en una posición inferior a la suya. Esto le permite controlar la fuente de su satisfacción al asegurarse de que existen objetos de reserva en caso de que alguno desapareciera. Con esta finalidad, él fantasea con mujeres completamente disponibles y sueña con tener relaciones sexuales con dos mujeres a la vez. Con frecuencia, él busca relaciones amorosas simultáneas con dos mujeres o, por el contrario, trata dominar y poseer a una mujer por completo.

El temor masculino hacia la mujer —y su ira hacia ella— proviene de diferentes etapas del desarrollo: el miedo a la madre preedípica de la infancia que abandona / absorbe; a la madre fálica-narcisista que confirma / denigra su masculinidad; a la madre edípica que no puede ser satisfecha, que lo rechaza y lo seduce falsamente y que prefiere a su padre. De estos miedos surge la inclinación masculina a divorciar el deseo sexual del romántico. O bien, algunos hombres se protegen por medio de una dominación patente o al recurrir a triángulos invertidos.

En conjunto, las mujeres escapan hacia el amor, mientras que los hombres temen volverse vulnerables a él. Las mujeres establecen su identidad femenina amando, mientras que los hombres deben consolidar su identidad masculina para ser capaces de enamorarse.

## CONDICIONAMIENTO CULTURAL

Como ya se ha sugerido, el grado en el que existen diferencias en la experiencia masculina y femenina del amor no se debe simplemente a diferencias en el desarrollo psicológico, sino a diferencias en el condicionamiento cultural. ¿Qué hay, entonces,

---

<sup>20</sup> La herida narcisista original del niño se agrava en la adolescencia por la hipersexualidad del adolescente, cuya contraparte femenina, generalmente, no es atormentada por un repentino aumento hormonal comparable. La experiencia típica del adolescente es de perpetua excitación sexual que carece de un desfogue adecuado. Esto rememora la situación intensamente insatisfactoria del periodo edípico y sus sentimientos de inferioridad *vis-à-vis* con otros hombres. A lo largo de la vida, él no puede estar nunca seguro del deseo sexual de la mujer; el deseo sexual de esta no es tan evidente como su propia erección. Esta diferencia sexual simplemente intensifica las dudas que él tiene sobre los sentimientos de la mujer por él, constituyendo así otra razón para tratar de controlarla en cuerpo y alma. Para un informe mayor de estas psicodinámicas en el desarrollo masculino, ver Person, «Male Sexuality and Power»; y Person, «The Omni-Available Woman and Lesbian Sex».

de la revolución de género vigente y su impacto en la experiencia del amor? En efecto, estamos presenciando un cambio en los roles de género preestablecidos para hombres y mujeres, pero principalmente estos cambios involucran a las mujeres. Para ellas, la revolución de género determina una alteración en el concepto del ideal del rol femenino. Tradicionalmente, se dice que la mujer se ha concebido a sí misma como el *otro*, buscando una satisfacción indirecta a través del cuidado que nutre al esposo y los hijos. Desde el punto de vista feminista, la satisfacción también debe ser buscada a través de logros autónomos; consecuentemente, el trabajo y la carrera han adquirido gran importancia en las vidas de las mujeres. Sin embargo, cuando se refiere al amor, el impacto de la revolución de género no tiene una influencia tan grande. A pesar de que algunas mujeres y hombres sienten que han superado los estereotipos sociales y psicológicos, a menudo las historias de amor parecen ser las mismas. Además, no está del todo claro cuáles son, o pueden ser, precisamente los objetivos del cambio relacionados al amor. Aparentemente, existen dos escuelas de pensamiento distintas: algunos teóricos afirman que las mujeres deben ser liberadas del perjudicial mandato de buscar el amor; otros —quizá en menor cantidad— exigen que los hombres renuncien hasta cierto punto al éxito mundano como retribución de los placeres de la vinculación íntima, la paternidad y quizá también el amor romántico.

Muchas feministas, si bien están dispuestas a confirmar los beneficios potenciales del vínculo afectivo y del amor, se oponen al amor *romántico* porque sienten que menosprecia y esclaviza a las mujeres. Ellas sienten que, con demasiada frecuencia, la mujer encuentra significado en la vida solo cuando es el objeto romántico de un hombre soberano. Debido a que el amor es central en su identidad, la mujer se somete a los caprichos del hombre con el objetivo de apaciguarlo y preservar «su» amor —el de ambos—. Preservar la relación adquiere, entonces, mayor importancia que el sentimiento original. En la medida en que las mujeres carecen de caminos para la consolidación de su autonomía, ellas no pueden ser libres para amar porque son forzadas a abandonar la espontaneidad y la autenticidad a favor de la manipulación a través de la sumisión y la confraternización. Algunas feministas, como Shulamith Firestone, afirman que el romance racionaliza la supresión de las mujeres.<sup>21</sup> Es ella quien señala la glorificación del amor y el cortejo como un disfraz para la subordinación de la mujer en el matrimonio. «¿Quién puede resistirse a esta conclusión?», pregunta Phyllis Rose y —quizá irónicamente— responde a su propia pregunta:

---

<sup>21</sup> Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution* (Nueva York: Bantam Books, 1970), capítulos 6-7.

«Solo millones de románticos pueden resistirla, y otros millones pueden verla como el hueso lanzado a los hombres para distraerlos de la esclavitud de *sus* vidas».<sup>22</sup>

Al abordar el problema de la diferencia entre hombres y mujeres en el compromiso con el amor desde el punto de vista opuesto, es decir, desde el de los efectos perjudiciales para los hombres, algunas feministas —entre las cuales se encuentra, interesantemente, Firestone— también señalan que la desigualdad entre los sexos interfiere con la habilidad para amar del hombre opresor. Simpatizo con estas dos posturas, las cuales no son contradictorias como parecen a primera vista. Esencialmente, cada una pide que cada sexo se aleje de la principal deformación y vulnerabilidad propias de su género al amar. Mientras que se exige que las mujeres se alejen de la tendencia hacia la sumisión y la esclavitud, se exige a los hombres que se abran a la riqueza del amor y la intimidad. El sometimiento en el amor, a diferencia de la sumisión, puede ser visto como una valiosa meta para ambos sexos: el acto final de valentía y generosidad, así como de liberación.

Hasta el momento, sin embargo, a pesar de los indicios de que las mujeres se han aproximado más a los hombres y los hombres más a las mujeres, nuestros patrones al amar han demostrado ser relativamente renuentes al cambio. Quizá la queja principal contra las mujeres sea que ellas continúan teniendo una valoración muy elevada del amor y piensan en él obsesivamente, indistintamente de su situación personal. Para las mujeres, el cambio «deseado» aún no ha sido conseguido por muchas razones. Entre ellas, está el hecho de que la igualdad todavía no ha sido lograda en el mundo laboral o en la vida económica, por razones que no necesito incluir aquí y por el hecho de que, incluso de haberlo sido, el logro profesional no es un sustituto suficiente para la intimidad en la vida de las mujeres.

Aquellos que han puesto sus esperanzas en el logro profesional como un medio para liberar a la mujer de su esclavitud al amor no pueden encontrar total satisfacción en los resultados. El punto de vista de que las mujeres profesionales exitosas, debido a sus fuertes identidades profesionales, puedan ser menos vulnerables a las torturas del amor incierto que otras mujeres, no ha sido demostrado. Sin embargo, debido a que la distinción profesional y la fama no han inmunizado a los hombres contra los romances tormentosos, es difícil ver por qué deberían inmunizar a las mujeres.

Entonces, también, muchas mujeres todavía temen triunfar profesionalmente, debido al impacto negativo que ellas creen —acertadamente— que esto puede tener en sus relaciones íntimas.<sup>23</sup> Gertrude Ticho, una psicoanalista, reportó la siguiente historia sobre una médica tímida y sin pretensiones:

<sup>22</sup> Phyllis Rose, *Parallel Lives* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1983), 8.

<sup>23</sup> Person, «Women Working».

Cuando ella fue aceptada por una prestigiosa escuela de medicina, temía tanto al fracaso que trabajó muy duro. Para su asombro, logró ser la segunda estudiante de su clase. Algunos de los estudiantes hombres hacían comentarios sarcásticos sobre las mujeres competitivas y, a partir de ese momento, temiendo ser rechazada por sus pares y quedarse sola, mantuvo deliberadamente sus notas bajas.<sup>24</sup>

La amenaza de la exclusión social, particularmente por parte de los hombres, es especialmente potente debido a que las mujeres continúan siendo socializadas para creer que el éxito femenino está definido, en primera instancia, por el grado de atractivo para los hombres y, en última instancia, por el matrimonio que conformen. Así es que el *status quo* es perpetuado por los mandatos culturales que aún predominan en la sociedad en la que vivimos.

No es únicamente la socialización temprana, sino las constantes realidades sociales, las que continúan jugando un papel importante en la preocupación femenina con el vínculo de pareja. Las mujeres solteras continúan siendo consideradas raras, «perdedoras», en lugar que «electoras» de su soledad. Además, existen responsabilidades concretas de ser una mujer sola: la devaluación social que todavía hace que las mujeres solteras sean menos buscadas por los anfitriones o anfitrionas comunes, la amenaza de violencia masculina ocasional cuando se está sola en ciertas circunstancias y las privaciones económicas que sufre al encontrarse todavía lejos de tener un poder adquisitivo equivalente al de los hombres, entre otras.

Las mujeres no solo están preocupadas por establecer relaciones, sino también más inmersas en intentar conservarlas. El amor desdichado, por supuesto, representa una amenaza para ambos sexos. Pero, tradicionalmente, e incluso en cierta medida en la actualidad, las mujeres tienen más que perder —por lo menos para el mundo exterior— cuando el amor termina mal. La frase «seducida y abandonada» evoca muchos de aquellos miedos que persiguen a las mujeres; miedos que a veces consideramos anacrónicos, pero que fueron lo suficientemente reales en el pasado, y algunos lo siguen siendo. A pesar de que la anatomía con seguridad no es cuestión de suerte, la biología a veces lo es. Las mujeres siempre se han arriesgado al embarazo como el resultado de un romance sexual. Y el escenario particularmente lamentable —seducida, abandonada y con un hijo— es todavía una infeliz secuela de muchos romances. Las clases educadas y las clases medio-altas tienden a olvidar la historia reciente; pero para recordar los dilemas que sus madres y abuelas enfrentaron, ellas solo deben echar un vistazo a la situación apremiante de sus

---

<sup>24</sup> Gertrude Ticho, «Female Autonomy and Young Adult Women», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 24 (1976), 153.

propios contemporáneos con menores recursos económicos, peor informados o más necesitados.

Finalmente, llegamos a uno de los mayores problemas que las mujeres enfrentan hoy en día y que contribuye a la transformación de un anhelo perfectamente saludable por el amor en una especie de preocupación funesta. La frecuente obsesión femenina con el amor es en parte el resultado de un desequilibrio demográfico con profundas ramificaciones psicológicas: a diferencia de los hombres, las mujeres viven en una economía de escasez; simplemente no hay hombres suficientes. Este problema se agrava por el hecho de que los hombres a menudo consideran menos atractivas a las mujeres cuando estas envejecen. Edmund Wilson, de sesenta años, opina sobre el tema de las mujeres y la edad, sonando un poco orgulloso de sí mismo por ser diferente a sus pares:

A diferencia de algunos hombres mayores, yo no tengo apetito por las jovencitas; las mujeres que ocasionalmente me atraen son siempre mujeres maduras casadas. Las mujeres de mi edad, sin embargo —o la edad que corresponde a la mía— son ahora demasiado viejas para sentirme atraído hacia ellas: sus senos han colapsado, su pelo ha encanecido, han sufrido un cambio de vida y es probable que hayan tenido histerectomías que las hayan dejado insensibles y sin jugo.<sup>25</sup>

Después de cierta edad, las mujeres saben que sus oportunidades de encontrar el amor, y sexo, se han reducido de manera radical. El término «doble estándar de envejecimiento» —creado por Susan Sontag—<sup>26</sup> describe la realidad de hombres mayores que son atractivos para mujeres menores, sin que suceda lo contrario—mujeres mayores que sean deseadas por hombres jóvenes—. Este doble estándar pone a las mujeres en una desventaja enorme. Para ponerlo sin rodeos, en nuestra sociedad es mucho más fácil para un hombre sustituir a una mujer, que para una mujer sustituir a un hombre. Ambos sexos inconscientemente saben esto, y este conocimiento obliga a las mujeres a convertirse en las «conservadoras» de la relación, y esto no se debe a que sientan un gran amor, sino a un gran miedo a las consecuencias que interrumpir esa relación pueda acarrear. Mientras que los hombres pueden tener las mismas —o incluso mayores— necesidades de dependencia y deseos de unión que las mujeres, ellos temen que estos no sean satisfechos en menor medida. Para alcanzar la igualdad entre los sexos, no es el poder económico o las oportunidades laborales los que deben nivelarse, sino la posibilidad de encontrar amor y sexo a lo largo del ciclo de la vida.

<sup>25</sup> Edmund Wilson, *The Fifties*, editado y con una introducción por León Edel (Nueva Cork: Farrar, Straus and Giroux, 1986), 303.

<sup>26</sup> Susan Sontag, «The Double Standard of Aging», en *Psychology of Women Selected*, editado por Juanita H. Williams (Nueva York: W. W. Norton, 1979), 462-478.



Desafortunadamente, reparar este desequilibrio puede ser más difícil de lo que parece; sospecho que la aversión masculina hacia el envejecimiento femenino está profundamente arraigada. En parte, la mujer envejecida probablemente llega a representar una figura materna incestuosa. Quizá más importante, pasada la edad fértil, la mujer ya no ofrece la ilusión de un hijo, la cual parece importante para los hombres, independientemente de si el hijo es realmente deseado o no. Como ya se ha sugerido, la fantasía de tener un hijo juntos puede concretizar la posibilidad de la fusión anhelada de los amantes. Para el hombre, la fecundación de la mujer también representa su potencia —masculina— y su posesión de ella.

El rechazo incrementado por la carnalidad de la mujer envejecida es tan críticamente importante para nuestro entendimiento de las posibilidades de amor entre los sexos que deseo ver en un estudio en profundidad de la aversión, algo que cite información de distintas épocas, diferentes culturas y quizá algunos estudios de características especiales —si algunas— de aquellos hombres que han sido capaces de amar a una mujer con una diferencia de edad significativa. Y existen ejemplos muy conocidos: Benjamín Disraeli y la señora Wyndham Lewis, Claude Lanzmann y Simone de Beauvoir, entre otros.

Aun así, a pesar de los elementos culturales que tienden a encerrar a las mujeres en el vínculo de pareja, muchas mujeres conocen intuitivamente la diferencia del amor que lleva a la autorrealización y el amor que lleva al empobrecimiento de uno mismo —o llegan a conocer la diferencia por la experiencia—. Para las mujeres, el problema en el amor romántico no consiste en poseer una capacidad ilimitada por someterse, sino que son los graves apuros económicos y psicológicos en los cuales pueden encontrarse a sí mismas en que el amor puede fracasar. Una verdadera unión romántica, una que permite el crecimiento de ambos participantes, tiene mayores posibilidades de triunfar cuando cada uno es capaz de ser funcional en sí mismo. El matrimonio o alguna forma de vínculo de pareja no son, entonces, el punto final, aunque algunos terapeutas intencionalmente declaran a su pacientes mujeres «curadas» cuando lo alcanzan, sino la institución o el acuerdo en el cual dos personas a menudo con suerte suficiente como para encontrar las condiciones de su crecimiento y satisfacción individual y mutua.

En cuanto a los hombres, abrirse y encontrar satisfacción en el tipo de intimidad que tantas mujeres ansían, supone el reconocimiento de dudas en sí mismo, inseguridad y debilidad que algunas veces no son compatibles con su autodefinición de masculinidad. Además, como algunos hombres intuyen con bastante certeza, muchas mujeres, a pesar de lo que dicen y creen conscientemente, se sienten más atraídas por los hombres machos que por los «feminizados», delicados, intuitivos y liberales; quizá, como se sugirió anteriormente, esto se deba a que hombres como estos pueden

recordar con demasiada cercanía a la «madre protectora». Y, en efecto, mientas que algunos hombres que parecen estar liberados de los estereotipos de género, en realidad lo están; otros todavía están simplemente escondiendo sus conflictos de género y problemas de dependencia con un revestimiento retórico.

Existen algunos asuntos fundamentales sobre el amor y la diferencia de género que solo ahora están empezando a ser explorados en la literatura psicológica y en la feminista. En un intrigante artículo titulado *The Feminization of Love*, Francesca Cancian expone que aquellos estudiosos —y feministas— que propugnan la intimidad verbal como el pecado *qua non* del amor, al enfatizar que la identidad de la mujer se basa en el apego, y la del hombre en la separación, pueden inadvertidamente reforzar la distinción entre la expresividad femenina y el utilitarismo masculino, revivir la ideología de esferas separadas, y legitimar la idea popular de que únicamente las mujeres conocen el camino correcto hacia el amor». <sup>27</sup> De hecho, es casi un cliché de las revistas populares de mujeres que las mujeres tengan un don para la intimidad verbal que es erróneamente considerado un sinónimo de la intimidad —mientras que, en realidad, la intimidad con frecuencia carece de palabras— y Cancian hace bien en señalar esta distorsión. Ella misma propone un concepto más andrógono del amor. Simpatizo con su análisis y comparto sus inquietudes por algunos de los análisis más reduccionistas sobre el amor, en los cuales la mujer surge más pura y disponible, pero soy menos optimista acerca su solución propuesta, debido a la importancia de la *otredad* en el proceso del enamoramiento.

El anhelo en el amor se da casi siempre a través de una diferencia percibida, de lo contrario el amante ha escogido esencialmente un objeto amado narcisista y el enorme poder trascendente del amor se pierde. Quizá la necesidad de diferencia que inspira al amor no esté mejor ilustrada en ninguna parte que entre hombres homosexuales. Al haber perdido un acceso fácil a una diferencia basada en el sexo biológico, es bastante sorprendente cuántos amantes homosexuales escogen al objeto amado a través de diferencias destacadas en la edad, cultura, procedencia y habilidades e intereses generales. Aquí, tal vez, llegamos a otro de aquellos acertijos irreducibles del amor, uno tan intuitivamente aparente como para llegar a ser un lugar común: los opuestos pueden atraerse, pero esa diferencia que da inicio al amor puede llegar a ser la misma diferencia que lo destruye. La mujer desorganizada que ama la estructura que su obsesivo esposo trae a sus vidas puede, no obstante, lamentar cada vez más su insistencia en que ella sea ordenada; en esencia, ella admira algunas, pero no todas, las manifestaciones de su personalidad básica, a pesar de que todas pertenecen al mismo molde. Así sucede,

---

<sup>27</sup> Francesca M. Cancian, «The Feminization of Love», *Signs* 4 (1986), 692-709.

también, con el hombre tímido y temeroso que disfruta del espíritu aventurero de su esposa, siempre y cuando ella no insista en llevarlo a él a sus situaciones «peligrosas» o dejarlo solo por mucho tiempo mientras ella satisface sus inclinaciones. Algunas veces parecemos más atraídos a la idea de la *otredad* que a sus expresiones concretas.

### LA EXPRESIÓN DE LAS DIFERENCIAS FEMENINAS Y MASCULINAS A LO LARGO DEL CICLO DE LA VIDA

La norma cultural, en la cual las mujeres alcanzan la identidad al emparejarse y los hombres por medio de logros y autonomía, se refuerza por las consecuencias de la asimetría en la organización preedípica y edípica femenina y masculina. Estas diferencias están claramente expresadas en los problemas, de naturaleza distinta, que hombres y mujeres enfrentan en la búsqueda del amor y en los diferentes prototipos en las historias de la búsqueda de la pasión; ellas también pueden contribuir a un horario diferente en el amor.

En la cultura contemporánea, una de las diferencias más prominentes entre los hombres y las mujeres con respecto al amor apasionado es que su capacidad para este —y su vulnerabilidad hacia él— puede llegar a su punto más alto en diferentes periodos del ciclo de vida, un horario distinto que es resultado tanto de la socialización, como de las relaciones objetales diferenciales. A pesar de que ambos sexos experimentan el primer amor más o menos en la misma época —en la adolescencia o en la adultez temprana— el patrón posterior es a menudo diferente. Los hombres pueden ser más vulnerables a las penas del primer amor, una experiencia que puede ser un golpe tan fuerte a la autoestima masculina, que puede ocasionar que algunos hombres se retraigan de cualquier exposición emocional posterior para evitar resultar heridos. En la adultez temprana, las mujeres sienten una gran disposición y urgencia por enamorarse. Muchas mujeres jóvenes, también, siguen siendo propensas a los ataques del amor, pero otros hombres pueden estar dispuestos a correr el riesgo del amor romántico una vez más solo durante la mediana edad o más adelante. Inhibidos en la búsqueda del amor por miedo a la pérdida de la autonomía o del poder —o de ambos—, estos hombres pueden regresar a él solo después de que las conquistas repetitivas son percibidas como vacías, o los límites de sus logros han sido explorados y han confirmado su identidad masculina o han sido encontrados insuficientes. Para otros hombres, el amor llega cuando un poder disminuido hace posible el resurgimiento de fantasías de unión, particularmente cuando están acompañadas por una fantasía de participar, por extensión, en la juventud de una jovencita. Mientras que el apetito por el amor romántico no siempre se apacigua en las mujeres, algunas optan,

en la vida adulta tardía, por las recompensas de otras búsquedas, particularmente de la maternidad o el trabajo. Para muchas, estos años ofrecen la primera oportunidad para ejercer el poder, para buscar otro tipo de consolidación de la identidad y trascendencia en servicio de la mente o la imaginación.

Los elementos culturales, contextuales, de desarrollo y quizá biológicos que se sobrepone, demasiado densos y entrelazados para ser sopesados por separado con algún grado de autonomía, afectan las experiencias masculinas y femeninas del amor. Los mandatos culturales referentes la masculinidad y femineidad juegan un papel, así como lo hacen las relaciones objetales tempranas y las estructuras asimétricas del complejo de Edipo. El principal problema en el amor —heterosexual— es que la mujer lo desea y el hombre le teme. Consecuentemente, las mujeres a menudo tergiversan el amor hacia la sumisión; los hombres, hacia la dominación —aunque estas distorsiones no están siempre vinculadas al género, la psicología individual se impone a los mandatos culturales—. En la medida en que puedo entenderlo, los amantes homosexuales se inclinan tanto hacia actos de dominación y sumisión, como los heterosexuales; los homosexuales hombres, con seguridad, lo hacen.

Personalmente, no tengo esperanza de que un poder diferencial en el amor pueda ser alguna vez completamente erradicado. La imagen del esclavo del amor, la pareja sumisa, —y, por extensión, del amo (el amante dominante)— está demasiado arraigada como para pensar que se trata simplemente de una distorsión cultural que se explica por la socialización. Si bien no es inevitable, su frecuente aparición parece casi obligada por la existencia de la naturaleza del amor, la cual exige simultáneamente trascendencia de uno mismo —la pérdida de las constricciones de los límites del *self*— y la autoafirmación. Muchas parejas de amantes intentan mantener algún balance por medio de una división estricta de las labores: uno de los amantes se compromete con la trascendencia del *self* a través del sometimiento; el otro, a la afirmación del *self* a través de la dominación; y ambos, es de suponer, integrando ambas propiedades al forjar una identificación mutua. Aquí, las críticas feministas parecen incontrovertibles: un balance de poder como este expone al amante sometido —usualmente la mujer— a un riesgo mayor; el otro amante posee mayores posibilidades de desvincularse y emprender una relación nueva; y, generalmente, de no depender económicamente. Sin embargo, el amante dominante puede perder la trascendencia y el potencial de transformación del amor.

La liberación de los estereotipos de género puede ayudarnos a separar los roles de esclavo y amo del género, a pesar de que es poco probable que elimine del todo a los roles. Incluso así, una reformulación como esta representaría un gran paso hacia adelante. Sin embargo, una liberación mayor —tanto para hombres como para mujeres— requiere de algo más que trascender al género; requiere de la habilidad de trascender al *self*.

QUINTA PARTE  
El destino del amor



## CAPÍTULO 12

### Amor desdichado: experiencia y consecuencias

Cada historia de amor es diferente; su comienzo, único; su resultado, imprevisible. Para algunas, el amor es la salvación divina: perdura y prospera. Para muchas más, el amor apasionado se transforma en un lazo afectivo. Para otras, sin embargo, el amor es sumamente desdichado. Puede terminar en un gran dolor para el amante que es rechazado, en pena para el amante que rechaza, o, incluso peor, puede no terminar del todo para el amante que persiste en un amor no correspondido y obsesivo, o en uno mutuamente destructivo y tormentoso. Quizá el más triste y lúgubre de los destinos sea cuando el sentimiento disminuye, pero los alguna vez amantes permanecen juntos, prisioneros en una relación vacía y convencional. El amante no correspondido, el amante rechazado, el amante desencantado y aquellos amantes que se sienten atrapados, todos sufren, pero de maneras distintas.

Los tipos de sufrimiento resultantes y la intensidad de este sufrimiento nos dan una idea de cuán profunda una experiencia de amor puede ser. El amor despierta deseos y fantasías de nuestros primeros años de vida; si no culmina con su satisfacción, la devastación producida en el ego del amante revela cuánto del sentimiento de autoestima está en juego, cómo la identidad del amante se ha visto inextricablemente entrelazada con aquella de la persona amada. Presenciar el desenlace del amor es aprender algo acerca de su génesis: el papel que juega la imaginación en un amor que recién empieza se vuelve más claro cuando vemos que igual de fuerte es el papel que toma al tratar de impedir —o negar— su culminación o, paradójicamente, en llevarlo a su fin; y la fuerza de los antiguos sueños, ya hundidos, es atestiguada por la pena que el amante fracasado experimenta al tener que renunciar a ellos.

Sin embargo, ni el peor de los casos de un amor desdichado debe cegarnos al enriquecimiento que puede ocurrir en el amor doloroso. Cuando el resultado de un amor es infeliz, el amante puede haber experimentado, a pesar de todo, los efectos de liberación del amor y ser capaz de conservar los frutos de esta liberación, ya sea expandiendo su creatividad, incrementando su *insight* o modificando su personalidad. Existen incluso casos en los cuales un amor no logrado ha servido como la

fuerza organizadora en una vida creativa: Dante es el ejemplo clásico. Para algunos, el recuerdo de la pérdida de un amor puede proveernos de la dulzura de toda una vida. No es sorpresa, entonces, que el amor perdido sea uno de los temas de mayor resonancia de nuestras vidas y, como consecuencia, de la literatura o el cine.

Uno de los grandes poderes del amor es que puede permitirnos saborear indefinidamente la fantasía de lo que pudo ser. Solo debemos evocar el recuerdo del amor perdido, de igual manera en que es evocado en *Casablanca* o en *Lo que el viento se llevó*, para ver cuán rotundamente se trata de una fantasía. El sueño de «lo que pudo ser» es significativo, ya que juega un papel adaptador y reparador dentro de nuestras mentes. Su fuerza y persistencia son testimonio de su constante importancia dentro de la psique del amante. Paradójicamente, las fantasías nostálgicas sobre lo que pudo ser confirman nuestra creencia en lo que aún puede ser (reafirmando nuestro convencimiento en la posibilidad del amor perfecto en el futuro) y mantienen vivas las esperanzas de realizar nuestros sueños.

### IMAGINACIÓN EN EL AMOR VERSUS AMOR IMAGINARIO

Quizá una de las más originales y penetrantes observaciones sobre la relación entre la imaginación y el amor viene de los escritos de Troyat sobre la creación del personaje de Anna Karenina de Tolstoi, y de cómo este la detestaba antes de que llegara a amarla.

La actitud hacia Anna Karenina [de Tolstoi] [...] cambió en el transcurso del libro, casi como si el creador hubiese sido gradualmente seducido por su creación. Tras la historia de amor de Anna y Vronsky, yace la de Tolstoi y Anna. En un primer momento, a Tolstoi no le gustaba su heroína: la condenó en nombre de la moral. La veía como la encarnación de la lujuria y, curiosamente, ni siquiera la hizo bella... Su personalidad es la de una come-hombres [...]. Ella es la representante de lo maligno en el mundo. Tanto el esposo como el amante son sus víctimas [...]. En pocas palabras, dos personajes elegidos, contra los cuales se destaca la diabólica Anna, más siniestra que nunca.

Sin embargo, Tolstoi empieza inconscientemente a sentirse intrigado por su pecadora. Ella lo mueve, lo disturba, lo desarma. Él está a punto de declararle su amor. De pronto, no puede privarla más de su belleza. Hace uso de la cirugía plástica: la operación es un éxito rotundo. Del trol de la nariz respingona, surge una sílfide.

Ahora los papeles han sido cambiados. Ninguno de los hombres valía la pena para ella. Con frialdad colérica, Tolstoi les arrebató, una a una, las cualidades que antes les había otorgado gratuitamente. Los degrada con la intención de elevar y justificar a Anna.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Troyat, *Tolstoy*, 377-378.



La percepción de Troyat del cambio de actitud que experimenta Tolstoi hacia Anna, de alguna manera hace eco a las acusaciones que sostuvo Tolstoi contra Chekov, quien fracasó en entender a su propia invención, la Darling. Tanto Troyat como Tolstoi insinúan que los personajes de ficción adquieren su propia realidad —para sus creadores, así como para sus lectores—.

Cuando un genio creativo se enamora de un producto de su imaginación, a veces obtenemos excelente literatura. Con mortales comunes y corrientes, la cuestión es más a menudo el amor a primera vista; y, en ocasiones, el amor no correspondido. Pero la imaginación es crucial en todos los amores: realizados, idealizados o puramente imaginarios. Frecuentemente, nuestros anhelos por el amor imposible —o perfecto— se expresan de manera imaginaria indirecta —nuestras identificaciones con los amantes de películas y novelas, por ejemplo—, o en fantasías íntimas, con las cuales podemos ponernos cómodos y disfrutarlas como los viajes imaginarios que son.

No obstante, para algunos amantes, parece haber poco o ninguna presión interna por realizar sus anhelos en el mundo exterior; se contentan con sus viajes imaginarios. En este punto, el componente imaginativo colinda con lo imaginario. Para los amantes temerosos o tímidos, muy inseguros para probar su amor en la realidad, esta insustancial y fantasiosa gratificación puede resultar suficiente por periodos cortos de tiempo o durante ciertas fases del desarrollo. Muchos motivos diferentes pueden servir para llevar a un amante a mantener la idealización a expensas de la realidad, aunque inclinando el amor en dirección a lo imaginario. Existen amantes que detestan la carnalidad, que no pueden tolerar el hecho de que «Celia defeca»; amantes que temen que se descubran sus insuficiencias sexuales; amantes que perciben sus límites como tan frágiles, que prefieren distancia a intimidad; amantes demasiado agobiados por el sentimiento de culpa como para morder la manzana prohibida.

El componente imaginativo del amor queda también en evidencia en aquellos romances extremadamente largos, pero minimizados, en los cuales el contacto entre los amantes se da principalmente por correo electrónico o teléfono. Mientras estos romances pueden ser gratificantes en muchos niveles, existe poco ímpetu por convertirlos en relaciones amorosas principales que se vuelvan parte de la vida diaria. En algunas ocasiones, el amante está casi deliberadamente protegiendo la idealidad de su experiencia. A veces, sin embargo, estas formas intermedias son simplemente la parte final de romances alguna vez significativos, a los cuales uno de los amantes —el rechazado—, o ambos, tienen dificultad de renunciar. Incluso bastante después de que ha dejado de jugar un papel principal en la vida cotidiana, los amantes pueden perpetuar la existencia del amor en su propia imaginación o en la de ambos. En este último caso, incluso si el amor ya no forma parte de la vida diaria, no es totalmente

imaginario en la medida en que los amantes hacen válidas las preocupaciones ilusorias del otro.

En algunas ocasiones, el tipo de amor «imaginativo-imaginario» tiene tanto que ver con una situación como con la psique. Consideremos, por ejemplo, la situación apremiante de la huérfana o empobrecida institutriz del siglo XIX, a quien se le da un puesto en una familia opulenta. Una mujer así, con pocas posibilidades para vivir o amar, frecuentemente inventa una pasión por el señor de la casa, la cual es rara vez correspondida. Es en esta versión del amor no correspondido, que no es el caso más extremo, en la que quizá podamos ver con mayor claridad lo retorcido del componente imaginativo del amor; cruzar el límite e ingresar al campo de lo puramente imaginario. El amor no correspondido de este tipo es una expresión mal adaptada del componente imaginario del amor; el amante persiste en su amor, a pesar de la falta de cualquier respuesta recíproca.

Tal fue el caso de Charlotte Brontë, quien anhelaba al señor Heger mientras trabajaba como instructora en su colegio de Bruselas. Su «fijación» era, en parte, consecuencia de la situación, pero también era un producto de su psique. A Charlotte Brontë no le habían faltado oportunidades para el matrimonio, ella ya había rechazado dos propuestas. Acerca del segundo rechazo, ella escribió a un amigo: «Ciertamente, estoy condenada a ser una vieja criada. No importa, me hice la idea de este destino cuando tenía doce años de edad».<sup>2</sup> Además de la separación de su hogar, puede haber sido la indisponibilidad de Heger, así como su posición de profesor carismático, lo que justifica la pasión de Brontë. Hay que tener en cuenta que, a estas alturas de su vida, «Como Mina Laury, la creación de su juventud, ella debía tener la posibilidad de llamar a un hombre “Señor”».<sup>3</sup> Enviada a casa por Madame Heger, quien posiblemente intuía la situación, Brontë lamentaba obsesivamente su «pérdida», a pesar de que el señor Heger nunca le había dado esperanzas de retribuirla.

La última carta de Charlotte Brontë para el señor Heger, escrita después de que Madame Heger la hubiese mandado a casa, insiste reveladoramente en sentimientos comunes a todos los amantes no correspondidos —así como a los rechazados—, incluyendo la vergüenza de esos sentimientos obsesivos.

Te digo francamente que he tratado mientras tanto de olvidarte, pero el recuerdo de una persona a quien se cree no se volverá a ver, y a quien, sin embargo, se le tiene mucha estima, inquieta demasiado la mente; y cuando una ha sufrido esa clase de ansiedad por un año o dos, se está lista para hacer cualquier cosa por recuperar la paz. He hecho de todo; he buscado

<sup>2</sup> Citado en Patricia Beer, *Reader, I Married Him* (Nueva Cork: Harper & Row, 1974), 6.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 7.

ocupaciones [...]. Esto es, ciertamente, humillante: no ser capaz de controlar los pensamientos propios, ser esclava de un reproche, de una memoria, esclava de una idea fija y dominante, la cual se adueña de la mente. ¿Por qué no puedo tan solo sentir tanta amistad como usted, como usted hacia mí, ni más, ni menos? Entonces estaré tranquila, tan libre —permanecería en silencio, entonces, por diez años sin esfuerzo—.<sup>4</sup>

Su carta nunca tuvo respuesta. A pesar de eso, Brontë se recuperó, probablemente gracias a la ayuda de sus logros literarios. Su gran novela *Jane Eyre* retrata a una mujer contratada en la casa de un hombre, del cual ella se enamora y con quien, al final, contrae matrimonio. En un intercambio de roles bastante interesante —e inverso al pasado de Brontë—, la dependiente y espiritual institutriz enamorada de un hombre mundano de bienes y poder, al final del libro, se ha convertido en una mujer fuerte y con recursos que debe hacerse cargo de su ahora cegado y dependiente de ella, pero todavía amado, señor Rochester. Quizá este cuento haya sido una especie de exorcismo y representación fantástica de los propios anhelos de Brontë como amante rechazada.

Frecuentemente vemos al amor no correspondido en sus formas más subliminales; por ejemplo, en la devoción que algunas mujeres solteras contraen por sus jefes. Estas relaciones —reales en un sentido inmediato, pero elaboradas con imaginación— llegan a convertirse en la sustancia emocional esencial para aquellas mujeres, las cuales han sido dejadas fuera de una participación completa en relaciones recíprocas debido a circunstancias externas o inhibiciones psicológicas. Esto recuerda a Turgenev y su lamento de estar condenado a posarse en nidos ajenos.

Incluso siendo completamente inapropiado y desesperanzado, un amor no correspondido se vuelve completamente imaginario y destructivo solo cuando se insiste fervientemente en él y no se puede renunciar a su sueño. Cuando el deseo imaginativo y la necesidad se ponen por encima de la realidad y el amante insiste en la realización del sueño, a pesar de sus pocas posibilidades, este ha ingresado al campo del amor obsesivo no correspondido. En casos extremos, este tipo de amor parece estar vinculado a la locura —cuando los deseos y sueños disminuyen la percepción de la realidad del amante, y peor aun, cuando sirve para descartar cualquier otra relación vivida—. Este era el caso de Adèle Hugo, la hija de Víctor Hugo. Su historia, dramatizada en la película de Truffaut *La historia de Adèle H.*, es inolvidable.

Cualesquiera hayan sido las razones subyacentes al extraño cariño y al intenso sufrimiento de Adèle, lo poco que sabemos de su biografía es ciertamente evocador.<sup>5</sup> Adèle fue la quinta hija de su madre en siete años. Después de su nacimiento, según

<sup>4</sup> Citado en Hardwick, *Seduction and Betrayal*, 27.

<sup>5</sup> Mi informe sobre Adèle H. proviene en gran parte de *Victor Hugo*, de Josephson.

la tradición familiar, su madre, exhausta, se negó a su esposo e inició una abstinencia sexual. A esto, siguió una abstinencia emocional mutua y la posterior relación de Víctor Hugo con Juliette Drouet, con quien formó un triángulo amoroso que duró por el resto de su vida. En 1843, cuando Adèle tenía solo trece años, su hermana mayor y casada, la hija favorita de Víctor, se ahogó en un trágico accidente de bote en el Sena. No se pudo ubicar a Hugo porque estaba viajando de incógnito con su querida, Juliette, y no se enteró de la tragedia por cinco días.

Cuando Adèle tenía alrededor de treinta años, la familia de Hugo y su querida Drouet lo siguieron a su exilio político en Inglaterra. Adèle languideció allá: no había opciones apropiadas para el matrimonio y su padre le prohibió ver a un oficial inglés en el cual ella había mostrado interés. Ella creció triste y desganada, y se recluyó en soledad en el segundo piso de la casa familiar, donde tocaba la misma pieza musical continuamente. Aparentemente, ella se encontró con su oficial inglés en secreto y, al descubrir que pronto sería transferido a Canadá, decidió seguirlo.

Camino a Canadá, Adèle escribió a su familia informando que se había casado con el oficial. Su madre intercedió a su favor frente a su padre, y ellos acordaron aceptar su proceder y publicar la noticia de su matrimonio en el periódico. Poco después, para su desgracia, el matrimonio fue negado por la familia del joven oficial; de acuerdo a ellos, los jóvenes no estaban casados y nunca habían estado comprometidos. La película de Truffaut retrata la persecución interminable de Adèle al oficial, su total obsesión con él y el rechazo de este. En una de las escenas más asombrosas del filme, Adèle se encuentra tan ensimismada en su visión particular del oficial amado, que literalmente no lo reconoce cuando alcanza a pasarlo en la calle.

Finalmente, ella escribe a sus padres explicando que su oficial la ha abandonado y necesita dinero, aunque persiste en afirmar que se habían casado. Su hermano fue enviado para que la llevara de regreso a casa. Para ese momento, sin embargo, Adèle sufría de una demencia incurable. Ella sobrevivió por cincuenta años en un asilo. Su historia es seguramente una de los más extremos casos de amor imaginario.

Este tipo de amor imaginario es destructivo tanto de la realidad como de la imaginación creativa. Y aun así, dentro de él encontramos fuertes recordatorios de lo que nuestros amores tienen en común con el de Adèle H., los cuales pueden explicar el sentimiento de horror experimentado por algunas de las personas que vieron la película de Truffaut. De hecho, la mayoría de los amantes se parecen al amante no correspondido en cierto punto: en su fascinación por el objeto elusivo, en su terca y exagerada idealización del ser amado, en su preocupación obsesiva con el amor y en su creencia de que la felicidad depende únicamente de la realización de ese amor únicamente y no otro.

Existen, dentro de la literatura psicoanalítica, dos breves reportes del psicoanalista Robert Bak que arrojan un poco de luz sobre la psicología del amor no correspondido extremo.<sup>6</sup> Bak vio «a una joven doctora casada que se enamoró del jefe del departamento aproximadamente un año después de la muerte de su padre».<sup>7</sup> Hasta ese momento, ella había sido funcional e inteligente, y Bak creía que solo retrospectivamente uno podría encontrar en ella una predisposición para asumir que los hombres estaban enamorados de ella —una especie de erotomanía—. En el brote de su enfermedad, ella concibió la idea de que estaba enamorada del jefe del departamento y que él la retribuía. Sin embargo, ella habló muy formalmente de su nuevo amor y su divorcio de una manera tan impersonal, que despertó la sospecha de Bak de que algo muy peculiar estaba sin duda pasando; no simplemente romance. Él lo consultó y un médico superior le dijo que la reacción era ciertamente imaginaria y representaba «un anhelo retrasado y desplazado». Aunque Bak estaba de acuerdo con que lo que desencadenó su deterioro estaba relacionado al duelo generado por la muerte de su padre, su insistencia en que su amor era correspondido resultó ser el preludio a un deterioro esquizofrénico semejante al de Adèle Hugo. En ambos casos, uno nota una fijación incestuosa extrema, aunque desplazada.

El segundo caso que reportó Bak fue el del poeta húngaro Josef Attila, en quien la esquizofrenia salió por primera vez a flote en un intratable amor transferido. Posteriormente, Attila fue enviado con Bak y en este nuevo tratamiento el proceso de esquizofrenia parecía estar reprimido, hasta el momento en que Attila se volvió a enamorar. Como en el caso de su amor transferido, este nuevo amor tampoco era correspondido, y su esquizofrenia se volvió inconfundible. Para él la única salida parecía ser la muerte, y al final se suicidó.

Individuos como estos parecen inusualmente sensibles a la pérdida de objetos. Para ellos, las relaciones amorosas no solo apaciguan pérdidas y separaciones anteriores, sino que parecen absolutamente indispensables para mantener la integridad del *self*. Si esta clase de amante se siente rechazado —como es casi inevitable—, a pesar del hecho de que pueda comenzar a percibir a la persona amada como un ser totalmente malo, persiste en él una identificación inconsciente con este, esperando mantener la integridad de su propio ego. A pesar de esto, la agresión hacia el objeto perdido persiste y es finalmente dirigida hacia uno mismo, hacia parte de la identificación propia que es la combinación o fusión del amante y la persona amada.

<sup>6</sup> Robert C. Bak, «Being in Love and Object Loss», *International Journal of Psycho-Analysis* 54 (1973), 1-8.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 3.

En palabras de Bak, «El olvido cobijado en los brazos del ser amado encuentra un desalentador sustituto en el suicidio».<sup>8</sup>

### EL AMANTE RECHAZADO

Debido a que el amor realizado es experimentado como una expansión del *self*, no es sorpresa que su pérdida sea sentida como una contracción y disminución. Cuando el amante es rechazado, la fuerza implícita en la unión debe ceder el paso a la vulnerabilidad del *self* solitario. Entonces, el «nosotros» que abarcaba un mundo es reducido al «yo», que no es más que un átomo. La originalidad que siente el amante como consecuencia de estar enamorado se desvanece y lo deja sintiéndose reducido, sin valor y a su vida carente de sentido. Cuando uno es rechazado en el amor, el sentido de pérdida puede afligir a su corazón fracturándolo, convirtiéndolo en un mutilado emocional.

El rechazo se presenta en muchas y variadas formas. El amante puede ser rechazado durante las primeras etapas de un romance, o mucho después, cuando la pasión ha sido institucionalizada en el matrimonio. El rechazo puede ser abrupto, como, por ejemplo, cuando la persona amada de repente anuncia que se ha enamorado de alguien más y abandona al amante, o, con mayor frecuencia, gradualmente. Las primeras señales pueden no ser más que pequeños cambios al hacer el amor o al conversar. Los amantes compenetrados desarrollan matices de significado: pueden comunicarse mensajes secretos o sutiles incluso dentro de habitaciones llenas de gente mediante un código conocido solo por ellos. Cuando uno de ellos se retira, este sutil proceso es socavado. El rechazo inminente es anunciado por un nuevo tono de voz, o el uso del nombre de pila en lugar de los acostumbrados nombres de cariño. Al comienzo, los desaires son a menudo pequeños, quizá actos de omisión más que de obra.

Pero estas pequeñas alteraciones en la comunicación pueden ser ciertamente muy pronunciadas para el amante que está siendo rechazado. Consideremos, por ejemplo, a Aleksey Aleksandrovich, el esposo traicionado de Anna Karenina, quien recién empezaba a notar que podía haberla perdido por otro hombre. Él esperaba que ella regresara a casa una noche, y cuando le dijo que debía hablar con ella, esta respondió:

¿Por qué? ¿Qué pasa? [...] Bueno, hablemos si es tan necesario, pero sería mejor ir a dormir.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Ibid, 7.

<sup>9</sup> *Anna Karenina*, parte 2, capítulo 9, traducido por Constance Garnett (Nueva York: Random House, 1965), 154.

Y ahora, su misma frialdad empieza a delatarla frente a Aleksey:

Ella lo miró tan sencillamente, tan alegremente, que quien no la conociera como su esposo lo hacía, no hubiera podido notar nada anormal, ni en el tono ni en el significado de sus palabras. Pero para él, conociéndola, sabiendo que cuando él iba a la cama cinco minutos más tarde de lo habitual, ella lo notaba y le preguntaba la razón; sabiendo que cada alegría, cada placer y cada dolor que ella sentía se lo comunicaba en seguida; para él, ver ahora que a ella no le importaba darse cuenta de su estado de ánimo, que no le interesaba decir nada sobre ella, significaba mucho. El vio que lo más recóndito de su alma, que hasta el momento había permanecido siempre abierto para él, se le había cerrado. Más que eso, él notó por su tono que ella ni siquiera se inmutaba, sino que parecía decirle abiertamente: “Sí, está cerrado, y así debe ser, y así permanecerá en el futuro”.<sup>10</sup>

El amante que está siendo rechazado puede estar al tanto de estas pistas sin saber qué hacer con ellas. De confrontarlo, la pareja que lo rechaza puede negar cualquier cambio en su sentimiento. Ella no está siendo necesariamente ambigua; ella puede estar desligando gradualmente, tan gradualmente que ni siquiera ella misma esté del todo segura de estarlo haciendo. El hecho del rechazo con frecuencia se vuelve una realidad palpable muy lentamente para ambos, el amante desencantado y el rechazado. El amante rechazado gradualmente siente la pérdida de armonía y pierde la seguridad de ser aceptado por parte de la persona amada. Él siente que debe forzar o llenar los espacios en la conversación. Se establece una timidez insoportable y el amante parece no poder estar en control de su voz o su comportamiento, no puede retomar las maneras sencillas a las cuales estaba acostumbrado en sus relaciones con su persona amada.

Así fue para Aleksey Aleksandrovich, luego de empezar a sospechar que su esposa estaba enamorada de Vronsky. Su agonía se manifiesta en su comportamiento, el cual se torna extremadamente artificial y nervioso cuando trata de ignorar la verdad inminente. Cuando Aleksey y Anna asisten a la pista de carreras —él para mantener las apariencias, ella para ver a su amante competir— y él hace las bromas mundanas que conoce tan bien, Anna escucha «esa repugnante e incansable voz de su esposo» y mentalmente acusa al hombre que está engañando de falsedad:

[...] es el aliento de su vida: la falsedad. Sabe todo sobre ella, la ve en su totalidad; ¿qué le importa a él si puede hablar tan calmadamente? Si estuviese a punto de matarme, si estuviese a punto de matar a Vronsky, quizá lo respetaría. No, todo lo que él quiere es la falsedad y la propiedad, se dijo Anna a sí misma, sin considerar exactamente lo que deseaba de su esposo, ni cómo le hubiera gustado que él se comportara. Ella no entendía

<sup>10</sup> Ibid, parte 2, capítulo 9, 154-155.

tampoco que su peculiar locuacidad aquel día, tan exasperante para ella, era simplemente expresión de su dolor y angustia interior. Del mismo modo en que un niño que ha sido lastimado salta tratando de poner todos sus músculos en movimiento para ahogar el dolor, Aleksey Aleksandrovich necesitaba el ejercicio mental para ahogar los pensamientos sobre su esposa [...]. Y fue tan natural para él hablar bien e inteligentemente como para un niño saltar.<sup>11</sup>

Y así sucede para todo amante que se vuelve inseguro acerca de su aceptación por parte de la persona amada. Su incertidumbre remite a su humor fluctuante de cuando recién se enamoró, con excepción de que mientras en ese momento él se encontraba inseguro y esperanzado, ahora se siente inseguro y progresivamente con menos esperanza. Eventualmente, la persona amada anuncia sus intenciones, o el amante la confronta e insiste en encarar la realidad y sacársela de encima.

Sin embargo, el periodo de incertidumbre que lleva al momento de la verdad puede ser muy extenso. Dada la naturaleza gradual del retraimiento de la persona amada y, en ocasiones, el fracaso de ser honesto consigo misma, así como con el amante, la falsa esperanza puede mantenerse viva por demasiado tiempo. Y el anhelo irreal del amante —la necesidad sentida por conservar el *status quo*— lo hace más vulnerable a imaginar distorsiones. Renunciar a algo nunca es fácil.

En algunas ocasiones, el amante rechazado se rehúsa a reconocer incluso las señales más claras. Cuando miramos con detenimiento la manera en que el amante rechazado se aferra a esperanzas de reconciliación contrarias a toda razón, forzosamente se nos recuerda una vez más la importancia del componente imaginativo en el amor, las percepciones distorsionadas que pueden acompañarlo y, sobre todo, la fatal necesidad tras estas distorsiones. Observamos esto de manera particular cuando el amante se miente a sí mismo descaradamente, rehusándose a leer las señales del rechazo incluso cuando estas son claras como el agua. Simone de Beauvoir nos cuenta de una amiga suya, cuya capacidad de autoengaño era prodigiosa. Ella simplemente se negaba a enfrentar el hecho de que hubiera sido rechazada y, ante el prolongado silencio de su anterior amante, decía: «Cuando uno quiere romper, uno escribe para anunciar la ruptura»; y luego, tras haber recibido finalmente una carta poco ambigua: «Cuando uno realmente quiere romper, no escribe».<sup>12</sup>

El amante distorsiona la realidad con la finalidad de conservar sus sueños. Este deduce matices y encuentra ambigüedades, pequeñas omisiones o arbitrariedades en la comunicación que le permiten aferrarse a la fantasía de que el amor mutuo será

<sup>11</sup> Ibid, parte 2, capítulo 28, 220.

<sup>12</sup> De Beauvoir, *The Second Sex* [*Segundo sexo*], 732.



restablecido; prolonga su agonía al atormentarse con las falsas esperanzas. Incluso después de que el rechazo es explícito, él escucha mal y malinterpreta, deduciendo promesas en donde en realidad no había intención de hacerlas.

A pesar de todo, la distorsión no es siempre producto de la ilusionada imaginación del amante. En algunas ocasiones, el ser amado, intencional o inadvertidamente, engaña al amante. Pensemos, por ejemplo, en *Lo que el viento se llevó*, en donde Ashley continúa dando esperanzas a Scarlett O'Hara, avivando las llamas de sus fantasías, incluso después de contraer matrimonio con Melanie. Perversamente, renuncia a su postura seductora con Scarlett solo después de que Melanie muere. ¿Qué motiva a la persona amada a perpetuar estos engaños? Su vanidad puede verse halagada por la atención del amante, o puede considerar a su admirador como alguien que debe mantener en reserva en caso sus otras opciones no llegaran a materializarse. Por otro lado, puede inocentemente tratar de suavizar el rechazo por medio de ambigüedades deliberadas, diciendo «Realmente me importas mucho, pero ahora no es el momento». O también puede temerle a la posibilidad de parecer «malo» o «cruel», y esconder sus verdaderos sentimientos con la intención de mantener el buen concepto de parte de su amante —y de sí mismo—. Más fundamentalmente, la identidad de la persona amada, así como la del amante, se encuentra con frecuencia aún entrelazada con el «nosotros» del cual está intentando liberarse.

La siguiente historia es típica de un amante que persiste en engañarse a sí mismo contra todas las posibilidades. Un hombre gentil, amable, pero tímido, guiado tanto por su propia necesidad de distorsionar lo que había escuchado e —inicialmente— por las manipulaciones deliberadas de su amada, prolongó el noviazgo mucho después de que estaba claro que ella no era del todo sincera. Por meses, él era incapaz de reconocer el hecho de que ella lo veía cada vez menos, y a la vez a otros hombres cada vez más. Finalmente, ella le dijo que, si bien le guardaba mucho cariño, no estaba realmente enamorada de él y por lo tanto era incapaz de comprometerse con él.

Aun así, él continuó esperando, incluso al punto de rechazar las atenciones de otra mujer que entretanto se había enamorado de él. Y se volvió cada vez más obsesivo, meditando melancólicamente sobre las intenciones y paraderos de la amada. En algunas ocasiones, al razonar consigo mismo, él podía saltar a la normalidad por unas cuantas horas. Una vez, una imagen de la película *La condición humana* lo hizo notar un aspecto de su propia relación de «amor», y esta perspicacia lo liberó momentáneamente de sus morbosas preocupaciones. Pero su alivio no vivió demasiado. Ahora, en adición a la angustia de la pérdida, sufrió la humillación de saberse esclavizado a una pasión enfermiza e incapaz de controlar sus propios pensamientos.

Su esperanza por una reconciliación final se enfocaba en ambigüedades progresivamente más pequeñas. Cuando finalmente su amada le informó que no quería volver a verlo, él le pidió que le devolviera un dinero que le había prestado. Pasaron cuatro días sin que ella accediera, durante los cuales él casi se convenció de que ella estaba trabajando en su «problema» y quería reconciliarse, de otro modo ella hubiese hecho lo que él le pidió inmediatamente. A él nunca se le ocurrió que sus prioridades fueran tales que simplemente todavía no había llegado a este asunto, o que a ella no le agradó su pedido.

Cuando finalmente ella devolvió el dinero, él estaba devastado y describió sus sentimientos en el lenguaje típico del amante rechazado: «Estoy completamente solo. No hay futuro». Pero él se encontraba tan poco dispuesto a renunciar a su última esperanza de reconciliación, que se las arregló para leer un estímulo incluso en la superficial nota que acompañaba al dinero devuelto, ya que esta estaba firmada, como él señaló, como «Tuya».

No son solo los *naïfs* los que son capaces de autoengaños de esta magnitud. El mundano novelista suizo Max Frisch, al escribir sobre él en tercera persona, recuerda el final de uno de sus matrimonios:

Se decía con frecuencia que él había hablado como si supiera lo que estaba sucediendo. Él no preguntó: ¿Dónde has estado? Ella exprimía su jugo de naranja antes de salir de casa. Él sabía que ella le tenía cariño, y se resistía a la tentación de hacer indagaciones: Él la amaba. Ahora y de nuevo él hacía una broma para evitar tomar sus sospechas con seriedad; estaba haciendo las cosas cómodas para él. Esto facilitó los engaños diarios: las mentiras son poco necesarias cuando hay silencio. De hecho, el conocía al otro hombre y lo admiraba mucho. Si esto era amor, pensó, se lo dirían tarde o temprano [...]. Pero era difícil para ella: la manera en que él seguía proponiendo planes para una jornada juntos, suplicando, en ignorancia de la verdadera situación. ¿Por qué no lo preguntaba directamente? Ella se dijo a sí misma que él no quería saber [...]. Gradualmente, él dejó de sospechar del todo. Ese fue su error; un hombre que no nota que su mujer viene a él de otra cama, no es verdaderamente amoroso. Él simplemente notaba que ella no mostraba mucho interés en su trabajo [...]. Él notaba con qué poca frecuencia era capaz de persuadir a su esposa, cualquiera fuese el tema de conversación. Todo el tiempo ella supo que él vivía ignorando su verdadera posición, así que ¿cómo no podía ella creer que él estaba igualmente equivocado en todo lo demás?<sup>13</sup>

Un año después, su esposa le dijo finalmente la verdad: que estaba enamorada de otro hombre y quería vivir con él. Frisch afirmó que él entendía por qué no se lo

<sup>13</sup> Max Frisch, *Montauk*, traducido por Geoffrey Skelton (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, Harvest Books, 1976), 83.

habían dicho: «[...] no les había dado la seguridad de que él, un hombre de sesenta, no se hubiera disparado, envenenado o colgado por su culpa».<sup>14</sup> Al final, habiendo negado su enojo a sus traidores, lo desplazó en parte a un amigo muy cercano, el cual sabía de la infidelidad de su esposa y no se lo había dicho.

Que «el esposo —o esposa— sea siempre el último en enterarse» es frecuentemente cierto; en palabras de Thomas Gray: «Donde la ignorancia es felicidad, es un disparate ser sabio». Incluso cuando el amante ha sido claramente traicionado, este puede distorsionar intencionalmente su percepción con la finalidad de preservar la ilusión de que su amor sigue vigente y libre de amenazas, porque es el lugar de sus esperanzas y ambiciones, es su razón de ser. Si reconoce que su amor es transitorio o su amante no vale la pena, entonces él temerá que sus sentimientos hayan carecido de fundamento. Además, a menos que el amante haya experimentado un sentimiento de autosatisfacción o mejora en la realización del amor, lo que está ahora en juego es el buen concepto de sí mismo. Si él admite la realidad presente, teme relegar el pasado al campo de la fantasía. Solo existe una opción para Hobson: el amante debe encarar la realidad, aceptar la pérdida actual y dar por vencido su sentido de autoestima y engrandecida identidad, o negar la realidad en curso y pasar por alto, perdonar, congraciarse y esperar. Es este tipo de autoengaño que da al amor un mal nombre y lleva a extraños a cuestionar el sentido de realidad, e incluso la salud de los amantes. Pero no juzguemos al amor muy severamente: los seres humanos son propensos a él en todo espacio de su vida.

Cuando el amante rechazado por fin acepta la realidad, usualmente intenta una de dos estrategias: insiste en su cortejo, a menudo desesperadamente, o abandona su amor. En el primer caso, puede cortejar, comprar regalos, hacer promesas, intentos de cambio. Trata cualquier cosa que piense pueda resultar efectiva, incluyendo pretender indiferencia en un esfuerzo por poner a la persona amada celosa. Los amantes rechazados, particularmente los esposos rechazados, pueden pretender —para ellos mismos o para otros— que ellos son responsables de la desaparición de su amor, la implicación —y la esperanza— es que ellos pueden resucitar lo que han destruido: se lamentan, «Si tan solo yo lo hubiera entendido, sido más comprensivo, dado más». O pueden asignar el rechazo del ser amado a una especie de lapsos momentáneos, locura o pérdida del sentido: «Él actúa por una crisis de mediana edad», o «Ella está siendo autodestructiva». El amante afligido ruega a amigos y familiares que intervengan y ayuden a salvar la relación. Se necesita de estos intermediarios para que lleven mensajes. De acuerdo a la versión del amante sobre el motivo de la ruptura,

---

<sup>14</sup> Ibid, 85.

estos mensajes son o bien promesas de reforma, o graves advertencias del daño que el amante se causará a él mismo si la desavenencia no es enmendada. Todas estas tácticas posponen el reconocimiento de la pérdida final.

Si este amante rechazado adopta la segunda estrategia, aquella de abandonar el amor, él trata de convencerse de la falta de valía de la persona amada. Quizá pueda considerar el suicidio, pero debido a que la mejor cura de un amor desdichado es uno nuevo, estará más propenso a enamorarse una vez más, debido al fenómeno familiar del amor en el despecho. Si bien los hombres aparentan resultar menos lastimados por el rechazo que las mujeres, yo creo que eso se debe en parte a que la segunda opción, encontrar un nuevo amor, está más a disposición para ellos. Debido a toda una constelación de razones sociales, psicológicas y estáticas, los hombres tienen claramente mayor acceso a nuevas parejas que las mujeres, en especial cuando ambos envejecen.

El patrón común en los últimos días del amor es que la parte lastimada continúa sufriendo, eventualmente deja de esperar, se alterna entre la apatía y la depresión, y se recupera gradualmente. Durante el extenso y doloroso proceso de dejarlo ir, el amante rechazado puede darse el gusto de largos periodos de peculiar comportamiento, de los cuales se siente mortalmente avergonzado. Del mismo modo en que la mujer que teme ser rechazada puede quedar embarazada, la mujer rechazada puede fingir un embarazo. El amante rechazado llama por teléfono al ser amado y cuelga sin hablar. Las llamadas para determinar el paradero de la persona amada son respuestas comunes a la traición. El amante la acecha, esperando ver con quién se encuentra; llega a su casa inesperadamente; inventa pretextos para «legitimar» las llamadas, e imagina continuamente formas «naturales» para encontrarla en situaciones aparentemente casuales. Estos comportamientos usualmente lo hacen sentir avergonzado, pero son casi imposibles de controlar. De hecho, son medios estándares de actuar dentro de mayores obsesiones, aspectos regresivos de la personalidad que son inevitablemente liberados cuando el *self* se encuentra fracturado por el rechazo.

Objetivamente, este comportamiento es difícil de enfrentar para amigos y familiares. Incluso peor, es inexplicable para el mismo amante. Este se pone en una posición humillante y, de manera simultánea, se arriesga al dolor de encontrar a la persona amada con alguien más. Sin embargo, se aferra a la irreal expectativa de que cualquiera de estas acciones puede hacer que ella lo recuerde, le hable a su inconsciente, dé un golpecito a algún residuo subyacente del amor y obtenga la reincorporación. Al mismo tiempo, existe un componente masoquista. La autotortura y la autohumillación son una expiación y compulsión repetitiva perteneciente a una fantasía antigua y a su inevitable castigo: el niño excluido, en un frenesí de deseo edípico, interrumpe a sus padres y es castigado, excluido nuevamente y humillado.

El amante rechazado que finalmente acepta su pérdida puede experimentar en ocasiones una rabia impotente como resultado de sus sentimientos de imposibilidad. Cuando está conciente, la rabia puede ser expresada directamente. Incluso cuando no se experimenta conscientemente, puede emerger en conversaciones o cartas destinadas a hacer sentir al traidor culpable. Las cartas del amante rechazado pueden estar llenas no solo de reproches, sino también de reproches y acusaciones de mala fe.

Tuve la oportunidad de observar una dramática situación de hostilidad movida por devoción. Una encantadora *au pair*, empleada por un amigo, había, sin darse cuenta, dado pie a los acercamientos de un inseguro joven, el cual le entregaba toda clase de regalos, incluyendo regulares repartos de flores. Le dejó saber con tanto tacto como pudo que a ella no le gustaban las rosas. Cuando se sintió incrementadamente sofocada por él —y teniendo dudas de su obsesiva preocupación por ella—, rompió con él. Por motivo de su cumpleaños número veintiuno, unas semanas más tarde, la sorprendió con un regalo asombroso: veintiuna docenas de rosas. Solo una vez que estuvieron todas repartidas, la intención inconsciente se hizo clara: su habitación parecía un velatorio. Luego, este puso su nombre y número telefónico en un baño público, de modo que ella fue acosada con llamadas obscenas hasta que el número fue finalmente eliminado.

Si el amante ha sido rechazado para favorecer a otro, puede ser consumido por un frenesí de celos, torturado por la imagen de su persona amada y su rival juntos, llevándolo a enfocar su ira principalmente contra el rival. Al igual que los fugitivos de las novelas de Dostoievski, algunos amantes desdeñados despliegan una emotividad rugiente, la capacidad no solo para una gran pasión, sino también una gran obsesión y una concordante grandiosidad de ira dirigida a la otra mujer u otro hombre. Al descargar toda su ira contra el rival, el amante exonera al ser amado. Parte del mecanismo involucrado aquí es edípico: el padre rival es considerado el villano. Esto permite que la ira sea descargada mientras la bondad de la persona amada se conserva. La alternativa, aceptar la culpabilidad de la persona amada, significaría que el amante tendría que reescribir la historia y socavar la importancia de esta y, por lo tanto, de la aventura amorosa. Además, es necesario preservar una buena opinión de la persona amada para mantener la esperanza en una reconciliación, la cual es el único final feliz imaginable.

Tal como la autoestima es incrementada en el amor, esta puede caer en picada como resultado del amor rechazado, ya que se ha vinculado mucho con la relación amorosa. No solo es perdido el objeto amado, y el «yo» —antes altamente valorado por el ser amado— devaluado, sino también el «nosotros». En la medida en que el amante define su identidad al ser parte de una pareja, este será despojado de una

identidad cuando se vea forzado a volver a un estado de soltería. Entonces, él se lamentará por la buena opinión de aquellos que admiraban la relación y temerá su desaprobación. La conciencia de la exclusión de un círculo social es una más en la serie de pérdidas que el amante rechazado puede sufrir.

Otra de las pérdidas experimentadas cuando el amor muere es el sentimiento de ser cobijado y protegido. En el amor mutuo, las fantasías de ser cuidado y atendido pueden ser despertadas, con frecuencia luego de un sueño muy prolongado —muchos adultos experimentan estos deseos siendo tan pueriles, que efectivamente los suprimen hasta relativamente tarde en sus vidas—. En la medida en que estos anhelos son despertados, reconocidos y aceptados en el clímax del amor adulto, una profunda frustración surge cuando se niega su realización. Entonces, el sufrimiento y la humillación en el rechazo son experimentados con particular intensidad. El amante lanzará acusaciones de locura o infantilismo contra él mismo, sintiéndose menospreciado y disminuido por sus necesidades. Aquellos con problemas de dependencia de toda una vida que hayan sido rechazados pueden sentirse incluso más desesperados, enfrentados no solo con el dolor del rechazo, sino con el horror y terror de tener que funcionar solos, inseguros de su habilidad para hacerlo. Su sentido de abandono desesperanzado puede presentar a la muerte como la única salvación posible.

Quizá el más básico y universal de los sufrimientos soportados por el amante rechazado sea el sentimiento de que lo más profundo de su ser, el cual es expuesto durante el amor como rara vez de otra manera, ha sido visto y encontrado insuficiente. En la medida en que el amante no está seguro de su valor, el rechazo confirmará su sensación subyacente de maldad e inadecuación: alguien más ha mirado dentro de los lugares y recovecos más profundos de su alma y lo ha encontrado superficial, feo o ha descubierto su ira.

El sufrimiento experimentado por el amante rechazado existe en un continuo entre la infelicidad y la desesperación patológica. Cuando es la identidad y no la autoestima lo que ha confirmado el amor, el sufrimiento generado por la pérdida será el más grande de todos.

La mayor parte de las personas sufre por un tiempo y finalmente se recupera. Si bien fantasías pasajeras de suicidio o asesinato son bastante comunes en el amante rechazado, generalmente no son efectuadas. En la mayor parte de los casos, estas se convierten en preocupaciones o son llevadas a cabo solo por aquellas pocas personalidades en las cuales existe un corazón primitivo. Al experimentar una ira incontenible por la ruptura con una pareja simbiótica, el amante primitivo regresa a la ira del infante afligido y furioso que enfrenta la pérdida de un objeto. Los infantes y otras personas con egos débiles o aún no formados reaccionan frente a la pérdida con el

fenómeno de escisión, en el cual un objeto absolutamente bueno es convertido en uno absolutamente malo. El amante rechazado puede entonces ver al ser amado, una vez considerado generoso y cuidadoso, como enteramente malévolo y cruel. En tanto la omnipotencia y narcisismo patológico del amante sean desalentados, este puede ser empujado hacia una depresión enfermiza. Desafortunadamente para el amante, es precisamente este tipo de amor primitivo —debido a las excesivas demandas de cuidado y atención que genera, incluso en sus primeras etapas— lo que lleva al ser amado a rechazarlo.

\*\*\*\*\*

Incluso después de «recuperarse» del final de un amor, el amante puede almacenar la fantasía o el recuerdo de todo el romance en una forma que he denominado «la película de amor». Ahí puede languidecer en la oscuridad, hasta que una concatenación de circunstancias cause su resurgimiento. En *The Love Object*, Edna O'Brien representa a una mujer que se ha recuperado de un amorío con un hombre casado. Eventualmente, ellos acuerdan verse de cuando en cuando, pero el hombre que encuentra más tarde no es el mismo que la película en su mente:

Nos encontramos de vez en cuando. Podrías decir que las cosas están nuevamente en estado de normalidad. Me refiero al estado en el cual yo noto la luna, los árboles, la fresca llovizna en el pavimento; yo soy parte de la vida diaria, supongo. Hay una lámpara en mi habitación que produce un seco crepitar cada vez que pasa un tren eléctrico, y, de noche, los cuento porque es el momento en que él regresa. Me refiero al verdadero él, no al hombre que se presenta ante mí a través de una mesa de café cada cierto tiempo, sino al hombre que habita en algún lugar dentro de mí. Se yergue ante mis ojos: sus manos suplicantes, su lengua a la que le gustaba chupar, sus ojos astutos, su sonrisa, las venas en sus mejillas, su voz calmada hablándome con sensatez. Supongo que te preguntas por qué me atormento de este modo con detalles de su presencia, pero lo necesito; no puedo dejarlo ir ahora, porque si lo hiciera, toda nuestra felicidad y mi dolor posterior —no puedo responder por el suyo— sería nada, y la nada es una cosa terrible a la cual aferrarse.<sup>15</sup>

El complejo de la memoria puede permanecer dormido por años, solo esperando los estímulos correctos —quizá algo tan simple como el crepitar de la lámpara— para regresar a la vida. Es este rasgo del amor el que explica la facilidad con la que un viejo amor puede ser retomado, o si las circunstancias lo propician (si, por ejemplo, el verdadero él corresponde una vez más al él de la película), puede ser renovado.

<sup>15</sup> Edna O'Brien, «The Love Object», en *A Fanatic Heart* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 1984), 171-172.

Sin embargo, ya sea que el amante de la película reaparezca alguna vez para cumplir un papel en la vida real o no, su recuerdo siempre «habita en algún lugar dentro», como el personaje de O'Brien anota. Ella experimenta algo que los teóricos en relaciones objetales han enfatizado: las imágenes de personas con las que hemos tenido relaciones interpersonales significativas ingresan a nuestras representaciones mentales vigentes y continúan desempeñando un papel en nuestras vidas emocionales y conceptos de nosotros mismos.

### **EL AMANTE DESENCANTADO: DESENAMORÁNDOSE**

El amante, sin importar lo apasionado que pudo haber sido en la etapa inicial del romance, puede desenamorarse. Algunas veces, el amor simplemente parece desaparecer: se desvanece y es remplazado por la apatía, el aburrimiento o cansancio, si no por resentimiento y rabia. Puede suceder intempestiva o gradualmente, como resultado de recurrentes decepciones, con o sin rabia patente. En algunas ocasiones, el amor se desvanece para ambos amantes. Las personas que piensan que este desencantamiento es natural e inevitable, lejos de aceptar el vacío que se puede experimentar cuando sucede, tienden a instar a los amantes una posición conservadora, particularmente a los casados: «No se precipiten», «Traten de resolverlo», etcétera.

Quizá podamos pensar erróneamente que no existe un gran sufrimiento vinculado a desenamorarse, ningún precio que pagar. Sin embargo, si bien desenamorarse puede no ser tan agudamente doloroso como ser rechazado, exige sus propios dolores. Estos pueden ser silenciados al enamorarse de otra persona, o al pretender que uno nunca estuvo enamorado. El amante desconcertado, el cual se ha desenamorado tan misteriosamente como alguna vez se enamoró, ahora se siente decepcionado, defraudado y disminuido. Lo que alguna vez pareció ser lo más importante de su vida, ahora carece de sentido y experimenta un dolor sobrecogedor, no solo por la pérdida del amor, sino también por la pérdida de la fe, la esperanza y la inocencia que se van con él. No es solo este amor el que ha terminado, sino también la creencia en que cualquier amor pueda durar toda la vida.

Para el amante desencantado, puede presentarse una erosión de la imaginación, un sutil desgarre de los bordes de la personalidad y, para algunos, un fracaso total de la imaginación. Quizá ningún novelista haya representado esto con tal claridad como Proust. Él retrata con mayor simpatía y con los matices más detallados la gran pasión obsesiva de su creación, Charles Swann, por una mujer la que todos nosotros —el lector, Swann (en momentos de objetividad) y Proust— sabemos que no lo «merece». Proust pierde la paciencia con Swann solo cuando su mente objetiva triunfa de una



vez por todas sobre el acto de la imaginación que le ha permitido amar a Odette. Al final de su romance, Swann revive su pasión por Odette en un sueño y se despierta, con los ojos y el corazón fríos, deplorando los lamentables restos del gusto que le permitió amar a Odette en lugar de a alguna de las rosadas bellezas rollizas a las que se sentía más naturalmente atraído. «¡Pensar que he gastado años de mi vida, que he deseado la muerte, que el más grande amor que he conocido ha sido por una mujer que no me complacía, que no era mi tipo!».<sup>16</sup>

Para Proust, no es el *lapis* inicial de amar a Odette de Swann lo lamentable, sino su posterior fracaso imaginativo. Por eso es que presento el grito desde el fondo del corazón de Swann como un fracaso moral, una disminución del «nivel promedio de su moralidad», un signo de «aquella vieja fatuidad intermitente que reaparece en él ahora que ya no es infeliz». <sup>17</sup> Swann ha cometido un crimen en contra del amor, en contra de sí mismo, y en contra de la imaginación al ser incapaz, ahora que ya no está enamorado, de entrar en la conciencia del hombre que fue alguna vez, cuando amaba a Odette.

En algunas ocasiones, el amante desencantado es capaz de racionalizar su pérdida de sentimientos. Puede señalar su propia neurosis o inmadurez en el momento que hizo una elección tan inapropiada como una manera de justificar el final del amor: ella dice que lo sobrepasó; él dice que ahora la encuentra aburrida. En algunos casos, estas valoraciones son adecuadas. En la cordial seguridad provista por un amante firme, una persona puede, en efecto, alcanzar nuevos niveles de autoestima y creatividad que la propulsen a nuevas posiciones en el mundo y le abran nuevas posibilidades para cambios internos y externos. La pareja leal que auspicia este crecimiento puede no estar equipada para adaptarse a estos cambios. En este punto, el amante «engrandecido» puede «sacrificar» y quedarse en la relación, o puede desvincularse de ella. Por ejemplo, de los ocho socios fundadores de una conocida empresa —todos hombres—, todos triunfadores dinámicos de procedencia inmigrante que los restringía, solo dos permanecen casados con sus primeras esposas. Estos episodios son, hoy en día, realmente la regla y no la excepción. Imaginamos que entendemos la implicaciones de esto inmediatamente —«era suficientemente buena para él cuando él era un don nadie»— pero solo lo entendemos en un nivel. Es cierto que algunas personas actúan por intereses personales, dándole mucha importancia a cómo el mundo percibe a su pareja, o decidiendo que el poder y la riqueza pueden comprar algo mejor que el modelo tradicional de esposa. Los esposos y las esposas, como los carros, pueden ser cambiados.

<sup>16</sup> Marcel Proust, *Swann's Way*, traducido por C. K. Scott Moncrieff (Nueva York: Modern Library, 1956).

<sup>17</sup> *Ibid*, 549.

Sin embargo, motivos tan simples como estos no pueden valer para el profundo repudio que algunas personas llegan a sentir por sus ex amantes. Mientras que presiones externas y tentaciones pueden ser suficientes para poner fin a un matrimonio basado principalmente en convención o conveniencia, no son amenazas para relaciones en las cuales el amor mutuo y auténtico ha sido alcanzado. Por esto es que se dice comúnmente que un extraño no puede romper un matrimonio saludable, solo uno que ya se encuentre en problemas. El amor muere con mayor frecuencia debido a ambigüedades internas y paradojas y no a tentaciones o cambios externos.

Una vez que sentimientos de explotación, pérdida de autonomía, fracasada mutualidad o cualquiera de los muchos otros problemas ya discutidos llegan a pesar más que las gratificaciones experimentadas en el amor, entonces el dolor, el resentimiento, la desilusión y finalmente la ira y la depresión se ramifican y sobrepasan nuestra inversión emocional al amar. Sin embargo, típicamente habrá un periodo durante el cual, en el interés por conservar tanto el amor como el *status quo*, el amante tratará de ignorar sus sentimientos negativos, tenderá a no tomarlos en cuenta, o se culpará a sí mismo por cualquier falla en la relación. Gradualmente, no obstante, la acumulación de diferencias y dificultades no reconocidas pasa una factura en depresión o apatía. Usualmente, se permite que estos sentimientos afloren solo cuando el amante considera algún otro prospecto para su vida futura: con frecuencia, aunque no siempre, la posibilidad de una nueva relación amorosa. Cuando los sentimientos afloran, incluso en la ausencia de alguna alternativa a su relación existente, la sensación de desesperación puede ser asombrosa y el sentimiento de encontrarse atrapado, sofocante. Para muchas mujeres en los años setenta, la alternativa que se presentaba era la esperanza del crecimiento personal y autonomía a través de una vida de trabajo independiente: de ahí la proliferación de películas y novelas de aquella época acerca de lo excitante de ser una mujer con carrera.

Los nuevos planes pueden triunfar o fracasar, pero por lo menos alientan al amante desencantado a reconocer sus sentimientos negativos. En la más feliz de las circunstancias, una vez que el resentimiento es reconocido, los amantes pueden ser capaces de encontrar un mecanismo efectivo para enfrentar y resolver sus diferencias.

Sin embargo, cuando el amor fracasa irremediamente, este es transformado en una serie de emociones negativas, una especie de imagen revertida de las emociones positivas características del enamoramiento. La especificación del desagrado e incluso del repudio que el amante siente por su anterior persona amada puede ser muy poderosa: él se queja de sus olores; ella odia el modo en el que mastica con la boca abierta. Estas quejas adquieren una importancia completamente desproporcionada al estímulo —después de todo, él siempre masticó con la boca abierta, y el olor de

ella no ha cambiado—; son tan intensas e idiosincrásicas como los sentimientos de encantamiento evocados por rasgos tan concretos como sus lunares de nacimiento o su sonrisa torcida en momentos de felicidad, cuando los amantes están en el proceso de enamorarse. Durante el proceso inverso, cuando el amor está disminuyendo, el proceso de desligarse es a menudo expresado mediante una repulsión casi completa por lo físico, por la carne y hábitos íntimos del antes amado. Lo que se ha perdido, entre otras cosas, es la capacidad de querer la humanidad del otro: debido a que la carne ya no atesora un espíritu, sino que asume una terca solidez, es que uno puede llegar a considerar a la persona como un todo. La repulsión de uno hacia lo físico es frecuentemente proporcional a la pérdida del respeto por la subjetividad del *otro*.

El amante desencantado está aburrido. El silencio, que alguna vez significó comunión, ahora hace eco a su sentimiento de vacío; las horas juntos, que antes parecían estar fuera del tiempo, ahora se han vuelto interminables; al salir a comer, el amante nota parejas casadas comiendo juntos en un silencio sepulcral y se pregunta cómo él y su persona amada llegaron a este estado de bancarrota sentimental. Él se siente aislado de ella, pero no tiene deseos de intentar restaurar su relación. El amante siente como si estuviese con un «extraño», pero uno sin misterio ni atractivo. Ya no se encuentra interesado.

Mientras que antes el amante se preocupaba por si él era lo suficientemente bueno para la persona amada —o, por lo menos, tan bueno como sus rivales— cuando se estaba enamorando, ahora, habiendo abandonado al amor, compara a su persona amada con otras y la encuentra en carencia. Él siente que podría «dar para más» si tan solo pudiera recuperar su libertad. La encuentra imperfecta, y hace hincapié en todos sus defectos. El amante desencantado puede incluso concebir fantasías cortas crueles y sádicas acerca de su «persona amada», en las cuales él se ve lastimándola física o psicológicamente: insultos gratuitos, habladurías, humillación pública y castigos silenciosos son las armas del proceso de desvincularse con ira.

Ideas de escape ahora preocupan al amante tanto como los pensamientos de adoración alguna vez lo hicieron. El amante que se siente vinculado a alguien a quien ya no ama, llega a ofenderse por sus responsabilidades. Siente que está siendo reducido, incluso engañado, por el dinero, tiempo y energía que debe continuar gastando en la persona amada. Los abogados matrimoniales atestiguan este casi inevitable resultado del amor perdido al aconsejar a sus clientas a establecerse pronto, mientras que sus esposos delincuentes pueden seguir sintiéndose culpables, porque «a nadie le gusta pagar por un caballo muerto».

Desenamorarse tiene una trayectoria inversa a enamorarse; como el último, es un proceso discontinuo, que provoca estallidos de negatividad —en lugar de adoración—,

algunas veces intercalados con deseos de reconciliación. Esta vacilación continúa hasta que uno de los amantes decide terminar la relación y separarse. Pero el amante desencantado puede experimentar un deseo por reconciliarse incluso después de la separación y, como ya se sugirió, incluso volver a enamorarse. El proceso de desenamorarse, como el de enamorarse, califica como una gran obsesión, pero el balance emocional es exactamente contrario. Generalmente, el amante que se desenamora lamentará el fin del amor, incluso a pesar de que la «decisión» fue suya. Al contrario de lo que usualmente se cree, parece que desenamorarse es un evento de duración para el amante desencantado, y uno doloroso.

### **RELACIONES VACÍAS Y DOLOROSAS QUE PERDURAN**

Algunos matrimonios que son juzgados exitosos desde afuera, son en realidad altamente funcionales en un nivel superficial, pero están muertos emocionalmente. La reciprocidad, la idealización y la intimidad real no son ya partes fundamentales de estas relaciones. Los dictados sociales han reemplazado por completo los dictados del corazón. Parejas como estas se encuentran con frecuencia vinculadas a la persona pública del «nosotros» y encuentran gran seguridad y pocos placeres en la rutina de la vida matrimonial. Ellos pueden regocijarse en la cálida protección de la institución del matrimonio, incluso mientras odian la unión conyugal. Estas parejas mantienen sus relaciones con sus hijos, no despilfarran su dinero en dos hogares distintos — como lo tendrían que hacer en un divorcio—, disfrutan una vida social compartida e incluso manejan una relación civil con el otro. Pueden funcionar sin problemas y saber cómo hacer que las cosas funcionen bien juntos —viajar, entretenerse, dividir las tareas—. De hecho, pueden gozar de todo lo que sea necesario para una relación exitosa, con excepción de la pasión e intimidad. Para cada participante de esta relación, es el ser social, más que el íntimo, el que vale.

De cualquier modo, una pareja de este tipo comparte un proyecto conjunto, y este es el acuerdo tácito para presentar una impostada relación ante el mundo. En esencia, ellos han construido una narrativa conjunta, pero carecen de la resonancia de un subtexto significativo. Estos matrimonios pueden ser más atrofiados que aquellos abiertamente problemáticos, ya que en los últimos existe alguna pasión, y los participantes son más libres para hablar con franqueza con sus amigos y el uno con el otro; no funcionan bajo las restricciones de tener que presentar una apariencia ficticia de felicidad.

Algunos de los participantes en matrimonios vacíos no están al tanto de la bancarrota emocional de sus vidas. Se encuentran respaldados por aquellos escépticos

del amor que siempre han proclamado que la pasión es breve; ya que ellos creen que la desidealización sigue obligatoriamente a la idealización, y que ese agobiante aburrimiento es ineludiblemente el fin del amor. Ellos no se sienten necesariamente engañados; racionalizan su situación como parte de la norma y se hacen cumplidos a sí mismos por su habilidad para ajustarse a una realidad adulta. Se sienten consolados por las acusaciones a la superficialidad del amor apasionado y por la inmadurez de aquellos que la buscan. Ellos aceptan que su triunfo yace en la estimación y aceptación realista de sus parejas: «Yo sé que él no es Cary Grant, pero yo tampoco soy Katharine Hepburn». Si tienen el dinero necesario, intentarán sustituir la pasión por el consumo (comprar la marca adecuada, hacer el viaje debido, ver la última obra). Sus vidas sociales se apropian cada vez más de sus vidas emocionales, y la preocupación de si han sido invitados o no a una fiesta en particular se convierte en un sustituto de la intimidad. Si ambos carecen de pasión, el «nosotros» perdura, pero los individuos que hicieron el pacto han comprometido sus aspiraciones individuales de amor, sea de compañerismo o pasión. Una amenaza a estas relaciones existe cuando una pareja aún cuenta con el potencial para una pasión y consecuentemente pueda querer buscar y encontrar una relación alternativa.

El precio que los participantes en matrimonios sin amor deben de pagar puede exceder por mucho el mero empobrecimiento de su relación. Conservar un vínculo como este frecuentemente requiere cerrar el camino a la disponibilidad emocional de uno y la supresión de su imaginación. Muchas personas mueren psicológicamente décadas antes de su muerte biológica.

Pero ¿cómo llegamos a comprender la transición del entusiasmo y esperanza de los amantes recientemente comprometidos a la resignación, vacío y desesperanza —conciente o no— de los amantes desencantados; el descenso de la idealización y reciprocidad a la enemistad y aburrimiento, si no como un indiscutible tormento? La necesidad de amar no pierde su componente afectivo incluso cuando la intensidad se ha ido, así que algo más que la pérdida de la pasión debe estar involucrada para explicar este vacío o enemistad. Como lo he intentado mostrar en los capítulos anteriores, la promesa temprana del amor comprometido puede funcionar contaminada por una serie de problemas de varios tipos, generalmente exageraciones de los problemas comunes e interrogantes existenciales del amor. El amor puede verse alterado por las etapas de equilibrio del poder de los amantes, con mayor frecuencia más tenues de lo que los amantes suponen; o puede romperse cuando los desafectos y decepciones recurrentes llevan a la desidealización y pérdida de la armoniosa reciprocidad. El amante llega a sentirse criticado e injuriado, o es abrumado por la ira, los celos o la envidia. Algunas veces, la pareja simplemente parece haber gastado

su capital emocional, fracasando al intentar volverlo a llenar con una vida sexual enriquecedora o una constante intimidad emocional.

Quizá las más lamentables de las muchas clases de historias tristes de amor sean aquellas que empiezan con altas esperanzas, que parecen despegar y luego son bajadas no por circunstancias externas, sino por las características del carácter de uno o ambos amantes. Como todos llegamos a saber, algunas veces para nuestro asombro, el carácter —incluyendo el nuestro— se revela solo después de un buen tiempo, en algunas ocasiones en la interacción o lucha con el *otro*, y algunas veces solo en circunstancias que nos llevan al límite.

Por años creí saber algo de la historia de León Tolstoi y su esposa, Sophie. Mi entendimiento de esa funesta relación amorosa era similar a la historia que se encuentra en *Segundo sexo* de Beauvoir, en la cual ella reprende a Tolstoi por perpetrar la mentira de la pareja ideal: Pierre y Natasha en la representación del epílogo de *Guerra y Paz*.

El juicio más mordaz contra el mito de Pierre y Natasha es encontrado en la pareja Tolstoi, León y Sophie, la cual le dio origen. Sophie siente una profunda repulsión por su esposo, lo encuentra “terriblemente aburrido”; él la engaña con toda mujer campesina del barrio; ella está celosa y aburrida hasta la muerte, pasa neuróticamente por sus muchos embarazos, y sus hijos no llenan el espacio en su corazón, ni ocupan el vacío de sus días; el hogar es para ella un desierto árido; para su esposo, un infierno en la tierra. Y todo esto termina con Sophie, una histérica anciana mujer, durmiendo medio desnuda en la húmeda noche del bosque, y con León, un anciano hombre enfadado, huyendo y finalmente repudiando su “unión para toda la vida”.<sup>18</sup>

Aun así, si uno lee un informe biográfico más completo de los Tolstoi, la historia que surge es infinitamente más compleja. Hubo, por supuesto, un largo deterioro en su relación, pero de un modo muy profundo, ellos proveyeron el único cimiento real a la vida del otro, alternando el amor y el odio. Más que problemas sexuales, infidelidades, múltiples embarazos y los celos que los atormentaban y dividían, el verdadero declive en su vida conjunta pareció provenir de la monumental ansiedad de Tolstoi por la muerte, la cual brotó casi incontrolablemente en la mitad de su vida, después de la publicación de *Anna Karenina*, y lo llevó a alejarse de los intentos literarios y la vida glamorosa y tornarse hacia la religión y el pacifismo. Sophie, contenta con acomodarse a las demandas de Tolstoi, el novelista, era incapaz de compartir las nuevas prioridades de Tolstoi, el pacifista, y se resistía a tener que intentarlo. Él, en cambio, la injuriaba por lo que él estimaba superficialidad y materialismo. Sin embargo, estaban profundamente

<sup>18</sup> De Beauvoir, *The Second Sex* [*Segundo sexo*], 526.

vinculados el uno al otro, y cada uno se veía periódicamente sumergido en momentos de amor y adoración por el otro, casi hasta el final.

Las relaciones de amor comprometidas, incluso las exitosas, se encuentran siempre balanceadas y requieren de un continuo rebalance cuando distintas tensiones y conflictos surgen inevitablemente con los años, no solo como resultado del pasar del tiempo, sino también debido a cambios fundamentales en las vidas y situaciones de los amantes: cambios en los ingresos y trabajos, el nacimiento de los hijos, las exigencias de tratar con los padres mayores, y quizá, sobre todo, el envejecimiento. Es un lugar común que mientras la crisis de mediana edad puede, en efecto, estar más relacionada a envejecer y a las intimidaciones leves de la muerte, que a las constricciones del matrimonio, sus determinaciones o pseudodeterminaciones pueden adquirir la forma de una relación extramatrimonial o incluso un divorcio.

Paradójicamente, la fácil disponibilidad del divorcio, con seguridad una bendición para muchos individuos que de lo contrario permanecerían atrapados en una relación terrible, causa también ciertas inhibiciones en las relaciones. Algunos amantes, al temer a la amenaza siempre presente del divorcio, ponen todas sus cartas sobre la mesa debido al miedo de provocar el abandono de sus parejas. Esto cierra toda posibilidad de solucionar genuinamente las diferencias e incrementa las probabilidades de que el matrimonio se convierta en uno abiertamente vacío, encubiertamente hostil, pero aun así, en una relación que perdura. Muchas mujeres, en especial cuando envejecen, temen confrontar y provocar a sus maridos, porque juzgan, a menudo correctamente, que ellos mantienen opciones sociales en el mundo real que ellas ya no comparten más.

Se debe a esta última razón —«la doble pauta de envejecimiento»— que muchas de las reservas feministas acerca de la inequidad del matrimonio permanezcan vigentes hoy en día, a pesar de los avances reales hacia la igualdad que las mujeres han logrado. Sin embargo, como sugerí anteriormente, es un poco inocente pensar que solo la igualdad económica equiparará el balance del poder en el matrimonio. La emancipación económica debe, con seguridad, ser aplaudida —es realmente indispensable—, pero mientras que las mujeres mayores sean vistas como sexualmente menos atractivas que los hombres mayores, una desigualdad de poder continuará existiendo, una que seguirá influenciando a las mujeres a morderse la lengua, mantener la paz y a asumir la responsabilidad de preservar el matrimonio. Hasta que estas realidades cambien, muchas mujeres continuarán comportándose de una manera que nosotros podemos deplorar, pero debemos también entender y sentir compasión porque: «toda una tradición impone sobre las mujeres el arte de “manejar” a los hombres; una debe descubrir y tomar con buen humor sus debilidades [del hombre] y claramente debe solicitar en medida a los halagos y los desdenes, la docilidad y

resistencia, la vigilancia y la indulgencia».<sup>19</sup> La verdadera igualdad entre los sexos, en cuanto a las relaciones, dependerá finalmente de la abolición de la doble pauta del envejecimiento, y esto no será una hazaña de poco mérito.

### LAS SECUELAS DEL AMOR DESDICHADO

Muchos amores terminan, algunos con pena, otros con dolor y otros con amargura. Sin embargo, para muchos amantes desdichados, el recuerdo de su felicidad y el legado del cambio que ocurrió en ellos como consecuencia del amor imbuje a la experiencia de un valor que perdura por mucho después de que la relación ha terminado. Consecuentemente, mientras que el amor puede terminar desdichadamente, esto no significa que el total de sus efectos hayan sido necesariamente negativos. Algunos amores primordialmente desdichados nos ayudan a crecer y expandirnos mientras duran; y los beneficios para el amante pueden sobrevivir al amor. Con frecuencia, el verdadero impacto de la experiencia puede ser evaluado solo meses o años después de que termina.

En algunas ocasiones, de la profunda devastación que puede provocarse, se da una reagrupación interna, un surgimiento creativo, incluso desde lo más profundo de la desesperación. Uno de mis amigos más queridos, un excelente académico, escribió su ensayo más agudo y apreciado cuando salía de un romance intensamente hiriente, en el cual se había vuelto impotente. Como consecuencia de lo que sufrió, él sintió que había alcanzado una renovada claridad intelectual y una visión más profunda de la vida —y de sí mismo—. Este fenómeno puede ser equivalente a lo que ha sido descrito como enfermedad creativa;<sup>20</sup> una excursión a las profundidades, en donde uno puede acechar su propio demonio interior y emerger fortalecido. Este puede haber sido el caso de Jung, quien acreditó algunas de sus principales observaciones teóricas a su intensa, pero frustrada relación amorosa con Spielrein —como se discutió anteriormente—. Como W. H. Auden lo hubiera expresado, «El Eros lastimado es el constructor de ciudades». Esto es bastante diferente a la visión de Freud de la creatividad como producto de un eros reprimido, en lugar de frustrado o perdido.<sup>21</sup>

Incluso durante el curso del amor desdichado y problemático, puede existir un surgimiento creativo. Se dice que el periodo más creativo de Emma Goldman coincide con su tempestuoso romance con Ben Reitman. Goldman —Emma, la Roja,

---

<sup>19</sup> Ibid, 523.

<sup>20</sup> El término pertenece a Ellenberger. Ver *The Discovery of the Unconscious* (Nueva York: Basic Books, 1970).

<sup>21</sup> Citado en Robert Craft, *Stravinsky: The Chronicle of a Friendship* (Londres: Victor Gollancz, 1972), 301.



como era conocida— era una anarquista y una defensora del amor libre, una persona ferozmente política. Mientras que los rasgos más importantes de su vida han sido bien conocidos por gente política y feministas durante muchos años, su nombre y biografía son más conocidos hoy debido al descubrimiento, en 1975, de las cartas de amor que intercambiaba con el amor de su vida, Ben Reitman, y los dos estudios biográficos que surgen de este descubrimiento.<sup>22</sup>

En estas cartas, Goldman habla de un amor que abrió «las puertas de la prisión» de su femineidad.<sup>23</sup> Por los diez años que pasaron entre que conoció a Reitman en 1908 y el matrimonio de este en 1917 —quizá lo más productivo de la vida de Goldman— ella vivió con Reitman, agotando al amor y a la anarquía. Ella era diez años mayor que él; él, un dudoso converso a su causa. Para él, ella era «La mami de ojos azules»; para ella, él era «Vago». A pesar de la impulsividad de Reitman,

él parecía haber estado buscando alguna alternativa a su vida caótica, desordenada y a la deriva. La fuerza de Emma Goldman le otorgó la dirección y disciplina a sus propias grandiosas fantasías de salvar al mundo [...]. Él se sentía lleno de admiración, halagado por su atención, emocionado por su notoriedad, excitado por su pasión. Él necesitaba alguien que inspirara y organizara su vida; ella necesitaba alguien que la ayudara y alentara, que trabajara para ella de día y que le hiciera el amor de noche. De alguna manera, ambos habían encontrado la realización de sus sueños, pero también de sus pesadillas.<sup>24</sup>

El lado desdichado de su relación era la incertidumbre que ella sentía de cuán comprometido estaba él y la preocupación total por su fidelidad, o, debo decir, de su carencia de esta. Desafortunadamente para su paz mental, así como para sus ideales, ella se encontró consumida por los celos y la posesividad. Al final, Vago abandonó a su «Mami» ostensiblemente porque quería hijos y una vida familiar convencional. A pesar de que Goldman siempre había deplorado el miedo que sienten las mujeres de las opiniones públicas y, exhortaba la franqueza, cuando le llegó el momento de escribir su autobiografía, se sintió consternada por la posibilidad de registrar los aspectos tormentosos de su vida amorosa y finalmente optó por no hacerlo. Uno debe entender. El sexo puede ser revelado, pero no esos sentimientos posesivos que la avergonzaban. Aun así, la conjunción entre su pasión consumidora y la intensificación

<sup>22</sup> Estoy agradecida con Nancy Wexler, quien me dio la biografía de Emma Goldman de su hermana, y así despertó mi interés por esta extraordinaria mujer. Ver Alice Wexler, *Emma Goldman* (Nueva York: Panteón Books, 1984). Ver también Candance Falk, *Love, Anarchy, and Emma Goldman* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1987).

<sup>23</sup> Wexler, *Ibid*, 147.

<sup>24</sup> *Ibid*, 143.

de su creatividad cuentan su propia historia —quizá uno se sorprenda de sus teorías políticas acerca la prioridad del sexo gratuito por la causa de la liberación—. Uno debe liberar su sexualidad, pero quizá el amor libere el *self* con mayor seguridad.

Algunas personas mantienen vínculos profundamente emocionales con aquellos que alguna vez amaron de manera romántica en sus vidas, al tener la certeza de que nadie más comparte sus recuerdos y cómo maduraron estando juntos. Esto puede explicar la cantidad de historias que uno escucha sobre amores reavivados en reuniones de colegio décadas después de su primera llama. Las razones van desde «Ella es todo lo que recordaba» —se reproduce la película de amor— hasta «Él incluso recordaba a mi querida tía que murió cuando yo estaba en la secundaria». Gran parte de parejas divorciadas veían al otro como una extensión de su familia. Un hombre confesó a su ex esposa que la veía como su ancla, al estar convencido de que en cualquier crisis sería podía contar con ella. Ellos no tenían una relación real en curso, pero en su crisis —una grave enfermedad— fue hacia ella y la llamó, y ella sí respondió a la situación. En el sentido más hondo, llegamos a conocer a muy pocas personas, así que debemos siempre atesorar a aquellos pocos con los cuales representamos aquellos dramas básicos que moldearon nuestras identidades y destinos. Esto puede resultar especialmente cierto para nuestros primeros amores y puede explicar el lugar privilegiado que frecuentemente ocupa el primer amor en nuestra memoria.

Quizá una de las historias más extrañas e intensas de una profunda conexión con alguien a quien ya no se ama —por lo menos, no de manera romántica— se encuentra en las memorias de Marguerite Duras, *La guerra*. Casada y viviendo en París, ella se había enamorado de D., un buen amigo tanto suyo como de su esposo. Su esposo, Robert L., un prisionero político de la guerra, había sido reportado como un sobreviviente de la liberación y Duras se encontraba esperando que sea puesto en libertad en Belsen, sin la seguridad de que estuviese vivo o muerto. Durante el periodo de espera, ella enloquece parcialmente: está ansiosa, deprimida y, esencialmente, no funcional. No puede dormir, no puede comer, ni ser consolada por su amante. Caminando por las calles, piensa «Lleva muerto tres semanas. Sí, eso es lo que ha sucedido. Estoy convencida de eso. Camino más rápido. Su boca está entreabierta. Es de noche. Pensó en mí antes de morir. El dolor es tan grande que no puede respirar, da una bocanada de aire. El dolor necesita espacio. Hay demasiadas personas en las calles; desearía encontrarme en un llano completamente sola. Justo antes de morir, seguro dijo mi nombre».<sup>25</sup>

---

<sup>25</sup> Marguerite Duras, *The War: A Memoir* [*La guerra*], traducido por Barbara Bray (Nueva York: Pantheon Books, 1986).

François Mitterand (un colega del movimiento clandestino) llamó a Duras para informarle que Robert L. seguía vivo, demasiado débil para abandonar el campamento y tan delicado que podía no sobrevivir. Duras envía a D. y a otro amigo a rescatar a Robert L. A pesar de estar oficialmente liberado, se piensa que sufre de tifus y, debido a esto, es mantenido en cuarentena y está a punto de recibir inyecciones que pueden resultar mortales. D. y el amigo Beauchamp rescatan a Robert L. y lo llevan de regreso a París, donde Duras, D. y el doctor se ven envueltos en intentos heroicos por salvarlo. Débil, consumido y desnutrido como se encuentra, la comida lo mataría. Deben nutrirlo nuevamente, alimentándolo con extracto de carne gota por gota. A medida que Robert L. recupera su fuerza, también lo hace Duras. Ella comienza a comer nuevamente y a dormir, gana peso. «Vamos a vivir. Al igual que él, yo no he sido capaz de comer por diecisiete días. Al igual que él, yo no he dormido por diecisiete días, o, por lo menos, eso es lo que creo. De hecho, he dormido dos o tres horas por día. Me quedo dormida en cualquier parte. Y me despierto con terror. Es espantoso cada vez que pienso que él ha muerto mientras yo dormía».<sup>26</sup> Más adelante, durante la convalecencia de él, ella le dijo a Robert L. que «debíamos divorciarnos, que quería un hijo de D., que era por el apellido que debía llevar el niño. Él preguntó si alguna vez podríamos volver a juntarnos. Yo dije que no, que no había cambiado de opinión desde hacía dos años, desde que conocí a D. Dije que incluso si D. no hubiese existido, no hubiera vuelto a vivir con él. Él no me preguntó las razones de mi partida. Yo no le informé cuáles eran».<sup>27</sup> Tampoco se las informa al lector, pero sí nos quedamos con la vívida impresión de la profunda conexión, devoción y lealtad que llevaron a Duras a arrancarlo de la muerte, sentimientos que duraron más que el amor que los inspiró al comienzo. Mientras que existen lectores que consideran la culpa como el motivo subyacente que llevó a Duras a ejercer el heroico rescate de Robert L., para mí, el tono y sentimiento de sus memorias apunta más hacia un sentido de una profunda identificación que ella tenía con él; la clase de sentimientos que son evocados con mayor frecuencia con respecto a nuestros propios hijos cuando estos corren peligro.

Algunas veces, lo que los amantes sienten después de terminado un amor no parece ser nada más que una nostalgia intermitente por el amor. Aun así, la fuerza de la intensidad y el remordimiento que experimentan sugiere que la nostalgia tiene repercusiones inconscientes de cierta complejidad. La nostalgia por el amor perdido es a menudo tan querida para nosotros como para sugerir que puede cumplir un pa-

---

<sup>26</sup> Ibid, 62.

<sup>27</sup> Ibid, 63-64.

pel psíquico importante. Quizá sea por eso que respondemos a ella tan fuertemente tanto en películas como en la vida real. La nostalgia es el sentimiento ante el cual la audiencia parece reaccionar en *Nuestros años felices*, semejante a *Reencuentro* para la generación anterior. La película retrata la conmovedora historia del noviazgo y el matrimonio de una joven judía radical (Barbra Streisand) y un niño mimado (Robert Redford), los cuales se conocen en la universidad y posteriormente se casan, pero eventualmente encuentran una diferencia irreconciliable: la disposición de él para «venderse» y la intratable rectitud de ella. Sin embargo, el clímax de la película es el encuentro casual que tienen años después de haberse separado: ella tan política como siempre, él con una niña mimada. Lo que pasa entre ellos es una especie de combinación entre el amor recordado, la pena y el remordimiento, pero cada uno sigue su camino. Ahora, ellos —y la audiencia— saben que maduraron juntos, que a través de su relación llegaron a conocerse a ellos mismos tan bien como al otro, a aceptar esa conciencia de uno mismo y a abarcar la realidad del *otro*, y este conocimiento se cubre de pena al no poder evitar volverse a separar.

¿Qué cuerdas escondidas sigue tocando la nostalgia que resuenan con tanta fuerza dentro de nosotros? Ya he sugerido que la fuerza de películas como *Casablanca* y *Lo que el viento se llevó* puede ser en parte explicada por su evocación no solo de lo que fue, sino de lo que aún puede ser. Su atractivo perdurable, como aquel de ciertas memorias personales, sugiere que puede existir una segunda historia escondida tras la historia superficial, una que embruja al espectador incluso si este no está al tanto de su existencia.<sup>28</sup> En *Casablanca*, donde la historia manifiesta es la del amor frustrado, la historia que resuena por debajo de la superficie es la del amor perfecto que pudo haber existido —eterno y duradero— de haber sido otras las circunstancias. Si el personaje de Ingrid Bergman no hubiera estado casado de antemano, o si su esposo no hubiera sido un noble líder de la resistencia francesa, y si ella, su esposo, y el personaje de Bogart no hubieran sido de corazones tan puros —como nos asegura la película— su amor hubiera podido y hubiera triunfado y perdurado. *Historia de amor*, de Erich Segal, también obtiene su fuerza de la evocación de un amor duradero perfecto, que hubiera prevalecido si es que la heroína no hubiese sido asesinada —no como algunos críticos afirman, porque hace eco al tema de la *Liebestod*—.

---

<sup>28</sup> Algo comparable a esto puede observarse en el trabajo tardío de Van Gogh, para pasar de las películas al museo. Se ha dicho que parte de la fuerza emocional de estas últimas pinturas —aquellas hechas meses antes de que se suicidara— puede depender de imágenes secundarias. Aparecen en sus paisajes, en los árboles y en las nubes lo que parecería ser rostros y figuras humanas. A pesar de que estas podrían pasar desapercibidas para el observador casual, la respuesta general del observador a las pinturas de Van Gogh bien puede depender de su tratamiento de aquel mundo escondido, sea conscientemente o no. Parece ocurrir algo análogo en las grandes películas.

Ya he citado la apreciación de David en *Amor sin fin*: «Si el amor interminable era un sueño, entonces era un sueño que todos compartíamos, incluso más de lo que compartíamos el sueño de no morir nunca o viajar en el tiempo».<sup>29</sup> Por debajo de la historia manifiesta del amor perdido, yace la historia escondida y más poderosa del amor perfecto, lo que confirma en nosotros nuestros dulces deseos y esperanzas.

En *Lo que el viento se llevó*, el amor no estaba condenado por circunstancias externas, sino por el destino implícito en cada personaje. Scarlett y Rhett se amaban; pero no era el momento. Si Scarlett hubiera llegado a conocerse a sí misma antes, si Rhett hubiese sido más paciente e indulgente, el resultado hubiera podido ser diferente. Y así, lo que hace de la película el éxito rotundo que es —entre otras cualidades filmicas— no es tanto lo que sucede, sino lo que la pantalla transmite acerca de lo que pudo haber sucedido: dos criaturas alegres, llenas de espíritu, vigorosas y apasionadas, triunfando juntas sobre las devastaciones de la guerra y enfermedades, pobreza y destrucción, marchándose a un ocaso rojizo en los brazos del otro. La imagen de la Scarlett rechazada, con la cual la película de hecho termina, se desvanece antes de la gloriosa imagen de lo potencial que llena el ojo de la mente. Las razones tan específicas para el fracaso del amor le otorgan credibilidad a la ilusión de que el amor perfecto hubiera podido, en otras circunstancias, ser alcanzado. Y así, a la promesa del amor entre Rhett y Scarlett se le permite, de alguna manera, mantener su integridad. «Lo que pudo ser» triunfa sobre «lo que fue».

Así también, nosotros jugamos en algunas ocasiones con las memorias de nuestros amores perdidos. Estas sucesivamente resuenan con sentimientos aplazados de nuestras primeras pérdidas de amor: nuestra pérdida de unidad con la madre y todo aquello que anhelábamos en nuestros años edípicos. Si tan solo pudiéramos persistir en nuestra creencia de que los romances de nuestra vida temprana valieron la pena, y que fueron perdidos solo por cuestiones del destino, suerte o por circunstancias fuera de nuestro control, seríamos capaces de mantener nuestra creencia idealizada en el amor perfecto y conservar nuestra esperanza por un amor futuro que finalmente satisfaría nuestros sueños más preciados.

\*\*\*\*\*

Incluso en la ausencia de cualquier resultado creativo, sea una obra artística, una fase psicológica, una amistad duradera, o incluso un dulce recuerdo, las relaciones desdichadas y difíciles no son siempre completamente destructivas; no descartan tampoco los posteriores amores *dichosos*. Tomen, por ejemplo, a Colette, quien gastó

<sup>29</sup> Spencer, *Endless Love* [*Amor sin fin*], 162.

los últimos veinte años de su vida en una relación amorosa cómoda, habiendo sobrevivido a dos matrimonios agotadores y tormentosos previos. Todos conocemos a gente que ha sido lastimada, incluso salvajemente, en el amor, pero dispuestas a encontrar relaciones cómodas y dichosas, y a veces apasionadas. De hecho, muchas personas que han fallado de manera abismal en sus primeros matrimonios, son capaces de alcanzar la felicidad en sus segundos matrimonios. Han aprendido algo de ellos mismos y de los requisitos de las relaciones.

De cualquier modo, no se puede negar que el amor desdichado puede causar consecuencias de larga duración en quienes lo sufren. Dadas ciertas vulnerabilidades psicológicas preexistentes, los pesares del amor contaminado o desdichado pueden perdurar en autoestimas bajas o en una percepción dañada de alternativas y posibilidades futuras. Algunas veces, el amante rechazado, el desencantado, o el no correspondido nunca se recuperan, o parecen recuperarse solo para embarcarse poco después en otra experiencia terrible. El amante rechazado puede continuar idealizando sobremanera al amante que lo rechaza y asumir que todos los beneficios del amor se encontraban atados a *él*, y que nunca podrá ser duplicado por nadie más; María Callas parece haberse sentido así después de que perdió a Onassis. Como consecuencia, el amante rechazado puede cerrar toda posibilidad a futuras relaciones y ser dejado con sentimientos negativos no solo sobre él mismo—habiendo tomado a pecho todas las quejas que la persona amada mantuvo en su contra—, sino también sobre otras personas en general y sobre las posibilidades del amor en particular. O, con mayor extravagancia, el amante rechazado puede sentirse conducido al suicidio o al asesinato. Por su parte, el amante desencantado puede no aprender nada de su experiencia, ni qué cualidades de verdad son importantes para él, o qué cualidades en él puede esperar cambiar, y él también permanecerá amargado con el amor o podrá ingresar ciegamente a relaciones repetitivas, las cuales resultarán igualmente desdichadas cada vez. El amante no correspondido puede recuperarse, como Charlotte Brontë lo hizo al casarse con el ayudante de su padre, con el cual, por lo que todos cuentan, fue muy feliz por los nueve meses de vida matrimonial que pudo disfrutar con él antes de morir; o, de otra manera, puede nunca dejar ir aquella relación de fantasía, como aparentemente fue el caso con Adèle Hugo. El amor se ha convertido en obsesivo y puede evolucionar en una suerte de amor imaginario.

¿Quién será destruido por el amor desdichado, quién se recuperará u obtendrá beneficios de él? ¿Cómo podríamos decir que un amor es, como podemos decir, contraindicado? Como los enfermos del amor desdichado son tantos y variados, no es muy instructivo afirmar que aquellos amantes que se encuentran particularmente

devastados por el amor son neuróticos. De hecho, muchas personas con un grado significativo de neurosis son todavía capaces de alcanzar un amor dichoso y perdurable. Piensen, por ejemplo, en la viña trepadora, la cual ha hallado un grado de felicidad al encontrar un roble al cual aferrarse; el roble y la viña han hecho un convenio satisfactorio y simbiótico. Consecuentemente, parecería que solo algunas clases particulares de problemas psicológicos llevan a la inevitable devastación de la vida amorosa.

¿Cuáles son las manifestaciones que son predecibles a los resultados menos fundamentados? A veces es difícil decirlo, porque frecuentemente existe mucha superposición entre la usual confusión en la búsqueda del amor y aquellas variantes neuróticas que presagian enfermedad. Como sea, existen ciertas indicaciones que señalan la contaminación de romances, ya sea por mecanismos físicos primitivos o componentes psicopatológicos que destruirán las posibilidades de amor o devastarán al amante, y estas indicaciones son bien conocidas por los clínicos.<sup>30</sup> Ellas incluyen, entre otras sensaciones, inseguridad en uno mismo y autotormento cuando la relación no marcha bien; sabotaje inconsciente de la relación —particularmente por medio de manifestaciones de hostilidad inconscientes— acompañado por sentimientos y temores de rechazo; desencadenamientos periódicos de ataques de ira, seguidos por un arrepentimiento abyecto; sentimientos de suicidio cada vez que la relación amenace con terminar; brotes intensos de celos incontrolables, con frecuencia no justificados; elecciones recurrentes de parejas inapropiadas o no disponibles; la elección compulsiva de amantes que son reencarnaciones caricaturizadas de las imágenes paternas; abandono de todos los otros placeres, búsquedas y obligaciones; completa inhabilidad para percibir con realismo cualquier problema fácilmente identificable en la persona amada; repentinos cambios abruptos que van desde sentir amor hasta odio y viceversa; sentimientos de no valer la pena; sentimientos primordiales por rescatar y ser rescatado; aferramiento cualquiera sea el costo emocional o la humillación, etcétera.

Estos son tipos de distorsiones y excesos típicos que habitualmente acosan al amante aspirante, pero perpetuamente fracasado o desencantado. Algunos de los más simples tienden a aliviarse con el tiempo, experiencias de vida, *insight* o poco frecuentes golpes del destino. Otros resultan testarudos sin beneficiarse de modo alguno con intervenciones psicoterapéuticas, y algunos parecen vencer incluso los más exhaustivos intentos terapéuticos de *insight* y cambio.

---

<sup>30</sup> Otto Kernberg ha formulado la pregunta de la psicopatología del amor, distinguiendo aquellos que generalmente provienen de desórdenes de la personalidad de aquellos que provienen de conflictos neuróticos. Ver particularmente «Barriers to Falling and Remaining in Love», en *Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*.

Dicho esto, debemos reconocer que mientras ciertamente existen problemas neuróticos que pueden actuar en perjuicio del amor, parece haber un defecto psicológico más fundamental —y universal— que aflige su curso. A pesar de que todos parecemos esperarlo como nuestro derecho divino, la felicidad —en el amor o en cualquier otro esfuerzo— es difícil de alcanzar, y confrontada con cualquier desdicha, cada uno de nosotros trata de encontrar la causa en el chivo expiatorio más cercano. Cuando somos jóvenes, el chivo expiatorio es generalmente uno de los padres o algún hermano rival; cuando estamos casados, esa persona es más a menudo el esposo. Como consecuencia, el amor no solo soporta su propio peso, sino el de todos nuestros deseos insatisfechos y frustraciones.

Al final, puede decirse que el destino del amor depende de muchas variantes; entre estas, el temperamento de los amantes, su capacidad de tolerancia y la bendición de una negación saludable —o de una vista gorda— e indulgencia. Sin embargo, no es solo lo que traemos al amor lo que afecta su capacidad de perdurar. Debemos aprender tanto a reconocer la centralidad del amor romántico en nuestras vidas, así como a mantener otras relaciones, otras rutas para ser significativos. Por eso, quizá lo más importante para que el amor sobreviva esté en no pedirle que soporte el peso de toda significación.



## CAPÍTULO 13

### Amor que enriquece, amor que perdura

El buen amor es aquel que finalmente fomenta el sentimiento de autoestima del amante y lo libera de las constricciones del *self*. El hecho de que ese amor dure mil años no es lo primordial. Para llegar a esta conclusión, Theodor Reik tomó prestado el dicho de un político: «Los discursos, para ser inmortales, no necesitan ser eternos».<sup>1</sup> Auden celebra hermosamente la trascendencia del amor, incluso cuando reconoce su transitoriedad, en un poema que abre con estas líneas: «Apoya tu cabeza durmiendo, mi amor, / humana en mi brazo sin fe»; y continúa describiendo instantes preciosos del amor:

Alma y cuerpo no tienen límites:  
Para amantes tal como ellos se acuestan  
Su tolerante y encantador declive  
En su ordinario abandono,  
Graba la visión que Venus envía  
De sobrenatural simpatía,  
Amor universal y esperanza; [...].<sup>2</sup>

Sin embargo, los amantes siempre aspiran al amor eterno, en lugar de al meramente inmortal. Esta aspiración es una consecuencia natural del hecho de que el deseo por todas las formas de gratificación, incluyendo al amor, se origina en el inconsciente, en donde todo existe fuera de una dimensión temporal. Algunos amantes, en efecto, casi consiguen lo imposible: conservar la pasión en el amor. Y es natural tanto para los amantes como para los teóricos del amor tener un profundo interés en intentar entender aquellos elementos que permiten que este se mantenga en su forma apasionada durante el transcurso de los años.

Pero, así como yo no declaro que el amor apasionado sea valioso únicamente cuando es prolongado, no afirmo que esta sea la única forma digna de ser mantenida. Existen muchos casos de amor apasionado en los cuales, cuando se formaliza e institucionaliza

---

<sup>1</sup> Reik, *Of Love and Lust*, 81

<sup>2</sup> W. H. Auden, «Canción de Cuna», en *Oráculo No. 1* (Jul. 1980), 9.

—como en el matrimonio—, este evoluciona en una forma de amor «maduro» y profundamente satisfactorio, caracterizado por los límites del deber y el afecto y no por la pasión. En un momento en que tantos amores apasionados terminan en una ruptura absoluta, incluso en escombros, una evolución hacia una forma más tranquila y estable parece altamente deseable. Y así lo es. Otra variante estable es una mezcla entre lo afectivo y lo pasional: uno de los amantes se encuentra apasionadamente enamorado, mientras que el otro siente cariño en lugar de éxtasis. Y, si se quieren encontrar informes sobre uniones «perfectas» en primera persona, uno solo puede hablar con un amante cuyo amor haya sido interrumpido por la muerte. Si sumamos todas estas variantes a las relaciones que mantienen su intensidad pasional exitosamente, entonces el amor puede tener finales felices con mayor frecuencia de lo que generalmente se cree.

¿Por qué, entonces, está tan generalizado el escepticismo sobre el amor? En primer lugar, debido a que algunas personas consideran exitosos solo aquellos amores que mantienen su intensidad y, como se reconoce fácilmente, ellos parecen ser la minoría, aunque, en mi opinión, una minoría significativa.

En segundo lugar, la caracterización literaria del amor, de la cual sacamos muchos de nuestros juicios sobre él, ha tenido cierta dificultad en retratar al amor dichoso. Auden ha declarado:

De los muchos (demasiados) poemas de amor escritos en primera persona que he leído, los más convincentes eran, o bien los alegres tarareos de una sensualidad de naturaleza noble que no tenían pretensiones de convertirse en un amor serio, o los aullidos de dolor porque la persona amada había muerto y no era ya capaz de amar, o los rugidos de desaprobación porque ella amaba a otro o a nadie más que a ella misma; los menos convincentes eran aquellos en los cuales el poeta clamaba ir en serio, pero no tenía ninguna queja que hacer.<sup>3</sup>

La ficción ha tenido tantos problemas como la poesía al describir al amor realizado, sostenido y apasionado, y por eso contamos con pocos modelos literarios para esta experiencia. Quizá esto se deba, como lo sugirió Tolstoi —y como muchos otros que siguieron su iniciativa concuerdan—, a que todas las familias felices se parecen.

En tercer lugar, el escepticismo puede incrementarse por la envidia. El amor despierta envidia en los observadores y el observador envidioso puede, entonces, tratar de desacreditarlo como un intento por calmar esa envidia. Esto puede tener su punto de origen en los sentimientos de exclusión experimentados por el niño *vis-à-vis* sus padres, particular y paradigmáticamente cuando los padres buscan consumir su amor a puertas cerradas. Por supuesto, es cierto que los amantes, tan obsesionados el uno

<sup>3</sup> Auden, «Dichtung und Wahrheit», Canto XLII, *Collected Poems*, 498.

con el otro, tienden a excluir a aquellos que los rodean, incluso a aquellos cercanos y queridos, y así generan ira y envidia inadvertidamente.

La magnitud de la fascinación y la aversión que los observadores del amor pueden sentir como resultado de la envidia es capturada de manera exquisita en un fragmento en la novela de Salter *Juego y distracción*. De hecho, uno de los temas de este libro es la perspectiva de un observador acerca de un romance sexualmente apasionado. Como tal, es verdaderamente un *tour de force*. Este es el narrador-observador hablando:

¿Qué ha pasado? Se han marchado y hecho el amor. Esto no es tan extraño. Uno debe esperar encontrarlo. No es nada más que un dulce incidente, quizá el fin de la ilusión. En ese sentido, uno puede decir que es inofensivo, pero ¿por qué, entonces, por sobre todas las cosas, uno se siente tan apartado? Aislado. Incluso, un homicida.

De alguna manera, podría esperar con calma que, a partir de este momento, ellos empezaran, al haber descubierto que todo fue muy rápido, a perder interés en el otro, a enfriarse, pero estos actos son, a veces, solamente una introducción —creo que lo han sido frecuentemente en las grandes parejas carnales— y busco las cifras exactas que sirven para liberarlo por completo, como una clave de seguridad. Reorganizo eventos e invento frases para revelar cómo la inocencia inicial se ha convertido en largas mañanas de domingo, en campanas sonando en el aire, en almohadas atrapadas bajo su vientre, en su maravilloso trasero a la luz del día. Dean lentamente se introduce, profundo, como una herida de espada.

Prefiero no pensar en ello, me volteo, pero es imposible controlar estos sueños... No puedo detenerlos, aunque quiera... Mi propia vida, de pronto, parece nada, un viejo traje, una colección de trapos, y camino, respiro al ritmo de él, que es más fuerte que el mío.<sup>4</sup>

Este narrador-observador sabe que no es completamente objetivo, que sus percepciones se derivan, en parte, de su propia imaginación. Sin embargo, la mayoría de observadores creen que, a diferencia de los amantes, ellos son objetivos. En realidad, los observadores son a menudo tan subjetivos como los participantes. Ambos ven verdades diferentes y construyen diferentes falsedades, dependiendo de sus propias necesidades inconcientes.

Incluso cuando no somos envidiosos, nuestra percepción de los amantes y de las parejas en general están teñidas por expectativas y fantasías inconcientes. Así como cada uno de nosotros tiene una imagen del «amante-sombra» —un sueño inconciente de nuestra propia idealización de la persona amada— también tenemos una

<sup>4</sup> Salter, *A Sport and a Pastime* [*Juego y distracción*], 64-65.

imagen de la pareja ideal. Algunas veces proyectamos aquella imagen en parejas que conocemos, se acerque o no esto a la realidad. Un hombre joven adoraba a una pareja así y se sintió cálidamente acogido por su círculo. Ante sus ojos, ellos eran almas gemelas y padres ideales, que llevaban en el campo una existencia idílica, opuesta a los valores materialistas de sus amigos de la ciudad. Vivían modestamente, pero ofrecían rituales y banquetes a sus amigos, conmoviendo a aquellos a su alrededor con la autenticidad de su calor y mutualidad. El joven estaba tan enamorado de la pareja que cuando se casó posteriormente, trató de moldear su propio matrimonio de acuerdo al de sus amigos. Imaginen su sentimiento de horror y traición cuando el esposo admirado, quejándose de sentirse sofocado, huyó con otra mujer.

La mayoría de nosotros, sin embargo, somos más propensos a juzgar con severidad aquellos amores dentro de nuestro ámbito. Vemos solamente los defectos en una relación y llegamos a la conclusión de que alguno de los amantes, si no ambos, se está engañando para conservar la ilusión, para perpetuar la dependencia de las satisfacciones o por alguna otra razón.

Cualquiera sea el tipo de distorsión —positiva o negativa— no cabe duda de que vemos parte de la verdad, pero también perdemos parte de ella, y quizá la parte más importante. Al final, lo que cuenta para el individuo es, por supuesto, su experiencia subjetiva, siempre que sus distorsiones no sean tan grandes que hagan que aquella «realidad» se desmorone en su cabeza. Con demasiada frecuencia, nuestra falta de tolerancia hacia soluciones adaptativas y hacia valores distintos a los propios nos llevan a hacer juicios de valor inapropiados e irrelevantes sobre los amores de otras personas.

## EL VÍNCULO AFECTIVO

«El amor y el matrimonio» pueden ir juntos como «caballo y carroza», como reza la letra de una antigua canción, pero, en el mundo moderno, la creencia de que el amor y el matrimonio van juntos es casi tan obsoleta como el medio de transporte mencionado. En efecto, la sabiduría convencional contemporánea entiende que el amor apasionado y el matrimonio están reñidos el uno con el otro, y que la pasión disminuye como consecuencia del compromiso. La sospecha de que el amor no puede incrementarse en el matrimonio, sin embargo, no es simplemente un prejuicio moderno; sus raíces son tan antiguas que ya estaban presentes durante la Edad Media, en la idealización del trovador del amor adúltero. En situaciones saludables u óptimas, la pasión es considerada un simple preludeo a una forma de amor maduro, designado usualmente como un «vínculo afectivo» o un «amor de compañía». En esta consideración, si bien diferentes tipos de personas pueden tener la experiencia y la

emoción de enamorarse, el estado de estar enamorado se desvanecerá con suficiente rapidez y solo aquellos que hayan alcanzado cierta medida de madurez emocional —relaciones objetales maduras— serán capaces de convertir la fase introductoria del amor —aunque disminuida— en una relación amorosa estable.

El punto de vista filosófico tradicional hace eco al psicoanalítico al insistir en que el amor apasionado disminuye su intensidad a medida que se aproxima a la satisfacción. Para Platón, la pasión es el estado intermedio entre anhelar y poseer; se corresponde a la trayectoria entre no tener y tener, desapareciendo en el preciso momento de su satisfacción. Y, con seguridad, muchas relaciones amorosas —quizá la mayoría— siguen ese patrón, aunque algunas conservan la intensidad de su pasión.

El vínculo afectivo puede ser lo que queda de un romance después de que el elemento pasional se ha desvanecido, pero también puede tener vida propia en una relación que nunca fue apasionada, que nunca tuvo momentos trascendentes, pero que siempre proveyó el calor y el afecto, la ternura y el cuidado que unen a las personas. Además, tales relaciones no son dominio privado de lo «saludable»; muchas parejas con interacciones neuróticas forman, no obstante, conexiones amorosas estables.

El vínculo afectivo se manifiesta tanto en formas no convencionales, como convencionales. Una de las menos convencionales, por lo menos en la concepción americana, quizá sea aquella de la novelista y poeta Vita Sackville-West y el escritor y diplomático Harold Nicolson. A pesar de que cada uno de ellos era homosexual, su matrimonio fue exitoso. Su historia fue registrada por uno de sus dos hijos, Nigel Nicolson. De su libro, basado, entre otras fuentes, en los diarios de su madre, comenta:

Es la historia de dos personas que se casaron por amor y cuyo amor se volvió más profundo con cada año que pasaba, a pesar de que cada uno era, constantemente y por consentimiento mutuo, infiel. Ambos amaban a personas de su mismo sexo, pero no de manera exclusiva [...]. Si se ve su matrimonio como un puerto, sus romances son simplemente escalas. Era al puerto al que ambos retornaban; era ahí donde se encontraba la base.<sup>5</sup>

Posteriormente, él da cuenta más precisa de la naturaleza de su amor.

Lo que no puede conservarse, salvo en la memoria, es la dulzura de sus reuniones. Ellos no “ardían juntos como dos llamas” [...] pero marchaban juntos como dos barcos gemelos. Siempre había cierto ajeteo: el negocio de desempacar y el té, el paseo por el jardín y el cambio de ropas. Pero pronto se establecieron a su cómodo compañerismo, permitiendo a las palabras filtrarse por la grieta de la mente del otro, alimentándose mutuamente con las impresiones de lo que habían leído y oído, estimulando, reafirmando,

<sup>5</sup> Nigel Nicolson, *Portrait of a Marriage* (Nueva Cork: Atheneum, 1973), ix.

provocando por momentos —un proceso que era mitad solícito, mitad provocativo, pero siempre tierno—. <sup>6</sup>

Muchas personas pueden objetar que este sea un excelente ejemplo de vínculo afectivo. Aun así, dadas las penas y los dolores que acompañan tantas de nuestras búsquedas humanas —incluyendo, ciertamente, al amor— creo que no debemos negar con tanta prisa el lado positivo de aquello que nos puede resultar extraño, pero que es profundamente satisfactorio para sus protagonistas.

La diferencia en los juicios que hacemos puede estar relacionada a nuestra idea de si es o no «justificable» o «saludable» para el individuo separar su vida sexual de su vida afectiva. Teóricamente, es probable que no lo sea. Sin embargo, histórica y experimentalmente, este convenio ocurre con tanta regularidad y frecuencia, que no debemos esperar que las personas dejen de lado el afecto solo porque no pueden integrarlo con el sexo. Cuando comparamos el amor sin sexo con una alternativa más prevalente y comúnmente aceptada —la preservación del sexo funcional dentro de una unión emocionalmente reducida— el compromiso previo puede ser bastante atractivo, especialmente cuando aparece pintado por los intensos colores del retrato matrimonial de Sackville-West y Nicolson.

No obstante, el vínculo afectivo a menudo se combina con la sexualidad y esto produce un resultado feliz para muchos amantes. En una escena inicial de la película de Woody Allen *Días de radio*, ambientada en los días de la Segunda Guerra Mundial, un pequeño y anciano abuelo está parado detrás de su enorme esposa, tratando de meterla en uno de los corsés de torso completo que las mujeres usaban en los años cuarenta. La escena es cómica, pero va más allá de lo meramente humorístico, al evocar el casual pero tierno carácter terrenal de una pareja que ha compartido medio siglo de intimidad física. Ambos están a gusto, profundamente desvergonzados ante el otro, a pesar de los estragos del tiempo y la gravedad, y su intimidad es extremadamente conmovedora para el espectador.

El vínculo afectivo se basa en la mutualidad y el calor y, sobre todo, en la confianza y la lealtad. Este tipo de vínculo otorga lo que Lasch ha denominado un «refugio en un mundo cruel». La imagen que tenemos de relaciones como esta evoca al hogar y la chimenea, a los placeres familiares, a una paz sosegada y las comodidades del hogar. En la mejor de estas relaciones, los amantes han construido para ellos mismos un contexto rico en significado: ellos mantienen un banco de memoria conjunto, comparten antiguas bromas, reeditan constantemente la mitología familiar, renuevan los álbumes de fotos e intercambian recuerdos y chismes. Su vínculo es aquel de los

---

<sup>6</sup> Ibid, 231.

valores, hábitos y placeres compartidos y vigentes. En resumen, los amantes hacen válidas las vidas del otro y otorgan suficiente calidez, no solo para ellos mismos, sino para aquellos que los rodean, hijos y amigos. Si nuestros padres tuvieron una relación como esta, nos consideramos afortunados; si no, envidiamos a nuestros amigos, cuyos padres sí la tuvieron. Quizá la razón sea que estas relaciones dejan un espacio para los hijos, mientras que las variedades más apasionadas no lo hacen. Como sea, cuando pensamos en lo que queremos para nosotros, usualmente soñamos despiertos con un amor que sea más apasionado que uno de compañía.

Algunos amantes afectivos pueden anhelar la pasión, pero temen hacer cualquier experimento nuevo, ya que conocen únicamente las alternativas negativas al vínculo de compañía; ellos piensan en aquellos que viven solos y en una lucha mutua. Algunos amantes apasionados, saliendo de romances tempestuosos que los han dejado agotados e inseguros frente a tanta intensidad, están ansiosos por buscar refugio en los vínculos afectivos. Muchas parejas reciben con ansias y afirman contundentemente la metamorfosis de la pasión a un amor más tranquilo. Existen una felicidad y una tranquilidad constantes, y la seguridad de que la pareja ha llegado a una apreciación buena y realista del otro y no necesita temer a cambios intempestivos o a una desidealización radical.

Además, siempre existe entre los amantes cierta medida de gratitud, gratitud por ser entendidos y afirmados y por tener a alguien a quien recurrir en aquellos inevitables momentos de dolor, pena, depresión y mala fortuna. Las alegrías de la tierna preocupación pueden ser lo suficientemente amplias, particularmente si los amantes han gozado, en algún momento, las alegrías de una unión más extática. Digo esto porque, al haber tenido la experiencia, saben lo que es y no necesitan sentir que han sido engañados y, así, gozan de mayor libertad para apreciar el valor de lo que queda.

¿Cuáles son los requisitos que permiten que la calidez del vínculo afectivo se prolongue? Los amantes deben establecer cuál será la distancia óptima entre ellos, haciendo posible una unión sin destruir la autonomía como producto de la dominación o la sumisión. Para la mayoría de amantes, lograr la distancia óptima tiene dos significados: que el amante tenga la habilidad para estar solo periódicamente sin sentirse vacío y que tenga la capacidad para abrirse en la intimidad. Deben existir algunos acuerdos mutuos factibles, tanto para la intimidad como para la separación. De lo contrario, los vínculos demasiado amorosos son experimentados como intrusiones; o la más corta de las separaciones —para alguno de los amantes—, como intolerable. El amante debe ser capaz de renunciar periódicamente a su urgencia por cuidar del *otro* y permitir a la persona amada alejarse. Los individuos que poseen una mayor capacidad para mantener la paradójica postura requerida en el amor —la habilidad para alcanzar la unión sin comprometer la autonomía y para tolerar la soledad sin que el *self* colapse—

son con frecuencia aquellos con un fuerte sentido del *self*; ellos no deben sucumbir a la tentación de los triángulos o la soledad para conservar la autonomía. Sin embargo, existen otros tipos de balances factibles; por ejemplo, si ambos amantes tienen problemas de dependencia significativos, pueden necesitar y tolerar una proximidad mayor que la normalmente requerida.

Los amantes deben ser capaces de contrarrestar esas desilusiones tan prolíferas en las relaciones comprometidas. Es más fácil contrarrestar estos problemas cuando la idealización del otro por parte de los amantes no ha sido demasiado extrema, lo que significa que se ha basado en atributos que eran percibidos adecuadamente y realmente valorados. Más importante, el amante debe ser capaz de tolerar alguna frustración y estar satisfecho con lo bueno, sin demandar una perfección imposible del carácter de la persona amada o de sus aportes. En este sentido, el amor dichoso depende, en parte, del temperamento, de la habilidad de ver la vida balanceadamente. El amante debe ser capaz de pasar por alto algo de lo negativo, de pestañear y hacerse el de la vista gorda, de negar y perdonar.

Además, como sabemos, los problemas existenciales con los que los amantes se encuentran pueden intensificarse por el carácter o por ciertos tipos de problemas neuróticos. Los perfeccionistas sufren tanto en la vida como en el amor. Cualquiera propensión a generar y abrigar ira, celos o envidia actúa en contra de la capacidad por perpetuar el amor. Ningún amante puede sentir tanta hostilidad —derivada del pasado, pero experimentada en el presente— como para que se vuelva imposible mantener la buena voluntad hacia la persona amada.

### **PASIÓN QUE PERDURA: LOS POCOS AFORTUNADOS**

En contraste con la postura teórica dominante de que la pasión debe disminuir, existe otra proposición teórica que sugiere que el amor apasionado puede, de hecho, sobrevivir. Georg Simmel toma esta última posición:

[...] el amor puede levantarse nuevamente en el preciso momento de su caída. Desde la perspectiva de su significado, el amor permanece fijado dentro de un proceso de oscilación rítmica. Los momentos de satisfacción se encuentran en sus pausas. Sin embargo, cuando el amor está fijado en las mayores profundidades del alma, el ciclo de tener y no tener describe solo la forma de su expresión y su apariencia exterior. El ser del amor, el puro fenómeno de lo que se desea, no puede acabarse con la contemporización de este deseo.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Georg Simmel, *On Women, Sexuality and Love*, traducido y con una introducción de Guy Oakes (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1984), 133.



Estoy de acuerdo con Simmel en que para pocos afortunados la intensidad apasionada perdura y no se desvanece para ser subsumida en el calmado amor de compañía que los médicos de la salud mental defienden.<sup>8</sup> Durante el tiempo que los amantes comparten una fascinación mutua por el otro, ellos pueden arreglárselas para mantener un amor apasionado, en el cual el deseo y la satisfacción se alternen sin suponer el final del amor.

Preguntar si es posible mantener la intensidad del periodo de noviazgo a lo largo de una relación comprometida sea quizá formular la pregunta equivocada de manera inadecuada. Una relación apasionada prolongada es más cercana a lo que Simmel describe; es una relación en la cual la capacidad para un compromiso apasionado permanece viva y surge intermitentemente. Mientras que los amantes pueden no estar tan obsesionados con su amor a cada momento durante la etapa del noviazgo —tal obsesión no es completamente consonante con la vida funcional—, ellos pueden sentir, sin embargo, que cualquier separación o amenaza de ruptura puede, con bastante rapidez, volver a llevar a la pasión a su cúspide. Incluso sin esta amenaza, los amantes experimentan intervalos periódicos de intensidad, una especie de «ataques de amor». Ellos mantienen su interés y su compromiso con la subjetividad del *otro*; y continúan experimentando momentos de una «fusión» conmovedora.

Sin embargo, la posibilidad de una relación apasionada requiere de ciertas condiciones previas. En primer lugar, los amantes deben estar dispuestos a hacer una especie de compromiso apasionado con el otro. Este no necesita ser legal, pero ciertamente necesita ser espiritual. George Sand, quien no es precisamente reconocida por una vida de fidelidad a un solo hombre, le escribió a su hijo Maurice la siguiente carta:

Casarse sin amor es cumplir una condena perpetua en las galeras. He escuchado que dijiste, hace no mucho, que te considerabas incapaz de amar a alguien *para siempre* y que no podías garantizar que serías fiel a tus votos matrimoniales. Si realmente lo dices en serio, entonces no te cases, porque, de hacerlo, a lo largo te convertirás en un cornudo, y bien merecido. Si te casas con esa mentalidad, estarás simplemente compartiendo tu vida con una víctima brutalizada, una furia celosa o un engaño por el cual no podrás sentir nada más que desprecio. Cuando uno ama de verdad, está completamente seguro de que será fiel. Uno puede equivocarse, pero lo *cree*; los votos que uno hace, se hacen de buena fe y uno es feliz por el tiempo que se es fiel a ellos. Si un amor exclusivo no puede durar por toda una vida (y nunca he encontrado una prueba satisfactoria de que pueda hacerlo), por lo menos da muchos años felices, por el tiempo que la creencia de que es posible persista [...]. El día en que vea que estás seguro de ti, dejaré de preocuparme.

---

<sup>8</sup> Citado en Maurois, *Lelia*, 355.

Podemos pensar que lo que Georg Sand discute aquí es una especie de «buena fe existencial»; una voluntad y habilidad para creer completamente en un compromiso (o causa, u obra), una aceptación análoga a la «suspensión voluntaria de la incredulidad» de Coleridge. El escepticismo como el que el hijo de Georg Sand aparentemente expresaba es frecuentemente solo una defensa o una máscara para la incapacidad o la falta de voluntad para someterse a los riesgos del amor sin garantías.

Sin embargo, no se puede negar que preservar la intensidad supone problemas especiales. Mientras que la emoción depende de lo novedoso, de la *otredad*, la intimidad y la seguridad con mayor frecuencia dependen del conocimiento. Por eso, parecería casi una contradicción en los términos esperar que las parejas amorosas íntimas puedan conservar la emoción por un periodo largo de tiempo. El dilema está en cómo perpetuar el misterio, la incertidumbre y la novedad, al mismo tiempo que se integran a una relación estable. Los amantes exitosos resuelven intuitivamente, o accidentalmente, el problema de maneras creativas. Existe una variedad de estrategias que distintas parejas de amantes utilizan para desatar este curioso nudo gordiano. La emoción puede conseguirse a través de la incertidumbre, separaciones periódicas, compartir proyectos externos, la originalidad y, quizá más importante, por una accesibilidad al inconsciente y a los alcances primitivos del alma de uno y de la del amante. Puede renovarse por las amenazas de la triangulación, a pesar de que esto a veces se vuelve desestabilizador, en lugar de simplemente emocionante. Además, la intensidad puede, en ocasiones, mantenerse gracias a ataques neuróticos en particular.

Aquellos amantes que hacen uso de la separación —física o geográfica— para mantener la emoción del amor, encuentran que sus periodos separados les ofrecen oportunidades para un cambio interior o *insight*. Las personas creativas son más aptas para aprovechar esto, porque ellos requieren frecuentemente de intervalos de separación y aislamiento para un desarrollo interior y pueden, con mayor facilidad, convertir estos periodos en un tiempo de crecimiento. Aquellos cambios internos e *insights* creativos que se han generado en la separación son traídos al interior de la relación, la cual se empapa de un nuevo misterio. Cuando esto funciona es, por supuesto, un logro extraño, uno al que se llega intuitivamente, no por una programación o conspiración previa. Su rareza probablemente esté relacionada al hecho de que *ambos* amantes deben gustar de la separación periódica, y esto usualmente solo le sucede a uno de ellos. El peligro es, por supuesto, que se enfatice más la separación que la reunión.

Algunos amantes encuentran emoción en un proyecto externo compartido. Esto puede tomar la forma de una causa que dispara la imaginación de ambos, ofreciéndoles

una fuente conjunta de emoción proveniente del mundo exterior. Ellos estarán de acuerdo con la declaración de Antoine de Saint-Exupéry de que «el amor no consiste en contemplarse el uno al otro, sino en mirar hacia fuera en la misma dirección».<sup>9</sup> Para muchos, la causa común es política, pero puede ser artística, religiosa, altruista o incluso, si pensamos en Harry Helmsley y su Reina, de naturaleza mercantil. Comprometidas mutuamente, las parejas apasionadas a menudo se encuentran en el nacimiento de causas, conjuntamente comprometidas en hacer el bien, corregir la injusticia, reformar, preservar o revolucionar. Uno recuerda a la proverbial pareja izquierdista que nunca se casó, porque ambos estaban intelectualmente comprometidos con la proposición de que el matrimonio era burgués, pero que permanecieron juntos, vergonzosamente fieles y apasionados. Otra versión fantástica es la de las películas de Nick y Nora Charles en las que Myrna Loy y William Powell representaban a los muy sofisticados, amorosos y románticos detectives. Esta tradición ha continuado en la televisión con los McMillan y los Hart, así como también con Mrs. King.

El sueño de muchas personas es encontrar una relación amorosa que también comprenda un trabajo creativo en el cual colaboren ambos. Esto es generalmente común en el negocio de la música pop, las películas y el teatro, a pesar de que el apego de las parejas puede o no perdurar. Uno piensa en los Lunts, Lennon y Yoko Ono, etcétera.

Ocasionalmente, un amante será capaz de encontrar un propósito y emoción al servir la causa del otro. Una mujer que conozco —que no aparentaba ser psicológicamente servil en absoluto— orquestó una vida creativa imaginativa alrededor de la obra maestra de su esposo, la cual ambos consideraban comprometida, entregada y al servicio de un mundo mejor y más justo. Paradójicamente, para la observadora, la verdadera creatividad pertenece a ella; ella es una de esas raras personas cuyo arte se expresa a sí mismo en la creación de aquellos luminosos escenarios cambiantes de la vida diaria. Ella se involucraba en la administración y aspectos prácticos de la carrera de su esposo para que él pudiera concentrar sus habilidades donde más se necesitaran. Pero ella es el centro emocional, él de alguna manera se apagaría sin ella. Las virtudes intuitivas, interpersonales y sociales que ella posee compensan las deficiencias que él presenta en aquellas áreas y hacen posible que ella se mantenga en una relación que pudo haber sido muy desequilibrada.

Históricamente, dada la preeminencia concedida a los hombres y su trabajo, la colaboración creativa usualmente consistía en una esposa que servía de asistente a los dones y proyectos de su esposo. Y tales relaciones todavía están entre nosotros en un

---

<sup>9</sup> Citado en Linda Schierse Leonard, *On the Way to the Wedding: Transforming the Love Relationship* (Boston: Shambala, 1986), 133.

grado elevado. Sin embargo, estas colaboraciones unilaterales a menudo resultan extremadamente vulnerables. Jane Carlyle, quien hizo una carrera de la protección de la prodigiosa productividad de Thomas Carlyle —y escribió ingeniosamente acerca de las peleas que ella tenía con sirvientes y rumores— fue casi destruida emocionalmente por las atenciones de su esposo con otra mujer; y Sophie Tolstoi terminó lamentando los servicios como secretaria de su propia hija con León Tolstoi. Sin embargo, algunas asociaciones no equitativas han sido, y son, satisfactorias para ambas personas.

Algunas parejas, por supuesto, comparten búsquedas en una manera genuinamente igualitaria.<sup>10</sup> Frank Sed y Maisie Ward se involucraron en un «prolongado romance» dentro de su largo matrimonio. En *Frank and Maisie: A Memoir with Parents*, su hijo, Wilfred Sed, relata de modo genial su extraordinaria relación. Su éxito parecía provenir de muchas raíces diferentes. Para empezar, Maisie Ward y Frank Sed se rescataron el uno al otro de inicios insatisfactorios —o limitantes—, compartieron una pasión conjunta y formaron Sed and Ward Publishing, una empresa que jugó un papel importante en la evolución del catolicismo contemporáneo. Ella era una hija de la alta burguesía inglesa católica, que llegaba a la vida adulta sin objetivos claros; con energía y visión, pero sin carrera. Él era un australiano que carecía de propósitos y que descubrió su destino en Maisie y en la cultura católica de su familia.

Comúnmente se entendía, en el hogar Sed, que Frank rescató a Maisie. Con seguridad, *ella* lo entendió así y le comunicó un sentimiento de gratitud eterno, el cual endulzó su matrimonio, por más empalagoso e infantil que esto pueda parecerles a las feministas modernas. De hecho, existía gratitud de ambas partes, cuando Frank apreciaba su regalo en un asombro infinito, y le otorgaba una duración vibrante a su amor, como nunca he visto, sin importar el método [...]

[...] No era un caso rutinario de un hombre salvando a una mujer—los Ward eran demasiado orgullosos como para pensar que necesitaban ser salvados por alguien, y un australiano de clase media baja era un desastre como matrimonio; era más parecido a un extraño que se presentaba con la mitad del código, justo cuando la otra mitad había desaparecido—.

El código se convertiría en el extraño mundo de Sed y Ward, un gemelo siamés de una vocación que ninguno de los dos hubiera podido perseguir solo.<sup>11</sup>

Frank y Maisie tuvieron una vida de «independencia conjunta»,<sup>12</sup> en la cual Frank estaba constantemente viajando, ya sea atendiendo a sucursales de la editorial o,

<sup>10</sup> Wilfred Sed, *Frank and Maisie: A Memoir with Parents* (Nueva Cork: Simon & Schuster, 1985), 255.

<sup>11</sup> *Ibid*, 59-60.

<sup>12</sup> *Ibid*, 262.

luego de que la familia se mudara a Estados Unidos, haciendo peligrosas visitas durante el tiempo de guerra a Inglaterra. A pesar de que la pareja compartía búsquedas apasionadas, ellos mantuvieron cuentas bancarias separadas y, dentro del contexto de sus intereses e ideales totalmente compartidos, siguieron actividades ligeramente diferentes, entusiasmados, como lo estaban, por aspectos distintos de la vida religiosa. «Solo era cuestión de énfasis, cada uno compartía el entusiasmo del otro más que cualquier otra persona, pero Frank, el abogado, se emocionaba con la resolución de antiguos malentendidos, mientras que Maisie, la activista, amaba ver a la Iglesia en movimiento, “hundiéndose con ella”, o avanzando a su lado».<sup>13</sup> Respecto a su vida en pareja, ellos hicieron todo intuitivamente, sin tomar consejo alguno de los manuales matrimoniales. Entre otros elementos que contribuyeron a su buena fortuna como pareja, el hijo señala que su padre no sentía envidia por su esposa y gozaba con su éxito, incluso durante un periodo en el que él se encontraba «de capa caída».<sup>14</sup>

Un buen número de «parejas literarias»<sup>15</sup> parecen haber tenido mucho éxito al combinar sus vidas amorosas y laborales: los Browning, Beatrice y Sydney Webb, e incluso yo incluiría a Virginia y Leonard Woolf. El igualitarismo y, por ello, la estabilidad de los Webb y los Woolf puede haber adquirido un estímulo —en adición a la auténtica genialidad tanto de Beatrice, como de Virginia— del hecho de que ambas mujeres se casaron con «inferiores», contrarrestando, de este modo, la tradicional tendencia de conceder prioridad al hombre.

Luego, está la relación entre George Eliot y George Henry Lewes, la cual no solo niega las expectativas comunes, sino que las revierte.<sup>16</sup> Su amor, generalmente considerado exitoso, hizo posible que Lewes sirviera como ayudante a la carrera literaria de Eliot. A continuación cito un extracto del diario de ella, escrito aproximadamente cuatro años después de que su relación, la cual duró hasta la muerte de Lewes, hubiera empezado:

Mi vida ha adquirido una profundidad indescriptible durante el último año: siento una capacidad mayor para el placer intelectual y moral, un sentido más agudo de mis deficiencias en el pasado, un deseo más solemne de ser fructífera al combinar deberes, de lo que recuerdo haber sido en cualquier periodo anterior de mi vida. Y mi felicidad también se ha profundizado: la bendición de un amor y una unión perfectos crecen diariamente [...] Pocas mujeres, temo, han tenido las razones que yo tengo para pensar que

<sup>13</sup> Ibid, 257.

<sup>14</sup> Ibid, 255.

<sup>15</sup> La frase pertenece a Elizabeth Hardwick, en *A View of My Own* (Nueva Cork: Noonday Press, 1963), 88.

<sup>16</sup> Este punto es enfatizado por Phyllis Rose en *Parallel Lives*.

los largos años de sufrimiento de la juventud valieron la pena por el bien de la madurez.<sup>17</sup>

La mayoría de las mujeres aman esta historia de amor; es una de las pocas en las cuales el hombre nutre la creatividad de la mujer. Lewes estuvo extremadamente involucrado en el trabajo de Eliot y fue un elemento decisivo para que ella escribiera su primera novela, ya que asumió la responsabilidad de muchos negocios por ella y compartió con ella lo que parece ser un verdadero matrimonio entre sus mentes. Así, existía un elemento muy fuerte de un proyecto conjunto que los vinculaba.

También existía un fuerte elemento no convencional. Eliot y Lewes vivieron juntos por veinticinco años sin beneficio del clero —de hecho, en un desafío activo del buen comportamiento de su época—. La verdad era que Lewes no podía divorciarse y volverse a casar. A pesar de que su esposa, Agnes Lewes, después de ocho años de matrimonio y cuatro hijos, había iniciado un romance con otro hombre y había tenido hijos con él, Lewes había aceptado e incluso consentido el arreglo y, por eso, no pudo justificar un divorcio posterior.<sup>18</sup> Poco después de la muerte de Lewes, Eliot contrajo matrimonio con un amigo de muchos años y aparentemente algunas personas no pudieron perdonar su salto a lo convencional.

Otros amantes menos exaltados manifiestan lo no convencional con un efecto positivo similar. Una pareja amorosa fue la primera que conocí —y la primera en su generación— en adoptar un matrimonio abierto. A pesar de que ambos eran heterosexuales, se les puede considerar una versión americana de los últimos días de los Nicolson. En conjunto, me parece que esto no funciona a largo plazo, siendo los celos no solo una respuesta convencional y «conservadora», sino una con profundas raíces en nuestra experiencia de los primeros años de vida. Sin embargo, esta pareja logró incorporar libertad sexual a su identidad conjunta como pareja, porque los hizo pioneros de una clase; ellos ganaron una nueva libertad dentro de los límites de una relación comprometida, estableciendo así su carácter especial y celebrando su vínculo espiritual como algo trascendente sin necesidad de las constricciones de la carne. Su emoción consistía en la continua reafirmación conjunta de su valía frente al mundo exterior.

Quizá la manera más confiable y menos problemática de conservar la emoción —y este juicio seguramente refleja mi predisposición psicológica— sea ser capaz de compartir nuevas percepciones e *insights* provenientes de inconsciente. Este tipo de emoción no depende de ningún tipo de drama externo, sino de la sensibilidad a las

<sup>17</sup> Citado en Patricia Beer, *Reader, I Married Him*, 14-15.

<sup>18</sup> *Ibid*, 15-16.

etapas del desarrollo emocional de uno a lo largo de los ciclos de vida ordinarios. En resumen, los amantes emprenden un viaje emocional y psicológico conjunto y, para aquellos que tienen una consonancia psicológica —digo en *consonancia*, no amoldados—, hay suficiente novedad y sorpresa para conservar la nota de emoción. Para ellos, la emoción de un viaje conjunto de descubrimiento reemplaza aquel de la búsqueda amorosa.

Incluso sin una aptitud psicológica especial, la intensidad pasional puede mantenerse viva por medio del acceso al inconsciente y a lo «primitivo». Los analistas del amor algunas veces parecen tan comprometidos con promover la «madurez», que tienden a no ver la importancia de continuar ingresando a los aspectos regresivos dentro de todos nosotros. Una de las fuentes del amor y una de sus mayores fuerzas, parte de su misma naturaleza, es que normaliza y armoniza la expresión de deseos infantiles y prohibidos. Extrañamente, por miedo a parecer infantil, muchos amantes tienden a permitir la regresión únicamente dentro de la esfera sexual; quizá debido a que las personas están condicionadas a pensar que el sexo es adulto y maduro por definición, sin importar la forma que tome, mientras que a otros comportamientos no se les concede el mismo carácter.

Para muchos amantes, la libertad para utilizar lenguaje infantil, para mimar y ser mimados, para representar dolor o ira infantiles perpetúan los placeres creativos del amor. El distinguido académico que, en la privacidad de su dormitorio, bufonea y representa a la pequeña vagabunda de Charlie Chaplin con su amada, revive su juventud y brío. ¡Cuánta más libertad experimenta él que aquellos que se sienten obligados a llevar sus relaciones íntimas con un aire de importante seriedad! En realidad, una de las alegrías de la intimidad real es la libertad que otorga para superar todas las capas de la adultez que puedan sentirse sobrepuestas y demasiado pesadas. Y aun así, seguramente existe un prejuicio contra tales «infantilismos». Tomemos, por ejemplo, la queja levantada contra el duque de Windsor en una reciente reseña de un libro. Al comentar sus cartas de amor, el crítico escribe: «Él tiene todo lo que se podría desear de un hombre enamorado —mucho más de lo que uno desearía, ya que se entrega a los mimos del lenguaje infantil—»<sup>19</sup> a como si la pasión y el lenguaje infantil fueran incompatibles.

Incluso muchas voces distinguidas, particularmente aquellas no sobrecargadas con el peso de la literatura psicológica sobre la madurez, hablan de los placeres de la regresión dentro de la libertad que otorga el amor. Si el lenguaje infantil ofende

---

<sup>19</sup> Revisión de Judith Martin de *Wallis and Edgard: Letters, 1931-1937*, The New York Times Book Review, 29 de junio de 1986, 12.

—y seguramente ofende a muchos—, entonces por lo menos pueden defenderse la diversión y la risa. Uno no debe olvidar que una de las mayores alegrías del amor es liberarse del *self*; y una faceta de liberarse del *self* es liberarse de las obligaciones, de la seriedad, de las restricciones de la madurez y del mundo considerado juicioso.

La diversión, por supuesto, exige una capacidad imaginativa. Como ya se ha sugerido, esto se presenta a los amantes, más fácilmente, en la cama. C. S. Lewis opina al respecto:

Extrae el juego y la risa de la cama del amor y puedes dejar entrar a una falsa diosa. Ella será incluso más falsa que la Afrodita de los griegos; para ellos, incluso mientras la adoraban, sabían que ella era “amante de la risa” [...] No nos encontramos en la obligación de cantar todos nuestros duetos de amor en la manera vibrante, eterna, desgarradora de Tristán e Isolda; en cambio, déjenos cantar frecuentemente como Papageno y Papagena.<sup>20</sup>

Los amantes actúan en la cama de una manera que no desean que sea conocida por nadie más; parte de la confianza y el regalo del amor es que en él podamos llevar a cabo fantasías que reflejan parte de nosotros —la parte que reservamos para almas gemelas, y no para la actividad diaria—. Y, por supuesto, este es uno de los secretos de preservar la lujuria en las relaciones comprometidas. Esta es la razón que tantos objetan a la aproximación a la sexualidad de Masters y Johnston; al programar el sexo, cualquier inclinación hacia la diversión es efectivamente destruida. Algunos terapeutas sexuales intentan superar este problema innato al recomendar a sus clientes compartir fantasías —cualquier solución por salvarlos del desempeño rutinario—.

Aquellos que detestan el infantilismo o se sienten limitados en la diversión dentro y fuera de la cama, pueden aún encontrar desfogues que cumplan una función similar. Para algunos, los juegos son una forma alternativa. Conozco algunos amantes que hallan su salida al incorporar algunas diversiones, quizá batallas fingidas dentro de sus habituales partidas de *backgammon* o naipes, tenis o ajedrez. (Tal diversión puede, también, encontrar su camino dentro de la amistad. Pienso, por ejemplo, en dos hombres muy ricos, quienes bromeaban todo el tiempo con el pago de las cuentas de restaurante. Ellos alternaban el pago de las cuentas de la cena, y cada uno intentaba siempre burlar al otro tratando de recoger la cuenta de la cafetería en lugar de la del restaurante de lujo).

Están también aquellas amorosas parejas apasionadas que son «las grandes parejas románticas peleadoras» e incluso otras que tienen rugientes peleas que no los enemistan. Tales amantes son capaces de expresar su autonomía, a menudo a gritos, dentro del contexto de un compromiso amoroso. Paradójicamente, el producto de las riñas

---

<sup>20</sup> Lewis, *The Four Loves*, 140-141.



sin restricción es lo que conserva la autenticidad de la parte *emocional* de su vida en pareja, salvándolos de la lasitud. Parece que algunos hombres «duros» se llevan mejor con mujeres combativas; la fuerza de la mujer es una póliza de seguro contra el daño que ellos sienten que pueden infringir inadvertidamente en mujeres sumisas.

Pero el amor es, de hecho, idiosincrásico. En oposición a aquellos que encuentran emoción al sondear las profundidades, algunos amantes mantienen la intensidad al rozar la superficie. Ellos no tienen un gusto real por la intimidad profunda; para ellos, la ignorancia algunas veces conserva el misterio. Algunos amantes evitan intencionalmente saber demasiado sobre la persona amada; la superficialidad aparente es, en parte, un deseo casi conciente por preservar la *otredad* y el misterio. Esta reacción es similar a aquella de un hombre que conozco con respecto a los platos que adora comer; él insiste en que su esposa nunca le reveló los ingredientes y por eso estropeó su placer. Debido a que la intensidad se incrementa en la novedad, el misterio y cierto carácter esquivo, algunos esquizofrénicos parecen enormemente interesantes. Paradójicamente, es su locura la que hace el papel del misterio y la profundidad, y esta cualidad algunas veces inspira fascinaciones de largo plazo, si no siempre amor.

Existe otro tipo de carácter esquivo que puede mantener a la pasión viva, por lo menos para la mayoría de los amantes. Siempre pensé que la razón por la que mi abuelo permaneció tan apasionadamente enamorado de su adorada segunda esposa se debió, en parte, a que ella continuó enamorada de su difunto esposo. Así, el gran amor de su vida estancó el amor de mi abuelo. Otras parejas parecen tener sus propias versiones de *La Ronde*.

Debido a que los celos impulsan la intensidad, uno u otro de los amantes puede intuitivamente traer alguna amenaza de triangulación dentro de la relación. Y, por supuesto, la falsa amenaza de una triangulación es un sello de las comedias románticas de Hollywood. Incluso en la película *Topper*, cuando Cary Grant y Constante Bennett son fantasmas, se da lugar a un triángulo. Bennett decide que ambos irán al infierno a menos que hagan una buena acción, y su buena acción será liberar a su estirado y serio banquero. En el curso de su «rescate», ella pasa la noche con él en un hotel —castamente, por supuesto, porque ella es, dentro de todo, un fantasma—. Incluso así, la reacción de Cary Grant es notable: él está celosamente agitado y alterado.

En *Love in Bloomsbury*,<sup>21</sup> Frances Partridge cuenta su noviazgo, romance y eventual matrimonio —el cual resulta ser largo y exitoso, a pesar de sus inicios poco convencionales— con Ralph Partridge, y en la narración se nos introduce dentro del drama de varios romances entrelazados. Cuando Frances conoce a Ralph, él estaba

<sup>21</sup> Frances Partridge, *Love in Bloomsbury* (Boston: Little, Brown, 1981).

involucrado en un *menage à trois* relativamente estable. Estaba casado con Dora Carrington, a quien amaba, pero ella estaba enamorada de Lytton Strachey, quien en cambio amaba a Ralph. Como Lytton era homosexual, el amor de Dora por él no podría nunca convertirse en lo que ella quería. Sin embargo, como Ralph la adoraba, Dora había accedido a casarse con él, en parte porque él era muy infeliz y, en parte, porque ella vio que la buena amistad entre Ralph y Lytton podría en realidad consolidar su propia posición.

Dora escribió una de sus cartas más conmovedoras a Lytton en la víspera de su matrimonio en 1921:

Así que ahora no podré decirte nunca que me importa. Después de hoy, iré a algún lugar dentro de mí, y no lo resucitaré para no herirte a ti o a Ralph. Nunca más. Él sabe que no estoy enamorada de él [...] lloré anoche al pensar en mi salvaje y cínico destino, el cual ha hecho imposible que mi amor pueda alguna vez serte útil. Nunca lo supiste, o nunca sabrás acerca del gran y devastador amor que sentí por ti [...]. Estaré contigo en dos semanas, qué agradable será eso. Y este verano estaremos felices todos juntos.<sup>22</sup>

Los tres vivieron juntos en un *menage* relativamente estable, hasta que Ralph, desesperado por una relación realmente íntima con Carrington, se enamoró de Frances y, eventualmente, contrajo matrimonio con ella, por encima de las intensas objeciones de Lytton y Carrington. Incluso entonces, los cuatro continuaron pasando mucho tiempo juntos, hasta 1932, cuando Lytton murió de cáncer al estómago y Carrington se suicidó por la muerte de su gran amor. Por supuesto, la relación entre Carrington y Lytton es una historia no convencional de una relación —amorosa— entre un amante apasionado y uno cariñoso. Curiosamente, y felizmente, los Partridge mismos llegaron a vivir una vida matrimonial extremadamente estable y profundamente amorosa, que duró hasta la muerte de Ralph —una relación aparentemente bastante libre de triángulos luego de sus tempestuosos inicios—. Frances había permanecido en un romance ampliamente ambiguo, a pesar de las advertencias y admoniciones de muchos de sus amigos y familiares, y ella y Ralph de esta manera demostraron que los inicios favorables no son un requisito para un amor apasionado en última instancia exitoso y perdurable. De hecho, la misma incertidumbre del comienzo puede servir para hacer su eventual felicidad más dulce.

Algunos pocos amantes conservan la intensidad incluso de otra manera. Ellos forman una especie de hermandad. Para ellos, la emoción es renovada en el contacto de sus límites —como «nosotros»— con el mundo exterior. Ellos reflejan el carácter

---

<sup>22</sup> Ibid, 94.

especial y el valor del otro. En algunas ocasiones, ellos son los *darlings* de su círculo social, algunas veces los niños terribles, algunas veces los que poseen un estilo particular de apreciar el arte dentro del páramo crudo y vulgar que los rodea. Ellos están más fundamentalmente cerrados al mundo exterior que aquellas otras parejas que acabo de describir —y por eso son criticados por los observadores e incluso algunas veces por sus propios hijos, quienes se sienten excluidos—, pero sus vínculos son ciertamente apasionados y duraderos. Como observadora, encuentro este tipo de amor bastante exitoso en una dimensión, pero, en última instancia, extremadamente limitante. Me parece que los amantes recuerdan aquel momento en la vida de los adolescentes cuando, sintiéndose débiles dentro y fuera de sí mismos, crean un vínculo con otros iguales a ellos con la finalidad de reunir la fuerza requerida para sortear el mundo. Esta medida «narcisista» en los adultos no ofrece ningún *otro* viable, ninguna trascendencia, solo un espejo. Se observa este tipo de relación, en ocasiones, entre amantes homosexuales que se visten y se ven similares; es igualmente frecuente entre heterosexuales, pero más difícil de señalar. En esas instancias, el solipsismo de la pareja —el «nosotros»— a veces parece haber reemplazado la tendencia individual hacia el solipsismo.

\*\*\*\*\*

No es posible, a partir de lo que he expuesto, escribir una receta para el romance. La prescripción de salud mental habitual para el amor se encuentra demasiado vinculada a la madurez psíquica, pero esta no garantiza la pasión. Es tan probable que la intensidad provenga de una compatibilidad neurótica, quizá entre una persona que necesita subordinarse y otra dominante. Lo mejor que uno puede esperar, fuera de encontrar una pócima para el amor, es una conciencia de los principales problemas inherentes al amor y una voluntad por experimentar estrategias para evitarlos. Sobre todo, en medio de cualquier crisis romántica, debemos recordar que el amor crece y disminuye, que el amor desfalleciente puede ser a menudo reanimado, y que, al modificar nuestro propio comportamiento, podemos ejercer un control limitado sobre los resultados de nuestros amores.

## EL AMOR NO CONVENCIONAL

El amor siempre produce envidia y, como consecuencia, frecuentemente genera desaprobación como parte del intento por desacreditarlo. Esta desaprobación se multiplica en caso de que el amor en cuestión sea inusual o no convencional. Muchos observadores del amor, debido a un respeto exagerado hacia la conformidad y lo

convencional, literalmente no se permiten ver —registrar— ciertas formas duraderas de amor. Si ellos sí las ven, las devalúan, porque tales amores violan demasiadas suposiciones de lo que el amor «debería» ser. Nuestra era es demasiado autocomplaciente en lo que se refiere a prácticas sexuales y, en cierta medida, esas complacencias son justificadas. Sin embargo, seguimos demasiado sentenciosos respecto a muchas de las variantes menos comunes del amor, por respeto a una jerarquía de valores que declara que el amor en su forma más elevada es aquel que ocurre entre un hombre y una mujer —aproximadamente de la misma edad y antecedentes— y que se expresa en el sagrado matrimonio. Yo respaldo de todo corazón esta como una forma de amor muy valiosa, aunque quizá la más difícil de perpetuar. No estoy de acuerdo con aquellos que sentencian otros tipos de emparejamientos como desviados, o como absolutamente pervertidos. El amor heterosexual, la casa, el hogar y la familia sobrevivirán en la ausencia de tales partidarios represivos.

Existen por lo menos tres tipos de amor hacia los cuales los observadores del amor son particularmente severos: el amor adúltero, el amor heterosexual con una diferencia de edad significativa y el amor homosexual. Los romances adúlteros son criticados no solo por la envidia que todo amor provoca, sino debido a que este pone en peligro al orden establecido. Amenaza a los esposos, a los hijos y a la familia de uno o ambos amantes. También puede ser perjudicial para un amante soltero, porque puede negársele, finalmente, el privilegio de concretar su amor en el mundo exterior.

Además, incluso si no resultan lastimadas por la relación adúltera, muchas personas casadas perciben al amor adúltero como una amenaza a sus propios matrimonios, al presentar la posibilidad de que ellas, también, podrían ser traicionadas. La respuesta de una mujer hacia un conocido divorcio ilustra cómo los juicios «morales» están, en ocasiones, vinculados a la situación personal. Ella se horrorizó ante el divorcio de Nelson Rockefeller y su posterior matrimonio con Margaretta Fittler Murphy («*Happy*»), asumiendo de manera automática, sin evidencia alguna, que Rockefeller había utilizado a su inocente primera esposa. Una vez que ella misma se embarcó en un romance adúltero, su actitud cambió drásticamente. De pronto, ella se convirtió en una defensora acérrima del punto de vista de «seguir tu destino sin importar adónde te lleve». Pero su respuesta original es común a muchas personas casadas, cuya seguridad está en un riesgo suficiente como para construir una pared de objeciones —muchas de ellas válidas— contra el adulterio.

Una crítica particularmente popular sería que los amantes adúlteros son la clase de amantes que solo pueden amar cuando el amor es prohibido, o aquellos que son tan inmaduros que huyen de la intimidad diaria del amor comprometido. Como sucede

a menudo con estas críticas, uno puede decir «sí y no». Algunas veces, claro, el amor adúltero destruye tanto a los amantes como a las familias. Y con seguridad es cierto que pueda prosperar de manera poco natural, debido a las restricciones externas que lo atacan. El amor adúltero puede adquirir algo de su intensidad del hecho de que el deseo de fusión de los amantes no es tan amenazador para la autonomía cuando están, por necesidad, separados. Su intensidad está en gran parte estimulada por la incertidumbre y los riesgos de la situación adúltera. El resultado es que la etapa de deseo apasionado del amor, la cual es relativamente breve, puede sostenerse por un largo tiempo poco característico. Además, cada amante permanece aislado de una completa exposición a aquellos sutiles defectos del carácter que son revelados solo después de un periodo de tiempo largo de aproximación.

Aun así, no puede negarse que algunos de los romances más transformadores y positivos son, en efecto, adúlteros. Algunas personas infelizmente casadas hacen uso de la reafirmación de la confianza que pueden obtener de un romance más dichoso y que eleve su ego para ser capaces de abandonar lo que se ha convertido en un matrimonio atrofiante, incluso cuando no pueden casarse con el amante que hace posible tal paso. Una mujer que se casó a una edad muy temprana con un hombre que resultó ser un alcohólico tuvo, sin embargo, una relación muy interdependiente con él. Una separación parecía impensable, pero ella se sentía cada vez más deprimida y asustada dentro de la relación. Como es bastante común en tales circunstancias, su inconsciente llegó a una solución. Ella ingresó, casi sin darse cuenta, a lo que llegó a ser una relación apasionada con un hombre con el que trabajaba. Esta relación resultó hacer las cosas más fáciles para ella, a pesar de que no ofrecía una solución más allá de ella misma, ya que su amante casado no podía convencerse de dejar a su esposa e hijos. Sin embargo, frente a la evidencia de lo que era posible en una relación, ella encontró el valor para ponerle fin a su problemático matrimonio. Su nuevo *insight* del amplio rango de posibilidades virtualmente exigía un divorcio, y por suerte para ella, no tenía hijos en ese momento que complicaran la decisión. Si bien su romance fue pasajero, fue un salvavidas. Su siguiente matrimonio, algunos años después, con un tercer hombre, resultó ser mucho más satisfactorio y dichoso que el primero, en parte debido a que ella había madurado lo suficiente como para necesitar menos dependencia neurótica.

Quizá no sea de dominio general cuántos romances adúlteros se extienden por un periodo prolongado. Esta es una de las informaciones que se revelan con mayor facilidad a los terapeutas, ya que ellos generalmente escuchan más de la verdad que los amigos. Se asume comúnmente que el amor adúltero o bien fracasa en su propia dinámica interna, o es exitoso solo cuando rompe los matrimonios de sus participantes.

Sin embargo, este no es siempre el caso; una de las formas más «satisfactorias» de amor adúltero es aquella en la que la relación adúltera perdura por un periodo de décadas, formando un triángulo estable. Este era, sin duda, un acontecimiento frecuente en ciertos países europeos durante el periodo en el que el divorcio no era común; tomemos, por ejemplo, el prolongado vínculo entre Juliette Drouet y Víctor Hugo, al que me he referido anteriormente. Pero el amor adúltero de larga duración es una variante que todavía está entre nosotros hoy en día, cuando el divorcio es mucho más asequible y los amantes ya no pueden racionalizar su adulterio como trágicamente necesario debido a las circunstancias. *No poder* divorciarse siempre ha sido una explicación más aceptable que *no querer* hacerlo. Sin embargo, todavía existen amantes que deploran el divorcio con fundamentos religiosos y morales —sus creencias a veces se refuerzan por una sólida cautela de *demasiada* unidad— y ellos mantienen romances muy largos. El más largo que he conocido personalmente tuvo como veintitantos años de duración. En algunos de estos amores adúlteros de larga duración, el centro emocional del amante está situado en gran parte en el mundo de la imaginación —imaginativo porque se apega a la relación adúltera secreta y debe mantenerla sin estar juntos diariamente o sin una validación del mundo exterior—. El «nosotros» es con frecuencia una creación completamente privada de dos seres aislados del mundo que los rodea. La vida diaria puede y usualmente debe continuar centrada en el mundo convencional, pero, entonces, esta debe vivirse sin un compromiso emocional total. Algunos, sin embargo, hacen el esfuerzo por integrar sus vidas sociales dentro de sus vidas íntimas y, consecuentemente, ambas están en el mismo mundo, pero esto de ninguna manera otorga un reconocimiento externo de su pareja.

Aun si uno puede condenar este tipo de relaciones desde una perspectiva religiosa o moral, desde el punto de vista de los participantes en lugar del de los observadores, estos romances proporcionan sentimientos de significación, trascendencia, experiencia decisiva y transformación que son la esencia de cualquier amor recíproco.

El amor es una síntesis creativa. Debido a que está comprendido en el campo de la imaginación, a veces puede, si es necesario, sobrevivir e incluso prosperar ahí. Al escribir sobre el amor místico, cuando los amantes están separados debido a un obstáculo externo, Alberoni afirma:

Cada uno de ellos vive en el corazón del otro y su amor se convierte en un deseo constante por el otro, en un sufrimiento porque no están juntos, pero también en una fuente constante de gran goce en las memorias, en la espera o simplemente en el pensar en su amor. Entonces, todo lo que sucede se vuelve incidental en comparación a este profundo amor que los perturba y

emociona... El amor se convierte en un lugar de regeneración, una isla alejada de lo incidental, el jardín de rosas en el medio del desierto, en el cual el alma sacia su sed y desde el cual puede retornar al mundo.<sup>23</sup>

Es difícil responder abstractamente si esta clase de amor imaginario es, en última instancia, enriquecedor o empobrecedor, ya que la experiencia de los amantes varía de acuerdo a las circunstancias y necesidades psicológicas. Para algunos amantes, sin duda, es la experiencia más decisiva y auténtica, a pesar de su aparente inmaterialidad.

He declarado estar de acuerdo con Simmel en que el amor apasionado puede perdurar. Sin embargo, mis concepciones pueden ser aun más heréticas. Si bien concuerdo en que la «madurez» —cualquiera sea su definición— puede ser el requisito común al amor, no creo que este sea siempre el caso. La pasión y la intensidad requieren de otra serie de atributos que pueden o no coexistir con la madurez, pero no dependen de ella. Lo que sigue es una extraña historia de amor, una que encuentro inolvidablemente conmovedora. Puede o no ser completamente real, pero no me cabe duda de que en su núcleo es emocionalmente verdadera. Me la contó la hija de uno de sus protagonistas, una observadora amigable y romántica.

*Tristán e Isolda* ha sido descrita como el elogio al amor erótico más grandioso jamás compuesto, y es la ópera de la cual mi padre, cuando adolescente, se enamoró. Él era un pianista y tocaba la partitura y sus ricas variaciones de los temas del amor, el deseo, la muerte, la noche y el nirvana con toda la pasión de una sensibilidad adolescente exquisita.

La ópera de Richard Wagner se basa en el mito de que el verdadero amor apasionado solo puede existir en la muerte, en donde los espíritus de los amantes pueden alcanzar la eternidad y consumir su amor por siempre.

La ópera empieza cuando Tristán está acompañando a Isolda, hija del rey irlandés, a desposar a su tío, el rey de Cornwall. Isolda está furiosa con Tristán porque este ha matado a su amante en un combate de caballeros. Isolda le ordena a su enfermera preparar un veneno que ella tomará junto con Tristán para matarse ambos. La enfermera sustituye el ingrediente de muerte con el de amor, y luego de que lo beben, ellos están vivos y apasionadamente enamorados para siempre.

En lugar de decir: “Un momento, la situación ha cambiado, debemos casarnos”, ellos siguen el curso designado y Tristán entrega a Isolda para que sea la esposa de su tío.

Ellos, sin embargo, acuerdan encontrarse escondidos en la noche y ser amantes adúlteros mientras cantan, con nostalgia:

“So starben wir, um ungetrennt  
Ewig, eining ohne end“

---

<sup>23</sup> Alberoni, *Falling in Love*, 123.

[“Así podemos morir unidos  
Siempre uno sin final”].

Su unión es traicionada por el mejor amigo de Tristán, quien también se ha enamorado de la hermosa reina, y el Rey los descubre haciendo el amor. Tristán, mortalmente herido por la espada de su mejor amigo, es desterrado a una isla en su desgracia. En ella, él espera ansiosamente que Isolda llegue a cuidar de él. Cuando finalmente ella llega, él está muriendo y cantan los momentos más gloriosos en esta partitura profundamente apasionada, la famosa *Liebestod* (el amor en la muerte). Tristán muere a causa de sus heridas e Isolda, por fuerza o voluntad, lo sigue a la muerte poco después.

Mi padre fue criado en un decente hogar de clase media junto con muchos hermanos menores, un padre débil y una madre casi inválida. Los niños fueron criados por una amorosa y robusta enfermera, una mujer que le llevaba a mi padre veinte años. Durante su etapa de *Tristán e Isolda*, mi padre y su enfermera se enamoraron inevitablemente, y yo siento que el curso de su amor estuvo marcado por la identificación de mi padre con la ópera y el mito que representa.

Nunca supe los detalles de su relación. Reconstruyo esta historia a partir a los fragmentos que se me contaron, mis observaciones como niña y adolescente, y las fantasías de la mujer adulta que ahora soy, anhelando ver la vida de mi padre como una magníficamente romántica.

Su romance abarcó medio siglo y, si el mito es real, todavía continúa, incluso después de sus muertes.

Cuando trato de imaginar el inicio de este romance, así es como lo imagino: Él, mi padre, es un joven alto, delgado, muy guapo y profundamente atormentado, sentado en el piano, su alma corriendo por sus largos y gráciles dedos, tocando la exquisitamente conmovedora música de Wagner, cuyas melodías y armonías no tienen límites musicales, pero están determinadas y propulsadas por la pasión. A su lado, mirando, escuchando y recibiendo la música se encuentra esta gloriosa mujer, una mujer cuyo papel en su vida ha sido amarlo y nutrirlo sin reparos. La música es la pócima de amor y es ingerida por los futuros amantes. De pronto, ahí está: un amor puro, sin razón, juicio, moralidad o responsabilidad.

Dadas las circunstancias —él, un estudiante, el mayor de muchos hermanos; ella, la madre sustituta—, la naturaleza de su relación fue mantenida en secreto por muchos años. Durante el día, ellos solo eran dos miembros de un ocupado hogar, en donde nadie sospechaba que ellos se encontraban, escondidos en la noche, como amantes.

Una vez que mi padre terminó la universidad, se mudó fuera de la casa familiar. Ella permaneció en ella para criar a los hijos menores, y el amor entre ellos se hizo conocido. Poco después, su madre murió y él cargó la culpa de que fue la revelación de su romance —cruzando el límite de la noche y el día— lo que precipitó su muerte.



Ellos continuaron siendo amantes intermitentemente a lo largo de los años de su adultez temprana —intentaban separarse periódicamente, pero no eran capaces de hacerlo—. Cuando le pregunté a mi madre por qué nunca se casaron, ella me dijo que mi padre se avergonzaba de ella —él era una estrella emergente y prominente; ella, una enfermera envejecida—. Esta no es mi parte preferida de la historia, así que prefiero regresar al mito de *Tristán e Isolda* para explicarlo. Si ellos se hubieran casado, hubieran alterado la naturaleza apasionada de su amor. Se hubiera vuelto mundano y ellos deseaban que fuera eterno. Quizá, también, él no podía comprometer a la familia y se sentía demasiado culpable por la muerte de su madre.

Él se casó con mi madre, una hermosa y vibrante mujer diez años menor que él, pero su apego a su enfermera no había terminado, a pesar de que parecía que físicamente ya no eran amantes.

Cuando nació su primera hija, mi padre quería que su enfermera viniera a su casa para cuidar de ella. Mi madre se opuso rotundamente a esto, pero cedió ante el deseo de nombrar a la niña en honor de su madre y de su enfermera.

La enfermera nunca se casó, pero continuó siendo un miembro del hogar de la familia extendida, de alguna u otra manera, a lo largo de su vida. Ella se mudó a la casa de la hermana de mi padre y la ayudó a criar a sus hijos. Nuestras familias eran muy unidas y ella se convirtió en “tía” para todos nosotros y fue uno de los miembros más queridos de la familia. Siempre indulgente y nunca increpante, ella nos enseñó cómo tejer, hornear pasteles de manzana y hacer panqueques de plátano para toda la familia las mañanas de domingo.

Cuando yo era adolescente, mi padre adquirió una enfermedad progresiva y murió cinco años después. Durante su enfermedad, mi madre, ocupada criando un puñado de adolescentes y ya no enamorada de un hombre que siempre había reservado la totalidad de su amor a alguien más, le cedió el cuidado de mi padre a su amada enfermera.

Ellos dos se marcharon a vivir a una casa de campo y nosotros los visitábamos los fines de semana. Él era, entonces, un hombre frágil y envejecido de sesenta años; ella una juvenil, saludable y aún hermosa mujer de ochenta. Ahí, ellos recrearon el mundo que inspiró su pasión original —él, un atormentado, pero aún guapo hombre que necesitaba de su cuidado y atenciones, la cautivaba con su música, su agudeza y su necesidad, mientras ella proveía amor y protección—.

Cuando él murió, ella se deterioró rápidamente y se volvió senil. Tuvo que internarse en un asilo (uno bonito en el campo), en donde su habitación estaba llena de fotografías de mi padre y todos los niños. La visitábamos cada semana, y ella, con éxtasis, nos contaba de las visitas de mi padre.

Yo creo que ella deseó su muerte. Físicamente permaneció saludable hasta el día que murió. Ella finalmente quiso acompañar a su amante, y quiero creer que ellos están juntos ahora y por toda la eternidad.

Estoy segura de que muchas personas no concordarían fácilmente con el juicio de la hija y con el mío de que esta es, en cierto modo, una historia de amor exitosa. De hecho, algunos podrían argumentar que esta historia personifica todo lo malo del amor —la enfermera sacrifica su vida por un romance imposible, la esposa es traicionada, el esposo es incapaz de separarse de su enfermera—. Y es cierto que las limitaciones, quizá incluso las podamos llamar fijaciones neuróticas, de los protagonistas son evidentes. Pero dadas las limitaciones personales reales, ¿no podemos observar el poder, la total originalidad, de un amor que permitió a dos personas, a pesar de sus limitaciones, dar al otro una sustancia emocional y espiritual profunda y que en su propia idiosincrasia duró toda una vida?

La historia, por supuesto, es también tentadora porque insinúa los modos profundos en que nuestras percepciones de los compromisos eróticos de nuestros padres ingresan a nuestras vidas imaginativas. La pareja mágica con la cual el niño se identifica —la pareja que es análoga al «nosotros» al que el niño aspira— no es siempre la pareja paterna. El conocimiento de la vida romántica del padre tuvo algunas influencias evidentes y muchas sutiles en la hija, entre ellas quizá su propio compromiso de ser enfermera y curandera.

Por supuesto, la historia recién relatada es poco convencional en más de un aspecto: difícilmente es una historia de amor adúltero. Es una historia de amor que sobrepasa una barrera de edad, quizá también de amor afectado por un deseo incesuoso mayor al generalmente manifestado. Con más frecuencia, las historias como esta están invertidas: el hombre es varias décadas mayor que la mujer. Esta última variante a menudo despierta las críticas de aquellos que sienten que las mujeres mayores sufren de una seria desventaja en nuestra cultura y ellos están, por supuesto, en lo correcto; las mujeres mayores están excluidas de las posibilidades de amor, mientras que los hombres coetáneos continúan disfrutando de amplias posibilidades de una vida amorosa renovada. Naturalmente, estoy de acuerdo con este punto de vista y entiendo que, en un sentido, se comete una gran injusticia. Por otro lado, uno no escoge sus propias pasiones y ciertamente no está en una posición para sancionar a alguien más.

Para el hombre mayor y la mujer joven, su amor puede ser liberador, pero en diferentes maneras. El amor es una síntesis en la cual uno tiene la oportunidad para aliviar ciertas experiencias pasadas y resolverlas en formas proporcionales a una madurez psicológica renovada; en otras palabras, el amor sirve como un medio para reparar las experiencias amargas pasadas. Para una joven, tener una experiencia amorosa con un hombre mayor puede ser una de las grandes experiencias transformadoras, una que permite una maduración interna y una aceptación de sí misma que

quizá no pueda suceder de otra manera. Por supuesto, este tipo de relación puede frecuentemente también fracasar. En *Middlemarch*, de Eliot, Dorotea desperdicia su vida y su amor en un pedante de tercera categoría que se hace pasar por un genio académico. Y, comúnmente, ambos amantes corren el riesgo de la longevidad; si el hombre sobrevive a una edad extremadamente mayor, las ilusiones que ambas partes mantienen serán puestas a prueba.

Algunos hombres pueden llegar a proveer y ser amorosos, y protectores por primera vez en la mediana edad, de una manera que había sido negada psicológicamente —de manera interna— en las décadas anteriores. Por eso, me encuentro en la posición contradictoria de entender y conmoverme por el amor intergeneracional y, al mismo tiempo, lamentar la estrecha gama de oportunidades que la mayoría de mujeres enfrentan cuando envejecen.

Finalmente, entre esos amantes que comúnmente se desaprueban, llegamos al amor homosexual. Personalmente no me cabe duda de que el amor homosexual —o, como debería decirlo, el amor entre homosexuales— es una experiencia exactamente igual al amor entre heterosexuales. Se ha comprobado varias veces que la poesía escrita por homosexuales es accesible en términos de su sentimiento, el tono, y el registro para los heterosexuales, y viceversa. Las alteraciones subjetivas del amor tampoco son contadas de manera diferente por heterosexuales y homosexuales. Y, por supuesto, hay un número de parejas homosexuales muy conocidas y celebradas: por ejemplo, Gertrude Stein y Alice B. Toklas; Janet Flanner (Genêt) y Natalia Danesi Murria. En su libro *French Lovers*, Joseph Barry escribe de una manera bastante conmovedora, primero sobre el romance de Jean Cocteau con Radiguet, autor de *The Devil in the Flash*, que murió a los veinte años; y de quien Cocteau había dicho «Trabajar juntos es una manera de hacer el amor permanentemente»,<sup>24</sup> y luego de su largo romance con el actor Jean Marais. A pesar de que ellos no permanecieron involucrados románticamente, Cocteau y Marais sí formaron una profunda y duradera amistad. En la cúspide de su amor, Cocteau había escrito: «Mi corazón ha hallado la respuesta al eterno problema / Tú eres yo —Yo soy tú —Nosotros somos nosotros —Ellos son ellos».<sup>25</sup> Pero mucho después de su separación romántica, él todavía podía decir «Nuestros destinos continúan uno al lado del otro».<sup>26</sup>

El amor homosexual es criticado por muchas de las mismas razones que el amor adúltero: parece ser una amenaza para el orden social. El amor homosexual es

<sup>24</sup> Joseph Barry, *French Lovers: From Heloise and Abelard to Beauvoir and Sastre* (Nueva York: Arbor House, 1987), 272.

<sup>25</sup> *Ibid*, 269.

<sup>26</sup> *Ibid*, 281.

desaprobado porque no es convencional, porque amenaza al rol social y, quizá, porque amenaza la propia seguridad de las personas sobre su identidad sexual. Sin embargo, ninguno de estos temores debe cegarnos ante la experiencia de los participantes mismos, la cual parece ser idéntica a la experiencia de los heterosexuales enamorados. En efecto, una de las críticas más contundentes de los fuertes prejuicios que tan a menudo contaminan el amor heterosexual, proviene de la perspectiva del amor homosexual.

\*\*\*\*\*

Theodor Reik, en cierto modo el más sabio de los psicólogos que escriben sobre el amor, declara: «los hombres sabios nos advierten una y otra vez no esperar una dicha permanente y serena del amor; recordar que trae miseria y hace que uno dependa de un objeto, que tiene altos y bajos, como cualquier creación humana. No es culpa del amor que esperemos tanto de él, que pongamos todos los huevos en una cesta. Debemos saber que no existe un cielo en la tierra. Es incluso dudable que exista el cielo en el cielo».<sup>27</sup> Su entendimiento de nuestras expectativas extraordinarias y poco realistas sobre el amor pone en evidencia la verdadera razón por la cual a menudo no apreciamos lo que tenemos: el amor despierta en nosotros la esperanza de una unión extática *perfecta*. Es precisamente debido a que este remueve las fantasías mágicas e ilusiones de nuestra vida temprana que tiene tanto poder sobre nosotros, pero simultáneamente exige tanta perfección como para provocar frustración y, a veces, fracaso. Quizá el requisito subyacente para el amor duradero sea que el amante sea lo suficientemente sabio como para reconocer y apreciar las profundas gratificaciones del amor, incluso dentro del contexto de sus ineludibles frustraciones y los inevitables defectos de la persona amada.

La miel del Cielo puede o no llegar,  
Pero la de la tierra viene y va al mismo tiempo.<sup>28</sup>

Es en este sentido, en esta comprensión, que yo creo que cierto tipo de «madurez» eleva al amor y lo hace capaz de perdurar con gran placer.

---

<sup>27</sup> Reik, *Of Love and Lust*, 194.

<sup>28</sup> Wallace Stevens, «Le Monocle de Mon Oncle», en *The Collected Poems of Wallace Stevens* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1954), 15.

## REFLEXIONES FINALES

### El amor romántico como un agente del cambio

Avanzar en nuestras vidas no es siempre un camino lineal. A pesar de que pensamos que el avance ocurre en pequeños pasos graduales, el movimiento en la vida de un individuo puede también caracterizarse por largos periodos de estancamiento, seguidos por lo que parecen ser saltos, discontinuidades abruptas y nuevos comienzos. De igual manera sucede con los cambios internos que a menudo acompañan al amor intenso y a otros compromisos y conversiones profundas: ellos parecen —independientemente de si lo estén o no— no estar conectados a ningún evento que los preceda. Tales transformaciones son tan impredecibles, que debemos concluir que la evolución de la personalidad es más que un desarrollo ordenado de eventos psicológicos determinados por episodios biológicos e históricos del pasado; depende de la suerte, la elección, la voluntad, el contexto, así como de las oportunidades.

No podemos entendernos a nosotros mismos de manera tan absoluta y reduccionista como a veces afirmamos. La imaginación y la creatividad —cualidades de la mente que desafían la cuantificación, a pesar de que podamos intentar reducir sus funciones a una cadena causal— dan forma a esas decisiones que hacen nuestros caminos y destinos inciertos e impredecibles. En varios momentos de nuestras vidas, sentimos alguna insuficiencia o estancamiento y anhelamos algo más, aunque con frecuencia ese anhelo no es completamente conciente. Lo que ese algo más pueda ser, generalmente no es específico; y lo que encontramos no es siempre lo que pensamos que estábamos buscando. Pero es en la búsqueda de algo más, de algo nuevo y de *otro*, que llegamos a encontrar un significado y una esperanza renovados en la vida.

Nuestra búsqueda no puede entenderse simplemente como una búsqueda de distracción y novedad: buscamos lo absoluto, lo infinito, lo trascendente.<sup>1</sup> Al hacerlo, invocamos nuevamente deseos por —y creencias en— nuestra propia omnipotencia. Esto llevará a algunos de nosotros a comprometernos con causas y creaciones ideadas

---

<sup>1</sup> De acuerdo con Giambattista Vico, «un límite que tiende hacia lo infinito». Citado en Silvano Arieti, *Creativity: The Magic Synthesis* (Nueva York: Basic Books, 1976), 30.

por nosotros mismos. Sin embargo, la mayor parte de nosotros es propensa a encontrar una salida para nuestros anhelos mediante esa síntesis creativa a la que llamamos amor apasionado.

El vínculo afectivo y el amor apasionado se sobreponen y tienen muchas características en común. Ambos ofrecen nutrición y cuidado, una oportunidad para la satisfacción sexual, y una serie de otras gratificaciones que parecen estar estrechamente vinculadas a nuestros placeres y necesidades de los primeros años de vida. Pero el amor apasionado parece caracterizarse, además, por dos estados emocionales que se experimentan como discontinuos de todo lo que los ha precedido. En primer lugar, el estado de drama intensificado y conciencia de uno mismo que acompañan al enamoramiento y a la fase idílica del amor; en segundo lugar, el estado de trascendencia y fusión que, intermitentemente, caracteriza el curso del amor apasionado. Estos estados emocionales, durante los cuales el amor apasionado es experimentado más intensamente, no solo parecen radicalmente discontinuos del resto de nuestras vidas, sino que, como consecuencia, son los que producen en mayor medida un cambio interno significativo.

Por mucho que podamos decir acerca de las condiciones que propician un cambio y las circunstancias que lo hacen posible, su mecanismo fundamental sigue siendo, en parte, un misterio. Los analistas y psicoterapeutas discrepan sobre lo que provoca el cambio en la sala de consulta; las memorias de Thomas Merton o Simon Weil no son suficientes para que logremos entender el cambio de fe que forma parte de un llamado religioso, y es igualmente difícil comprender completamente el cambio que los amantes sufren al enamorarse.

Aun así, a pesar de que el amor finalmente se resiste a un análisis completo, hay mucho que decir sobre su papel como uno de los principales promotores del cambio en la vida. En el amor apasionado siempre existe una identificación con la persona amada y, debido a ella, a menudo exige un reordenamiento significativo de valores y prioridades. En él, el *self* se expone a nuevos riesgos que pueden ampliar sus posibilidades: se nos da valor para cruzar barreras psicológicas internas y desafiar tabúes internos y externos, liberándonos de nosotros mismos y de las restricciones del hábito y la protección, las imperfecciones de las desdichadas experiencias e inhibiciones tempranas. Bajo la influencia del amor, podemos sentir el deseo de empezar nuevas etapas en la vida, iniciar nuevos proyectos y asumir nuevas responsabilidades. Incluso podemos sentir que hemos vuelto a nacer, ya que el amor reescribe la narrativa de nuestras vidas por medio de su fuerza irresistible. Este puede, así, ser visto como un paradigma para cualquier realineación profunda de la personalidad o los valores, como aquellas que ocurren en las grandes conversiones religiosas y en el proceso de la terapia psicoanalítica.

El amor romántico cumple su rol como un agente del cambio, en parte, al darnos la posibilidad de reescribir el pasado. No es posible enamorarse sin invocar nuevamente conflictos anteriores y, como estos son representados en un nuevo contexto, se nos concede una nueva oportunidad para resolverlos. Los más significativos son los conflictos del periodo edípico que son revividos en el amor, esta vez con la posibilidad de un final feliz. Así como la adolescencia es el momento de una segunda individuación, al recapitular algunos de los conflictos residuales inherentes a la separación-individuación original de la infancia y al ofrecer una mejor oportunidad para resolverlos exitosamente, el amor nos ofrece una nueva oportunidad para completar la actividad psicológica que fue dejada inconclusa. Este hace posible una separación exitosa del pasado —más notoriamente de nuestros padres y nuestra excesiva dependencia de ellos—, pero también nos proporciona, de manera simultánea, nuevas oportunidades de sentimientos de trascendencia y unión, parecidos a aquellos sentimientos de unidad oceánica, experimentada por primera vez durante la infancia. El amor es, así, un medio extraordinariamente elegante y eficiente para vincular nuevas y más vitales síntesis. El amor siempre nos da otra oportunidad.

Este también cambia los límites del *self*. En las etapas de enamoramiento y de amor idílico, el cambio es propiciado por muchas identificaciones nuevas que se forman, particularmente, a través de la percepción de uno mismo como parte de un «nosotros». El cambio también se produce debido a los sentimientos de esperanza y autoafirmación que acompañan al enamoramiento y que nos dan el valor para asumir nuevos riesgos, adquiriendo un nuevo conocimiento del *self*. Al abrirnos nuevos caminos, el amor nos libera de las posibilidades limitadas de nuestro pasado. En los momentos de trascendencia, la liberación del *self* y la unión con el *otro* parece también servir como un impulso para el cambio, particularmente debido a que tales interludios de epifanía refuerzan el sentimiento subjetivo de haber escapado de los límites habituales del *self*.

En parte, el amor funciona como un agente del cambio porque es un intercambio exploratorio e imaginativo entre dos personas, un escape parcial de nuestra inagotable subjetividad hacia la de otro. Y en este sentido recuerda, aunque sobrepasa ampliamente, a la liberación que a veces experimentamos al leer buena literatura. Quizá la razón por la que la ficción haya reclamado exitosamente al amor como su territorio sea que la ficción y el amor —en el mejor de sus casos— hacen algo similar: hacen posible que sus seguidores —lectores y amantes— ingresen a otra conciencia. En el caso de la ficción, la conciencia a la que se ingresa es, más inmediatamente, aquella del personaje por cuyos ojos percibimos los eventos, pero, en última instancia, es la del autor. En el amor, la conciencia que compartimos es la de nuestra persona amada.

En toda su excelencia, entonces, el amor nos ofrece la rara oportunidad de liberarnos de nuestra propia subjetividad. El sentimiento que hace posible que esto ocurra es la empatía, y no la identificación absoluta con la otra persona. Uno siente *con* la persona amada, no se *convierte en* ella. La imaginación —el acto mental y espiritual que el amor y la literatura comparten— puede ser tan placentera precisamente debido a la delgada línea en la que se sitúa, la línea entre identificar y sumergir la identidad de uno en la del otro. En el amor, el acto de compensación necesario para mantener esta línea crea una tensión que es intensamente placentera y potencialmente problemática.

La exploración de y la identificación con la subjetividad de otro que caracterizan al amor apasionado hacen al *self* terriblemente vulnerable, porque se le da igual importancia al *self* del *otro*. La vulnerabilidad del *self* es mayor precisamente en el momento en el que el potencial de expansión y de cambio está en su cúspide. Pero para el amante que accede a abrirse y dejarse llevar —características exigidas por el amor apasionado— las recompensas pueden ser tan grandes como los riesgos. Una de las profundas reflexiones religiosas afirma que solo cuando uno se pierda a sí mismo, podrá encontrarse. Ciertamente, esta premisa es tan verdadera para el amor como para la religión, a pesar de que su aplicación en asuntos seculares es rara vez percibida.

Están aquellos que buscan seguridad en el amor, quienes lo consideran principalmente como un refugio seguro frente a la indiferencia y hostilidad del mundo. Ellos cometen un doble error. El primero, obviamente, es que el amor a menudo es inestable; por lo tanto, no podría considerarse como un refugio en absoluto. Pero el segundo error, más sutil, radica en el concepto mismo de seguridad, el cual implica, para la mayoría de nosotros, no solo estar seguros para expresar o mantener nuestros sentimientos, sino lo suficientemente seguros como para continuar siendo lo que ya somos, para evitar los riesgos que acompañan la aventura de convertirnos, a través del amor —o cualquier otro medio transformacional—, en la persona que aún no hemos descubierto.

«Oh, Señor, sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos ser».<sup>2</sup> Ya sea que nos conozcamos bien o mal, podemos, por el tiempo que vivamos, acceder a un *insight* fresco, a respuestas nuevas: podemos acceder a un nuevo conocimiento. Como Sócrates expresó largo tiempo atrás, la vida correcta para un ser humano es la vida examinada; y él, por su comportamiento, ha dejado claro que no es una vida en la cual se ha llegado a la verdad como un destino o un lugar para descansar.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> *Hamlet*, IV: v, en *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 2, editado por W. G. Clarke y W. A. Wright (Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952), 60.

<sup>3</sup> *Apology*, en *The Works of Plato*, 1100.



La verdad reside, por el contrario, en el proceso de su búsqueda y la búsqueda es, idealmente, de la misma extensión que nuestro aliento.

El amor es, por momentos y en distintos grados, tanto el puerto seguro como la tormenta. Pero más profundamente, es un viaje, cuyo destino es incierto. Hoy más que nunca, el amor es, para la mayoría de nosotros, el modo principal de arriesgarse, la aventura sin la cual un sentimiento de autorrealización no puede existir. El riesgo de sufrir en el amor es nada comparado al peligro de sentir que uno nunca ha vivido, que uno nunca ha tomado el riesgo de sentirse absolutamente vulnerable y vivo. Es esto lo que Henry James retrata en su historia *La bestia en la jungla* y lo que *La canción del viejo marinero*, de Coleridge, dramatiza con su tema de la vida dentro de la muerte. Sufrir es una agonía menor a vivir sin afecto. Todos nos encontramos dominados por un terror al vacío y, en la medida en que sufrir no sobrepase nuestra capacidad de soportarlo o la esperanza de que el sufrimiento culmine, es un recordatorio de nuestra existencia; en contraste, la carencia de afecto es un recordatorio de que no estamos viviendo. Nuestro miedo secreto es que nada nos mueva, y nuestra ambición por estar sanos y salvos está en contradicción con este otro instinto básico, el de realizarnos a través del sentimiento. De hecho, sabemos que nuestros dolores y penas son una fuente de interés personal inagotable; no simplemente debido a un egoísmo innato o a la absorción en uno mismo, sino como pruebas tangibles de nuestro compromiso con el proceso de vivir.

Así, el amor no es solo la ruta principal para la trascendencia, sino para la autorrealización y la autotransformación. En una edad en la que los otros riesgos que comúnmente acechan a los seres humanos han sido disfrazados o han disminuido, arriesgar al *self* adquiere mayor importancia y, con seguridad, esa es una de las razones por la que la psicoterapia ha adquirido una creciente significación en la vida de las personas. El psicoanálisis ve la individuación como un proceso eterno, un viaje de autodescubrimiento. Una de sus visiones fundamentales es haber asimilado dentro del *self*, con el propósito de ejemplificar los dramas psicológicos claves de la humanidad, las imágenes de los grandes viajes imaginativos, como por ejemplo, el uso de Freud del mito de Edipo para esclarecer uno de los dilemas fundamentales de la infancia.

El amor, como otros viajes psicológicos y espirituales, no está nunca determinado, sino que promete una extensión continua, si tan solo nos mantenemos abiertos a su reto. El amor no es una solución final a nuestros problemas, sino una reafirmación continua del proceso, dentro del cual no encontramos mayor respuesta que el intento constante de alcanzar integridad y bondad. Negarnos al viaje es prolongar nuestra superficialidad y estado incompleto. Como un crítico griego expresó acerca

de la «nada», puede «salvar o destruir a aquellos que la enfrentan, pero aquellos que la ignoran están condenados a la irrealidad. Ellos no pueden aspirar a una vida real, la cual, además de riesgos reales, contiene promesas reales».<sup>4</sup>

En nuestra evolución personal, cada uno debe salir al mundo y escoger de lo que —y de quienes— encontramos en él. El hombre que busca alimentarse de sí mismo, morirá de hambre. El proceso de autoformación, de ninguna manera preestablecido o fuera de nuestro alcance, ocurre en esta interacción entre el *self* y el mundo. Es en este sentido que nuestra elección de la persona que amamos afecta la vida. Cada uno de nosotros llega a conocerse y a ser nosotros mismos por medio de estas elecciones y a través de los consecuentes encuentros con el *otro*.

Dentro de nuestra cultura, quizá la más importante de nuestras libertades adquiridas sea la libertad para amar; la más importante de nuestras elecciones, a quién amaremos y qué consideraremos valioso. El amor es también la experiencia predominantemente creativa para la mayor parte de nosotros. Como un acto creativo, este tiene mucho en común con el trabajo creativo en general y es por eso descrito correctamente en palabras de Silvano Arieti, quien describió a la creatividad como una capacidad con una doble función: «al mismo tiempo que engrandece el universo al añadir o descubrir nuevas dimensiones, también enriquece y expande al hombre, quien será capaz de experimentar estas nuevas dimensiones interiormente».<sup>5</sup> Y así sucede con el amor, quizá la principal ruta de nuestros tiempos para la autorrealización, la transformación y la trascendencia.

---

<sup>4</sup> Demetrios Capetenakis, *A Greek Poet in England* (Londres: John Lehmann, 1947), 71.

<sup>5</sup> Arieti, *Creativity*, 5.

## REFERENCIAS

### PELÍCULAS

- Alberoni, Francesco. *Falling in Love*. Traducido por Lawrence Venuti. Nueva York: Random House, 1983.
- Arieti, Silvano. *Creativity: The Magic Synthesis*. Nueva York: Basic Books, 1976.
- Arlow, Jacob A. «Object Concept and Object Choice». *Psychoanalytic Quarterly* XLIX (1980): 109-133.
- Auden, W. H. *Collected Poems*. Editado por Edgard Mendelson. Nueva York: Random House, 1976.
- . *The English Auden: Poems, Essays, and Dramatic Writings 1927-1939*. Editado por Edgard Mendelson. Nueva York: Random House, 1977.<sup>1</sup>
- Babel, Isaac. *The Collected Stories*. Editado y traducido por Walter Morison. Nueva York: Criterion Books, 1955.
- Bak, Robert C. «Being in Love and Object Loss». *Internacional Journal of Psycho-Analysis* 54 (1973): 1-8.
- Barry, Joseph. *French Lovers: From Heloise and Abelard to Beauvoir and Sartre*. Nueva York: Arbor House, 1987.
- Barthes, Roland. *A Lover's Discourse: Fragments*. Edición en rústica. Traducido por Richard Howard. Nueva York: Hilla and Wang, 1978.
- Becker, Ernest. *The Denial of Death*. Edición en rústica. Nueva York: The Free Press, 1973.
- Bedford, Sybille. *Aldous Huxley: A Biography*. [c. 1973] Edición en rústica. Nueva York: Carroll and Graf, 1985.
- Beer, Patricia. *Reader, I Married Him*. Nueva York: Harper and Row, 1974.
- Bergmann, Martin S. «On the Intrapsychic Function of Falling in Love». *Psychoanalytic Quarterly* XLIX (1980): 56-77.

---

<sup>1</sup> Se ha utilizado la traducción: Canción de Cuna, en: *Oráculo No. 1* (Jul. 1980), 9.

- . «Platonic Love, Transference Love, and Love in Real Life». *Journal of the American Psychoanalytic Association* 30(1982): 87-111.
- . «Psychoanalytic Observations on the Capacity to Love». En *Separation-Individuation: Essays in Honor of Margaret S. Mahler*. Editado por J. P. McDevitt y C. F. Settlage. Nueva York: IUP, 1971.
- Bergreen, Laurance. *James Agee: A Life*. Nueva York: Penguin Books, 1984.
- Bettelheim, Bruno. *The Uses of Enchantment: The Meaning and Importance of Fairy Tales*. Nueva York: Vintage Books, 1977.
- Bibring-Lehner, Grete. «A Contribution to the Subject of Transference». *Internacional Journal of Psycho-Analysis* 17(1936): 181-189.
- Blanch, Lesley. *The Wilder Shores of Love*. Nueva York: Simon and Schuster, 1954.
- Borges, Jorge Luis. *Labyrinths*. Edición en rústica. Editado por Donald A. Yates y James E. Irby. Nueva York: New Directions Books, 1964.
- Brock, Michael y Eleanor, eds. *H. H. Asquith: Letters to Venetia Stanley*. Edición en rústica. Oxford: Oxford University Press, 1985.
- Brodkey, Harold. *First Love and Other Sorrows*. Nueva York: The Dial Press, 1957.
- Brome, Vincent. *Jung: Man and Myth*. Nueva York: Atheneum, 1978.
- Brontë, Emily. *Wuthering Heights*. Nueva York: Penguin English Library, 1984.
- Brownstein, Rachel M. *Becoming a Heroine: Reading About Women in Novels*. Nueva York: Viking Press, 1982.
- Cancian, Francesca M. «The Feminization of Love». *Signs* 4(1986): 629-709.
- Capetanakis, Demetrios. *A Greek Poet in England*. Londres: John Lehman, 1947.
- Carotenuto, Aldo. *A Secret Symmetry: Sabina Spielrein between Jung and Freud: The Untold Story of the Woman Who Changed the Early History of Psychoanalysis*. Edición en rústica. Comentario de Bruno Bettelheim. Nueva York: Pantheon, 1982.
- Carr, Virginia Spencer. *The Lonely Hunter: A Biography of Carson McCullers*. Edición en rústica. Nueva York: Carroll and Graf, 1975.
- Chasseguet-Smirgel, Janine. *Creativity and Perversion*. Nueva York: W. W. Norton, 1984.
- Chaucer, Geoffrey. «The Wife of Bath's Tale» en *The Canterbury Tales*. Editado por A. Kent Hieatt y Constance Hieatt. Toronto y Nueva York: Bantman Books, 1984.
- Chejov, Antón. *The Tales of Chekhov, Vol. I: The Darling and Other Stories*. Edición en rústica. Traducido por Constance Garnett. Nueva York: Ecco Press, 1984.
- Chodorow, Nancy. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Los Ángeles: University of California Press, 1978.

- Cole, William Graham. *Sex and Love in the Bible*. Nueva York: Association Press, 1958.
- Como, James T., ed. *C. S. Lewis at the Breakfast Table and Other Reminiscences*. Nueva York: Collier Books, 1979.
- Craft, Robert. *Stravinsky: The Chronicle of a Friendship 1948-1971*. Londres: Victor Gollancz, Ltd., 1972.
- Dalsimer, Katherine. *Female Adolescence: Psychoanalytic Reflections on Works of Literature*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1986.
- Dante. *Inferno*. Canto V en: *The Divine Comedy*. Traducido por John Ciardi. Nueva York: W. W. Norton, 1977.<sup>2</sup>
- de Beauvoir, Simone. *The Second Sex*. [c. 1952]. Traducido y editado por H. M. Parshley. Nueva York: Vintage Books, 1974.
- de Rougemont, Denis. *Love in the Western World*. Nueva York: Pantheon Books, 1956.
- Deutsch, Helene. *Confrontations with Myself*. Nueva York: W. W. Norton, 1973.
- Dickens, Charles. *A Tale of Two Cities*. [c. 1859] Nueva York: New American Library, Signet Books, 1980.
- Dinnerstein, Dorothy. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. Nueva York: Harper and Row, 1976.
- Donne, John. «The Ecstasy». En *The Norton Anthology of English Literature*, quinta ed., Vol. 1. Editado por M. H. Abrams. Nueva York, W. W. Norton, 1986.
- Du Maurier, Daphne. *Jamaica Inn*. Nueva York: Doubleday, 1936.
- . *Rebecca*. Nueva York, Avon Books, 1971.
- Duncan, Isadora. *My Life*. [c. 1927]. Edición en rústica. Nueva York: Liveright, 1955.
- Dunne, Dominick. *The Two Mrs. Grenvilles*. Nueva York: Bantam Books, 1986.
- Duras, Marguerite. *The War: A Memoir*. Traducido por Barbara Bray. Nueva York: Pantheon, 1986.
- Eliot, T. S. *Four Quartets*. En *The Complete Poems and Plays*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1952.
- Ellenberger, Henri F. *The Discovery of the Unconscious*. Nueva York: Basic Books, 1970.
- Emerson, Ralph Waldo. *Emerson's Essays*. [c. 1926]. Edición en rústica. Introducción por Irwin Edman. Nueva York: Harper and Row, Colophon Books. 1951.

---

<sup>2</sup> Se ha utilizado la traducción: *Inferno*, Canto V, en: *Divina Comedia*, edición de Giorgio Petrocchi, traducción y notas de Luis Martínez de Merlo (Madrid: Ediciones Cátedra, 2003).

- Falk, Candance. *Love, Anarchy and Emma Goldman*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1984.
- Farnan, Dorothy J. *Auden in Love: The Intimate Story of a Lifelong Love Affair*. Nueva York: New American Library, Meridian Books, 1985.
- Fiedler, Leslie A. *Love and Death in the American Novel*. [c. 1960]. Edición revisada. Nueva York: Stein and Day, 1986.
- Firestones, Shulamith. *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*. Nueva York: Bantam Books, 1970.
- Fitzgerald, F. Scott. *The Great Gatsby*. [c. 1925]. Edición en rústica. Nueva York: Charles Scribner's Sons, (S/F).
- . *Tender Is the Night*. [c. 1933]. Edición en rústica. Nueva York: Charles Scribner's Sons, (S/F).
- French, Marilyn. *Beyond Power: On Women, Men, and Morals*. Nueva York: Ballantine Books, 1985.
- Freud, Sigmund. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*. Editado y traducido por James Strachey. Londres: Hogarth Press; Nueva York: W. W. Norton, 1981.
- (1905 [1901]<sup>3</sup>) «Fragment of an Análisis of a Case of Hysteria». Vol. 7:3-122.
- (1905) «Three Essays on the Theory of Sexuality». Vol. 7:123-245.
- (1908 [1907]) «Creative Writers and Day-Dreaming». Vol. 9:141-53.
- (1909 [1908]) «Family Romances». Vol. 9:235-41.
- (1910) «A Special Type of Choice of Object Made by Men (Contributions to the Psychology of Love I)». Vol. 11:163-75.
- (1911) «Formulations on the Two Principles of Mental Functioning». Vol. 12:213-26.
- (1912) «On the Universal Tendency to Debasement in the Sphere of Love (Contributions to the Psychology of Love II)». Vol. 11:177-190.
- (1915 [1914]) «Observations on Transference-Love (Further Recommendations on the Technique of Psycho-Analysis III)». Vol. 12:157-173.
- (1914) «On Narcissism: An Introduction». Vol. 14:67-102.
- (1920) «Beyond the Pleasure Principle». Vol. 18:1-64.
- (1921) «Group Psychology and the Analysis of the Ego». Vol. 18:65-143.
- (1926) «Inhibitions, Symptoms, and Anxiety». Vol. 20:75-175.
- (1927) «The Future of an Illusion». Vol. 21:3-56.
- (1940 [1938]) «An Outline of Psycho-Analysis». Vol. 23:139-207.

---

<sup>3</sup> Publicado en 1905, pero escrito en 1901.

- Frisch, Max. *Montauk*. Edición en rústica. Traducido por Geoffrey Skelton. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, Harvest Books, 1976.
- Fromm, Erich. [c. 1941]. *Escape from Freedom*. Nueva York: Avon Press, 1967.
- Gaarlandt, J. G. *An Interrupted Life: The Diaries of ETTY HILLESUM 1941-1943*. Nueva York: Pantheon Books, 1984.
- Gartrell, Nanette; J. Herman; S. Olante; M. Feldstein; y R. Localio. «Psychiatrist-Patient Sexual Contact: Results of a Nacional Survey, I: Prevalence». *American Journal of Psychiatry* 143 (1986): 1126-1131.
- Gaylin, Willard. *Rediscovering Love*. Nueva York: Viking, 1986.
- Gilligan, Carol. *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1982.
- Gilot, Françoise y Carlton Lake. *Life with Picasso*. Nueva York: Signet Books, 1965.
- Greenacre, Phyllis. «The Role of Transference: Practical Considerations in Relation to Psychoanalytic Theory». *Journal of the American Psychoanalytic Association* 2 (1954): 671-684.
- Griffin, William. *Clive Staples Lewis: A Dramatic Life*. Nueva York: Harper and Row, 1986.
- Haggard, Virginia. *My Life with Chagall: Seven Years of Plenty with the Master as Told by the Woman Who Shared Them*. Nueva York: Donald I. Fine, 1986.
- Hardwick, Elizabeth. *A View of My Own*. [c. 1951] Nueva York: The Noonday Press, 1963.
- . *Seduction and Betrayal: Women and Literature*. Edición en rústica. Nueva York: Vintage Books, 1974.
- . *The Well-Beloved*. [c. 1897]. Nueva York: Macmillan, 1975.
- Hellman, Lillian. *Pentimento*. Boston: Little, Brown, 1973.
- Hemingway, Ernest. *For Whom the Bell Tolls*. [c. 1940]. Edición en rústica. Nueva York: Charles Scribner's Sons, (S/F).
- Higham, Charles. *Marlene: The Life of Marlene Dietrich*. Nueva York: W. W. Norton, 1977.
- Horney, Karen. «The Dread of Woman: Observations on a Specific Difference in the Dread Felt by Men and by Women Respectively for the Opposite Sex». *International Journal of Psycho-Analysis* 13(1932): 348-360.
- Huxley, Aldous. *The Devils of Loudun*. [c. 1952]. Edición en rústica. Nueva York: Carroll and Graf, 1986.
- . *The Genius and the Goddess*. [c. 1955]. En: *Crome Yellow and Other Works*. Nueva York: Harper and Row, Colophon Books, 1983.

- . *The Gioconda Smile*. [c. 1920]. En: *Crome Yellow and Other Works*. Nueva York: Harper and Row, Colophon Books, 1983.
- Hyde, Lewis. *The Gift: Imagination in the Erotic Life of Property*. Edición en rústica. Nueva York: Vintage Books, 1983.
- James, Henry. *The Portrait of a Lady*. [c. 1881]. Editado por y con introducción de Geoffrey Moore. Nueva York: Penguin Books, 1984.
- James, William. *The Principles of Psychology*. [c. 1891]. Reimpreso en: *The Great Books*. Chicago: Encyclopedea Britannica, 1952.
- . *The Varieties of Religious Experience*. Nueva York: New American Library, Mentor Books, 1958.
- Jenkins, Roy. *Asquith*. [c. 1964]. Edición en rústica. Nueva York: E. P. Dutton, 1966.
- Jones, Ernest. *The Life and Work of Sigmund Freud*. Vol. I. London: Hogarth Press, 1953.
- Josephson, Matthew. *Stendhal*. Nueva York: Doubleday, 1946.
- . *Victor Hugo*. Garden City, Nueva York: Doubleday Doran & Co., 1942.
- Kafka, Franz. *Letters to Milena*. [c. 1953]. Nueva York: Schocken Books, 1962.
- Kaplan, Louise J. *Adolescence: The Farewell to Childhood*. Nueva York: Simon and Schuster, 1984.
- Kardener, Sheklon H.; Marielle Fuller; e Ivan N. Mensh. «A Survey of Physician's Attitudes and Practices Regarding Erotic and Nonerotic Contact With Patients». *American Journal of Psychiatry* 130(1973): 1077-1081.
- Karme, Laila. «The Analysis of a Male Patient by a Female Analyst: The Problem of the Negative Oedipal Transference». *Internacional Journal of Psycho-Analysis* 60(1979): 253-261.
- Keats, John. *The Complete Poetical Works and Letters of John Keats*. Editado por Horace E. Scudder. Cambridge ed. Boston y Nueva York: Houghton Mifflin, 1899.
- Keene, Donald. *World Within Walls*. Nueva York: Grove Press, 1978.
- Kernberg, Otto. *Internal World and External Reality*. Nueva York: Jason Aronson, 1985.
- . *Object-Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*. Nueva York: Jason Aronson, 1976.
- Keyes, Evelyn. *Scarlett O'Hara's Younger Sister, My Lively Life In and Out of Hollywood*. Secaucus, N. J.: Lyle Stuart, 1977.
- Krantz, Judith. *Mistral's Daughter*. [1982]. Nueva York: Bantam Books, 1983.
- . *Princess Daisy*. Nueva York: Bantam Books, 1981.
- Kundera, Milan. *The Unbearable Lightness of Being*. Nueva York: Harper and Row, Colophon Books, 1985.



- Lasch, Christopher. *Haven in a Heartless World: The Family Besieged*. Nueva York: Basic Books, 1977.
- Leonard, Elmore. *Unknown Man, No. 89*. [c. 1977]. Nueva York: Avon Books, 1984.
- Leonard, Linda Schierse. *On the Way to the Wedding: Transforming the Love Relationship*. Boston: Schambhala, 1986.
- Lester, Eva. «The Female Analyst and the Eroticized Transference». *International Journal of Psycho-Analysis* 66(1985): 283-293.
- Lewis, C. S. *The Four Loves*. Edición en rústica. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, Harvest Books, 1960.
- Lieberman, E. James. *Acts of Hill: The Life and Work of Otto Rank*. Nueva York: Free Press, 1985.
- McCarthy, Mary. *The Company She Keeps*. Nueva York: Avon Books, 1981.
- McCullers, Carson. *The Ballad of the Sad Café*. Nueva York: Bantam Books, 1971.
- McDougall, Joyce. *Plea for a Measure of Abnormality*. Nueva York: IUP, 1980.
- Madsen, Axel. *Hearts and Minds*. Nueva York: William Morrow, 1977.
- Mahler, Alma. *Gustav Mahler: Memories and Letters*. Traducido por Basil Creighton. Seattle, University of Washington Press, 1968.
- Malraux, André. *Man's Fate*. [c. 1934]. Nueva York: Vintage Books, 1969.
- Mansfield, Katherine. *The Short Stories of Katherine Mansfield*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1945.
- Martin, Judith. «The Intimate Correspondence of the Duke and Duchess of Windsor». *The New York Times Book Review*, 29 de junio de 1986.
- Maugham, W. Somerset. *Of Human Bondage*. [c. 1915]. Nueva York: Penguin Books, 1985.
- May, Rollo. *Love and Will*. Nueva York: W. W. Norton, 1969.
- Maurois, André. *Lélia: Life of George Sand*. Traducido por Gerard Hopkins. Nueva York: Penguin Books, 1977.
- . *Olympio: The Turbulent Life of Victor Hugo*. [c. 1956]. Edición en rústica. Nueva York: Pyramid Books, 1968.
- Miller, Arthur. *Alter the Fall*. [c. 1964]. Nueva York: Dramatists Play Service, Inc., (S/F).
- Miller, Sue. *The Good Mother*. Nueva York: Harper and Row, 1986.
- Moffat, Mary Jane y Painter, Charlotte, eds. *Revelations: Diaries of Women*. Nueva York: Vintage Books, 1975.
- Montaigne, Michel de. *Essays* [c. 1958]. Traducido por y con introducción de J. M. Cohen. Nueva York: Penguin Books, 1983.
- Morgenthau, Hans J. «Love and Power», en: *The Restoration of American Politics*. Chicago: University of Chicago Press, 1962.

- Nicolson, Nigel. *Portrait of a Marriage: V. Sackville-West and Harold Nicolson*. Nueva York: Atheneum, 1973.
- O'Brien, Edna. *A Fanatic Heart*. Nueva York: Farrar Straus Giroux, 1984.
- Paley, Grace. *The Little Disturbances of Man* [c. 1956]. Nueva York: Penguin Books. 1985.
- Partridge, Frances. *Love in Bloomsbury: Memories*. Boston: Little, Brown, 1981.
- Pascal, Blaise. *Pensées* con una introducción de T. S. Eliot. Edición en rústica. Nueva York: E. P. Dutton, 1958.
- Person, Ethel S. «The Erotic Transference in Women and in Men: Differences and Consequences». *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 13(1985): 159-180.
- . «Male Sexuality and Power». *Psychoanalytic Inquiry* 6(1986): 3-25.
- . «The Omni-Available Woman and Lesbian Sex: Two Fantasy Themes and their Relationship to the Male Developmental Experience». *The Psychology of Men: New Psychoanalytic Perspectives*. Editado por G. I. Fogel; F. M. Lane, R. S. Liebert. Nueva York: Basic Books, 71-94, 1986.
- . «Women Working: Fears of Failure, Deviance and Success». *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 10(1984): 67-84.
- Person, Ethel S. y Lionel Ovesey. «Psychoanalytic Theories of Gender Identity». *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 11(1983): 203-226.
- Platón. *Apology*. Traducido por Benjamin Jowett. En: *The Works of Plato*. Nueva York: Dial Press, (S/F).
- . *Phaedrus*. Traducido por Benjamin Jowett. En: *The Works of Plato*. Nueva York: Dial Press, (S/F).
- . *Symposium*. Traducido por Benjamin Jowett. En: *The Works of Plato*. Nueva York: Dial Press, (S/F).
- Pollock, George H. «Anna O: Insight, Hindsight, and Foresight». En: *Anna O: Fourteen Contemporary Reinterpretations*. Editado por Max Rosenbaum y Melvin Muroff. Nueva York: Free Press, 1984.
- . «Glückel von Hameln: Bertha Pappenheim's Idealized Ancestro». *American Imago* 28(1971): 216-227.
- Proust, Marcel. *Swann In Love*. Traducido por C. K. Scott Moncrieff y Terence Kilmartin. Nueva York: Modern Library, 1956.
- Purcell, Henry. *The Fairy Queen*. [c. 1692]. Drama adaptado de *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare. Editado por Anthony Lewis. Sevenoakes, Kent, Inglaterra: Novello (S/F).

- Radway, Janice A. *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Literature*. Edición en rústica. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1984.
- Reik, Theodor. *Of Love and Lust*. [c. 1941]. Introducción por Murray H. Sherman. Nueva York: Jason Aronson, 1984.
- Rieff, Phillip. *Freud: The Mind of the Moralist*. Nueva York: Anchor Books, 1961.
- Robinson, Paul. *The Modernization of Sex*. Nueva York: Harper and Row, 1976.
- Rose, Phyllis. *Parallel Lives: Five Victorian Marriages*. Nueva York: Random House, 1983.
- Rossner, Judith. *August*. Boston: Houghton Mifflin Co., 1983.
- Salter, James. *Light Years*. [c. 1975]. Edición en rústica. San Francisco: North Point Press, 1982.
- . *A Sport and a Pastime*. [c. 1967]. San Francisco: North Point Press, 1985.
- Sartre, Jean-Paul. *Being and Nothingness*. Nueva York: Washington Square Press, 1966.
- Schafer, Roy. «The Interpretation of Transference and the Conditions of Living». *Journal of the American Psychoanalytic Association* 25(1977): 335-362.
- Sed, Wilfred. *Frank and Maisie: A Memoir with Parents*. Nueva York: Simon and Schuster, 1985.
- Shakespeare, William. *Antony and Cleopatra*. En: *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 2. Editado por W. G. Clarke y W. A. Wright. Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952. 311-350.
- . *As You Like It*. En: *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 1. Editado por W. G. Clarke y W. A. Wright. Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952. 597-626.
- . *Hamlet*. En: *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 2. Editado por W. G. Clarke y W. A. Wright. Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952. 29-72.
- . *A Midsummer Night's Dream*. En: *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 2. Editado por W. G. Clarke y W. A. Wright. Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952. 352-375.
- . *Romeo and Juliet*. En: *The Plays and Sonnets of William Shakespeare*, Vol. 2. Editado por W. G. Clarke y W. A. Wright. Chicago, Londres: The Great Books, Encyclopaedia Britannica, Inc., 1952. 285-319.
- Shelley, Percy B. «Epipsychidion». En: *The Complete Poems of Keats and Shelley*. Nueva York: Modern Library (S/F). 464-477.
- Simmel, Georg. *Georg Simmel: On Women, Sexuality, and Love*. Traducido por y con introducción de Guy Oakes. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1984.

- Singer, Irving. *The Nature of Love Vol. I: Plato to Luther*. Chicago: University of Chicago Press, 2da. edición, 1985.
- . *The Nature of Love. Vol. II: Courtly and Romantic*. Chicago: University of Chicago Press, 1985.
- Singer, Isaac Bashevis. *Enemies, A Love Story*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1972.
- Slater, Philip. *The Pursuit of Loneliness: American Culture at the Breaking Point*. Edición revisada. Boston: Beacon Press, 1976.
- Snitow, Ann Barr. «Mass Market Romance: Pornography for Women is Different». *Radical History Review* 20(1979): 141-161.
- Sontag, Susan. *A Barthes Reader*. Editado por y con introducción de Susan Sontag. Nueva York: Hill and Wang, 1982.
- . «The Double Standard of Aging». *Psychology of Women: Selected Readings*. Editado por Juanita H. Williams. Nueva York: W. W. Norton, 1979, 462-478.
- Spencer, Scott. *Endless Love*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1979.
- Spoto, Donald. *Falling in Love Again: Marlene Dietrich*. Boston, Toronto: Little, Brown, 1985.
- Stanfill, Francesca. *Shadows and Light*. Nueva York: Simon & Schuster, 1984.
- Stassinopoulos, Arianna. *Maria Callas: The Woman Behind the Legend*. Nueva York, Ballantine Books, 1982.
- Stendhal. *On Love*. Traducido por H. B. V. bajo la dirección de C. K. Scott Moncrieff. Nueva York: Liveright, 1947.
- Stern, Paul. *C. G. Jung: The Haunted Prophet*. Nueva York: George Braziller, 1976.
- Stevens, Wallace. *The Collected Poems of Wallace Stevens*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1954.
- Sulloway, Frank J. *Freud, Biologist of the Mind: Beyond the Psychoanalytic Legend*. Nueva York: Basic Books, 1979.
- Swift, Jonathan. *Poetical Works*. Nueva York: Oxford University Press, 1967.
- Szasz, Thomas. «The Concept of Transference». *International Journal of Psych-Analysis* 44(1963): 432-443.
- Tanner, Tony. *Adultery in the Novel: Contact and Transgression*. Edición en rústica. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1979.
- Tennos, Dorothy. *Love and Limerence*. Nueva York: Stein and Day, 1979.
- Thody, Philip. *Roland Barthes: A Conservative Estimate*. Edición en rústica. Chicago: The University of Chicago Press, 1983.

- Ticho, Gertrude. «Female Autonomy and Young Adult Women». *Journal of the American Psychoanalytic Association* 24(1976): 139-155.
- Tolstoi, León. *Anna Karenina*. Nueva York: Modern Library, (S/F).
- Tower, Lucia. «Countertransference». *Journal of the American Psychoanalytic Association* 4(1936): 224-255.
- Trollope, Anthony. *Phineas Finn*. Nueva York: Penguin Books, 1985.
- Troyat, Henri. *Tolstoy* [c. 1967]. Traducido por Nancy Amphoux. Nueva York: Harmony Books, 1980.
- Turgenev, Iván. *First Love and Other Tales*. Traducido por y con introducción de David Magarshack. Nueva York: W. W. Norton, 1968.
- . *Spring Torrents*. Traducido por Leonard Schapiro, con notas y ensayo crítico. Nueva York: Penguin Books, 1986.
- Ullmann, Liv. *Changing*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977.
- Unger, Roberto Mangabeira. *Passion: An Essay on Personality*. Nueva York: Free Press, 1984.
- Waelder, Robert. «The Principle of Multiple Function: Observation on Over-Determination». *Psychoanalytic Quarterly* 5(1936): 45-62.
- Walker, Alice. *The Color Purple*. Nueva York: Washington Square Press, 1983.
- Weil, Simone. *First and Last Notebooks*. Londres: Oxford University Press, 1970.
- Wells, G. P. (Ed.). *H. G. Wells in Love: Postscript to an Experiment in Autobiography*. Boston: Little, Brown, 1984.
- Werman, David S. y Jacobs, Theodore J. «Thomas Hardy's "The Well-Beloved" and the Nature of Infatuation». *International Review of Psycho-Analysis* 10(1983): 447-57.
- Wexler, Alice. *Emma Goldman: An Intimate Life*. Nueva York: Pantheon, 1984.
- Wharton, Edith. *Ethan Frome*. [c. 1911]. Edición en rústica. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1970.
- . *The House of Mirth*. [c. 1905]. Con una introducción de Marilyn French. Nueva York: Berkley Books, 1984.
- Wilson, Edmund. *The Fifties*. Editado por y con introducción de León Edel. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1986.
- Wood, Michael. *Stendhal*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1971.
- Woolf, Virginia. *To the Lighthouse*, [c. 1927]. Edición en rústica. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, Harvest Books, 1955.
- Wordsworth, William. «Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood». En: *Norton Anthology of English Literature*, 5ta. edición, vol. 2.

## PELÍCULAS

- All About Eve*, EE.UU., 1950. TCF (Darryl F. Zanuck), escrita y dirigida por Joseph L. Mankiewicz, protagonizan Bette Davis, George Sanders, Gary Merrill, Anne Baxter.
- An Officer and a Gentleman*, EE.UU., 1982. Paramount (Martin Elsand), escrita por Douglas Day Stewart, dirigida por Taylor Hackford, protagonizan Richard Gere, Debra Winger, Lou Gossett, Jr., Robert Loggia.
- The Blue Angel*, Alemania, 1930. UFA (Erich Pommer), escrita por Robert Liebmann, Kart Zuckmayer, Kart Vollmoeller, basada en la novela *Profesor Unrath*, de Heinrich Mann, dirigida por Josef von Sternberg, protagonizan Marlene Dietrich, Emil Jannings.
- Casablanca*, EE.UU., 1942. Warner (Hal B. Wallis), escrita por Julius J. Epstein, Philip G. Epstein, Howard Koch, basada en la obra no producida *Everybody Comes to Rick's*, de Murria Burnett y Joan Alison, dirigida por Michael Curtiz, protagonizan Humphrey Bogart, Ingrid Bergman, Claude Rains, Paul Henreid.
- City Lights*, EE.UU., 1931. UA (Charles Chaplin), escrita y dirigida por Charles Chaplin, protagonizan Charles Chaplin, Virginia Cherrill, Harry Myers.
- Dark Victory*, EE.UU., 1939. Warner (David Lewis), escrita por Casey Robinson, basada en la obra de George Brewster Jr, Bertam Bloch, dirigida por Edmund Goulding, protagonizan Bette Davis, George Brent, Humphrey Bogart, Ronald Reagan, Geraldine Fitzgerald, Henry Travers, Cora Witherspoon, Dorothy Peterson.
- The Enchanted Cottage*, EE.UU., 1945. RKO, escrita por De Witt Bodeen, Herman J. Mankiewicz, basada en la obra *The Enchanted Cottage*, de Sir Arthur Wing Pinero, dirigida por John Cromwell, protagonizan Dorothy McGuire, Robert Young, Herbert Marshall, Mildred Natwick.
- The Godfather*, EE.UU., 1971. Paramount / Alfran (Albert S. Ruddy), escrita por Francis Ford Coppola, Mario Puzo, basada en la novela de Mario Puzo *The Godfather*, dirigida por Francis Ford Coppola, protagonizan Al Pacino, Marlon Brando, Robert Dubai, James Caan, Diane Keaton.
- Gone with the Wind*, EE.UU., 1939. MCM (David O. Selznick), escrita por Sydney Howard, basada en la novela *Gone with the Wind*, de Margaret Mitchell, dirigida por Victor Fleming, George Cukor, Sam Wood, protagonizan Clark Gable, Vivien Leigh, Olivia de Havilland, Leslie Howard, Thomas Mitchell, Hattie McDaniel.

- The Graduate*, EE.UU., 1967. UA / Embassy (Lawrence Turman), escrita por Calder Willingham, Buck Henry, basada en la noverla *The Graduate*, de Charles Webb, dirigida por Mike Nichols, protagonizan Dustin Hoffman, Anne Bancroft, Katharine Ross.
- Hannah and Her Sisters*, EE.UU., 1986. Orion (Robert Greenhut), escrita y dirigida por Woody Allen, protagonizan Woody Allen, Mia Farrow, Michael Caine, Barbara Hershey, Dianne Wiest.
- Last Tango in Paris*, Francia / Italia / EE.UU., 1972. Les Artistes Associes / PEA / UA (Alberto Grimaldi), escrita por Bernardo Bertolucci, Franco Arcalli, dirigida por Bernardo Bertolucci, protagonizan Marlon Brando, Maria Schneider, Jean-Pierre Leaud.
- Laura*, EE.UU., 1944. TCF (Otto Preminger), escrita por Jay Dratler, Samuel Hoffenstein, Betty Reinhardt, basada en la novela *Laura*, de Vera Caspary, dirigida por Otto Preminger, protagonizan Gene Tierney, Dana Andrews, Clifton Webb, Judith Anderson, Vincent Price.
- Lilith*, EE.UU., 1964. Columbia / Centaur (Robert Rossen), escrita y dirigida por Robert Rossen, basada en la novela *Lilith*, de J. R. Salamanca, protagonizan Warren Beatty, Jean Seberg, Kim Hunter.
- Menage*, Francia, 1986. Hachette Premiere / DD Productions / Cine Valse / Philippe Dussart Sarl (Rene Cleitman), escrita y dirigida por Bertrand Blier, protagonizan Gerard Depardieu, Michel Blanc, Miou-Miou.
- Mr. Skeffington*, EE.UU., 1944. Warner Brothers (Julius J. & Philip G. Epstein) escrita por Julius J. Epstein y Philip G. Epstein, basada en la novela *Elizabeth*, dirigida por Vincent Sherman, protagonizan Bette Davis, Claude Rains.
- Morocco*, EE.UU., 1930. MGM (Ernst Lubitsch) escrita por Charles Brackett, Billy Wilder, Walter Reisch, Smelchior Lengyel, dirigida por Ernst Lubitsch, protagonizan Greta Garbo, Melvyn Douglas.
- Now, Voyager*, EE.UU., 1942. Warner Brothers (Hal B. Wallis), escrita por Casey Robinson, basada en la novela *Now, Voyager*, de Olive Higgins Prouty, dirigida por Irving Rapper, protagonizan Bette Davis, Claude Rains, Paul Henreid, Gladys Cooper.
- The Philadelphia Story*, EE.UU., 1940. MGM (Joseph L. Mankiewicz), escrita por Donald Ogden Stewart, basada en la obra de Philip Barry, dirigida por George Cukor, protagonizan Katharine Hepburn, Cary Grant, James Stewart, Ruth Hussey.
- The Postman Always Rings Twice*, EE.UU., 1946. MGM (Carey Wilson), escrita por Harry Ruskin, Niven Busch, basada en la novela *The Postman Always*

- Rings Twice*, de James M. Cain, dirigida por Tay Garnett, protagonizan Lana Turner, John Garfield.
- Radio Days*, EE.UU., 1987. Orion (Robert Greenhut), escrita y dirigida por Woody Allen, protagonizan Mia Farrow, Seth Green, Julie Kavner, Josh Mostel.
- Shanghai Express*, EE.UU., 1932. Paramount, escrita por Jules Furthman, dirigida por Josef von Sternberg, protagonizan Marlene Dietrich, Clive Brook, Warner Oland, Anna May Wong.
- Somewhere in Time*, EE.UU., 1980. Universal (Steven Deutsch), escrita por Richard Matheson, basada en su novela, dirigida por Jeannot Szwarc, protagonizan Christopher Reeve, Jane Seymour, Christopher Plummer, Teresa Wright.
- Sophie's Choice*, EE.UU., 1983. (Alan J. Pakula / Keith Barish) escrita y dirigida por Alan J. Pakula, basada en la novela de William Styron, protagonizan Kevin Kline, Meryl Streep.
- The Story of Adèle H.*, Francia, 1975. Films du Carrosse / Artistes Associes (Marcel Berbert, Claude Miller), escrita y dirigida por Francois Truffaut, Jean Gruault, Suzanne Schiffman, protagonizan Isabelle Adjani, Bruce Robinson, Sylvia Marriott.
- Swept Away*, Italia, 1975. Dirigida por Lina Wertmuller, protagonizan Giancarlo Giannini, Mariangela Melato.
- The Way We Were*, EE.UU., 1973. Columbia / Rastar (Ray Stark), escrita por Arthur Laurents, basada en su novela, dirigida por Sydney Pollack, protagonizan Barbra Streisand, Robert Redford.
- The Women*, EE.UU., 1939. MGM (Hunt Stromberg), escrita por Anita Loos, Jane Murnin, basada en la obra de Clare Boothe Luce, dirigida por George Cukor, protagonizan Norma Shearer, Joan Crawford, Rosalind Russell, Mary Boland, Paulette Goddard, Joan Fontaine, Ruth Hussey.
- Topper*, EE.UU., 1937. Hal Roach, escrita por Jack Jevne, Eric Hatch, Eddie Moran y Norman Z. McLeod, basada en la novela de Thorne Smith, protagonizan Cary Grant, Constance Bennett, Roland Young, Billie Burke.



## ÍNDICE ANALÍTICO

- A Woman, Young and Old* (Paley), 219, 220  
AA (Alcohólicos Anónimos) reuniones, 288, 289  
adictos al amor, 57, 64, 229  
*Adiós a las armas* (Hemingway), 39  
*Adolphe* (Constant), 175  
adulterio, 235, 238, 239, 245, 372, 374. *Vé* triángulos  
afinidades electivas, 68, 129  
Agee, James, 53  
agresión, 181, 198, 218, 228, 307, 325  
aislamiento, 18, 28, 72, 96, 97, 117, 156, 255, 287, 362  
Alberoni, Francesco, 96, 127, 239, 285, 374, 375  
Allen, Woody, 256, 257, 358  
amante desencantado, 319, 327, 336, 337, 338, 339, 340, 350  
amante rechazado, 56, 319, 326, 327, 328, 330, 331, 332, 333, 334, 335, 350  
amante sombra, 40, 41, 42, 43, 46, 49, 211, 355  
*Amarga Victoria* (*Dark Victory*), 266  
amor a primera vista, 41, 48, 321  
amor a segunda vista, 41  
amor adolescente, 113, 120  
amor adúltero, 52, 239, 260, 356, 372, 373, 374, 378, 379  
amor apasionado, 11, 16, 23, 24, 25, 36, 57, 59, 60, 61, 64, 65, 68, 76, 81, 84, 90,  
97, 99, 100, 104, 122, 124, 127, 133, 138, 140, 141, 142, 151, 152, 153,  
162, 176, 180, 181, 201, 202, 212, 226, 227, 248, 315, 319, 341, 353, 356,  
357, 360, 361, 370, 375, 382, 384  
amor carnal, 59, 60, 90, 226  
amor condenado, 147  
amor de transferencia, 263, 264, 266, 267, 269, 270, 271, 272, 276, 277, 278, 284,  
286, 287. *Vé* transferencia erótica  
amor desdichado, 43, 311, 319, 332, 344, 350  
amor exitoso, 129, 229  
amor frustrado, 85, 348  
amor homosexual, 372, 379, 380

- amor imaginario: 320, 324, 350, 375  
 amor imposible, 118, 119, 321  
 amor neurótico, 63  
 amor no correspondido, 19, 118, 319, 321, 322, 323, 325  
 amor obsesivo no correspondido, 323  
 amor realizado, 47, 59, 76, 131, 133, 227, 237, 326, 354  
 amor romántico, 13, 15, 16, 17, 19, 20, 21, 22, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 43, 49, 50,  
 59, 69, 75, 83, 84, 86, 88, 91, 92, 94, 95, 98, 103, 105, 120, 126, 129, 137,  
 138, 140, 141, 146, 162, 167, 172, 205, 211, 233, 238, 263, 264, 267, 270,  
 271, 277, 284, 285, 291, 292, 293, 294, 295, 297, 298, 303, 309, 313, 315,  
 352, 381, 383  
*Amor sin fin (Endeless Love)* (Spencer), 15, 35, 85, 131, 139, 349  
*An Interrupted Life: The Diaries of ETTY HILLESUM*, 276  
*Anna Karenina* (Tolstoi), 207, 216, 225, 226, 235, 239, 320, 326, 342  
 anorexia, 302  
 ansiedad por el abandono, 226  
*Antonio y Cleopatra* (Shakespeare), 66  
*Años luz (Light Years)* (Salter), 23, 73, 164  
 Archera, Laura, 42  
 Arieti, Silvano, 381, 386  
 Aristófanos, 23, 95, 99, 127, 138, 142, 148  
*Arrastrados por un insólito destino (Swept Away)*, 60  
 Arundell, Isabelle, 155  
 Asquith, Herbert Henry, 124, 125  
 Attila, Josef, 325  
 Auden, W. H., 39, 40, 91, 145, 182, 344, 353, 354  
*August* (Rossner), 221  
 autoformación, proceso de, 386  
 autocastigo, 173, 174, 240, 243  
 autonomía, 76, 89, 99, 106, 142, 146, 147, 152, 159, 161, 162, 164, 165, 166, 167,  
 174, 177, 181, 206, 222, 224, 250, 295, 297, 301, 302, 309, 315, 316, 338,  
 359, 360, 368, 373  
 autovalidación, 68, 69, 128
- Babel, Isaac, 113, 114  
 Bailey, Benjamin, 26, 281  
 Bailey, Ruth, 280  
 Bak, Robert C., 325, 326  
 barrera de edad, 378  
 Barry, Joseph, 379  
 Barthes, Roland, 21, 31, 141, 182  
 Bayley, Peter, 122

- Beauvoir, Simone de, 22, 68, 70, 154, 175, 292, 313, 328, 342, 379  
 Becker, Ernest, 219, 265  
*Becoming a Heroine* (Brownstein), 296  
 Bedford, Sybille, 42, 44  
 Beer, Patricia, 322, 366  
 Benedict, Ruth, 322, 366  
 Bergman, Ingrid, 132, 233, 348  
 Bergmann, Martin, 129, 143, 269, 270, 272, 277, 286  
 Bergreen, Laurence, 53  
 Bettelheim, Bruno, 273, 274, 275, 276, 300, 304  
 Biblia hebrea, 43, 94  
 Bibring, Grete, 279  
 bisexualidad, 259  
 Blanch, Lesley, 155  
 Blier, Bertrand, 193  
 Boétie, Étienne de la, 92, 140  
 Borges, Jorge Luis, 50  
 Breuer, Josef, 267, 268  
 Brontë, Charlotte, 322, 323, 350  
 Brontë, Emily, 74, 140, 203  
 Browning, Elizabeth Barrett, 80, 365  
 Browning, Robert, 80, 365  
 Brownstein, Rachel, 296  
*buddyfucking*, 236  
 Burton, Richard, 230  
 Burton, Sir Richard, 155, 156
- Callas, María, 80, 204, 207, 350  
 Cancian, Francesca, 314  
 Carlyle, Jane, 364  
 Carlyle, Thomas, 364  
 Carotenuto, Aldo, 273, 274  
 Carr, Virginia Spencer, 145  
 Carrington, Dora, 370  
*Casablanca*, 132, 320, 348  
 celos, 20, 27, 69, 83, 85, 91, 113, 125, 169, 183, 185, 186, 192, 219, 222, 237,  
 238, 240, 241, 243, 251, 267, 333, 341, 342, 345, 351, 360, 366, 369  
 Chagall, Marc, 157  
 Chaplin, Charles, 132, 367  
 Chejov, Antón, 158, 159  
 Clavell, James, 39  
 Cocteau, Jean, 379

- Coleridge, Samuel Taylor, 362, 385  
 Colette, 349  
*Como gustéis (As you like it)* (Shakespeare), 45, 46, 144, 145  
 complejo de Edipo, 107, 112, 229, 233, 239, 240, 241, 258, 259, 316  
 componente imaginativo del amor, 118, 321, 322. *Ver* amor imaginario  
 consolidación de la identidad, 294, 316  
 Constant, Benjamin, 175  
 Coppola, Francis Ford, 39  
 contratransferencia, 267, 269, 275, 276, 278, 282, 283, 284, 287, 291  
 Cowan, Arthur, 37  
 culpa, 54, 85, 129, 168, 174, 175, 194, 196, 197, 210, 211, 219, 240, 241, 243,  
 250, 251, 255, 260, 299, 321, 331, 347, 376, 380  
*Cuento de la comadre de Bath (The Wife of Bath's Tale)* (Chaucer), 202, 305  
 cuentos de hadas, 107, 173, 297, 300, 301, 302, 304  
*Cumbres Borrascosas (Wuthering Heights)* (E. Brontë), 74, 140  
 Cunard, Nancy, 43, 44
- D'Annunzio, Gabriel, 55, 56  
 Dante, 49, 56, 92, 161, 234, 320  
 Davis, Bette, 113, 134, 135, 266, 297  
 desidealización, 76, 77, 126, 204, 206, 207, 208, 209, 210, 341, 359  
 depresión, 27, 63, 64, 96, 116, 117, 158, 159, 185, 225, 332, 335, 338, 359  
 Derek, Bo, 187  
 Derek, John, 187  
 desidealización, 76, 77, 126, 204, 206, 207, 208, 209, 210, 341, 359  
 desilusión, 41, 100, 203, 206, 209, 223, 231, 338  
*Después de la caída (After the Fall)* (Miller), 243  
 Deutsch, Helene, 35  
 Diamond, David, 259  
*Días de radio (Radio Days)* (Allen), 358  
 Dickens, Charles, 132  
 Dietrich, Marlene, 188, 189, 190  
 Disraeli, Benjamin, 155, 313  
 divorcio, 54, 130, 167, 189, 199, 325, 340, 343, 366, 372, 373, 374  
 dolor del amor romántico, 83  
 dominación, 30, 53, 152, 179, 180, 181, 184, 185, 186, 190, 191, 192, 193, 194,  
 195, 197, 198, 199, 201, 204, 212, 291, 296, 308, 316, 359  
 Donne, John, 46, 92  
 doble estándar de envejecimiento, 312  
 Drouet, Juliette, 80, 156, 168, 185, 252, 324, 374  
 Du Maurier, Daphne, 298, 300, 301  
 Duncan, Isadora, 55, 56

- Dunne, Dominick, 55  
 Duras, Marguerite, 346, 347
- El ángel azul (The Blue Angel)*, 173, 188, 190  
*El Banquete (The Symposium)* (Platón), 23, 95, 127  
*El cartero llama dos veces (The Postman Always Rings Twice)*, 56  
*El color púrpura (The Color Purple)* (Walker), 78, 79  
*El Genio y la Diosa (The Genius and the Goddess)* (Huxley), 114, 115  
*El graduado (The Graduate)*, 257  
*El gran Gatsby* (Fitzgerald), 205  
*El hombre desconocido No. 89 (Unknown Man, No. 89)* (Leonard), 288  
*El Padrino (The Godfather)*, 39  
*El príncipe rana (The Frog Prince)*, 83  
*El último tango en París (Last Tango in Paris)*, 60  
 «elección» de la persona amada, 40  
 Eliot, George, 365, 366, 379  
 Eliot, T. S., 25, 88  
 Emerson, Ralph Waldo, 21, 77, 84, 85  
*Enemigos, una historia de amor (Enemies, A Love Story)* (Singer), 256  
 enfermedad creativa, 344  
 esclavitud, 151, 152, 153, 154, 162, 163, 167, 168, 171, 172, 175, 191, 206, 264,  
 298, 310  
 esposas maltratadas, 193  
*Ethan Frome* (Wharton), 196  
 Evans, Linda, 187  
 exaltación del amor, 36, 45, 76, 143
- fantasías de romance familiar, 108, 110  
 Farrow, Mia, 256, 257  
 fetiches del amor, 66  
 Fiedler, Leslie, 172, 173, 238  
 Firestone, Shulamith, 309, 310  
 Fitzgerald, F. Scott, 173, 195, 205, 237  
 Flanner, Janet, 379  
 Flechazos, 110, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 119  
*Four Quartets* (T.S. Eliot), 25  
 Francesca y Paolo, 234, 235  
*Frank and Maisie: A Memoir With Parents* (Sheed), 364  
*Frankie y la boda (The Member of the Wedding)* (McCullers), 259  
*French Lovers* (Barry), 379  
 French, Marilyn, 89, 90

- Freud, Sigmund, 13, 27, 87, 88, 89, 94, 103, 107, 127, 128, 129, 133, 153, 167, 201, 218, 227, 228, 240, 254, 263, 264, 265, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 285, 306, 344, 385
- Frisch, Max, 330
- Froman, Jane, 266
- Fromm, Erich, 22, 210
- fusión, 47, 74, 82, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 127, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 151, 152, 163, 167, 168, 176, 177, 217, 219, 298, 313, 325, 361, 373, 382
- Gartrell, Nanette, 283
- Gilbert, W.S., 187
- Gilligan, Carol, 294
- Gilot, Françoise, 186, 187, 254
- Gilpatric, Roswell, 207
- Goethe, Johann Wolfgang von, 145, 305
- Goldman, Emma, 344, 345
- Gray, Thomas, 331
- Greenacre, Phyllis, 282
- Greenberg, Clement, 53
- Gresham, Joy, 122, 123
- Gropius, Walter, 236
- Guerra y Paz* (Tolstoi), 342
- Haggard, Virginia, 157
- Hannah y sus hermanas* (*Hannah and Her Sisters*), 256, 257
- Hardwick, Elizabeth, 173, 323, 365
- Hardy, Thomas, 70, 209
- Hayworth, Rita, 41, 187
- Heller, Joseph, 266
- Hellman, Lillian, 37
- Helmsley, Harry, 366
- Hemingway, Ernest, 39, 140
- Henry, O., 131, 132
- Hepburn, Katharine, 64, 297, 341
- herótica, 303, 307
- Hillesum, Etty, 276
- Historia de amor* (*Love Story*) (Segal), 348
- Historia de dos ciudades* (*A Tale of Two Cities*) (Dickens), 132
- Historia de O* (*History of O*), 168
- historia del desarrollo del amor, 104, 200
- Homero, 238
- Horney, Karen, 306, 307

- Hugo, Adèle, 252, 323, 325, 350  
 Hugo, Ian, 281  
 Hugo, Víctor, 25, 80, 156, 185, 186, 252, 323, 324, 374  
 Hunt, Morton, 21  
 Huxley, Aldous, 42, 43, 44, 98, 114, 115, 153, 175  
 Hyde, Lewis, 136, 137
- Ibsen, Henrik, 306  
 ideal de ego, 210  
 idealización, 27, 49, 50, 51, 55, 61, 64, 76, 79, 105, 106, 107, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 117, 119, 126, 133, 156, 176, 191, 203, 204, 205, 206, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 217, 226, 229, 230, 231, 232, 280, 285, 286, 321, 324, 340, 341, 355, 356, 360. *Ver* desidealización  
 identificación, 16, 19, 59, 82, 106, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 126, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 141, 146, 154, 162, 163, 167, 194, 236, 271, 275, 285, 293, 297, 298, 299, 302, 316, 325, 347, 376, 382, 384  
*Iliada* (Homero), 238  
 infantilismos, 367  
 inhibiciones sexuales, 78, 79, 228  
 interacción armoniosa, 215  
 Isherwood, Christopher, 40
- Jacobs, Theodore, 209  
 Jaffe, Sam, 189  
 James, Henry, 184, 385  
 James, William, 16, 18  
*Jane Eyre* (C. Brontë), 266, 323  
 Jonson, J. Seward, 266  
 Jones, Ernest, 267, 268  
 Josephson, Matthew, 25, 47, 80, 156, 185, 323  
*Juego y distracción (A Sport and a Pastime)* (Salter), 60, 206, 355  
 Judson, Edgard, 187  
 Jung, Carl, 273, 274, 275, 276, 280, 281, 306, 344
- Kafka, Franz, 67, 115, 116  
 Kallman, Chester, 40  
 Kaplan, Louise, 105  
 Kardener, S. H., 283  
 Karme, Laila, 279  
 Keats, John, 25  
 Kennedy, Jacqueline (Jackie) Bouvier, 204, 207  
 Kennedy, Joseph, 233

- Kennedy, Rose, 233  
 Kernberg, Otto, 13, 29, 142, 228, 239, 241, 351  
 Keyes, Evelyn, 212  
 Kline, Kevin, 116, 117  
 Kokoschka, Oskar, 236  
 Krantz, Judith, 71, 257  
 Kundera, Milan, 19, 54, 80, 81, 91, 104, 121, 160, 258
- La Bella y la Bestia (The Beauty and the Beast)*, 83  
*La bestia en la jungla (The Beast in the Jungle)*, (James), 385  
*La bienamada (The Well Beloved)* (Hardy), 209  
*La buena madre (The Good Mother)* (Miller), 79, 227  
*La canción del viejo marinero (Rime of the Ancient Mariner)* (Coleridge), 385  
*La casa de la alegría (The House of Mirth)* (Wharton), 62  
*La chica del tambor (The Little Drummer Girl)* (Le Carré), 39, 304  
*La compañía (The Company She Keeps)* (McCarty), 63, 64  
*La condición humana (Man 's Fate)* (Malraux), 69, 98, 182, 183, 293, 329  
*La dama o el tigre (The Lady or the Tiger)* (Stockton), 306  
*La Divina Comedia* (Dante), 49  
*La extraña pasajera (Now, Voyager)*, 134  
*La Guerra (The War)* (Duras), 346  
*La historia de Adèle H. (The Story of Adèle H.)*, 321  
*La insoportable levedad del ser (The Unbearable Lightness of Being)* (Kundera), 19, 54, 80, 81, 91, 104, 160, 258  
*La negación de la muerte (The Denial of Death)* (Becker), 219  
*La posada Jamaica (Jamaica Inn)* (Du Maurier), 300, 301  
*La reina de las hadas (The Fairy Queen)* (Purcell), 84  
*Las dos señoras Grenville (The Two Mrs. Grenvilles)* (Dunne), 55  
 Le Carré, John, 39, 304  
*Lo que el viento se llevó (Gone with the wind)*, 306, 320, 329, 348, 349  
*Laura*, 118  
 Lanzmann, Claude, 313  
 Lasch, Christopher, 20, 358  
 Leonard, Elmore, 288  
 Lester, Eva, 13, 278  
 Lewes, George Henry, 365, 366  
 Lewis, C. S., 74, 87, 90, 122, 368  
 Lewis, Wyndham, 313  
 Lieberman, E. James, 281, 282  
*Lilith*, 282  
 loco de amor, 64  
*Love in Bloomsbury* (Patridge), 369



- Luce, Clare Boothe, 252  
*Luces de la ciudad (City Lights)*, 132  
 lujuria, 53, 60, 63, 90, 91, 98, 180, 204, 229, 320, 368
- Maar, Dora, 186  
*Madame Bovary* (Flaubert), 239  
 madre edípica, 298, 301, 306, 308  
 Mahler, Alma Schindler, 157, 158, 236  
 Mahler, Gustav, 157, 158, 236  
 Mahler, Margaret, 146  
 Mailer, Norman, 303  
 Malraux, André, 68, 69, 98, 183, 293  
 Mann, Heinrich, 173  
 Mansfield, Katherine, 231  
 Maugham, W. Somerset, 171, 172  
 Maurois, André, 156, 165, 166, 361  
 May, Rollo, 24  
 McCarthy, Mary, 63, 64  
 McCullers, Carson, 42, 43, 99, 145, 259  
 McCullers, Reeves, 259  
*Memento Mori* (Spark), 125  
*Menage*, 193  
*menage à trois*, 370  
 Merton, Thomas, 70, 266, 382  
*Metamorfosis* (Ovidio), 187  
*Middlemarch* (G. Eliot), 379  
 Miller, Arthur, 243  
 Miller, Henry, 281  
 Miller, Sue, 79, 227  
*Mr. Skeffington*, 77  
*Mistral's Daughter* (Krantz), 257  
 Mitterand, François, 347  
 Montagu, Edwin, 124, 125  
 Montaigne, Michel de, 44, 92, 140  
 Morgenthau, Hans, 9798, 151, 182, 200  
*Morocco*, 190  
 Morris, William, 187  
 Murria, Natalia Danesi, 379  
 Musset, Alfred, 165, 166  
 mutualidad, 89, 128, 138, 176, 180, 203, 204, 212, 215, 216, 217, 218, 219, 220,  
 222, 226, 229, 230, 232, 372, 291, 294, 338, 356, 358

- My Fair Lady*, 187  
*My Life (Mi vida)* (Duncan), 56
- naturaleza devoradora del amor, 181  
narcisismo, 94, 107, 128, 191, 212, 285, 286, 306, 335  
narrativas conjuntas, 68, 69  
Nicolson, Harold, 357  
Nicolson, Nigel, 357  
Nietzsche, Friedrich, 291, 292  
Nin, Anaïs, 281  
*Ninotchka*, 54  
nostalgia por el amor perdido, 347  
novelas románticas, 297, 299, 300, 301  
*Nuestros años felices (The Way We Were)*, 348
- O, Anna, 267, 268  
O'Brien, Edna, 335  
Onassis, Aristóteles, 80, 204, 207, 350  
Ovidio, 187
- Paley, Grace, 219, 220  
Pappenheim, Bertha, 268  
pareja paterna, 136, 137, 138, 260, 378  
Partridge, Frances, 368, 369, 370  
Partridge, Ralph, 369  
Pascal, Blaise, 88  
*Peer Gynt* (Ibsen), 306  
Perón, Eva, 293  
Person, Ethel S., 278, 279, 280, 295, 302, 303, 305, 308, 310  
Picasso, Pablo, 158, 186, 187, 254  
*Pide al tiempo que vuelva (Somewhere in Time)*, 118  
Platón, 23, 95, 272, 285, 357  
poder del amor, 21, 49, 77, 126, 132, 144  
*Por quien doblan las campanas (For whom the Bells Toll)* (Hemingway), 140  
posesión de la persona amada, 128, 147  
Previn, Soon Yi, 257  
primer amor, 39, 43, 65, 115, 119, 120, 121, 146, 315, 346  
*Primer amor (First Love)* (Babel), 113  
*Primer amor (First Love)* (Turgenev), 248  
*Princesa Daisy* (Krantz), 71  
*Profesor Unrath* (Mann), 173  
prostitutas, 287, 288

- Proust, Marcel, 172, 336, 337  
 psicoanálisis, 16, 26, 27, 104, 118, 266, 267, 270, 272, 273, 276, 282, 385  
 Purcell, Henry, 84  
*Pigmalión* (Shaw), 187  
 Pigmalión y Galatea 187, 188, 189  
*Pigmalión y Galatea* (Gilbert), 187
- Radway, Janice A., 297, 298, 299  
 Rank, Otto, 279, 280  
*Rebecca* (Du Maurier), 281, 282  
 Reik, Theodor, 128, 145, 353, 380  
 Reitman, Ben, 344, 345  
 relaciones de poder, 179, 198, 200  
 religión, 16, 19, 46, 74, 98, 151, 154, 176, 233, 240, 265, 342, 384  
*Retrato de una dama (Portrait of a Lady)* (James), 184  
 revolución de género, 309  
 Richardson, Dorothy, 216  
 Robbins, Harold, 303  
 Robinson, Paul, 47  
 Rochefoucauld, Duc de la, 145  
 Rockefeller, Margaretta Murphy (Happy), 372  
 Rockefeller, Nelson, 372  
 romances epistolares, 115  
 «románticos», 20, 23, 66  
*Romeo y Julieta* (Shakespeare), 36, 38, 61, 120  
 Roosevelt, Franklin D., 233  
 Rose, Phyllis, 309, 310, 365  
 Rossellini, Roberto, 233  
 Rossner, Judith, 221  
 Rougement, Denis de, 86, 238, 239  
 Rousseau, Jean-Jacques, 83  
 Rycroft, Charles, 269
- Sackville-West, Vita, 357, 358  
 Sade, Marqués de, 192  
 sadismo, 53, 76, 192, 307  
 Saint-Exupéry, Antoine de, 363  
 Salter, James, 23, 60, 73, 164, 206, 355  
 Sansón, 83  
 Sand, George, 165, 166, 361, 362  
 Sartre, Jean-Paul, 51, 68, 70, 191  
 Schafer, Roy, 269, 271, 272

- Schapiro, Leonard, 245, 246  
 Schoenberg, Arnold, 157  
 Sed, Frank, 3634  
 Segal, Erich, 348  
*Segundo sexo (The Second Sex)* (de Beauvoir), 154, 175, 292, 328, 342  
*self*, 13, 16, 19, 23, 29, 30, 43, 45, 53, 59, 60, 61, 64, 65, 67, 75, 78, 81, 82, 86, 88, 89, 90, 93, 97, 99, 100, 103, 104, 105, 106, 112, 113, 114, 121, 129, 135, 136, 138, 139, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 151, 152, 153, 154, 155, 161, 162, 163, 164, 167, 168, 171, 172, 176, 177, 182, 192, 194, 198, 212, 219, 228, 248, 249, 277, 285, 287, 292, 296, 298, 301, 302, 316, 325, 326, 332, 346, 353, 359, 360, 368, 382, 383, 384, 385, 386  
*Servidumbre humana (Human Bondage)* (Maugham), 171  
*Shadowlands*, 123  
 Shakespeare, William, 36, 38, 46, 49, 66, 84, 144, 145, 172, 329, 384  
*Shangai Express*, 190  
 Shaw, George Bernard, 115, 187  
 Shelley, Percy Bysshe, 139  
 síntesis creativa en el amor, 127, 204  
 Simmel, Georg, 360, 361, 375  
 Singer, Irving, 83, 138, 139  
 Singer, Isaac Bashevis, 256  
 Slater, Philip, 22  
 Snitow, Ann Barr, 297  
 Sócrates, 23, 24, 180, 384  
*Sombras y luz (Shadows and Lights)* (Stanfill), 81  
 sometimiento, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 165, 166, 167, 168, 171, 174, 175, 176, 177, 185, 190, 194, 204, 291, 292, 310, 316  
 Sontag, Susan, 312  
 Spark, Muriel, 125  
 Spencer, Scott, 15, 35, 85, 131, 139, 349  
 Spielrein, Sabina, 273, 274, 275, 276, 280, 281, 344  
 Spier, Julius, 276, 277  
 Spoto, Donald, 188, 189  
 Stanfill, Francesca, 81  
 Stanley, Venetia, 124  
 Stein, Gertrude, 157, 379  
 Stendhal, 47, 48, 49, 51, 59, 61, 63, 117  
 Sternberg, Josef von, 188, 189, 190  
 Stevens, Wallace, 380  
 Stockton, Frank R., 306  
 Strachey, Lytton, 370  
*Suave es la noche (Tender Is the Night)* (Fitzgerald), 173, 195, 237

- suicidio, 146, 197, 199, 326, 332, 334, 350, 351  
 sumisión, 159, 161, 162, 181, 185, 191, 194, 197, 198, 199, 249, 309, 310, 316, 359  
 superego, 142, 210, 228  
*Swann's Way* (Proust), 337  
 Swanson, Gloria, 233  
 Swift, Jonathan, 85, 218
- Tai-Pan* (Clavell), 39  
*Tancred* (Disrael), 155  
 Tanner, Tony, 238, 239  
 Taylor, Elizabeth, 213, 230  
 teoría del inconsciente, 275  
 teóricos del amor, 47, 76, 84, 104, 210, 353  
*Tess D'Urbervilles* (Hardy), 70,  
*The Darling* (Chejov), 158, 159, 163  
*The Earthly Paradise* (Morris), 187  
*The Feminization of Love* (Cancian), 314  
*The Gift* (Hyde), 136  
*The Gioconda Smile (La sonrisa de Gioconda)* (Huxley), 175  
*The Love Object* (O'Brien), 335  
*The Uses of Enchantment* (Bettelheim), 300  
*The Waxen Galatea* (von Sternberg), 189  
 Ticho, Gertrude, 310, 311  
 Todd, Mike, 212, 213  
*Todo sobre Eva (All about Eve)*, 113  
 Toklas, Alice B., 157, 379  
 Tolstoi, León, 159, 216, 225, 226, 235, 320, 321, 342, 354, 364  
 Tolstoi, Sophie, 342, 364  
*Topper*, 369  
*Torrentes de primavera (Spring Torrents)* (Turgenev), 119, 120, 247  
 Tower, Lucía, 282  
 traición, 36, 69, 73, 111, 170, 183, 203, 221, 230, 250, 258, 332, 356  
 transferencia erótica, 14, 263, 264, 266, 267, 269, 270, 271, 272, 275, 276, 277,  
 278, 279, 280, 282, 283, 284, 291  
 transferencia sexual, 266  
 transformación psíquica, 81, 276  
 triángulos de incesto desplazado, 256, 257  
 triángulos de objeto dividido, 242, 249, 253, 255, 257  
 triángulos de rivalidad, 242, 244, 246, 248  
 triángulos invertidos, 253, 308  
 Tristán, 54, 168, 305, 376; e Isolda, 234, 239, 368, 375, 376, 377  
 Trollope, Anthony, 66

Troyat, Henri, 216, 320, 321

Truffaut, François, 323, 324

Turgenev, Iván, 119, 120, 247, 248, 323

*Un pepinillo encurtido (A Dill Pickle)* (Mansfield), 231

Ullmann, Liv, 121

Unger, Roberto Mangabeira, 181

unión, 23, 46, 47, 59, 66, 72, 74, 76, 86, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 104, 106,  
111, 119, 120, 126, 127, 128, 131, 137, 139, 141, 146, 154, 162, 163, 166,  
176, 192, 210, 217, 218, 219, 224, 234, 248, 265, 285, 297, 298, 299, 312,  
313, 315, 326, 340, 342, 358, 359, 365, 376, 380, 383

Van Gogh, Vincent, 348

Van Lustbader, Eric, 303

Viardot, Pauline, 247

vínculo afectivo, 60, 61, 104, 200, 203, 229, 309, 356, 357, 358, 359, 382

*virgen-puta*, 255

von Sternberg, Josef, 188, 189, 190

Waelder, Robert, 29

Wagner, Richard, 20, 375, 376

Walker, Alice, 78, 79

Ward, Maisie, 364

Webb, Beatrice y Sydney, 365

Weil, Simone, 51, 93, 382

Wells, H.G., 40, 41, 211, 212, 216

Werfel, Franz, 236

Werman, David, 209

Wertmuller, Lina, 60

West, Rebecca, 211, 212, 217

Wexler, Nancy, 345

Wharton, Edith, 62, 196

Williams, Charles, 74, 312

Wilson, Edmund, 312

Windsor, Duque y Duquesa de, 74, 367

Wolff, Antonia, 280

Woolf, Leonard, 365

Woolf, Virginia, 23, 71, 365

Wordsworth, William, 142

Zemlinsky, Alexander von, 157



SE TERMINO DE IMPRIMIR EN  
LOS TALLERES GRÁFICOS DE

SE UTILIZARON CARACTERES  
ADOBE GARAMOND PRO EN 11 PUNTOS  
PARA EL CUERPO DEL TEXTO  
AGOSTO 2008 LIMA – PERÚ